

MALAZ: EL LIBRO DE LOS CAÍDOS

STEVEN ERIKSON

LOS JARDINES DE LA LUNA

Tras interminables guerras, amargas luchas internas y sangrientas confrontaciones, incluso las tropas imperiales necesitan un descanso. Pero la obsesión expansionista de la emperatriz Lassen no tiene límites, y cuenta con el apoyo de sus sanguinarios agentes de la Garra.

Tras el último asedio, el sargento Whiskeyjack y su pelotón de Arrasapuentes necesitan tiempo para descansar y enterrar a sus muertos, pero Darujhistan, la última de las Ciudades Libres de Genabackis, les espera. Es el objetivo último de la insaciable emperatriz.

…Y parece que el Imperio no es el único que codicia esa plaza: fuerzas siniestras conspiran dentro y fuera de las sendas mágicas, y todo indica que los propios dioses se preparan para la batalla…

Steven Erikson

Los jardines de la Luna

Malaz: El libro de los Caídos 1

ePUB v1.1

Xampeta 05.07.12

Título original: *Gardens of the Moon*
Steven Erikson, 01-04-1999.
Traducción: Miguel Antón Rodríguez
Mapas: Neil Gower
Diseño/retoque portada: Steve Stone

Editor original: Xampeta
Corrección de erratas:
ePub base v2.0

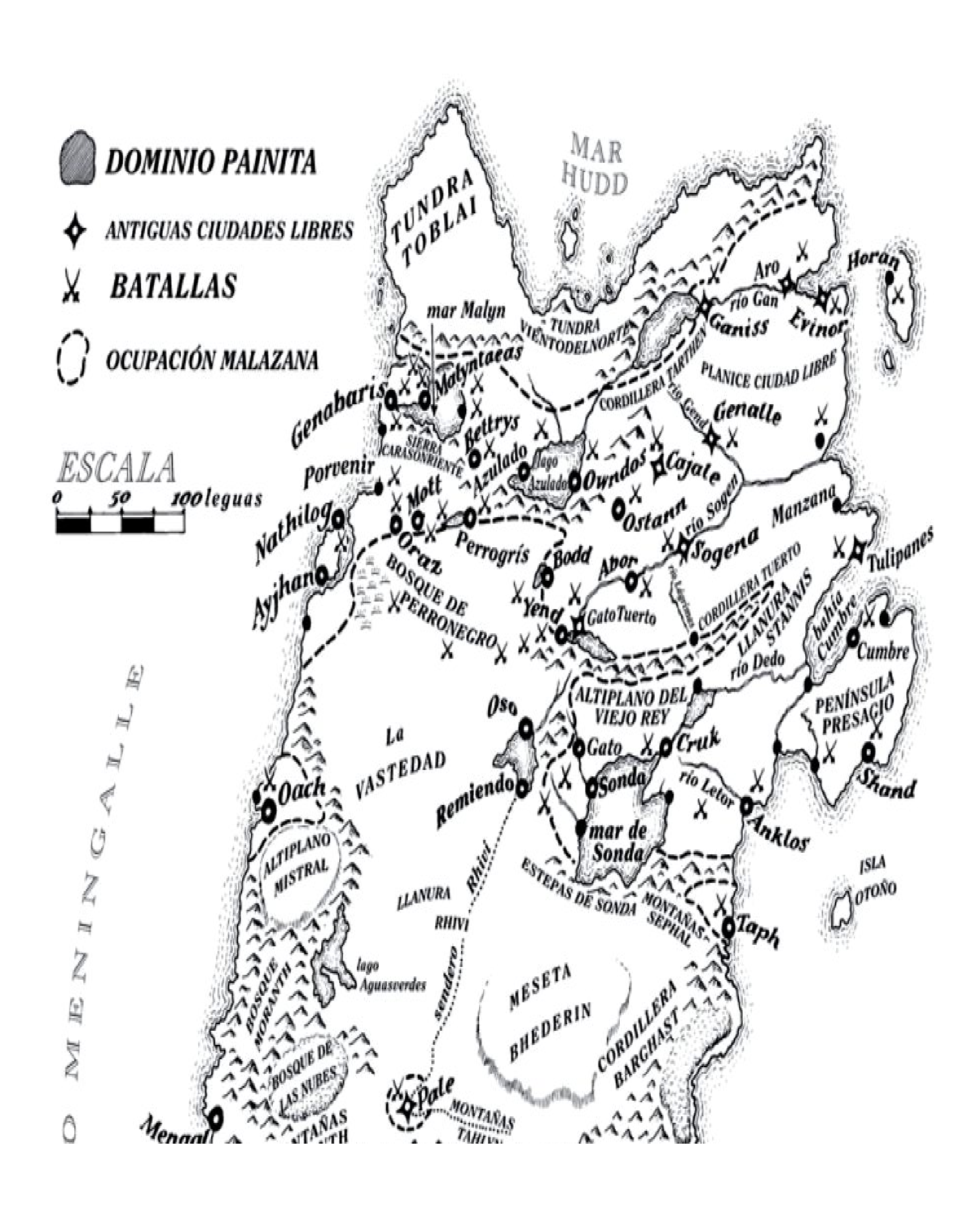
Dedico esta novela a I. C. Esslemont.
Mundos que conquistar, mundos que compartir.

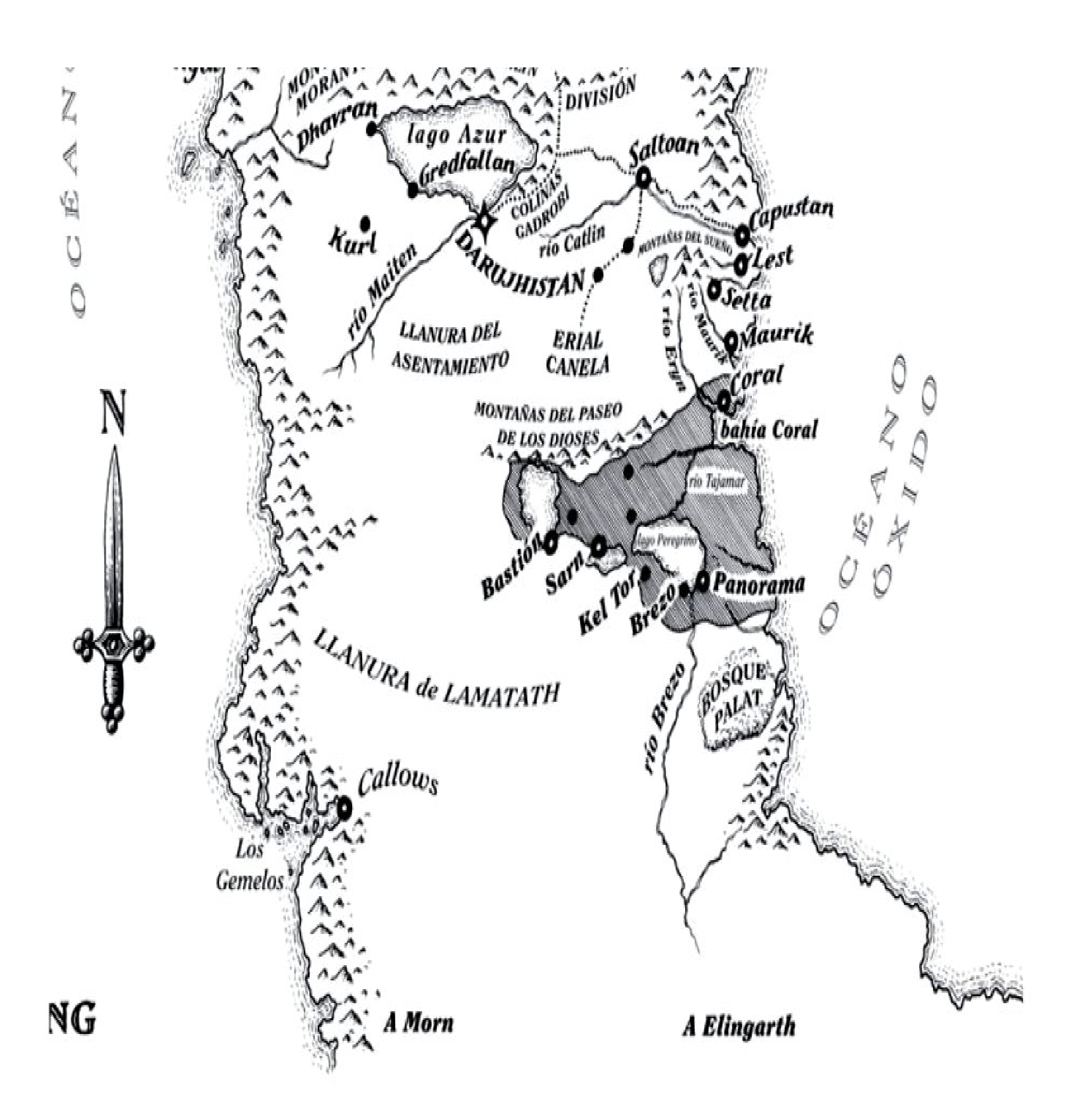
Agradecimientos

Ninguna novela se escribe en total soledad. El autor desea agradecer a las siguientes personas su apoyo a lo largo de los años: Clare Thomas, Bowen, Mark Paston-MacRae, David Keck, Gourtney, Ryan, Chris y Rick, Mireille Theriacelt, Dennis Valdron, Keith Addison, Susan, David y Harrier, Clare y David Thomas Jr., Chris Rodell, Patrick Carroll, Kate Peach, Peter Knowlson, Ruñe, Kent, y Val y los niños, mi incansable agente Patrick Walsh y el excelente editor Simon Taylor.

GENABACKIS

La Campaña de Malaz; ca. 1160 del Sueño de Ascua





OCÉANO
DIVISIÓN
Dhavran
lago Azur
Gredfallan
Saltoan
COLINAS GADROBI
Capustan
Kurl
DARUJHISTAN
río Catlin
MONTAÑAS DEL SUEÑO
Lest
río Maiten
Setta
LLANURA DEL ASENTAMIENTO
ERIAL CANELA
río Ergin
Maurik
Coral
N
MONTAÑAS DEL PASEO DE LOS DIOSES
bahía Coral
OCÉANO ÓXIDO
río Tajamar
lago Peregrino
Bastión
Sarn
Kel Tor
Brezo
Panorama
LLANURA de LAMATATH
BOSQUE PALAT
río Brezo
Callows
Los Gemelos
NG
A Morn
A Elingarth

ESCALA
0 ½ 1m

GO AZUR

Faro
Muelles
ISLA GABARRA
Congoja
Congoja de Jatem
CANTERA GADAR
DISTRITO DE ...ANTELAGO
DISTRITO DE DARU
MURALLA DE SEGUNDAFILA
MURALLA DE TERCERAFILA
DISTRITO DE LAS HACIENDAS
Urs
camino Interior
CUERVO
...LINAS
Granjas
N

1. Distrito de Armas
2. Cuarteles (Guardia de la Ciudad)
3. Bar de Quip
4. Taberna del Fénix
5. Parque de Borthen
6. Colina de la Majestad
7. Barbacana del Déspota
8. Colina de Krul
9. Hacienda de Orr
10. Colina del Cadalso
11. Mansión de Baruk
12. Mansión de Simtal
13. Torre del Insinuador


Darujhistan
Maiten
BAHÍA AGUASPARDAS
PUERTA DOS BUEYES
DISTRITO DE GADROBI
DISTRITO DEL CENAGAL
río Maiten
camino Gadrobi
CEMENTERIO
camino Foss
camino Cumbre
Villacúter
Cumbre
camino de lago Cúter
río Foss
1
2

Dramatis Personae

El Imperio de Malaz

La Hueste de Unbrazo

Velajada: Hechicera del cuadro perteneciente al Segundo Ejército y lectora de la baraja de los Dragones.

Mechones: Mago del cuadro perteneciente al Segundo Ejército, incómodo rival de Tayschrenn.

Calot: Mago del cuadro perteneciente al Segundo Ejército y amante de Velajada.

Toc el Joven: Explorador del Segundo Ejército y agente de la Garra cubierto de cicatrices tras el asedio de Pale.

Los Abrasapuentes

Sargento Whiskeyjack: Noveno pelotón, antiguo comandante del Segundo Ejército.

Cabo Kalam: Noveno pelotón, antiguo agente de la Garra procedente de Siete Ciudades.

Ben el Rápido: Noveno pelotón, mago de Siete Ciudades.

Lástima: Noveno pelotón, asesino mortífero disfrazado de jovencita.

Seto: Noveno pelotón, zapador.

Violín: Noveno pelotón, zapador.

Trote: Noveno pelotón, guerrero barghastiano.
Mazo: Sanador del noveno pelotón.
Sargento Azogue: Séptimo pelotón.
Rapiña: Séptimo pelotón.

El mando imperial

Ganoes Stabro Paran: Oficial de noble cuna del Imperio de Malaz.
Dujek Unbrazo: Puño Supremo, ejércitos de Malaz, campaña de Genabackis.
Tayschrenn: Mago supremo de la emperatriz.
Bellurdan: Mago supremo de la emperatriz.
Escalofrío: Hechicera suprema de la emperatriz.
A'Karonys: Mago supremo de la emperatriz.
Lorn: Consejera de la emperatriz.
Topper: Comandante de la Garra.
Emperatriz Laseen: Soberana del Imperio de Malaz.

Casa Paran (en Unta)

Tavore: Hermana mediana de Ganoes.
Felisin: Hermana pequeña de Ganoes.
Gamet: Guardia de la Casa, veterano del ejército.

En tiempos del Emperador

Emperador Kellanved: Fundador del Imperio, asesinado por Laseen.
Danzante: Consejero jefe del Emperador, también asesinado por Laseen.
Torva: Antiguo nombre de Laseen, cuando ejercía de comandante de la Garra.

Dassem Ultor: Primera Espada del Imperio, asesinado a las afueras de Y'ghatan, Siete Ciudades.

Toc el Viejo: Desaparecido durante las purgas de la Vieja Guardia ordenadas por Laseen.

En Darujhistan

Los parroquianos de la Taberna del Fénix

Kruppe: Hombre de falsa modestia.
Azafrán Jovenmano: Joven ladrón.
Rallick Nom: Asesino de la Guilda.
Murillio: Un cortesano.
Coll: Un borracho.
Meese: Una de las clientas habituales.
Irilta: Otra habitual.
Scurve: El tabernero.
Sulty: Una camarera.
Chert: Un matón sin suerte.

La Cábala de T'orrud

Baruk: Alquimista supremo.
Derudan: Bruja de Tennes.
Mammot: Sacerdote supremo de D'riss y eminente erudito, tío de Azafrán.
Travale: Devoto soldado de la cábala.
Tholis: Mago supremo.
Parald: Mago supremo.

El concejo de la ciudad

Turban Orr: Poderoso concejal, amante de Simtal.
Lim: Aliado de Turban Orr.
Dama Simtal: Dueña de la hacienda de Simtal.
Estraysian D'Arle: Rival de Turban Orr.
Cáliz D'Arle: La hija de Estraysian D'Arle.

La Guilda de Asesinos

Vorcan: Dueña de la Guilda (también conocida como la dama de los Asesinos).
Ocelote: Líder del clan de Rallick Nom.
Talo Krafar: Asesino del clan de Jurrig Denatte.
Krute de Talient: Agente de la Guilda.

También presentes en la ciudad

Anguila: Se rumorea que es un maestro de espías.
Rompecírculos: Agente de Anguila.
Vildrom: Un guardia de la ciudad.
Capitán Stillis: Capitán de la guardia de la hacienda de Simtal.

Otros personajes

Los tiste andii

Anomander Rake: Señor de Engendro de Luna, hijo de la Oscuridad, caballero de la Oscuridad.
Serat: Segundo al mando de Rake.
Korlat: Cazador nocturno, hermano de sangre de Serat.
Orfantal: Cazador nocturno.

Horult: Cazador nocturno.

Los T'lan imass

Logros: Comandante de los clanes t'lan imass que sirven al Imperio de Malaz.

Onos T'oolan: Un guerrero sin clan.

Pran Chole: Un invocahuesos (un shaman) de los kron t'lan imass.

Kig Aven: Líder de clan.

Otros

Arpía: Gran cuervo al servicio de Anomander Rake.

Silanah: Eleint, compañera de Anomander Rake.

Raest: Tirano jaghut.

K'rul: Dios ancestral, llamado el Hacedor de Caminos.

Caladan Brood: Caudillo enemigo de las huestes de Malaz en la campaña del norte **.**

Kallor: Segundo al mando de Brood.

Príncipe K'azz D'Avore: Comandante de la Guardia Carmesí.

Jorrick Lanzafilada: Oficial de la Guardia Carmesí.

Cowl: Mago supremo de la Guardia Carmesí.

Cabo Penas: Sexta espada de la Guardia Carmesí.

Mastín Baran: Mastín de Sombra.

Mastín Ciega: Mastín de Sombra.

Mastín Yunque: Mastín de Sombra.

Mastín Cruz: Mastín de Sombra.

Mastín Shan: Mastín de Sombra.

Mastín Doan: Mastín de Sombra.

Mastín Ganrod: Mastín de Sombra.

Tronosombrío/Ammanas: Rey de la senda de Sombra.

La Cuerda/Cotillion: Compañero de Tronosombrío y Patrón de los Asesinos.

Icarium: Constructor de la Rueda de las Edades de Darujhistan.

Mappo: Compañero de Icarium.

Vidente Painita: Profeta tirano que reina en Dominio Painita.

Prólogo revisado a
Los jardines de la Luna

No tiene sentido empezar algo sin ambición. He seguido fielmente esa creencia en muchos aspectos de mi vida, y me ha llevado a más de un estrepitoso fracaso. Todavía recuerdo, con algo de amargura, la respuesta que Cam (Ian C. Esslemont) y yo recibíamos cuando tratábamos de vender nuestros guiones para largometrajes y para televisión: «¡Maravilloso! ¡Único! Muy divertido, muy oscuro… pero aquí, en Canadá, la verdad es que no tenemos los fondos suficientes para financiar esas cosas. Buena suerte». A eso le seguía una especie de consejo que solía ser lo más devastador de todo: «Inténtenlo con algo… más simple. Algo más parecido al resto de las cosas que se ven por ahí. Algo menos… ambicioso.»

Salíamos de las reuniones sintiéndonos frustrados, descorazonados y confusos. ¿De verdad acabábamos de escuchar como nos invitaban a ser mediocres? La verdad era que sonaba así.

Bueno, pues que le den a eso.

LOS JARDINES DE LA LUNA. Solo pensar en ese título hace que vuelvan a la vida todas esas nociones sobre la ambición, todo ese coraje juvenil que parecía llevarme una y otra vez a darme de cabeza contra un muro. La necesidad de presionar. De desafiar las convenciones. De ir a por todas.

Me gusta creer que era plenamente consciente de lo que hacía por aquel entonces. Que mi visión era cristalina y que

de verdad estaba allí, de pie, preparado para escupirle a la cara a este género literario, aunque me deleitara en él (porque ¿cómo podía no hacerlo? Por mucho que despotricara contra sus estrategias literarias, me encantaba leer esas cosas). Ahora ya no estoy tan seguro. Es fácil actuar siguiendo los impulsos del momento para, luego, volver la vista atrás y atribuir una sólida conciencia a todo lo que salía bien, a la vez que se ignora lo que no funcionó. Demasiado fácil.

A lo largo de los años y de las muchas novelas que siguieron, algunas cosas se han ido haciendo evidentes. Empezando por LOS JARDINES DE LA LUNA, los lectores o aman u odian mi trabajo. No hay término medio. Por supuesto, preferiría que a todo el mundo le encantase, pero entiendo por qué eso no puede ser. Estos no son libros fáciles. No puedes leerlos por encima, es imposible. Más problemático aun, la primera novela empieza a mitad de lo que parece un maratón; o te lanzas a correr y te mantienes en pie hasta el final, o estás fuera.

Cuando tuve que enfrentarme a escribir este prólogo, pensé durante algún tiempo en usarlo como instrumento para suavizar el golpe, para minimizar la impresión de ser lanzado desde una gran altura a unas aguas muy profundas, justo en la primera página de LOS JARDINES DE LA LUNA. Algo de contexto, algo de historia, preparar un poco el terreno. Ahora he descartado esa idea. Joder, no recuerdo que Frank Herbert tuviese que hacer algo así con *Dune*, y si alguna novela fue una inspiración directa en cuanto a estructura, esa fue *Dune*. Estoy escribiendo una historia y, sea ficticia o no, la Historia no tiene un punto de partida real; incluso el origen y la caída de civilizaciones enteras son más confusos en lo que respecta a su principio y su final de lo que la gente piensa.

El esquemático esbozo inicial de LOS JARDINES DE LA LUNA cobró vida por primera vez en un juego de rol. El primer boceto fue un largometraje escrito por los dos creadores del mundo malazano, Ian C. Esslemont y yo; un guión que fue perdiendo fuerza por la falta de interés («No hacemos películas de fantasía porque son un asco. Es un género muerto. Implica disfraces, y las *pelis* de disfraces están tan pasadas como las *pelis* del oeste». Todo esto fue antes de que un giro brusco por parte de las compañías de producción les hiciera tragarse ese cliché, mucho antes de que *El señor de los anillos* llegase al cine).

Y eso fue todo. Estabamos ahí. Teníamos la mercancía, sabíamos que la fantasía épica para adultos era el último género por explorar del cine (sin contar *Willow*, en la que a nuestro parecer solo valía algo la escena de la encrucijada, el resto de las cosas eran totalmente para críos). Y todo lo demás que estaba saliendo en ese género eran pelis de serie B o tenía fallos terriblemente obvios para nosotros (¡Dios mío, lo que se podría haber hecho con *Conan*!). Queríamos una versión fantástica de *El león en invierno*, la de O'Toole y Hepburn. O una adaptación de *Los tres mosqueteros* con Michael York, Oliver Reed, Raquel Welch, Richard Chamberlain, etcétera; añade magia y revuelve, colega. Nuestra producción televisiva favorita era *El detective cantante*, de Dennis Potter, el original, con Gambon y Malahyde. Queríamos algo sofisticado, ya ves. Estábamos tratando de meter la fantasía en ese contexto brillante que causaba la admiración boquiabierta. Eramos, en otras palabras, terriblemente ambiciosos.

Además, probablemente no estuviésemos preparados. No teníamos todo el material. Estabamos haciendo planes por encima de nuestras posibilidades, atascados por nuestra falta de experiencia. La maldición de la juventud.

Cuando la vida nos llevó a Cam y a mí por caminos distintos, los dos conservamos las notas de nuestro mundo inventado, construído durante horas y horas de juego. Teníamos una historia tremenda preparada, material suficiente para veinte novelas y el doble de películas. Y ambos teníamos copias de un guión que nadie quería. El mundo malazano estaba ahí, en cientos de mapas dibujados a mano, en páginas y más páginas de apuntes, en hojas de personaje tipo GURPS (el Generic Universal Role Playing System, «sistema genérico universal de juegos de rol», de Steve Jackson, una alternativa para el AD&D), en planos de construcción de edificios, bocetos y todo lo que se te ocurra.

La decisión de empezar a escribir la historia del mundo malazano llegaría unos años después. Yo iba a convertir el guión en una novela. Cam escribiría una novela relacionada titulada *Return of the Crimson Guard* (y ahora, después de tantos años, y justo de después de su *Night of Knives*, la primera novela épica de Cam, *Return*, va a ser publicada). Como obras de ficción, la autoría pertenecería al escritor real, a la persona que había llenado las páginas poniendo allí palabra tras palabra. Para *Los jardines*, la transformación significaba empezar prácticamente de cero. El guión tenía tres actos que transcurrían todos en Darujhistan. Los principales sucesos eran la guerra asesina en los tejados y el explosivo gran final del festejo. No había prácticamente nada más. Ni antecedentes, ni contexto, ni presentación real de los personajes. Era, en realidad, mucho más parecido a *En busca del arca perdida* que a *El león en invierno*.

La ambición nunca desaparece. Puede marcharse a regañadientes, protestando y arrastrando los pies, solo para colarse en otro sitio, normalmente en el siguiente proyecto. No acepta un «no» como respuesta.

Al escribir *Los jardines*, pronto descubrí que el tema de los antecedentes iba a ser un problema, no importa hasta donde me remontase. Y me di cuenta de que a menos que se lo diese todo mascado a mis lectores (algo que me negaba a hacer, dado cuánto había criticado a los autores de fantasía épica por tratarnos a los lectores como si fuésemos idiotas), a menos que simplificase, a menos que me limitase a seguir el camino bien trillado que las novelas existentes habían seguido ya, iba a dejar a los lectores bastante confusos. Y no solo a los lectores, también a los editores, a las editoriales, a los agentes…

Pero ¿sabes qué? Como lector y como fan, nunca me molestó sentirme algo confuso (al menos durante un rato, y en otras ocasiones, incluso durante bastante tiempo). Mientras hubiese otras cosas que me mantuviesen interesado, genial. No olvides que reverenciaba a Dennis Potter. Era fan de *Los nombres* de DeLillo y de *El péndulo de Foucault*, de Eco. El lector que yo tenía en mente podía cargar, y lo haría gustosamente, con el peso extra, las preguntas sin respuesta inmediata, los misterios, las alianzas inciertas.

La Historia lo ha demostrado, creo. O los lectores renuncian a la altura más o menos del primer tercio de LOS JARDINES DE LA LUNA, o siguen metidos en esto hasta hoy, siete, casi ocho, libros más tarde.

Me han preguntado si cambiaría algo, en retrospectiva. Y, honestamente, no sé qué responder a eso. Bueno, hay elementos de estilo que cambiaría aquí y allí, pero… fundamentalmente no estoy muy seguro de qué otra cosa podría haber hecho. No soy ni seré nunca un escritor que se contente con dar un planteamiento que tenga como

única función poner al lector en antecedentes, hablarle de Historia o lo que sea. Si mi planteamiento no tiene una función múltiple, y digo múltiple de verdad, entonces no estoy satisfecho. Resulta que cuantas más funciones tenga, más complicado será, y será también más probable que poco a poco vaya desviándose, y que, como en un truco de prestidigitación, aunque posiblemente estén ahí, todos los antecedentes terminen enterrados muy, muy profundo.

La escritura fue rápida, pero también fue, extrañamente y de algún modo que aún no alcanzo a entender, una escritura densa. *Los jardines* te invita a leer a un ritmo vertiginoso. El autor te aconseja que no sucumbas a la tentación.

Aquí estamos, diez años después. ¿Debería disculparme por semejante invitación bipolar? ¿Hasta dónde me puse yo mismo la zancadilla con el tipo de presentación del mundo malazano que hice en LOS JARDINES DE LA LUNA? Y ¿me ha puesto esta novela en la cuerda floja? Quizá. Y a veces, en medio de la noche, me pregunto: ¿qué habría pasado si hubiese cogido el cucharón de madera y le hubiera hecho tragar todo esto al lector a la fuerza, como muchos (y muy exitosos) escritores de fantasía hacen y han hecho? ¿Vería ahora mi nombre en las listas de los más vendidos? Un momento, ¿estoy sugiriendo que esos escritores de fantasía superpopulares han llegado al éxito a base de limitarse a escribir algo a medida de los lectores? En absoluto. Bueno, no todos. Pero claro, míralo desde mi punto de vista. Me costó ocho años y mudarme a Reino Unido que publicaran LOS JARDINES DE LA LUNA. El contrato en Estados Unidos tardó cuatro años más en terminar de cuajar. ¿La

queja? «Demasiado complicado, demasiados personajes. Demasiado… ambicioso.»

Podría volver la vista atrás y, con una perspectiva más amplia aunque quizá distorsionada, afirmar que *Los jardines* supuso un alejamiento de los tropos habituales del género, y que cualquier alejamiento suele encontrar resistencia; pero no tengo tanto ego. Nunca sentí que fuera un distanciamiento. Las novelas de 'La Compañía Negra' y 'Dread Empire', de Glen Cook, ya habían abierto nuevos caminos, pero yo había leído todo eso y, como quería más material de lectura, prácticamente tuve que escribirlo yo mismo (y Cam pensaba igual). Y aunque mi estilo de escritura no permitía la imitación (ese Cook es bastante conciso), sí podía tratar de conseguir el mismo tipo de cinismo descorazonado y sardónico, la misma ambivalencia y una atmósfera similar. Quizá era consciente de estar alejándome de «el bien contra el mal», pero eso parecía una consecuencia inevitable de hacerse mayor: el mundo real no es así, ¿por qué empeñarse en hacer que los mundos fantásticos estén tan lejos de la realidad?

Vaya, no sé. Es agotador incluso pensarlo.

Los jardines es lo que es. No planeo revisarlo. No sé ni por dónde empezaría.

Mejor, creo, ofrecer a los lectores una decisión rápida sobre esta serie, justo ahí, en el primer tercio de la primera novela, que jugar con ellos durante cinco o seis libros antes de que abandonen asqueados, aburridos o lo que sea. Quizá desde una perspectiva de ventas esta última opción sea preferible, por lo menos a corto plazo. Pero gracias a Dios, mis editores saben perfectamente que lo barato sale caro.

LOS JARDINES DE LA LUNA es una invitación, por lo tanto. Quédate y únete al viaje. Solo puedo asegurar que he

intentado entretener lo mejor que he sabido. Maldiciones y agradecimientos, risas y lágrimas, todo está ahí.

Una última palabra para todos los escritores en ciernes ahí fuera. «Ambición» no es una palabrota. Pasad del compromiso. Id a por todas. Escribid con un par de huevos, con un par de ovarios. Sí, es un camino más difícil, pero creedme, vale totalmente la pena.

Gracias,
Steven Erikson
Victoria, Columbia Británica
Diciembre de 2007

Enfriadas estas cenizas, abrimos un antiguo libro.
Sus páginas, manchadas de óxido, narran las historias de los Caídos,
del imperio en guerra, de palabras yermas. Repunta el fuego,
su fulgor y las chispas de la vida no son sino recuerdos
vistos por ojos entornados. Qué no suscitan en mi mente.
Qué no dibujan mis pensamientos tras abrir el *Libro de Gestas*,
tras respirar el hondo aroma de la historia.
Presta pues atención a estas palabras llevadas en aquel aliento.
Estas historias son las nuestras, lo fueron entonces y ahora.
Pues somos historia revivida, y no hay más.
Historia sin final, y no hay más.

¡El emperador ha muerto!
También su mano derecha, ahora fría, cercenada.
Pero cuidado con estas sombras moribundas,
enroscadas, fluyen sangrientas y maltrechas,
hacia allá, lejos de la mirada de los mortales…
retirado se ha la palabra del cetro.
Abandonada la superficie dorada del candelabro, huye la luz
de una chimenea engastada de piedras preciosas, frías,
que durante siete años ha sangrado fuego…

El emperador ha muerto.
También su compañero amaestrado, cortada la cuerda limpiamente.
Pero vigila el esperado retorno,
la oscuridad que tiembla, el manto raído
que envuelve a los niños a la moribunda luz del Imperio.
Atención al lamento que la siguiente endecha susurra:
Antes que caiga el sol, rojo ha de salpicar el día
sobre la arada tierra, y con ojos de obsidiana
siete veces a de clamar la venganza…

La llamada a la Sombra (l.i. 118)
Felisin (n. 1146)

Prólogo



Año 1154 del Sueño de Ascua
Año 96 del Imperio de Malaz
Último año del reinado del emperador Kellanved

Las manchas de herrumbre parecían trazar continentes de sangre en la superficie oscura de la veleta de Mock. Con un siglo a sus espaldas, coronaba la punta de una vieja pica clavada en la cara exterior de la muralla de la fortaleza. Monstruosa, deforme, había sido forjada hasta adoptar la forma de un demonio alado de maliciosa sonrisa que dejaba al descubierto la dentadura, y toda ella se movía de un lado a otro a merced de un viento cuyos embates protestaba a cada racha.

Aquellos vientos soplaron en contra el día en que las columnas de humo se alzaron sobre el arrabal del Ratón, en Malaz. El silencio de la veleta anunció la súbita caída de la brisa marina que, arrastrándose, llegó a coronar las castigadas murallas de la fortaleza de Mock, para después renacer cuando el aliento cargado de humo del arrabal del Ratón se extendió por la ciudad hasta cubrir la cúspide del promontorio.

Ganoes Stabro Paran, de la Casa de Paran, se hallaba de puntillas para asomarse por encima del merlón. A su espalda se erigía la fortaleza de Mock, antaño capital del

Imperio, aunque entonces, puesto que el continente había sido conquistado, se había visto de nuevo relegada a ser otra vez fortaleza del Puño. A su izquierda se alzaba la pica y su antojadizo trofeo.

Ganoes estaba demasiado familiarizado con la antigua fortificación, que se imponía sobre la ciudad, como para que pudiera despertar su interés. Aquella visita era la tercera en otros tantos años; hacía tiempo que había explorado el patio de armas con sus adoquines levantados, el viejo torreón (que a esas alturas servía de establo, mientras que su planta superior hacía las veces de refugio a palomas, golondrinas y murciélagos), así como la ciudadela en la que en ese preciso momento negociaba su padre las tasas de exportación insulares con los agentes portuarios. En este último caso, desde luego, había grandes zonas que quedaban prohibidas, incluso para el hijo de un noble, ya que era en la ciudadela donde residía el Puño, en sus salones interiores, donde en el Imperio se conducían los asuntos concernientes a la isla.

Ignorada a su espalda la fortaleza de Mock, Ganoes concentró su atención en la astrosa ciudad que se extendía ante su mirada, y en los disturbios que se sucedían a lo largo y ancho del distrito más humilde. La fortaleza de Mock se hallaba en lo alto de un despeñadero. Se llegaba a la cota más elevada del Pináculo por medio de una escalera que discurría en zigzag, esculpida en la piedra caliza de la pared del acantilado. La caída sobre la ciudad era de ochenta brazos o más, eso sin contar la altura de la propia muralla, que venía a añadir otros seis. El Ratón se encontraba en el margen interior de la ciudad, y estaba compuesto por un conjunto desigual de casuchas y gradas que habían crecido demasiado y que había sido dividido por el cenagal que arrastraba el río en su torpe avance hacia el

puerto. Con una buena porción de Malaz entre la posición en que se hallaba Ganoes y los disturbios, era difícil discernir los detalles, aparte de las columnas de humo negro que se alzaban por doquier.

Era mediodía, pero la magia que arrancaba destellos y hacía tronar el cielo volvía lúgubre y cargado el ambiente.

Un soldado, acompañado por el estruendo metálico de la armadura, se acercó a él en la muralla. Se inclinó, apoyando en la almena los antebrazos protegidos por la armadura y con la vaina del acero rascando la piedra.

—Satisfecho de la pureza de tu sangre, ¿verdad? —preguntó mientras observaba con sus ojos grises la ciudad que se consumía a fuego lento.

El muchacho estudió al soldado. Conocía perfectamente todas las enseñas regimentales del Ejército Imperial, y el hombre que se encontraba a su lado servía como comandante del Tercero, perteneciente a las tropas del propio emperador, a la élite. En la capa gris, echada al hombro, lucía un broche: un puente de piedra envuelto en llamas color rubí. Se trataba de un Abrasapuentes.

Era habitual ver circular a los funcionarios y soldados imperiales de alto rango por la fortaleza de Mock. La isla de Malaz seguía siendo puerto de paso obligado, sobre todo desde que habían estallado las Guerras Korelianas. Ganoes se había cruzado con más de uno, tanto allí como en Unta, la capital.

—Entonces, ¿es cierto? —se atrevió a preguntar Ganoes.

—¿El qué?

—La Primera Espada del Imperio. Dassem Ultor. Nos enteramos en la capital, antes de partir. Dicen que ha muerto. ¿Es verdad? ¿Ha muerto Dassem?

El hombre pareció dar un respingo a pesar de lo inquebrantable de su mirada, puesta aún en el distrito del

Ratón.

—Así es la guerra —musitó entre dientes, como si hablara consigo mismo.

—Sirves en el Tercero. Creí que el Tercero se hallaba destacado con él, en Siete Ciudades. En Y'Ghatan…

—Por el aliento del Embozado. Aún buscan su cadáver en las ruinas ardientes de esa condenada ciudad, y aquí estás tú, hijo de mercaderes, a tres mil leguas de distancia de Siete Ciudades, con una información que se supone que sólo unos pocos poseen. —Siguió sin volverse—. No conozco tus fuentes, pero te aconsejo que no compartas con nadie esa información.

Ganoes se encogió de hombros.

—Dicen que traicionó a un dios.

Finalmente, el hombre se volvió al muchacho. Diversas cicatrices surcaban su rostro, y algo que bien podía ser una quemadura desfiguraba su mandíbula y la mejilla izquierda. A pesar de todo, parecía joven para ostentar el empleo de comandante.

—Atiende a la lección, hijo.

—¿Qué lección?

—Todas y cada una de las decisiones que tomes en la vida pueden cambiar el mundo. La mejor vida es aquella que escapa a la atención de los dioses. Si quieres vivir en libertad, chico, no llames la atención.

—Quiero ser soldado. Un héroe.

—Ya crecerás.

Chirrió la veleta de Mock cuando el terral del puerto barrió el denso humo. Ganoes alcanzó a oler el hedor a pescado podrido, y el fuerte olor a humanidad proveniente de los muelles.

Otro Abrasapuentes, que llevaba colgado a la espalda un violín destartalado, se acercó al comandante. Era enjuto,

fuerte, y si acaso más joven, apenas sería un poco mayor que el propio Ganoes, que contaba doce años. Unas peculiares marcas le surcaban el rostro y el dorso de las manos, y su armadura estaba formada por una mezcla de accesorios extranjeros, dispuestos sobre un uniforme raído y lleno de manchas. Se inclinó sobre las almenas junto al otro hombre con la confianza que nace de una larga convivencia.

—Qué mal huele cuando los hechiceros pierden los nervios —dijo el recién llegado—. Están perdiendo el control ahí abajo. No creo que sea necesario todo un grupo de magos sólo para hacer salir a un puñado de brujas de la cera.

—Se me ocurrió esperar a ver si podían recuperar el control de la situación —dijo el comandante con un suspiro.

—Son novatos y no se han puesto a prueba. Esto podría marcarlos para siempre —gruñó el soldado—. Aparte, ahí abajo hay más de uno que está siguiendo las órdenes de otra persona.

—No es más que una sospecha.

—Ahí mismo tienes la prueba —dijo el otro—. En el Ratón.

—Quizá.

—Eres como una gallina clueca —dijo el hombre—. Torva sostiene que ésa es tu mayor debilidad.

—Torva es problema del emperador, no mío.

Un segundo gruñido sirvió de réplica.

—Quizá todos nosotros lo seamos dentro de poco.

El comandante guardó silencio mientras se volvía con lentitud para observar a su compañero.

El otro se encogió de hombros, antes de añadir:

—Sólo es un presentimiento. Sabrás que ha adoptado un nuevo nombre: Laseen.

—*¿Laseen?*

—Es napaniano; significa…

—Sé qué significa.

—Pues espero que también lo sepa el emperador.

—Señora del Trono —intervino Ganoes.

Ambos se volvieron para mirarle.

El viento roló de nuevo, e hizo gruñir al demonio de hierro encaramado a la pica. Procedente de la propia fortaleza surgió un olor a piedra fría.

—Mi tutor es napaniano —explicó Ganoes.

Una nueva voz habló a sus espaldas, una voz de mujer, apremiante y fría.

—Comandante.

Ambos soldados se volvieron con cierta parsimonia.

—La nueva compañía necesita ayuda ahí abajo —dijo el comandante a su compañero—. Envía a Dujek y a un ala, y ordena a los zapadores que contengan el fuego. No conviene dejar que arda toda la ciudad.

El soldado asintió antes de alejarse con paso marcial, sin siquiera dedicar una sola mirada a la mujer.

Esta permanecía de pie acompañada por dos guardaespaldas cerca del portal que había en la torre cuadrada de la ciudadela. Su piel de color azul oscuro delataba su origen napaniano; por lo demás, llevaba una túnica gris con salpicaduras de sal, el pelo ratonil muy corto, como el de un soldado, y poseía unas facciones finas, poco dignas de ser recordadas. Fueron los guardaespaldas, no obstante, quienes hicieron dar un respingo a Ganoes. Guardaban los flancos de la mujer, eran altos, vestían de negro, con las manos ocultas en las mangas y las capuchas ensombrecían sus rasgos. Ganoes jamás había visto a nadie de la Garra, pero el instinto le dio a entender que esas

personas eran acólitos del culto. Lo cual significaba que la mujer era…

—Es tu problema, Torva. Parece que tendré que solucionarlo —dijo el comandante.

A Ganoes le sorprendió la ausencia de temor, el deje de desprecio con que había hablado el soldado. Torva había creado la Garra, y había logrado que su poder rivalizara con el del propio emperador.

—Ya no me llamo así, comandante.

Este compuso una mueca.

—Eso he oído. La ausencia del emperador debe de haberte llenado de confianza. Él no es el único que se acuerda de cuando eras poco más que una sirvienta en el casco antiguo. Doy por sentado que habrá desaparecido toda la gratitud que pudieras albergar.

El rostro de la mujer no acusó el menor cambio, de modo que resultó imposible comprobar si las hirientes palabras del soldado habían alcanzado su objetivo.

—La orden era bien sencilla —dijo ella—. Parece que tus nuevos oficiales son incapaces de afrontar la situación.

—Han perdido las riendas —replicó el oficial—. Carecen de experiencia…

—Eso no es asunto mío —interrumpió ella—. Tampoco puedo decir que suponga una decepción para mí. Perder el control constituye una lección en sí misma para quienes se nos oponen.

—¿Quiénes se nos oponen? Son un puñado de brujas sin importancia que venden sus escasos talentos… ¿Con qué siniestro fin? Dar con los bancos de coraval entre los guijarros de la bahía. Por el aliento del Embozado, mujer, no creo que tal cosa suponga una amenaza para el Imperio.

—No cuentan con nuestra aprobación, y desafían las nuevas leyes…

—Tus leyes, Torva, que de nada servirán. A su regreso, el emperador abolirá la prohibición de la magia que has promulgado. De eso puedes estar segura.

La mujer sonrió fríamente.

—Te gustará saber que la torre ha ordenado el avance de los transportes para tus nuevos reclutas. No te echaremos en falta, comandante, ni a ti ni a tus sediciosos e inquietos soldados.

Sin pronunciar otra palabra o dedicar una sola mirada al muchacho que se hallaba junto al oficial, la mujer giró sobre sus talones y, flanqueada por los silenciosos guardaespaldas, entró de nuevo en la ciudadela.

Ganoes y el comandante volvieron a volcar su atención en los disturbios que tenían por escenario el arrabal del Ratón. Podían verse las llamas a simple vista, pues asomaban por el humo.

—Algún día seré soldado —dijo Ganoes.

—Sólo si fracasas en todo lo demás, hijo —gruñó el oficial —. Empuñar la espada es el último acto de un hombre desesperado. Recuerda mis palabras y busca en tu interior un sueño que sea más valioso.

—No eres como los demás soldados con los que he hablado —dijo Ganoes, arrugado el entrecejo—. Tu forma de hablar me recuerda más a mi padre.

—Pero no soy tu padre —masculló.

—El mundo no necesita otro comerciante de vinos —dijo Ganoes.

El comandante abrió los ojos y le observó como si le estuviera calibrando. Despegó los labios para dar una réplica obvia, aunque finalmente decidió cerrarlos.

Ganoes Paran recorrió con la mirada el distrito envuelto en llamas, complacido consigo mismo. «Incluso un muchacho, comandante, puede tener razón.»

De nuevo chirrió la veleta de Mock. El cálido humo se extendió sobre la muralla, devorándolos. Después, el tufo a tela quemada, a pintura y piedra calcinadas, seguido de algo dulzón.

—Se ha incendiado un matadero. Huele a cerdo —dijo Ganoes.

El comandante torció el gesto. Al cabo, suspiró y recostó la espalda contra la piedra de la almena.

—Lo que tú digas, muchacho, lo que tú digas.

Libro Primero



Pale

...En el octavo año, las Ciudades Libres de Genabackis contrataron a una serie de huestes mercenarias con objeto de enfrentarse al avance del Imperio; entre todas ellas destacó la Guardia Carmesí, bajo el mando del príncipe K'azz D'Avore (véanse al respecto los volúmenes III y V); y los regimientos tiste andii de Engendro de Luna, al mando de Caladan Brood y demás.

Las fuerzas del Imperio de Malaz, a las órdenes del Puño Supremo Dujek Unbrazo, estaban formadas aquel año por los ejércitos Segundo, Quinto y Sexto, así como por las legiones moranthianas.

Con el tiempo cabe hacer dos observaciones. La primera de ellas es que la alianza de Moranth de 1156 señaló un cambio fundamental en la ciencia de la guerra para el Imperio de Malaz, cambio éste que se revelaría muy eficaz a corto plazo. La segunda observación que vale la pena destacar es que la participación de los hechiceros tiste andii de Engendro de Luna supuso el inicio de la Escalada de Magia, que tuvo consecuencias devastadoras.

En el año 1163 del Sueño de Ascua, el asedio de Pale finalizó con lo que se ha convertido en legendaria conflagración de magia...

Campañas imperiales, 1158-1194
Volumen IV, Genabackis
Imrygyn Tallobant (n. 1151)

Capítulo 1



Las viejas piedras de este camino
el hierro han sentido,
también la negra herradura, el tambor.
Lo vi marchar venido
del mar, entre colinas, bañado en sangre.
Al anochecer se vino, un niño entre ecos,
hijos y hermanos, todos en las filas
de guerreros fantasma. Se vino a donde
yo reposaba el cansancio al final de la jornada;
Su zancada hablaba por sí sola, y fue ésta la que me reveló
todo cuanto debía saber sobre él.
Camina el muchacho;
otro soldado, otro,
enardecido su corazón
que aguarda aún a ser forjado en frío.

Lamento de madre
Anónimo

Año 1161 del Sueño de Ascua
Año 103 del Imperio de Malaz
Año 7 del reinado de la emperatriz Laseen

—Un cachete y un empujón —decía la anciana—, así es como actúa la emperatriz, igualito que los dioses. —Se inclinó a un lado y lanzó un escupitajo, para limpiarse después los labios con un trapo sucio—. Tres esposos y dos hijos se me han ido a la guerra.

La mirada de la pescadora brilló al observar la columna de soldados a caballo que pasó al galope, de modo que apenas prestó atención a la vieja que se encontraba de pie a su lado. El aliento de la muchacha se había acompasado al paso de aquellos magníficos caballos. Sintió arder las mejillas, un rubor que nada tenía que ver con el calor. El día tocaba a su fin; el tono rojizo del sol ensangrentaba las copas de los árboles que se alzaban a su derecha, mientras que el suspiro del mar se había enfriado en su rostro.

—Eso fue en tiempos del emperador —continuó la vieja —. Espero que el Embozado haya puesto al fuego el alma de ese cabrón. Mira, moza, Laseen se las apaña bien a la hora de esparcir los huesos de los mejores. Je, je, después de todo empezó por los de su propio marido, ¿o no?

La pescadora asintió con aire ausente. Tal como correspondía a los humildes, aguardaban junto al camino. La anciana atribulada con un tosco saco lleno de nabos, y la joven con un cesto enorme que apoyaba en la cabeza. Cada poco, la anciana cambiaba el saco de un hombro huesudo a otro. Puesto que los jinetes atestaban el camino, y que la zanja a su espalda formaba una pronunciada caída sobre un lecho de roca, no había espacio para dejar el saco.

—Esparcir los huesos, eso he dicho. Los huesos de los maridos, los huesos de los hijos, los de las esposas y también los de las hijas. A ella le da lo mismo. Al Imperio tanto le da. —La anciana escupió de nuevo—. Tres maridos y dos hijos, diez monedas por cabeza al año. Cinco por diez. Cincuenta monedas suponen una magra compañía, moza. Hace frío en invierno, y frío está el lecho.

La pescadora se limpió el polvo de la frente. Su mirada radiante revoloteó entre los soldados que pasaron ante ella. Los jóvenes subidos a las sillas de elevado respaldo lucían severa la mirada, vuelta al frente. Las pocas mujeres que

cabalgaban entre ellos se mantenían erguidas y, de algún modo, su mirada era aún más fiera que la de sus compañeros. El sol arrancaba destellos de color carmesí a los yelmos, tales destellos que a la muchacha le dolían los ojos y su visión se empañaba.

—Eres la hija del pescador —dijo entonces la anciana—. Te he visto alguna vez en el camino, y en la orilla también. Os he visto a tu padre y a ti en el mercado. Es el manco, ¿verdad? Más huesos para la colección, ¿me equivoco? —Hizo con la mano ademán de cortar algo, y después asintió—. Mi casa es la primera del sendero. Utilizo las monedas para comprar velas. Cinco velas prendo cada noche, cinco velas que hagan compañía a la vieja Rigga. En mi casa reina el desánimo, y también rebosan cosas desanimadas; yo soy una de esas cosas, moza. ¿Qué llevas en esa cesta?

Lentamente la muchacha comprendió que aquella pregunta le había sido formulada a ella. Apartó su atención de los soldados y sonrió a la anciana.

—Lo siento —dijo—. Los caballos hacen tanto ruido.

—Te preguntaba qué llevas en esa cesta, moza —levantó la voz la anciana.

—Bramante. Lo necesario para tres redes. Mañana debemos tener una de ellas lista para la faena. Papá perdió la última, porque hubo algo en las aguas profundas que se la llevó, y a la pesca también, Ilgrand Lender quiere recuperar el dinero que nos prestó y necesitamos pescar mañana. Necesitamos una buena captura. —Sonrió de nuevo y volvió a observar a los soldados—. ¿No es precioso? —preguntó con un suspiro.

Rigga extendió la mano, aferró la densa mata de cabello negro de la muchacha y tiró con fuerza.

La pescadora lanzó un grito. La cesta que apoyaba en la cabeza se balanceó para después deslizarse hasta un

hombro. Tiró con fuerza de un asa, pero era demasiado peso y cayó al suelo.

—¡Ay! —protestó la muchacha, que intentó arrodillarse. Rigga, sin embargo, tiró con más fuerza de su pelo, hasta obligarla a volver la cabeza.

—¡Presta atención, moza! —El agrio aliento de la anciana hirió el rostro de la joven—. El Imperio lleva cien años moliendo esta tierra. Tú naciste dentro de él, yo no. Cuando tenía tu edad, Itko Kan era una nación. Enarbolábamos nuestra propia bandera y nos pertenecía. Éramos libres, moza.

La muchacha sintió ganas de vomitar ante el aliento de Rigga y cerró los ojos con fuerza.

—Recuerda mis palabras, niña, o el Sayo de las Mentiras te cegará para siempre. —La voz de Rigga se convirtió en un canturreo, y de pronto la muchacha dio un respingo. *Rigga, Riggalai la vidente, la bruja de la cera que atrapaba almas en velas que después quemaba. Almas que se convertían en pasto de las llamas.* Las palabras de Rigga adoptaban el escalofriante tono propio de las profecías—. Recuerda mis palabras. Soy la última que te hablará. Eres la última en escucharme. De esta forma estamos unidas, tú y yo, más allá de todo lo demás. —Rigga tiró con más fuerza del cabello de la muchacha—. Allende el océano de la emperatriz ha hundido el cuchillo en tierras vírgenes. La sangre corona el oleaje y te cubrirá toda, niña, si no te andas con cuidado. Te pondrán una espada en la mano, te darán un bonito caballo y te enviarán al otro lado del mar. Pero una sombra cubrirá tu alma. ¡Escucha! ¡Entiérralo en lo más hondo! Rigga te protegerá porque ahora estamos unidas, tú y yo. Pero es lo único que puedo hacer, ¿comprendes? Mira al Señor desovado en la Oscuridad; suya es la mano que liberará, aunque él no lo sepa…

—¿Qué sucede? —voceó alguien.

Rigga volvió la mirada al camino. Un jinete había detenido la montura. La vidente soltó el cabello de la muchacha.

Esta trastabilló, tropezó con una roca del borde del camino y cayó. Al levantar la mirada, el jinete había pasado de largo. Otro cabalgaba en su estela.

—Deja en paz a esa preciosidad, vieja desdentada —gruñó éste, que al pasar junto a ellas se inclinó en la silla y abofeteó a la anciana con la mano abierta, enfundada en un guantelete. El guantelete de escamas metálicas alcanzó a Rigga en la cabeza y, debido al golpe, la anciana giró sobre sí hasta caer al suelo.

La pescadora lanzó un grito al desplomarse Rigga con fuerza en sus muslos. Un esputo de sangre salpicó su rostro. Gimoteando se arrastró por la grava y empleó los pies para apartar el cuerpo de Rigga. Finalmente se puso de rodillas.

Hubo algo en la profecía de Rigga que parecía haber anclado en la mente de la joven. Pesaba como una losa, y permanecía oculto a la luz. Descubrió que era incapaz de recordar una sola palabra de lo que había dicho la vidente. Extendió el brazo para tomar el rebozo de lana de Rigga. Luego, con sumo cuidado, cubrió con él a la mujer. La sangre, que manaba de la oreja, cubría la mitad de su rostro. Tenía más sangre en la barbilla, y más en la boca. Los ojos miraban, pero no veían.

La pescadora se apartó, incapaz de recuperar el aliento. Miró a su alrededor, desesperada. La columna de soldados había pasado de largo, sin dejar a su paso más que la polvareda y el rumor lejano de los cascos de los caballos. El saco de Rigga lleno de nabos había esparcido su contenido en el camino. Entre la verdura había cinco velas de sebo. La

joven logró llenar por fin de aire polvoriento sus pulmones. Se limpió la nariz y observó su propia cesta.

—No te preocupes por las velas —dijo con voz extraña, recia—. Ya se han ido, ¿o no? Sólo un montón de huesos. Olvídalo. —Gateó hacia los restos del cesto, y cuando habló de nuevo su voz volvió a adquirir su habitual jovialidad—. Necesitamos el bramante. Trabajaremos toda la noche y lograremos tener lista una red. Papá espera. Está en la puerta, atento al sendero, esperando a verme llegar.

Se detuvo al sentir un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. La luz del sol casi había desaparecido. Un frío impropio de la estación nacía de las sombras, que fluyeron entonces por el camino como si de agua se tratara.

—Aquí viene, pues —dijo la muchacha con una voz que no le pertenecía.

Una mano enguantada se le posó en el hombro, y el miedo la hizo encogerse.

—Tranquila, muchacha —dijo una voz de hombre—. Ya pasó. Nada puede hacerse por ella.

La pescadora levantó la mirada. Un hombre vestido de negro se inclinó sobre ella; su rostro quedaba oculto por la sombra que proyectaba la capucha.

—Pero la golpeó —dijo con voz de niña—. Y tenemos que trenzar estas redes. Papá y yo…

—Vamos a ponerte en pie —dijo el hombre, que deslizó sus largos dedos bajo los brazos de la joven. Enderezó la espalda y la levantó sin apenas acusar el esfuerzo. Las sandalias que calzaba la muchacha se zarandearon en el aire, antes de que volviera a posar los pies en tierra.

De pronto vio a otro hombre, más bajo, vestido también de negro. Este permaneció de pie en el camino, vuelto de espaldas y con la mirada clavada en la dirección que habían tomado los soldados. Habló con un hilo de voz.

—No se ha perdido nada —dijo sin volverse a ella—. Tenía poco talento, y el don hacía tiempo que no rebullía. Oh, pudo haber logrado algo más, pero jamás lo sabremos, ¿verdad?

La pescadora se acercó a trompicones a la saca de Rigga y tomó una de las velas. Se puso en pie con una súbita dureza en la mirada, y después escupió en el camino.

El hombre bajito se volvió hacia ella. Bajo la capucha, las sombras parecían danzar a solas.

—Era una buena vida —susurró la muchacha, que retrocedió un paso—. Tenía todas esas velas. Cinco en total. Cinco para…

—Necromancia —interrumpió el hombre bajito.

El otro, que seguía junto a la pescadora, dijo en voz baja:

—Las veo, niña. Sé para qué sirven.

—La bruja cobijaba cinco almas frágiles. Nada del otro mundo —dijo el otro con un resoplido. Inclinó la cabeza y añadió—: Puedo oírlos. La están llamando.

Las lágrimas empañaron los ojos de la joven. Una angustia infinita pareció emanar de la negra piedra de su mente. Se secó las mejillas.

—¿De dónde vienen? —preguntó de pronto—. No les vimos en el camino.

El hombre que permanecía a su lado se volvió al sendero de grava.

—Del otro lado —respondió con cierta jocosidad en el tono de su voz—. Estábamos esperando, como tú.

El otro soltó una risilla.

—Del otro lado, eso mismo. —Volvió a encarar el camino y levantó ambos brazos.

La muchacha lanzó un hondo suspiro al caer la oscuridad. Un estrépito lacerante se apoderó del lugar

durante un soplo, después la oscuridad se disipó y la muchacha abrió los ojos como platos.

Siete Mastines enormes se encontraban sentados alrededor del hombre, en el camino. Los ojos de las criaturas refulgían amarillos, clavados en la misma dirección en que miraba el hombre.

—¿Ansiosos estamos? ¡Adelante, pues! —siseó.

Los Mastines trotaron camino abajo en silencio.

Su amo se volvió para dirigir unas palabras al hombre que se encontraba junto a ella.

—Un pequeño tormento para la mente de Laseen. —Y volvió a reír.

—¿Es necesario que compliques las cosas? —respondió el otro en tono cansino.

—Se encuentran a la vista de la columna —dijo el hombre, engallado antes de inclinar la cabeza. Procedente del camino, en la distancia, se oyó el relincho de los caballos. Suspiró—. ¿Has tomado una decisión, Cotillion?

—Al pronunciar mi nombre, Ammanas, has decidido por mí —dijo con un gruñido que tenía un punto divertido—. No podemos dejarla aquí, ¿verdad?

—Claro que podemos, viejo amigo. Siempre y cuando no respire.

Cotillion observó a la muchacha.

—No —dijo—. Lo hará.

La pescadora se mordió el labio. Seguía aferrando la vela de Rigga, y retrocedió otro paso mientras balanceaba la mirada de un hombre a otro.

—Lástima —dijo Ammanas.

Cotillion pareció asentir, después se aclaró la garganta y dijo:

—Llevará su tiempo.

—¡Y tiempo tenemos! —exclamó Ammanas, divertido—. La venganza con mayúscula exige de uno que aceche lenta y cuidadosamente a su víctima. ¿Has olvidado el daño que en tiempos nos infligió? A estas alturas, Laseen ya está contra la pared. Caería sin nuestra ayuda. ¿Qué habría de satisfactorio en ello?

Cotillion le dedicó una respuesta tan fría como cortante.

—Tú siempre has subestimado a la emperatriz. De ahí que actualmente nos veamos en estas circunstancias… No. —Señaló a la hija del pescador—. Necesitaremos a ésta. Laseen ha despertado las iras de Engendro de Luna, y yo diría que eso es un nido de avispas. Es el momento perfecto.

En la lejanía, por encima de los relinchos de los caballos, se alzaron los chillidos de los hombres y las mujeres, un sonido que hirió a la muchacha en el alma. Su mirada se posó fugaz en la figura inmóvil de Rigga, tendida en el camino, y después en Ammanas, que precisamente en ese instante se acercaba a ella. Pensó en echar a correr, pero sus piernas no respondían más que al temblor. El hombre se acercó, y tuvo la sensación de que era estudiada, aunque las sombras proyectadas por la capucha seguían siendo impenetrables.

—¿Una pescadora? —preguntó en tono amable.

Ella asintió.

—¿Tienes nombre?

—¡Ya basta! —gruñó Cotillion—. No es un ratón bajo tu zarpa, Ammanas. Además, puesto que he sido yo quien la ha elegido, también escogeré su nombre.

Ammanas retrocedió un paso.

—Lástima —dijo de nuevo.

La muchacha unió sus manos en un gesto de súplica.

—Por favor —rogó a Cotillion—. ¡No he hecho nada! Mi padre es un hombre humilde, pero les dará todo cuanto

tenga. Me necesita, y también necesita el bramante. ¡Me está esperando! —Sintió una humedad sospechosa entre las piernas, y rápidamente se sentó en el suelo—. ¡No he hecho nada! —Entonces sintió vergüenza y se puso las manos en el regazo—. Por favor.

—No tengo elección, niña —dijo Cotillion—. Después de todo, conoces nuestros nombres.

—¡Pero si es la primera vez que los oigo nombrar! —protestó la muchacha.

—Con lo que está pasando en el camino —suspiró el hombre—, te harán preguntas. Será un interrogatorio desagradable, y hay quienes sí reconocerían nuestros nombres.

—Ves, moza —añadió Ammanas, que contuvo una risilla—, se supone que no deberíamos estar aquí. Hay nombres,… y nombres. —Se volvió a Cotillion y dijo en un tono de voz escalofriante—: Habrá que resolver lo de su padre también. ¿Mis Mastines?

—No —dijo Cotillion—. El vive.

—Entonces, ¿cómo?

—Sospecho —dijo Cotillion— que bastará con la avaricia, en cuanto limpiemos la pizarra. —El sarcasmo dominó sus siguientes palabras—. Estoy seguro de que podrás encargarte de la magia que eso supone, ¿me equivoco?

Ammanas rió.

—Ojo con las sombras cargadas de regalos.

Cotillion se volvió de nuevo a la muchacha. Levantó los brazos, que extendió a los costados. Las sombras que cubrían de oscuridad sus facciones se extendieron entonces a todo su cuerpo.

Ammanas habló, y a la muchacha aquellas palabras le parecieron procedentes de una gran distancia.

—Es ideal. La emperatriz jamás la descubrirá, ni siquiera se le pasaría por la cabeza. —Elevó el tono de voz—. No es tan mala cosa, moza, eso de servir de peón de un dios.

—Un cachete y un empujón —se apresuró a decir la muchacha.

Cotillion titubeó ante aquel extraño comentario; finalmente se encogió de hombros. Las sombras se extendieron hasta devorar a la muchacha. Con el tacto frío su mente se hundió en la oscuridad. Su última y huidiza sensación fue la de la cera fría de la vela que aún aferraba su mano derecha, y de cómo parecía escurrirse por entre los dedos del puño que tenía crispado.

El capitán rebulló en la silla de montar, vuelto a la mujer que cabalgaba a su lado.

—Hemos cortado el camino por ambos extremos, Consejera. Hemos desplazado el tráfico local al interior. Hasta el momento, no se ha filtrado una palabra. —Secó el sudor de la frente y su rostro adoptó una mueca de dolor. La calurosa gorra de lana que llevaba bajo el yelmo le había rozado la frente hasta despellejarla.

—¿Hay algún problema, capitán?

Este negó con la cabeza, bizqueando al camino.

—Me baila el yelmo. Creo que tenía más pelo la última vez que me lo puse.

La Consejera de la emperatriz no dijo una palabra.

El sol del mediodía bañaba de luz blanca el camino, hasta tal punto que su superficie resultaba casi cegadora. El capitán sentía los goterones de sudor que le discurrían por todo el cuerpo, y la malla del yelmo rasguñaba los pelos de la nuca. A esas alturas ya le dolían los riñones. Hacía años de la última vez que había montado a caballo, y la

pendiente se hacía de rogar. Cada vez que la silla daba un brinco, sentía crujir las vértebras.

También hacía una eternidad de la última vez en que un título o cargo habían bastado para ponerle en vereda. Era nada más y nada menos que la Consejera de la emperatriz, sirviente particular de Laseen, una extensión de su imperial voluntad. Lo último que deseaba el capitán era hacer patentes sus miserias ante aquella joven y peligrosa mujer.

El camino emprendió el ascenso largo y tortuoso. Un viento salobre soplaba a su izquierda, silbaba por entre los árboles en ciernes que se alzaban en línea a lo largo de ese lado del camino. A media tarde, el viento soplaría tórrido como el horno de un panadero, y arrastraría consigo el hedor de los cenagales. Y el calor del sol traería algo más. Para entonces, el capitán confiaba en estar de vuelta en Kan.

Intentó no pensar en el lugar al que cabalgaban. Dejarlo todo en manos de la Consejera. En sus años de servicio al Imperio, había visto lo suficiente como para saber cuándo debía cerrarlo todo con llave en el cráneo, y aquélla era una de esas ocasiones.

—¿Llevas mucho tiempo destinado aquí, capitán? —preguntó la Consejera.

—Así es —respondió el hombre con un gruñido.

La mujer esperó para finalmente preguntar:

—¿Cuánto hace?

—Trece años, Consejera —respondió el capitán tras titubear.

—En tal caso lucharías por el emperador.

—Así es.

—Y sobreviviste a la purga.

El capitán se volvió hacia ella. Si la Consejera sintió el peso de su mirada, no dio muestra alguna. Mantenía la

mirada fija en el trazo del camino; se manejaba bien en la silla de montar, y el pomo de su espada larga le llegaba a la altura del codo izquierdo, dispuesta a ser esgrimida a caballo. Llevaba el pelo muy corto, o bien recogido bajo el yelmo. Parecía ágil y fuerte, pensó el capitán.

—¿Has terminado? —preguntó la Consejera—. Te preguntaba por las purgas que ordenó la emperatriz Laseen tras el prematuro fallecimiento de su predecesor.

El capitán apretó los dientes y contrajo la barbilla para quitarse con facilidad la correa del yelmo (no había tenido tiempo de afeitarse, y la hebilla le rozaba la piel).

—No todo el mundo cayó en las purgas, Consejera. Las gentes de Itko Kan no somos precisamente muy amigas de los alborotos. No hubo ninguno de esos disturbios y ejecuciones masivas que se dieron en otras partes del Imperio. Nos limitamos a sentarnos bien tiesos y a esperar.

—Doy por sentado —apuntó la Consejera con una sonrisa imperceptible —que no eres de noble cuna, capitán.

Éste lanzó un gruñido.

—De haberlo sido, ni siquiera aquí, en Itko Kan, hubiera logrado sobrevivir. Ambos lo sabemos. Sus órdenes fueron muy específicas al respecto, y ni siquiera los ridículos kanesianos nos atrevemos a desobedecer a la emperatriz. —Arrugó el entrecejo—. No, Consejera, me tocó ascender en el escalafón.

—¿Tu última acción de guerra?

—Fue en las llanuras de Wickan.

Cabalgaron en silencio un rato, dejando atrás de vez en cuando algún que otro soldado apostado en el camino. A su izquierda, los árboles dieron paso al ralo brezo que crecía en la zona, y el mar en lontananza se veía cubierto de palomillas.

—Esta zona que has ordenado cortar… ¿A cuántos soldados has destinado a realizar labores de patrulla? —preguntó la Consejera.

—Mil cien —respondió el capitán.

Se volvió hacia éste y endureció la fría mirada tras el visor del yelmo.

El capitán estudió aquella expresión.

—La carnicería se extiende media legua desde el mar, Consejera, y un cuarto de legua tierra adentro.

La mujer no hizo ningún comentario.

Se acercaron a la cima. Una veintena de soldados se hallaban reunidos allí, y otros aguardaban apostados a lo largo de la pendiente. Todos ellos se volvieron al verles llegar.

—Prepárese, Consejera.

La mujer observó los rostros de los soldados. Sabía que por fuerza se trataba de hombres y mujeres endurecidos, veteranos del asedio de Li Heng y de las Guerras Wickan, libradas en las llanuras del norte. Sin embargo, algo aferrado a sus miradas los había puesto al descubierto, indefensos. La miraron con una avidez que encontró perturbadora, como si ansiaran respuestas. Hizo un esfuerzo para no dirigirse a ellos al pasar, para no ofrecerles algunas palabras de consuelo. No le correspondía a ella dar tales obsequios, ni le había correspondido jamás. A este respecto, ella era una imagen espejo de la emperatriz.

Detrás de la cima oyó las voces de las gaviotas y los cuervos, un sonido que se alzó hasta convertirse en un agudo chillido a medida que avanzaban. Hicieron caso omiso a los soldados que formaban en fila a ambos lados, y la Consejera hincó los talones en la grupa del caballo. El capitán la siguió. Llegaron a la cima y miraron hacia abajo.

El camino descendía por espacio de aproximadamente la quinta parte de una legua, y volvía a elevarse a lo lejos hacia un promontorio.

Millares de gaviotas y cuervos cubrían el terreno, en las zanjas y entre el brezo bajo y la aulaga. Bajo ese revuelto manto de negro y blanco, el terreno poseía un uniforme color rojo. Aquí y allí se alzaban las corcovas que formaban las costillas de los caballos, y entre las chillonas aves resplandecía el acero.

El capitán desató la hebilla del yelmo, del cual se libró para depositarlo en la perilla.

—Consejera…

—Me llamo Lorn —dijo la mujer en voz baja.

—Ciento setenta y cinco hombres y mujeres. Doscientas diez monturas. Noveno escuadrón del octavo de caballería de Itko Kan. —El capitán carraspeó; luego, observó a Lorn —. Muertos. —El caballo se arredró ante una súbita corriente de aire. Aferró con fuerza las riendas y el animal se calmó, abiertas las aletas del hocico, atrás las orejas y los músculos temblorosos bajo el jinete. El garañón de la Consejera no hizo un solo movimiento—. Todos habían desenvainado el arma. Lucharon contra quienquiera que fuera el enemigo. Sin embargo, nosotros sufrimos todas las bajas.

—¿Has inspeccionado la playa? —preguntó Lorn, que no había quitado ojo al camino.

—Nada indica que pueda haberse producido un desembarco —respondió el capitán—. No hay huellas en ningún lado, ni procedentes del mar ni del interior. Hay más muertos aparte de estos, Consejera: granjeros, campesinos, pescadores, viajeros del camino. Todos ellos despedazados, dispersados sus miembros: niños, ganado, perros… —Calló de pronto y le dio la espalda—. Alrededor de cuatrocientos

muertos. —Chistó—. No estamos seguros del número exacto.

—Por supuesto —dijo Lorn, ausente el pesar de su tono de voz—. ¿No hubo testigos?

—Ni uno.

Un hombre se acercaba al galope hacia ellos por el camino que conducía a la cima; lo hacía inclinado sobre el cuello del caballo, pues no dejaba de susurrar al animal asustado que atravesaba aquella carnicería. Las aves se alzaron a su paso con los quejidos de rigor, para después volver a posarse.

—¿Quién es? —preguntó la Consejera.

—El teniente Ganoes Paran —gruñó el capitán—. Hace poco que está a mis órdenes. Es de Unta.

Lorn observó al joven con los ojos entrecerrados. Éste había alcanzado la vera de la hoyada, y se había detenido a transmitir órdenes a los grupos de trabajo. Se inclinó en la silla y miró en dirección a la Consejera.

—¿Paran, de Casa Paran?

—Así es, tiene oro en las venas y todo eso.

—Llámalo.

El capitán hizo un gesto y el teniente espoleó la montura. AI cabo, tiró de las riendas junto al capitán, a quien saludó.

El hombre y su caballo estaban cubiertos de la cabeza a los pies de sangre y restos. Las moscas y avispas zumbaban hambrientas a su alrededor. Lorn no apreció en el rostro del teniente Paran nada del joven que se suponía que era. A pesar de ello, resultaba agradable mirarle.

—¿Has comprobado el otro extremo, teniente? —preguntó el capitán.

Paran asintió.

—Sí, señor. Hay un modesto pueblo de pescadores siguiendo cuesta abajo por el promontorio. Una docena de

chozas, más o menos. Hay cadáveres en todas, menos en dos de ellas. La mayor parte de las barcas parecen atracadas, a excepción de un poste de amarre.

—Teniente, descríbenos las chozas vacías —pidió Lorn.

El joven se libró a manotazo limpio de una amenazadora avispa antes de responder.

—Una se encuentra en lo alto de la playa, justo frente al sendero que parte del camino. Creemos que pertenecía a una anciana que hallamos muerta a media legua al sur de aquí.

—¿Por?

—Consejera, en la choza encontramos las pertenencias de la anciana. Además, parecía tener la costumbre de encender velas. Velas de sebo, de hecho. La anciana del camino tenía un saco lleno de nabos y un puñado de velas de sebo. Aquí el sebo resulta muy caro, Consejera.

—¿Cuántas veces has recorrido este campo de batalla, teniente? —preguntó Lorn.

—Lo suficiente como para acostumbrarme a ello, Consejera —respondió torciendo el gesto.

—¿Y qué hay de la otra choza vacía?

—Creemos que pertenecía a un hombre y a una muchacha. Está cerca de la orilla, frente al amarre vacío.

—¿No hay rastro de ellos?

—Ni el menor rastro, Consejera. Por supuesto, aún seguimos encontrando nuevos cadáveres, tanto a lo largo del camino como en los campos.

—Pero no en la playa.

—No.

La Consejera arrugó el entrecejo, consciente de que ambos hombres la observaban.

—Capitán, ¿qué tipo de armas mataron a tus soldados?

El capitán titubeó, pero al cabo se volvió a mirar furibundo al teniente.

—Has recorrido toda la zona, Paran. Me gustaría conocer tu opinión.

Paran esbozó una sonrisa tensa.

—Claro, señor. Armas naturales.

El capitán experimentó una aguda sensación de vacío en el estómago. Hasta el momento había albergado la esperanza de equivocarse.

~¿A qué te refieres con eso de armas naturales? —preguntó Lorn.

—Dentelladas, en gran medida. Dientes grandes, afilados.

El capitán carraspeó de nuevo.

—No campa el lobo en Itko Kan desde hace cien años. En cualquier caso, no hay restos de lobos en los alrededores…

—De haber sido cosa de lobos —opinó Paran al volverse para observar la pendiente—, éstos eran grandes como muías. No hay rastros, Consejera. Ni siquiera un mechón de pelo.

—En tal caso no podemos culpar al lobo —concluyó Lorn.

Paran se encogió de hombros.

La Consejera aspiró hondo, contuvo el aliento y, finalmente, soltó el aire con un largo y lento suspiro.

—Quiero visitar el pueblo de pescadores.

El capitán se dispuso a ponerse el yelmo, pero la Consejera negó con la cabeza.

—Bastará con el teniente Paran, capitán. Sugiero entre tanto que asumas el mando de tu guardia. Es necesario retirar los cadáveres lo más rápido que sea posible. Deben desaparecer todas las pruebas de lo sucedido.

—Comprendido, Consejera —dijo el capitán con la esperanza de que su voz no traicionara el alivio que sentía.

Lorn se volvió al joven noble.

—¿Teniente?

Asintió éste, antes de espolear su montura.

Cuando las aves remontaron el vuelo a su paso la Consejera envidió en silencio al capitán. Ante su mirada, los carroñeros expusieron una alfombra de armaduras, huesos rotos y restos. El aire estaba cargado, túrgido y empalagoso. Vio soldados con el yelmo puesto y la cabeza aplastada por lo que debía de ser una mandíbula enorme y fuerte. Vio la malla rasgada como tela, los escudos abollados, las extremidades arrancadas de los cuerpos. Lorn logró examinar atentamente unos instantes el lugar que los rodeaba, antes de clavar la mirada en el promontorio, incapaz de comprender la magnitud de aquella matanza. Su garañón, criado a partir de los mejores cruces de la raza de Siete Ciudades, un caballo de guerra acostumbrado a la visión de la sangre desde hacía generaciones, había perdido el orgulloso e inquebrantable garbo, y se abría camino con cierto recelo en la senda.

Lorn comprendió que necesitaba una distracción, de modo que optó por buscarla en la conversación.

—Teniente, ¿has recibido ya tu nombramiento?

—No, Consejera. Espero ser destinado a la capital.

—Claro —dijo ella, enarcando una ceja—. ¿Y cómo te las apañarás para lograrlo?

Paran, bizqueando al sol, lucía la misma sonrisa tensa de antes.

—Se arreglará.

—Comprendo. —Lorn guardó silencio—. Los nobles se contienen a la hora de buscar empleo en el Ejército, dispuestos a mantener la cabeza gacha largo tiempo, ¿no es así?

—Desde los primeros días del Imperio. El emperador no sentía el menor aprecio por nosotros. No obstante, parece ser que la emperatriz Laseen considera que sus problemas son otros.

Lorn observó fijamente al joven.

—Veo que te gusta el riesgo, teniente —dijo—. A menos que tu presunción alcance a impresionar a la Consejera de la emperatriz. ¿Tan convencido estás de la invencibilidad de tu sangre?

—¿Desde cuándo se considera presunción decir la verdad?

—Eres joven, ¿verdad?

Aquel comentario pareció herir a Paran, cuyas mejillas barbilampiñas se cubrieron de arrebol.

—Consejera, durante las últimas siete horas he estado cubierto de sangre y vísceras hasta las rodillas. He forcejeado con gaviotas y cuervos para recuperar los cadáveres, porque ¿sabe a qué se dedican estas aves? Me refiero a qué hacen en este preciso lugar. Hacen jirones la carne y se pelean entre ellas; engordan picoteando los ojos y las lenguas de los muertos, los hígados, los corazones. Ávidas, arrojan la carne en todas direcciones… —Calló al recuperar el control de sí mismo, y se enderezó en la silla de montar—. Ya no soy joven, Consejera. Respecto a la presunción, lo cierto es que no podría preocuparme menos. Uno no puede burlar a la verdad, al menos no aquí, ni ahora, ni nunca más.

Llegaron a la pendiente lejana. A la izquierda, un angosto sendero conducía al mar. Paran lo señaló, y después condujo al caballo hacia allí.

Lorn le siguió, anclada su expresión reflexiva en la amplia espalda del teniente. Luego volcó su atención en la ruta que recorrían. Se trataba de un estrecho sendero que

faldeaba el risco escarpado. A la izquierda, el borde del sendero daba paso a una caída de veinte varas sobre un lecho de rocas. Había bajamar, las olas rompían en el arrecife a distancia de la orilla. El lecho de roca negra estaba salpicado de charcas, cuyas aguas reflejaban un cielo cubierto de nubes.

Llegaron a un recodo, y más allá, sendero abajo, observaron la playa en forma de media luna. Sobre ésta, al pie del promontorio, había una amplia extensión de terreno herboso en cuyo lecho se apiñaba una docena de chozas.

La Consejera lanzó una mirada al mar. Las barcas de pesca estaban junto a sus amarres, tumbadas de costado en la arena. El cielo sobre la playa y la orilla se veían vacíos: no había una sola ave.

Detuvo la montura. Al cabo, Paran volvió la vista atrás a la Consejera, e hizo lo mismo que ella. La vio quitarse el yelmo y soltar su largo cabello castaño oscuro. Estaba húmedo y lleno de hebras debido al sudor. El teniente condujo el caballo a su lado con una mirada inquisitiva.

—Teniente Paran, has hablado con sabias palabras. —Respiró el aire salado para después mirarle a los ojos—. Me temo, sin embargo, que no podrás servir en Unta. Recibirás órdenes directas de mí, pues entrarás a formar parte de mi Estado Mayor.

Él entrecerró lentamente los ojos.

—¿Qué les sucedió a esos soldados, Consejera?

Ella no respondió de inmediato. Recostó la espalda en la silla y paseó la mirada por el lejano mar.

—Alguien estuvo aquí —dijo—. Un hechicero de gran poder. Algo sucedió, y se nos distrae para evitar que podamos descubrirlo.

Paran la miró boquiabierto.

—¿El asesinato de cuatrocientas personas es una maniobra de distracción?

—Si ese hombre y su hija hubieran estado pescando, habrían vuelto con la pleamar.

—Pero…

—No encontrarás sus cadáveres, teniente.

—Y ahora ¿qué? —preguntó, intrigado, Paran.

—Habrá que regresar —respondió ella, volviendo grupas.

—¿Y ya está? —Él la contempló mientras dirigía la montura de vuelta al sendero, y después la siguió al galope hasta alcanzarla—. Aguarde un instante, Consejera —dijo al llegar a su altura.

Lorn le dedicó una mirada de advertencia.

—No. Si ahora formo parte de su Estado Mayor, tengo que saber más acerca de lo que sucede.

La mujer volvió a colocarse el yelmo y ató con fuerza la hebilla en la barbilla. Su largo cabello colgaba bajo la capa imperial.

—De acuerdo. Como bien sabrás, teniente, no soy una hechicera…

—No —interrumpió Paran con una sonrisa gélida—, se limita a cazarlos y matarlos.

—No vuelvas a interrumpirme. Como decía, soy anatema para la hechicería. Lo cual significa, teniente, que aunque no practico la magia, estoy familiarizada con ella. En cierto modo. Nos han presentado, si prefieres decirlo de ese modo. Conozco los patrones de la magia, y también conozco los patrones de las mentes que la emplean. Se pretendía que nuestra conclusión fuera que esta matanza era cosa exhaustiva y aleatoria. No fue ni una ni otra cosa. Ese detalle nos proporciona un indicio, y es necesario que descubramos adonde nos conduce.

Paran asintió lentamente.

—Tu primera misión, teniente, consiste en cabalgar al mercado del pueblo… ¿Cómo se llama?

—Gerrom.

—Eso es, Gerrom. Allí conocerán sin duda este poblado de pescadores, puesto que allí es donde se pondría a la venta la pesca. Pregunta por ahí, averigua qué familia había aquí formada por padre e hija. Descubre sus nombres, sus descripciones. Recurre a la milicia si los lugareños se muestran reservados.

—No lo harán —dijo Paran—. Los kanesianos son gente cooperativa.

Coronaron la cima del sendero y se detuvieron al llegar al camino. Abajo, los carromatos se abrían paso entre los cadáveres, y los bueyes, al pisar con fuerza, grababan en el suelo huellas rojas de herradura. Gritaban los soldados, mientras en lo alto un millar de aves volaba en círculos. En aquella escena podía olerse el pánico. En un extremo se encontraba el capitán, con la correa del yelmo colgando de la mano.

La Consejera observó la escena con un brillo de dureza en la mirada.

—Por tu bien —dijo—, confío en que tengas razón, teniente.

Mientras veía acercarse a los dos jinetes, el capitán tuvo la sensación de que sus días de asueto en Itko Kan estaban contados. Le pesaba el yelmo en la mano. Observó fijamente a Paran. Ese cabrón melindroso se encargaría. *Un centenar de hilos lo empujarán a cada paso que dé, hasta proporcionarle un empleo cómodo en una ciudad tranquila.*

Se percató de que Lorn le estaba observando al llegar a la cima.

—Capitán, tengo una petición que hacerte.

El oficial gruñó. *Petición, y una mierda. La emperatriz tendrá que ponerse rápidamente las sandalias cada mañana para asegurarse de que ésta no se le adelante.*

—Cómo no, Consejera.

La mujer desmontó, al igual que Paran. El teniente mantenía una expresión impasible. ¿Sería una muestra más de arrogancia o le habría dado la Consejera algo en que pensar?

—Capitán —empezó Lorn—, tengo entendido que existe una ronda de reclutamiento en Kan. ¿Recluían a gente de fuera?

—¿Que si lo hacemos? Claro, más a ellos que a cualquier otro. La gente de la ciudad tiene demasiado que perder. Además, son los primeros en enterarse de las malas noticias. La mayoría de los campesinos no tiene ni idea de que, por ejemplo, en Genabackis todo se fue al infierno. Muchos creen que los de ciudad se quejan demasiado. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Puede. —Lorn observó a los soldados que despejaban el camino—. Necesito un listado que incluya a los reclutados de los últimos dos días. Olvida a los nacidos en la ciudad, sólo quiero a los que provengan de las poblaciones más alejadas. Limítate a las mujeres y a los ancianos.

De nuevo gruñó el capitán.

—Pues será una lista muy corta, Consejera.

—Eso espero, capitán.

—¿Tiene alguna idea de lo que está sucediendo?

Sin dejar de prestar atención a la actividad que se desarrollaba en el camino, Lorn respondió:

—Ni la menor idea.

Sí, claro —pensó el capitán—, *y yo soy el emperador reencarnado.*

—Mal asunto —masculló.

—Ah —dijo la Consejera, vuelta hacia él—, a partir de ahora, el teniente Paran servirá en mi Estado Mayor. Confío en que te encargarás de hacer los ajustes necesarios.

—Como quiera, Consejera. Adoro el papeleo.

Eso le hizo acreedor de una leve sonrisa que, sin embargo, fue tan leve como fugaz.

—El teniente Paran partirá de inmediato.

El capitán observó al joven noble y sonrió, dejando que su sonrisa hablara por él. Trabajar para la Consejera era como servir de cebo en un anzuelo. La Consejera era el anzuelo, y al otro extremo del sedal se encontraba la emperatriz. Por él, Paran podía retorcerse cuanto quisiera.

A Paran se le agrió un instante la expresión.

—Sí, Consejera. —Subió de nuevo a la silla de montar, saludó y enfiló el camino al galope.

—¿Se le ofrece algo más, Consejera? —preguntó el capitán, que había observado a Paran mientras éste se alejaba.

—Sí.

El tono de su voz le empujó a volverse.

—Me gustaría escuchar la opinión de un soldado sobre la intromisión de la nobleza en la estructura imperial de mando.

—No le va a gustar, Consejera —advirtió el oficial, mirándola fijamente.

—Adelante.

Y el capitán habló.

Corría la octava jornada de reclutamiento y el sargento mayor Áragan permanecía sentado al escritorio con expresión hastiada, cuando el cabo empujó a otro mozalbete. Habían tenido suerte en Kan. Se pesca mejor en las afueras, había dicho el Puño de Kan. Todo lo que tienen aquí son sus batallitas. Es cierto que no te hacen sangrar, pero tampoco te matan de hambre, ni te dejan los pies para el arrastre. Cuando eres joven, hueles a mierda de cerdo y estás convencido de que no hay arma en el mundo capaz de herirte, lo único que consiguen las batallitas es que quieras formar parte de ellas.

La anciana tenía razón. Para variar. Aquellas gentes llevaban sometidas tanto tiempo, que de hecho había terminado por gustarles. *En fin*, pensó Áragan, *la educación empieza aquí.*

Aquél había sido un mal día; el capitán había estado rugiendo de un lado a otro con las tres compañías que estaban bajo su mando, sin dejar a su paso un solo rumor que pudiera explicar lo que estaba sucediendo. Por si fuera poco, la Consejera de Laseen había llegado de Unta al cabo de un rato, recurriendo a una de esas escalofriantes sendas mágicas para cubrir la distancia. Aunque nunca la había visto, su nombre arrastrado por el tórrido y seco viento bastaba para hacerle temblar. Asesina de magos, escorpión en el bolsillo imperial.

Áragan miró ceñudo la pizarrilla y aguardó a que el cabo carraspeara. Entonces, y sólo entonces, levantó la mirada.

El recluta que permanecía de pie ante él le hizo dar un respingo. Abrió la boca cuando ya tenía dispuesta la retahíla habitual, destinada a hacer que los jóvenes se escabulleran a su paso. Al cabo volvió a cerrarla, sin haber

dicho una palabra. El Puño de Kan había dado instrucciones precisas: si tenían dos brazos, dos piernas y una cabeza, había que aceptarlos. La campaña de Genabackis era un desastre y necesitaban soldados frescos.

Sonrió a la muchacha. Ésta satisfacía la descripción del Puño a la perfección. Aún.

—Veamos, moza, te das cuenta de que estás a punto de enrolarte en la infantería de marina de Malaz, ¿verdad?

La muchacha asintió con la mirada templada, firme, clavada en Áragan. Éste tensó la expresión. *Condenada sea, no puede tener más que doce o trece años. Si fuera hija mía… Además, ¿qué tienen sus ojos para que su mirada parezca tan vieja?* La última vez que vio algo así fue en la linde del bosque de Mott, en Genabackis, donde había marchado por sembrados víctimas de sequías durante cinco años, además de una guerra que había durado el doble. Esa mirada vieja la daba el hambre o la muerte. Arrugó el entrecejo.

—¿Cómo te llamas, niña?

—Entonces, ¿ya estoy dentro? —preguntó ella con voz calma.

Áragan asintió, acusando un súbito dolor de cabeza.

—En una semana te asignaremos un destino, a menos que tengas alguna preferencia al respecto, claro.

—Campaña de Genabackis —respondió la chica de inmediato—. Quiero servir bajo el mando del Puño Supremo Dujek Unbrazo. En las huestes de Unbrazo.

Áragan pestañeó.

—Tomaré nota —dijo en un hilo de voz—. ¿Cómo te llamas, soldado?

—Lástima. Me llamo Lástima.

Áragan anotó el nombre en la tablilla.

—Retírate, soldado. El cabo te dirá dónde debes ir. —Levantó la mirada al acercarse ella a la puerta—. Y procura quitarte todo el barro que tienes en los pies. —Áragan continuó escribiendo unos instantes, pero finalmente lo dejó. Hacía semanas que no llovía, y en cualquier caso el barro de la zona se hallaba a medio camino entre el verde y el gris, no rojo oscuro. Dejó la tiza para hacerse un masaje en las sienes. *Al menos se me está pasando el dolor de cabeza*, pensó.

Gerrom distaba legua y media hacia el interior por el viejo camino de Kan, vía de comunicación que se remontaba al tiempo anterior al Imperio, y que se empleaba rara vez desde que se abrió la vía imperial costera. El tráfico en aquellos tiempos se hacía principalmente a pie, y consistía en granjeros del lugar y pescadores que cargaban con el fruto de su trabajo. De ellos tan sólo quedaban los desmarañados y deshilachados bultos de ropa, los cestos rotos y las hortalizas arrolladas que alfombraban el camino, único vestigio de su paso. Una mula coja servía como último centinela a los restos de aquel éxodo; permanecía cerca, en silencio, con una pata hundida hasta la articulación en un arrozal. Al pasar Paran, le dedicó una mirada desesperada.

Los restos no parecían tener más de un día, y las frutas y las hortalizas de hoja verde empezaban a pudrirse al calor de la tarde.

El caballo trotaba con parsimonia, y Paran observó las primeras construcciones de la modesta población de mercaderes a medida que surgían de la polvorienta calima. Nadie se movió entre las destartaladas casas de barro; no asomaron los perros para desafiarle a ladridos, y el único carro a la vista yacía tumbado sobre una rueda. Para añadir

una nota más a la atmósfera anómala que reinaba en el lugar, no se movía una hoja, ni se oía el canto de los pájaros. Paran desahogó la espada en la vaina.

Al acercarse a las primeras casas detuvo la montura. El éxodo había sido rápido, una huida despavorida. Sin embargo, no vio cadáveres ni signos de violencia más allá de las prisas evidentes de quienes habían huido. Inhaló una bocanada de aire, que a continuación exhaló lentamente; después, hincó con suavidad los talones para avanzar. La calle principal era, de hecho, la única en todo el pueblo, y discurría desde el extremo hasta una encrucijada de caminos, que destacaba por la presencia de un solitario edificio de piedra de dos plantas, correspondiente a la bailía imperial. Habían cerrado los postigos reforzados con estaño, y también la puerta de aspecto recio. Al acercarse, Paran no apartó la mirada del edificio.

Tras desmontar, aseguró la yegua a la baranda y volvió la vista atrás, hacia la calle principal. Nada se movía. Paran desenvainó la espada y se acercó a la puerta de la bailía.

Le detuvo un sonido apenas audible, procedente del interior. Aun así podía oírse a cierta distancia, pero de pie ante la enorme puerta comprendió sin duda que se trataba de un goteo, de un líquido cuyo murmullo le hizo temblar.

Paran extendió el brazo armado y acercó a la cerradura la punta de la espada; después, levantó el tirador hasta que se oyó un ruido metálico, momento en que abrió la puerta.

Percibió un movimiento en la oscuridad que reinaba en el interior, un aleteo y el leve temblor del aire que arrastró hasta Paran el oloroso hedor a carne podrida. Entre jadeos, con la boca seca como si acabara de masticar algodón, aguardó hasta que su mirada se acostumbrara a la ausencia de luz.

Observó con atención el recibidor de la bailía, donde la confusa maraña de actividad extraía su voz de un escalofriante conjunto de gorgoteos. La estancia estaba llena de palomas negras, que zureaban con gélida calma. Unos cuerpos uniformados yacían entre las aves, desparramados de forma grotesca en el suelo, entre las cagadas y los charcos negros. Olía a sudor y a muerte, un olor denso, como gasa.

Dio un paso hacia el interior. Las palomas se agitaron, pero por lo demás hicieron caso omiso de su presencia. Ninguna de ellas echó a volar hacia la puerta abierta.

Le observaron desde las sombras los rostros hinchados de mirada hueca; la piel azul, como la del ahogado. Paran observó a uno de los soldados.

—No parece muy saludable llevar esos uniformes con el tiempo que hace —mascullló.

Conjurar aves para que guarden esta burlona vigilia… Creo que ha dejado de gustarme el humor negro. Se estremeció y atravesó la sala. Las palomas se apartaron a su paso, con el zureo correspondiente. La puerta que conducía a la oficina del capitán estaba entreabierta. Se filtraba un poco de luz por los desiguales postigos. Envainó la espada y entró en la oficina. El capitán seguía sentado en la silla; tenía el rostro hinchado y magullado, la piel azul, verde y gris.

Paran barrió con la mano las plumas caídas en la superficie del escritorio, dispuesto a registrar el papeleo, mas los papiros se hicieron pedazos en sus manos, podridas las hojas, aceitosas al tacto.

Concienzudo esfuerzo para eliminar pistas.

Se volvió para después atravesar a buen paso el recibidor y salir a la cálida luz del sol. Luego cerró la puerta

de la bailía, de igual modo que sin duda lo habían hecho los lugareños.

La oscura florescencia de la hechicería era una mancha que pocos deseaban examinar muy de cerca. Tenía tendencia a extenderse.

Paran desató la yegua, montó y abandonó aquel pueblo fantasma.

Y no volvió la vista atrás.

El sol inmenso caía a plomo sobre la nube carmesí que se extendía a lo largo del horizonte. Paran hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos. Había sido un día muy largo. Un día horroroso. La tierra que le rodeaba, antes un lugar familiar y seguro, se había convertido en otra cosa, en un paraje sacudido por las oscuras corrientes de la hechicería. No tenía precisamente ganas de acampar al raso aquella noche.

La yegua arrastraba el paso con la cabeza gacha a medida que la oscuridad los envolvía a ambos lentamente. Empujado por las agotadoras cadenas de sus pensamientos, Paran intentó encontrar algún sentido a lo que había pasado desde la mañana.

Arrancado de la sombra del hosco y lacónico capitán y de la guarnición de Kan, el teniente había visto encumbrarse con rapidez todas sus perspectivas. El edecán de la Consejera era un progreso en su carrera que ni siquiera podría haber imaginado que lograría hacía una semana. A pesar de la profesión que había escogido, sin duda su padre y sus hermanas se sentirían impresionados, incluso puede que asombrados, ante sus logros. Como tantos otros nacidos en el seno de una familia noble, hacía tiempo que aspiraba a hacer la carrera militar: ansiaba el prestigio y le

aburrían las actitudes estáticas y complacientes de la clase noble en general. Paran quería algo más desafiante que coordinar los cargamentos de vino o supervisar la cría de caballos.

Tampoco fue de los primeros en alistarse, de modo que no tuvo facilidad a la hora de acceder al adiestramiento de un oficial y a puestos selectivos. Sólo podía culpar a la mala suerte por haber sido destinado a Kan, donde una guarnición veterana llevaba casi seis años lamiendo sus heridas. Poco respeto encontró allí para un teniente que no conocía el combate, máxime tratándose de un noble.

Paran sospechaba que todo eso había cambiado desde la matanza en el camino. Se manejó mucho mejor que cualquiera de los veteranos, gracias en buena parte a la ayuda de la excelente casta de su caballo. Es más, para demostrar a todos su frialdad, lo destacado de su profesionalidad, se había prestado voluntario para encabezar la inspección del terreno.

Lo hizo bien, aunque la inspección se había revelado… difícil. Había oído gritos mientras caminaba entre los cadáveres, gritos que provenían del interior de su propia mente. Fijó la mirada en los detalles, las rarezas: el peculiar modo en que ese cuerpo se retorcía, la sonrisa inexplicable grabada en el rostro de aquel soldado muerto… No obstante, lo que había resultado más extraño era lo que le hicieron a los caballos. Los hocicos cubiertos de espumarajos, prueba del terror; las heridas sufridas eran terribles y devastadoras. La bilis y las heces manchaban las que en tiempos fueron orgullosas cabalgaduras, y todo estaba cubierto por una brillante capa de sangre y vísceras. Hubiera llorado por esos caballos.

Se rebulló inquieto en la silla, consciente de la humedad de las manos que cerraba sobre la perilla. Durante todo

aquel episodio había tirado de aplomo; no obstante, en aquel momento que volvía a pensar en la espeluznante escena, sintió que tenía algo en su interior (algo que siempre se había mostrado sólido e inquebrantable), que ahora temblaba, se asustaba y amenazaba con perder el equilibrio. Su mente recuperó entonces el recuerdo funesto del leve desprecio que demostró por los desamparados veteranos de la tropa, arrodillados en las márgenes del camino, asustados ante el menor ruido. Y el eco que provenía de la estación de Gerrom, y que llegó como un golpe tardío a su atribulada y maltrecha alma, se alzó de nuevo para cerrar sus garras sobre la mordaza a la que había recurrido su propio instinto para enmudecer sus miedos.

Paran se enderezó en la silla. Había asegurado a la Consejera que había perdido la juventud. Le había dicho otras cosas, sin miedo, sin que le importara, sin observar toda la precaución que su padre le había inculcado en lo referente a las muchas caras del Imperio.

En un apartado rincón de la mente halló unas antiguas palabras: no llames la atención. Por aquel entonces las había rechazado; aún lo hacía. La Consejera, sin embargo, había reparado en él. Se preguntó por primera vez si hacía bien en sentirse orgulloso. Aquel oficial del pasado, en la muralla de la fortaleza de Mock, habría escupido con desprecio a los pies de Paran de cruzarse con él ahora. Ya no era un muchacho. Era un hombre. *Tendrías que haberme escuchado, hijo. Mírate ahora.*

La yegua, confusa, reculó de pronto, pisando el accidentado camino. Paran llevó la mano al arma al tiempo que miraba con los ojos entornados en derredor, en un intento por salvar la penumbra. El sendero discurría por arrozales, y las chozas de los campesinos más cercanas se

hallaban a un centenar de pasos de aquel camino que de pronto bloqueaba una solitaria figura.

Un penacho de frío vaho trazó una espiral hasta la yegua, que echó atrás las orejas y dilató las fosas nasales, sorprendida.

La figura, un hombre a juzgar por la altura, iba envuelta en tonos verdes: la capa, la capucha, la túnica ajada y los calzones de lino que asomaban por encima de las botas teñidas de verde. Un único cuchillo largo pendía del cinto, arma preferida por los guerreros de Siete Ciudades. Las manos, agrisadas a la tenue luz del atardecer, parecían cubiertas de anillos, anillos en cada dedo, por encima y por debajo de los nudillos. Levantó una de sus manos, que sostenía una jarra de barro.

—¿Sediento, teniente? —preguntó el desconocido con voz suave, en un tono peculiarmente melodioso.

—¿Nos conocemos? —preguntó Paran, cuya mano descansaba aún en la empuñadura de la espada.

El hombre sonrió al quitarse la capucha. Tenía la cara alargada, la piel entre blanca y gris, los ojos oscuros y extrañamente angulosos. No parecía contar más de treinta y pocos años, a pesar del pelo blanco.

—La Consejera me ha pedido un favor —dijo—. Aguarda impaciente tu informe. Debo escoltarte… sin perder un instante. —Levantó la jarra—. Pero antes, disfrutemos de un refrigerio. Guardo un auténtico festín en mis bolsillos, mucho mejor botín de lo que podría ofrecernos un pueblo kanesiano atemorizado. Únete a mí, aquí mismo, en el borde del camino. Podríamos entretenernos conversando y observando ociosos a los campesinos que cruzan sin cesar. Me llamo Topper.

—He oído antes ese nombre —dijo Paran.

—Claro, deberías, deberías —replicó Topper—. Ay, ése soy yo. La sangre de un tiste andii fluye por mis venas, buscando una salida, sin duda, del más común flujo humano. Mi mano fue la responsable de quitar la vida de los unta: Rey, Reina, hijos e hijas.

—Y de los primos, los primos segundos, los primos terceros…

—Por supuesto, por supuesto. Era necesario extirpar toda esperanza. Tal era mi deber como Garra de destreza consumada. Pero aún no has respondido a mi pregunta.

—¿Pregunta?

—¿Sediento?

Ceñudo, Paran desmontó.

—¿No acabas de decir que la Consejera desea que las cosas se hagan con celeridad?

—Y con celeridad se harán, teniente, en cuanto nos hayamos llenado el buche y conversado como gentes civilizadas.

—Tu reputación no contempla la capacidad para comportarse civilizadamente, Garra.

—Teniente, es uno de mis rasgos que tengo en mayor aprecio, aunque sucede que últimamente, y por desgracia, surgen pocas ocasiones en las que pueda ejercitarlo. Seguro que podrás dedicarme parte de tu valioso tiempo, puesto que seré tu escolta.

—Cualquier arreglo que hicieras con la Consejera es cosa vuestra —dijo Paran, acercándose—. Nada te debo, Topper, excepto el rencor.

La Garra se acuclilló, y de sus bolsillos extrajo sendos paquetitos envueltos, seguidos de dos vasitos de cristal. A continuación descorchó la jarra.

—Viejas heridas. Me fue dado a entender que has tomado un camino diferente, que has dejado atrás los

tediosos y traicioneros círculos de la nobleza. —Sirvió la bebida y llenó los vasos de un vino color ámbar—. Ahora formas un todo con el Imperio, teniente. El Imperio te ordena, y tú obedeces su voluntad sin hacer preguntas. Eres la parte minúscula de uno de los músculos que forman ese cuerpo. Ni más, ni menos. Ha pasado el momento de esas disputas. Así que… —dejó la jarra y ofreció uno de los vasos a Paran— brindemos por los comienzos, Ganoes Paran, teniente y edecán de la Consejera Lorn.

Paran, ceñudo, aceptó el vaso.

Ambos bebieron.

—Ahí lo tienes —comentó Topper, que sacó un pañuelo de seda con el que limpió sus labios—, no ha sido tan difícil, ¿verdad? ¿Puedo llamarte por el nombre que has escogido?

—Bastará con Paran. ¿Y tú? ¿Qué título ostenta el comandante de la Garra?

Topper sonrió de nuevo.

—Laseen aún manda en la Garra. Yo sólo la ayudo. En cierto modo también yo soy un edecán. Puedes llamarme por el nombre que he escogido, por supuesto. No soy de los que mantienen las formalidades pasado un punto razonable de la relación.

Paran se sentó en el camino embarrado.

—¿Y ya hemos superado ese punto?

—Por supuesto.

—¿Y cómo lo decides?

—Ah, verás —dijo Topper mientras desenvolvía los paquetitos, en cuyo interior guardaba queso, media hogaza de pan, fruta y bayas—. Yo me presento a los demás de dos modos, y has experimentado el segundo de ellos.

—¿Y el primero?

—Ay, mucho me temo que no hay tiempo para las presentaciones en el primero.

Paran se desabrochó el yelmo con un suspiro de cansancio.

—¿Quieres saber qué descubrí en Gerrom? —preguntó mientras peinaba con la mano su pelo negro.

—Si sientes la necesidad de explicarlo —respondió Topper.

—Puede que sea mejor esperar a mi audiencia con la Consejera.

La Garra sonrió.

—Veo que empiezas a aprender, Paran. Nunca te muestres demasiado generoso con el conocimiento que posees. Las palabras son como monedas: merece la pena ahorrarlas.

—Hasta que mueres sobre un lecho de oro —dijo Paran.

—¿Tienes hambre? Es que odio comer solo.

Paran aceptó un pedazo de pan.

—¿Tan impaciente estaba la Consejera, o te han traído aquí otros motivos?

—Ay, se acabó la conversación civilizada —lamentó la Garra al levantarse con una sonrisa en los labios—. Ahí se abre nuestro camino. —Y encaró el camino.

Paran se volvió a tiempo de ver una especie de telón que se abría en mitad del camino y desprendía una pálida luz amarillenta. *Es una senda* —pensó—, *uno de los caminos secretos de la hechicería.*

—¡Por el aliento del Embozado! —exclamó en voz baja, esforzándose por contener el súbito escalofrío que pugnaba por recorrer su espina dorsal. En su interior alcanzó a ver un sendero grisáceo, contenido a ambos lados por sendos muros bajos y techado por una niebla impenetrable de color ocre. El aire se filtraba en el portal como una exhalación, y al hacerlo delataba su hechura de ceniza, levantada por la

infinidad de corrientes invisibles que, en ocasiones, se valían de ella para formar diminutos remolinos.

—Tendrás que acostumbrarte a esto —advirtió Topper.

Paran aferró las riendas de la yegua y colgó el yelmo en la perilla.

—Tú primero.

La Garra lo observó un instante como si lo calibrara, y luego se adentró en la senda.

Paran lo siguió. El portal se cerró a su paso, y en su lugar apareció una continuación del sendero. Itko Kan había desaparecido, y con él todo indicio de vida. El mundo donde se habían adentrado era un erial. Los terraplenes que seguían a ambos lados el contorno del sendero resultaron también ser de ceniza. El ambiente estaba cargado, dejaba un gusto metálico en la boca.

—Bienvenido a la senda imperial —dijo Topper en tono burlón.

—Qué agradable.

—Labrado por la fuerza de… lo que hubiera aquí antes. ¿Conoces alguna otra empresa con la que pueda compararse? Sólo los dioses podrían responderme.

Echaron a andar.

—En tal caso, doy por sentado que ningún dios reclama para sí esta senda —dijo Paran—. De modo que así es como burlas los portazgos, los guardianes y los pasos de los puentes invisibles, y a todos los que se dice moran en las sendas, al servicio de sus inmortales amos.

—¿Acaso crees que las sendas están tan concurridas? —gruñó Topper—. Las creencias de los ignorantes siempre resultan tan entretenidas… Veo que serás buena compañía en este corto viaje.

Paran guardó silencio. Los horizontes que había más allá de los terraplenes de ceniza estaban muy cerca, eran una

mezcla difusa de cielo ocre y suelo gris oscuro. Sudaba profusamente bajo la cota de malla. La yegua resopló.

—Por si te interesa —dijo Topper al cabo de un rato—, la Consejera se encuentra en Unta. Aprovecharemos esta senda para cubrir la distancia que nos separa de allí; cubriremos unas trescientas leguas en apenas unas horas. Algunos creen que el Imperio se ha extendido demasiado, que las provincias más lejanas se encuentran fuera del alcance de la emperatriz Laseen. Como acabas de descubrir, Paran, tales creencias son patrimonio de los insensatos.

De nuevo resopló la yegua.

—¿Tanto te he avergonzado que guardas silencio? Mis disculpas, teniente, por burlarme de tu ignorancia…

—Es un riesgo que tendrás que correr —replicó Paran.

Y de Topper fueron los siguientes mil pasos en silencio.

Ningún cambio de luz indicó el paso del tiempo. Algunas veces llegaron a puntos de la senda donde los montículos de ceniza se habían visto perturbados, como si algo enorme hubiera pasado por su lado y abierto unas sendas escurridizas que conducían a las tinieblas. En uno de esos lugares encontraron una mancha negra incrustada en algunos eslabones de cadena esparcidos en la senda como monedas. Topper examinó el lugar con suma atención, mientras Paran vigilaba.

Ni por asomo este camino es tan seguro como me ha hecho creer. Aquí hay extraños, y no es gente de la que uno pueda fiarse.

No le sorprendió comprobar que Topper apretaba el paso después. Al cabo, llegaron ante un arco de piedra. Lo habían construido recientemente, y Paran reconoció el

basalto de Unta, de las canteras que había a las afueras de la capital. Los muros que cercaban los terrenos de su familia estaban hechos con la misma piedra de brillante color gris oscuro. Esculpida en mitad del arco, arriba, sobre sus cabezas, había una mano con garras que sostenía una esfera de cristal, sello imperial de Malaz.

Más allá del arco sólo había oscuridad.

Paran se aclaró la garganta.

—¿Hemos llegado?

—Respondes a la educación con arrogancia, teniente —respondió Topper, volviéndose a él—, cuando en su lugar harías bien en arrogarte de buenas maneras.

Sonrió Paran, que señaló imperceptiblemente la negrura.

—Tú primero.

Topper se envolvió en la capa y atravesó el arco para desaparecer.

La yegua retrocedió al tirar de ella hacia el arco. Intentó calmarla pero de nada sirvió. Finalmente, subió a la silla y tomó las riendas. Enderezó la montura y hundió con fuerza las espuelas en los ijares, momento en que el animal se adentró de un salto en el vacío.

La luz y los colores explotaron a su espalda hasta envolverlos. La yegua hundió los cascos con un estampido seco, esparciendo a su alrededor algo que muy bien podía ser grava. Paran tiró de las riendas, pestañeando mientras intentaba hacerse una idea del lugar donde se encontraba: era una estancia espaciosa, cuyo techo lanzaba destellos dorados; de las paredes colgaban tapices; una veintena de guardias cubiertos de armadura rodeaban toda la habitación.

Alarmada, la yegua brincó a un lado de tal modo que Topper terminó de bruces en el suelo. De hecho, a punto

estuvo de clavar uno de sus cascos en la Garra, pero no lo alcanzó por un palmo. Se oyó el crujir de más grava, sólo que no era grava, comprobó Paran, sino un mosaico. Topper se puso en pie con una maldición, y dirigió una mirada centelleante al teniente.

Los guardias parecieron obedecer una orden muda, pues lentamente retrocedieron hasta recuperar sus puestos en las paredes. Paran apartó la mirada de Topper. Ante sus ojos se alzaba un estrado en el que descansaba un trono de hueso retorcido. En dicho trono se sentaba la emperatriz.

El silencio se adueñó de la sala, a excepción del crujido de las piedras semipreciosas bajo los cascos de la yegua. Paran desmontó con un mohín, observando con desánimo a la mujer que se hallaba sentada en el trono.

Laseen había cambiado muy poco desde la única vez que había tenido ocasión de verla de cerca; corriente, sin joyas, con el pelo corto y castaño sobre el tinte melancólico de sus rasgos vulgares. Sus ojos castaños le observaron atentamente.

Paran ajustó la vaina de la espada, se cogió de manos y se inclinó por la cintura.

—Emperatriz.

—Veo que no obedeciste el consejo que hace siete años te dio aquel comandante —afirmó Laseen, arrastrando las palabras.

Paran pestañeó sorprendido.

—Claro que tampoco él hizo caso del consejo que le fue dado —continuó la emperatriz—. Me preguntó qué dios os juntaría a ambos allí arriba, en el parapeto. La verdad es que me gustaría reconocer su sentido del humor. ¿Pensabas que el arco imperial daría a los establos, teniente?

—Mi caballo no parecía dispuesto a atravesar la senda, emperatriz.

—Y motivos no le faltaban.

—Al contrario que yo —sonrió Paran—, la yegua pertenece a una raza conocida por su inteligencia. Os ruego que aceptéis mis más humildes disculpas.

—Topper se encargará de llevarte en presencia de la Consejera. —A un gesto de la emperatriz, uno de los guardias se acercó al teniente para hacerse cargo de las riendas.

Paran se inclinó de nuevo, antes de volverse con una sonrisa a la Garra.

Topper lo condujo por una puerta lateral.

—¡Estúpido insensato! —regañó al cerrarse con un portazo la puerta a su espalda. Caminó a grandes trancos por el estrecho pasadizo. Paran no hizo el menor esfuerzo por mantenerse a su altura, de modo que la Garra se vio obligado a esperarlo al pie de una escalinata que conducía a un piso superior. A juzgar por la expresión de su rostro, Topper no podía estar más furioso—. ¿A qué se refería con eso del parapeto? ¿Ya os conocíais…, cuándo?

—Puesto que ella decidió no dar explicaciones, tan sólo me cabe seguir su ejemplo —respondió Paran, que añadió al observar la escalera de caracol—: Ésta debe de ser la torre oriental. La torre del Polvo…

—A la planta superior. La Consejera te aguarda en sus estancias. No hay más puertas, de modo que no tiene pérdida; tú sigue caminando hasta que llegues arriba del todo.

Paran asintió y puso el pie en el primer escalón.

Halló entornada la puerta que conducía a la estancia superior de la torre. Paran llamó con los nudillos y entró. La Consejera se encontraba sentada en un banco situado en el extremo opuesto, de espaldas a una amplia ventana. Tenía los postigos abiertos, de modo que en el exterior vio

dibujada la rojiza promesa del amanecer. Se estaba vistiendo. Paran se detuvo, incómodo.

—No soy pudorosa —dijo la Consejera—. Entra y cierra la puerta.

Paran obedeció. Luego, miró a su alrededor. Colgaban de las paredes macilentos tapices. Las losas del suelo estaban cubiertas por pieles desastradas.

El mobiliario, el poco que había, al menos, era viejo, de estilo napaniano y, por tanto, carente de adornos.

La Consejera se levantó para enfundarse la armadura de cuero. Su pelo brillaba a la luz roja.

—Pareces exhausto, teniente. Siéntate, por favor

Encontró una silla y, agradecido, tomó asiento.

—Han borrado las pistas a conciencia, Consejera. No creo probable que podamos convencer a los pocos que han quedado en Gerrom de que hablen.

—A menos que despache a un nigromante —dijo la Consejera mientras abrochaba la última hebilla.

—Cuentos de palomas… —dijo con un gruñido—. Creo que se previó la posibilidad.

Ella le miró enarcando una ceja.

—Disculpe, Consejera. Parece ser que las… aves sirvieron de heraldo a la muerte.

—De haber mirado a través de los ojos de los muertos poca cosa habríamos visto. ¿Palomas, dices?

Paran asintió.

—Curioso. —Y guardó silencio.

La observó largo y tendido.

—¿Serví de cebo, Consejera?

—No.

—¿Y la oportuna llegada de Topper?

—Conveniencia.

Callado, cerró los ojos y la cabeza le dio vueltas. No había reparado en el cansancio que sentía. Tardó un instante en comprender que ella le hablaba.

Se sacudió el cansancio y enderezó la espalda.

La Consejera se encontraba delante de él.

—Ya tendrás tiempo para dormir. Ahora no es momento, teniente. Te informaba de tu futuro, y estaría bien que prestaras atención. Has completado la tarea que te encomendé. Además, has demostrado ser muy… flexible. A ojos de todos, yo ya he terminado contigo, teniente. Serás devuelto al cuerpo de oficiales aquí en Unta. Después vendrán algunos destinos, en los cuales completarás tu adiestramiento oficial. Respecto al tiempo que pasaste en Itko Kan, nada inusual sucedió allí, ¿me explico?

—Sí.

—Bien.

—¿Y qué me dices de lo que sucedió realmente, Consejera? ¿Abandonaremos la investigación? ¿Nos resignaremos a no saber jamás lo que sucedió exactamente, o por qué se hizo? ¿O acaso soy yo quien sencillamente va a ser abandonado?

—Teniente, no es éste un camino que debamos recorrer abiertamente, pero sin embargo debemos hacerlo, y tú serás una pieza fundamental de nuestros esfuerzos. He dado por sentado, quizá equivocadamente, que querrás seguir el proceso o servir de testigo cuando llegue el momento de la venganza. ¿Estoy en lo cierto? Quizá hayas tenido suficiente y tan sólo busques volver a la normalidad.

Paran cerró los ojos.

—Consejera, allí estaré cuando llegue el momento.

Ante su silencio, Paran comprendió sin necesidad de abrir los ojos que ella le estudiaba, midiendo su valía. Ya no

acusaba incomodidad alguna, ya no le importaba. Había expresado su deseo, y la decisión le correspondía a ella.

—Procederemos lentamente. Tu reincorporación entrará en vigor dentro de unos días. Entre tanto, ve a casa, a las tierras de tu padre. Descansa un poco.

Paran abrió los ojos y se puso en pie.

—Teniente —dijo ella cuando hubo llegado a las escaleras—, confío en que no repetirás la escena de la sala del trono.

—Dudo que la segunda vez diera pie a tantas risotadas, Consejera.

Al llegar a la escalera oyó una tos procedente de la estancia. Al menos, le costó imaginar que pudiera tratarse de otra cosa.

Mientras conducía la yegua por las calles de Unta, Paran se sentía como entumecido. Aquellos lugares tan familiares, las muchedumbres interminables que discurrían hasta donde alcanzaba la vista, las voces y el choque de lenguas asombraron a Paran como si de algo extraño se tratara, algo alterado, no ante su mirada sino en aquel lugar inescrutable que mediaba entre sus ojos y sus pensamientos. No obstante, el único cambio era el que se había operado en él, lo cual le hacía sentirse despojado, incluso descastado.

A pesar de todo, seguía siendo el mismo lugar. Todo aquello que veía a su paso le resultaba familiar, nada había cambiado. Era la ventaja, el regalo de la sangre noble lo que mantenía al mundo a cierta distancia, algo que uno podía observar desde una posición inmaculada, inalcanzable para el vulgo. Un regalo… y una maldición.

En ese momento, no obstante, Paran se movía entre ellos sin los guardias de la familia. El poder de la sangre había desaparecido, y el uniforme era su única armadura. No era menestral, ni buhonero, ni mercader, sino un soldado. Un arma del Imperio, aunque el Imperio contara a su servicio con decenas de miles de armas.

Pasó por el portazgo del Timo y se abrió camino por la cuesta de Mármol, donde surgieron las primeras haciendas pertenecientes a los mercaderes, apartadas de la calle empedrada, medio ocultas tras los muros que daban a sus patios. El follaje de los jardines aunaba la vivacidad de su colorido a la pintura de los muros; ya no había muchedumbres, sino guardias particulares al pie de los arcos que servían de entrada. El ambiente bochornoso había dejado atrás el hedor a alcantarilla y a comida podrida, para deslizarse fresco por fuentes invisibles y regalar a la alameda la fragancia de las flores.

Olía a su infancia.

Mientras se adentraba con la yegua en el distrito Noble, observó las tierras que se extendían a ambos lados del camino. Era un respiradero adquirido por la historia y el dinero antiguo. El Imperio parecía fundirse como una preocupación lejana y sin importancia. Ahí, las familias trazaban sus orígenes siete siglos en el tiempo, hasta las tribus de jinetes que llegaron por primera vez a esa tierra, procedentes del este. A sangre y fuego, como solía hacerse, habían conquistado y sometido a los primos de los kanesianos que habían levantado los pueblos a lo largo de aquella costa. De jinetes guerreros a criadores de caballos y, luego, a vendedores de vino, cerveza y tratantes de telas: una antigua nobleza de espada que se había convertido en nobleza de oro amontonado, de tratos comerciales, sutiles

intrigas y sobornos en estancias doradas y corredores iluminados por lámparas de aceite.

Paran se había imaginado heredando aquellos atavíos que cerraban un círculo, pero ansiaba volver al camino de la espada del que había surgido su familia, fuerte y salvaje, hacía tantos siglos. Su padre lo había repudiado por tomar esa decisión.

Llegó a un postigo familiar, una solitaria puerta alta enclavada en la pared lateral, frente a una avenida que en otra parte de la ciudad se hubiera considerado una calle mayor. No había guardias apostados, tan sólo colgaba una campana, de la que tiró dos veces.

Paran aguardó, a solas en la avenida.

Se produjo un sonido metálico al otro lado, y una voz lanzó una maldición mientras se abría la puerta y protestaban los goznes.

Paran se encontró cara a cara frente al rostro de un desconocido. Era un anciano lleno de cicatrices; vestía una cota de malla muy enmendada que le llegaba a la altura de las rodillas. El yelmo le venía grande y, a pesar de haber batido a golpes las abolladuras, lucía brillante.

El hombre repasó con mirada acuosa a Paran de arriba abajo.

—El tapiz ha cobrado vida —gruñó.

—¿Disculpa?

El guardia abrió la puerta de par en par.

—Es antiguo, claro, pero diría que el artista hizo un buen trabajo. Captó la pose, la expresión, todo. Bienvenido a casa, Ganoes.

Paran condujo la yegua del bocado a través del estrecho portal. El paso mediaba entre dos cobertizos de la hacienda; había espacio para un retal de cielo sobre sus cabezas.

—No te conozco, soldado —dijo Paran—. Pero parece ser que los guardias han estudiado a fondo mi retrato. Supongo que cuelga de los barracones a modo de diana.

—Algo parecido.

—¿Cómo te llamas?

—Gamet —respondió el guardia, que siguió al caballo después de ajustar y cerrar la puerta—. Llevo tres años sirviendo a tu padre.

—¿Y qué hacías antes, Gamet?

—No me hicieron preguntas.

Salieron al patio. Paran se detuvo para observar al guardia.

—Mi padre suele mostrarse concienzudo a la hora de investigar los historiales de quienes entran a trabajar a su servicio.

Gamet sonrió, mostrando una hilera blanca en la que no faltaba un solo diente.

—Oh, y lo hizo. Aquí me tienes, supongo que no encontró nada que fuera demasiado deshonroso.

—Eres un veterano.

—Trae aquí, señor, yo me hago cargo del caballo.

Paran le tendió las riendas. Miró a su alrededor, al patio. Parecía más pequeño de lo que creía recordar. El viejo pozo, construido por las gentes sin nombre que habían vivido ahí antes incluso que los kanesianos, parecía a punto de derrumbarse en una montaña de polvo. Ningún artesano restauraría las antiguas piedras esculpidas por temor a despertar a los fantasmas. Bajo la casa solariega había piedras como esas que no habían necesitado de argamasa, en los rincones más inhóspitos, en las muchas habitaciones y túneles, demasiado amorfas, retorcidas y desiguales para ser de alguna utilidad.

Los sirvientes y jardineros discurrían de un lado a otro en el patio. Ninguno pareció reparar en la llegada de Paran.

—Tus padres están fuera.

Asintió. Seguro que había alguna potra a punto de parir en las propiedades que tenían en el campo.

—Tus hermanas sí están —continuó Gamet—. Me encargaré de que el servicio ventile tu habitación.

—¿Sigue igual que cuando la dejé?

—En fin, habrá que sacar algunos muebles y unos cuantos barriles. Ya sabes que escasea el espacio de almacenaje…

—Para variar —interrumpió Paran con un suspiro. Sin decir otra palabra, se dirigió a la entrada de la casa.

El salón de banquetes respondió con un eco a los pasos de Paran cuando éste caminó junto a la larga mesa. Los gatos brincaron por el suelo, dispersándose al acercarse él. Se desabrochó la capa de viaje, la arrojó sobre el respaldo de una silla, tomó asiento en un banco largo y, finalmente, antes de cerrar los ojos, apoyó la espalda en la pared artesonada.

Así transcurrió un buen rato.

—Te hacía en Itko Kan —dijo una voz de mujer.

Abrió los ojos. Su hermana Tavore, un año menor que él, permanecía de pie junto a la cabecera de la mesa, con una mano en el respaldo de la silla que siempre ocupaba su padre. Su aspecto era tan ordinario como de costumbre, estaba igual de pálida como la recordaba, y llevaba el cabello pelirrojo más corto de lo que solía. Parecía más alta que la última vez que la había visto, casi tenía su misma estatura, y ya no se manejaba como una niña desmañada. Su expresión nada revelaba.

—Me han cambiado de destino —explicó Paran.

—¿Te han destinado aquí? Nos habríamos enterado.

Oh, claro, cómo no. Gracias a los arteros cuchicheos que corren entre las familias influyentes.

—No estaba planeado —concedió él—, pero así se ha decidido. No me destinan a Unta, sin embargo. Sólo estaré unos días de visita.

—¿Te han ascendido?

—¿Interesada en comprobar si la inversión rinde beneficios? —sonrió él—. A pesar de todo, debemos pensar en la influencia potencial que obtendríamos, ¿me equivoco?

—Gestionar la posición de esta familia ya no es responsabilidad tuya, hermano.

—Ah, ¿tuya, entonces? ¿Acaso mi padre ha abandonado la faena diaria?

—Lentamente. Ya no está bien de salud. Si te hubieras interesado por él, incluso estando en Itko Kan…

—¿Aún llevas a cuestas el peso de mis faltas, Tavore? Recordarás que no puede decirse que al partir me despidieran con una lluvia de pétalos. Sea como fuere, siempre di por sentado que los asuntos familiares recaerían en alguien capacitado…

Ella entornó los ojos claros, pero el orgullo silenció la pregunta que estaba a punto de hacer.

—¿Y cómo está Felisin?

—La encontrarás en su estudio. No se ha enterado de tu regreso. Estará encantada, aunque después sufrirá una gran decepción cuando sepa que pretendes marcharte tan pronto.

—¿Ahora es tu rival, Tavore?

Su hermana soltó un bufido y le dio la espalda.

—¿Felisin? Es demasiado débil para enfrentarse a este mundo, hermano. Es más, ni a éste ni a cualquier otro. No

ha cambiado. Se alegrará mucho de verte.

La vio erguir la espalda al abandonar el salón.

Olía a sudor (tanto el propio como el de la yegua), a viaje y a mugre, y también a algo más… *A sangre vieja y a viejos miedos.* Paran miró en derredor. *Es más pequeño de lo que recordaba.*

Capítulo 2



Con la entrada de los moranthianos
cambió la marea.
Y como barcos en puerto
las Ciudades Libres se vieron inundadas
bajo las aguas de océanos imperiales.
La guerra abrazó su duodécimo año,
el año de la Luna Quebrada,
y también el súbito engendro suyo
de mortífera lluvia y
negra promesa alada.
Dos ciudades quedaron para aguantar
la acometida de Malaz.
Una resuelta, orgullosos pendones
bajo las poderosas alas de la Oscuridad.
Dividida la otra, sin ejército
ni aliados.
La más fuerte fue la primera en caer.

La llamada de la Sombra
Felisin (n. 1146)

Año 1163 del Sueño de Ascua (dos años después)
Año 105 del Imperio de Malaz
Año 9 del reinado de la emperatriz Laseen

Los cuervos volaban en círculos por entre el pálido humo. Sus graznidos se alzaban en agudo coro sobre los gritos de los heridos y los soldados moribundos. El hedor a carne quemada flotaba en el aire, inmóvil en la calima.

Velajada se hallaba a solas en lo alto de la tercera colina que dominaba la caída ciudad de Pale. Desperdigados alrededor de la hechicera, los restos fundidos y grotescos de la armadura quemada, las grebas, los petos, los yelmos y las armas, todo amontonado en diversas pilas. Apenas hacía una hora, los hombres y las mujeres que habían vestido esas armaduras y empuñado esas armas se hallaban ahí mismo, pero de ellos no quedaba ni rastro. El silencio que desprendían las carcasas vacías retumbaba como una endecha en la mente de Velajada.

Cruzaba los brazos, prietos con fuerza a la altura del pecho. La capa color grana con el emblema plateado que designaba su mando del cuadro de magos del Segundo Ejército colgaba ahora sobre sus hombros, manchada y chamuscada. Su rostro ovalado, llenito, que por lo general solía mostrar una expresión de humor angelical, estaba surcado de hondas arrugas que sumían sus mejillas en una pálida flaccidez.

A pesar de los olores y sonidos que envolvían a Velajada, descubrió que tan sólo tenía oídos para escuchar el profundo silencio. En cierto modo, provenía de las armaduras vacías que la rodeaban, una ausencia que en sí misma constituía una acusación. Sin embargo, había otra fuente de silencio. La hechicería desencadenada en el lugar aquella jornada había bastado para deshilachar el tejido que media entre los mundos. Fuera lo que fuese que morara más allá, en los Dominios del Caos, se hacía sentir literalmente al alcance de la mano.

Creyó haber quedado vacía de emociones, empleadas todas en el terror por el que acaba de pasar, pero cuando observó las prietas filas de una legión negra de Moranth marchar a la ciudad, sus ojos destilaron un gélido odio.

Aliados. Se cobran su hora de sangre. Transcurrida la hora, habría veinte mil supervivientes menos entre los ciudadanos de Pale. La larga y sangrienta historia entre los pueblos vecinos estaba a punto de ver equilibrada la balanza, todo ello por medio de la espada. *Por Shedunul, ¿acaso no ha habido ya suficiente?*

En la ciudad se había declarado una docena de incendios. Finalmente había concluido el asedio, después de tres largos años. Sin embargo, Velajada sabía que aquello no era el final. Algo permanecía oculto, aguardando en el silencio. Ella también esperaría. Se lo debía a los caídos de aquella jornada; después de todo, les había fallado en todo lo demás.

Abajo, en la llanura, los cadáveres pertenecientes a los soldados de Malaz se extendían por el terreno como una arrugada alfombra de difuntos. Las extremidades asomaban aquí y allá, sirviendo de apoyo a los cuervos que se enseñoreaban sobre ellas. Los soldados que habían sobrevivido a la carnicería vagabundeaban aturdidos entre los cuerpos, buscando a los camaradas caídos. A pesar de la congoja que sentía, Velajada los siguió con la mirada.

—Ya vienen —anunció una voz, situada tres varas a su izquierda. Se volvió lentamente. El mago Mechones yacía repantigado sobre los restos de la armadura, y en la calva de su cráneo afeitado se reflejaba el cielo deslucido. Una ola de hechicería lo había deshecho de cintura para abajo. Sus entrañas rosáceas, salpicadas de barro, colgaban de la caja torácica, cogidas por fluidos resecos. Fruto de la hechicería, la débil penumbra que lo envolvía hacía patente su esfuerzo por mantenerse con vida.

—Te creía muerto —masculló Velajada.

—Es mi día de suerte.

—Pues no lo parece.

Al gruñir, Mechones escupió un esputo de sangre densa, proveniente de su corazón.

—Vienen —insistió—. ¿Los has visto?

Ella devolvió su atención a la ladera, entrecerrando los ojos claros. Se acercaban cuatro soldados.

—¿Quiénes?

El mago no respondió.

Velajada se volvió de nuevo hacia él y topó con su mirada, anclada en ella con la fijeza del moribundo que se encuentra en sus últimos instantes de vida.

—Creí que habías recibido un impacto en las tripas. En fin, supongo que es un modo como otro cualquiera de que se lo lleven a uno de aquí.

Su respuesta la sorprendió.

—No te sienta nada bien esa pretendida dureza, Velajada. Siempre ha sido así. —Arrugó el entrecejo y pestañeó rápidamente, enfrentado a la oscuridad, o eso supuso ella—. Existe el riesgo de saber demasiado. Alégrate de que no te alcanzara a ti. —Sonrió, mostrando sus dientes manchados de sangre—. Piensa en cosas bonitas. La carne se marchita.

Ella también le observó con atención, preguntándose a qué venía aquella repentina muestra de… humanidad. Quizá al morirse desechaba sus juegos habituales, las pretensiones de quien sigue con vida. Quizá sucedía sencillamente que no estaba preparada para ver cómo era en realidad el hombre mortal que se ocultaba en Mechones. Velajada abrió con esfuerzo los brazos que había cerrado en torno a sí misma, en el mismo instante en que un suspiro sacudía todo su ser.

—Tienes razón. No es momento de fingir, ¿verdad? Nunca me has gustado, Mechones, pero nunca dudé de tu coraje, ni lo haré. —En parte, le asombraba comprobar que

aquella herida espeluznante ni siquiera la hiciera pestañear —. Creo que ni las artes de Tayschrenn podrán salvarte, Mechones.

La astucia relampagueó en los ojos del herido, antes de que rompiera a reír entre toses.

—Mi querida niña —masculló—, tu inocencia nunca dejará de sorprenderme.

—Era de esperar, una última broma a mi costa, por los viejos tiempos —replicó ella, herida al ver que había caído ante aquella inesperada muestra de ingenio por parte del moribundo.

—Me malinterpretas…

—¿Seguro? Dices que aún no ha terminado. El odio que sientes por la persona de nuestro mago supremo es lo bastante fuerte como para permitirte burlar las frías garras del Embozado, ¿me equivoco? ¿Ansías venganza tras la muerte?

—Tendrías que conocerme a estas alturas. Siempre tengo preparada una puerta trasera.

—Ni siquiera eres capaz de arrastrarte. ¿Cómo tienes pensado hacerlo?

El mago humedeció con la lengua los labios resecos.

—Forma parte del trato —dijo en un hilo de voz—. La puerta viene a mí. Viene mientras tú y yo estamos hablando.

La inquietud formó un nudo en el estómago de Velajada. A su espalda, oyó el sonido metálico de la armadura y el tableteo del acero; percibía ambos como el gemido de un viento cruel. Al volverse, vio a los cuatro soldados coronar la cima. Tres hombres y una mujer, manchados de barro y de sangre, con el rostro blanco como el hueso. La atención de la hechicera se sintió atraída por la mujer, que permanecía en retaguardia como un pensamiento importuno mientras los tres hombres se le acercaban. Era

una muchacha joven, bonita como un carámbano, con aspecto de tener la misma calidez al tacto. *Aquí algo va mal. Cuidado.*

El hombre que marchaba en cabeza, un sargento a juzgar por el torques que lucía alrededor del brazo, se acercó a Velajada. Enmarcados en un rostro cansado y lleno de arrugas, sus oscuros ojos grises buscaron la mirada de ella desapasionadamente.

—¿Es ésta? —preguntó, volviéndose al hombre alto y delgado, de piel negra, que le seguía.

—No —negó con la cabeza—, el que buscamos es aquel —respondió. Aunque hablaba en malazano, su acento áspero era propio de Siete Ciudades.

El tercer y último hombre, también negro, se situó a la izquierda del sargento en un abrir y cerrar de ojos, a pesar de lo pronunciado de su barriga, como si se hubiera deslizado, todo ello sin apartar la mirada de Mechones. El hecho de que ignorara a Velajada la hizo sentirse menospreciada. Consideró la posibilidad de dirigirle una o dos palabras bien escogidas mientras el hombre pasaba por su lado, pero de pronto le pareció demasiado esfuerzo.

—En fin —dijo al sargento—, si sois los enterradores habéis llegado demasiado pronto. Aún no ha muerto. Claro que no sois los enterradores —añadió—. Eso lo sé. Mechones ha hecho una especie de trato, y cree que sobrevivirá con la mitad del cuerpo.

—¿Qué quieres decir con eso, hechicera? —preguntó el sargento, que mientras la escuchaba había apretado los labios que su barba cana no lograba ocultar.

El negro que se había llegado junto al sargento se volvió para mirar a la muchacha, que seguía guardando doce pasos de distancia. Pareció estremecerse, pero se mantuvo

impávido al volverse y dirigir a Velajada un enigmático encogimiento de hombros antes de pasar por su lado.

Ésta se estremeció de forma involuntaria cuando el poder zarandeó sus sentidos. Respiró hondo. *Es un mago.* Velajada siguió al hombre con la mirada y vio que se reunía con su compañero junto al cuerpo tendido de Mechones; luego intentó ver más allá del barro y la sangre que cubrían su uniforme.

—¿De dónde habéis salido vosotros?

—Noveno pelotón, perteneciente al Segundo.

—¿Del noveno? —De pronto se quedó sin aliento—. Sois Abrasapuentes. —Entornó los ojos al mirar al sargento magullado—. El noveno… Eso te convierte en Whiskeyjack.

El hombre pareció dar un respingo.

Velajada tenía la boca seca. Se aclaró la garganta.

—He oído hablar de vosotros; quién no. He oído…

—Es igual —la interrumpió él con voz rasposa—. Las batallitas crecen como malas hierbas.

Ella se frotó la barbilla. Tenía mugre en las uñas. *Abrasapuentes.* Habían constituido la élite del antiguo emperador, sus favoritos, pero desde el sangriento golpe perpetrado por Laseen hacía nueve años los habían destinado a todas las ratoneras habidas y por haber. Tras casi una década en su nueva situación, se habían convertido en una unidad diezmada, falta de efectivos. Destacaban algunos nombres. Los supervivientes, la mayoría sargentos de pelotón, nombres que se abrían camino en las huestes de Malaz destacadas en Genabackis, y más allá, ampliando la ya de por sí enorme leyenda de la llamada hueste de Unbrazo. Detoran, Azogue, Eje, Whiskeyjack. Nombres cubiertos de la gloria y la amargura con las que todo ejército nutre su cinismo. Llevaban consigo como un

llamativo estandarte la locura de aquella campaña interminable.

El sargento Whiskeyjack estudiaba los restos calcinados de la colina. Velajada lo observó mientras se hacía una idea de lo que había sucedido allí. Tembló un músculo de su mejilla. La miró como si comprendiera, con un atisbo de suavidad tras los ojos grises que a punto estuvo de dar al traste con la entereza de la hechicera.

—¿Eres la única superviviente del cuadro? —preguntó.

Ella apartó la mirada, sintiéndose frágil.

—La única que queda en pie. No se debe a mi habilidad, sino a la suerte.

Si el sargento reparó en la amargura de sus palabras, no hizo nada que lo diese a entender, pues guardó silencio mientras observaba a los soldados de Siete Ciudades, acuclillados junto a Mechones.

Velajada humedeció sus labios y se movió inquieta. Se volvió también a los dos soldados, que conversaban en voz baja. Oyó reír a Mechones, después acusó una leve sacudida que la hizo torcer el gesto.

—El alto —dijo—. Es mago, ¿verdad?

—Es Ben el Rápido —respondió Whiskeyjack tras lanzar un gruñido.

—No le pondrían ese nombre al nacer.

—No.

—Debería conocerlo, sargento. Esa clase de poder no pasa desapercibida. No es ningún novato.

—No —respondió Whiskeyjack—. No lo es.

—Exijo una explicación —pidió Velajada, cada vez más molesta—. ¿Qué está sucediendo aquí?

—No mucho, a juzgar por cómo va la cosa —respondió el sargento al tiempo que componía una mueca. Luego, levantando la voz—: ¡Ben el Rápido!

El mago se volvió al oír que lo llamaban.

—Tenemos entre manos algunas negociaciones de última hora, sargento —informó, para sonreír después mostrando sus dientes blancos.

—Por el aliento del Embozado —suspiró Velajada, volviéndoles la espalda. Vio que la muchacha seguía inmóvil en la cresta de la colina; parecía estudiar las columnas de moranthianos que entraban en la ciudad. Volvió de pronto la cabeza, como si se hubiera percatado de la hechicera. La expresión de su rostro sobresaltó a Velajada, que apartó la mirada—. ¿Esto es lo que queda de tu pelotón, sargento? ¿Dos merodeadores del desierto y una recluta sanguinaria?

—Me quedan siete —respondió sin la menor inflexión en la voz.

—¿Y esta mañana?

—Quince.

Algo va mal aquí.

—Mejor que la mayoría —comentó, pues sentía la necesidad de decir algo. Luego maldijo para sus adentros, al ver que una súbita palidez se extendía por el rostro del sargento—. Aun así —añadió—, estoy convencida de que todos los que perdiste se emplearon bien.

—Muy bien, al menos a la hora de morirse —dijo.

La brutalidad de aquellas palabras la conmocionó. Cerró con fuerza los ojos, en un esfuerzo por contener unas lágrimas que eran el fruto de la consternación y la frustración. *Han sucedido demasiadas cosas. No estoy preparada para esto. No estoy preparada para Whiskeyjack, que se escuda al amparo de su propia leyenda, alguien que ha ascendido más de una montaña de cadáveres al servicio del Imperio.*

Los Abrasapuentes no habían dado mucho que hablar en los últimos tres años. Desde que empezó el asedio, habían

desempeñado la tarea de minar las imponentes y antiguas murallas de Pale. La orden había sido redactada en la mismísima capital, y era o bien una broma cruel o el fruto de una ignorancia espantosa. Todo el valle era un depósito glacial, una roca que servía de tapón a una hendidura que alcanzaba lo más hondo del suelo, tanto que ni siquiera a los magos de Velajada les había resultado sencillo calcular la profundidad. *Llevan tres años bajo tierra. ¿Cuándo fue la última vez que vieron la luz del sol?*

—Sargento —dijo Velajada, recuperando un poco la compostura y mirándole con los ojos muy abiertos—. ¿Lleváis desde la mañana en vuestros túneles?

Observó la angustia reflejada por un fugaz instante en la expresión del suboficial y comprendió.

—¿Qué túneles? —preguntó él a su vez, pasando de largo por su lado.

Velajada extendió la mano y la puso en su brazo. El sargento pareció sentir un escalofrío.

—Whiskeyjack —susurró—, supongo que ya te habrás dado cuenta. Me refiero a mí, y a lo que sucedió en esta colina, a todos estos soldados. —Titubeó para luego añadir —: Compartimos el fracaso. Lo siento.

Él se apartó, evitando su mirada.

—No tienes porqué. El arrepentimiento no es una cosa que podamos permitirnos.

Lo vio alejarse en dirección a sus soldados.

—Esta mañana éramos mil cuatrocientos, hechicera —dijo la muchacha, a espaldas de Velajada.

Al volverse, comprobó de cerca que la muchacha no tendría más de quince años. Sus ojos, que tenían el brillo deslucido del ónice desgastado, parecían viejos, toda emoción socavada, camino de la extinción.

—¿Y ahora?

La muchacha se encogió de hombros como si no le importara.

—Treinta, puede que treinta y cinco. Cuatro o cinco túneles cayeron completamente. Estábamos en el quinto, y logramos salir a golpe de pala. Violín y Seto andan ahora buscando a los otros, pero dicen que deben de estar sepultados. Intentaron pedir ayuda. —Una sonrisa fría, sabia, se extendió en el rostro manchado de barro—. Pero tu señor, el mago supremo, los detuvo.

—¿Eso hizo Tayschrenn? ¿Por qué?

La muchacha arrugó el entrecejo, como decepcionada. Después se alejó y se detuvo al llegar a la cresta de la colina, vuelta de nuevo a la ciudad.

Velajada la vio alejarse. La muchacha había pronunciado aquella última frase como quien busca una respuesta en particular. *¿Complicidad?* En todo caso, no había alcanzado su objetivo. *Tayschrenn no está haciendo amigos. Bien.* La jornada había sido un desastre, y toda la culpa recaería en los hombros del mago supremo. Contempló Pale, después levantó la mirada al cielo cubierto de humo que se alzaba sobre la ciudad.

Aquella enorme y amenazadora forma que había saludado a diario durante los últimos tres años había desaparecido. Aún le costaba creerlo, a pesar de las pruebas que tenía ante sus ojos.

—Nos lo advertiste —susurró al cielo vacío, mientras juntaba los recuerdos de aquella mañana—. Nos lo advertiste, ¿verdad?

Llevaba cuatro meses durmiendo con Calot, algo de placer para sobrellevar el aburrimiento de un asedio que no llegaba a ninguna parte. Al menos, así era como justificaba

semejante conducta tan poco profesional. Era más que eso, por supuesto. Mucho más. Pero ser honesta consigo misma no había sido nunca uno de los fuertes de Velajada.

Las invocaciones mágicas, cuando se producían, la despertaban antes que a Calot. El cuerpo pequeño pero bien proporcionado del mago se acomodaba en cualquiera de las blanditas almohadas que poseían las carnes de la hechicera. Abrió los ojos y lo encontró aferrado a ella, como un niño. Pero también él percibió la llamada, y despertó con una sonrisa.

—¿Mechones? —preguntó tembloroso al salir de las sábanas.

—¿Quién si no? Ese nunca duerme —respondió Velajada con una mueca de disgusto.

—Me pregunto qué querrá ahora. —Se levantó, buscando la túnica con la mirada.

Era tan delgado que hacían una pareja extraña. Al observarle, la tenue luz del alba se filtraba por las paredes de lona de la tienda, y su cuerpo huesudo le confería una apariencia de fragilidad, casi como si perteneciera al de un niño. Lo llevaba bien, teniendo en cuenta que había cumplido los cien años.

—Mechones ha estado haciendo recados para Dujek —dijo—. Lo más probable es que sólo quiera ponernos al corriente de la situación.

Calot gruñó al calzarse las botas.

—Eso es lo que ganas haciéndote cargo del cuadro de magos, Vela. Creo que era mucho más sencillo saludar a Nedurian, si quieres mi opinión. Siempre que te miro, querría…

—Ahora no es momento para eso, Calot —interrumpió Velajada; lo dijo de buen humor, pero algo en su tono de voz le empujó a mirarla con atención.

—¿Pasa algo? —preguntó en voz baja, al tiempo que el entrecejo arrugado recuperaba el hueco que solía ocupar en su frente.

Creí que me había librado de esto. Velajada suspiró.

—No sabría decirlo; me escama el hecho de que Mechones se haya puesto en contacto con ambos. Si fuera sólo un informe, tú aún seguirías roncando.

Terminaron de vestirse en un silencio caracterizado por la tensión que iba en aumento. Menos de una hora después, Calot sería incinerado bajo una oleada de fuego azul, y los cuervos serían los únicos en responder al grito desesperado de Velajada. Pero, por el momento, ambos se preparaban para una reunión inesperada en la tienda de mando del Puño Supremo Dujek Unbrazo.

Más allá de la tienda de Calot, en el sendero embarrado, los soldados de la última guardia se arracimaban alrededor de los braseros llenos de ardiente mierda de caballo, extendidas las manos para entrar en calor. Había pocos soldados circulando por los caminos, pues aún era temprano. Hilera tras hilera, las tiendas grises ascendían con la colina a cuyos pies se extendía la llanura que rodeaba la ciudad de Pale. Los estandartes de los regimientos ondeaban melancólicos a merced de la suave brisa (el viento había rolado desde la pasada noche, arrastrando hasta Velajada el hedor de las fosas excavadas a modo de letrinas). Por encima de sus cabezas, el puñado de estrellas superviviente brillaba insignificante en el cielo que clareaba. El mundo casi parecía estar en paz.

Velajada se cubrió con la capa para protegerse del frío, y al llegar a la entrada de la tienda se detuvo y se volvió para observar la gigantesca montaña que colgaba suspendida a unas quinientas varas sobre la ciudad de Pale. Observó también la maltrecha superficie de Engendro de Luna,

lugar al que se llamaba así desde hacía más tiempo del que era capaz de recordar. Fea como un diente negro, la fortaleza de basalto servía de hogar al enemigo más poderoso al que jamás se había enfrentado el Imperio de Malaz. Engendro de Luna, que flotaba sobre la tierra, no podía tomarse al asedio. Incluso las huestes de muertos de Laseen, los t'lan imass, que viajaban con tanta facilidad como el polvo llevado por el viento, eran incapaces, o reacios, a penetrar las defensas mágicas que poseía.

Los magos de Pale habían hecho un poderoso aliado. Velajada recordó que el Imperio ya se había enfrentado al misterioso señor de Luna en una ocasión, en tiempos del emperador, pero cuando la situación amenazó con torcerse de veras, Engendro de Luna abandonó la partida. Nadie que siguiera con vida sabía por qué, era uno de los millares de secretos que el emperador se llevó consigo a su acuosa tumba.

La reaparición de Luna ahí en Genabackis había supuesto una auténtica sorpresa. En esa ocasión, no hubo indulto de última hora. Media docena de legiones de hechiceros tiste andii descendieron de Engendro de Luna y, al mando de un caudillo llamado Caladan Brood, unieron sus fuerzas con los mercenarios de la Guardia Carmesí. Juntas, ambas huestes empujaron al Quinto Ejército de Malaz a la retirada, después de su imparable avance hacia el este a lo largo de la linde norte de la llanura de Rhivi. Durante los últimos cuatro años, el maltrecho Quinto Ejército había permanecido atascado en el bosque de Perronegro, y como consecuencia de ello se había visto forzado a mantener la posición ante Brood y la Guardia Carmesí, lo que no tardó en convertirse en una especie de sentencia de muerte.

No obstante, al poco resultó obvio que Caladan Brood y los tiste andii no eran los únicos residentes de Engendro de Luna. Un amo invisible ejercía el mando de la fortaleza, el mismo que la había llevado allí y que había firmado un pacto con los formidables magos de Pale.

El cuadro de Velajada no tenía muchas esperanzas de poder enfrentarse en el terreno mágico a semejante oposición, de modo que el asedio se había visto paralizado, a excepción de los Abrasapuentes, que nunca cejaron en su testarudo empeño por minar las antiguas murallas de la ciudad.

Quédate —rogó a Engendro de Luna—. *Vuelve sin parar el rostro, e impide que la peste a sangre y los gemidos de los moribundos se asienten en esta tierra. Espera a que nosotros pestañeemos.*

Calot aguardaba a su lado. No dijo una palabra, consciente de que aquello se había convertido en un ritual. Era uno de los muchos motivos por los que Velajada le amaba. Como amigo, claro. Nada serio, no había nada que temer en el amor que sentía por un amigo.

—Percibo impaciencia en Mechones —murmuró Calot.

—Yo también —dijo la hechicera con un suspiro—. Por eso no me decido a ir.

—Lo sé, pero no podemos demorarnos mucho, Vela. —Sonrió travieso—. Llamaría la atención.

—*Mmm*. No debemos permitir que lleguen a sacar ciertas conclusiones, ¿verdad?

—No tendrían que esforzarse mucho para alcanzarlas. En fin —dijo al tiempo que vacilaba su sonrisa—, anda, vamos.

Al cabo de poco llegaron a la tienda de mando. El solitario infante de marina que estaba de guardia en la

entrada parecía nervioso al saludar a ambos magos. Velajada se detuvo y lo miró a los ojos.

—¿Séptimo regimiento?

—Sí, hechicera —respondió el soldado, rehuyendo su mirada—. Tercer pelotón.

—Me pareció que te conocía de algo. Da recuerdos de mi parte al sargento Roñoso. —Se acercó—. ¿Se cuece algo, soldado?

Este pestañeó.

—Se cuece algo en lo más alto, hechicera. Tan alto como quepa imaginar.

Velajada se volvió a Calot, que también se había detenido en la entrada de la tienda. El mago expulsó el aire de sus pulmones, adoptando una mueca cómica.

—Me pareció olerlo.

Ella se sobresaltó ante semejante confirmación. Vio también que el guardia sudaba bajo el yelmo de metal.

—Se agradece la advertencia, soldado.

—Hoy por ti, hechicera. —Saludó de nuevo, fue un saludo más marcial que el anterior y, en cierto modo, más personal. *Años y años así. Insistiendo en que somos familia, un miembro más del Segundo Ejército, la tropa más antigua e intacta de las huestes de la casa del emperador. «Hoy por ti, mañana por mí, hechicera.» «Sálvanos el pellejo, que nosotros salvaremos el tuyo.» Familia, después de todo. Entonces ¿por qué siempre me siento como una extraña entre ellos?* Velajada devolvió el saludo.

Entraron en la tienda de mando. Percibió de inmediato la presencia del poder, lo que Calot llamaba «olor». Hacía que le lloraran los ojos, y también le daba migraña. Conocía bien esa emanación de poder en particular, que por ser contraria a la suya no hacía sino agravar el dolor de cabeza.

En el interior de la tienda, las linternas despedían una tenue luz ahumada sobre las doce sillas de madera del primer compartimiento. En una mesa portátil situada a un extremo había un cántaro de estaño con vino aguado y seis copas deslustradas en las que refulgían unas gotitas de condensación.

—Por el aliento del Embozado, Vela. Odio todo esto —murmuró a su lado Calot.

Al acostumbrar la mirada a la penumbra, Velajada vio, a través de la abertura que conducía al segundo compartimiento de la tienda, una figura vestida con una túnica que le resultaba familiar. Lo vio inclinarse para señalar algo con sus dedos de largas uñas en la mesa donde Dujek desplegaba los mapas. La capa magenta ondeaba como el agua, a pesar de permanecer inmóvil.

—Oh, tenía que ser él —susurró Velajada.

—Eso me pareció —comentó Calot, secándose los ojos.

—¿Crees que es una pose estudiada? —preguntó la hechicera cuando tomaron asiento.

—Seguro que sí. —Calot sonrió—. El mago supremo de Laseen sería incapaz de leer un mapa aunque su vida dependiera de ello.

—Mientras no sean nuestras vidas las que dependan de ello…

—Hoy vamos a trabajar —dijo una voz, procedente de una silla cercana.

Velajada se volvió ceñuda a la oscuridad sobrenatural que envolvía la silla.

—Eres tan malo como Tayschrenn, Mechones. Y da gracias de que no me siente en esa silla.

Lentamente apareció una hilera de dientes amarillos, seguida por el resto del mago, que fue tomando forma a medida que el propio Mechones destrenzaba el hechizo. La

frente y la calva afeitada del mago estaban surcadas de gotas de sudor, lo cual era habitual, puesto que habría sido capaz de sudar en un pozo de hielo. Inclinó la cabeza, y aquel movimiento combinado con la expresión de su rostro lograron transmitir cierta indiferencia.

—Recuerdas a qué me refiero cuando digo eso de trabajar, ¿verdad? —preguntó clavando sus ojillos oscuros en Velajada. Se abrió la sonrisa, lo que ensanchó la ya de por sí torcida narizota que tenía—. Es lo que hacías antes de empezar a meter en tu cama a Calot, aquí presente. Antes de que te ablandaras.

Velajada tomó aire para replicar, pero fue interrumpida por la pronunciación lenta de las palabras que caracterizaba a Calot.

—Qué dura es la soledad, ¿verdad, Mechones? ¿Debería recordarte que las mujerzuelas que siguen al campamento te exigen el doble que a los demás? —Hizo un ademán, como queriendo despejar algún pensamiento desagradable—. Lo cierto es que Dujek escogió a Velajada para mandar el cuadro, después de la inoportuna defunción de Nedurian en el bosque Mott. Puede que no te guste, pero así están las cosas. Es el precio que pagas por la ambigüedad.

Mechones se agachó para quitar una mota de los calzones de satén, que, por inverosímil que parezca, habían llegado impolutos a la tienda, a pesar del barro de las calles y del campamento.

—La fe ciega, queridos compañeros, es cosa de insensatos…

Lo interrumpió el flamear de la lona que anunció la irrupción del Puño Supremo Dujek Unbrazo, en cuyas orejas se evidenciaba el afeitado matinal en forma de restos de jabón, y en el aroma a agua de canela que flotaba de pronto en el ambiente.

A lo largo de los años, Velajada había llegado a sentir un gran apego por ese olor. Seguridad, estabilidad, cordura. Dujek Unbrazo representaba todas esas cosas, y no sólo para ella, sino para el ejército que combatía por él. Al detenerse llegado al centro de la estancia y observar a los tres magos, ella irguió levemente la espalda y, engallada, estudió al Puño Supremo. Tres años de pasividad obligada en el asedio parecían haber servido de tónico al veterano.

Parecía tener cincuenta años, y no setenta y nueve años. Sus ojos grises seguían siendo acerados, inquebrantables en el rostro bronceado y flaco. Permanecía erguido, lo que le hacía ganar en estatura, a pesar de que no era un hombre muy alto. Vestía de cuero, ropa sencilla, sin adornos, manchada tanto por el sudor como por el pigmento magenta del Imperio. El muñón del brazo izquierdo que llevaba a la altura del hombro iba envuelto en una banda de cuero. Las pantorrillas cubiertas de pelo blanco asomaban por entre las correas de piel de escualo de las sandalias napanianas.

Calot sacó un pañuelo de la manga y se lo ofreció a Dujek.

—¿Otra vez? —preguntó el Puño Supremo al aceptar el pañuelo—. Maldito sea ese barbero —gruñó, limpiándose las orejas y la mandíbula—. Juraría que lo hace aposta. —Hizo una bola con el pañuelo y la arrojó al regazo de Calot—. Bueno, aquí estamos todos. Estupendo. Vamos primero al trabajo rutinario. Mechones, ¿has terminado de chacharear con los muchachos de ahí abajo?

Mechones ahogó un bostezo.

—Un zapador al que llaman Violín me enseñó el lugar. —Hizo una pausa para arrancar un hilo del puño de encaje, y después miró a Dujek a los ojos—. Dentro de seis o siete años puede que hayan alcanzado las murallas de la ciudad.

—Es inútil —intervino Velajada—, precisamente lo mismo que escribí en mi informe. —Entrecerró los ojos al volverse a Dujek—. Claro que también es posible que el informe no llegara nunca a la corte imperial.

—El camello sigue nadando —dijo Calot.

Dujek lanzó un gruñido, un gruñido que era lo más cerca que había estado jamás de la risa.

—Muy bien, cuadro, escuchadme con atención. Dos cosas —dijo al tiempo que fruncía el ceño de forma casi imperceptible—: primera, la emperatriz ha enviado a la Garra. Están en la ciudad, cazando a los magos de Pale.

Velajada sintió un escalofrío que jugueteó a lo largo de toda su espina dorsal. A nadie le gustaba tener cerca a la Garra. Esos asesinos imperiales, arma preferida de la propia Laseen, mantenían cortante el filo de sus dagas emponzoñadas para cualquiera y para todo el mundo, malazanos incluidos.

Le pareció que Calot pensaba en lo mismo, puesto que se irguió de pronto.

—Si los ha traído aquí otra razón…

—Antes tendrán que pasar por encima de mí —dijo Dujek, que apoyó su única mano en el pomo de la larga espada que ceñía.

Tiene audiencia, ahí, en la otra estancia. Viene a decirle al que manda en la Garra cómo están las cosas. Que Shedunul le bendiga.

—Se esconderán. Son magos, no idiotas —dijo Mechones.

Velajada tardó un instante en llegar a comprender el comentario de su compañero.

Ah, vale. Se refiere a los magos de Pale.

Dujek mesuró con la mirada a Mechones, y luego asintió.

—Segundo: hoy atacaremos Engendro de Luna.

En el otro compartimiento, el mago supremo Tayschrenn se volvió al escuchar estas palabras y se acercó lentamente. Bajo su capucha se dibujó una sonrisa en su rostro negro, gesto que por ser poco habitual contribuyó a estirar su piel. La sonrisa no tardó en desaparecer, y la piel intemporal recuperó la tersura que la caracterizaba.

—Hola, colegas míos —saludó, arrastrando las palabras y en un tono amenazador.

—Quizá puedas minimizar el drama en todo lo posible, Tayschrenn, comprobarás que eso nos satisface a todos —dijo Mechones, burlón.

—La emperatriz ha perdido la paciencia con Engendro de Luna —prosiguió el mago supremo, que ignoró el comentario de Mechones.

Pero Dujek inclinó la cabeza e interrumpió la explicación del mago:

—La emperatriz está lo bastante asustada como para preferir dar el primer golpe y golpear duro. Dilo sin rodeos, magicastro. Hablas a los integrantes de la primera línea. Muéstrales algo de respeto, diantre.

—Por supuesto, Dujek Unbrazo —se arrugó el mago supremo—. Vuestro grupo, yo mismo y otros tres magos supremos atacaremos Engendro de Luna dentro de una hora. La campaña del norte ha despojado al lugar de la mayoría de sus habitantes. Creemos que el señor de Luna está solo. Por espacio de casi tres años su mera presencia ha bastado para tenernos a raya. Esta mañana, colegas míos, pondremos a prueba su temple.

—Esperemos que haya estado jugando de farol todo este tiempo —añadió Dujek, en cuya frente se pronunciaron las arrugas—. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuánto tardaría en obtener un traslado? —preguntó Calot.

Velajada tosió aposta para llamar la atención de los presentes.

—¿Qué sabemos del señor de Engendro de Luna?

—Me temo que muy poco —respondió Tayschrenn, con la mirada perdida—. Seguro que es un tiste andii. Un archimago.

Mechones escupió de forma deliberada al suelo, a los pies de Tayschrenn.

—¿Un archimago tiste andii? Vamos, hombre, podríamos ser un poco más específicos, ¿no crees?

Empeoró la migraña de Velajada. Descubrió que estaba conteniendo el aliento, y exhaló el aire mientras calibraba la reacción de Tayschrenn, tanto a las palabras como al desafío tradicional de Siete Ciudades.

—Un archimago —repitió Tayschrenn—. Quizá el archimago de los tiste andii. Querido Mechones —añadió, bajando la voz medio tono—, tus gestos tribales y primitivos resultan pintorescos, aunque un tanto faltos de buen gusto.

Mechones sonrió.

—Los tiste andii son los primeros nacidos de Madre Oscuridad. Has percibido los temblores que han sacudido las sendas de la hechicería, Tayschrenn. Yo también. Pregunta a Dujek por los informes procedentes de la campaña del norte. La magia ancestral, Kurald Galain. El señor de Engendro de Luna es el señor de los archimagos, y conoces su nombre tan bien como yo.

—No sé de qué me hablas —replicó el mago supremo, que al fin perdió la paciencia—. Quizá quieras aclarárnoslo, Mechones, antes de que pueda interrogarte acerca de tus fuentes.

—¡Ah! —Mechones se levantó disparado de la silla, con una expresión malvada en el rostro—. Una amenaza del mago supremo. Veo que nos acercamos. ¿Por qué sólo otros

tres magos supremos? No creo que nos hayan diezmado tanto. Además, ¿qué nos impidió hacerlo hace dos años?

Se cociera lo que se cociese entre Mechones y Tayschrenn, fue interrumpido por Dujek, que gruñó un sinsentido para decir después:

—Estamos desesperados, mago. La campaña del norte se ha estancado. El Quinto casi ha desaparecido, y no obtendremos refuerzos hasta la próxima primavera. El hecho es que el señor de Luna podría saludar de vuelta a sus huestes cualquiera de estos días. No quiero tener que enviarte contra un ejército de tiste andii, y estoy seguro de que tampoco quiero al Segundo teniendo que cubrir dos frentes cuando se le echen encima las tropas de refuerzo. Mala táctica, y sea quien sea ese Caladan Brood, lo cierto es que se ha mostrado muy hábil a la hora de hacernos pagar caros nuestros errores.

—Caladan Brood —murmuró Calot—. Juraría haber oído antes ese nombre. Qué extraño no haberle prestado atención antes.

Velajada se volvió a Tayschrenn. Calot tenía razón: el nombre de quien mandaba las huestes de los tiste andii junto a la Guardia Carmesí le sonaba de algo, pero de antiguo, el eco de una leyenda ancestral, quizá, o de un poema épico.

El mago supremo la miró a su vez.

—Ya no hay necesidad de buscar justificaciones —dijo, volviéndose a los demás—. Se trata de una orden de la emperatriz, y debemos obedecer.

—Hablando de torcer brazos —intervino de nuevo Mechones, tras soltar un bufido. Volvió a tomar asiento y siguió sonriendo con desprecio a Tayschrenn—, ¿recordáis cómo jugamos al gato y al ratón en Aren? Este plan apesta a tu mano. Seguro que llevas tiempo esperando la ocasión

de ejecutarlo. —Su sonrisa se tornó cruel—. ¿Quiénes, pues, son los otros tres magos supremos? Ah, deja que lo adivine…

—¡Basta! —Tayschrenn se acercó a Mechones, que permaneció inmóvil, con ojos febriles.

Disminuyó la luz de las linternas. Calot recurrió al pañuelo que seguía en su regazo para secar las lágrimas de sus mejillas.

El poder, oh, maldición, es como si mi cabeza estuviera a punto de estallar.

—De acuerdo —susurró Mechones—, vamos a verlo sobre el papel. Estoy convencido de que el Puño Supremo apreciará que le pongas al corriente de tus sospechas en el orden apropiado. Ve al grano, viejo amigo.

Velajada miró a Dujek. A partir de la expresión de su rostro, resultaba imposible discernir qué cruzaba por su mente mientras observaba con atención a Tayschrenn.

—¿Qué está pasando, Vela? —preguntó Calot.

—Ni idea —susurró ella—, pero se está liando. —Aunque lo había dicho con humor, lo cierto era que en su mente ya sentía la fría garra del miedo. Mechones había estado con el Imperio más tiempo que ella o que Calot. Había formado parte de los hechiceros que combatieron a los malazanos en Siete Ciudades, antes de que cayera Aren y que se dispersara la Sagrada Falah, antes de que se le diera a escoger entre la muerte o el servicio a sus nuevos amos. Se había enrolado en el cuadro del Segundo Ejército en Pan'potsun y, al igual que el propio Dujek, había estado ahí, con la guardia del antiguo emperador, cuando mordieron las primeras víboras de la usurpación, el día en que la Primera Espada del Imperio cayó brutalmente asesinado, víctima de la traición. Mechones sabía algo, pero ¿qué?

—De acuerdo —dijo Dujek—, tenemos trabajo. Pongamos manos a la obra.

Velajada suspiró. Qué propio del viejo Unbrazo. Le conocía bien, no como a un amigo —Dujek no hacía amistad con nadie— sino como a la única mente militar privilegiada que quedaba en el Imperio. Si, como Mechones acababa de insinuar, el Puño Supremo iba a ser traicionado por alguien, en alguna parte, y si Tayschrenn formaba parte de ello… «somos como ramas doblegadas», había dicho Calot en una ocasión, refiriéndose a la hueste de Unbrazo.*Y que se ande con cuidado el Imperio cuando se parta. Los soldados de Siete Ciudades son los encerrados fantasmas de los conquistados pero inconquistables…*

Tayschrenn la señaló, junto a los otros magos. Velajada se puso en pie, al igual que Calot. En cambio Mechones siguió sentado, cerrados los ojos, como si estuviera dormido.

—Respecto a ese traslado… —dijo Calot a Dujek.

—Después —gruñó el Puno Supremo—. El papeleo es una auténtica pesadilla, sobre todo cuando sólo tienes un brazo. —Repasó con la mirada al cuadro, y a punto estaba de añadir algo cuando se le adelantó Calot.

—Anomandaris.

No había terminado de pronunciar ese nombre, cuando Mechones ya tenía los ojos abiertos.

—Ah —dijo aprovechando el silencio que siguió—. Por supuesto. ¿Tres magos supremos más? ¿Sólo tres?

Velajada contempló la lívida e impávida faz de Unbrazo.

—El poema —dijo la hechicera—. Ahora lo recuerdo.

Caladan Brood, el mercenario,
portador del invierno, tumulario e inafligido…

Calot entonó los siguientes versos.

…En una tumba despojada de palabras,
y en sus manos que han aplastado yunques…

Velajada continuó:

Empuña el martillo de su canción,
y vive dormido, así que advertid en silencio
a todo el mundo: no lo despertéis.
No lo despertéis.

Todos los presentes observaron a Velajada, aun cuando ya no quedaba ni el eco de sus palabras.

—Parece que está despierto —dijo ella con la boca seca —. *Anomandaris*, el poema épico de Pescador Keltath.

—El poema no versa sobre Caladan Brood —protestó Dujek, ceñudo.

—No —admitió ella—. En su mayor parte trata de su compañero.

Mechones se puso lentamente en pie y se acercó a Tayschrenn.

—Anomander Rake, señor de los tiste andii, almas de la Noche Sin Estrellas. Rake, Melena del Caos. Él es el señor de Luna, el mismo a quien pretendes atacar con cuatro magos supremos y un solitario cuadro.

El terso rostro de Tayschrenn había adquirido un leve velo de sudor.

—Los tiste andii no son como nosotros —dijo sin la menor inflexión en la voz—. A ti podrán parecerte impredecibles, pero no lo son. Sólo son distintos. No tienen causa propia. Simplemente se desplazan de un drama humano al

siguiente. ¿De veras crees que Anomander Rake se plantará a luchar?

—¿Se ha retirado Caladan Brood? —preguntó a su vez Mechones.

—No es un tiste andii, Mechones. Es humano, algunos dicen que tiene sangre barghastiana, pero sea como fuere nada comparte con la sangre ancestral o sus costumbres.

—Cuentas con que Rake traicionará a los magos de Pale —dijo Velajada—, incumpliendo el pacto que existe entre ellos.

—No es tan aventurado como parece —respondió el mago supremo—. Bellurdan ha estado investigando en Genabackis, hechicera. Se descubrieron algunos pergaminos nuevos pertenecientes a La locura de Gothos en un lugar recóndito de una montaña que se alza más allá del bosque de Perrogrís. Entre los escritos se encuentran estudios sobre los tiste andii y otros pueblos de la Era Ancestral. Y recuerda que Engendro de Luna ya se ha retirado en una ocasión en que se enfrentaba al Imperio.

El miedo hizo que a Velajada le temblaran las rodillas. Volvió a sentarse con el empuje suficiente para que la silla de campaña crujiera bajo su peso.

—Si tu apuesta resulta errónea —dijo—, acabas de condenarnos a muerte. No sólo a nosotros, mago supremo, sino también a toda la hueste de Unbrazo.

Tayschrenn se volvió a ella lentamente, dando la espalda a Mechones y a los demás.

—Son órdenes de la emperatriz Laseen. Nuestros colegas viajan por medio de la senda. Cuando lleguen, detallaré las posiciones. Eso es todo. —Luego se adentró en el compartimiento destinado a los mapas.

Dujek parecía haber envejecido a ojos de Velajada, que enseguida apartó la mirada de él, demasiado angustiada

como para enfrentarse a la orfandad que destilaban sus ojos y a la suspicacia que bullía bajo su superficie. *Cobarde, eso es lo que eres, mujer. Una cobarde.*

Finalmente el Puño Supremo se aclaró la garganta.

—Preparad vuestras sendas, cuadro. Será como de costumbre: hoy por ti, mañana por mí.

Concédele el beneficio de la duda al mago supremo, pensó Velajada. Ahí estaba Tayschrenn, de pie en la primera colina, casi al amparo de la sombra de Luna. Se habían desplegado en tres grupos; cada uno de ellos ocupaba una cima en la llanura que se extendía más allá de las murallas de Pale. El cuadro era el más alejado; el de Tayschrenn, el más cercano. En la colina central formaban los otros tres magos supremos. Velajada los conocía a todos. Escalofrío, de pelo negro azabache, alta, dominante y con una vena cruel que el viejo emperador adoraba. A su lado, su compañero de toda la vida, Bellurdan, crujecráneos, un gigante thelomenio que mediría sus prodigiosas fuerzas con el portal de Luna en caso de que fuera necesario. Y A'Karonys, un esgrimefuegos, bajito y redondo, cuya vara ardiente era más alta que una lanza. Los ejércitos Segundo y Sexto habían formado en la llanura, desnudas las armas, a la espera de la voz de marchar sobre la ciudad cuando llegara el momento. Siete mil veteranos y cuatro mil reclutas. Las legiones negras de Moranth se alineaban en la cresta de poniente, a quinientas varas de distancia.

Ni una brizna de viento acariciaba la mañana. Los hirientes mosquitos deambulaban formando nubes visibles por entre las filas de soldados. El cielo estaba cubierto: poco densa la capa de nubes que, sin embargo, era absoluta.

Velajada observaba el despliegue desde la cresta de la colina, sudando a mares bajo la ropa. Observaba a los soldados de la llanura, atentos al exiguo cuadro. Con el complemento de rigor, seis magos hubieran formado a su espalda, pero sólo había dos. A un lado, envuelto en el capote gris oscuro que se había convertido en su uniforme de batalla, aguardaba Mechones, con aspecto engreído.

Calot dio un codazo a Velajada e inclinó la cabeza hacia el otro mago.

—¿Qué le pondrá de tan buen humor?

—Mechones, ¿dijiste en serio lo de los tres magos supremos?

El interpelado sonrió pero no pronunció una palabra.

—Odio que nos oculte cosas —dijo Calot.

—En este caso se lo ha ganado a pulso. ¿Qué tienen de particular Escalofrío, Bellurdan y A'Karonys? ¿Por qué Tayschrenn los escogió a ellos, y cómo sabía Mechones que lo haría?

—Preguntas, preguntas —suspiró Calot—. Los tres son veteranos en este tipo de asuntos. En tiempos del emperador, cada uno de ellos comandó una compañía de adeptos cuando el Imperio disponía de suficientes magos en sus filas para formar compañías de verdad. A'Karonys ascendió de rango en la campaña de Falari, cuando Bellurdan y Escalofrío ya eran veteranos: ambos proceden de Fenn, en el continente Quon, y sirvieron en las guerras de unificación.

—Dices que son todos veteranos —conjeturó Velajada—. Ninguno de ellos ha servido últimamente, ¿verdad? Su última campaña fue la de Siete Ciudades…

—Donde A'Karonys encajó una paliza en los eriales de Pan'potsun…

—Lo dejaron colgado. El emperador acababa de ser asesinado. Todo se sumió en el caos. Los t'lan imass se negaron a reconocer a la nueva emperatriz, y marcharon por cuenta propia a Jhag Odhan.

—Se rumorea que han vuelto. Con la mitad de sus fuerzas. Encontraran lo que encontrasen allí, no fue precisamente un paseo.

—Escalofrío y Bellurdan recibieron órdenes de personarse en Nathilog, donde han estado estos últimos seis o siete meses…

—Hasta que Tayschrenn envió al thelomenio a Genabaris para estudiar una pila de pergaminos antiguos, por cierto.

—Tengo miedo —admitió Velajada—. Tengo mucho miedo. ¿Viste la cara que puso Dujek? Sabe algo o se dio cuenta de algo que lo alcanzó como una daga en la espalda.

—Ha llegado el momento de poner manos a la obra —advirtió Mechones.

Calot y Velajada se situaron.

La hechicera sintió un escalofrío. Engendro de Luna llevaba tres años girando sobre sí a la misma velocidad. Acababa de detenerse. Cerca de su propia cima, en la cara que tenían delante, había un reborde sobre el cual acababa de dibujarse un nicho sombrío. Era un portal. No hubo movimientos.

—Lo sabe —susurró.

—Y no está huyendo —añadió Calot.

En la primera colina, el mago supremo Tayschrenn alzó los brazos a la altura de los hombros. Un tejido de llamas doradas se formó en sus manos, tejido que después remontó el vuelo, más grande a medida que ascendía en dirección a Engendro de Luna. El hechizo alcanzó la roca negra y arrancó algunos pedazos antes de extinguirse. Una lluvia mortífera se abatió sobre la ciudad de Pale, así como

entre las columnas de las legiones de Malaz que formaban en la llanura.

—Ha empezado. —Calot aspiró con fuerza.

El silencio respondió al primer ataque de Tayschrenn, un silencio total a excepción del leve rumor de la roca sobre los tejados de la ciudad, y los gritos distantes de los soldados heridos en la llanura. Todos tenían puestos los ojos en lo alto.

La respuesta no fue la que todos esperaban.

Una especie de nubarrón amortajó Engendro de Luna, seguido de un gemido apenas perceptible. Al cabo, cuando la nube se fragmentó, Velajada comprendió la naturaleza de lo que veían sus ojos.

Cuervos.

Millares y millares de grandes cuervos. Debían de haber anidado en las hendeduras y fisuras de la superficie de Luna. Sus graznidos se volvieron más concretos, un chillido de rabia. Surgieron de Luna y aprovecharon el viento gracias a las tres varas de envergadura que caracterizaban sus alas. Se alzaron en lo alto, enseñoreados sobre la ciudad y la llanura.

El miedo se convirtió en un terror que atenazó el corazón de Velajada.

Mechones lanzó una risotada y se volvió a ellos.

—¡Ahí tenéis a los heraldos de Luna, compañeros! —La locura anidaba en sus ojos—. ¡Cuervos! —Se echó atrás la capa y levantó los brazos—: ¡Imaginaos cómo debe de ser alguien capaz de mantener a treinta mil grandes cuervos bien alimentados!

Había aparecido una figura en la repisa, ante el portal, con los brazos en alto y la melena plateada danzando a merced del viento.

Melena del Caos. Anomander Rake. Señor de los tiste andii de piel negra, aquel que ha visto cien mil inviernos, aquel que ha probado la sangre de los dragones, aquel que lidera a los últimos de su especie, sentado en el trono de la Lástima y en un reino trágico y feroz, un reino incapaz de considerar propio ni un puñado de tierra.

Anomander Rake parecía diminuto recortado contra el conjunto de roca, casi insustancial en la distancia. Pero aquella ilusión estaba a punto de quebrarse. Velajada ahogó un grito al sentir el aura de su poder en plena expansión. *Y puede sentirse desde esta distancia…*

—¡Canalizad vuestras sendas! —ordenó—. ¡Ahora!

Al tiempo que Rake concentraba su poder, sendas bolas de fuego azulado remontaban el vuelo desde la colina central. Alcanzaron a Luna cerca de su base e hicieron añicos la superficie. Tayschrenn lanzó otra andanada de llamas doradas, que bañaron la negrura con espuma ámbar y humo llameante.

El señor de Luna respondió al fuego. Una ola negra descendió sobre la cima de la primera colina. El mago supremo se vio arrodillado en su empeño por desviarla, y el terreno que lo circundaba quedó completamente despojado de vegetación cuando el poder de la nigromancia arañó las laderas y envolvió las filas más próximas de soldados. Velajada observó cuando el fogonazo se tragó a los desventurados hombres, seguido por un estampido que retumbó en las entrañas de la tierra. Cuando al fin se disipó el relámpago, los soldados yacían en pilas de podredumbre, molidos como el grano.

Hechicería Kurald Galain. Magia ancestral, el aliento del Caos.

Cada vez respiraba más de prisa hasta sentir el empuje de la senda Thyr en su interior. Le dio forma, mascullando

una serie de palabras entre dientes, para después desatar el poder. La siguió Calot, tomando la fuerza de su senda Mockra. Mechones se envolvió en la misteriosa fuente de la que bebía, y el cuadro entero entró en la refriega.

Todo se tornó confuso para Velajada a partir de ese momento, aunque una parte de su mente permaneció distante, sostenida por el frágil hilo del terror, observando en un estrecho campo de visión todo cuanto sucedía a su alrededor.

El mundo se convertía en pesadilla a medida que la magia fluía hacia lo alto para atacar Engendro de Luna, y la hechicería descendía sobre la llanura y las colinas, indiscriminada y devastadora. Las rocas caían sobre los hombres como lo hacen las piedras candentes en la nieve. Una lluvia de ceniza descendió para cubrir por igual a los vivos y a los muertos. El cielo adquirió un tono rosa pálido, mientras que el sol no era sino un disco cobrizo entrevisto tras la bruma.

La onda que había superado las salvaguardas de Mechones lo partió en dos. Su aullido se debió más a la ira que al dolor, y fue enmudecido de inmediato por el violento poder que se abatió sobre Velajada, quien descubrió sus defensas asaltadas por la gelidez hechicera, por una voluntad cuyos chillidos la ensordecían con tal de destruirla. Dio un paso atrás y topó con Calot, que sumó su poder Mockra para potenciar sus temblorosas defensas. Después cesó el asalto, pasó de largo y siguió su camino ladera abajo, a la izquierda del lugar donde había librado su primera escaramuza.

Velajada había caído de rodillas. Calot se situó sobre ella y pronunció poderosas palabras a su alrededor, vuelto el rostro de Engendro de Luna, fija la mirada en algo o

alguien situado en la llanura. En sus ojos abiertos se leía el terror.

La hechicera comprendió demasiado tarde lo que sucedía. Calot la estaba defendiendo a costa de su propia seguridad. Aquél fue el acto final, pues Calot tuvo tiempo de observar cómo su propia muerte lo sitiaba. Un estallido de luz y fuego lo envolvió. De pronto, la red que había protegido a Velajada se esfumó. Crepitó una onda de calor, procedente del lugar donde Calot había permanecido de pie, que la echó a un lado. Sintió más que escuchó su propio gemido, y después se cerró su sentido de las distancias, obliterada una capa más de sus defensas mentales.

Velajada escupió tierra y ceniza mientras se ponía en pie y hacía acopio de coraje; ya no atacaba, sólo tenía fuerzas para mantenerse con vida. En algún remoto rincón de su mente hablaba una voz; no, no hablaba, gritaba, aullaba y gemía: *Calot miraba la llanura, no hacia Engendro de Luna. ¡Y bien que hacía! ¡A Mechones también lo habían alcanzado desde la llanura!*

Observó a un demonio kenryll'ah, cuando éste se alzó tras Escalofrío. Riendo con estridencia, el alto y espectral ser arrancó uno a uno los miembros de Escalofrío. Había empezado a comérselos cuando llegó Bellurdan. El thelomenio lanzó un rugido al hundir el demonio en su pecho las garras de cuchillo. Pero el mago ignoró el dolor y la sangre que manaba a borbotones de sus heridas, cerró las manos sobre la cabeza del demonio y la aplastó.

A'Karonys desató lenguas de fuego que surgieron del báculo hasta que Engendro de Luna estuvo a punto de desaparecer en el interior de una bola ígnea. Etéreas alas de hielo se cerraron sobre el gordo mago, que lo congelaron sin más. Al cabo de un instante, se quebró convertido en polvo.

Alrededor de Tayschrenn llovía la magia como si formara parte de una lluvia infinita; aún permanecía arrodillado en aquella cima pelada y ennegrecida. Cada ola que llevaba su rumbo era desviada por él, y los soldados que intentaban protegerse en la llanura sufrían las consecuencias. A través de la carnicería que lo era todo en ese momento, a través de la ceniza y los agudos graznidos de los cuervos, a través de la lluvia de rocas que caía y los gritos de los heridos y de los moribundos, a través de los escalofriantes chillidos de los demonios que se arrojaban sin piedad sobre los soldados, a través y por encima de todo eso se imponía el trueno constante originado por el mago supremo. Riscos enormes, sesgados del rostro de Luna y envueltos en llamas y columnas de humo negro, caían sobre la ciudad de Pale, y la transformaban en el caldo de su cosecha, hecho de muerte y de olvido.

Le temblaba el cuerpo como si su propia carne quisiera respirar; además, no oía prácticamente nada, quizá por eso tardó en comprender que la hechicería había cesado. Incluso la voz que hablaba en algún rincón de su mente guardaba silencio. Elevó la llorosa mirada a Engendro de Luna, cuya superficie desprendía fuego y humo, y que se retiraba. Sobrevoló la ciudad, inclinada la fortaleza flotante a un lado, inestable en sus revoluciones. Engendro de Luna se dirigió al sur, hacia las lejanas montañas Tahlyn.

Miró a su alrededor, recordando vagamente que una compañía de soldados había buscado refugio en la cima baldía. Sintió un golpe en las entrañas y no pudo más. Ya no quedaba ni rastro de la compañía. Nada a excepción de las armaduras. *«Hoy por ti, mañana por mí, hechicera.»* Contuvo el llanto y después concentró su atención en la primera colina.

Tayschrenn había caído, pero seguía con vida. Media docena de infantes de marina ascendieron la ladera para formar alrededor del mago supremo. Al poco, se lo llevaron.

Bellurdan, chamuscada buena parte de su indumentaria, en carne viva el cuerpo, permanecía en la colina central, recogiendo las extremidades diseminadas de Escalofrío, elevando la voz en un lamento fúnebre. Aquella visión, con todo su horror y sentimiento, alcanzó el corazón de Velajada con un golpe similar al de un martillo en el yunque. Se volvió rápidamente.

—Maldito seas, Tayschrenn.

Pale había caído. El precio había sido la hueste de Unbrazo y cuatro magos. Sólo ahora se movían las legiones negras de Moranth. Velajada cerró la mandíbula, y los labios que antes habían sido carnosos formaron una línea apenas perceptible. Había algo en su recuerdo que pugnaba por salir; tuvo la certeza de que aún no había caído el telón sobre el escenario.

La hechicera aguardó.

«Las sendas de la magia moran en el más allá. Encuentra la puerta y practica un agujero en ella. Podrás dar forma a todo lo que se filtre.» Con estas palabras, una joven emprendió el sendero de la hechicería. «Ábrete a la senda que se te acerca, que te encuentra. Toma de su poder tanto como tu cuerpo y tu alma sean capaces de tomar, pero recuerda: cuando el cuerpo flaquee, la puerta se cerrará.»

A Velajada le dolía todo el cuerpo, igual que si alguien la hubiera estado golpeando con un palo durante dos horas. Lo último que esperaba era sentir aquel sabor amargo en la lengua, que venía a informarle de que algo desagradable y

feo había subido a la cima. Tales advertencias no se dejaban sentir por un adepto, a menos que la puerta permaneciera abierta, una senda revelada, rebosante de poder. Había escuchado historias en boca de otros hechiceros, y había leído enmohecidos pergaminos que hablaban de momentos como aquél, en que el poder llegaba gruñendo, mortífero, y cada vez que sucedía tal cosa (o eso decían) era porque un dios había puesto el pie en la tierra de los mortales. No obstante, de haber podido atraer la presencia de un inmortal a aquel lugar, hubiera sido sin duda la del Embozado, dios de la muerte. Su instinto, sin embargo, le decía que no era tal. No creía que hubiera llegado un dios, pero sí que había llegado alguna otra cosa… Lo que en realidad frustraba a la hechicera era su incapacidad para determinar cuál de las personas que la rodeaban constituía la fuente de peligro. Algo la empujaba a mirar a la muchacha, aunque la niña parecía medio ida la mayor parte del tiempo.

Las voces que le hablaban atrajeron finalmente su atención. El sargento Whiskeyjack se hallaba inclinado sobre Ben el Rápido y el otro soldado, mientras estos últimos permanecían arrodillados junto a Mechones. Ben el Rápido tenía cogido con fuerza un objeto rectangular, envuelto en pieles, y miraba a su sargento como pidiéndole aprobación.

Se percibía cierta tensión entre ambos. Ceñuda, Velajada se acercó.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó a Ben el Rápido, con la mirada en el objeto que el mago tenía entre las manos, que por delicadas resultaban incluso femeninas. Este no pareció oírla; seguía observando con atención al sargento.

Whiskeyjack se volvió hacia ella.

—Adelante, Ben —gruñó mientras se acercaba al borde de la cresta, de cara al oeste, hacia las montañas de Moranth.

Las ascéticas y delicadas facciones de Ben el Rápido se tensaron. Asintió a su compañero.

—Prepárate, Kalam.

El soldado a quien Ben el Rápido había llamado Kalam se puso en cuclillas, las manos en las mangas. Aquella postura casi se antojaba como un acto de rebeldía a la orden de Ben el Rápido, aunque al mago no se le veía contrariado. Ante la atenta mirada de Velajada, colocó una de sus ágiles manos en el pecho tembloroso y ensangrentado de Mechones. Luego murmuró unas palabras concatenadas y cerró los ojos.

—Sonaba a Denul —dijo Velajada mirando a Kalam, que permanecía inmóvil en semejante postura—. Aunque no del todo —añadió lentamente—. Lo ha modificado un poco. —Guardó silencio al entrever algo indefinido en Kalam que le recordó a la serpiente que se dispone a morder a su presa. No haría falta demasiado para sacarlo de sus casillas. Sólo algunas palabras más dichas en el momento inadecuado, acompañadas de un mal gesto dirigido a Ben el Rápido o a Mechones. Era un grandullón con el físico de un oso, pero aún recordaba Velajada el modo en que había pasado por su lado. *Serpiente, sí, es un asesino, un soldado que ha alcanzado un nivel superior en el arte del asesinato. Para él ya no se trata simplemente de un trabajo, porque le gusta.* Se preguntó si acaso no habría sido esa energía, esa silenciosa amenaza, lo que la había sacudido al pasar junto a ella, arrastrando consigo el aroma de la tensión sexual. Velajada suspiró. Menudo día para la perversidad.

Ben el Rápido había terminado de pronunciar las palabras concatenadas, pronunciadas en esa ocasión sobre

el objeto, el cual colocó en ese momento junto a Mechones. Velajada lo observó mientras el poder trenzaba una guirnalda alrededor de aquella cosa, lo observó cada vez más inquieta mientras el mago recorría con sus largos dedos las costuras de la piel. La energía manaba de su interior con un control absoluto. Era superior a ella en el saber. Acababa de abrir una senda que ni siquiera pudo reconocer.

—¿Quiénes sois? —susurró, retrocediendo un paso.

Mechones abrió los ojos, libre su expresión de cualquier muestra de dolor. Cruzó la mirada con Velajada, momento en que sus labios ensangrentados dibujaron una sonrisa franca.

—Artes olvidadas, Vela. Lo que estás a punto de presenciar no se ha hecho en un millar de años. —Entonces su rostro se ensombreció y desapareció la sonrisa. Algo ardía en sus ojos—. ¡Piensa en lo que pasó, mujer! En Calot y en mí. Cuando caímos. ¿Qué fue lo que viste? ¿Percibiste algo? ¿Algo extraño? ¡Vamos, piénsalo! ¡Mírame! Mira mi herida, el modo en que permanezco tumbado. ¿En qué dirección miraba cuando me alcanzó aquella oleada?

Vio el fuego en su mirada, de furia mezclada con triunfo.

—No estoy segura —respondió—. Algo hubo, sí. —Esa parte de su mente distanciada, pensante, que la había acompañado a lo largo de la batalla, que había gritado en su interior a la muerte de Calot, que había gimoteado en respuesta a las oleadas de hechicería, *al hecho de que provinieran de la llanura*. Miró con los ojos entornados a Mechones y dijo—: Anomander Rake ni siquiera se molestó en dirigir sus ataques. Le daba lo mismo a quién pudiera alcanzar. Esas oleadas de poder fueron dirigidas, ¿verdad? Fueron a por nosotros desde el lado equivocado. —Estaba

temblando—. Pero ¿por qué? ¿Por qué Tayschrenn haría tal cosa?

Machones levantó una mano y aferró la capa de Ben el Rápido.

—Utilízala a ella, mago. Me arriesgaré.

Un torrente de pensamientos inundó la mente de Velajada. Mechones había sido enviado a los túneles por Dujek. Y Whiskeyjack y su pelotón habían servido allí. Habían sellado un pacto.

—Mechones, ¿qué está pasando aquí? —exigió saber mientras el miedo tensaba su cuello y hombros—. ¿A qué te refieres con eso de que me utilicen?

—¡No eres ciega, mujer!

—Quieto —urgió Ben el Rápido. Colocó el objeto sobre el pecho del mago, situándolo cuidadosamente, de modo que estuviera centrado a lo largo del esternón. El extremo superior le llegaba a la barbilla, el inferior a unas pulgadas de lo que le quedaba de torso. Redes de energía negra centelleaban de forma incesante sobre la superficie manchada de la piel que lo cubría.

Ben el Rápido pasó la mano sobre el objeto y la red se extendió. Las relucientes hebras negras dibujaron un trenzado caótico que insinuaba el cuerpo entero de Mechones, sobre la carne y a través de ella, siempre cambiantes las hebras, los cambios más y más rápidos. Mechones sufrió una fuerte sacudida, con los ojos fuera de las órbitas, antes de volver a recostarse. Escapó una exhalación de sus pulmones, acompañada de un lento y constante siseo. Cuando cesó por completo con un gorgoteo, no hubo más exhalaciones.

Ben el Rápido se sentó de cuclillas y se volvió a Whiskeyjack. El sargento no les quitaba ojo, aunque su expresión era inescrutable.

Velajada secó el sudor que empañaba su frente con el guante sucio.

—No ha funcionado, veo. Has fracasado en tu intento de hacer lo que fuera que te habías propuesto.

Ben el Rápido se puso en pie. Kalam recogió el objeto envuelto y se acercó mucho a Velajada, que topó con los oscuros ojos y la mirada penetrante del asesino.

—Quédatelo, hechicera —dijo Ben el Rápido—. Llévalo a la tienda y desenvuélvelo allí. Sobre todo, no permitas que Tayschrenn lo vea.

—¿Cómo? —preguntó Velajada—. ¿Así, sin más? —Observó el objeto—. Ni siquiera sé qué es esto. Sea lo que sea, no me gusta.

La muchacha habló a su espalda en un tono tan hiriente como acusador.

—No sé qué has hecho, mago. Sentía que me mantenías apartada. No ha sido muy amable por tu parte.

¿De qué irá todo esto?, se preguntó Velajada. El negro permanecía impasible, glacial, aunque creyó ver un fugaz destello en su mirada. Parecía tener miedo.

Whiskeyjack se dirigió a la muchacha:

—¿Algo que comentar al respecto de lo sucedido, recluta? —preguntó, tenso.

Los ojos oscuros de la muchacha recalaron en el sargento. Luego, se encogió de hombros y se alejó.

Kalam tendió el objeto a Velajada.

—Respuestas —dijo en voz baja con el acento de Siete Ciudades, musical y redondo—. Todos queremos respuestas, hechicera. El mago supremo mató a tus camaradas. Míranos, somos los únicos supervivientes de los Abrasapuentes. No es… fácil obtener respuestas. ¿Estás dispuesta a pagar el precio?

Tras un último vistazo al cadáver de Mechones, brutalmente despedazado, y a la mirada vacía de sus ojos sin vida, aceptó el objeto. No pesaba. Fuera lo que fuese que ocultaba el envoltorio de piel, no era muy grande. Algunas partes parecían moverse, y en sus manos sintió los bordes de algo duro.

—Quiero —dijo lentamente, mirando al asesino— ver cómo Tayschrenn se lleva su merecido.

—Entonces estamos de acuerdo —replicó Kalam, sonriendo—. Y empezaremos por aquí.

Velajada sintió un vuelco en el corazón al ver aquella sonrisa. *Mujer, pero ¿qué te ha dado?* Suspiró.

—Hecho. —Al volverse para descender la ladera y regresar al campamento principal, cruzó la mirada con la muchacha. Sintió de nuevo un escalofrío y se detuvo—. Eh, tú, recluta. ¿Cómo te llamas?

La joven sonrió como si aquello le recordara algo gracioso.

—Lástima.

Velajada lanzó un gruñido. Debió de imaginarlo. Ajustó el paquete en el hueco del brazo y descendió a trompicones la ladera.

El sargento Whiskeyjack dio una patada a un yelmo y siguió su recorrido ladera abajo con la mirada.

—¿Hecho? —preguntó a Ben el Rápido.

El mago se volvió a Lástima y asintió.

—Atraerás más atención de la debida sobre nuestro pelotón —dijo la joven a Whiskeyjack—. El mago supremo Tayschrenn reparará en ello.

—¿Más atención de la debida? —El sargento enarcó una ceja—. ¿Qué diantre significa eso?

Lástima no respondió.

Whiskeyjack contuvo la réplica acerada que estaba a punto de pronunciar. ¿Qué la había llamado Violín? Una bruja misteriosa. Se lo había dicho a la cara y ella sólo lo miró con esos ojos de pez muerto. Por mucho que odiara admitirlo, Whiskeyjack compartía la opinión del zapador. Lo que aún hacía aquello más inquietante era que aquella niña de quince años tenía aterrorizado a Ben el Rápido hasta tal punto que el mago ni siquiera quería hablar del asunto. ¿Qué le había enviado el Imperio?

Observó a Velajada cruzando el campo de muerte que se extendía al pie de las colinas. Los cuervos alzaban el vuelo a su paso y permanecían volando en círculos, graznando atemorizados e inquietos. Entonces, el sargento sintió a su lado la presencia de Kalam.

—Por el aliento del Embozado —masculló Whiskeyjack—. Esa hechicera espanta a los cuervos como si fuera un demonio.

—No la temen a ella —replicó Kalam—, sino a lo que lleva.

—Esto apesta. ¿Estás seguro de que es necesario? —preguntó el sargento, rascándose la barba.

Kalam se encogió de hombros.

—Whiskeyjack —dijo a su espalda Ben el Rápido—, nos mantuvieron en los túneles. ¿Crees que el mago supremo no podría haber supuesto lo que iba a suceder?

El sargento encaró al mago. A una docena de pasos de distancia se encontraba Lástima, lo bastante cerca como para poder escucharlos. Whiskeyjack la miró ceñudo, pero no dijo palabra.

Tras el tenso silencio, el sargento volvió a volcar su atención en la ciudad. La última de las legiones negras de Moranth entraba en Pale por la puerta occidental. Las

columnas de humo negro se alzaban tras las maltrechas murallas. Algo conocía acerca de la terrible enemistad que existía entre Moranth y los ciudadanos de la que fuera la Ciudad Libre de Pale. Disputas por las rutas comerciales, dos potencias mercantiles en constante conflicto. Pale había ganado más de lo que había perdido. Por lo visto, al fin los guerreros de negra armadura, procedentes de más allá de las montañas occidentales, cuyos rostros mantenían ocultos tras las viseras de los yelmos y que hablaban mediante ruiditos y cuchicheos, equilibraban la balanza. En la distancia, a pesar de los graznidos de los cuervos, se oían los gemidos de los hombres, las mujeres y los niños que morían por la espada.

—Parece ser que el Imperio mantiene su palabra con los moranthianos —dijo Ben el Rápido—. Menuda carnicería. No pensé que Dujek…

—Dujek sabe cuáles son sus órdenes —interrumpió Whiskeyjack—. Y tiene a un mago supremo encaramado a su hombro.

—Una hora —repitió Kalam—, y entonces será cosa nuestra limpiar los escombros.

—No, nuestro pelotón no —dijo el sargento—. Hemos recibido nuevas órdenes.

—¿Y aún necesitas más pruebas para convencerte? —le preguntó Ben el Rápido—. Quieren hundirnos. Se han propuesto…

—¡Basta! —rugió Whiskeyjack—. Ahora no. Kalam, ve a buscar a Violín. Necesitamos suministros de los moranthianos. Reúne a los demás, Ben, y llévate a Lástima. Reuníos conmigo dentro de una hora junto a la tienda del Puño Supremo.

—¿Y tú? —preguntó Ben el Rápido—. ¿Qué vas a hacer?

El sargento creyó entrever un anhelo mal disimulado en el tono de voz de su mago. Necesitaba una confirmación, la seguridad de que hacían lo correcto. *Un poco tarde para eso.* Aun así, Whiskeyjack sintió una punzada de arrepentimiento, no podía dar lo que tanto ansiaba Ben el Rápido. No podía decirle que las cosas saldrían bien. Observó cabizbajo la ciudad de Pale.

—¿Qué voy a hacer? Voy a pensar un poco, Ben. Os he estado escuchando a ti, Kalam, Mazo y Violín. Incluso Trote ha estado cuchicheándome a la oreja. Pues bien, ahora me toca a mí. Así que déjame, mago, y llévate a esa condenada muchacha contigo.

Ben el Rápido dio un respingo y pareció echarse atrás. Hubo algo en las palabras de Whiskeyjack que logró hacerle profundamente infeliz, aunque puede que todo en el discurso del sargento le decepcionara.

Pero el suboficial estaba demasiado cansado como para preocuparse por eso. Tenía que pensar en su nuevo destino. De haber sido hombre religioso, Whiskeyjack hubiera vertido sangre en el cuenco del Embozado para invocar las sombras de sus ancestros. Por mucho que odiara admitirlo, compartía el sentimiento de los miembros del pelotón: alguien en el Imperio quería ver muertos a los Abrasapuentes.

Pale se hallaba a sus espaldas. De la pesadilla tan sólo quedaba el sabor a ceniza en la boca. Ante sí se hallaba su nuevo destino: la legendaria ciudad de Darujhistan. Whiskeyjack tuvo la sensación de que una nueva pesadilla estaba a punto de comenzar.

En el campamento, más allá de la última cresta de colinas peladas, los carros tirados por caballos cargados de

soldados heridos atestaban los estrechos pasos que separaban las hileras de tiendas. Se había desintegrado el buen orden que había reinado en el campamento de los malazanos, y en el ambiente febril se respiraban los gritos de los heridos, gritos que ponían voz al horror.

Velajada se abrió camino entre los aturdidos supervivientes y sorteó los charcos de sangre que se formaban al pie de los carros, con los ojos puestos en la obscena pila de miembros amputados que había en las tiendas de los físicos. Procedente de las tiendas y las chozas desperdigadas, levantadas por quienes seguían al ejército, un coro de un millar de voces entonaba un lamento desigual, recordatorio escalofriante de que la guerra siempre conlleva dolor.

En algún cuartel general de la capital del Imperio, a unas tres mil leguas de distancia, el edecán de turno tacharía con tinta roja el Segundo Ejército en la lista de unidades en activo, para después añadir con buena caligrafía: «Pale, finales de invierno, año 1163 del Sueño de Ascua». Así se anotaría la muerte de nueve mil hombres y mujeres. Luego se olvidaría.

Algunos de nosotros no lo olvidaremos. Los Abrasapuentes albergaban ciertas sospechas escalofriantes. La idea de desafiar a Tayschrenn a una confrontación directa casaba con un sentimiento de ofensa y, si el mago había matado de veras a Calot, también con un sentimiento de haber sido traicionado. Pero sabía que sus emociones tenían cierta maña para escapar a su control. Un duelo mágico con el mago supremo del Imperio supondría para ella la mejor manera de llamar a la puerta del Embozado. El afán de justicia motivado por la ira se había cobrado más cadáveres que los que el Imperio podía

reclamar para sí. Como Calot solía decir: «Levanta el puño cuanto quieras, pero lo que está muerto, muerto está».

Había presenciado demasiadas muertes desde que se enroló en las filas del Imperio de Malaz, claro que tampoco tantos cadáveres se debían a sus actos. Esa era la diferencia, y al menos había bastado durante un tiempo. *No es como antes. Me he pasado veinte años limpiándome las manos de sangre.* En ese momento, sin embargo, la escena que se repetía y se repetía en su recuerdo era la de las piezas de armadura vacías en la cima, una escena que le dolía en el alma. Aquellos hombres y mujeres corrían hacia ella en busca de protección contra el horror que se había desatado sobre la llanura. Había sido un acto desesperado, fatídico pero comprensible. A Tayschrenn no le importaban pero a ella sí. Era uno de los suyos. En las anteriores batallas habían combatido como perros rabiosos para impedir que las legiones enemigas pudieran acabar con ella. Sin embargo, aquella había sido una guerra de magos. Su terreno. Se cruzaban favores en el Segundo Ejército. Era lo que mantenía a todos con vida, y también lo que hacía del Segundo una hueste legendaria. Aquellos soldados tenían sus expectativas, y tenían derecho a ello. Habían acudido a ella para que los salvara. Y habían muerto por ello.

¿Y si me hubiera sacrificado? ¿Y si hubiera transferido mis salvaguardas a ellos, en lugar de salvar mi pellejo? El instinto la había obligado a sobrevivir, y su instinto nada tenía que ver con el altruismo. Los altruistas no duran mucho tiempo en la guerra.

Estar viva, concluyó Velajada al acercarse a su tienda, no era lo mismo que sentirse bien por ello. Entró en la tienda y cerró la lona tras ella. Después, observó sus posesiones terrenales. Pocas, muy pocas a sus doscientos diecinueve

años de vida. El baúl de madera, sellado con hechizos de protección, contenía su libro de hechicería Thyr; la pequeña colección de instrumental de alquimia yacía desperdigada en la mesa, junto al coy, como un montón de juguetes abandonados por un niño. En mitad de aquel desorden encontró también la baraja de los Dragones. Recaló la mirada en ella, antes de continuar con la inspección. Todo le parecía distinto ahora, como si el baúl, la alquimia y sus ropas pertenecieran a otra persona, a alguien más joven, alguien que aún era capaz de tener cierta vanidad. Sólo la baraja, sólo los Fatid llamaban su atención como las palabras de una vieja amiga.

Velajada se acercó a la baraja. Con un gesto ausente depositó en la mesa el paquete que le había entregado Kalam; después, sacó un taburete colocado debajo de la mesa. Al sentarse, extendió la mano para alcanzar la baraja. Titubeó.

Hacía meses de la última vez. Había algo que la mantenía apartada. Quizá hubiera predecido la muerte de Calot, y quizá esa sospecha había morado en la oscuridad de sus pensamientos todo ese tiempo. El miedo y el dolor habían moldeado su alma toda la vida, pero su temporada con Calot había sido distinta, alegre, desenfadada, casi vaporosa. Y pensar que lo había considerado un mero pasatiempo.

—¿Qué te parece eso como ejemplo de negación deliberada? —Percibió la amargura de su voz y se despreció por ello. Habían vuelto sus antiguos demonios, burlándose a la muerte de sus ilusiones. *Una vez ya rechazaste la baraja, la noche antes de que rajaran la garganta de Mock, la noche antes de que Danzante y el hombre que un día regiría un Imperio asaltaran la fortaleza de tu señor, de tu amante. ¿Vas a negar la existencia de un patrón, mujer?* Su

visión se tornó borrosa ante el aluvión de unos recuerdos que creía enterrados para siempre. Miró la baraja, pestañeando sin cesar.

—¿De veras quiero que me hables, vieja amiga? ¿Acaso necesito que me recuerdes que la fe sirve de refugio a los insensatos?

Percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Fuera lo que fuese lo que guardaba la piel que cubría el objeto, lo cierto era que se había movido. La sorprendieron los bultos que golpeaban las paredes de la piel forzando las costuras. Velajada permaneció inmóvil, observando con los ojos abiertos como platos. Entonces, cuando su ritmo respiratorio iba recuperando la normalidad, extendió la mano para tomarlo y lo colocó ante sí. Desenvainó una daga y procedió a cortar las costuras. El objeto en su interior permaneció inmóvil, como si esperara el resultado de sus esfuerzos. Finalmente apartó una capa de piel.

—Vela —dijo una voz que le resultó familiar.

Contempló asombrada la marioneta de madera que, vestida de seda amarilla, salió de la bolsa. A pesar de ir maquillada, reconoció sus facciones.

—Mechones.

—Me alegra verte de nuevo —dijo la marioneta al ponerse en pie. Trastabilló y levantó las manos de madera para recuperar el equilibrio—. Y el alma conmutó —anunció al tiempo que se quitaba el blando sombrero, antes de inclinarse como pudo ante ella.

Conmutación del alma.

—Pero si eso lleva siglos olvidado. Ni siquiera Tayschrenn…

—Luego —interrumpió Mechones mientras la hechicera se mordía el labio, pensativa. Dio algunos pasos y después inclinó hacia delante la cabeza, con la intención de estudiar

su nuevo cuerpo—. En fin —suspiró—, no se puede tener todo, ¿verdad? —Levantó la mirada y sus ojos pintados observaron entonces a Velajada—. Tendrás que acercarte a mi tienda antes de que Tayschrenn se adelante. Necesito mi libro. Ahora formas parte de esto, ya no hay vuelta atrás.

—¿Parte de qué?

Mechones no respondió; parecía distraído, incluso parecía haber olvidado a la hechicera. De pronto, agachó la cabeza.

—Me pareció oler la baraja.

Velajada sudaba profusamente; era un sudor frío, sobre todo localizado bajo los brazos. Mechones siempre había logrado incomodarla, pero aquello… Podía oler su propio temor. El que hubiera apartado la mirada le hizo sentir un agradecimiento infinito. Era magia ancestral, Kurald Galain, si era cierto lo que decían las leyendas, y era mortífera, depravada, tosca y primitiva. Los Abrasapuentes tenían reputación de ser gente dura, pero rondar las sendas próximas al Caos era una locura. O un gesto de desesperación…

Casi por voluntad propia se abrió su senda Thyr, de la cual manó el poder que le inundó todo el cuerpo cansado.

Mechones debió de percibir que la hechicera había abierto los ojos y los había clavado en la baraja.

—Velajada —susurró con cierta burla en la voz—. Vamos, los Fatid te llaman. Lee lo que ha de leerse.

Perturbada por el rubor que cubrió su rostro, Velajada alcanzó la baraja de los Dragones con cierta reluctancia. Le temblaba la mano al cerrarla en los cortes. La barajó lentamente, consciente del frío de la superficie laqueada de las cartas de madera, frío que primero percibió en las manos y luego en los brazos.

—Siento que en ellas se cierne una tormenta —dijo alineando el mazo, que a continuación colocó sobre la mesa.

Mechones rompió a reír por toda respuesta. Una risa perversa y ansiosa.

—La primera Casa marca el camino. ¡Rápido!

Volvió Velajada la primera carta, conteniendo la respiración.

—El caballero de la Oscuridad.

Mechones suspiró.

—El Señor de la Noche rige la mano. Por supuesto.

Velajada estudió el grabado de la carta. El rostro permanecía borroso como de costumbre; el caballero iba desnudo, la piel negra como azabache. De cadera para arriba era humano, musculoso y empuñaba en alto un mandoble de negra hoja, de cuyo mango colgaban etéreas cadenas de humo que se fundían sobre la vacía oscuridad del fondo. La parte inferior de su cuerpo era dragontina, negras las escamas, tirando a grises en la barriga. Como siempre apreció un nuevo detalle, algo en lo que no había reparado y que de algún modo pertenecía a ese momento. Había una sombra suspendida en la oscuridad, sobre la cabeza del caballero. Sólo podía detectarla si la miraba de reojo, puesto que si lo hacía de frente desaparecía. «Claro, tú nunca revelas la verdad con tanta facilidad, ¿o sí?»

—Segunda carta —urgió Mechones, que se acercó al terreno de juego inscrito en el tablero.

Velajada reveló la segunda carta.

—Oponn. —Los Bufones del azar.

—Que el Embozado maldiga sus injerencias —gruñó Mechones.

La dama se mantenía erguida, mientras su mellizo, vuelto boca abajo, observaba divertido el pie de la carta. Así era la hebra de la fortuna, que tiraba hacia atrás en lugar

de empujar hacia delante, la hebra del éxito. La expresión de la dama parecía suave, casi tierna, una nueva faceta que señalaba cómo estaban equilibradas las cosas. Al cabo de un latido de corazón, Velajada reparó en un detalle apenas visible: donde la mano derecha de él alcanzaba a tocar la izquierda de la dama, un diminuto disco plateado cubría el espacio que mediaba entre ambos. Una moneda, y en la cara una cabeza de hombre. Pestañeó. No, de mujer. Luego de hombre, después de mujer. De pronto recostó la espalda. La moneda giraba.

—¡La siguiente! —exigió Mechones—. ¡Eres demasiado lenta!

Velajada reparó en que la marioneta no prestaba atención a la carta Oponn, que probablemente tan sólo se había molestado en identificarla. Respiró hondo. Mechones y los Abrasapuentes iban de la mano en este asunto, eso se lo decía el instinto, pero su propio papel aún estaba por decidir. Con aquellas dos cartas ya sabía más que ellos. Seguía sin ser mucho, pero podía bastar para mantenerla viva en lo que fuera que se avecinaba. Soltó el aire de pronto, extendió la mano y descargó una palmada sobre el mazo.

Mechones dio un salto y se volvió a ella, girando sobre los talones.

—¿Ya te plantas? —preguntó furioso—. ¿Te plantas con los Bufones? ¿A la segunda carta? ¡Es absurdo! ¡Sigue jugando, mujer!

—No —replicó Velajada, arrastrando las dos cartas para después devolverlas al mazo—. He escogido plantarme. Y no hay nada que puedas hacer al respecto. —Y se levantó.

—¡Zorra! ¡Podría matarte con sólo pestañear! ¡Aquí y ahora!

—Estupendo. Una buena excusa para perderme la reunión que me espera con Tayschrenn, en la que evaluará lo sucedido en la batalla. Adelante, Mechones. Por mí no te apures. —Se cruzó de brazos y aguardó.

—No —dijo la marioneta—. Te necesito. Y tú desprecias a Tayschrenn más que yo. —Inclinó la cabeza mientras reconsideraba sus últimas palabras, y finalmente rompió a reír—. Así me aseguro de que no habrá traiciones.

—Tienes razón.

La hechicera se acercó a la entrada de la tienda. A punto estaba de correr la lona, cuando se detuvo.

—Mechones, ¿hasta qué punto puedes oír?

—Bastante bien —respondió con un gruñido la marioneta.

—¿Puedes escucharlo todo, por ejemplo el sonido que hace una moneda al girar?

—Los ruidos del campamento, eso es todo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Has oído algo?

Velajada sonrió. Corrió la lona de la tienda y salió al exterior sin responder. Mientras se dirigía a la tienda de mando, sintió en su interior que brotaba un peculiar atisbo de esperanza.

Nunca había considerado como un aliado a Oponn. Depender de la suerte para cualquier asunto era una idiotez. La primera Casa que desveló, Oscuridad, tocó su mano con un frío glacial, abiertamente, con violencia, con un poder que latía con furia, pero que, además, se dejaba acompañar por una sensación que no pudo identificar del todo, pero que se parecía mucho a la salvación. El caballero podía ser enemigo o aliado, aunque las más de las veces no era ni lo uno ni lo otro. Pero Oponn cabalgaba a la sombra del guerrero; dejaba que la Casa de Oscuridad titubeara al margen, suspendida en el umbral que separaba al día de la

noche. Más que cualquier otro factor, había sido aquella moneda que giraba lo que le había empujado a plantarse.

Mechones no lo había oído. *Maravilloso.*

Aun entonces, mientras se acercaba a la tienda de mando, el eco de aquel sonido pervivía en su mente, tal como creía que haría durante algún tiempo. La moneda giraba y giraba. Oponn mostraba dos caras al cosmos, pero era la apuesta de la dama. *Gira, monedita. Gira.*

Capítulo 3



Thelomen, Tartheno, Toblakai…
he aquí los nombres de un pueblo
tan reacio a desaparecer
en el olvido…
Su leyenda pudre
mi cínica forma, y destruye
mis ojos con reluciente gloria…
«No atravesar la fiel jaula
para abarcar su inexpugnable corazón…

… No cruzar estos flemáticos menhires
siempre leales a la tierra.»
Thelomen, Tartheno, Toblakai…
aún en pie, estos elevados pilares
dañan el gélido bohordo
de mi mente…

La locura de Gothos (II.iv)
Gothos (n. ?)

El trirreme imperial hendía las olas del mar como la hoja implacable de un hacha, mareada la lona, gimiendo las vergas por la fuerza del viento entablado. El capitán Ganoes Paran permanecía en su cabina. Hacía tiempo que se había cansado de otear el horizonte, al este, con la esperanza de divisar tierra. Llegarían, y no tardarían demasiado en hacerlo.

Apoyó la espalda en el mamparo, frente al inestable coy, observando los fanales moverse a merced del balanceo, y

arrojando la daga sobre el poste central que aguantaba la solitaria mesa, un poste que ya estaba marcado por diminutos agujeros.

Una fresca corriente de aire acarició su rostro y, al volverse, vio a Topper surgir de la senda imperial. Habían transcurrido dos años desde la última vez que viera al comandante de la Garra.

—¡Por el aliento del Embozado! —exclamó—. ¿Acaso no encuentras otro color para tu ropa? Seguro que tu perversa afición al verde tiene cura.

El alto asesino, mitad tiste andii, parecía llevar puesta la misma ropa que la última vez que Paran lo había visto: lana verde, cuero verde. Sólo los innumerables anillos que lucía en sus largos dedos parecían contrastar con ese color. El comandante de la Garra había llegado de mal humor, y las palabras con las que Paran lo saludó no debieron de mejorarlo.

—¿Crees que me gustan estos viajecitos, capitán? Buscar un barco en mitad del océano supone todo un desafío para la capacidad mágica de uno, que no todos pueden permitirse.

—Lo que te convierte en un mensajero de confianza.

—Veo que no has hecho el menor esfuerzo por mejorar tus modales, capitán. Debo admitir que no comprendo a qué se debe la fe que la Consejera tiene en ti.

—Que no te quite el sueño, Topper. Ahora que me has encontrado, ¿qué mensaje me traes?

El otro arrugó el entrecejo.

—Lorn está con los Abrasapuentes. En las afueras de Pale.

—¿Prosigue el asedio? ¿Cuan antigua es tu información?

—Menos de una semana, que es precisamente el tiempo que llevo buscándote. Sea como fuere —continuó—,

estamos a punto de salir del atolladero.

—¿Qué pelotón? —preguntó Paran tras lanzar un gruñido.

—¿Los conoces a todos?

—Sí —aseguró Paran.

Topper arrugó aún más si cabe el entrecejo. Luego levantó la mano y procedió a examinar sus anillos.

—El de Whiskeyjack. Se trata de una de sus reclutas.

Paran cerró los ojos. ¿Cómo iba a sorprenderle? *Los dioses juegan conmigo. La cuestión es ¿qué dioses? Oh, Whiskeyjack. Hubo un tiempo en que mandabas un ejército, fue cuando Laseen se llamaba Torva, cuando pudiste escuchar a tu compañero y tomar una decisión. Habrías podido detener a Torva. Maldición, quizá también detenerme. Pero ahora mandas un pelotón, sólo un pelotón, y ella es la emperatriz. ¿Y yo? Soy un estúpido que siguió sus sueños, y ahora lo único que deseo es que terminen.* Abrió los ojos y miró largamente a Topper.

—Whiskeyjack. La Guerra de Siete Ciudades, a través de la brecha de Aren, el sagrado desierto de Raraku, Pan'potsun, Nathilog…

—Todo en tiempos del emperador, Paran.

—De modo —dijo Paran— que voy a asumir el mando del pelotón de Whiskeyjack. La misión nos llevará a Darujhistan, la ciudad de las ciudades.

—Tu recluta… Ella está demostrando sus poderes —dijo Topper, torciendo el gesto—. Ha corrompido a los Abrasapuentes, posiblemente incluso a Dujek Unbrazo y a los ejércitos Segundo y Tercero destacados en Genabackis.

—No lo dirás en serio. Además, mi única preocupación es la recluta. Ella. Sólo ella. La Consejera admite que hemos esperado bastante. ¿Y ahora me dices que hemos esperado

demasiado? No puedo creer que Dujek esté a punto de rebelarse. No, Dujek no. Y tampoco Whiskeyjack.

—Debes seguir adelante, tal como estaba planeado, pero se me ha ordenado recordarte que la seguridad es crucial, sobre todo ahora. Un agente de la Garra se pondrá en contacto contigo en cuanto llegues a Pale. No confíes en nadie más. Tu recluta encontró su arma, y con ella pretende golpear el corazón del Imperio. No podemos contemplar el fracaso. —Los extraños ojos de Topper relampaguearon—. Si por cualquier razón te sientes incapaz de cumplir tu misión…

Paran estudió las facciones del hombre que tenía delante. *Si es tan malo como dices, ¿por qué no despachar a una mano de asesinos de la Garra?*

Topper lanzó un suspiro, como si hubiera escuchado de algún modo la retórica y silenciosa pregunta que Paran se había formulado.

—La está utilizando un dios, capitán. No será fácil que muera. El plan para encargarse de ella ha exigido de ciertos… ajustes. Un aumento, de hecho. Debemos contemplar amenazas adicionales, pero estas hebras ya han sido urdidas. Haz lo que se te ha ordenado. Si debemos tomar Darujhistan es necesario eliminar todos los riesgos; la emperatriz quiere Darujhistan. También cree que ha llegado el momento de que Dujek Unbrazo sea… —sonrió— desarmado.

—¿Por?

—Tiene seguidores. Aún se recuerda que el emperador consideraba al viejo Unbrazo como su heredero.

Paran soltó un bufido.

—El emperador tenía pensado reinar para siempre, Topper. La sospecha de Laseen es simplemente ridícula, y sólo se entiende dado que justifica su delirio.

—Capitán —dijo Topper en voz baja—, hombres más grandes que tú han muerto por menos. La emperatriz espera que sus súbditos la obedezcan, y exige lealtad.

—Cualquier regente razonable invertiría el orden de los términos; es decir, exigiría una cosa y esperaría la otra.

Topper apretó los labios, hasta que éstos apenas dibujaron una delgada y pálida línea en su rostro.

—Asume el mando del pelotón, no te separes de la recluta, pero por lo demás no hagas nada que la haga sospechar de ti. Una vez hecho lo anterior, esperarás. ¿Comprendido?

Paran apartó la mirada, que recaló en una portilla. Más allá se veía el cielo azul. Había demasiadas verdades a medias, demasiadas omisiones y mentiras en aquel… *En este follón. ¿Cómo me manejaré, llegado el momento? La recluta debe morir. Al menos, eso es seguro. Pero ¿y el resto? Whiskeyjack, me acuerdo de ti, entonces te mantenías erguido, y en mis sueños jamás concebí esta pesadilla. ¿Tendré tu sangre en mis manos cuando todo esto haya terminado?* Pensándolo bien, se dio cuenta de que ya no sabía distinguir quién era el verdadero traidor en todo aquello, eso si había uno. ¿Era el Imperio su emperatriz? ¿O era algo más, un legado, una ambición, una visión al final del camino donde reinaba la paz y la riqueza para todos? ¿O era una bestia cuya sed de sangre la empujaba a devorar todo lo que se ponía por delante? Darujhistan, la mayor ciudad del mundo. ¿Se uniría al Imperio envuelta en llamas? ¿Era buena idea abrir sus puertas? Dentro de las problemáticas fronteras del Imperio de Malaz, la gente vivía tan en paz, que sus antepasados ni siquiera hubieran podido soñarlo. De no ser por la Garra y por las interminables guerras en tierras lejanas, también habría libertad. ¿Había sido aquél el sueño del emperador,

desde un primer momento? ¿Acaso tenía ya alguna importancia?

—¿Has entendido mis instrucciones, capitán?

Se volvió a Topper e hizo un gesto con la mano.

—Bastante bien.

El de la Garra gruñó al extender los brazos. La senda imperial se abrió a su espalda, retrocedió un paso y desapareció.

Paran se inclinó hacia delante y hundió el rostro en sus manos.

Era la estación de las Corrientes, y en la ciudad portuaria de Genabaris los pesados transportes malazanos cabeceaban y se balanceaban, tensos los cabos como si en lugar de barcos amarraran enormes bestias. Los muelles, poco acostumbrados a contar con semejantes embarcaciones, crujían ruidosamente a cada tirón fuerte que sufrían los bolardos.

Los aparejos de las vergas estaban atestados de hatillos envueltos en telas, suministros frescos de Siete Ciudades, destinados al frente. Los encargados de las provisiones se encaramaban a ellas como monos, en busca de señas de identificación, charlando por encima de las cabezas de los soldados y los marineros.

Había un agente recostado en una caja de mercancías, al pie del muelle, cruzados los fornidos brazos, y con los pequeños ojos entrecerrados fijos en un oficial que también estaba sentado en un fardo, a unos treinta pasos del muelle. Ninguno de ellos se había movido durante la última hora.

Al agente le costaba creer que aquél fuera el hombre al que le habían encargado recoger. Parecía muy joven, y tan verde como el agua rancia de la bahía. Aún lucía en el

uniforme las marcas de tiza del costurero, y el cuero de la empuñadura de su espada larga carecía de manchas de sudor. Olía a nobleza a la legua, como si dicha condición lo acompañara como la nube de un perfume. Y durante la pasada hora había permanecido ahí sentado, con las manos en el regazo, hundido de hombros, observando como una vaca atemorizada el trasiego que había a su alrededor. Aunque ostentaba el empleo de capitán, ni un solo soldado se molestó en saludarlo. Aquello olía fatal.

A la consejera debieron de golpearle en la cabeza durante el último intento de asesinato contra la emperatriz. Era la única explicación posible para que esa farsa de hombre mereciera el tipo de servicio que el agente estaba a punto de proporcionarle. *En persona, además.* En aquellos tiempos, concluyó malhumorado, una panda de idiotas se encargaba de representar toda la función.

Suspiró ruidosamente, se puso en pie y se acercó al oficial.

Éste ni siquiera se percató de la presencia del agente, hasta que se detuvo ante él. Sólo entonces levantó la mirada.

El agente tuvo que replantear su opinión. Había algo en la mirada de aquel hombre que era peligroso. Un brillo, enterrado en lo más profundo, que hacía de su mirada la de alguien mayor, un detalle que contrastaba con las demás facciones de su rostro.

—¿Tu nombre? —gruñó el agente.

—Te has tomado tu tiempo —replicó el capitán, al tiempo que se levantaba.

Alto cabrón. El agente frunció el ceño. Odiaba a esos cabrones altos.

—¿A quién esperas, capitán?

El hombre observó el muelle.

—Ha terminado la espera. Caminemos. Daré por sentado que sabes adonde vamos. —Se agachó para recoger un petate de lona y tomó la delantera.

El agente apretó el paso para caminar a su altura.

—Estupendo —gruñó—. Por ahí. —Dejaron atrás el muelle; el agente señaló la primera calle a la derecha—. Anoche llegó un quorl verde. Serás llevado directamente al bosque de las Nubes y, de allí, un negro te llevará a Pale.

El capitán observó al agente como si no entendiera una palabra.

—¿No has oído hablar nunca de los quorls?

—No. Doy por sentado que se trata de un medio de transporte. ¿Por qué otra razón me acercaría un barco a un lugar que se encuentra a un millar de leguas de distancia de Pale?

—Los utilizan los moranthianos, y nosotros los hemos estado utilizando a ellos —el agente entornó los ojos—. De hecho, lo hemos hecho mucho últimamente. Los verdes se encargan de la mayor parte del correo, y de transportar a gente como tú o como yo, pero los negros están destacados en Pale, y el caso es que a los diferentes clanes no les gusta mezclarse. Los moranthianos se distinguen por contar con un puñado de clanes; tienen colores y nombres, y también los llevan puestos. Así nadie se confunde.

—¿Y voy a viajar con un verde, en un quorl?

—Veo que lo has entendido, capitán.

Tomaron una calle angosta. Los guardias de Malaz vigilaban cada esquina, las manos cerca de la espada.

El capitán respondió al saludo de uno de los pelotones de guardias.

—¿Os dan muchos problemas los levantamientos?

—Levantamientos, sí. Problemas, no.

—A ver si lo he entendido bien —dijo el capitán al agente—. En lugar de desembarcarme en un puerto cercano a Pale, debo viajar por tierra con un puñado de salvajes semihumanos, que huelen como saltamontes y que además visten como tales. De este modo, nadie se enterará, principalmente gracias al hecho de que tardaremos un año entero en llegar a Pale, y para entonces todo se habrá ido al carajo. ¿Voy por buen camino?

Sin dejar de sonreír, el agente negó con la cabeza. A pesar del odio que sentía por la gente altiva o, más bien, por cualquier persona situada en un escalafón superior al suyo, no pudo evitar bajar la guardia. Al menos aquel tipo no tenía pelos en la lengua (teniendo en cuenta que se trataba de un noble, sólo aquello era de por sí impresionante). Quizá Lorn tenía aún la cabeza en su lugar.

—¿Has dicho por tierra? Bueno, verás, capitán. En cierto modo. Más o menos por tierra. —Se detuvo ante una puerta vulgar y corriente, y se volvió al joven—. Los quorls… Verás, el caso es que vuelan. Tienen alas. Cuatro, de hecho. Y puedes ver a través de todas y cada una de ellas, y si eres de ésos puedes incluso atravesarlas con un dedo. Sólo que no te recomiendo hacerlo cuando te veas a quinientas varas de altura, ¿de acuerdo? Sería una dura caída, y larga, aunque apenas tardarías un suspiro en topar con el suelo. ¿Me has oído, capitán? —Abrió la puerta, que daba a un descansillo y al pie de unas escaleras.

El hombre estaba pálido como la cera.

—Ya veo de qué sirven los informes de inteligencia —masculló.

El agente no pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

—Nosotros los vemos antes que tú. Es innecesario revelar según qué detalles, hasta que deja de serlo. ¿O acaso no habías oído esa frase antes, capitán…?

Pero el oficial tan sólo respondió con una sonrisa.

Entraron en el descansillo y cerraron la puerta.

Un joven infante de marina detuvo a Velajada cuando ésta se abría paso a través del complejo que hacía las veces de cuartel general imperial en Pale. En el rostro del muchacho podía leerse el desconcierto, al cual se añadió la dificultad de que hizo gala al abrir varias veces la boca antes de decidirse a hablar.

—¿Hechicera?

Lo cierto era que a Velajada le seducía la idea de hacer esperar un poco a Tayschrenn.

—¿Qué se te ofrece, soldado?

El infante de marina se volvió fugazmente para mirar atrás, y respondió:

—Los guardias, hechicera. Por lo visto tienen un problema. Me han enviado a…

—¿Quiénes? ¿Los guardias? Llévame hasta ellos.

—Sí, hechicera.

Siguió al joven a la esquina del edificio principal; tenía éste una de las paredes casi pegada a la muralla, lo cual creaba un paso estrecho, que discurría a lo largo del edificio. En el extremo opuesto vio una figura arrodillada, que inclinaba la calva cabeza. A su lado, un abultado saco de arpillera, cubierto de manchas de color marrón. Nubes de moscas zumbaban tanto alrededor del hombre como del saco.

El infante de marina se detuvo al verlo.

—Sigue sin moverse. Por lo visto, los guardias se marean siempre que patrullan el lugar.

Velajada observó fijamente al hombre agachado, mientras sus ojos se cubrían por una espesa cortina de

lágrimas. Hizo caso omiso de lo que decía el muchacho, y se adentró en el pasadizo. El hedor la alcanzó como si se hubiera golpeado contra una pared. *Maldición*, pensó, *lleva aquí desde la batalla.* Cinco días. La hechicera se acercó aún más. Dado que Bellurdan permanecía arrodillado, las cabezas de ambos estaban a la misma altura. El mago supremo thelomenio aún llevaba puestos los restos de su indumentaria de batalla, deshilachada y chamuscada la ropa, hecha jirones, incluidas varias manchas de sangre en la túnica. Al detenerse ante él, vio que tenía el rostro y parte del cuello cubierto de ampollas, y que había perdido buena parte del cabello.

—Menudo aspecto tienes, Bellurdan.

—Ah —dijo con voz cavernosa el gigante—. Velajada. —Su sonrisa, exhausta, redujo a polvo la costra de una de sus mejillas. La herida asomó, roja y seca.

Aquella sonrisa estuvo a punto de hacerla flaquear.

—Necesitas que alguien te cure, viejo amigo. —La superficie del saco estaba cubierta de moscas—. Vamos, anda. Escalofrío te arrancaría la cabeza de un mordisco si pudiera verte ahora. —Sintió la acometida de un temblor, que contuvo—. Nos ocuparemos de ella, Bellurdan. Tú y yo. Pero antes debemos recuperar nuestras fuerzas.

El thelomenio sacudió lentamente la cabeza.

—Prefiero esto, Velajada. Las cicatrices externas son las cicatrices internas. Sobreviviré a estas heridas. Sólo yo levantaré el túmulo de mi amada. Pero aún no ha llegado el momento. —Apoyó su enorme mano en el saco—. Tayschrenn me ha dado permiso para hacerlo. ¿Harás tú lo propio?

A Velajada le sorprendió sentir que toda la rabia contenida hacía un esfuerzo por rebelarse en su interior.

—¿Te ha dado permiso Tayschrenn? —preguntó en un tono tan despiadado, incluida la nota de sarcasmo, que ni siquiera le pareció propio. Vio que Bellurdan daba un respingo y hacía ademán de retroceder, y una parte de ella quiso echarse a llorar, rodear al gigante con sus brazos y llorar, pero la rabia la poseía—. ¡Ese cabrón mató a Escalofrío, Bellurdan! El señor de Luna no tuvo ni tiempo ni ganas de invocar a los demonios. ¡Piénsalo! Tayschrenn tuvo tiempo de preparar…

—¡No! —retumbó la voz del thelomenio en todo el corredor. Se puso en pie de un salto y Velajada retrocedió. El gigante parecía dispuesto a echar abajo los muros, y el fuego de la desesperación ardía en su mirada. Crispó las manos en puños. Después clavó la mirada en ella. Parecía paralizado. Finalmente, se hundió de nuevo de hombros, abrió las manos y su mirada se apagó—. No —repitió, en esa ocasión en un tono lleno de pesar—. Tayschrenn es nuestro protector. Siempre lo ha sido, Velajada. ¿Recuerdas al principio? El emperador estaba loco, pero Tayschrenn permaneció a su lado. El dio forma al sueño del Imperio, y así se opuso a la pesadilla del emperador. Subestimamos al señor de Engendro de Luna, eso fue todo.

Velajada contempló el rostro desfigurado de Bellurdan. Entonces recordó la imagen del cuerpo deshecho de Mechones. Había un eco ahí, un eco que no alcanzaba a comprender.

—Recuerdo el principio —dijo ella en voz baja, rebuscando en la memoria.

Sus recuerdos eran muy vividos, pero si existía una hebra capaz de unir el pasado con el presente lo cierto es que no la encontró. Quería hablar desesperadamente con Ben el Rápido, pero no había tenido noticias de los Abrasapuentes desde el día de la batalla. La habían dejado

con Mechones, y cada vez la marioneta la atemorizaba más. Sobre todo desde que la había tomado con ella por lo de la baraja de los Dragones y su decisión de plantarse, algo que por lo visto aún le tenía confundido, una ojeriza que demostraba por ejemplo al no compartir con ella nada de lo que sabía.

—El emperador tenía la habilidad de reunir a su alrededor a la gente adecuada —continuó—. Pero no era estúpido. Sabía que si alguien había de traicionarlo, ese alguien pertenecería a ese grupo. Lo que nos hacía especiales era nuestro poder. Lo recuerdo, Bellurdan. —Sacudió la cabeza—. El emperador ha desaparecido, pero el poder sigue aquí.

Velajada pareció quedarse sin habla.

—Y eso es todo —dijo finalmente, como para sí misma—. Tayschrenn es la hebra.

—El emperador estaba loco —dijo Bellurdan—. Porque de haber estado cuerdo, se habría protegido mejor.

Velajada arrugó el entrecejo al oír eso. El thelomenio no iba del todo descaminado. Como ella misma acababa de decir, el viejo no era estúpido. Por tanto, ¿qué había sucedido?

—Lo siento. Hablaremos más tarde. El mago supremo me ha hecho llamar. Bellurdan, ¿hablamos después?

El gigante asintió.

—Como desees. Pronto partiré para levantar el túmulo de Escalofrío. Lejos, en la llanura de Rhivi, creo.

Velajada se volvió al infante de marina, que seguía ahí, esperando, ora apoyado en un pie, ora en otro.

—Bellurdan, ¿te importaría mucho que invocara un sello sobre sus restos?

La mirada que el gigante dirigió al saco parecía tan perdida…

—Es cierto, creo que los guardias no están muy satisfechos. —Pareció considerarlo un instante, antes de decidirse—: Sí, Velajada. Puedes.

—Huele que apesta de aquí al trono —dijo Kalam, que contraía su rostro cubierto de cicatrices en un gesto de preocupación. Se encontraba sentado de cuclillas, y con aire ausente rascaba con la punta de la daga las hebras de una telaraña extendida en el suelo.

Whiskeyjack contemplaba las sucias murallas de Pale, prietos los músculos de la mandíbula.

—La última vez que estuve en esta colina —dijo entornando los ojos—, estaba cubierta de armaduras. Y de un mago y medio. —Luego guardó silencio un rato; al cabo, suspiró y dijo—: Adelante, cabo.

—Tiré de algunos hilos antiguos —obedeció Kalam—. Alguien que ocupa un puesto elevado nos tiene ojeriza. Podría tratarse de la propia corte o quizá de alguien perteneciente a la nobleza. Hay rumores de que han vuelto, y de que manejan los hilos entre bastidores. —Torció el gesto—. Y ahora recibimos a un nuevo capitán venido de Unta, dispuesto a cortarnos la garganta. Cuatro capitanes en los últimos tres años, y ni uno sólo de ellos valía su peso en sal.

Ben el Rápido se encontraba a tres pasos de distancia, en la cresta de la colina, cruzado de brazos.

—Ya conoces el plan —dijo—. Vamos, Whiskeyjack. Ese tipo salió directamente de palacio, y cayó en nuestras manos, dispuesto a…

—Silencio —mascculló Whiskeyjack—. Estoy pensando.

Abajo, en el camino, los carros de transporte de tropas traqueteaban en los carriles que llevaban a la ciudad. Los

restos de los ejércitos Quinto y Sexto, ya maltrechos, habían sido casi diezmados por Caladan Brood y la Guardia Carmesí. Whiskeyjack sacudió la cabeza. La única unidad intacta era la de Moranth, y sus miembros parecían decididos a poner en el campo de batalla las legiones negras y dedicar las verdes al transporte aéreo… ¿Y dónde diantre estaban los dorados de los que tanto había oído hablar? *Es igual, que se jodan los muy cabrones.* Por los canalones de Pale aún corría el agua roja, después de la hora de compensación que les habían concedido. En cuanto terminaran con las piras funerarias, habría unas pocas colinas más frente a las murallas de la ciudad. Colinas grandes. Y altas.

No obstante, nada señalaría a los mil trescientos Abrasapuentes caídos. Los gusanos no necesitaron viajar mucho para devorar sus cadáveres. Lo que ponía enfermo al sargento era el hecho de que, aparte de los escasos supervivientes, nadie se hubiera tomado la molestia de salvarlos. Algún que otro oficialucho había comunicado las condolencias de Tayschrenn por los caídos en el cumplimiento del deber, para a continuación descargar una tonelada de basura acerca del heroísmo y el sacrificio. La audiencia compuesta por treinta y nueve rostros pétreos lo había mirado sin pronunciar una sola palabra. Al oficial lo encontraron muerto dos horas después en su propia habitación, asfixiado por mano experta. Había mala sangre: cinco años atrás, a nadie en el regimiento se le hubiera ocurrido pensar que algo así podría llegar a suceder, pero el caso era que cinco años después ni un alma pestañeó al oír la noticia.

Asfixia por garrote, suena a cosa de la Garra. Kalam había sugerido que podía tratarse de una maniobra para

desacreditar a lo que pudiera quedar de los Abrasapuentes. Whiskeyjack se mostraba escéptico.

Intentó aclarar las ideas. Si había una trama, debía de ser simple, lo bastante sencilla como para pasar desapercibida. Pero el cansancio calaba sus huesos como la húmeda bruma. Tomó aire hasta llenar los pulmones y preguntó:

—¿La nueva recluta?

Kalam se levantó con un gruñido. Sus ojos adquirieron una mirada distante.

—Puede ser —respondió finalmente—. Aunque es muy joven para pertenecer a la Garra.

—Jamás creí en la maldad pura hasta que apareció Lástima —intervino Ben el Rápido—. Pero tienes razón, es muy joven. ¿Cuánto tiempo los adiestran antes de enviarlos a una misión?

—Mínimo quince años —respondió Kalam con un encogimiento de hombros—. Pero piensa que los recluían de muy pequeños, a los cinco o seis años.

—Podría haber magia de por medio, algo que la hiciera parecer más joven de lo que es —aventuró Ben el Rápido—. Magia de alto nivel, pero nada que no esté al alcance de las habilidades de Tayschrenn.

—Parece demasiado evidente —murmuró Whiskeyjack—. Puede que simplemente haya tenido una infancia difícil.

Ben el Rápido resopló.

—¿No lo dirás en serio, Whiskeyjack?

—El tema de Lástima está zanjado. Y no me pidas que te dé mi opinión, mago —replicó el sargento, tenso. Y a Kalam —: De acuerdo. Crees que el Imperio se ha propuesto asesinar a su propia gente. ¿Quizá Laseen ha decidido poner un poco de orden en casa? ¿O alguien cercano a ella? Librarse de ciertas personas. Bien. Ahora dime por qué.

—La llamada «vieja guardia» —respondió Kalam de inmediato—. Todos los que siguen siendo leales a la memoria del emperador.

—No me convence. ¿Qué sentido tendría? Si todos estamos cayendo ya, sin la ayuda de Laseen. Aparte de Dujek, no hay nadie que forme parte de este ejército que conozca siquiera el nombre del emperador, y a nadie le importa, en todo caso. Está muerto. Larga vida a la emperatriz.

—Puede que no tenga paciencia para esperar —propuso Ben el Rápido.

—Está perdiendo la iniciativa —sugirió Kalam, asintiendo a las palabras del mago—. Las cosas solían ir mejor… Es ese recuerdo, esa impresión, lo que pretende enterrar.

—Mechones es nuestra serpiente en el nido —dijo Ben el Rápido—. Funcionará, Whiskeyjack. Sé lo que me hago.

—Lo haremos del modo que lo hubiera hecho el emperador —añadió Kalam—. Giraremos las tornas. Emprenderemos nuestra propia labor de limpieza.

—Muy bien, de acuerdo —aceptó Whiskeyjack, alzando la mano—. Ahora, silencio. Empiezo a creer que vuestro discurso viene tan al caso que parece que lo hayáis ensayado. —Hizo una pausa—. Es una teoría. Complicada. ¿Quién está en el ajo y quién no? —Arrugó el entrecejo al reparar en la expresión de Ben el Rápido—. Bien, eso corre de cuenta de Mechones. Pero ¿qué sucederá cuando te encuentres cara a cara con alguien grande? Poderoso, me refiero.

—¿Como Tayschrenn, por ejemplo? —sonrió el mago.

—Así es. Estoy convencido de que tienes la respuesta. Veamos si puedo llegar a ella por mis propios medios. Piensas en alguien aún peor. Haces un trato y lo preparas

todo, y si nos damos la suficiente prisa saldremos oliendo a rosas. ¿Me acerco, mago?

Kalam resopló, divertido.

—En el pasado, Siete Ciudades, antes de que apareciera el Imperio… —dijo Ben el Rápido.

—En el pasado, Siete Ciudades era la Siete Ciudades de entonces —interrumpió Whiskeyjack—. Diantre, yo encabecé la compañía que os estuvo persiguiendo por todo el desierto, ¿recuerdas? Sé cómo trabajáis, Ben. Y sé lo bueno que eres en esto. Pero también recuerdo que de todos los miembros de tu cábala, fuiste el único que salió con vida de aquello. ¿Y esta vez?

El mago pareció dolido ante los comentarios de Whiskeyjack.

—De acuerdo —continuó el sargento tras suspirar—. Iremos a por ello. Empezaremos a ponerlo en marcha. Y habrá que involucrar de lleno a la hechicera, porque la necesitaremos si Mechones se libra de sus cadenas.

—¿Y Lástima? —preguntó Kalam.

Whiskeyjack titubeó. Era consciente de la cuestión que encerraba una cajita que, a su vez, se hallaba encerrada en otra cajita. Ben el Rápido era el cerebro del pelotón, pero Kalam era el asesino. La devoción por sus propios talentos de la que ambos hacían gala le ponía nervioso por igual.

—Dejadla en paz —decidió finalmente—. Por ahora.

Kalam y Ben el Rápido suspiraron, compartiendo media sonrisa a espaldas del sargento.

—Y no os pongáis tan gallitos —advirtió secamente el sargento.

Las sonrisas se esfumaron.

Whiskeyjack volvió a observar los carros que entraban en la ciudad. Se acercaban dos jinetes.

—De acuerdo —dijo—. Montad. Ahí viene nuestro comité de bienvenida. —Los jinetes pertenecían a su pelotón. Eran Violín y Lástima.

—¿Crees que habrá llegado ya el nuevo capitán? —preguntó Kalam al montar en la silla. La yegua volvió la cabeza y le arreó un golpe con el hocico. El gruñó por respuesta. Al cabo, ambos, viejos compañeros, recordaron su también antigua y mutua desconfianza.

—Probablemente —respondió Whiskeyjack, que los observó divertido—. Vamos a reunimos con ellos. A estas alturas, cualquiera que nos esté viendo desde lo alto de la muralla se habrá hecho un sinfín de preguntas. —Entonces desapareció su humor. El caso era que habían cambiado las tornas y que no podían haberlo hecho en peor momento. Conocía los pormenores de su próxima misión, y a ese respecto tenía mucha más información que Ben el Rápido o Kalam. Claro que no había necesidad de complicar más las cosas. *No tardarán en enterarse*, pensó.

Velajada permanecía unos cuatro pasos detrás del mago supremo Tayschrenn. Las enseñas de Malaz ondeaban al viento, y las astas crujían en lo alto, sobre las torres cubiertas de hollín, aunque se encontraban a sotavento de un muro y el aire era allí menos fresco. A poniente, el horizonte estaba cubierto por las montañas de Moranth, que extendían su brazo mutilado al norte, en dirección a Genabaris. A medida que la cadena montañosa discurría en dirección sur, se unía a las Tahlyn, formando una línea desigual que alcanzaba un millar de leguas al este. Velajada tenía a su derecha la llanura de hierba amarillenta conocida con el nombre de llanura de Rhivi.

Tayschrenn se inclinó sobre la almena, observando los carromatos que entraban en la ciudad. A esa altura alcanzaba a oír los gruñidos de los bueyes y los gritos de los soldados. El mago supremo llevaba un rato sin moverse ni pronunciar una sola palabra. A su izquierda había una mesita de madera, cuya superficie rugosa estaba surcada de runas talladas en el roble; también mostraba unas peculiares manchas negras.

Velajada tenía los hombros en tensión. Encontrar a Bellurdan la había conmocionado, y no se sentía a la altura de lo que estaba por venir.

—Abrasapuentes —masculló el mago supremo.

Sorprendida, la hechicera arrugó el entrecejo antes de situarse a la altura de Tayschrenn. Un grupo de soldados descendía de la cima de una colina que conocía a la perfección. Incluso en la distancia distinguió a cuatro de ellos: Ben el Rápido, Kalam, Whiskeyjack y esa recluta, Lástima. El quinto jinete era un tipo bajo, enjuto, que parecía llevar la palabra «zapador» grabada en la frente.

—¿Cómo? —preguntó, fingiendo desinterés.

—El pelotón de Whiskeyjack —aclaró Tayschrenn. Se volvió para clavar en la hechicera su mirada—. El mismo pelotón con el que conversaste al retirarse Engendro de Luna. —Sonrió el mago supremo, que después dio una palmada en el hombro de Velajada—. Vamos. Necesito una lectura. Empecemos. —Se dirigió a la mesa—. Los hilos de Oponn se unen para formar un laberinto peculiar, la influencia me acecha una y otra vez. —Volvió la espalda a la muralla y se sentó en un taburete—. Velajada —dijo serio—, en lo que al Imperio concierne, soy el siervo de la emperatriz.

Velajada recordó la discusión que tuvieron durante la reunión posterior a la batalla. Nada se resolvió.

—En tal caso, quizá deba dirigir mis quejas a ella.

—Tomaré ese comentario como una prueba más de tu sarcasmo.

—¿Eso harás?

—Eso haré, y ya me puedes ir dando las gracias, mujer —replicó el mago supremo, altivo.

Velajada sacó la baraja, que sostuvo sobre su estómago, acariciando la carta superior con los dedos. Frío, una sensación de gran peso y oscuridad. Colocó la baraja en el centro de la mesa, y después agachó todo el pesado cuerpo hasta ponerse de rodillas.

—¿Empezamos? —preguntó a Tayschrenn.

—Háblame de la moneda que gira.

Velajada se quedó sin habla. No podía moverse.

—Primera carta —ordenó Tayschrenn.

Con gran esfuerzo expulsó el aire de los pulmones mediante un suspiro sibilante. *Maldito seas*, pensó. El eco de una risa reverberó en el interior de su mente, lo cual le hizo comprender de algún modo que alguien o algo había abierto el camino. Un Ascendiente, cuya presencia era a un tiempo gélida y divertida, casi caprichosa, intentaba alcanzarla. Cerró los ojos sin querer, y acercó la mano al mazo para desvelar la naturaleza de la primera carta. La volvió casi fortuitamente a su derecha. Mientras mantenía los ojos cerrados, se sintió sonreír.

—Una carta neutral: el Orbe. Juicio y verdad. —Desveló la segunda carta y la colocó a la izquierda del mazo—. La Virgen, perteneciente a la Gran Casa de Muerte. Aquí aparece cubierta de cicatrices, con los ojos vendados y las manos ensangrentadas.

Débilmente, como a una gran distancia, llegó el sonido de los caballos que galopaban acercándose ella, ahora por

debajo, como si la tierra se los hubiera tragado. Sintió que inclinaba la cabeza en un gesto afirmativo. *La recluta.*

—La sangre de sus manos no es propia, como tampoco lo es el crimen. La venda de sus ojos está húmeda.

Dio una palmada a la tercera carta del mazo. Tras sus párpados se formó una imagen que la dejó asustada y fría.

—El Asesino de la Gran Casa de Sombra. La Cuerda, un sinfín de nudos infinitos, el Patrón de los Asesinos está presente en el juego. —Por un instante, le pareció haber oído el aullido de los mastines. Apoyó la mano en la cuarta carta y sintió en todo el cuerpo la emoción de haberla identificado, seguida de algo similar a la falsa modestia—. Oponn, la cabeza de la dama en lo alto, la del señor abajo. —La cogió y la colocó frente a Tayschrenn.

Ahí tienes lo tuyo, pensó con una sonrisa que no afloró a su rostro, *Máscalo un rato, mago supremo. La dama te mira disgustada.* Velajada sabía que debía de estar deseando formularle un sinfín de preguntas, pero que no iba a hacerlas en ese momento. Había demasiado poder tras aquella apertura. ¿Habría percibido él la presencia del Ascendiente? Se preguntó si le asustaba.

—Gira la moneda, mago supremo —se escuchó decir a sí misma—. Vuelve la cara a muchos, a un puñado, quizá, y aquí está la carta que les corresponde. —Colocó la quinta carta a la derecha de Oponn, pegados los bordes—. Otra carta neutral: la Corona. Sabiduría y justicia, puesto que está de pie. A su alrededor, las murallas de una bonita ciudad, envueltas por las llamas del gas, azules y verdes. —Lo consideró un instante—. Sí, Darujhistan, la última de las Ciudades Libres.

Él cerró el camino y se retiró el Ascendiente como si aquello le aburriera. Velajada abrió los ojos, invadida por una súbita calidez que confortó su cansado cuerpo.

—Dentro del laberinto de Oponn —dijo, divertida ante la verdad que encerraban sus palabras—. No puedo ir más allá, mago supremo.

El aliento de Tayschrenn abandonó sus labios dando forma a un penacho de vaho.

—Has logrado llegar mucho más allá que yo, hechicera. —Al mirarla, su rostro le pareció a Velajada como consumido—. Estoy impresionado con tu fuente, aunque no puedo decir que esté complacido con el mensaje. —Frunció el entrecejo, apoyó los codos en las rodillas y la barbilla entre las manos—. Esta moneda que gira…, no dejo de oír su eco constante. Veo en la forma el humor del Bufón, aunque aún ahora siento que me están confundiendo. La Virgen de la muerte, un engaño probable.

Le tocaba el turno de sentirse impresionada a Velajada. De modo que el mago supremo era un adepto. ¿Habría oído, también él, la risa que puntuaba el despliegue de las cartas? Esperaba que no.

—Puede que tengas razón —dijo ella—. El rostro de la Virgen siempre es cambiante, podría corresponder a cualquiera. No puedo decir lo mismo de Oponn o de la Cuerda. —Asintió—. Probablemente sea un engaño —dijo, complacida de poder hablar con un igual; al reparar en ello, sintió cierto repelús. *Bajo cualquier circunstancia es mejor que el odio y la rabia mantengan la pureza y no se comprometan.*

—Escucharía tu opinión —dijo Tayschrenn.

Velajada dio un respingo, asustada por la forma en que la miraba su superior. Empezó a recoger las cartas. ¿Le perjudicaría dar alguna que otra explicación más? *Si acaso, aún le dejará más confuso de lo que ya está.*

—El engaño es el punto fuerte del Patrón de los Asesinos. Nada percibí de su supuesto amo, el propio

Tronosombrío. Me hace sospechar que la Cuerda trabaja por su cuenta en esto. Cuidado con el Asesino, mago supremo; si acaso, sus juegos son incluso más sutiles que los de Tronosombrío. Si bien los Oponn juegan su propia variante, sigue siendo el mismo juego, un juego que se disputa en este mundo nuestro. Los Mellizos de la fortuna no tienen control sobre el Mundo de Sombra, y Sombra es una senda conocida por sus linderos resbaladizos. Por romper las reglas.

—Muy cierto —admitió Tayschrenn, poniéndose en pie con un gruñido—. El nacimiento de ese reino bastardo siempre me ha preocupado.

—Aún es joven —apuntó Velajada. Cogió la baraja y la devolvió al bolsillo interno de la capa—. Su formación definitiva aún dista algunos siglos, y podría no concretarse jamás. Recuerda otras casas nuevas cuya andadura terminó casi antes de empezar.

—Huelo en ésta demasiado poder. —Tayschrenn devolvió su atención al estudio del contorno escarpado de las montañas Moranth—. Mi gratitud —dijo cuando Velajada emprendió el descenso de la escalera que conducía a la ciudad— tiene algún valor, espero. En cualquier caso, hechicera, la tienes.

Velajada titubeó, después continuó bajando la escalera. Habría sido menos magnánimo de haber descubierto que acababa de engañarle. Ella podía intuir la identidad de la Virgen. Su pensamiento regresó al momento en que apareció ésta. Los caballos que había oído pasar por debajo de ella no formaban parte de ninguna ilusión. El pelotón de Whiskeyjack acababa de entrar en la ciudad a través de la puerta. Con ellos cabalgaba Lástima. ¿Coincidencia? Puede, pero ella no lo creía así. La moneda que giraba había cabeceado en aquel preciso instante, para recuperar

después la frecuencia. Aunque la oía día y noche en la mente, se había acostumbrado a ella de tal modo que apenas reparaba en aquel sonido. Velajada descubrió que tenía que concentrarse para lograr dar con él. Había sentido la punzada, el cambio de tono, y percibido un fugaz instante de incertidumbre.

La Virgen de Muerte y el Asesino de la Gran Casa de Sombra. De algún modo, existía una relación entre ambos que preocupaba a los Oponn. Obviamente, todo aquello seguía fluyendo.

—Terrible —murmuró para sí al llegar al pie de la escalera.

Vio al joven infante de marina que había ido a buscarla antes. Permanecía en posición de firmes, en una línea formada por reclutas en mitad del patio de armas. No había ningún oficial a la vista. Velajada llamó al muchacho.

—¿Sí, hechicera? —preguntó al llegar a su altura, tras ponerse firmes ante ella.

—¿Se puede saber qué hacéis todos ahí plantados, soldado?

—Están a punto de entregarnos las armas. El sargento mayor ha ido a buscar el carro.

Velajada asintió.

—Tengo un encargo para ti. Procuraré que obtengas tus armas, pero no las de estaño que tus compañeros van a recibir. Si algún oficial superior cuestiona tu ausencia, envíamelo.

—Sí, hechicera.

Velajada sintió una punzada de remordimiento al topar con la mirada brillante y entusiasta del joven. Lo más probable era que estuviera muerto en cosa de unos meses. El Imperio cargaba con varios crímenes que manchaban su

estandarte, pero aquél era el peor de ellos. Al pensarlo, suspiró.

—Quiero que entregues en persona este mensaje al sargento Whiskeyjack, de los Abrasapuentes: *La dama gorda de los hechizos quiere hablar.* ¿Te acordarás, soldado?

El muchacho palideció.

—A ver, canta.

El infante de marina repitió el mensaje en un tono carente de la menor inflexión.

—Excelente —sonrió Velajada—. Ahora, a correr. Y no olvides que debes esperar respuesta. Me encontrarás en mis dependencias.

El capitán Paran se volvió a mirar por última vez a los miembros de las legiones negras de Moranth. El pelotón acababa de coronar la cresta de la meseta. Aguardó hasta perderlos de vista, después devolvió la mirada a la ciudad que se alzaba al este.

A esa distancia, con la extensa llanura por medio, Pale parecía un remanso de paz, aunque el terreno al pie de las murallas estaba alfombrado de restos de piedra negra, y el eco del humo y el fuego pervivía en el ambiente. A lo largo de la muralla había algunos andamios, con diminutas figuras encaramadas. Parecían reconstruir enormes boquetes de la mampostería. De la puerta norte surgía una caravana de lentos carromatos, y en las colinas vio una línea de túmulos que parecía demasiado regular para ser obra de la naturaleza.

Había escuchado toda clase de rumores. Cinco magos muertos, dos de ellos magos supremos. Las bajas del Segundo Ejército eran lo bastante elevadas como para

disparar toda suerte de especulaciones, entre ellas que los supervivientes se integrarían en el Quinto o Sexto, donde formarían un nuevo regimiento. Y Engendro de Luna se había retirado al sur, por las montañas Tahlyn hasta el lago Azur, dejando a su paso un rastro de humo, cabeceando y cayendo de costado como una nube negra que ya ha descargado la tormenta. No obstante, una de las muchas historias que corrían había alcanzado los pensamientos del capitán más que el resto: los Abrasapuentes habían desaparecido. Algunos decían que no quedaba ni uno de ellos en pie; otros insistían en que un puñado de pelotones había abandonado los túneles antes de que éstos se convirtieran en una tumba.

Paran se sentía frustrado. Llevaba días en compañía de los moranthianos. Los extraños guerreros apenas abrían la boca para hablar, y cuando lo hacían era para comunicarse entre ellos en la lengua incomprensible que los caracterizaba. Toda su información era caduca, lo cual le ponía en una posición con la que no estaba familiarizado. *Aunque en fin*, pensó, *desde Genabaris esto ha sido una continua sucesión de situaciones extrañas, una tras otra.*

De modo que ahí estaba, de nuevo aguardando a que sucediera algo. Cambió el petate de hombro y se dispuso a sobrellevar la larga espera, cuando vio un jinete en la cresta de una meseta lejana. Llevaba de las riendas otra montura sin jinete, y parecía cabalgar directamente hacia el capitán.

Lanzó un suspiro. Tener tratos con la Garra siempre le fastidiaba. Era gente sucia. Con la excepción del tipo de Genabaris, ninguno le pareció gran cosa. Había pasado mucho tiempo desde que conoció a alguien a quien poder considerar un amigo. Unos dos años, de hecho.

Llegó el jinete. Al verlo cerca, Paran retrocedió un paso voluntariamente. El hombre tenía quemada la mitad de su rostro. Llevaba un parche en el ojo derecho, además de que el jinete inclinaba la cabeza en un gesto que resultaba peculiar. Al llegar, le obsequió con una sonrisa espantosa, y acto seguido desmontó.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó con voz rasposa.

—¿Es cierto lo de los Abrasapuentes? —preguntó Paran —. ¿Aniquilados?

—Más o menos. Quedan cinco pelotones; hombre arriba hombre abajo, cerca de unos cuarenta en total. —Entornó el ojo izquierdo por la luz del sol, y ajustó el maltrecho yelmo con el que se tocaba—. Antes no sabía adonde te diriges, pero ahora sí. Tú eres el nuevo capitán de Whiskeyjack, ¿me equivoco?

—¿Conoces al sargento Whiskeyjack? —preguntó Paran, ceñudo. Aquel asesino de la Garra no era como los demás. Tuvieran la opinión que tuvieran sobre él, todos los anteriores se la habían guardado, y él lo prefería de ese modo.

El hombre subió de nuevo a la silla.

—Cabalguemos. Podemos charlar de camino.

Paran se acercó al otro caballo y cruzó el petate en el respaldo de la silla, cuya hechura remitía al estilo de Siete Ciudades, de alto respaldo y con una perilla que se doblaba hacia delante (había visto varias como ésa en aquel continente). Quizá se había apresurado a la hora de archivar aquel detalle. Los nativos de Siete Ciudades tenían cierta predisposición a la hora de armar broncas, y la campaña de Genabackis se había torcido desde el principio. *No debe de ser ninguna coincidencia.* La mayoría de los soldados que integraban los ejércitos Segundo, Quinto y

Sexto habían sido reclutados en el subcontinente de Siete Ciudades.

Tras montar, ambos acompasaron el paso de los caballos por la llanura.

Habló la Garra.

—El sargento Whiskeyjack tiene un montón de seguidores aquí. Se comporta como si no lo supiera. Tienes que recordar algo que en Malaz parecen haber olvidado, y es que Whiskeyjack mandó en tiempos su propia compañía…

Al escucharle, Paran volvió la mirada. En el Imperio se habían tomado la molestia de borrar ese hecho de los anales. En lo que a su propia historia concernía, jamás había sucedido tal cosa.

—… Fue en la época en que Dassem Ultor mandaba el ejército —continuó la Garra—. De hecho, la séptima compañía de Whiskeyjack fue la que acabó con la cabala de los magos de Siete Ciudades en los eriales de Pan'potsun. Ahí mismo terminó la guerra. Claro que después todo se fue al carajo, cuando el Embozado tomó a la hija de Ultor. Y no mucho después, cuando Ultor murió, todos sus hombres fueron cayendo rápidamente. Entonces los burócratas devoraron el ejército. Condenados chacales. Desde entonces se tiran a matar entre ellos, sin que les importe una mierda las campañas que libran nuestras huestes. —La Garra apoyó su peso en la perilla, y lanzó un escupitajo que a punto estuvo de rozar la oreja de su caballo.

Al ver aquel gesto, Paran sintió un escalofrío. Antiguamente venía a significar el inicio de una guerra entre las tribus de Siete Ciudades. Actualmente, se había convertido en símbolo del Segundo Ejército de Malaz.

—¿Sugieres que la historia que acabas de contarme es de todos conocida? —preguntó al asesino.

—No en cuanto a los detalles —admitió la Garra—. Pero algunos veteranos del Segundo lucharon con Ultor, no sólo en Siete Ciudades sino también lejos, muy lejos, tanto como pueda estarlo Falar.

Paran reflexionó en lo que acababa de escuchar. El hombre que cabalgaba a su lado, aunque formaba parte de la Garra, también era miembro del Segundo Ejército. Había pasado por muchas cosas con ellos, y aportaba una perspectiva interesante. Al mirarle, lo vio sonreír.

—¿Qué tiene tanta gracia?

El otro se encogió de hombros.

—De un tiempo a esta parte, los Abrasapuentes están un poco a la que saltan. Reciben muñecos de paja por reclutas, lo cual les da a entender que están a punto de ser disueltos. Cuando hables con quienquiera que tengas que hablar en Malaz, diles que terminarán con un motín entre manos si siguen amargándole la vida a los Abrasapuentes. Eso lo escribo yo en todos los informes que envío, pero nadie parece tomarme en serio. —De pronto su sonrisa se hizo más generosa—. Quizá piensen que me han comprado o algo, ¿verdad?

—Te avisaron de que vendría, ¿no? —preguntó a su vez Paran, tras encogerse de hombros.

La Garra rió.

—Veo que llevas tiempo sin tener noticias, ¿eh? Me avisaron porque soy el último miembro en activo en el Segundo Ejército. Por lo que respecta al Quinto y Sexto, olvídalo. Los tiste andii de Brood podrían distinguir a una Garra a un millar de pasos de distancia. Mi propio maestro de la Garra murió asfixiado con un garrote no hará ni dos días, lo que le da a uno que pensar, ¿no crees? Ya ves, capitán, que he heredado el cargo. En cuanto lleguemos a la ciudad, te mostraré tu camino y ésa será probablemente

la última vez que volvamos a vernos. Después, expones los detalles de tu misión como capitán del noveno pelotón, cuyos miembros quizá se tronchen en tu cara o te claven una daga en el ojo, y… Bueno, no sabría por cuál de ambas opciones decantarme si tuviera que apostar por una de ellas. Así de mal están las cosas; ah, ahí la tenemos.

En lo alto se alzaban las puertas de Pale.

—Una cosa más —dijo el de la Garra, con la mirada puesta en el merlón de la muralla—, voy a echarte un huesito, por si resulta que Oponn te sonríe. El mago supremo Tayschrenn es quien maneja aquí los hilos. Dujek no está muy contento, sobre todo si consideramos lo sucedido con Engendro de Luna. Hay mala sangre entre ambos, pero el mago supremo confía en el estrecho contacto y la constante comunicación que tiene con la emperatriz, y eso es lo que lo mantiene en la cumbre. Una advertencia: los soldados de Dujek le seguirán… a cualquier parte. Y eso también va para los ejércitos Quinto y Sexto. Encontrarás aquí preparada toda una señora tormenta, que aguarda el momento de estallar.

Paran contempló al hombre. Topper le había expuesto la situación, pero Paran había ignorado su evaluación, porque le pareció una versión encaminada a justificar que la emperatriz levantara horcas por todas partes. *No quiero tener nada que ver. Dejad que cumpla con mi único cometido; eso es lo único que deseo.*

Al pasar a la sombra de la puerta, la Garra volvió a hablar.

—Por cierto, Tayschrenn acaba de vernos llegar. ¿Existe alguna posibilidad de que te conozca, capitán?

—No. Espero que no. —Esto último lo añadió entre dientes.

Mientras entraban en la ciudad propiamente dicha y una muralla de ruido se alzaba para recibirles, Paran miró a su alrededor sin prestar mucha atención. Pale era una casa de locos, con edificios por todos lados chamuscados por el fuego, las calles, pese al empedrado ocasional, estaban a rebosar de gentes, carros, animales y sus rebuznos e infantes de marina. Se preguntó si debía empezar a medir lo que le quedaba de vida en latidos de corazón. Asumir el mando de un pelotón que había tenido cuatro capitanes en tres años, para después encomendar una misión que ningún soldado en su sano juicio siquiera consideraría llevar a cabo, sumado a la tormenta que se cernía de una insurrección a gran escala, posiblemente encabezada por quien con toda probabilidad era el mejor comandante de todo el Imperio, contra el mago supremo que parecía empeñado en cavar su propia fosa en el mundo… El conjunto era como para desanimar a cualquiera, y Paran se sentía desmoralizado.

Se sobresaltó al encajar una fuerte palmada en la espalda. La Garra había acercado el caballo y en ese momento se inclinaba hacia él.

—¿Ensimismado, capitán? No te preocupes, aquí todos tenemos nuestros propios problemas. Algunos los conocen, y otros no. Es de los que no los conocen de quienes debes preocuparte. Empieza con lo que tienes ante ti, y olvida de momento el resto. Aparecerá a su tiempo. Busca a cualquier infante de marina y pregúntale en qué dirección se encuentran los Abrasapuentes. Eso es lo más fácil.

Paran asintió.

La Garra pareció titubear; luego, se inclinó aún más hacia el joven.

—He estado pensando, capitán. Es una corazonada, lo admito, pero me da en la nariz que has venido aquí a hacer

el bien. No, no te molestes en contestar. Sólo que si te metes en líos, haz que avisen a Toc el Joven; ése soy yo. Sirvo en el cuerpo de mensajeros, en los jinetes del Segundo Ejército. ¿De acuerdo?

Paran asintió de nuevo.

—Gracias —dijo en el mismo instante en que a su espalda se producía un estampido, al que siguió un coro de gritos de enfado. Ninguno de los dos jinetes se volvió.

—¿Decías, capitán?

—Mejor será que nos separemos. Mantén tu tapadera, por si acaso me sucede algo. Ya me procuraré un guía, no te preocupes —respondió Paran con una sonrisa.

—Pues claro, capitán. —Toc el Joven le saludó con la mano, y después condujo la montura abajo por una callejuela lateral. Al cabo de unos instantes,

Paran lo perdió de vista. Tomó aire y miró a su alrededor, en busca de un soldado que pudiera indicarle el camino.

Paran sabía que la época que había pasado de joven en las cortes de la nobleza de su tierra natal le había preparado bien para la clase de engaño que la Consejera Lorn exigía de él. En los últimos dos años, no obstante, había empezado a reconocer con mayor claridad en qué se estaba convirtiendo. Le atormentaba aquel joven, honesto y arrojado, que había conocido a la Consejera de la emperatriz aquel día en la costa de Itko Kan. Había ido a caer justo en el regazo de Lorn, como un pedazo de barro informe. Y ella había puesto manos a la obra, dispuesta a hacer lo que mejor se le daba en el mundo.

Lo que más asustaba a Paran era el hecho de que había llegado a acostumbrarse a que lo utilizaran. Había sido alguien distinto tantas veces, que veía un millar de rostros,

oía un millar de voces, todas en guerra entre sí. Cuando pensaba en sí mismo, en aquel joven de noble cuna con una fe inquebrantable en la honestidad y la integridad, la visión que acudía a su mente era, en ese momento, la de un hombre frío, duro, sombrío. Yacía oculto en los rincones más oscuros de su mente, y le observaba. No tenía expectativas ni emitía juicios, tan sólo observaba, cínico, glacial.

No creía posible que aquel joven volviera a ver la luz del día. Si acaso se hundiría más y más, devorado por la oscuridad hasta desaparecer sin dejar rastro.

Paran se preguntó si le importaba.

Se dirigió a los barracones que en tiempos albergaron a la noble guardia de Pale. Encontró a una veterana repantigada en un catre, con los pies envueltos en harapos. Habían sacado el colchón, que vio apoyado en una esquina; la mujer yacía tumbada sobre la tabla, con las manos en la nuca.

Paran reparó brevemente en ella, luego recorrió el pabellón. Con la sola excepción de la mujer, perteneciente a la infantería de marina, el lugar estaba completamente vacío. Volvió a acercarse a ella.

—¿Es cabo?

—Sí, ¿qué?

—Entiendo que la cadena de mando se ha desintegrado por completo en este lugar —dijo secamente.

Abrió los ojos y repasó con la mirada al oficial que se encontraba de pie ante ella.

—Es muy probable —respondió para después cerrar de nuevo los ojos—. ¿Estás buscando a alguien en especial?

—Al noveno pelotón, cabo.

—¿Por? ¿Han vuelto a meterse en líos?

—¿Todos los Abrasapuentes son como tú, cabo?

—Los que quedan tienen los pies en condiciones y todo —replicó.

—¿Quién es tu comandante? —preguntó Paran.

—Azogue, pero no está.

—Salta a la vista. —El capitán aguardó—. En fin, ¿dónde puedo encontrar al tal Azogue? —preguntó tras lanzar un suspiro.

—Prueba en la fonda de Knobb, al final de la calle. La última vez que lo vi, perdía hasta la camisa jugando con Seto. Azogue juega a las cartas, sólo que no se le da muy bien. —Y tras esas palabras procedió a hurgarse una muela.

—¿Tu comandante juega con sus propios hombres? —preguntó el capitán, enarcando una ceja.

—Azogue es sargento —explicó la mujer—. Nuestro capitán murió. Además, Seto no es de nuestro pelotón.

—Oh, ¿y a cuál pertenece?

La mujer sonrió al tragarse lo que fuera que había hurgado con el dedo.

—Al noveno.

—¿Cómo te llamas, cabo?

—Rapiña, ¿y tú?

—Soy el capitán Paran.

Rapiña adoptó algo similar a una postura recta, muy abiertos los ojos.

—Oh, de modo que eres el nuevo capitán que aún ha de empuñar una espada.

—El mismo —replicó Paran con media sonrisa.

—¿Te has hecho una idea de las posibilidades que tienes en este momento? No parecen muy halagüeñas.

—¿A qué te refieres?

—Tal como yo lo veo —explicó ella al tiempo que se recostaba de nuevo y cerraba los ojos—, la primera sangre que tendrás en tus manos será la tuya, capitán Paran.

Vuelve a Quon Tali, donde estarás a salvo. Ve, anda, que la emperatriz necesita a alguien que le lama los pies.

—Creo que están bastante limpios ya —dijo Paran. No estaba muy seguro de cómo debía resolver aquella situación. Una parte de él quería desenvainar la espada y cortar en pedazos a Rapiña; la otra quería reír (era la parte contagiada de una pizca de histeria).

A su espalda, la puerta que daba al exterior se abrió de par en par y unos pasos pesados resonaron en el suelo. Paran se volvió. Un sargento rojo como la grana, en cuyo rostro destacaba un enorme mostacho con forma de manillar, irrumpió en la estancia. Ignoró a Paran y se acercó al camastro de Rapiña.

—Maldita sea, Rapiña, me dijiste que Seto pasaba por una mala racha, ¡y resulta que ese cabrón patituerto me ha desplumado!

—Seto está en plena mala racha —dijo Rapiña—. Pero es que la tuya es aún peor. No me habías pedido mi opinión al respecto, ¿verdad? Azogue, te presento al capitán Paran, el nuevo oficial del noveno pelotón.

—Por el aliento del Embozado —masculló, paseando la mirada del capitán a Rapiña y de Rapiña al capitán.

—Busco a Whiskeyjack, sargento —dijo Paran.

Hubo algo en su tono de voz que le hizo merecedor de la atención de Azogue. Este abrió la boca, después volvió a cerrarla cuando sus ojos recalaron en la mirada firme del joven.

—Un muchacho le entregó un mensaje. Whiskeyjack se marchó, pero algunos de los suyos siguen en la fonda de Knobb.

—Gracias, sargento. —Y Paran abandonó la estancia a buen paso.

Azogue soltó un largo suspiro.

—Dos días y alguien se la jugará —anunció ésta—. El viejo Carapiedra ya tiene veinte en su haber.

—Algo me dice que sería una verdadera pena.

Paran se detuvo al entrar en la fonda de Knobb. El lugar estaba a rebosar de soldados, cuyos vozarrones parecían formar un único rugido. Tan sólo algunos lucían en sus uniformes el escudo de la llama, propio de los Abrasapuentes. Los demás eran del Segundo Ejército.

En una enorme mesa situada bajo un pasillo colgante que daba hacia las habitaciones en la primera planta, media docena de Abrasapuentes permanecían sentados, jugando a las cartas. Un hombretón de anchos hombros, que llevaba el pelo negro recogido en una coleta, a la que había anudado amuletos y fetiches, se sentaba de espaldas a la habitación, repartiendo las cartas con infinita paciencia. Incluso en aquella barahúnda, Paran pudo oír la monótona cuenta de los naipes. Los demás en la mesa vertían toda suerte de insultos y maldiciones sobre el hombretón, sin que a éste pareciera afectarle lo más mínimo.

—Barghastiano —murmuró Paran, observando al que repartía las cartas—. Sólo hay uno en los Abrasapuentes, de modo que ahí tengo al noveno. —Tomó aire y se abrió paso entre la muchedumbre.

Para cuando llegó a espaldas del hombretón, lucía algunas manchas de vino rancio y cerveza en la delicada capa, además de una película de sudor en la frente. Vio que el barghastiano acababa de repartir todas las cartas, y que colocaba el mazo en mitad de la mesa, gesto con el que reveló el interminable y sinuoso tatuaje azul que recorría su brazo y cuya trama espiral se veía interrumpida de vez en cuando por alguna que otra cicatriz blanca.

—¿Sois del noveno? —preguntó en voz alta Paran.

El hombre que se sentaba frente al barghastiano levantó la mirada; tenía la piel del rostro tan curtida como el cuero del casco. Después volvió a volcar su atención en la mano de cartas.

—¿Es el capitán Paran?

—Así es. ¿Y tú, soldado?

—Seto. —Señaló ladeando la cabeza al hombre sentado a su derecha—. Este es Mazo, sanador del pelotón. Y el barghastiano se llama Trote, y no es porque le guste correr. —Luego inclinó la cabeza a la izquierda—. Los demás no importan. Son del Segundo Ejército, pésimos jugadores a los que desplumar. Tome asiento, capitán. A Whiskeyjack y al resto los han llamado a hacer no sé qué. No creo que tarden en volver.

Milagrosamente, Paran encontró una silla vacía, que colocó entre Mazo y Trote.

—Eh, Trote, ¿piensas jugar o qué? —preguntó Seto.

Paran se volvió a Mazo lanzando un largo suspiro.

—Dime, sanador, ¿qué media de esperanza de vida tiene un oficial de los Abrasapuentes?

—¿Antes o después de lo de Engendro de Luna? —preguntó Seto con un gruñido.

Mazo enarcó levemente ambas cejas al responder al capitán.

—Dos campañas, quizá. Depende de muchas cosas. Tener pelotas no es suficiente, pero ayuda. Y eso supone olvidar todo lo que aprendiste, y sentarte en el regazo de tu sargento como un recién nacido. Si prestas atención a sus consejos, es posible que lo logres.

—¡Despierta, Trote! —exclamó Seto tras golpear la mesa—. ¿Se puede saber a qué estás jugando?

—Pienso —masculló el barghastiano, ceñudo.

Paran recostó la espalda y se desabrochó el cinto.

Por lo visto, Trote decidió una jugada que provocó los gruñidos y protestas de Seto, Mazo y tres de los soldados del Segundo Ejército, protestas que se debían a que Trote siempre escogía llevar a cabo esa misma jugada.

—Capitán, habrás oído decir todo tipo de cosas por ahí acerca de los Abrasapuentes, ¿verdad? —preguntó Mazo.

—La mayoría de los oficiales siente pavor cuando se los menciona —respondió el joven al tiempo que asentía con la cabeza—. Se dice que la tasa de mortandad es tan elevada porque la mitad de los capitanes terminan con una daga clavada en la espalda.

Hizo una pausa y se dispuso a continuar cuando percibió el intenso silencio. Habían dejado de jugar y lo miraban con atención. El sudor le corría por todo el cuerpo.

—Y a juzgar por lo que he visto hasta el momento —continuó—, más me vale creer en ese rumor. Pero os diré algo, y va para todos: si muero con un cuchillo en la espalda, mejor será que me lo haya ganado. De otro modo, me sentiré muy pero que muy decepcionado. —Se puso el cinto y se levantó—. Decidle al sargento cuando le veáis que estaré en el barracón. Me gustaría hablar con él antes de que nos reunamos oficialmente.

Seto asintió con cierta parsimonia.

—Descuide, capitán. —Entonces titubeó—: Esto…, Capitán, ¿querría sentarse y jugar con nosotros a las cartas?

—Gracias pero no —sus labios dibujaron la promesa de una sonrisa—. Es una mala costumbre que un oficial le gane la soldada a sus hombres.

—Vaya, he ahí un desafío que alguna vez tendrá que afrontar —dijo Seto con cierto brillo en la mirada.

—Lo pensaré —replicó Paran al abandonar la mesa. Se abrió paso entre los parroquianos con una sensación creciente que no podía pillarlo más por sorpresa, pues se sentía insignificante. Le habían imbuido una buena dosis de arrogancia de pequeño por formar parte de la nobleza y, luego, en la academia militar. Esa arrogancia se veía relegada en ese momento a un rincón de su mente, silenciosa, muda y aturdida.

Fue consciente de ello mucho antes de conocer a la Consejera: su acceso y su paso por el curso de adiestramiento de oficiales en la academia de infantería de marina había consistido en una procesión marcada por los guiños y un sinfín de imperceptibles inclinaciones de cabeza. No obstante, ahí en Pale era donde se libraban las guerras del Imperio, a un millar de leguas de distancia, y allí, comprendió Paran, a nadie le importaba un bledo la influencia en la corte y los favores mutuos. Aquellos atajos no habrían hecho sino aumentar sus posibilidades de morir, y de morir rápido, de no haber sido por la Consejera. Sin ella, habría carecido de la preparación necesaria para asumir el mando.

Paran torció el gesto al empujar la puerta de la taberna y salir a la calle, no era de extrañar que las huestes del antiguo emperador hubieran devorado a su paso con tanta facilidad los reinos feudales, en su empeño por formar el Imperio. De pronto sintió cierta alegría al ver las manchas que tenía su uniforme, pues ya no parecía tan fuera de lugar.

Salió a la calle que conducía a la entrada lateral de los cuarteles. El camino se encontraba a la sombra de los edificios de altos muros y de las marquesinas que colgaban sobre los balcones. Pale era una ciudad moribunda. Tenía los suficientes conocimientos de historia como para

reconocer el tono descolorido de la gloria pasada. Cierto era que había disfrutado de un gran poder al forjar su alianza con Engendro de Luna, aunque a ese respecto el capitán estaba convencido de que eso había tenido más que ver con lo que el señor de Luna consideraba una sencilla razón de conveniencia que con cualquier clase de reconocimiento mutuo de poder. Los habitantes del lugar hacían alarde de cierta exquisitez y elegancia, pero sus ropas estaban deshilachadas, cuando no raídas. Se preguntó hasta qué punto él y los suyos se parecerían a aquellos pobres andrajosos…

Se produjo un ruido a su espalda, un arrastrar de pies que le hizo girarse. Una figura envuelta en sombras cerró sobre él, y Paran gritó, tirando de espada. Un viento helado lo atravesó al acercarse la figura. El capitán trastabilló, consciente del brillo de sendas hojas de acero en las manos del agresor. Giró a un lado, con la espada a medio asomar de la vaina. La zurda del atacante relampagueó fugaz mientras Paran echaba la cabeza hacia atrás, en su empeño por interponer el hombro derecho para parar un golpe que nunca llegó. En lugar de ello, una daga de hoja larga se deslizó como fuego en su pecho. Una segunda hoja se hundió en su costado mientras la sangre recorría el camino que mediaba de las entrañas a la boca. Tosiendo, gruñendo, Paran se apoyó en una pared, para deslizarse después con las manos extendidas sobre la húmeda piedra en un gesto fútil, las uñas en las molduras.

Entonces fue la negrura la que se cerró sobre sus pensamientos, que tenían por único protagonista un profundo, profundo pesar. Creyó oír un campanilleo, propio quizá de un objeto metálico y pequeño al dar rápidos saltos sobre una superficie dura. El sonido permaneció,

pertenecía a algo que giraba, hasta que la oscuridad dejó de inmiscuirse.

—Qué chapucera —dijo un hombre en un hilo de voz—. Me sorprende. —El acento le resultaba familiar, le traía recuerdos de la infancia, de cuando su padre trataba con mercaderes dalhonesios.

Quien respondió debía de estar inclinado sobre Paran.

—¿Vigilándome? —Otro acento que reconocía, kanesiano, y la voz era al parecer de una muchacha o de una niña, aunque era consciente de que se trataba de la voz de quien le había asesinado.

—Coincidencia —replicó el otro, que emitió una risilla—. Alguien… Algo, más bien, ha entrado en nuestra senda. Sin invitación. Mis mastines rastrean.

—No creo en las coincidencias.

De nuevo se produjo aquella risilla.

—Yo tampoco. Hace dos años que empezamos con nuestro juego particular. Un simple ajuste de cuentas. Parece ser que hemos topado con un juego completamente distinto aquí en Pale.

—¿Cuál?

—Pronto obtendré la respuesta a esa pregunta.

—No te distraigas, Ammanas. Laseen sigue siendo nuestro objetivo, y la destrucción del Imperio que rige pero cuyo cetro jamás ha merecido.

—Tengo, como siempre, una total confianza en ti, Cotillion.

—Debo volver —dijo la chica, alejándose.

—Por supuesto. ¿De modo que éste es el hombre que Lorn envió a por ti?

—Eso creo. Sea como fuere, supongo que esto la atraerá a la refriega.

—¿Y debemos desear tal cosa?

La conversación fue adelgazándose cuando ambos se alejaron del lugar. En la cabeza de Paran tan sólo había un sonido: el de aquel tintineo metálico, similar al que haría una moneda al girar. Una moneda que giraba sin cesar.

Capítulo 4



Eran de un modo, entonces,
las historias escritas en gran
tracería tatuada.
Las historias, una huella
de viejas heridas,
aunque algo refulgía
en sus ojos:
aquellos arcos por las llamas mordidos,
aquel tramo ido,
que son su propio pasado,
cada una a su vez destinada
a caer en línea,
en un tranquilo borde del camino
junto al río
que ellos se niegan a nombrar…

Los Abrasapuentes (IV.i)
Toc el Joven (n. 1141)

Mechones está loco —dijo Velajada a Whiskeyjack—. Lo cierto es que no puede decirse que antes fuera muy normal, pero ahora se dedica a cavar hoyos en sus propias sendas para mascar un pedacito del Caos que se escribe con mayúsculas. Lo que aún es peor, eso le está volviendo más poderoso (y más peligroso).

Se hallaban reunidos en las dependencias de Velajada, que contaba con una especie de sala donde conversaban, y un dormitorio que disfrutaba del raro lujo de una sólida puerta de madera. Los anteriores ocupantes habían

despojado el lugar de cualquier objeto de valor que pudieron llevarse a cuestas, y tan sólo dejaron atrás los muebles más grandes. Velajada se sentaba a la mesa, junto a Whiskeyjack, Ben el Rápido y Kalam, además de un zapador que se llamaba Violín. El ambiente de la estancia estaba bastante cargado.

—Pues claro que está loco —replicó Ben el Rápido, mirando a su sargento, que mantenía el rostro impasible—. ¡Por el nabo de Fenner, señora! Después de todo era de esperar, ¿no ves que tiene el cuerpo de una marioneta? Es de suponer que eso sea difícil de asumir para cualquiera.

—¿Hasta qué punto le ha alterado? —preguntó Whiskeyjack a su mago—. Se supone que estará vigilándonos, ¿o no?

—Ben lo tiene bajo control —respondió Kalam—. Mechones sigue el rastro en sentido inverso a través del laberinto; descubrirá quién en el Imperio nos quiere muertos.

—El peligro —añadió Ben el Rápido, volviéndose a Velajada— es que lo detecten. Necesita deslizarse a través de las sendas de un modo poco convencional, porque todas las rutas habituales cuentan con trampas.

—Tayschrenn dará con él —aseguró la hechicera tras reflexionarlo—, o al menos tendrá la impresión de que hay alguien rondando por ahí. Pero Mechones recurre al poder del Caos, a las rutas que median entre las sendas, y eso es malsano, no sólo para él sino para todos nosotros.

—¿Por? —preguntó el sargento Whiskeyjack.

—Debilita las sendas, lasca el tejido, que a su vez permite a Mechones irrumpir y salir de vuelta —explicó Ben el Rápido—. Pero no tenemos elección. Debemos dar cuerda a Mechones. Por ahora.

La hechicera suspiró mientras se masajeaba la frente.

—Tayschrenn es a quien estáis buscando. Ya os he dicho que…

—Pero con eso no basta —interrumpió Ben el Rápido—. ¿Cuántos agentes emplea? ¿Cuáles son los pormenores del plan? ¿Qué jodido plan tiene? ¿Actúa por orden de Laseen o es que el mago supremo tiene puesta la mirada en el trono? ¡Debemos averiguarlo, maldita sea!

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Velajada—. Pongamos que Mechones te revela todos los pormenores, y después ¿qué? ¿Acaso te has propuesto acabar con Tayschrenn y con todos los demás que estén involucrados? ¿Cuentas con mi ayuda para hacer tal cosa? —Observó a todos y cada uno de los presentes; sus rostros no revelaban nada, se sintió furiosa y se levantó—. Lo sé —dijo muy seria—, sé que probablemente Tayschrenn asesinó a A'Karonys, a Escalofrío y a mi cuadro. Quizá sabía que vuestros túneles se os vendrían encima, y muy bien pudo decidir que el Segundo de Dujek constituía una amenaza que necesitaba de una purga. Pero si creéis que voy a ayudaros sin saber qué os traéis entre manos, estáis muy equivocados. Aquí hay mucho más de lo que parecéis dispuestos a contarme. Si sólo estuviera en juego vuestra supervivencia, ¿por qué no os limitáis a desertar? Dudo que Dujek mandara perseguiros. A menos, claro está, que las sospechas que tiene Tayschrenn acerca de Unbrazo y del Segundo Ejército tengan un fondo de verdad, eso de que tenéis planes para organizar un motín, proclamar a Dujek emperador y marchar a Genabaris. —Hizo una pausa, que aprovechó para mirarlos a todos—. ¿Acaso Tayschrenn se os ha adelantado? ¿Me estáis arrastrando a una conspiración? De ser ése el caso, me gustaría conocer qué objetivos tiene. Creo que estoy en mi derecho, ¿no?

Gruñó Whiskeyjack, que a continuación cogió la jarra de vino que descansaba en la mesa. Luego, sirvió a todos una ronda.

Ben el Rápido lanzó un largo suspiro y, rascándose la nuca, dijo:

—Velajada, no vamos a desafiar directamente a Tayschrenn. Eso sería un suicidio. No, lo que haremos será privarle de apoyo, cuidadosamente, con precisión, para después procurar su… caída en desgracia. Suponiendo que la emperatriz no esté en el ajo. Pero debemos averiguar más detalles, necesitamos esas respuestas antes de poder concretar nuestras opciones. No es necesario que te involucres más de lo que ya te has involucrado. De hecho, así es más seguro. Mechones quiere que vigiles su espalda, por si fallara todo lo demás. Lo más probable es que eso no sea necesario. —Levantó los ojos y la obsequió con una mirada tensa—. Deja que seamos Kalam y yo quienes nos preocupemos de Tayschrenn.

Estupendo, pero no me has contestado. Velajada observó al otro hombre de piel negra con los ojos entornados.

—Tú fuiste de la Garra, ¿verdad?

Kalam se encogió de hombros.

—Pensé que nadie podía abandonarlos… Con vida.

De nuevo se encogió de hombros.

El zapador, Violín, gruñó algo incomprensible y se levantó de la silla. Empezó a caminar por la estancia, y sus piernas vendadas le llevaron de una pared a otra, como un zorro en una madriguera. Nadie le prestó atención.

Whiskeyjack ofreció una taza a Velajada.

—Quédate con nosotros en esto, hechicera. Ben el Rápido no suele echar a perder las cosas… demasiado. —Hizo una mueca—. Lo admito, yo tampoco estoy del todo convencido, pero con el tiempo he aprendido que debo

confiar en él. Espero que lo que acabo de decir te ayude a tomar una decisión.

Velajada tomó un largo trago de vino. Luego se secó los labios.

—Tu pelotón partirá esta noche para Darujhistan. En secreto, lo cual supone que no podré comunicarme con vosotros si las cosas se tuercen.

—Tayschrenn detectaría los medios tradicionales —admitió Ben el Rápido—. Mechones es nuestro único nexo inviolable; puedes ponerte en contacto con nosotros a través de él, Velajada.

Whiskeyjack no quitaba ojo a la hechicera.

—Respecto a Mechones… No confías en él, Velajada.

—No.

El sargento guardó silencio mientras observaba la superficie de la mesa. Su expresión impasible cedió para delatar un cúmulo de emociones en conflicto.

Mantiene su mundo embotellado, pero la presión aumenta. Se preguntó qué sucedería cuando todo se agrietara en su interior.

Los dos hombres de Siete Ciudades aguardaron con la mirada puesta en el sargento. Sólo Violín continuó caminando, preocupado. El uniforme del zapador, que se había abrochado torcido, aún tenía las manchas de los túneles. Sangre ajena había salpicado la pechera de la túnica, como si un compañero hubiera muerto en sus brazos. Unas ampollas mal curadas asomaban por la barba rala que cubría sus mejillas y mandíbula. El pelo rojo y lacio caía bajo el yelmo de cuero.

Transcurrió un largo minuto, hasta que el sargento asintió para sí, como si hubiera tomado una decisión. No había apartado de la mesa la dura mirada.

—De acuerdo, hechicera. Ahí vamos a ceder. Ben el Rápido, cuéntale lo de Lástima.

Velajada enarcó las cejas. Se cruzó de brazos y se volvió al mago.

Ben el Rápido no parecía muy contento. De hecho, dirigió a Kalam una mirada de súplica que no pareció servirle de nada.

—Es para hoy, mago —gruñó Whiskeyjack.

Una mezcla de culpabilidad, temor y desazón fue lo que vio Velajada en la expresión infantil con la que Ben el Rápido respondió a la fijeza de su mirada.

—¿Te acuerdas de ella?

La hechicera rió ruidosamente.

—No es fácil olvidarla. Hay algo… peculiar en ella. Peligroso. —Pensó en revelar lo que había descubierto durante el Fatid con Tayschrenn. La Virgen de Muerte. Sin embargo, algo la contuvo. No, no se trataba sólo de algo, sino… *aún no confío en ellos*—. ¿Sospecháis que trabaja para alguien?

Antes de responder, el mago, cuyo rostro estaba lívido, se aclaró la garganta.

—Fue reclutada hará dos años en Itko Kan, en una de las rondas de reclutamiento que se llevan a cabo habitualmente en el corazón del Imperio.

—Más o menos por esa misma época —explicó Kalam a su espalda, con cierto atropello—, sucedió algo bastante desagradable en la zona. Nadie lo sabe, pero la Consejera estuvo involucrada, y una Garra le siguió la pista y silenció a casi todos los miembros de la guardia de la ciudad que podrían haber hablado. Tuve que recurrir a mis antiguas fuentes, escarbar algunos detalles peculiares.

—Peculiares —repitió Ben el Rápido—, y reveladores también. Si sabes qué es lo que andas buscando.

Velajada sonrió. Aquellos dos habían llegado a desarrollar una gran capacidad para complementarse a la hora de hablar. Devolvió la atención al mago, que continuó hablando.

—Parece ser que un escuadrón de caballería sufrió un encontronazo. No hubo supervivientes. Al respecto de lo que se toparon, tuvo algo que ver con…

—Perros —concluyó Kalam, que entró justo a tiempo de terminar la frase.

La hechicera arrugó el entrecejo.

—Relaciona los datos —instó Ben el Rápido, que de nuevo atrajo la atención de Velajada—. La Consejera Lorn es la asesina de magos particular de Laseen. Su irrupción en escena sugiere que la hechicería representó un papel en la matanza. Alta hechicería.

Ella tomó otro sorbo de vino. *El Fatid me lo mostró. Perros y hechicería.* A su mente acudió de nuevo la imagen de la Cuerda, tal como la había visto durante la lectura de las cartas. *Gran Casa de Sombra, regida por Tronosombrío y la Cuerda, y a su servicio… los Siete Mastines de Sombra.* Whiskeyjack seguía absorto, impávido como una piedra.

—Bien —continuó Ben el Rápido, que parecía impaciente —. Los Mastines rastrean. Ésa es nuestra suposición, y es buena. El noveno escuadrón del octavo regimiento de caballería resultó asesinado, caballos incluidos. Una legua entera a lo largo de la costa tuvo que ser repoblada.

—De acuerdo —suspiró Velajada—. Pero ¿qué tiene eso que ver con Lástima?

—Mechones va a seguir más de una pista, hechicera —respondió Kalam—. Estamos prácticamente seguros de que Lástima está relacionada con la Casa de Sombra…

—Se diría que desde su inclusión en la baraja y la apertura de su senda, el camino de Sombra se ha cruzado

en demasiadas ocasiones con el Imperio como para poder atribuirlas a la casualidad —opinó Velajada—. ¿Por qué la senda que media entre Luz y Oscuridad muestra semejante… obsesión con el Imperio de Malaz?

—Es extraño, ¿verdad? —preguntó Kalam con la mirada perdida—. Después de todo, la senda sólo apareció tras el asesinato del emperador a manos de Laseen. Tronosombrío y su compañero Cotillion, el Patrón de los Asesinos, eran completos desconocidos antes de las muertes de Kellanved y Danzante. Parece que cualquier… desacuerdo que pueda existir entre la Casa de Sombra y Laseen obedece a razones, *mmm*, personales.

Maldita sea, eso salta a la vista, ¿o no?, pensó Velajada con los ojos cerrados.

—Ben el Rápido, ¿no ha habido siempre una senda accesible de Sombra? ¿Rashan? ¿La senda de las Ilusiones? —preguntó.

—Rashan es una senda falsa, hechicera. Una sombra de lo que asegura representar, y le ruego que disculpe las palabras que he escogido. Es en sí misma una ilusión. Sólo los dioses saben de dónde proviene, o quién la creó en primer lugar, o por qué razón. Pero la auténtica senda de Sombra ha permanecido cerrada, inaccesible durante un millar de años, hasta el año 1154 de Ascua, hace nueve años. Los escritos más antiguos de Casa de Sombra parecen señalar que su trono fue ocupado por un tiste edur…

—¿Tiste edur? —interrumpió Velajada—. ¿Quiénes son?

El mago se encogió de hombros.

—¿Parientes de los tiste andii? Lo ignoro, hechicera.

¿De veras lo ignoras? Por lo visto, parece ser que sabes muchas cosas.

—De cualquier modo, creemos que Lástima está relacionada con la Casa de Sombra.

Whiskeyjack sorprendió a todos al ponerse en pie de pronto.

—Estoy convencido —dijo, dedicando una mirada a Ben el Rápido que dio a entender a Velajada que sopesaba innumerables argumentos acerca del particular—. A Lástima le gusta matar, y tenerla cerca es como tener la camisa llena de serpientes. Eso ya lo sé, puedo verlo y sentirlo, igual que cualquiera de vosotros. No significa que sea una especie de demonio. —Y mirando a Kalam—: Mata como tú, Kalam. Ambos tenéis hielo en las venas. ¿Y qué? Te miro y veo a un hombre porque eso es de lo que los hombres son capaces, no busco excusas porque no me guste pensar que podemos llegar hasta ese punto. Miramos a Lástima y vemos el reflejo de nosotros mismos. Que el Embozado nos lleve, si no nos gusta lo que vemos.

Se sentó con la misma brusquedad con que se había levantado, y extendió la mano para acercarse la jarra de vino. Cuando prosiguió, lo hizo en un tono menos encendido.

—Tal es mi opinión, al menos. No me considero ningún experto en demonios, pero he visto a demasiados hombres y mujeres mortales actuar como tales, cuando se han visto obligados a ello. El mago de mi pelotón teme a una niña de quince años. Mi asesino apresta la daga siempre que Lástima se le acerca a veinte pasos. De modo que Mechones tiene dos misiones en lugar de una, y si crees que Ben el Rápido y Kalam están en lo cierto en lo que a sus sospechas concierne, entonces puedes apartarte de todo esto. Sé qué cariz adoptan las cosas cuando los dioses participan en la refriega. —Las arrugas de sus ojos se tensaron de pronto, prueba de los recuerdos que atenazaban su mente.

Velajada soltó poco a poco el aire que llenaba sus pulmones, aire que había aguantado desde que el sargento se había puesto en pie. Tenía claras sus necesidades: quería que Lástima fuera tan sólo un ser humano, una cría endurecida por la dureza del mundo. Eso al menos hubiera podido entenderlo.

—En Siete Ciudades —dijo en voz baja—, cuenta la historia que la Primera Espada del emperador (el comandante de sus huestes), Dassem Ultor, había aceptado la oferta de un dios. El Embozado convirtió a Dassem en su Caballero de Muerte. Después sucedió algo; algo salió… mal. Y Dassem renunció al título, juró vengarse del Embozado, contra el mismísimo Señor de Muerte. De pronto, los Ascendientes empezaron a agitarse, a manipular los sucesos. Todo terminó con el asesinato de Dassem, después con el asesinato del emperador, la sangre en las calles, los templos en guerra y la hechicería desatada. —Hizo una pausa mientras veía reflejarse en la mirada de Whiskeyjack aquella época de locura—. Tú estuviste ahí. *No quieres que se repita, aquí, ahora. Crees que si puedes negar que Lástima trabaje para Sombra, tu convicción bastará para dar forma a la realidad. Necesitas creerlo para salvar tu cordura, porque hay cosas en la vida por las que sólo puedes pasar una vez. Oh, Whiskeyjack, no puedo aliviar tu carga. Creo que Ben el Rápido y Kalam tienen razón*. Si Sombra ha tomado para sí a la muchacha, el rastro entonces es evidente, y Mechones lo encontrará.

—¿Vas a seguir tu camino? —preguntó el sargento.

—No temo a la muerte, lo que temo es morir ignorante —sonrió Velajada—. No. He ahí mi respuesta. *Valientes palabras, mujer. Esta gente tiene la habilidad de sacar a relucir lo mejor, o quizá lo peor, de mí.*

Hubo un fulgor en los ojos de Whiskeyjack, que asintió.

—Pues ya está —dijo, inclinándose hacia atrás—. ¿Qué te atormenta, Violín? —preguntó al zapador, que seguía caminando de un lado a otro a su espalda.

—Tengo un mal presentimiento —murmuró—. Algo va mal. No aquí, sino cerca. Es sólo que… —Se paró, inclinó la cabeza y suspiró antes de recuperar su intranquilo paso—. No estoy del todo seguro, no estoy del todo seguro.

Velajada siguió con la mirada al enjuto hombrecillo. ¿Un talento natural? ¿Algo relacionado con el más puro instinto? Qué raro.

—Creo que deberíamos escucharle.

Whiskeyjack la respondió con una mirada de disgusto.

—Violín nos salvó la vida en el túnel —explicó Kalam con una sonrisa.

Velajada se cruzó de brazos y recostó la espalda.

—¿Y dónde está Lástima? —preguntó.

Violín se volvió a ella, abierta la boca como para responder. Pero calló. Los otros tres se levantaron de pronto, tirando las sillas al suelo.

—Tenemos que marcharnos —dijo Violín con voz rasposa —. Hay un cuchillo ahí fuera, y está ensangrentado.

Whiskeyjack comprobó la hebilla de la espada.

—Kalam, al frente veinte pasos. —Al salir el asesino, se dirigió a Velajada—: La perdimos hace un par de horas. Sucede muy a menudo entre misión y misión. —Mientras le hablaba le pareció cansado—. Quizá no guarde relación con ese cuchillo ensangrentado.

Un brote de poder llenó por completo la estancia, y Velajada se volvió para encontrarse con Ben el Rápido. El mago había accedido a su senda. La hechicería desprendía un peculiar aroma que no pudo reconocer, y cuya intensidad la asustó un poco.

—Debería conocerte —susurró al mago negro—. No hay tantos auténticos maestros en el mundo como para que no haya oído hablar nunca de ti. ¿Quién eres, Ben el Rápido?

—¿Todos preparados? —interrumpió Whiskeyjack.

La única respuesta que el mago ofreció a Velajada fue un encogimiento de hombros.

—Listos —dijo, no obstante, a Whiskeyjack.

—Ten cuidado, hechicera —se despidió el sargento al salir por la puerta.

Al cabo de un instante se habían marchado. Velajada colocó las sillas y luego se sirvió un vaso de vino. *La Gran Casa de Sombra y un cuchillo en la oscuridad. Ha empezado un nuevo juego, o quizá sea el antiguo, cuyas tornas se han vuelto.*

Al abrir los ojos a la luz, a la intensa luz, Paran pensó en lo… extraño que le parecía aquel cielo. No había sol; la luz amarillenta era penetrante, pero carecía de un foco. El calor que llovía sobre él era como un viento capaz de doblegarlo al caminar.

Había también un gemido. No lo arrastraba el viento, puesto que no había viento. Intentó pensar…, recuperar sus últimos recuerdos, pero el pasado no existía, se lo habían arrancado, a excepción de un puñado de fragmentos. La cabina de un barco, el ruido sordo de la daga al clavarse en la madera una y otra vez; un hombre con anillos, pelo blanco, su sonrisa sardónica.

Se giró de lado, buscando la fuente que emitía aquel gemido. A una docena de pasos en aquel erial donde no había ni hierba ni tierra se alzaba una puerta rematada en arco que conducía a…

Nada. He visto antes esa clase de puertas. Aunque ninguna que fuera tan imponente, creo, como ésta. Ninguna con el aspecto de… ésta. Retorcida, erecta a pesar de estar inclinada, la puerta no estaba hecha de piedra. *Cuerpos, figuras humanas desnudas. ¿Esculpidas? No… Oh, no.* Las figuras se movían, gemían, lentamente se retorcían en el lugar que ocupaban. La carne ennegrecida, como manchada por la turba, los ojos cerrados y la boca abierta para pronunciar aquellos gemidos débiles, interminables.

Paran se puso en pie y trastabilló al sentir un momentáneo mareo en todo el cuerpo. Finalmente, cayó de nuevo al suelo.

—Algo parecido a la indecisión —dijo fríamente una voz.

Paran se colocó boca arriba, pestañeando para protegerse de la luz. Sobre él vio a una pareja de mellizos. El hombre llevaba ropa suelta de seda, blanca y dorada. Era muy blanco de cara, y carecía de expresión. Su melliza iba envuelta en una brillante capa púrpura, y su cabello rubio lanzaba destellos rojizos.

Era el hombre quien había hablado. Inclinó levemente la cabeza ante Paran.

—Hace tiempo que admiramos tu… —Y abrió los ojos.

—Espada —terminó la mujer, con cierta burla en su voz.

—Mucho más sutil que, pongamos, una moneda, ¿no crees? —La sonrisa del hombre se tornó burlona—. La mayoría —añadió, inclinando la cabeza para estudiar la espantosa arquitectura del edificio que asomaba tras la puerta— no se detiene aquí. Se dice que hubo un culto, una vez, que tenía la costumbre de ahogar a sus víctimas en pantanos… Imagino que el Embozado los considera estéticamente muy gratificantes.

—No me sorprende que Muerte no tenga buen gusto.

Paran intentó sentarse, pero sus miembros se negaron a obedecer. Dejó caer la cabeza y sintió que aquel extraño lodo cedía al peso.

—¿Qué ha pasado? —logró preguntar.

—Fuiste asesinado —respondió el hombre.

Paran cerró los ojos.

—Entonces ¿por qué no he pasado por la puerta del Embozado, si es que es ésa de ahí?

—Nos estamos entrometiendo —respondió la mujer.

Oponn, los Mellizos del azar. Y mi espada, mi espada que no ha sido puesta a prueba, comprada hace años, con ese nombre que escogí tan caprichosamente…

—¿Qué quiere Oponn de mí?

—Sólo esa torpe e ignorante cosa que llamas vida, querido muchacho. El problema de los Ascendientes es que intentan amañar todas las apuestas. Nosotros, no obstante, disfrutamos con la… incertidumbre.

Un aullido lejano fulminó el silencio.

—Oh, vaya —dijo el hombre—. Diría que viene a asegurar las cosas. Será mejor marcharse, hermana. Lo siento, capitán, pero por lo visto vas a pasar finalmente por la puerta.

—Puede —replicó la mujer.

—¡Llegamos a un acuerdo! ¡Nada de enfrentarnos! La confrontación es confusa. Desagradable. Desprecio las escenas desconcertantes. Además, ésos que se acercan no juegan limpio.

—Entonces nosotros tampoco lo haremos —propuso ella, que se volvió a la puerta y levantó la voz—. ¡Señor de Muerte! ¡Querríamos hablar contigo! ¡Embozado!

Paran volvió la cabeza, y con la mirada siguió el lento caminar de la figura coja que salió por la puerta. Iba vestida con harapos, y se acercaba muy lentamente. Paran entornó

los ojos. Era una anciana, con un niño con baba en la barbilla, una joven deforme, un trell atrofiado, un tiste andii deshidratado…

—Oh, vamos, ¡decídete! —urgió la hermana.

La aparición inclinó su cabeza cadavérica; la mueca que dibujaba la dentadura amarilla tenía cierta similitud con una sonrisa.

—Vosotros habéis elegido —dijo con voz temblorosa— sin la menor imaginación.

—Tú no eres el Embozado —acusó el hermano.

Los huesos crujieron bajo la piel.

—El señor está ocupado.

—¿Ocupado? No somos de los que se toman los insultos a la ligera —advirtió la hermana.

Los graznidos de la aparición cesaron enseguida.

—Que lástima. Una risa profunda, meliflua sería más de mi agrado. Bueno, en fin, a modo de respuesta: tampoco mi señor aprecia la interrupción en el pasaje natural de esta alma.

—Asesinado a manos de un dios —apuntó la hermana—. Lo que lo convierte en presa de ley.

La criatura gruñó, para después acercarse a examinar a Paran. Las cuencas de sus ojos lanzaron un leve destello, como si en sombras tuviera ocultas sendas perlas.

—Oponn, ¿qué queréis de mi señor? —preguntó mientras estudiaba a Paran.

—Nada de mí —respondió el hermano, dándole la espalda.

—¿Hermana?

—Incluso a los dioses les aguarda la muerte —respondió ella—, una incertidumbre que yace oculta en su interior. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y que los vuelve inseguros.

La criatura graznó de nuevo, y de nuevo se interrumpió.

—Reciprocidad.

—Por supuesto —aseguró la hermana—. Buscaré a otro, una muerte prematura. Sin sentido, incluso.

La aparición guardó silencio, aunque al cabo inclinó la cabeza con un crujido.

—En esta sombra mortal, claro.

—De acuerdo.

—¿Mi sombra? —preguntó Paran—. ¿Qué significa eso exactamente?

—Ay, una gran pena —respondió la aparición—. Alguien cercano a ti atravesará las puertas de Muerte… en tu lugar.

—No. Llévame a mí, te lo ruego.

—¡Silencio! —espetó la aparición—. El patetismo me enferma.

De nuevo reverberó el aullido, cada vez más cerca.

—Será mejor que nos vayamos —dijo el hermano.

La aparición abrió la mandíbula como para reír, pero en su lugar la cerró con un chasquido.

—No —masculló—, otra vez no. —Se alejó cojeando en dirección a la puerta, aunque al poco se detuvo para volverse y saludarles con la mano.

La hermana puso los ojos en blanco.

—Ha llegado la hora de marcharse —insistió su hermano.

—Sí, sí. —La hermana no quitaba ojo a Paran.

—Nada de acertijos finales, si sois tan amables —pidió el capitán, con un suspiro. Al mirar de nuevo a Oponn, habían desaparecido. De nuevo intentó sentarse. De nuevo no lo logró.

Sintió una presencia que llenó el ambiente de tensión y de una sensación de amenaza.

Con un suspiro, Paran movió como pudo la cabeza a su alrededor. Vio a un par de mastines, enormes, gigantescas

criaturas, negras, con la lengua colgando como un péndulo, sentadas, observándolo. *Esto es lo que asesinó al escuadrón de Itko Kan. Son éstas las criaturas malditas y espantosas.* Ambos mastines permanecieron inmóviles, con la cabeza vuelta hacia él, como si reconocieran el odio en sus ojos. Paran sintió que su corazón se paralizaba al notar la ansiedad de su atención. Tardó en comprender que les mostraba la dentadura.

Una mancha sombría separó a ambos mastines; recordaba vagamente la forma de un hombre, y era translúcida. La sombra habló.

—Es el que envió Lorn. Esperaba a alguien más… hábil. Sin embargo, debo decir que moriste bien.

—Evidentemente no —replicó Paran.

—Ah, sí —dijo la sombra—, de modo que ahora me toca a mí terminar la tarea. Últimamente estoy tan ocupado…

Paran pensó en la conversación de Oponn con el sirviente del Embozado. *Incertidumbre. Si hay algo que tema un dios…*

—El día en que mueras, Tronosombrío —dijo en voz baja —, te estaré esperando al otro lado de esa puerta. Con una sonrisa. Los dioses pueden morir, ¿verdad?

Algo crepitó en la entrada de la puerta. Tronosombrío y los mastines dieron un respingo.

Y Paran, sorprendido ante su propio coraje para incordiar a aquellos Ascendientes (*siempre sentí desprecio por la autoridad, ¿verdad?*), continuó diciendo:

—A medio camino entre la vida y la muerte. Hacerte esta promesa nada me cuesta, ¿me explico?

—Mentiroso, la única senda que ahora puede tocarte es…

—La de Muerte —admitió Paran—, por supuesto. Alguien ha… intercedido, alguien que se aseguró de marcharse

antes de que tú y tus indiscretos mastines llegarais.

El soberano de la Gran Casa de Sombra se acercó a Paran.

—¿Quién? ¿Qué planea? ¿Quién se nos opone?

—Averigua las respuestas, Tronosombrío. Comprenderás, supongo, que si me despachas ahora, tu… oposición encontrará otros medios. Como no sabrás nada de quién se convertirá en su próxima herramienta, ¿cómo pretenderás adelantarte a su siguiente movimiento? Te veo yendo de un lado a otro en sombras.

—Será más fácil seguirte —admitió el dios—. Debo hablar con mi compañero…

—Como prefieras —interrumpió Paran—. Me gustaría poder levantarme…

El dios rompió a reír.

—Si te levantas, caminas. En una sola dirección. Tienes un indulto, y si el Embozado viene a recogerte y ponerte en pie, suya será la mano, y no tuya. Excelente. Y si vives, mi sombra te seguirá.

—Últimamente, mi sombra está de lo más concurrida —gruñó Paran, que de nuevo observó a los mastines. Las criaturas le observaban a su vez inmóviles, mientras sus ojos ardían como ascuas. *Ya os atraparé.* Como alentadas por aquella silenciosa promesa, las ascuas se avivaron.

El dios continuó hablando, pero el mundo que rodeaba a Paran primero oscureció, luego se desvaneció y atenuó hasta que ya no hubo voz; con ella desapareció todo atisbo de conciencia, excepto por el imperceptible y renovado girar de la moneda.

Transcurrió un periodo de tiempo desconocido, durante el cual Paran vagó por recuerdos que creía perdidos. Su

infancia aferrado al vestido de su madre, dando los primeros e inseguros pasos; las noches de tormenta en que corría por los fríos pasillos, en dirección al dormitorio de sus padres, cuando unos pies diminutos palmeaban la fría piedra; tomaba de la mano a sus dos hermanas, que estaban de pie, esperando sobre los duros guijarros del patio, esperando, esperando a alguien. Las imágenes parecían discurrir de lado en su mente. ¿El vestido de su madre? No, el de una anciana del servicio. No era el dormitorio de sus padres, sino el de los sirvientes; y ahí, en el patio, con sus hermanas, esperaban de pie durante buena parte de la mañana a que llegaran su padre y su madre, dos personas a las que apenas conocían.

En la mente se sucedían las imágenes, instantes de significado misterioso, oculto, piezas de un rompecabezas que no reconocía, moldeado por manos ajenas, con un propósito incomprensible para él. Un temblor recorrió el largo de sus pensamientos al percibir que algo, que alguien, se ocupaba en ese momento de reorganizar los sucesos formativos de su existencia, volviéndolos del derecho y del revés para arrojarlos ante su mirada a la luz que despedían las nuevas sombras del presente. De algún modo, la mano que los guiaba también… jugaba. Con él. Con su vida.

Extraña muerte la suya.

Llegaron las voces.

—Mierda. —Un rostro se acercó al de Paran, y miró en sus ojos vacíos y abiertos. Era el rostro de Rapiña—. No tuvo ninguna oportunidad —dijo.

El sargento Azogue habló a unas varas de distancia.

—Nadie del noveno le hubiera hecho algo así —aseguró —. No aquí, en la ciudad.

Rapiña extendió el brazo para tocar la herida del pecho; el tacto de sus dedos resultó sorprendentemente suave en

la herida.

—No es obra de Kalam.

—¿Estarás bien aquí? —le preguntó Azogue—. Voy a buscar a Seto y a Mazo, y a todos los que hayan vuelto.

—Adelante —respondió Rapiña, buscando y encontrando la segunda herida, a un dedo por debajo de la primera—. Ésta fue posterior; diestra y no tan fuerte.

Pues sí, qué muerte tan extraña, pensó Paran. ¿Qué lo retenía ahí? ¿No estaba en ese otro… lugar? Un lugar caluroso, con esa luz lacerante. Y las voces, las figuras borrosas, indistintas, allí bajo el arco hecho de… de la muchedumbre inmóvil que daba forma al lugar. Un coro de muertos… ¿Habría ido a ese otro lugar sólo para volver a esas voces reales, a esas manos de verdad en su piel? ¿Cómo podía ver a través del vaso vacío de sus ojos o sentir el suave tacto de la mujer que palpaba su cuerpo? ¿Y aquel dolor, que surgía de las profundidades como un leviatán?

Al acuclillarse sobre Paran, Rapiña retiró las manos y apoyó los codos en el regazo.

—Vaya, capitán, me pregunto cómo se las apaña para seguir sangrando. Pero si esas heridas de cuchillo tendrán al menos una hora.

Por fin el dolor salió a la superficie. Los pegajosos labios de Paran lograron separarse. Las articulaciones de la mandíbula emitieron un crujido y abrió la boca para boquear. Entonces gritó.

Rapiña retrocedió hasta la pared más alejada del callejón, al tiempo que desenvainaba la espada que apareció en su mano como salida de la nada.

—¡Shedenul se apiade!

A su derecha oyó el estampido de las botas sobre el empedrado.

—¡Sanador! ¡Sanador! ¡El muy cabrón está vivo! —exclamó tras volver la cabeza.

La tercera campanada tras la medianoche repicó sonoramente a través de la ciudad de Pale, y encontró eco en las calles que el toque de queda vaciaba por completo. Había empezado a llover, y la lluvia, aunque leve, teñía el cielo nocturno de un matiz lóbrego. Frente a la imponente propiedad situada a dos manzanas del viejo palacio que se había convertido en el cuartel general del Segundo Ejército, dos infantes de marina envueltos en sendos capotes negros hacían guardia frente a la puerta principal.

—Menuda noche de mierda —dijo uno, temblando.

El otro cambió la pica al hombro izquierdo e hizo un gargajo que después escupió en el canalón.

—Sesuda reflexión la tuya —replicó éste, meneando la cabeza—. No te prives de compartir conmigo cualquier otro pensamiento brillante que se te ocurra.

—¿Y qué acabo de hacer, si puede saberse? —preguntó el primero, herido.

—Chitón, que viene alguien.

Los guardias, tensos, aguardaron con las armas aprestadas. Una figura cruzó proveniente de la parte opuesta, hasta verse iluminada a la luz de las antorchas.

—Alto —gruñó el segundo guardia—. Avance lentamente, y será mejor que tenga un buen motivo para estar aquí.

El hombre se acercó un paso.

—Kalam, Abrasapuentes, del noveno —informó en voz baja.

Los infantes de marina permanecieron alerta, pero el Abrasapuentes mantuvo la distancia, con el rostro cubierto por brillantes gotas de lluvia.

—¿Qué te trae aquí? —le tuteó el segundo guardia.

Con un gruñido, Kalam se volvió hacia la calle.

—No esperábamos volver. En cuanto a nuestros motivos, en fin, mejor será que Tayschrenn no se entere. ¿Me sigues, soldado?

El infante de marina sonrió y escupió al canalón por segunda vez.

—Si eres Kalam, entonces sirves al mando de Whiskeyjack. Eres el cabo, ¿verdad? —preguntó con respeto—. Sea lo que sea que vayas a pedirme, dalo por hecho.

—Sin duda —gruñó el otro soldado—. Estuve en Nathilog, señor. Si quieres que la lluvia nos ciegue durante la próxima hora, no tienes más que decirlo.

—Traemos un cuerpo —explicó Kalam—. El caso es que eso no ha sucedido en vuestra guardia.

—Por la puerta del Embozado, claro que no —aseguró el segundo guardia—. Ha sido una noche tan pacífica como la del séptimo amanecer.

Procedente de la calle llegó el ruido que hacían algunos hombres al acercarse. Kalam les hizo una seña para informarles de que avanzaran, y después se introdujo en el patio cuando el primero de los guardias abrió la verja.

—¿Qué crees que se traen entre manos? —preguntó cuando Kalam hubo desaparecido.

—Espero que a Tayschrenn le endiñen por el culo un objeto duro y afilado, y que el Embozado se lleve a ese asesino mal nacido —respondió el otro tras encogerse de hombros—. Además, conociendo a los Abrasapuentes, eso será exactamente lo que harán. —Guardó silencio al llegar el grupo. Dos hombres llevaban a un tercero a hombros. El segundo soldado abrió los ojos como platos al ver el rango del hombre inconsciente y la mancha de sangre que tenía

en la pechera—. Por la suerte de Oponn —siseó al Abrasapuentes que pasó más cerca de él, uno que se tocaba con un casco de cuero deslustrado—, la que habéis armado —añadió.

El Abrasapuentes le lanzó una mirada perspicaz.

—Si ves que nos sigue una mujer, harás bien en apartarte de su camino, ¿entendido?

—¿Una mujer? ¿Quién?

—Pertenece al noveno pelotón, y podría andar sedienta de sangre —respondió el hombre, mientras con la ayuda de su compañero entraban a rastras al capitán por la puerta—. Olvídate de la vigilancia —añadió—. Limitaos a salvar el pellejo si podéis.

Los dos infantes de marina cruzaron la mirada después de que los hombres hubieron pasado. Al poco, el primer soldado extendió la mano para cerrar la puerta, pero el otro se lo impidió.

—Déjala abierta —murmuró—. Vamos a encontrar un rincón a la sombra, cerca, pero no demasiado.

—Perra noche —escupió el otro soldado.

—Tienes la condenada manía de constatar lo obvio —comentó el primer infante de marina mientras se alejaba de la puerta.

El otro se encogió de hombros sin saber qué decir, y luego se apresuró tras su compañero.

Velajada observó largo y tendido la carta colocada en la disposición que había realizado. Había escogido un entramado en espiral, abriéndose paso a través de toda la baraja de los Dragones hasta llegar a la última carta, la cual señalaría bien la cumbre o una epifanía, dependiendo de cómo se situara.

La espiral se había convertido en un pozo, un túnel que discurría hacia abajo, y en su raíz, distante y envuelta en la bruma, aguardaba la imagen de un Mastín. Percibió la inmediatez de su lectura. La Gran Casa de Sombra se había involucrado, había desafiado a Oponn por las riendas del juego. La primera carta atrajo su mirada: se encontraba en el principio de la espiral. El Constructor de la Gran Casa de Muerte ocupaba una posición menor entre las demás figuras, aunque ahí en la mesa, esculpida en la madera, la carta parecía haberse alzado hasta una posición prominente. Hermano del Soldado, perteneciente a la misma Casa, la imagen del Constructor correspondía a un hombre delgado de pelo cano, vestido con cuero ajado. Sus manos fuertes, surcadas de venas, aferraban herramientas para trabajar la piedra, y a su alrededor se alzaban algunos menhires que estaban por terminar. Velajada se descubrió capaz de distinguir unos imperceptibles símbolos jeroglíficos en la piedra, un lenguaje ajeno a ella que, sin embargo, le recordó a la escritura de Siete Ciudades. En la Casa de Muerte, el Constructor era quien construía los túmulos, el que grababa las lápidas, una promesa de muerte no destinada a uno solo o a unos pocos, sino a muchos. El lenguaje de los menhires tenía un significado que no iba destinado a ella; el Constructor había grabado aquellas palabras para sí mismo, y el tiempo había desgastado los bordes. Incluso él mismo parecía ajado, su rostro cubierto de arrugas; la fina barba de color plata, enmarañada. Aquel papel lo había asumido alguien que en tiempos había trabajado la piedra, y que ya no lo hacía.

A la hechicera le costaba entender aquel campo. El entramado que veía la fascinaba: era como si hubiera empezado un juego totalmente nuevo, con nuevos jugadores que irrumpían en escena en cada mano. A medio

camino de la espiral se hallaba el Caballero de la Gran Casa de Muerte, cuya situación servía de contrapunto tanto al principio como al final. Al igual que había sucedido la última vez, la baraja había revelado su dragontina figura, que de algún modo flotaba en el cielo entintado, tras el Caballero, tan escurridiza como de costumbre, tanto que en ocasiones apenas alcanzaba a ser una mancha oscura en sus propios ojos.

La espada del Caballero se extendía en forma de veta negra y humeante hacia el Mastín situado en la cumbre de la espiral; en este caso, conocía su significado. El futuro enfrentaba en liza al Caballero con la Gran Casa de Sombra. Al pensarlo, Velajada sintió temor, pero también una especie de alivio, pues sería una confrontación entre ambos. No habría alianzas entre las casas. Era raro ver una relación tan clara y directa entre dos casas: el potencial para la devastación no le preocupó lo más mínimo. La sangre salpicaba a tan elevado nivel de poder que hacía temblar los cimientos del mundo. De forma inevitable, la gente resultaría perjudicada. Y este pensamiento la devolvió al Constructor de la Gran Casa de Muerte. El corazón latió con fuerza en su pecho. Entonces pestañeó para librarse del sudor que aspiraba a cubrir sus ojos, y llenó varias veces de aire los pulmones.

—La sangre siempre fluye hacia abajo —murmuró. *El Constructor da forma a un túmulo. Después de todo, es el siervo de Muerte. Y me alcanzará. ¿Acaso ese túmulo será para mí? ¿Retrocedo? ¿Abandono a los Abrasapuentes a su destino, huyo de Tayschrenn, del Imperio?*

Un antiguo recuerdo fluyó en sus pensamientos, un recuerdo que había contenido durante dos siglos. La imagen la estremeció. De nuevo caminaba por las fangosas calles de su pueblo natal; era la niña que poseía el talento,

la niña que había visto a los jinetes de la guerra irrumpir en sus abrigadas existencias. La niña que había huido de la verdad, que no la había compartido con nadie, y llegó la noche, la noche de los gritos y de la muerte.

Creció en su interior la culpabilidad, cuyo espectral rostro le resultaba obsesionante y familiar. Después de todos aquellos años, su rostro aún tenía el poder de hacer trizas todo su mundo, de volver huecas todas las cosas que ella necesitaba creer sólidas, de sacudir la ilusión de seguridad con una humillación que casi tenía doscientos años de antigüedad.

La imagen volvió a hundirse en su viscosa poza, aunque a su paso la cambió. En esa ocasión no habría huidas. Volvió a mirar por última vez al Mastín. Los ojos de la bestia ardían con una incandescencia amarilla, anclados sobre ella como si buscaran robarle el alma.

Rebulló en la silla al sentir una fría presencia a su espalda. Lentamente, Velajada se volvió.

—Lamento no haberte avisado —se excusó Ben el Rápido, que surgió del borroso remolino que formaba su senda. Desprendía un aroma especiado, extraño—. Pronto tendremos compañía —dijo con aire distraído—. He llamado a Mechones. Llegará por la senda.

Velajada sintió el temblor de una premonición que sacudió todo su cuerpo. Volvió a observar la disposición de las cartas, y se dispuso a recogerlas.

—La situación se ha complicado mucho —explicó el mago a su espalda.

La hechicera se detuvo y sus labios dibujaron una sonrisa tensa.

—No me digas —murmuró.

El viento arrastraba la lluvia que azotaba el rostro de Whiskeyjack. Repicó la cuarta campanada en la oscura noche. El sargento se arropó con el capote y cambió de postura. La vista desde el tejado de la torre este de palacio se veía estorbada, oscurecida, por la densa cortina de agua.

—Llevas días mordiéndote la lengua, soldado —dijo al hombre que se hallaba a su lado—. Vamos, escúpelo.

Violín intentó secar el agua que le empañaba los ojos y se volvió al este.

—No hay mucho que contar, sargento —respondió—. Son sólo presentimientos. Respecto a la hechicera, sin ir más lejos.

—¿Velajada?

—Sí. —Se produjo un ruido metálico al quitarse el tahalí del que colgaba la vaina de la espada—. Odio esta maldita cosa —masculló.

Whiskeyjack vio al zapador arrojar la espada corta sobre el tejado, a su espalda.

—No olvides lo que sucedió la última vez —dijo el sargento, ocultando una sonrisa burlona.

—Cometes un error y no hay manera de que los demás te permitan olvidarlo —replicó Violín, cuyas palabras fueron precedidas de una mueca.

Whiskeyjack no respondió, aunque a juzgar por el modo en que se movían sus hombros se partía de risa.

—Por la huesa del Embozado —continuó Violín—, no soy ningún guerrero. No en el sentido estricto de la palabra, al menos. Nací en un callejón de Ciudad Malaz, aprendí a trabajar la piedra en los túmulos que se extienden en las llanuras que hay detrás de la fortaleza de Mock. También tú eras cantero. Como yo. Sólo que no soy de los que se

adaptan con facilidad a la vida de soldado, al contrario que tú. Fue el ejército o las minas, y a veces creo que tomé la peor decisión que pude tomar.

La risa de Whiskeyjack desapareció con la punzada de dolor en el estómago que respondió a las palabras de Violín. *¿Aprender qué?* —se preguntó—. *¿Cómo matar a la gente? ¿Cómo enviar a los tuyos a la muerte en tierra extranjera?*

—¿Qué te parece Velajada? —preguntó secamente el sargento.

—Asustada —respondió el zapador—. La siguen algunos antiguos demonios suyos, eso creo, y cada día se le acercan más.

—Sería raro conocer un mago cuyo pasado fuera un lecho de rosas —gruñó Whiskeyjack—. Cuentan que no la reclutaron, que estaba huyendo de algo. Luego metió la pata en su primer destino.

—Qué casualidad que esté tan dispuesta a ayudarnos ahora.

—Perdió a su cuadro. La han traicionado. Sin el Imperio, ¿qué motivo tendría para salir adelante? —*Lo mismo puede decirse de todos nosotros.*, se dijo.

—Es como si estuviera a punto de romper a llorar cada vez que respira. Creo que ha perdido la serenidad, sargento. Si Tayschrenn la presiona un poco, acabará chillando como un ratón espantado.

—Subestimas a la hechicera, Violín —replicó Whiskeyjack—. Es una superviviente, y una mujer leal. No es algo que corra de boca en boca, pero por lo visto le han ofrecido el cargo de mago supremo en más de una ocasión, y ella nunca ha querido aceptarlo. No lo parece, pero un enfrentamiento entre Tayschrenn y ella sería un negocio reñido. Es maestra de su senda, y sin agallas no hay forma de obtener ciertos logros.

Violín lanzó un silbido y apoyó los brazos en el parapeto.

—Acabo de cambiar de opinión.

—¿Alguna otra cosa, zapador?

—Sólo una —respondió Violín, impasible.

Whiskeyjack irguió la espalda. Sabía qué significaba aquel tono de voz.

—Adelante.

—Algo se desatará esta noche, sargento. —Violín miró a su alrededor. Sus ojos brillaban en la oscuridad—. Va a ser muy enojoso.

Ambos se volvieron al oír un ruido procedente de la trampilla del tejado, de cuyo interior asomó el Puño Supremo, Dujek Unbrazo, iluminado por la luz del interior, luz que parecía proyectarlo. Salvó el último peldaño y saltó al tejado.

—Echadme una mano con esta maldita puerta —ordenó a los dos hombres que hacían de vigías.

Al acercarse éstos, crujieron las tejas bajo el peso de sus botas.

—¿Alguna noticia del capitán Paran, Puño Supremo? —preguntó Whiskeyjack mientras Violín se ponía de cuclillas sobre la trampilla y, con un gruñido, volvía a colocarla en su lugar.

—Ninguna —respondió Dujek—. Ha desaparecido. Y también ha desaparecido ese asesino tuyo, el tal Kalam.

—Sé dónde encontrarlo, y dónde ha pasado toda la noche. Seto y Mazo fueron los últimos que vieron al capitán cuando éste abandonó la fonda de Snobb; es como si hubiera desaparecido. Puño Supremo, nosotros no hemos matado al capitán Paran.

—No me confundas con tu palabrería —mascculló Dujek—. Maldición, Violín, ¿has tirado ahí la espada? ¿En la argamasa?

Violín maldijo entre dientes y se dirigió apresuradamente hacia su arma.

—Desde luego, ese tipo es una leyenda y no tiene remedio —comentó Dujek—. Que Shedenul bendiga su pellejo. —Hizo una pausa, que aprovechó para reordenar sus pensamientos—. De acuerdo, olvida lo del asesinato. No matasteis a Paran. Pero entonces, ¿dónde está?

—Lo estamos buscando —aseguró Whiskeyjack.

—Bien, entendido —suspiró el Puño Supremo—. Quieres saber quién más querría ver muerto a Paran, lo cual supone que debo explicarte quién lo ha enviado. Verás, resulta ser el hombre de confianza de la Consejera Lorn, hace tiempo que lo es. Sin embargo, no pertenece a la Garra. Es un jodido noble de Unta.

Violín había ceñido la espada y se encontraba a veinte pasos de distancia, en el borde del tejado, con los brazos en jarras. *Buen elemento. Todos ellos lo son, joder.* Whiskeyjack pestañeó para aclarar el agua que tenía en los ojos.

—¿De la capital? Podría tratarse de alguien perteneciente a esos círculos. Las antiguas familias nobles no tienen muchos amigos, ni siquiera entre los de su propia clase.

—Es posible —admitió Dujek, no muy convencido—. De cualquier modo, va a mandar tu pelotón, y no sólo en esta misión. El puesto es permanente.

—¿Ha sido idea suya lo de infiltrarnos en Darujhistan? —preguntó Whiskeyjack.

—No, pero tampoco sabemos quién fue el responsable —respondió el Puño Supremo—. Quizá la Consejera o la propia emperatriz. Así que, en definitiva, no os vais a librar de eso. —Arrugó fugazmente el entrecejo—. Debo

informarte de los pormenores —se volvió al sargento—, siempre y cuando Paran no vuelva.

—¿Puedo hablar en confianza, Puño Supremo?

Dujek lanzó una risotada.

—¿Crees que no lo sé, Whiskeyjack? Ese plan apesta. Tácticamente es una pesadilla…

—No estoy de acuerdo.

—¿Cómo?

—Creo que cumplirá perfectamente con la función para la que fue pensado —explicó el sargento, con la mirada puesta en el horizonte, que ya clareaba al este. Después, observó al soldado que se hallaba de pie en el borde del tejado. *Porque su función es procurar que nos maten a todos.*

El Puño Supremo estudió la expresión del sargento.

—Acompáñame. —Y, seguido de Whiskeyjack, se dirigió al lugar donde se encontraba Violín. El zapador los saludó inclinando la cabeza. Al cabo, los tres observaban la ciudad. Las calles mal iluminadas de Pale serpenteaban entre los bloques de los edificios que parecían reacios a ceder la oscuridad; tras las cortinas de lluvia las chaparras siluetas parecían temblar ante la llegada del alba—. Qué solitario está esto, ¿verdad?

—Y que lo diga, señor —gruñó Violín.

Whiskeyjack cerró los ojos. Fuera lo que fuese que sucedía a millares de leguas de distancia, el hecho era que se jugaba ahí. Así era el Imperio, así sería siempre, sin importar el lugar o la gente. Todos ellos eran instrumentos ciegos a las manos que los moldeaban. El sargento había afrontado aquella verdad hacía mucho tiempo. Le había amargado entonces y le amargaba ahora. El único alivio en aquellos tiempos consistía en rendirse al cansancio.

—Existen ciertas presiones —continuó explicando lentamente el Puño Supremo— para dispersar a los Abrasapuentes. Ya he recibido órdenes de incorporar al Segundo Ejército en el Quinto y el Sexto. El resultado será el Quinto Ejército. Las corrientes traen nuevas aguas a nuestra orilla, caballeros, aguas que saben a hiel. —Titubeó antes de añadir—: Si tú y tu pelotón salís con vida de Darujhistan, sargento, tenéis mi permiso para marcharos.

Whiskeyjack se volvió de pronto mientras Violín daba un respingo.

—Ya me habéis oído —insistió Dujek—. Por lo que respecta al resto de los Abrasapuentes… En fin, puedes estar tranquilo que yo cuidaré de ellos. —El Puño Supremo se volvió al este, desnudando la dentadura para dibujar una sonrisa carente de humor—. Me empujan. Pero no voy a permitirles por nada del mundo que me dejan sin espacio para maniobrar. Tengo diez mil soldados a los que debo mucho…

—Disculpe, señor —interrumpió Violín—, hay diez mil soldados que aseguran tener una deuda para con su comandante en jefe. Basta con que diga una sola palabra, y…

—Chitón —advirtió Dujek.

—Sí, señor.

Whiskeyjack guardaba silencio, mientras daba vueltas y más vueltas a las palabras del Puño Supremo. Deserción. Aquella palabra reverberaba en sus pensamientos como una canción lúgubre. Pensó que lo que Violín acababa de sugerir era totalmente cierto. Si el Puño Supremo Dujek Unbrazo decidía llegado el momento tomar la iniciativa, el último lugar donde Whiskeyjack querría estar sería huyendo, a cientos de leguas del ojo del huracán. Se sentía muy unido a Dujek y, aunque ambos se esforzaran por

ocultarlo, el pasado rebullía siempre bajo la superficie, pues hubo un tiempo en que Dujek lo había llamado «señor», y aunque Whiskeyjack no era rencoroso sabía que a Dujek aún le costaba aceptar las vueltas que había dado el destino. Llegado el momento, Whiskeyjack tenía intención de estar junto a Unbrazo.

—Puño Supremo —dijo al cabo, consciente de que ambos habían estado esperando a que se pronunciara—, aún quedamos algunos Abrasapuentes. Por pocas manos que empuñen la espada, ésta seguirá siendo afilada. No es nuestro estilo poner las cosas fáciles a quienes se nos oponen, sean quienes sean. Y eso de alejarse… —El sargento suspiró—. En fin, eso les solucionaría el problema, ¿verdad? Mientras haya una sola mano que empuñe la espada, una sola, los Abrasapuentes no cederán. Es una cuestión de honor, supongo.

—Te entiendo —admitió Dujek—. Ah, ahí vienen.

Whiskeyjack levantó la mirada, siguiendo la dirección en que Dujek observaba el cielo, hacia el este.

Ben el Rápido inclinó la cabeza y siseó entre dientes:

—Los Mastines han encontrado el rastro —aseguró.

Kalam no escatimó palabras al maldecir y se puso en pie.

Sentada en la cama, Velajada arrugó el entrecejo y siguió con mirada legañosa los pasos del hombretón; a pesar de su complexión y la energía de sus pisadas, no hizo crujir ni uno de los tablones del suelo; parecía deslizarse, lo cual confería a la escena un aire fantástico, mientras el mago, con las piernas cruzadas, flotaba a unas pulgadas del suelo de madera, en mitad de la habitación.

Velajada comprendió que estaba exhausta. Habían sucedido demasiadas cosas, todas de golpe. Se sacudió el

cansancio mentalmente y concentró toda su atención en Ben el Rápido.

El mago se hallaba vinculado a Mechones, y la marioneta había seguido el rastro de alguien o, más bien, de algo, un rastro que la llevó a la senda de Sombra. Mechones había alcanzado la entrada de las mismísimas puertas del reino de Sombra, y después fue más allá.

Durante un tiempo, Ben el Rápido perdió el contacto con la marioneta, y durante aquellos largos minutos de silencio todos tuvieron el corazón en un puño. Cuando el mago recuperó el vínculo con Mechones, éste ya no se desplazaba solo.

—Va a salir —anunció Ben el Rápido—. Está cambiando de senda. Si le sonríe la suerte de Oponn, es posible que despiste a los Mastines.

Velajada hizo una mueca ante la frívola mención del mago del nombre de los Bufones. Teniendo en cuenta la de corrientes que se manifestaban contrarias bajo la superficie, quizá aquellas palabras podrían muy bien haber atraído una inoportuna atención sobre ellos.

El cansancio se percibía en la estancia con tanta claridad como una nube de incienso amargo, que olía a sudor y a tensión. Después de pronunciar aquellas palabras, Ben el Rápido había agachado la cabeza. Velajada sabía que viajaba con la mente por las sendas, aferrado al hombro de Mechones, incapaz de soltarlo.

Los pasos de Kalam lo llevaron frente a la hechicera.

—¿Y qué pasa con Tayschrenn? —preguntó a la hechicera, retorciéndose las manos.

—Sabe que ha sucedido algo. Está al acecho, pero la presa lo elude. —Sonrió al asesino—. Siento cómo se mueve con cautela. Con mucha cautela. Que él sepa, la presa podría ser un conejo o un lobo.

—O un Mastín —masculló impasible, para después reemprender el paseo.

Velajada lo observó. ¿Acaso era ésa la intención de Mechones? ¿Atraer a un Mastín? ¿Estarían conduciendo a Tayschrenn a una trampa mortífera?

—Espero que no —dijo con la mirada clavada en el asesino—. Sería una insensatez.

Kalam no sólo la ignoró, sino que también rehuyó su mirada.

—No, una insensatez, no. Una locura —dijo Velajada al tiempo que se levantaba— ¿Os dais cuenta de la que podríamos organizar? Algunos creen que los Mastines son más antiguos que el propio reino de Sombra. Pero no lo digo sólo por ellos, sino porque el poder atrae al poder. Si un Ascendiente fragmenta el tejido aquí y ahora, acudirán otros, atraídos como esos animales a los que les llama el olor de la sangre. Al alba, todos los seres mortales de esta ciudad podrían haber muerto.

—Tranquila, señora —pidió Kalam—. Nadie quiere soltar a los Mastines en la ciudad. Lo he dicho por miedo. —Pero siguió sin mirarla.

El hecho de que el asesino admitiera su temor asustó a Velajada. Era la vergüenza lo que le impedía mirarla. El miedo era la admisión de la debilidad.

—Por el Embozado —suspiró—, llevo dos horas sentada en la almohada.

Eso sí lo escuchó Kalam, que se detuvo vuelto hacia ella y rompió a reír.

Fue una risa grave, melosa, que complació mucho a la hechicera.

Entonces se abrió la puerta del dormitorio y Mazo entró en la estancia con el rostro sudoroso y sonrojado. El

sanador miró brevemente a Ben el Rápido y, después, se acercó a Velajada, a cuyo lado se acuclilló.

—A juzgar por lo sucedido —explicó en voz baja—, el capitán Paran debería ocupar a estas alturas el hoyo reservado a un oficial, con cinco pies de barro sobre su bonito rostro. —Saludó a Kalam, que acababa de reunirse con ellos con una inclinación de cabeza—. La primera herida resultó mortífera, justo encima del corazón. La estocada de un profesional —añadió, dirigiendo una mirada significativa al asesino—. La segunda debió de haberlo matado, aunque más lentamente.

—De modo que debería estar muerto. Pero no lo está, lo que supone…

—Una intervención —respondió Velajada con una súbita sensación de náuseas—. ¿Han resultado suficientes tus habilidades Denul? —preguntó a Mazo.

—Fue fácil. Tuve ayuda —explicó con una sonrisa burlona—. Las heridas ya se estaban cerrando, y el daño ya se había curado. Agilicé el proceso curativo de algunas, pero eso fue todo. Ha sufrido mucho dolor, tanto su cuerpo como su mente. Es de prever que tarde semanas en recuperarse físicamente. Eso, de por sí, podría constituir un problema.

—¿A qué te refieres? —preguntó Velajada.

Kalam se dirigió a la mesa, donde cogió la jarra de vino y tres tazas de barro. Se reunió de nuevo con ellos y se dispuso a servir a Mazo, cuando éste dijo:

—La curación nunca debería distinguir entre la carne y la sensación de la carne. Es difícil de explicar. Las sendas Denul contemplan todos los aspectos de la curación, puesto que el daño, cuando se produce, lo hace a todos los niveles. La conmoción es la cicatriz que sirve de puente sobre el abismo que separa al cuerpo de la mente.

—Ah, ya veo —gruñó Kalam, que ofreció la taza al sanador—. ¿Y qué hay de Paran?

Mazo tomó un largo sorbo y después se secó los labios.

—La fuerza que intercedió por él, fuera la que fuese, tan sólo se preocupó de curar la carne. Puede que en uno o dos días pueda levantarse, pero la conmoción necesita más tiempo.

—¿Tú no podrías resolverlo? —preguntó Velajada.

—Todo guarda relación entre sí —respondió Mazo, negando con la cabeza—. Lo que intervino cortó algunas de estas conexiones. ¿Cuántas conmociones y sucesos traumáticos habrá vivido Paran en su vida? ¿Qué cicatriz debo buscar? Podría causar más daños por pura ignorancia.

Velajada pensó en el joven que habían arrastrado al interior de su habitación no hacía ni una hora. Después de gritar en el callejón, grito que sirvió para indicar a Rapiña que seguía con vida, había caído inconsciente. Todo lo que sabía de Paran era su origen noble, que provenía de Unta y que serviría de oficial al mando del pelotón, de cara a la misión que los llevaría a Darujhistan.

—En cualquier caso —dijo Mazo vaciando la taza—, Seto le echará un ojo. Podría recuperar la conciencia en cualquier momento, aunque resulta imposible saber en qué estado de lucidez. —El sanador sonrió a Kalam—. Creo que a Seto le gusta el muchacho. —Su sonrisa se hizo más pronunciada, al tiempo que el asesino maldecía entre dientes.

Velajada enarcó una ceja. Al ver su expresión, Mazo se explicó:

—Seto también adopta perros vagabundos, además de a otras… criaturas necesitadas. —Miró a Kalam, que volvía a dar vueltas a la habitación—. Y puede tomárselo muy en serio.

El cabo lanzó un gruñido.

La sonrisa de Velajada desapareció cuando sus pensamientos volvieron a recalar en el capitán Paran.

—Van a utilizarlo —anunció sin más—. Como a una espada.

—No hay nada de piedad en la curación, sólo cálculos.

Pero fue la voz de Ben el Rápido la que sorprendió a todos.

—El intento de asesinato fue cosa de Sombra.

Se hizo el silencio en la estancia.

Velajada suspiró. Antes sólo tenía sospechas. Vio que Mazo y Kalam cruzaban la mirada, y supuso en qué estaban pensando. No sabían quién era en realidad Lástima, pero cuando se uniera de nuevo al rebaño tendría que afrontar un sinfín de preguntas. Velajada comprendió, con toda la seguridad que pueda tenerse con algo así, que la muchacha pertenecía a Sombra.

—Lo que supone —continuó Ben el Rápido en tono despreocupado— que quien intercedió a favor de Paran es un oponente directo del reino de Sombra. —Volvió la cabeza y clavó su oscura mirada en la hechicera—. Cuando se recupere, nos conviene averiguar qué sabe Paran. Sólo que…

—No estaremos aquí —terminó la frase Kalam.

—Por si no tuviera bastante con Mechones —protestó Velajada—, ahora quieres que cuide también de vuestro capitán.

Ben el Rápido se levantó y limpió con la mano el polvo de las polainas de cuero.

—Mechones tardará en volver. Esos Mastines son muy tenaces. Creo que tardará un tiempo en librarse de ellos. O, si sucediera lo peor —sonrió el mago, malintencionado—,

les plantará cara y dará al Señor de Sombra algo en qué pensar.

—Vamos, Mazo —le dijo Kalam—, hay que ponerse en marcha.

El último comentario de Ben el Rápido había dejado fría a Velajada. Torció el gesto al notar el sabor amargo que tenía en la boca, y observó en silencio los preparativos del pelotón. Tenían una misión por delante que los llevaría al corazón de Darujhistan. Aquélla era la siguiente ciudad en la lista del Imperio, la última de las Ciudades Libres, el solitario diamante que valía la pena arrebatar al continente. El pelotón se infiltraría, abriría el camino. Estarían completamente solos. En cierto modo, Velajada envidiaba la soledad en la que estaban a punto de adentrarse. Casi los envidiaba, pero no del todo, pues temía que todos ellos pudieran morir.

El túmulo del Constructor volvió a su mente como si sus propios temores lo hubieran llamado. Era, pensó, lo bastante grande para albergarlos a todos.

Con el alba y la veta rojiza que surcaba el cielo como la hoja de una espada a su espalda, los moranthianos, sentados en las elevadas sillas de sus monturas quorl, relucían como piedras preciosas salpicadas de sangre. Whiskeyjack, Violín y el Puño Supremo observaron a la docena de jinetes voladores que se aproximaban a la ciudad. La lluvia había cedido, y alrededor de los tejados cercanos se extendía una neblina gris, dispuesta a recorrer teja y piedra.

—¿Dónde tienes al pelotón, sargento? —preguntó Dujek.

Whiskeyjack hizo una seña con la cabeza a Violín, que se dirigió a la trampilla.

—No tardarán —respondió.

Tuvo la impresión de que las alas resplandecientes de los quorl, con su piel fina, cuatro por criatura, aleteaban con fuerza un instante cuando, todos a una, los doce moranthianos descendieron sobre el tejado de la torre. El runrunear de las alas se vio puntuado por las breves órdenes de los jinetes, que se llamaban unos a otros. Pasaron sobre los dos hombres que los observaban, apenas a dos varas de altura, y sin mayor ceremonia se posaron en el tejado a sus espaldas.

Violín había desaparecido en el descansillo que daba a la trampilla. Dujek, con la mano en la cadera, observó a los moranthianos un instante, para después gruñir algo incomprensible y dirigirse a la trampilla.

Whiskeyjack se acercó al moranthiano que se encontraba más cerca. Un visor de quitina negra cubría el rostro del soldado, que se volvió hacia el sargento en un gesto de mudo interés.

—Había uno de los vuestros —dijo Whiskeyjack—, un manco. Lo marcaron cinco veces por su valor. ¿Sigue vivo?

El moranthiano no respondió.

Whiskeyjack se encogió de hombros y volcó su atención en los quorls. Aunque había cabalgado antes a lomos de aquellas criaturas, lo cierto era que seguían fascinándole. Se apoyaban en cuatro delgadas patitas que surgían de la parte inferior de las sillas. Aguardaban en la terraza con las alas extendidas, tiritando a la suficiente velocidad como para crear una nubecilla de agua suspendida sobre cada uno de ellos. Sus colas largas y extrañamente segmentadas se extendían rectas tras ellos; eran multicolores y fácilmente alcanzarían las seis o siete varas de longitud. Arrugó la nariz al oler el aroma acre al que ya se había familiarizado. La enorme cabeza en forma de cuña del quorl

más cercano estaba dominada por sus ojos de múltiples caras y una mandíbula articulada. Había dos extremidades adicionales (brazos, supuso) plegadas debajo. Al contemplarlo, el quorl volvió la cabeza hasta mirarlo con su ojo izquierdo.

El sargento no apartó la mirada. Se preguntó qué vería el quorl, en qué estaría pensando y, en definitiva, si pensaría. Henchido de curiosidad, inclinó la cabeza ante el quorl.

El animal levantó la suya, y después se volvió. Whiskeyjack observó entonces que la punta de la cola del quorl se doblaba levemente. Aquélla fue la primera vez que los vio hacer semejante movimiento.

La alianza entre los moranthianos y el Imperio había cambiado el curso de la Guerra Imperial. Las tácticas de Malaz en Genabackis habían adoptado un nuevo formato que dependía en gran medida del transporte aéreo, tanto de los soldados como de los suministros y los equipajes. Esta dependencia resultaba peligrosa, al menos en opinión de Whiskeyjack. *Sabemos tan pocas cosas de estos moranthianos: nadie ha visto jamás sus ciudades en el bosque. Ni siquiera sé a qué sexo pertenecen.* La mayoría de los estudiosos sostenía que los moranthianos eran tan humanos como cualquiera, pero no había modo de asegurarse, pues en el campo de batalla recogían a sus muertos. Habría problemas en el Imperio si los moranthianos llegaban a mostrarse ansiosos de poder algún día. No obstante, a juzgar por lo que había oído, las diversas facciones caracterizadas por colores que había entre ellos venían a señalar una jerarquía siempre cambiante, y la rivalidad y la competitividad alcanzaban los límites del puro fanatismo.

El Puño Supremo Dujek volvió junto a Whiskeyjack, aliviada un poco la expresión de su rostro. Procedentes de la trampilla llegaron las voces de la discordia.

—Ahí los tenemos —informó Dujek—. Creo que le están dando una severa reprimenda a tu nueva recluta por algo, y no me des explicaciones porque no quiero ni saberlo.

El alivio momentáneo de Whiskeyjack se hizo añicos al oír las palabras de su superior. Comprendió que había albergado la esperanza de que Lástima hubiera desertado. Después de todo, al parecer sus hombres la habían encontrado, claro que, a juzgar por las voces, no parecían muy contentos de verla. No podía culparlos. ¿Había intentado asesinar a Paran? Al parecer, eso sospechaban Ben el Rápido y Kalam.

Kalam era quien más voceaba, más puesto en su papel de cabo de lo que era norma, hasta tal punto que la mirada inquisitiva de Dujek empujó a Whiskeyjack a acercarse a la trampilla. Llegó al borde de ésta y agachó la cabeza hacia el descansillo. Ahí estaban todos, de pie formando un círculo acusador alrededor de Lástima, que permanecía apoyada en la escalera, como aburrida por la situación.

—¡Callaos! —ordenó Whiskeyjack con un rugido—. ¡Comprobad vuestros equipajes y arriba, ahora! —Los vio dispersarse y luego volvió al lugar donde aguardaba el Puño Supremo.

Con el entrecejo fruncido y la mirada ausente, Dujek se frotaba el muñón del brazo izquierdo.

—Condenado tiempo —masculló.

—Mazo podría aliviarte eso —dijo Whiskeyjack.

—No es necesario —replicó Dujek—. Me hago viejo. —Se rascó la mandíbula—. Todo tu equipaje pesado ha sido llevado al punto de lanzamiento. ¿Preparado para volar, sargento?

Whiskeyjack asintió, tras mirar hacia la segunda silla del quorl, donde se sentaría sobre el tórax como un fardo.

Los miembros del pelotón asomaron por la trampilla, cada uno con su capote y el pesado petate a cuestas. Violín y Seto discutían mediante susurros, mientras el segundo lanzaba una mirada a Trote, que le pisaba los talones. El barghastiano llevaba sujeta por todo su cuerpo peludo una colección de amuletos, bagatelas y trofeos. Parecía un combretum engalanado durante la fiesta kanesiana de los escorpiones. Los barghastianos eran conocidos por su peculiar sentido del humor. Ben el Rápido y Kalam escoltaban a Lástima, uno a cada lado, mirándola de reojo, mientras que la muchacha, ignorándolos a todos, avanzaba lentamente hacia los quorls. No llevaba muy llena la bolsa, que no era mucho más grande que un petate, y el capote parecía más una capa que otra cosa. No pertenecía al uniforme y le llegaba a los tobillos. Llevaba la capucha levantada. A pesar de la luz del alba, su rostro quedaba oculto en sombras. *Esto es todo lo que me queda*, pensó Whiskeyjack con un suspiro.

—¿Cómo progresa, sargento? —preguntó Dujek a Whiskeyjack, mirando a Lástima.

—Aún respira —respondió Whiskeyjack, impávido.

El Puño Supremo sacudió lentamente la cabeza.

—Últimamente nos los envían tan jóvenes… :

Al pensar en las palabras de Dujek, Whiskeyjack recordó algo. En una misión para el Quinto Ejército, lejos del asedio de Pale, en mitad de la campaña de Mott, Lástima se les había unido procedente de las nuevas tropas que llegaban a Nathilog. La había visto usar el cuchillo con tres mercenarios del lugar que habían tomado prisioneros en Perrogrís. Lo habían hecho para obtener información, pero recordó con un escalofrío que la cosa se torció. No fue por

conveniencia. Recordó haber contemplado, pasmado, horrorizado, cómo Lástima se puso a trabajar con sus testículos. Recordó haber cruzado la mirada con Kalam, un gesto de desesperación que empujó al negro a desnudar la hoja de su cuchillo, apartar a un lado a Lástima y, mediante tres rápidos tajos, abrir la garganta de los tres mercenarios. Fue entonces cuando sucedió lo que aún le removía las entrañas, y es que, con su último aliento, los mercenarios bendijeron a Kalam.

Lástima se limitó a envainar su arma y alejarse de ellos.

A pesar de que aquella mujer llevaba ya dos años en el pelotón, sus hombres seguían llamándola «la recluta», y probablemente lo harían hasta que cayeran. Tenía cierto significado que Whiskeyjack comprendía bien. Los reclutas no eran Abrasapuentes. El hecho de poder considerarse tal era algo que había que ganarse, un reconocimiento que uno se granjeaba por lo que hacía. Lástima era recluta porque el solo hecho de pensar en considerarla parte de la unidad dolía a todos los del pelotón como un cuchillo al rojo en la garganta. Ni siquiera el sargento era ajeno a aquella sensación.

Mientras todo esto cruzaba por la mente de Whiskeyjack, su expresión por lo general impasible desapareció. Para sus adentros, se dijo: *¿Joven? No, uno puede disculpar a los jóvenes, llegar a entender que hagan las simplezas que hacen, y puede mirarles a los ojos y ver en su interior bastantes cosas que es posible entender. Pero ¿ella? No. Mejor evitar sus ojos, en los que no se encontrará nada propio de la juventud, nada en absoluto.*

—A ver si vamos moviéndonos —gruñó Dujek—. A montar.

El Puño Supremo se volvió hacia el sargento para dirigirle unas últimas palabras de despedida, pero lo que

halló en el rostro de Whiskeyjack bastó para ahogar esas mismas palabras en su garganta.

Dos tronidos sordos resonaron en la ciudad mientras al este se extendía la capa de cielo carmesí, y al primer estallido lo siguió otro al cabo de un latido de corazón. La última de las lágrimas derramadas por la noche goteó sobre los canalones y discurrió por los arroyos de las calles. Las troneras estaban encharcadas, y el agua embarrada alcanzaba a reflejar las nubes que se adelgazaban en el cielo con un tono opaco. Entre las angostas callejuelas del distrito de Krael de Pale, el frío y la humedad de la noche se aferraban tenaces a los rincones oscuros. Allí, los tabiques y los adoquines habían absorbido el segundo trueno, impidiendo que su eco pudiera desafiar al goteo del agua.

Por uno de los pasadizos, que serpenteaba al sur siguiendo el trazado de la muralla exterior, corría a paso largo un perro que tenía el tamaño de una mula. Su enorme cabeza colgaba gacha, frente a los músculos amplios y llenos de sus hombros. Prueba de que había pasado una noche sin lluvias era su pelo negro, manchado de polvo gris, pero seco. El animal tenía motas grises en el hocico, y unos ojos que brillaban como el ámbar.

El Mastín llamado Yunque, séptimo de los sirvientes de Tronosombrío, iba de caza. Su presa era escurridiza, astuta y veloz en la huida. Aun así, Yunque la sentía cerca. Sabía que no se trataba del rastro de un humano, puesto que ningún hombre o mujer mortal hubiera evitado sus fauces durante tanto tiempo. Si cabe más sorprendente era que Yunque aún no había logrado ver a su presa. Pero había allanado, había entrado con impunidad en el reino de Sombra, perseguido al propio Tronosombrío y rasgado

todas las hebras que el amo de Yunque había tejido. La muerte era la única respuesta a semejante afrenta.

El Mastín era consciente de que no tardaría en convertirse en presa, y si el número de cazadores era numeroso y éstos eran fuertes, Yunque tendría problemas para continuar la caza. En la ciudad había quienes sintieron la salvaje quiebra del tejido. Pocos instantes después de pasar por la puerta de la senda, se le había erizado el pelo del cuello, prueba de que en las cercanías bullía la magia. Hasta el momento, el Mastín había evitado ser descubierto, pero eso no duraría mucho.

Se movió en silencio y con cautela a través del laberinto de chabolas y puestos arracimados contra las murallas de la ciudad, e hizo caso omiso de los pocos ciudadanos que salieron al alba a tomar el aire que había refrescado la lluvia. Pasó por encima de los mendigos espatarrados a su paso. Los perros del lugar y los chuchos rateros tuvieron bastante con dedicarle una mirada para convencerse de que debían huir a la carrera, con las orejas gachas, arrastrando la cola por el suelo embarrado.

Al doblar la esquina de una casa de piedra derruida, el viento de la mañana hizo que Yunque mirase a su alrededor. Se detuvo, buscando con la mirada el largo de la calle que se extendía ante él. La neblina dibujaba remolinos en algunos tramos, y los primeros carros de mano pertenecientes a los mercaderes más humildes eran empujados por figuras abrigadas para combatir el frío. Al Mastín se le acababa el tiempo.

Los ojos de Yunque repararon en la mansión rodeada de un muro que había en el extremo opuesto. Cuatro soldados arrellanados ante la puerta observaban a los transeúntes con escaso interés mientras charlaban. Levantó la cabeza y

su inspección no tardó en dar resultado: había una ventana con postigos en la segunda planta de la mansión.

El Mastín sintió complacido que se acercaba el momento. Había hallado el lugar de destino de la presa. Agachó de nuevo la cabeza y se movió, inflexible la mirada sobre los cuatro guardias.

El turno había terminado. Al acercarse los nuevos infantes de marina, ambos repararon en que la puerta estaba abierta de par en par.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó uno de los recién llegados a los soldados de cara larga que se recostaban en el muro.

—Menuda noche —respondió el más veterano—. Una de esas noches perras de las que conviene no hablar.

Los recién llegados cruzaron la mirada; el mismo que había hablado inclinó levemente la cabeza y sonrió.

—Sé a qué tipo de noches te refieres. En fin, venga, que vuestros camastros os esperan.

El veterano cambió de hombro la pica y pareció doblarse por la cintura. Le hizo un guiño a su compañero, pero el joven parecía mirar fijamente algo que había en la calle.

—Supongo que es tarde —dijo el veterano a los soldados que les relevaban en la guardia—; quiero decir que no sucederá y que, por tanto, ya no tiene importancia, pero si aparece una mujer, una Abrasapuentes, será mejor que la dejéis pasar y finjáis mirar a la pared.

—Mira ese chucho —dijo el joven.

—Entendido —dijo el relevo—. Así son las cosas en el segundo…

—Mira ese chucho —repitió el joven infante de marina.

Los otros se volvieron para enfilar la calle con la mirada. El veterano abrió los ojos como platos, luego lanzó una maldición e hizo lo posible por empuñar la pica. Ninguno de sus compañeros logró hacer ni la mitad de eso antes de que el Mastín se arrojara sobre ellos.

Velajada, que no había logrado conciliar el sueño, yacía tumbada en la cama. Estaba tan exhausta que no tenía fuerzas ni para dormir, de modo que ahí seguía, tumbada, mirando el techo, pasando con la cabeza desordenada revista a aquellos últimos siete días. A pesar de la ansiedad que sintió al principio de verse envuelta en los asuntos de los Abrasapuentes, debía admitir que se sentía emocionada.

El deseo de reunir sus pertenencias y abrir una senda que la llevara lejos del Imperio, lejos de los desmanes y antojos de Mechones, lejos de los campos de batalla de aquella interminable guerra, parecía agua pasada, algo que había surgido de una desesperación que ya no sentía.

Pero era más que un simple sentido renovado de la humanidad lo que la empujaba a seguir en aquel lugar y ver qué sucedía. Después de todo, los Abrasapuentes habían demostrado ser perfectamente capaces de solucionar sus propios asuntos. No, quería ver caer a Tayschrenn. Era cierto que la atemorizaba. La sed de venganza emponzoñaba el alma. Y era muy probable que tuviera que esperar mucho tiempo para ver morir a Tayschrenn. Se preguntó si, después de alimentarse gracias a ese veneno durante tanto tiempo, acaso no vería el mundo con la misma mirada febril que Mechones. Febril y enloquecida.

—Demasiado —murmuró—. Demasiadas cosas, y todo de sopetón.

La sobresaltó un ruido en la puerta.

—Oh —dijo ceñuda—, has vuelto.

—Sano y salvo —respondió Mechones—. Lamento decepcionarte, Vela. —La marioneta saludó con una de sus manos enguantadas, al tiempo que se cerraba la puerta tras ella y se corría el cerrojo—. Son de temer estos Mastines de Sombra —comentó, deambulando hasta el centro de la estancia; al ir a sentarse hizo una pirueta, extendió las piernas y cayó sin tocar el suelo con los brazos, riendo entre dientes—. Pero al final no han resultado ser más que perros cruzados, estúpidos, lentos, de esos que olisquean al pie de cada árbol que encuentran a su paso. No han encontrado ni por asomo al artero de Mechones.

Velajada se tumbó de nuevo y cerró los ojos.

—Ben el Rápido estaba muy descontento con tus descuidos.

—¡Estúpido! —escupió Mechones—. Yo le dejo hacer, le dejo convencido de que tal conocimiento tiene poder sobre mí, mientras voy donde me plazca. Dice mandar sobre mí, una tontería que le permito ahora, porque sé que luego más dulce será la venganza.

No era la primera vez que Velajada escuchaba aquello, y sabía que Mechones lo hacía aposta, con la intención de domeñar su voluntad. Desdichadamente se estaba saliendo con la suya, al menos en parte, porque tenía dudas. Quizá Mechones decía la verdad: quizá Ben el Rápido ya lo había perdido sin saberlo.

—Guarda tu sed de venganza para quien te robó las piernas y luego el cuerpo —replicó secamente Velajada—. Tayschrenn aún se burla de ti.

—¡Él será el primero en pagar! —chilló Mechones, que agachó la cerviz y se puso en jarras—. Cada cosa a su tiempo —susurró.

Bajo la ventana, en el patio, se produjo el primero de los gritos.

Velajada se puso de pie de un salto y Mechones gritó.

—¡Me han encontrado! ¡No deben verme, mujer! —La marioneta dio un brinco y se escabulló hasta la cajita que ocupaba, junto a la pared—. ¡Acaba con el Mastín, no tienes elección! —Luego, rápidamente, abrió la caja y trepó dentro. La tapa encajó en el hueco y se extendió la nube de un hechizo de protección.

Velajada permaneció de pie junto a la cama, titubeando. Abajo la madera temblaba, y también el edificio. Los hombres gritaban, se oía el estrépito metálico de las armas. La hechicera irguió la espalda, consciente del terror que surcaba todas y cada una de las fibras de su ser. *¿Que destruya un Mastín de Sombra?* El cristal de la ventana temblaba, y el estruendo llegó entonces al pie de la escalera, momento en que cesaron los gritos. Oyó en el patio voces de soldados.

Velajada tiró de su senda Thyr. El poder fluyó en ella e hizo a un lado el terror que la paralizaba. Desaparecido hasta el menor atisbo de cansancio, volvió la mirada a la puerta. La madera crujió, después el panel explotó hacia dentro, como lanzado por una catapulta, pero el escudo mágico tejido por Velajada lo apartó en mitad de su trayectoria. Sendos impactos lo hicieron pedazos, y arrojaron astillas en todas direcciones. El cristal se quebró a su espalda, y las persianas de la ventana se abrieron de par en par. Un viento helado penetró en la habitación.

Apareció el Mastín, cuyos ojos eran llamaradas, cuyos músculos se dibujaban tensos bajo la piel. El poder de la criatura barrió con la fuerza de una ola a Velajada, que llenó de aire los pulmones. El Mastín era viejo, más viejo que nada con lo que se hubiera cruzado ella. Se detuvo bajo

el dintel, olisqueando, sus labios negros ensangrentados. Entonces clavó la mirada en la caja metálica que había junto a la pared, a la izquierda de la hechicera. La bestia penetró en la estancia.

—No —dijo Velajada.

El Mastín se detuvo. Volvió la enorme cabeza lentamente y la inspeccionó como si reparara en ella por primera vez. Arrugó el hocico hasta revelar el brillo luminiscente de unos caninos que medían lo mismo que el pulgar de un ser humano.

¡Maldito seas, Mechones! ¡Necesito que me ayudes! ¡Por favor!

Una franja blanca relampagueó sobre los ojos del Mastín al pestañear. En ese momento, cargó sobre ella.

El ataque fue tan rápido que Velajada fue incapaz de levantar las manos antes de que la bestia se arrojara sobre ella, abriéndose paso a través de la magia exterior como si no fuera más que un ventarrón. Sus más íntimas defensas, el tejido que daba forma a un baluarte mágico, afrontaron la carga del Mastín como un muro de piedra. Sintió que cedía la pared, en cuya superficie se formaron algunas grietas que al poco se hicieron hondas fisuras; la alcanzó en los brazos y el pecho con un chasquido sordo que inmediatamente fue remplazado por sangre a borbotones. Esto y la inercia del Mastín la arrojaron volando por los aires. Las defensas que había trenzado a su espalda amortiguaron el golpe al dar contra el tramo de pared situado junto a la ventana. La argamasa dibujó una nube de polvo a su alrededor, y seguidamente algunos fragmentos de ladrillo cayeron al suelo.

El Mastín había caído al suelo. Sacudió la cabeza, asentó bien las pezuñas, resopló y volvió a la carga.

Velajada, aturdida por la primera embestida, levantó uno de sus brazos ensangrentados a la altura del rostro, incapaz de hacer nada más.

Al brincar el Mastín en el aire, con las fauces abiertas cerca de la cabeza de su víctima, una oleada de luz gris lo alcanzó en un costado y lo arrojó a la cama, situada a la derecha de Velajada. Crujió la madera. Con un gruñido, el Mastín volvió a ponerse en pie, volviéndose en esta ocasión a Mechones, que se hallaba sobre la cajita, perlada la frente de sudor y con los brazos en alto.

—Oh, sí, Yunque —chilló—. ¡Soy tu presa!

Velajada cayó de costado, agachó la cabeza y vomitó en el suelo. Una senda caótica formó un remolino en la estancia, un miasma que revolvió las entrañas de la hechicera con tumultuosa pestilencia. Irradiaba de Mechones en pulsaciones visibles de gris sucio, manchado de negro.

El Mastín clavó una mirada llameante en Mechones mientras respiraba con dificultad. Era como si intentara disipar las olas de poder de su cerebro. Un gruñido bajo rugió en su pecho, fue el primer sonido que hizo. Su amplia cabeza se combó.

Velajada observaba lo que sucedía, hasta que la comprensión la alcanzó con la fuerza de un martillazo en el pecho.

—¡Escucha, Mastín! —gritó—. ¡Intenta robarte el alma! ¡Huye! ¡Sal de aquí!

El aullido de la bestia bajó un tono, pero no se movió.

Ninguno de los tres reparó en que la puerta del dormitorio contiguo se había abierto a su izquierda, ni tampoco en la presencia del capitán Paran, envuelto en una sábana de lana blanca que le tapaba hasta los tobillos. Pálido y agotado, se movió hacia delante con un velo en la

mirada, fija en el Mastín. Mientras la invisible lucha de voluntades seguía librándose entre Yunque y Mechones, Paran se acercó.

Por fin la hechicera reparó en él. Abrió la boca para advertirle, pero Paran se adelantó a ella. Del interior de la sábana extrajo una espada larga, cuya punta centelleó al arremeter a fondo. La punta del acero se hundió en el pecho de Yunque, y Paran desembarazó el arma haciéndola girar en la herida y recuperando pie. Un rugido ensordecedor surgió de la garganta de la bestia; trastabilló hacia los restos de la cama, mientras intentaba morderse la herida del costado.

Mechones gritó rabioso y saltó hacia delante, abalanzándose sobre Yunque.

Velajada estiró la pierna en la trayectoria de la marioneta, a la que arrojó contra la pared opuesta.

Yunque aulló. Una veta oscura se abrió a su alrededor, acompañada por un ruido similar al que hace la arpillera al rasgarse. Rebulló hasta adentrarse en la profunda sombra, cuya hendidura se estrechó hasta cerrarse y desaparecer, dejando a modo de estela un soplo de viento helado.

Asombrada hasta tal punto que no sentía ningún dolor, Velajada volcó su atención en el capitán Paran y en la espada ensangrentada que empuñaba.

—¿Cómo? —jadeó—, ¿cómo ha podido atravesar la magia del Mastín? Esa espada…

—Suerte, supongo —respondió el capitán mirando el arma.

—¡Oponn! —susurró Mechones al ponerse en pie—. ¡Que el Embozado maldiga a los Bufones! Y tú, mujer, que sepas que no olvidaré lo sucedido. Me las pagarás, ¡lo juro!

Velajada apartó la mirada con un suspiro. Una sonrisa asomó a sus labios mientras recuperaba unas palabras que

ya había pronunciado en una ocasión, cargadas esta vez de un significado nuevo y sombrío.

—Demasiado te costará seguir con vida, Mechones, como para tomarla conmigo. Acabas de darle a Tronosombrío algo en qué pensar. Y vivirás para lamentar haber llamado su atención, marioneta. Niégalo si te atreves.

—Vuelvo a mi caja —dijo Mechones, corriendo—. Tayschrenn no tardará en llegar. No le dirás nada, hechicera. —Desapareció en el interior de la cajita—. Nada —repitió desde el interior, justo antes de ajustar la tapa.

La sonrisa de Velajada se hizo más generosa, sintió el sabor de la sangre como si fuera una bendición, una advertencia silenciosa pero visible para Mechones de todo lo que estaba por venir, una advertencia que sabía que él era incapaz de comprender. Eso hizo que el sabor de la sangre casi le pareciera dulce.

Intentó moverse, pero sintió un frío repentino en todos los huesos. En su mente flotaban las visiones, aunque los muros de oscuridad se cerraban alrededor de ellas antes de que pudieran definirse. Sintió también que perdía la conciencia.

Entonces escuchó la voz de un hombre, que dijo muy cerca de ella con apremio:

—¿Qué es lo que oyes?

Arrugó el entrecejo, en un esfuerzo por concentrarse. Entonces sonrió.

—Una moneda que gira. Oigo una moneda que gira.

Libro Segundo



Darujhistan

¿Qué golpe de la fortuna ha acariciado nuestros sentidos?
esta nube negra cargada de lluvia que abroncó
las tranquilas aguas del lago
y torneó las sombras de un solo día
como una rueda que nos hizo girar
del alba al atardecer, mientras nosotros
hacíamos tambalear nuestra compasión…

¿Qué torno crepita calamitosas advertencias?
allí en la suave oleada que arrojó
un anzuelo a nuestro paso
con su agradable aroma magenta,
flotando en el aire, como panoplia de pétalos
que pudieron ser ceniza
en la calumnia carmesí del crepúsculo…

Rumor nacido
Pescador (n. ?)

Capítulo 5



Y si este hombre te ve en sueños
mientras te meces en la cavilosa noche
de esta estación
bajo la recia rama de un árbol,
y tu sombra está encapuchada
sobre la cuerda anudada,
así querrán los vientos de su paso
retorcer tus tiesos miembros
hasta que adquieran la semblanza del correr…

Rumor nacido
Pescador (n. ?)

Año 907 del Tercer Milenio
Estación de Fanderay en el año de los Cinco Colmillos
Dos mil años desde el nacimiento de Darujhistan, la ciudad

En su sueño, el orondo hombrecillo partía de la ciudad de Darujhistan por la puerta de Dos Bueyes, en dirección al sol poniente. Los harapientos faldones de su casaca otrora roja flameaban debido a las prisas. No tenía ni idea de cuánto tendría que andar. Ya le dolían los pies.

Había penurias en el mundo, y desdichas también. En tiempos de conciencia anteponía las inquietudes del mundo a las suyas. Por suerte, reflexionó, tales momentos eran los menos, y aquél en concreto, se dijo, no era uno de ellos.

—Ay, el mismísimo sueño empuja a estos utensilios de muchos dedos bajo las inestables rodillas —dijo con un suspiro—. Siempre el mismo sueño. —Y así era. Vio ante sí al sol montar la lejana cima; era un disco cobrizo tras la neblina del humo de la leña. Sus pies lo llevaron por la serpenteante calle embarrada de Villachabola, donde las chozas se repartían a ambos lados en la oscuridad creciente. Los ancianos envueltos en andrajos amarillos propios de los leprosos se acuclillaban cerca de los fuegos y guardaban silencio a su paso. Las mujeres, vestidas de forma similar, permanecían junto al fangoso pozo y dejaron de empapar gatos, pasmosa actividad cuyo simbolismo pasó desapercibido al hombre que caminaba apresuradamente.

Cruzó el puente del río Maiten, pasó a través de los menguantes pastos de Gadrobi y salió al camino bordeado por las viñas. Allí se demoró, pensando en el vino que producirían aquellas suculentas uvas. Sin embargo, los sueños siguen adelante, conscientes de su propia inercia, de su ritmo, y aquel pensamiento no fue más pasajero que su paso fugaz.

Sabía que su mente estaba huyendo, que huía de la ciudad condenada que había dejado a su espalda, huyendo de la oscuridad cuyas cavilaciones daban forma a un nubarrón negro sobre la urbe. Pero, sobre todo, huía de todo cuanto sabía y de todo lo que era.

Algunos canalizaban el talento que poseían arrojando los huesos, leyendo las calenturas de los omóplatos o interpretando a los Fatid de la baraja de los Dragones. En cuanto a Kruppe, no necesitaba de tantos remilgos. Tenía en la cabeza el poder de la adivinación, y no podía negarlo por mucho que lo intentara. Entre las paredes de su cráneo tañía la canción fúnebre de la profecía que reverberaba en todos y cada uno de sus huesos.

—Pues claro que es un sueño —masculló—. Sueño que huyo. Kruppe piensa que quizá pueda escapar esta vez. Nadie podría acusar de insensato a Kruppe, después de todo. Gordo, perezoso y dejado… sí; inclinado a los excesos, algo torpe con la sopa en el plato… seguramente. Pero insensato, no. Ha llegado el momento de que el sabio escoja. ¿No es de sabios concluir que las vidas ajenas tienen menos importancia que la propia? Pues claro que sí, de muy sabios. Y Kruppe lo es.

Se detuvo para recuperar el aliento. Las colinas y el sol que se alzaban ante él no parecían hallarse más cerca. Era un sueño parecido al de la juventud cuyo envejecimiento se acelera, maldición escabrosa que uno no podía volver atrás… Pero ¿quién mencionaba la juventud? ¿O a un joven en particular?

—¡Seguro que no se trata del sabio de Kruppe! —Su mente vagabundea; magnánimo, Kruppe disculpa la broma, atormentado por el dolor que siente en las plantas de los pies, que están cansados, no, medio gastados por la incesante marcha. Las ampollas ya han hecho acto de presencia, seguro que sí. El pie grita pidiendo hundirse en agua caliente de jabón balsámico. Las articulaciones compañeras cantan a coro. ¡Ah, letanía! ¡Qué plañidos de desesperación! Dejad de lamentaros, queridas alas del vuelo. ¿Cuan lejos anda el Sol, además? Más allá de las colinas, de eso Kruppe está seguro. No más allá, palabra.

Sí, tan cierto como una moneda que siempre gira… Pero ¿quién habló de monedas? ¡Kruppe se declara inocente!

Procedente del norte, la brisa irrumpió en su sueño, arrastrando consigo el olor de la lluvia. Kruppe empezó a abrocharse el abrigo raído. Encogió la barriga en un esfuerzo por abrochar los últimos dos botones, aunque tan sólo logró abrochar uno.

—Incluso en el sueño —gruñó— la culpabilidad establece su opinión.

Pestañeó para proteger los ojos de la lluvia.

—¿Lluvia? ¡Pero si el año apenas acaba de empezar! ¿Llueve en primavera? Nunca antes se había preocupado Kruppe de asuntos tan mundanos. Quizá esta fragancia no sea sino el propio aliento del lago. Sí, claro. Asunto resuelto. —Entornó la mirada a las nubes negras que sobrevolaban el lago Azur.

—¿Debe Kruppe echar a correr? No, ¿dónde está su orgullo? ¿Y su dignidad? Ni una vez han mostrado su rostro en los sueños de Kruppe. ¿No hay cobijo en vuestro camino? Ah, los pies de Kruppe están cansados, las plantas ensangrentadas, hecha jirones la piel. ¿Y esto qué es?

Había topado con una encrucijada. Un edificio se alzaba chaparro sobre una suave elevación del terreno. Por las contraventanas sangraba la luz de las velas.

—Claro, una fonda —se dijo Kruppe con una sonrisa—. Largo ha sido el viaje, clara la necesidad de un lugar donde el viajero pueda descansar y solazarse. Como Kruppe, sin ir más lejos, arrugado aventurero con más de unas pocas leguas bajo el cinturón, por no mencionar las que éste abarca. —Y se apresuró hacia el edificio.

Un amplio árbol de ramas desnudas señalaba la encrucijada. De una de las fuertes ramas colgaba algo largo y envuelto en arpillera que crujía al viento. Kruppe apenas le dedicó una mirada. Se acercó al camino y empezó a ascender por él.

—Mala decisión, pronuncia Kruppe. Las fondas para el viajero polvoriento no deberían construirse en lo alto de las colinas. Lo malo de subir es descubrir cuan larga es la distancia que aún nos queda. Será necesario tener unas palabras con el propietario. En cuanto la dulce bebida alivie

el gaznate, los filetes de carne roja a la parrilla calmen el buche y los vendajes limpios y ungidos vistan los pies. Tales reparaciones deben tener preferencia sobre los defectos en la planificación que Kruppe identifica aquí.

Cesó el monólogo, sustituido por los jadeos que daban fe del esfuerzo que le costaba el camino. Cuando llegó a la puerta, Kruppe andaba tan necesitado de resuello que ni siquiera levantó la mirada; se limitó a empujarla hasta que se abrió con el chirrido de herrumbrosos goznes.

—¡Ay! —exclamó al detenerse para cepillar las mangas del abrigo—. Un tanque de espuma para este… —Su voz se quebró al escrutar el conjunto de rostros mugrientos que se volvieron a mirarle—. Diría que el negocio no marcha bien —gruñó para sí. El lugar era, en efecto, una fonda, o al menos lo había sido hacía un siglo—. Menuda forma de llover tiene la noche —dijo a la media docena de mendigos arracimados alrededor de una vela gruesa puesta en el suelo de tierra.

—Te concederemos audiencia, desventurado —anunció uno de los tipos, que a continuación señaló una estera de paja—. Toma asiento y ameniza nuestra presencia.

Kruppe enarcó una ceja.

—Kruppe se siente honrado por su invitación, señor —hundió la cabeza y se acercó al corro—. Pero, por favor, no creáis que le esté privado contribuir a tan distinguida reunión. —Se sentó cruzado de piernas, gruñendo a causa del esfuerzo, y encaró al hombre que había hablado—. Compartirá su pan con todos los presentes. —De la manga sacó una gruesa rebanada de pan de centeno. El cuchillo del pan apareció en su otra mano—. Kruppe es conocido entre amigos y extraños a un tiempo, el mismo que se sienta sobre esta estera. Habitante de la reluciente Darujhistan, mística joya de Genabackis, jugosa vid madura

en la cosecha. —Procuró también un pedazo de queso de cabra y sonrió con generosidad a todos aquellos rostros—. Y éste es su sueño.

—Así es, cierto —admitió el portavoz de los mendigos, cuyo rostro arrugado jugueteaba con el divertimento—. Siempre nos complace probar tus particulares viandas, Kruppe de Darujhistan. Y siempre nos complacen los apetitos de que haces gala en tus viajes.

Kruppe dispuso el pan, que cortó en rodajas.

—Kruppe siempre os ha considerado meros aspectos de sí mismo, media docena de hombres hambrientos como otros muchos. No obstante, por vuestro propio interés, ¿qué rogaríais a vuestro amo? Pues que dejara de huir, por supuesto. Que el propio cráneo es una estancia demasiado valiosa como para permitir que en ella reine el engaño. Aun así, Kruppe os asegura, por la experiencia que posee, que todo engaño nace en la mente, donde se alimenta en detrimento de las virtudes.

El portavoz aceptó una rebanada de pan y sonrió.

—En tal caso, quizá nosotros seamos tus virtudes.

Kruppe estudió en silencio el queso que tenía en la mano.

—Una posibilidad que Kruppe no había considerado antes, entreverada con la observación silenciosa del moho de este queso. Pero, ay, el tema corre peligro de perderse en el laberinto de la semántica. Los mendigos no pueden escoger en cuanto a queso se refiere. Habéis vuelto de nuevo, y Kruppe sabe por qué, tal como ha explicado ya con admirable ecuanimidad.

—La moneda gira, Kruppe, aún gira —recordó el portavoz, que privó a su rostro de humor.

Kruppe lanzó un suspiro. Luego, ofreció el queso de cabra al hombre que se sentaba a su derecha.

—Kruppe lo oye —admitió cansado—. No puede evitar oírlo. Un ruido metálico infinito que reverbera en su cabeza. Y por todo cuanto Kruppe ha visto, por todo lo que sospecha que hay, es sólo Kruppe, un hombre que desafiaría a los dioses en su propio juego.

—Quizá seamos tus dudas —sugirió el portavoz—, a las cuales no has temido enfrentarte antes, tal como te sucede ahora. Aun así queremos que vuelvas, incluso exigimos que luches por la vida de Darujhistan, por la vida de tus muchos amigos y por la vida del joven a cuyos pies caerá la moneda.

—Cae cada noche —aseguró Kruppe. Los seis mendigos asintieron al escuchar aquellas palabras, aunque en su mayoría parecían más pendientes del pan y el queso—. ¿Aceptará Kruppe, pues, este desafío? ¿Qué son los dioses, después de todo, sino las víctimas más propicias? —Sonrió al tiempo que levantaba las manos y revoloteaban sus dedillos—. ¿Para Kruppe, cuya rapidez de manos es tan sólo comparable a su agilidad mental? Víctimas perfectas de la seguridad en sí mismas, asegura Kruppe, cegadas siempre por la arrogancia, convencidas de su infalibilidad. ¿Acaso no es de extrañar que hayan sobrevivido tanto tiempo?

Asintió el portavoz, que apuntó con la boca llena de queso:

—Quizá en tal caso seamos tus dones. Desperdiciados, pues así están.

—Posiblemente —respondió Kruppe, que entornó los ojos —. A pesar de ello, sólo uno de vosotros habla.

El mendigo calló mientras tragaba, y luego, cuando rompió a reír, sus ojos danzaron a la luz de la vela.

—Quizá los demás deban hallar aún su voz, Kruppe. Esperan a recibir la orden de su amo.

—Oh, vaya —suspiró Kruppe mientras se disponía a levantarse—, aunque Kruppe es una caja de sorpresas.

—¿Vuelves a Darujhistan? —preguntó el portavoz levantando la mirada.

—Por supuesto —respondió Kruppe al tiempo que se ponía en pie con un gruñido sincero—. Apenas ha salido a disfrutar un poco del aire fresco de la noche, más limpio lejos de las temblorosas murallas de la ciudad, ¿no estás de acuerdo? Kruppe necesita ejercitar sus músculos para afilar sus ya prodigiosas destrezas. Un paseo en sueños. Esta noche —continuó, metiendo los pulgares en el cinto—, la moneda cae. Kruppe debe asumir su lugar en el centro de las cosas. Volverá a su cama, pues la noche aún es joven. —Paseó la mirada entre los mendigos. Todos parecían haber ganado peso, e incluso un color saludable cubría sus robustas mejillas mientras le observaban—. Kruppe asegura que ha sido un auténtico placer, caballeros. La próxima vez, no obstante, veámonos en una fonda que no se asiente en la cima de una colina, ¿qué os parece?

—Ah, pero Kruppe, los dones no se obtienen fácilmente, tampoco las virtudes, ni las dudas se superan con facilidad, y hambriento es siempre el ímpetu de quienes ascienden —sonrió el portavoz.

Kruppe entrecerró los ojos al mirar al hombre.

—Kruppe ya es demasiado listo —murmuró.

Abandonó la fonda y cerró suavemente la puerta al salir. Al descender el sendero llegó de nuevo a la encrucijada, donde se detuvo frente a la figura envuelta en arpillera que colgaba de la rama. Kruppe apoyó sus puños en las caderas y la estudió.

—Sé quién eres —aseguró, jovial—. El aspecto último de Kruppe para completar la colección de este sueño de aquellos rostros que le encaran y que pertenecen a Kruppe. O eso es lo que asegurarás. Eres la humildad, pero, como todo el mundo sabe, la humildad no tiene lugar en la vida

de Kruppe, recuérdalo. De modo que aquí te quedas. —Después dirigió la mirada al este, a la gran ciudad que iluminaba el cielo azul y verde—. Ah, hogar de Kruppe es esa maravillosa y fogosa gema de Darujhistan. Y eso —añadió al echar a andar— es tal como debería ser.

Desde el muelle que se extendía a lo largo de la costa del lago, arriba por las danzarinas hileras de los arrabales de Gadrobi y Daru, entre los complejos de los templos y las mansiones de calidad, hasta la cumbre de la colina de la Majestad, donde se reunía el concejo local, los tejados de Darujhistan presentaban superficies llanas, de tejas corvadas, torres que remataban en un cono, campanarios y plataformas recargadas con tal caos y profusión de adornos que, a excepción de las calles mayores, el resto de la ciudad permanecía siempre oculta al sol.

Las antorchas que señalaban las callejuelas más frecuentadas eran astiles huecos, en cuya punta tenían una mano de hierro negro que aferraba entre sus dedos la piedra pómez. Alimentado a través de antiguas y picadas cañerías de cobre, el gas silbaba bolas de fuego alrededor de las piedras porosas, un fuego desigual que despedía una luz entre verde y azulada. El gas lo extraían de enormes cavernas bajo la ciudad, y era canalizado por imponentes válvulas. Quienes atendían estas obras eran los llamados Carasgrises, hombres y mujeres silenciosos que se movían como espectros bajo las calles adoquinadas de la urbe.

Por espacio de novecientos años el aliento del gas había alimentado al menos a uno de los distritos de la ciudad. Aunque hubo cañerías devoradas por coléricos fuegos y llamaradas que se alzaron cientos de varas al cielo, los

Carasgrises habían aguantado, enroscando las cadenas y sometiendo a su invisible dragón hasta ponerlo de rodillas.

Bajo los tejados había un submundo bañado por siempre en fulgor azulado. Esa luz era la que señalaba la mayor parte de las avenidas y los muy concurridos, estrechos y torcidos pasadizos de los mercados. En la ciudad, sin embargo, más de veinte mil callejones, apenas lo bastante espaciosos como para permitir el paso de un carro de mano, permanecían siempre a la sombra, rota tan sólo por el transeúnte ocasional que llevara una antorcha o por las linternas sordas de la guardia de la ciudad.

De día, los tejados relucían calurosos al sol, abarrotados por esas banderas de la vida hogareña que, tendidas, se secaban y flameaban al viento procedente del lago. De noche, las estrellas y la luna iluminaban un mundo atravesado por las cuerdas de tender la ropa, vacíos, y por las caóticas sombras que despedían.

Aquella noche, una figura se entramaba alrededor de las cuerdas de cáñamo y también de las sombras. La luna en el firmamento tenía la forma de una hoz, y se abría camino entre leves bancos de nubes como la cimitarra de un dios. La figura vestía ropa negra, manchada de hollín alrededor del torso y las extremidades, y mantenía el rostro igualmente oculto, pues tan sólo había dejado el espacio que necesitaban sus ojos, que en ese momento observaban los tejados más próximos. La bandolera de cuero negro, que la figura tenía cruzada alrededor del pecho, contaba con bolsillos y prietos aros en los que llevaba las herramientas de la profesión: adujas de cable de cobre, limas de hierro, tres serruchos de metal, envueltos todos en sus correspondientes fundas lubricadas, goma, un terrón de sebo, un carrete de hilo de pescar, una daga de hoja

estrecha y un cuchillo arrojadizo, ambos envainados bajo el brazo izquierdo, las empuñaduras mirando hacia la mano.

Las puntas de los mocasines del ladrón habían probado la brea. Cuando cruzó el tejado llano tuvo cuidado de no apoyar todo el peso en las puntas de sus pies, de modo que el medio pulgar que medía la tira de pegajosa brea había quedado intacta. Llegó al borde del edificio y se asomó; tres plantas más abajo distinguió un jardincillo tenuemente iluminado por cuatro lámparas de gas, colocadas en las esquinas de un patio enlosado en cuyo centro destacaba una fuente. Un fulgor púrpura se aferraba al follaje, que ganaba espacio en el patio, y brillaba con luz tenue en el agua que goteaba por una serie de hileras de piedra hasta desembocar en el estanque. En un banco situado junto a la fuente se hallaba sentado un guardia, reclinado, durmiendo, con una lanza entre las rodillas.

La mansión D'Arle era un tema de conversación muy popular entre los círculos de la nobleza de Darujhistan, sobre todo por la elegibilidad de la hija más joven de la familia. Muchos habían sido los pretendientes, muchos los regalos entre gemas y fruslerías que residían ahora en el dormitorio de la joven doncella.

Si bien estas historias pasaban de boca en boca como un dulce entre los miembros de la clase alta, pocos plebeyos prestaban atención cuando se hablaba de ello en su presencia. No obstante, había quienes escuchaban con muchísimo interés, ambiciosos y mudos de pensamiento, ansiosos por conocer más detalles.

Mientras vigilaba al guardia que dormitaba en el jardín, la mente de Azafrán Jovenmano tanteó a través de las especulaciones de lo que estaba a punto de suceder. La clave estaba en descubrir qué habitación de las veinte que tenía la casa correspondía a la doncella. A Azafrán no le

gustaban las conjeturas, pero había descubierto que sus pensamientos, llevados casi totalmente por el instinto, actuaban conducidos por una lógica propia cuando decidía ese tipo de cosas.

Lo más probable era que el piso superior fuera el destinado a la más joven y bella de las hijas de los D'Arle. Y con un balcón que miraba al jardín…

Pasó la atención del guardia a la pared que tenía inmediatamente debajo. Tres balcones, pero sólo uno, a la izquierda, en la tercera planta. Azafrán se apartó del borde y se deslizó en silencio por el tejado, hasta calcular que estaba justo encima del balcón; entonces se acercó de nuevo y se asomó.

Apenas tres varas de altura, eso como mucho. A ambos lados del balcón se alzaban sendas columnas de madera pintada. Un arco en forma de media luna las unía, un arco que distaba un brazo desde su posición, y que de algún modo completaba el marco del balcón. Con una última mirada al guardia, que no se había movido, y cuya lanza no parecía correr peligro de caer con estrépito en las losas, Azafrán descendió lentamente por la pared.

La brea de los mocasines se aferró con fuerza a los salientes. Había multitud de asideros, puesto que el tallador había esculpido hondo en la madera dura, y el sol, la lluvia y el viento habían deteriorado la pintura. Descendió por una de las columnas hasta que sus pies se posaron en la barandilla del balcón, donde ésta lindaba con la pared. Al cabo de un instante, se agazapó en las baldosas barnizadas, a la sombra de una mesita de hierro forjado y de una silla con cojín.

No se filtraba ninguna luz por los postigos de la puerta corredera. Dos silenciosos pasos lo llevaron junto a ésta. Tras inspeccionarla unos instantes, reconoció el tipo de

cerradura. Azafrán sacó un serrucho de minúsculos dientes y se dispuso a trabajar. La herramienta no hacía prácticamente ningún ruido, no más que el temblor de la pata de un saltamontes. Estupendo instrumento, poco común y probablemente muy caro. Azafrán tenía suerte de contar con un tío que alimentaba un interés superficial por la alquimia y que, por tanto, tenía necesidad de herramientas fortalecidas mediante el uso de la magia para construir sus bizarros mecanismos de filtrado. Aún mejor, puesto que su tío era un hombre muy distraído, con tendencia a extraviar cosas.

Al cabo de largo rato los dientes del serrucho cortaron el último pestillo. Devolvió el serrucho al arnés, se limpió el sudor con las manos y abrió la puerta.

Azafrán asomó la cabeza en la habitación. En la penumbra gris vio una imponente cama con dosel, que apenas distaba unas dos varas a su izquierda, con la cabecera apoyada contra la pared. Una mosquitera la envolvía hasta caer en pliegues en el suelo, donde formaban una pila. Procedente de la cama escuchó la respiración regular de alguien que se hallaba sumido en un sueño profundo. La estancia olía a perfume del caro, especiado y probablemente procedente de Callows.

Inmediatamente frente a él había dos puertas: una entreabierta, que conducía al cuarto de baño; la otra constituía una formidable barrera de roble reforzado, con una si cabe más formidable cerradura. Contra la pared, a su derecha, se encontraba el armario ropero, y un tocador en cuya superficie vio tres bruñidos espejos de plata, unidos sus marcos entre sí mediante goznes. El del medio subía hasta la mitad de la pared, los otros dos formaban en ángulo sobre el tocador, colocados para reflejar un sinfín de rostros de admiración. Azafrán se puso de lado y se coló en

la habitación. Una vez dentro, se levantó lentamente y desperezó los músculos, aliviándolos de la tensión que los había mantenido inmóviles durante la pasada media hora. Volvió la mirada al tocador y se encaminó de puntillas hacia él.

La mansión de los D'Arle era la tercera desde la cima de la antigua avenida K'rul, que discurría ladera arriba por la primera de las colinas internas de la ciudad hasta un patio circular, enmarañado con hierbajos e irregulares dólmenes semienterrados. Frente al patio se alzaba el templo de K'rul, cuyas antiguas piedras estaban cubiertas de grietas y sepultadas por el musgo.

El último monje del dios ancestral había fallecido hacía generaciones. El campanario cuadrado que se alzaba en el patio interior del templo pertenecía al estilo arquitectónico de un pueblo que había desaparecido tiempo ha. Cuatro postes de mármol rosado señalaban las esquinas del atrio, que aún sostenía en lo alto un techo terminado en punta, con costados que habían sido escalados en tejas de bronce con aguas verdes.

El campanario dominaba una docena de tejados llanos, pertenecientes a mansiones y casas de la clase acomodada. Una de estas construcciones casi invadía el terreno delimitado por los muros del templo, y en su techo se proyectaba la larga sombra de la torre. En este tejado permanecía agazapado un asesino, que tenía las manos manchadas de sangre.

Talo Krafar, del clan de Jurig Denatte, respiraba entrecortadamente. El sudor dibujaba surcos en la frente manchada de tierra, para luego resbalar por su ancha nariz

torcida. Se miraba las manos con los ojos muy abiertos, puesto que suya era la sangre que las manchaba.

Aquella noche, su misión era la del azotacalles; había patrullado los tejados de la ciudad que, a excepción de algún que otro ladrón, eran los dominios de los asesinos, el medio por el cual se desplazaban por la ciudad sin ser detectados. Los tejados les proporcionaban una ruta en aquellos encargos no autorizados de carácter político, o en la continuación de una querella entre dos casas, o en el castigo por una traición. El concejo gobernaba de día bajo el escrutinio público; la Guilda lo hacía de noche, invisible, y no dejaba testigos. Así había sido siempre desde que se puso la primera piedra en Darujhistan junto a las costas del lago Azur.

Talo cruzaba un tejado inocuo cuando el virote de una ballesta descargó un martillazo en su hombro izquierdo. La fuerza del golpe lo empujó hacia delante, y por unos interminables instantes contempló aturdido el nocturno cielo lleno de nubes negras, preguntándose qué había sucedido. Finalmente, cuando el entumecimiento dio paso al dolor, se encogió sobre el costado. El virote lo había atravesado de parte a parte. Lo vio en las tejas embreadas, a una vara escasa de distancia, y giró sobre sí hasta colocarse junto al proyectil ensangrentado.

Le bastó con echarle un vistazo para confirmar que no se trataba del arma de un ladrón. Era un arma pesada, la de un asesino. A medida que este hecho se abría paso a través de la confusa maraña que formaban los pensamientos de Talo, éste se puso primero de rodillas y, luego, en pie. Finalmente, corrió despacio hacia el borde del edificio.

La sangre chorreaba de la herida cuando descendió al oscuro callejón situado al pie de la casa. Cuando por fin sus mocasines descansaron en los resbaladizos adoquines

alfombrados de basura, hizo una pausa en un esfuerzo por infundir algo de claridad en su mente. Aquella noche había estallado una guerra de asesinos. Pero ¿qué líder de clan sería lo bastante insensato como para creer que él, o ella, podría usurpar a Vorcan el control que ejercía en la Guilda? Fuera como fuese, debía regresar al nido de su clan, a ser posible. Y con esa intención echó a correr.

Había corrido en zigzag oculto en las sombras del tercer callejón cuando sintió un escalofrío en la espina dorsal. Talo se quedó paralizado mientras recuperaba el resuello. La sensación que aumentaba en la boca del estómago era inconfundible, tan cierta como el instinto: lo estaban siguiendo. Observó la pechera empapada de la camisa y comprendió que no iba a poder burlar a su perseguidor. Sin duda, el cazador le había visto entrar en el callejón e incluso le estaría apuntando a la boca con la ballesta desde el extremo opuesto. Al menos, así lo habría hecho el propio Talo.

Tenía que dar la vuelta a la partida, tender una buena trampa. Y para lograrlo necesitaba los tejados. Talo volvió a la embocadura del callejón que acababa de tomar y estudió los edificios cercanos. Dos calles a su derecha se alzaba el templo de K'rul. Clavó la mirada en el edificio oscuro del campanario. *Allí.*

El ascenso a punto estuvo de costarle la conciencia. Arriba se agazapó a la sombra del campanario, a un edificio de distancia del templo. Sus esfuerzos habían bombeado sangre al hombro en una cantidad espantosa. Había visto sangre antes, por supuesto, pero jamás tanta, y propia, de golpe. Por primera vez se planteó en serio si iba a morir. Sus brazos y piernas empezaron a entumecerse, y comprendió que si seguía donde estaba era muy posible que jamás pudiera marcharse. Con un gruñido

imperceptible se puso en pie. El salto al tejado del templo apenas eran unas varas, pero al caer lo hizo de rodillas.

Entre jadeos, Talo hizo a un lado cualquier pensamiento relacionado con el fracaso. Lo único que quedaba era descender por el muro interno del templo hasta el patio y, luego, subir la escalera en espiral del campanario. Dos tareas. Dos tareas bien sencillas. En cuanto se hallara al amparo de las sombras del campanario, podría vigilar todos los tejados de las inmediaciones. Y el cazador iría a por él. Talo se detuvo a comprobar el estado de su propia ballesta, que llevaba cruzada a la espalda, y los tres virotes enfundados en el muslo izquierdo.

Observó la oscuridad que se extendía como un manto a su alrededor.

—Seas quién seas, cabrón, te atraparé —susurró.

Acto seguido, se arrastró a gatas por el tejado del templo.

La cerradura del joyero resultó sencillísima. Al poco de entrar en la habitación, Azafrán la había limpiado de arriba abajo. Una pequeña fortuna en oro, gemas y perlas, guardadas ya en la bolsita de cuero que llevaba atada al cinto.

Permaneció acuclillado junto al tocador, contemplando la última pieza del botín. *Esto lo guardaré.* Se trataba de un turbante de seda azul celeste con borlitas entretejidas, cuyo cometido, sin duda, era servir en la próxima fiesta. Al cabo, dejó de admirarlo, se colocó el turbante bajo la axila y se levantó. Entonces, volvió la mirada a la cama y se acercó.

La mosquitera obscurecía la forma medio enterrada bajo las suaves sábanas. Otro paso le llevó al borde del lecho. La muchacha estaba desnuda de cintura para arriba. El ladrón

sintió que el rubor se extendía por sus mejillas, lo cual no le hizo apartar la mirada. *Por la Reina de los Sueños, ¡pero si es preciosa!* A sus diecisiete años de edad, Azafrán había visto suficientes rameras y bailarinas como para no quedarse boquiabierto ante las virtudes desnudas de una mujer; aun así, no podía dejar de mirarla. Luego, con una mueca de disgusto, se dirigió a la puerta del balcón. Un instante después había salido de la habitación. Tomó una bocanada del frío aire nocturno para despejarse un poco. Arriba, por encima del manto oscuro, un puñado de estrellas resplandecía con la suficiente intensidad para atravesar la gasa de nubes. No eran nubes, sino el humo que había cruzado el lago procedente del norte. La noticia de la caída de Pale a manos del Imperio de Malaz había corrido de boca en boca aquellos dos últimos días.

Y nosotros somos los siguientes.

Su tío le había contado que el concejo seguía proclamando la neutralidad, en un intento desesperado por desvincular la ciudad de la ya destruida alianza de las Ciudades Libres. Pero los malazanos no parecían prestar atención. *¿Y por qué iban a hacerlo?* —preguntaba su tío—. *El ejército de Darujhistan consta de una despreciable pandilla de hijos de familias nobles que no hacen más que dedicarse a deambular por la calle de las Putas, cuidando de que no les birlen la espada engarzada…*

Azafrán se encaramó al tejado de la mansión y se deslizó en silencio por las tejas. Otra casa, de idéntica altura, apareció ante él con un tejado llano a menos de dos varas de distancia. El ladrón se detuvo en el borde para mirar abajo, al callejón que se hallaba a una caída de diez varas, pero no vio más que oscuridad. Seguidamente cubrió de un salto la distancia que lo separaba del otro tejado.

Se dispuso a cruzarlo. A su izquierda se alzaba la lúgubre silueta de la torre del campanario de K'rul, nudosa como un puño huesudo hundido en el firmamento nocturno. Azafrán llevó la mano a la bolsita de cuero que colgaba del cinto, tanteando con los dedos el nudo y el estado de los cordeles. Satisfecho por considerarlos bien prietos, comprobó el turbante que llevaba hundido bajo una correa del arnés. Todo en orden. Luego reanudó su silencioso paseo por el tejado. Estupenda noche aquélla. Azafrán sonrió.

Talo Krafar abrió los ojos. Aturdido y cegado, miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? ¿Por qué se sentía tan débil? Al recordar lo sucedido, un gruñido escapó de sus labios. Había perdido la conciencia, ahí apoyado contra la columna de mármol. Pero ¿qué le habría despertado? Se irguió y se impulsó hacia arriba para echar un vistazo a los tejados cercanos. ¡Ahí! Una figura se movía por el tejado llano de un edificio que no distaba ni cinco varas.

Ahora, cabrón. Ahora. Levantó la ballesta, apoyando el hombro sano en la columna. Ya la había armado, aunque no recordaba haberlo hecho. A esa distancia era imposible fallar. En cuestión de segundos, su cazador estaría muerto. Talo sonrió mostrando los dientes y apuntó con sumo cuidado.

Azafrán se encontraba a medio camino por el tejado, acariciando con una mano el turbante de seda que guardaba a la altura del corazón, cuando una moneda cayó a sus pies con tal estruendo metálico que no pudo dejar de oírlo. Por un acto reflejo se agachó para atraparla con

ambas manos. Algo zumbó en el aire, justo sobre su cabeza, y levantó la mirada, asustado, para después tumbarse cuerpo a tierra cuando una teja de cerámica se hizo añicos a seis varas de donde se encontraba.

Gimió al comprender qué era lo que había sucedido, y después, cuando se desplazó a gatas, acarició la moneda distraído, antes de guardarla bajo el cinto.

Talo lanzó una maldición, incapaz de creer que hubiera errado. Bajó la ballesta y contempló a la figura, aturdido, hasta que su sentido del peligro acudió una vez más en su ayuda. Y cuando giró sobre los talones, vio una figura encapuchada de pie ante él, con los brazos en alto. Bajó los brazos con un rápido ademán y dos dagas largas y estriadas se hundieron en el pecho de Talo. Con un último gruñido de incredulidad, el asesino murió.

Un chirrido llegó a oídos de Azafrán, que se volvió para encarar el campanario. Un bulto se precipitó entre las columnas a una altura de cinco varas. Instantes después, una ballesta lo siguió. Azafrán levantó la mirada para ver la silueta enmarcada entre las columnas, así como los relucientes cuchillos que empuñaban sus manos. La sombra parecía estudiarle.

—¡Oh, Mowri! —rezó el ladrón, antes de darle la espalda y echar a correr.

En el campanario de K'rul, los ojos del asesino, con su peculiar forma, observaron la huida del ladrón hacia el extremo opuesto del tejado. Levantó un poco la barbilla y

aspiró el aire, luego arrugó el entrecejo. Una ráfaga de poder acababa de deshilachar el tejido de la noche, como quien atraviesa con el dedo una tela podrida. A través del desgarrón había llegado alguien.

El ladrón ganó el extremo opuesto y desapareció tras él. El asesino siseó un hechizo en una lengua más antigua que el propio campanario y el templo, una lengua que nadie había escuchado en aquellas tierras desde hacía milenios, y después saltó del campanario. A lomos de la aureola mágica, el descenso del asesino al tejado fue lento, controlado. Al posarse, sus pies apenas rozaron las tejas.

Surgida de la oscuridad apareció una segunda figura, cuya capa extendida semejaba un par de alas negras. Luego apareció una tercera, que también descendió en silencio sobre el tejado. Conversaron brevemente. La última en llegar masculló una orden, y luego se movió. Las otras dos cruzaron algunas palabras más, y se dispusieron a seguir el rastro del ladrón, armada la segunda de una ballesta.

Un rato después, Azafrán se recostó en el tejado inclinado de la casa de un mercader para recuperar el aliento. No había visto a nadie ni oído nada. O bien el asesino no le había perseguido, o se las había apañado para perderlo. A él o a ella. Recuperó mentalmente la imagen de aquella figura en el campanario. No, no era probable que fuese una mujer. Demasiado alta, casi dos varas, y muy delgada.

Un temblor sacudió al joven ladrón. ¿Con qué se había topado? Un asesino casi le había ensartado, un asesino al que después alguien había matado. ¿Una guerra entre Gremios? En tal caso, los tejados acababan de convertirse en un lugar muy peligroso.

Azafrán se levantó con cautela y miró a su alrededor.

Una teja cayó con estrépito desde el tejado. Azafrán se volvió para ver al asesino que se arrojaba sobre él. Un vistazo a las dos dagas que relampaguearon en la noche le bastó para echar a correr hacia el borde del tejado y arrojarse en brazos de la oscuridad.

El edificio que tenía enfrente se hallaba demasiado lejos, pero Azafrán había escogido su lugar de descanso en terreno conocido. Al precipitarse en las sombras extendió las manos. El cable se hundió bajo los brazos y se deslizó a las axilas mientras hacía lo posible por aferrarse a algo sólido, pero quedó colgando a unas seis varas de altura sobre el callejón.

Si bien la mayor parte de los cables para tender la ropa extendidos en las calles de la ciudad eran muy finos, poco fiables, había entre ellos algunos cables forrados de tela. Colocados por generaciones y generaciones de ladronzuelos, estaban, además, firmemente asegurados a las paredes. De día, el Paso del Mono (tal como lo llamaban los de la Guilda) no parecía muy diferente a cualquier otro tendido de cables donde airear la ropa, pues estaba repleto de sábanas. No obstante, era con la puesta de sol cuando servían a su verdadero propósito.

Con las palmas de las manos ardiendo, Azafrán avanzó por el cable hacia la pared opuesta. Se atrevió a mirar hacia arriba, y lo que vio lo dejó paralizado. En el alero del edificio, ante su mirada, había un segundo cazador, armado con una ballesta pesada, antigua, dispuesto a tomarse su tiempo para apuntarle.

Azafrán soltó el cable. Al caer, un virote pasó silbando justo por encima de su cabeza. A su espalda, el cristal de una ventana se hizo añicos. La caída se frenó en seco por el encontronazo con el primero de una serie de cables de

tender la ropa, que tras el impacto se partió. Después de lo que pareció una eternidad de golpes y latigazos producidos por los cables, que atravesaron su ropa hasta morderle piel, Azafrán cayó sobre los adoquines del callejón, con las piernas extendidas e inclinado hacia delante. Cedieron sus rodillas, pero recurrió al hombro para rodar sobre sí y disminuir la gravedad de la caída, al menos hasta que dio con la cabeza contra la pared.

Aturdido, Azafrán hizo un esfuerzo por ponerse en pie. Levantó la mirada con un gruñido. A pesar de que el dolor le había empañado la vista, vio descender a una figura a una velocidad que parecía imposiblemente lenta para tratarse de una caída. Al comprender qué sucedía, el ladrón abrió los ojos como platos. *¡Hechicería!*

Se alejó trastabillando callejón abajo en dirección contraria, acusando la cojera, medio ciego. Alcanzó una esquina y, fugazmente iluminado por la luz de una lámpara de gas, huyó por una calle mayor para después tomar otra callejuela. En cuanto estuvo al amparo de las sombras, Azafrán se detuvo. Con suma cautela, asomó la cabeza por el borde de la pared. Un virote alcanzó el ladrillo, junto a su cara. Metió la cabeza en el callejón, giró sobre sus talones y echó a correr todo cuanto fue capaz.

Por encima de su cabeza oyó el aleteo de una capa. Un espasmo abrasador en la cadera izquierda le hizo tropezar. Otro virote pasó por su hombro y se hundió en los adoquines. El espasmo pasó tan rápido como había aparecido, recuperó pie y siguió huyendo. Delante de él, en la embocadura del callejón, vio la entrada iluminada de una vivienda. Una anciana sentada en los escalones de piedra chupaba una pipa. Brillaron sus ojos cuando vio acercarse al ladrón. Al pasar Azafrán por su lado y enfilar los escalones, la anciana golpeó la cazoleta de la pipa en la

suela del zapato. Una lluvia de chispas cayó sobre el empedrado.

Azafrán empujó la puerta y se arrojó al interior. Tenía enfrente un estrecho corredor tenuemente iluminado y una escalera atestada de niños al fondo. Corrió despacio por el pasillo. Desde las puertas a ambos lados se oía un conjunto de ruidos desagradables: voces que discutían, bebés que lloraban, el estrépito de un fregadero.

—¿Acaso aquí no dormís nunca? —gritó Azafrán mientras corría. Los niños en la escalera se apartaron de su camino, y el ladrón subió los peldaños de dos en dos. En el piso superior se detuvo ante una de las puertas, de recio roble. La abrió y entró en la habitación.

Había un anciano sentado a un escritorio enorme que apartó la mirada de su trabajo un instante para mirarle, y que, acto seguido, siguió haciendo garabatos en una hoja de pergamino arrugado.

—Buenas noches, Azafrán —dijo distraído.

—Buenas noches tengas tú también, tío —jadeó Azafrán.

En el hombro de tío Mammot se acuclillaba un pequeño monito alado, cuya mirada febril, casi enloquecida, siguió al joven ladrón por la estancia hasta la ventana situada frente a la puerta. Abrió de par en par los postigos y se encaramó al alféizar. Abajo había un jardín escuálido, descuidado, que en buena parte quedaba oculto en sombras. Un solitario y nudoso árbol destacaba en el conjunto. Observó las ramas, se cogió al marco de la ventana y echó el cuerpo atrás. Entonces, después de tomar una bocanada de aire, saltó en seco hacia las oscuras ramas.

Al salir del espacio delimitado por el marco oyó un gruñido de sorpresa, procedente de arriba, seguido de algo que rascaba la piedra. Al cabo de un instante, alguien se

desplomó en el jardín. Los gatos maullaron mientras una voz lanzaba una solitaria y dolorida maldición.

Azafrán se aferró a la flexible rama. Calculó cada balanceo de ésta, luego extendió las piernas en pleno ascenso. Sus mocasines cayeron con firmeza en otro vano. Se balanceó sobre él con un gruñido y soltó la rama. Con la fuerza del impulso, arremetió contra la contraventana de madera. Esta cedió y Azafrán la siguió de cabeza; cayó al suelo rodando y, finalmente, se puso en pie.

Oyó movimiento procedente de la habitación contigua del apartamento. Echó a correr hacia la puerta del vestíbulo, la abrió de par en par y salió justo cuando a su espalda alguien con voz ronca le lanzaba una maldición. Azafrán siguió corriendo hacia el extremo del pasillo, donde una escalera conducía a una trampilla en el techo.

Pronto ganó el tejado. Se agazapó en la oscuridad e intentó recuperar el aliento. Volvió a sentir ese ardor en la cadera. Pensó que seguramente se había hecho daño al caer por los cables de tender la ropa. Llevó la mano para hacerse un masaje en el punto y descubrió que sus dedos se cerraban en torno a algo duro, redondo y caliente. *¡La moneda!* Azafrán la agarró.

Justo entonces, oyó un súbito silbido y, de resultas del impacto, la piedra escupió polvillo sobre él. Agachado, vio un virote con la punta partida rebotar en el tejado y precipitarse sobre el borde, girando sobre su propio eje. Se le escapó un gemido ahogado y echó a correr por el tejado hacia el extremo opuesto. Sin pausa saltó. Tres varas por debajo había un toldo combado, que habían estirado para darle forma, y ahí fue a caer. Los listones de hierro en los que se enmarcaba el toldo se hundieron, pero aguantaron. Desde ahí sólo hubo de descolgarse hasta la calle.

Azafrán corrió despacio hasta la esquina, donde se alzaba un viejo edificio cuya luz amarillenta se filtraba del interior por las ventanas desvencijadas y sucias. Un letrero de madera colgaba sobre la puerta, y en él podía verse la figura desdibujada de un pájaro muerto, tendido de espaldas, con las patitas hacia arriba. Tieso, vamos. El ladrón subió los peldaños y empujó la puerta.

Una corriente de luz y ruido le inundó por completo, igual que un bálsamo. Dio un portazo y recostó la espalda en la puerta. Cerró los ojos y se libró del pañuelo con el que se cubría la cabeza. Su cabello negro azabache cayó sobre los hombros, tenía la frente perlada de sudor, y su mirada de ojos azul claro daba fe del cansancio.

Quiso levantar la mano para secarse el sudor, pero en lugar de ello alguien le puso una jarra en ella. Azafrán abrió los ojos y vio a Sulty tan ajetreada como de costumbre, llevando en una mano una bandeja llena de enormes jarras de peltre. Lo miró por encima del hombro con una sonrisa.

—¿Has tenido mala noche, Azafrán?

—No —respondió él, devolviéndole la mirada—. Nada del otro mundo.

Se llevó la jarra a los labios y tomó un largo, largo sorbo.

Al cruzar la calle, frente a la destartalada taberna del Fénix, uno de los cazadores se encontraba de pie en el borde del tejado, observando la puerta por la cual acababa de entrar el ladrón. Reposaba la ballesta en el hueco del brazo.

Llegó el segundo cazador, que envainó los dos cuchillos largos al acercarse a su compañero.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el primero en voz baja, en su lengua natal.

—Crucé unas palabras con un gato.

Ambos guardaron silencio unos instantes.

—Demasiado torcido como para ser natural —comentó el primer cazador, con un suspiro de preocupación.

—También tú percibiste el rasgón —se mostró de acuerdo el otro.

—Un Ascendiente se… entrometió. No obstante, ha sido demasiado cauto para mostrarse abiertamente.

—Lástima. Hace años de la última vez que acabé con un Ascendiente.

Procedieron a comprobar el estado de sus armas. El primer cazador cargó la ballesta y deslizó cuatro virotes más en el cinto. El segundo cazador desenvainó los cuchillos largos y limpió los restos de sudor y mugre de la hoja.

Oyeron que alguien se acercaba por detrás y, al volverse, vieron a su comandante.

—Está en la taberna —informó el segundo cazador.

—No dejaremos testigos de esta guerra secreta con la Guilda —añadió el primero.

La comandante miró de reojo la puerta de la taberna del Fénix.

—No —ordenó a los cazadores—. La inquieta lengua de un testigo podría beneficiar nuestros esfuerzos.

—Ese mocoso tuvo ayuda. —El primer cazador dotó de cierto énfasis su voz.

—Volveremos al redil. —La comandante sacudió la cabeza.

Los dos cazadores ocultaron las armas. El primero se volvió hacia la taberna y preguntó:

—¿Quién crees tú que le protegió?

—Cualquiera dotado de sentido del humor —refunfuñó el compañero.

Capítulo 6



Hay una cábala que respira
más hondo que los mugidos.
Atrae fuegos de esmeralda
bajo los radiantes adoquines de lluvia.
Aunque puedas escuchar el gemido,
procedente de las profundas cavernas,
el susurro de la hechicería
es más bajo que el postrer suspiro
de un ladrón que, sin quererlo,
da un paso en falso
en la secreta trama de Darujhistan…

Cábala (fragmento)
Lodazal (n. 1122?)

La punta extendida del ala derecha rozó la negra roca rugosa cuando Arpía remontó las silbantes corrientes de aire de Engendro de Luna. Desde las cuevas y las cornisas iluminadas por la luz de las estrellas, sus intranquilos hermanos y hermanas la llamaron al pasar. «¿Volamos?», preguntaron. Mas Arpía nada respondió. Sus rutilantes ojos negros seguían fieles en la bóveda celeste. Sus enormes alas batían con estruendoso poder. Tensa, inhibida, implacable. No tenía tiempo para el ansioso graznido de los jóvenes; no había tiempo para atender sus necesidades simplistas con la sabiduría que había acumulado a lo largo de sus mil años de vida.

Aquella noche, Arpía volaba para su señor.

Al remontar el vuelo por los quebrados picos que recorrían la cresta de Luna, un viento fuerte barrió sus alas, un viento frío y seco que sintió en las plumas untosas. A su alrededor, las corrientes nocturnas arrastraban minúsculas volutas de humo que parecían almas en pena. Arpía trazó un círculo completo mientras su mirada atenta percibía el fulgor de los pocos fuegos encendidos que quedaban en los riscos; luego alabeó un ala y se dejó llevar por el viento en dirección norte, al lago Azur.

Sobrevolaba una superficie que carecía de rasgos interesantes; era la llanura del Asentamiento, cuya monótona extensión de hierba grisácea no interrumpían ni colinas ni casas. Justo delante se extendía la reluciente capa enjoyada de Darujhistan, que proyectaba al cielo un fulgor color zafiro. A medida que se acercaba a la ciudad, su sobrenatural visión reparó, aquí y allá, entre las mansiones levantadas en la parte alta, en la emanación aguamarina de la hechicería.

Arpía graznó. La magia era como ambrosía para los grandes cuervos. Les atraía por el olor a sangre y poder, y al amparo de su aura la esperanza de vida se medía en siglos. Su aroma también ejercía otros efectos. Arpía volvió a graznar. Clavó la mirada en una de las mansiones en particular, envuelta por una profusión de magia protectora. Su señor le había dado una descripción minuciosa de la firma mágica que debía buscar, y ahí estaba, la había encontrado. Plegó sus alas y cayó en picado sobre la mansión.

Tierra adentro del puerto, situado en el distrito de Gadrobi, el terreno se elevaba formando cuatro terrazas al

este. Las calles de adoquines, gastados hasta verse reducidos a un mosaico resbaladizo, eran representativas de la zona comercial del distrito de Gadrobi, y eran cinco en total, únicas rutas que llevaban al distrito del Cenagal y, de ahí, al siguiente barrio, llamado Antelago. Más allá de los tortuosos pasillos que en Antelago pasaban por calles, doce puertas de madera daban al distrito de Daru, y, desde éste, otras doce puertas —controladas éstas por la guardia de la ciudad, y atrancadas con un rastrillo de hierro— comunicaban la parte alta con la parte baja de la ciudad.

La cuarta hilera de casas, la situada en terreno más elevado, contaba con las mansiones de la nobleza de Darujhistan, al igual que con sus hechiceros, conocidos públicamente. En el cruce entre el paseo del Viejo Rey y la calle Vista se alzaba una colina de cima llana, sobre la cual se asentaba el Pabellón de la Majestad, donde a diario se reunía el concejo. Un parque angosto rodeaba la colina, cuyos caminos de arena serpenteaban a la sombra de centenarias acacias. En la entrada del parque, cerca de la colina del Cadalso, se encontraba la imponente puerta toscamente trabajada, única superviviente del castillo que en tiempos dominó la colina de la Majestad.

Hacía mucho desde que a Darujhistan lo gobernó un rey. La puerta, conocida como Barbacana del Déspota, se alzaba lúgubre y desangelada, y su entramado de grietas parecía un vestigio escrito de la pasada tiranía.

A la sombra del único e imponente dintel de piedra de la Barbacana se hallaban dos hombres. Uno de ellos, con el hombro apoyado en la roca, llevaba una cota de malla y un casco de cuero con la insignia de la guardia de la ciudad. Ceñía a la cintura una espada corta, envainada, con la empuñadura envuelta en cuero sudado, y apoyaba el poste de la pica en el hombro. Se acercaba el final de su turno de

medianoche, y aguardaba armado de paciencia la llegada del hombre que lo relevaría en el puesto. De vez en cuando miraba al segundo hombre, con quien había compartido aquel lugar durante más de una noche a lo largo del año pasado. Las miradas que dedicaba al elegante caballero eran subrepticias, carentes de expresión.

Como solía suceder siempre que el concejal Turban Orr se acercaba a la puerta a esa hora de la noche, el noble apenas dedicaba un saludo al guardia; tampoco nunca había dicho o hecho nada que pudiera dar a entender que lo reconocía por haberlo visto ahí en otras ocasiones.

Turban Orr parecía un hombre falto de paciencia y siempre andaba de un lado a otro. Del tipo de personas que se incomodan por nada. Se paraba de vez en cuando para ajustarse la capa color vino, y sus lustradas botas chasqueaban al andar, despidiendo un leve eco al pie de la Barbacana. Desde las sombras, la mirada del guardia recalaba en la mano enguantada de Orr, que éste apoyaba en el pomo de plata de su espadín, consciente de que daba golpecitos con el índice al compás de sus propios pasos.

Al principio de la guardia, mucho antes de la llegada del concejal, caminaba lentamente por la Barbacana, extendiendo la mano de vez en cuando para tocar la antigua y sombría piedra. Seis años de guardias nocturnas en aquella puerta habían establecido una estrecha relación entre el hombre y el basalto. Conocía cada hendidura, cada una de sus cicatrices de escoplo. Sabía el lugar donde se había debilitado, donde el tiempo y los elementos habían estrujado la argamasa entre las piedras para después morderla hasta convertirla en polvillo. También sabía que su aparente debilidad no era más que un engaño. La Barbacana, y todo por lo que se erguía, aguardaba

paciente, inmóvil, como un espectro del pasado, ansiosa por renacer una vez más.

Y eso, había jurado el guardia hacía mucho, jamás iba a permitirlo, siempre y cuando obrara en su poder hacerlo. La Barbacana del Déspota le proporcionaba todas las razones necesarias para ser quien era, Rompecírculos, un espía.

Tanto él como el concejal aguardaban la llegada de un tercero, que nunca faltaba a una cita. Turban Orr gruñiría como tenía por costumbre, molesto por el retraso; después aferraría al otro del brazo y caminarían juntos bajo el sombrío dintel de la Barbacana. Y, con ojos ya acostumbrados a la oscuridad, el guardia señalaría el rostro del otro, grabándolo de forma indeleble en la soberbia memoria que ocultaban sus facciones vulgares.

Para cuando ambos concejales volvieran de su paseo, el guardia habría sido relevado y se hallaría de camino al lugar donde debía entregar el mensaje, según las instrucciones de su señor. Si a Rompecírculos no le traicionaba la suerte, podría sobrevivir a la guerra civil en la que Darujhistan, al menos eso pensaba él, estaba a punto de sumirse. No le preocupaba la amenaza de Malaz. *Las pesadillas, de una en una*, se decía a sí mismo a menudo, sobre todo en noches como aquélla, cuando la Barbacana del Déspota parecía encarnar su promesa de resurrección con burlona seguridad.

—«Lo cual podría redundar en interés nuestro» —leyó en voz alta el alquimista supremo Baruk en el pergamino que sostenía con sus manos gordezuelas. Siempre la misma frase inicial, que apuntaba un conocimiento turbador. Una hora antes, su sirviente Roald le había entregado la nota, la

cual, como todas las otras notas que le habían llegado a lo largo del año anterior, la habían encontrado en la buhedera de la puerta posterior de la propiedad.

Al reconocer la caligrafía, Baruk había leído inmediatamente la misiva y, después, había despachado a sus mensajeros a la ciudad. Tales nuevas exigían una acción, y él era uno de los pocos poderes secretos de Darujhistan capaces de encargarse de ello.

Se hallaba sentado en el sillón de felpa de su estudio, pensativo. Su engañosa mirada somnolienta pestañeó ante las palabras escritas en el pergamino. «El concejal Turban Orr pasea en el jardín con el concejal Feder. Tan sólo me conocen por Rompecírculos, un sirviente de la Anguila, cuyos intereses siguen coincidiendo con los de Baruk.» De nuevo Baruk sintió la tentación. Con sus destrezas poco le costaría descubrir la identidad de quien la había escrito, pero no la de la Anguila, claro; ésa era una identidad que muchos ansiaban conocer, sin éxito. Como siempre, hubo algo que le contuvo.

Cambió de postura en el sillón y suspiró.

—Muy bien, Rompecírculos, continuaré respetándote, aunque está claro que sabes más que yo, y afortunado es, cómo no, que los intereses de tu señor coincidan con los míos. Al menos, de momento. —Arrugó el entrecejo, pensando en la Anguila, en los intereses no revelados de ese hombre (o esa mujer). Disponía de la información suficiente como para reconocer la existencia de demasiadas fuerzas en juego, una amalgama de poderes ancestrales que no era nada despreciable. Cada vez resultaba más difícil salir en defensa de la ciudad de modo que nadie reparara en su intervención. Quizá por ello volvió a plantearse la eterna pregunta: ¿también la Anguila, fuera quien fuese, le estaba utilizando?

Por extraño que pudiera parecer, no le preocupaba demasiado esa posibilidad. Ya había pasado mucha información vital por sus manos.

Enrolló cuidadosamente el pergamino y murmuró un sencillo hechizo. La nota, que desapareció con un *plaf* al caer por el aire, fue a reunirse con las demás en un lugar seguro.

Baruk cerró los ojos. A su espalda, el embate de un viento que no tardó en caer hizo temblar los amplios postigos de la ventana. Al cabo, se produjo un golpecito en el cristal ahumado. Baruk dio un respingo y abrió unos ojos como platos. Un segundo golpe, más audible que el primero, le hizo darse la vuelta con una velocidad sorprendente para alguien con una barriga como la suya. Se puso en pie, de cara a la ventana. Había algo agazapado en el alféizar, algo que a través de los postigos tan sólo se veía como una sombra negra.

Baruk arrugó el entrecejo. *Imposible.* No había nada capaz de burlar las barreras mágicas que había impuesto sin ser detectado. El alquimista gesticuló con una mano y los postigos se abrieron. Tras la ventana aguardaba un gran cuervo, que primero inclinó el cuello para mirar a Baruk con uno de sus ojos, y luego con el otro. Empujó el fino cristal con el pecho. Finalmente, el vidrio cedió y se hizo pedazos.

Abierta la senda, Baruk levantó ambas manos con un violento hechizo en la punta de la lengua.

—¡No malgastes tu aliento! —espetó el cuervo, sacando pecho y encrespando el plumaje para librarse de los restos del cristal—. Has llamado a tus guardias. No es necesario, mago. —Con un salto, el enorme pájaro se posó en el suelo —. Te traigo noticias que agradecerás conocer. ¿Tienes algo de comer?

Baruk estudió a la criatura.

—No tengo por costumbre invitar a ningún gran cuervo a mi morada —replicó—. Tampoco eres un demonio disfrazado.

—Pues claro que no. Me llamo Arpía. —Inclinó la cabeza en un gesto burlón—. Es un placer, señor.

Baruk titubeó, reflexivo. Al cabo, suspiró y dijo:

—De acuerdo. He ordenado a mis guardias que vuelvan a sus puestos. Mi sirviente Roald se acercará con los restos de la cena, si eso te acomoda.

—¡Excelente! —Arpía anadeó por el suelo hasta posarse en la alfombra, ante la chimenea—. Aquí estamos, sí, señor. *Mmm*. ¿Y qué me dices a una relajante copa de vino?

—¿Quién te ha enviado, Arpía? —preguntó Baruk cuando se acercó a la jarra del escritorio. Por lo general, no solía beber tras la puesta de sol (trabajaba de noche), pero tenía que reconocer el discernimiento de Arpía. Una copa de vino era precisamente lo que necesitaba para calmar los nervios.

El gran cuervo titubeó antes de responder a la pregunta.

—El señor de Engendro de Luna.

Baruk levantó la jarra, inmóvil.

—Comprendo —dijo en voz baja, mientras se esforzaba por controlar los latidos de su corazón. Depositó de nuevo la jarra encima de la mesa y, con una gran concentración, se llevó la copa a los labios. Estaba fresco, y al pasar por su garganta notó, en efecto, que se calmaba—. En fin —dijo al volverse—, ¿y qué puede ofrecerle un pacífico alquimista a tu señor?

Arpía abrió el pico de tal modo que Baruk pudo reconocer que se trataba de una risa silenciosa. El pájaro clavó su brillante ojo en él.

—A juzgar por tu respuesta te falta el aliento, señor. Calma. Mi amo desea hablar contigo. Quiere venir aquí esta

misma noche. Dentro de una hora.

—Y tú debes transmitirle mi respuesta.

—Sólo si tomas rápidamente una decisión. Tengo cosas que hacer, después de todo. Soy algo más que una simple mensajera. Quienes saben reconocer la sabiduría cuando reciben pruebas de ella me tienen por alguien valioso. Soy Arpía, la mayor de los grandes cuervos de Engendro de Luna, aquella cuyos ojos han presenciado un millar de años de locura humana. De ahí mi harapienta capa y el pico roto, pruebas de vuestro indiscriminado afán de destrucción. No soy sino el testigo alado de vuestra eterna locura.

—Algo más que un simple testigo —replicó Baruk con cierta burla en el tono de voz—. Es bien sabido que tú y los tuyos os alimentasteis en la llanura que se extiende ante las murallas de Pale.

—A pesar de ello, no fuimos nosotros los primeros en cebarnos de carne y sangre, señor, no lo olvides.

Baruk le dio la espalda.

—Lejos de mi intención defender a mi especie —murmuró, más para sí que para Arpía, cuyas palabras le habían herido. Reparó en los cristales que alfombraban el suelo, al pie de la ventana. Murmuró un hechizo reparador y observó cómo se recomponían—. Hablaré con tu señor, gran cuervo. —Asintió al ver que el cristal se levantaba del suelo y volvía a colocarse en el marco de la ventana—. Dime, ¿tu señor desdeñará mis protecciones tan fácilmente como lo has hecho tú?

—Mi señor es honorable y posee una gran cortesía —respondió Arpía con cierta ambigüedad—. Debo avisarle, ¿pues?

—Hazlo —cedió Baruk tomando otro sorbo de vino—. Abriré un paso para esta visita.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí?

Entró Roald.

—Hay alguien esperando en la puerta que desea verle —informó el sirviente de pelo blanco mientras depositaba en la mesa un plato con una abundante ración de cerdo asado.

Baruk se volvió a Arpía con una ceja enarcada. Ésta batió sus alas.

—Tu invitado es mundano, un personaje azogado en cuyos pensamientos anidan la avaricia y la traición. Un demonio se aferra a su hombro, un demonio llamado ambición.

—¿De quién se trata, Roald? —preguntó Baruk.

El sirviente titubeó y lanzó una fugaz mirada al ave, que en ese momento parecía más pendiente del plato de cerdo.

Baruk rió.

—A juzgar por lo dicho por mi sabia invitada, creo que ella ya conoce la identidad de ese hombre. Habla sin reparos, Roald.

—Es el concejal Turban Orr.

—Me quedaré contigo —dijo Arpía—, si necesitas mi consejo.

—Hazlo, por favor —aceptó el alquimista—, y sí, agradeceré tu consejo.

—No soy más que un perro mascota —canturreó el gran cuervo con timidez, adelantándose a la siguiente pregunta de Baruk—, así es. Y mis palabras sonarán a su oído como suaves ladridos. —Ensartó un pedazo de carne y la engulló de un bocado.

A Baruk empezaba a gustarle aquella vieja bruja negra.

—Tráenos al concejal, Roald.

El sirviente abandonó la estancia.

Unas antorchas arcaicas iluminaban con luz temblorosa el jardín de altos muros, proyectando sombras vacilantes sobre las losas. El viento soplaba tierra adentro procedente del lago, y agitaba las hojas, de modo que las sombras danzaban como diablillos. En la segunda planta del edificio había un balcón que daba al jardín. Tras las cortinas del ventanal se movían dos siluetas.

Rallick Nom se encontraba agazapado en el muro del jardín, en un nicho de oscuridad bajo la cornisa de gablete. Estudió la silueta femenina con la paciencia de una serpiente. Era la quinta noche seguida que se situaba en aquel observatorio oculto. Numerosos amantes tenía dama Simtal, aunque él había identificado a dos en particular, merecedores de una atención especial. Ambos eran concejales de la ciudad.

La puerta de cristal se abrió y una figura salió al balcón. Rallick sonrió al reconocer al concejal Lim. El asesino modificó levemente la postura, deslizando una de sus manos enfundadas en un guante para tirar de la manivela engrasada. Sin apartar la vista del hombre que se apoyaba en la barandilla del balcón, Rallick introdujo cuidadosamente un virote. Una mirada a la punta de acero bastó para asegurarse. El veneno lanzó un húmedo destello a lo largo de los bordes afilados como cuchillas del proyectil. Devolvió la atención al balcón, donde vio que dama Simtal se había reunido con Lim.

No me extraña que no le falten amantes a ésa, pensó Rallick mientras la observaba atentamente. Su cabello negro, que en ese momento llevaba sin alfileres, caía liso y brillante hasta la parte donde se estrechaba la espalda.

Llevaba un camisón de gasa, y las lámparas encendidas en la habitación transparentaban perfectamente sus curvas.

Desde el lugar donde se ocultaba, Rallick pudo escuchar su conversación.

—¿Por qué el alquimista? —preguntó dama Simtal, que parecía recuperar el hilo de una conversación que había empezado en el interior de la casa—. Ese viejo gordo, que apesta a sulfuro y azufre, no parece que tenga ningún peso político. Ni siquiera es miembro del concejo.

Lim rió en voz baja.

—Tu ingenuidad resulta encantadora, mi señora. Encantadora.

Simtal se apartó de la barandilla y se cruzó de brazos.

—Ilústrame, pues —dijo en tono cortante, apenas contenido.

—No tenemos más que sospechas, señora —explicó Lim tras encogerse de hombros—. Pero tan sólo el lobo que es sabio sigue hasta el último rastro, por despreciable que pueda parecer. Al alquimista no le importa que los demás lo consideren igual que lo haces tú, como a un viejo senil y chocho. —Lim pareció reflexionar, como si sopesara cuánto podía revelar—. Disponemos de fuentes entre los magos —continuó con cautela—. Nos informan de un hecho cargado de significado. Muchos de los magos de la ciudad temen al alquimista, a quien se refieren con un título… que de por sí sugiere la existencia de algún tipo de cábala secreta. Un parlamento de hechiceros, señora, es cosa mala.

Dama Simtal había vuelto al lado del concejal. Ambos se inclinaron sobre la barandilla y observaron el oscuro jardín. La mujer permaneció un rato en silencio.

—¿Tiene vínculos con el concejo? —preguntó finalmente la dama.

—Si los tiene, ha ocultado muy bien las pruebas —respondió Lim con sonrisa lobuna.

Política, —pensó Rallick con desprecio—. *Y poder. Esa zorra se abre de piernas al concejo, al que ofrece un vicio que pocos pueden ignorar.* Rallick crispó las manos. Mataría esa noche. No se trataba de un contrato; la Guilda no tenía nada que ver. Su venganza era un asunto personal. La mujer hacía acopio de poder, aislándose, y Rallick creía saber por qué. Los fantasmas de la traición no la dejarían en paz.

Paciencia, se recordó al apuntar el arma. Durante los últimos dos años, dama Simtal había llevado una existencia indolente, y las riquezas que había robado le habían servido para aguzar aún más su avaricia, mientras que el prestigio de ser la única propietaria de la hacienda había contribuido mucho a engrasar los goznes de la puerta que conducía a su dormitorio. El crimen que había cometido no era contra Rallick, pero, al contrario que la persona contra la que había atentado, Rallick no tenía orgullo para detener la venganza.

Paciencia, se repitió Rallick, cuyos labios pronunciaron en silencio la palabra mientras observaba a su víctima con un ojo entrecerrado. Aquélla era una cualidad definida por su recompensa, recompensa de la que tan sólo le separaban unos instantes.

—Menudo perrazo —alabó el concejal Turban Orr al entregar la capa a Roald.

En aquella habitación, Baruk era el único capaz de distinguir el aura de ilusión que envolvía por completo al negro perro de caza, hecho un ovillo en la alfombra, ante el fuego del hogar. El alquimista sonrió y señaló un sillón.

—Pero siéntese, por favor, concejal.

—Lamento molestarle a estas horas de la noche —dijo Orr, mientras se acomodaba en el sillón de felpa. Baruk se sentó frente al invitado, y Arpía se encontraba entre ambos —. Se dice que la alquimia florece mejor en la profunda oscuridad.

—Por eso supo que me encontraría despierto —dijo Baruk—. Ha demostrado que sabe cuándo apostar, concejal. ¿Qué se le ofrece?

Orr extendió la mano para acariciar la cabeza de Arpía.

Baruk tuvo que apartar la mirada para contener la risa.

—El concejo votará dentro de dos días —explicó Orr—. Creemos que con la proclama de neutralidad que buscamos, podremos evitar la guerra con Malaz. Sin embargo, hay quienes no lo ven de ese modo. El orgullo ha vuelto beligerantes a estos concejales. No atienden a razones.

—Tal como nos sucede a todos —murmuró Baruk.

—El apoyo de los hechiceros de Darujhistan haría mucho bien a nuestra causa.

—Cuidado —advirtió Arpía—. Este hombre se muestra muy vehemente.

Orr observó al perro.

—Tiene una patita mala —explicó Baruk—. No le haga mucho caso. —El alquimista recostó la espalda en el sillón y arrancó un hilo suelto de la túnica—. Admito sentir cierta confusión, concejal. Parece dar por sentadas algunas cosas que no puedo aprobar. —Baruk extendió las manos y miró a Orr a los ojos—. Los hechiceros de Darujhistan, por ejemplo. Podría recorrer los Diez Mundos sin encontrar una colección más viperina y rabiosa de seres humanos. Oh, no pretendo decir que todos sean así, puesto que existen algunos cuyo único interés, u obsesión, si lo prefiere,

consiste en ahondar en el conocimiento de su trabajo. Llevan tanto tiempo con la nariz enterrada entre libros, que ni siquiera sabrían decirle en qué siglo estamos. Los demás hallan en las disputas el único placer de sus vidas.

A medida que Baruk exponía sus impresiones, los labios de Orr habían dibujado una sonrisa.

—No obstante —dijo con un brillo de astucia en su oscura mirada—, hay algo en lo que todos coinciden.

—¿De veras? ¿Y de qué se trata, concejal?

—En el poder. Baruk, todos sabemos de su eminencia entre los magos de la ciudad. Bastaría con una palabra suya para unirlos a todos.

—Me halaga que piense así —respondió Baruk—. Desdichadamente, he ahí su segunda conjetura errónea. Aunque tuviera la influencia que sugiere —Arpía resopló, lo cual le hizo acreedor de una mirada encendida de Baruk—, y conste que no es así, ¿por qué motivo iba yo a apoyar una postura tan conscientemente ignorante como la que proponen? ¿Una declaración de neutralidad? Sería como querer navegar contra el viento, concejal. ¿De qué iba a servir?

La sonrisa de Orr se volvió más tensa.

—Imagino, señor, que no querrá compartir el mismo destino que los demás magos de Pale.

—¿A qué se refiere? —preguntó Baruk, ceñudo.

—Asesinado por una Garra al servicio del Imperio. Engendro de Luna iba totalmente por su cuenta en lo que respecta al Imperio.

—Su información contradice la mía —replicó Baruk, que se maldijo por haber revelado tanto.

—No confíes demasiado en ello —advirtió Arpía—. Ambos estáis equivocados.

Orr había enarcado las cejas al escuchar las palabras de Baruk.

—¿De veras? Quizá resultaría mutuamente beneficioso compartir la información de que disponemos.

—No lo creo —replicó Baruk—. ¿Qué supone eso de apabullarme con la amenaza del Imperio? Que si se vota en contra de la declaración, todos los hechiceros de la ciudad morirán a manos del Imperio. Y que si se vota a favor de ella, tendrán derecho a abrir las puertas a los malazanos para una convivencia pacífica, escenario en el cual sobrevivirían los hechiceros locales.

—Muy astuto, señor —observó Arpía.

Baruk estudió la rabia que apenas lograba ocultar la expresión del concejal.

—¿Neutralidad? Qué bien ha logrado dar la vuelta al significado de esa palabra. Esa declaración suya sólo serviría como primer paso hacia la anexión total, Orr. Por suerte para los suyos, no ejerzo influencia alguna, ni tengo voto ni peso. —Baruk se levantó—. Roald le acompañará a la puerta.

Turban Orr también se levantó del sillón.

—Ha cometido un grave error —dijo—. Aún no se ha cerrado la letra de la declaración. Parece ser que haremos bien en eliminar cualquier consideración relacionada con los hechiceros de Darujhistan.

—Ahí se la ha jugado —observó Arpía—. Aguijonéalo a ver qué más suelta.

Baruk se acercó a la ventana.

—Tan sólo cabe esperar que los suyos no obtengan la victoria al término de la votación —dijo secamente, de espaldas al concejal.

Orr replicó tan acalorada como apresuradamente.

—Mis cuentas me dicen que hemos alcanzado la mayoría esta noche, alquimista. Podría haber puesto la guinda al pastel. Lástima —se burló—, porque ganaremos sólo por un voto. Aunque con eso bastará.

Baruk se volvió a Orr cuando Roald entraba en la estancia con la capa del concejal doblada en el brazo.

Arpía se desperezó en la alfombra.

—Que de todas las noches hayan escogido ésta para tentar con tales palabras a una miríada de destinos —dijo con fingido y burlón abatimiento. El gran cuervo ladeó la cabeza. Le había parecido oír el sonido metálico de una moneda al girar. Débilmente, como a una gran distancia.

La sacudida de poder que se produjo en algún punto de la ciudad hizo temblar a Arpía.

Rallick Nom aguardó a que llegara el momento. No más indolencia para dama Simtal. El final de tantos lujos llegaría esa noche. Las dos figuras se apartaron de la barandilla y se volvieron a la puerta de cristal. Rallick tensó el dedo sobre el gatillo.

De pronto se quedó como paralizado. Un sonido metálico reverberó en su mente, susurrándole una serie de palabras que lo sumieron en un repentino baño de sudor. De pronto todo cambió en su mente. Su plan de venganza rápida se derrumbó, aunque de las ruinas surgió uno más… elaborado.

Todo esto había sucedido entre latido y latido de corazón. Se aclaró la vista de Rallick. Dama Simtal y el concejal Lim se encontraban ante la puerta. La mujer se dispuso a correrla a un lado. Rallick desplazó un poco la mira de la ballesta, y después apretó el gatillo. El arma dio un brusco tirón hacia arriba, mientras el virote se dirigía

hacia su objetivo tan rápido que se volvió invisible hasta que lo alcanzó.

En el balcón, una de las dos figuras se volvió, encajado el impacto, con las manos extendidas. La puerta de cristal se hizo añicos cuando la víctima la atravesó.

Dama Simtal gritó horrorizada.

Rallick no esperó un latido de corazón más. Giró sobre sí hasta quedar boca arriba, deslizó la ballesta en el estrecho saliente que mediaba entre la cornisa y el tejado. Después se deslizó muro abajo y se descolgó por fuera mientras se oían las primeras voces de alarma en la hacienda. Al cabo de un instante cayó hasta posarse como un felino en el callejón.

El asesino se puso en pie, se ajustó la capa y, luego, caminó por la callejuela lateral, lejos de la hacienda. No habría lugar para la indolencia en la vida de dama Simtal. Ni tampoco para una muerte rápida. Un miembro muy poderoso y muy respetado del concejo de la ciudad acababa de ser asesinado en su balcón. Sin duda, la esposa de Lim —su viuda, mejor dicho— tendría algo que decir al respecto de lo sucedido. La primera fase, se dijo Rallick mientras atravesaba la puerta de Osserc y descendía la amplia rampa que conducía al distrito de Daru, sólo la primera fase, el gambito de apertura, una indicación para dama Simtal de que la caza había empezado, con ella misma, eminente dama, representando el papel de la presa. *No será fácil; esa mujer no es nueva en el juego de la intriga.*

—Correrá más sangre —susurró en voz alta al doblar una esquina y acercarse a la entrada, poco iluminada, de la taberna del Fénix—. Pero al final caerá, y con su caída una antigua amistad se verá encumbrada. —Se acercaba a la taberna cuando alguien asomó de las sombras de un callejón contiguo. Rallick se detuvo. La figura llamó su

atención con un gesto y se amparó de nuevo en la oscuridad.

Rallick la siguió. Ya en el callejón, esperó a acostumbrar la vista a la escasa luz. Mientras, el hombre que tenía delante lanzó un suspiro.

—Es muy probable que la venganza te haya salvado el pellejo esta noche —dijo con amargura.

Rallick apoyó un hombro en la pared y se cruzó de brazos.

—¿Cómo?

El líder del clan Ocelote se acercó a él, y su rostro chupado se torció en lo que ya era un gesto habitual en él.

—La noche ha sido un desastre, Nom. ¿No te has enterado?

—No.

Los finos labios de Ocelote dibujaron una sonrisa carente de humor.

—Ha estallado una guerra en los tejados. Alguien pretende matarnos. Hemos perdido a seis rondadores en menos de una hora, lo cual significa que hay más de un asesino ahí fuera.

—Sin duda —respondió Rallick, que cambió la postura cuando la humedad de las piedras de la taberna traspasó la capa hasta llegarle a la piel y provocarle un escalofrío. Como de costumbre, los asuntos de la Guilda le aburrían.

Ocelote continuó.

—Perdimos a ese hombretón llamado Talo Krafar, y a un líder de clan. —Echó un vistazo por encima del hombro, como si sospechara la llegada de un ataque inesperado por la espalda.

A pesar de su falta de interés, Rallick enarcó ambas cejas al oír aquella parte de las noticias.

—Deben de ser muy buenos.

—¿Buenos? Todos nuestros testigos oculares están muertos, así van las cosas esta horrible noche. Esos cabrones no cometen errores.

—Todos cometemos errores —masculló Rallick—. ¿Ha salido Vorcan?

Ocelote negó con la cabeza.

—Aún no. Está demasiado ocupada convocando a todos sus clanes.

Rallick arrugó el entrecejo; a pesar de sí mismo, sentía curiosidad.

—¿Podría tratarse de un desafío por el liderazgo de la Guilda? Quizá sea un asunto interno, una facción que…

—¿Acaso nos tienes por una pandilla de idiotas, Nom? Esa fue la primera sospecha de Vorcan. No, no se trata de algo interno. Sea lo que sea que anda por ahí matando a los nuestros es de fuera de la Guilda. Incluso de fuera de la ciudad.

A Rallick la respuesta le parecía obvia.

—Un clan del Imperio, entonces —sugirió con un encogimiento de hombros.

Aunque a juzgar por su expresión parecía renuente, Ocelote tuvo que admitir que su hombre tenía razón.

—Es probable. Se supone que son los mejores, ¿verdad? Pero ¿por qué van a por la Guilda? Si estuviera en su lugar iría antes a por la nobleza.

—¿Me estás pidiendo que me ponga en la piel de la emperatriz, Ocelote?

—He venido a advertirte de lo sucedido. Y eso es un favor que te hago, Nom. Dado que andas metido en esa venganza tuya, la Guilda no tiene la obligación de protegerte. Considéralo un favor.

Rallick se apartó de la pared y se volvió a la embocadura del callejón.

—¿Un favor, Ocelote? —rió.

—Vamos a tender una trampa —dijo éste al tiempo que se interponía en su camino. Luego señaló la taberna del Fénix con su barbilla cubierta de cicatrices—. Déjate ver, y procura que todo el mundo se entere de a qué te dedicas por dinero.

—Cebo —concluyó impasible el asesino.

—Tú haz lo que te digo.

Sin responder, Rallick abandonó el callejón, subió la escalera y entró en la taberna del Fénix.

—Algo toma forma en la noche —dijo Arpía cuando Turban Orr se hubo marchado. El aire que la rodeaba resplandeció al adoptar de nuevo su verdadera forma.

Baruk se acercó a la mesa de mapas con las manos entrelazadas a la espalda para contener el temblor que se había apoderado de ellas.

—Entonces, tú también lo has sentido. —Hizo una pausa, y luego suspiró—. Estas parecen las horas de mayor ajetreo.

—La convergencia de poder siempre produce este resultado —explicó Arpía, que se incorporó para extender sus alas—. Se reúnen los vientos negros, alquimista. Cuidado con su aliento de látigo.

—Vientos que tú montas, mensajera de nuestras trágicas desdichas —gruñó Baruk.

—Se acerca mi señor —aseguró mientras se dirigía como un pato a la ventana—. Tengo otras cosas que hacer.

—Permíteme —dijo el alquimista, acompañando la petición de un gesto.

Seguidamente, la ventana se abrió de par en par.

Arpía batió sus alas hasta posarse en el alféizar. Una vez allí, guiñó un ojo a Baruk.

—Veo doce barcos que navegan hacia un puerto —dijo—. Once están envueltos en llamas.

Baruk dio un respingo. No había previsto la posibilidad de una profecía. Entonces, sintió miedo.

—¿Y el duodécimo barco? —preguntó en un hilo de voz.

—En el viento una granizada de chispas llena el cielo nocturno. Las veo girar sobre sí, girar alrededor del último barco. —Arpía hizo una pausa—. Siguen girando. —Después desapareció.

Baruk se hundió de hombros. Vuelto al mapa extendido sobre la mesa, estudió las once ciudades que en tiempos fueron libres, antes de enarbolar sus astas la bandera del Imperio. Sólo quedaba Darujhistan, la duodécima y última sin una bandera que fuera color vino y gris.

—El paso de la libertad —murmuró.

De pronto gruñeron las paredes que lo rodeaban; Baruk ahogó un grito y un peso enorme pareció aplastarlo. La sangre latía con fuerza en sus sienes, hasta tal punto que sintió un terrible dolor de cabeza. Se apoyó en el borde de la mesa para evitar caerse. Los globos de luz incandescente suspendidos del techo perdieron intensidad, y luego se apagaron. En la oscuridad, el alquimista oyó chasquidos a lo largo y ancho de las paredes, como si la mano de un gigante acabara de aplastar el edificio. De pronto desapareció la presión, y Baruk levantó una mano temblorosa para secar el sudor que perlaba su frente.

Una voz suave habló a su espalda.

—Saludos, alquimista supremo. Soy el señor de Engendro de Luna.

Aún frente a la mesa, Baruk cerró los ojos y asintió.

—El título no será necesario —susurró—. Por favor, llámame Baruk.

—En la oscuridad me siento como en casa —dijo la visita —. ¿Supondrá un inconveniente, Baruk?

El alquimista murmuró un hechizo. Pudo distinguir los detalles del mapa extendido en la mesa, que emanaba una especie de fulgor azulado. Se volvió al señor de Engendro de Luna y se asombró al descubrir que la figura alta y cubierta con una capa despedía tan poco calor como el resto de los objetos inanimados de la estancia. A pesar de la oscuridad, alcanzó a distinguir sus rasgos faciales.

—Tiste andii —dijo.

El otro se inclinó levemente. Sus ojos angulosos y multicolor observaron la habitación.

—¿Tienes vino, Baruk?

—Por supuesto, señor. —El alquimista se dirigió al escritorio.

—Mi nombre, al menos tal como los humanos han podido pronunciarlo hasta ahora, es Anomander Rake. —Este siguió a Baruk al escritorio. Sus botas chascaban en el encerado suelo de mármol.

Baruk sirvió el vino, y luego se volvió para estudiar a Rake con cierta curiosidad. Había oído que los guerreros tiste andii combatían al Imperio en el norte, bajo el mando de una bestia salvaje llamada Caladan Brood. Se habían aliado con la Guardia Carmesí y, juntas, ambas huestes diezmaban a los malazanos. De modo que había tiste andii en Engendro de Luna, y el que tenía delante era su señor.

Era la primera vez que Baruk se hallaba en presencia de un tiste andii. Eso hizo que se sintiera un poco inquieto. *Qué ojos tan extraordinarios*, pensó. En un instante eran color de ámbar, felinos e inquietantes y, al siguiente, eran grises y taimados como los de una serpiente. Un auténtico arco iris de colores capaz de reflejar todos los estados de humor. Se preguntó si serían capaces de mentir.

La biblioteca del alquimista incluía algunas copias de los tomos que habían sobrevivido de la obra *La locura de Gothos*, escritos jaghut que databan de hacía milenios. En ellos, los tiste andii eran mencionados de vez en cuando con cierto temor, recordó Baruk. Gothos mismo, un mago jaghut que había descendido a las sendas más profundas de la magia ancestral, había alabado a los dioses de aquellos tiempos porque los tiste andii fueran tan pocos en número. Si acaso, la misteriosa raza de piel negra había disminuido desde entonces.

Anomander Rake tenía la piel negra como el azabache, lo cual coincidía con las descripciones de Gothos, aunque su melena poseía el color de la plata. Sus rasgos eran marcados, como tallados en ónice, con grandes ojos de pupilas verticales con una leve inclinación hacia arriba.

Llevaba un mandoble atado a la amplia espalda con una correa. El pomo de plata que representaba un cráneo de dragón y la arcaica empuñadura asomaban por la vaina de madera que fácilmente debía de alcanzar las dos varas.

La espada emanaba poder, un poder que emponzoñaba el ambiente como la tinta negra se extendía en un estanque de agua. Baruk estuvo a punto de retroceder al reparar en ella, puesto que por un instante creyó ver una vasta oscuridad que bostezaba ante él, gélida como el corazón de un glaciar, que hedía a antigüedad y que emitía un imperceptible ronroneo. Baruk apartó la mirada del arma, y al levantarla encontró los ojos de Rake, que a su vez le observaba.

El tiste andii compuso una sonrisa, luego tendió a Baruk una de las copas llenas de vino.

—¿Demostró Arpía su habitual afición por el drama?

Baruk pestañeó, y no pudo evitar sonreír también.

—Nunca ha sido muy modesta a la hora de demostrar su talento. ¿Nos sentamos?

—Por supuesto —respondió Baruk, algo más relajado a pesar de la situación. Gracias a sus años de estudio, el alquimista sabía que un gran poder confiere una forma distinta a todas las almas. De haber sido retorcida la de Rake, Baruk lo hubiera sabido de inmediato. Sin embargo, el dominio del señor de Engendro de Luna parecía absoluto. Ya de por sí, eso infundía temor. Era él quien daba forma a su propio poder, y no al revés. Semejante control era… en fin, era inhumano. Tuvo la sospecha de que aquél no sería el primer descubrimiento respecto del mago—guerrero que le dejaría tan asombrado como espantado.

—Ella arrojó sobre mí todo lo que tenía a su alcance —dijo de pronto Rake.

Los ojos del tiste andii relucieron verdes como el gélido hielo.

Sobresaltado por la vehemencia de aquellas palabras, Baruk arrugó el entrecejo. *¿Ella? Ah, claro, la emperatriz.*

—Y aun así —continuó Rake—, no pudo conmigo.

—Claro que… tuviste que retirarte —apuntó el alquimista con cierta cautela—, vencido, derrotado. Percibo tu poder, Anomander Rake —añadió—. Vibra como una onda. Por tanto, debo preguntarte cómo lograron derrotarte. Algo sé acerca de Tayschrenn, mago supremo del Imperio, y aunque tiene bastante poder no podría competir con el tuyo. Por tanto, volveré a preguntártelo… ¿cómo?

Con la mirada en el mapa, Rake respondió a la pregunta de su anfitrión.

—He destinado a mis hechiceros y a mis huestes a la campaña que Brood libra en el norte. En mi ciudad hay niños, sacerdotes y tres ancianos y pedantes hechiceros.

¿Ciudad? ¿Acaso hay una ciudad en el interior de Engendro de Luna?

—No puedo defender toda una Luna —prosiguió Rake—. No puedo estar en todas partes a la vez. Y en lo que respecta a Tayschrenn, nada le importan las personas que tiene a su alrededor. Pensé en disuadirle, en hacerle pagar un precio demasiado alto… —Negó con la cabeza, perplejo, y luego miró a Baruk—: Me retiré para salvar el hogar de mi pueblo.

—Y dejaste que Pale cayera… —Baruk cerró la boca, maldiciendo su falta de tacto.

Sin embargo, Rake se limitó a encogerse de hombros.

—No había contado con sufrir un asalto a gran escala. Mi sola presencia había mantenido a raya al Imperio durante casi dos años.

—He oído que el Imperio anda falto de paciencia —murmuró Baruk, pensativo—. Querías verme, Anomander Rake, y aquí me tienes. ¿Qué deseas de mí?

—Una alianza —respondió el señor de Luna.

—¿Conmigo? ¿Una alianza personal?

—Ahórrate las burlas, Baruk —advirtió de pronto Rake, cuya voz adquirió la gelidez del hielo—. No voy a dejarme engañar por ese concejo de mamarrachos que no hacen más que discutir en el Pabellón de la Majestad. Sé que quienes rigen Darujhistan son Baruk y sus magos. —Se levantó del sillón y le miró con sus ojos grisáceos—. Voy a decirte algo. Para la emperatriz, su ciudad es la única perla en este continente de fango. La quiere, y por lo general suele conseguir todo lo que se propone.

Baruk se agachó para arrancar un hilo del repulgo de la túnica.

—Comprendo —dijo en voz baja—. Pale contaba con magos.

—Por supuesto —aseguró Rake, ceñudo.

—Aun así —prosiguió Baruk—, cuando la batalla se torció, lo primero en lo que pensaste no fue en la alianza que habías pactado con la ciudad, sino en el bienestar de tu Luna.

—¿Quién te ha dicho eso? —inquirió Rake.

Baruk levantó ambas manos.

—Algunos de esos magos lograron huir.

—¿Se encuentran en la ciudad? —preguntó Rake, cuyos ojos se habían vuelto negros como la noche.

Al verlos, Baruk empezó a sudar bajo la túnica.

—¿Por? —preguntó.

—Quiero sus cabezas —respondió el otro, como si nada. Luego llenó de nuevo la copa y tomó un sorbo.

Una mano helada acababa de cernirse sobre el corazón de Baruk, y que asía con más fuerza en ese momento. En los últimos latidos de ese mismo órgano, el dolor de cabeza se había vuelto insoportable.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo, en un tono que parecía más un grito ahogado.

Si el tiste andii reconoció la súbita incomodidad del alquimista, no dio muestra alguna de ello.

—¿Por qué? —Pronunció aquellas palabras como si las catara en la boca igual que se hace con el vino, mientras en sus labios se perfilaba una sonrisa—. Cuando la hueste de Moranth descendió de las montañas y Tayschrenn cabalgó a la cabeza de su cuadro de magos, cuando se extendió el rumor de que una Garra del Imperio se había infiltrado en la ciudad —la sonrisa de Rake se torció hasta convertirse en una mueca despectiva—, los magos de Pale huyeron. —Hizo una pausa, como si ordenara en la memoria el curso de los acontecimientos—. Me encargué de la Garra cuando apenas habían dado doce pasos tras las murallas. —Calló de nuevo,

y su rostro delató un atisbo de arrepentimiento—. De haber permanecido los magos en la ciudad, el asalto hubiera sido rechazado. Tayschrenn, al parecer, estaba más pendiente de… otras cuestiones. Había saturado su posición, la cima de la colina, de protecciones mágicas. Después desató los demonios no contra mí, sino contra algunos de sus compañeros. Eso me desconcertó, aunque, en lugar de permitir que tales criaturas conjuradas vagaran a sus anchas, tuve que emplear un poder vital para destruirlas. —Suspiró y luego añadió—: Retiré Luna cuando poco faltaba para su destrucción. Dejé que vagara al sudoeste, en pos de esos magos. .

—¿En pos de ellos?

—Di con el rastro de todos a excepción de dos. —Rake miró fijamente a Baruk—. Quiero a esos dos; los prefiero con vida, pero con sus cabezas me daré por satisfecho.

—¿Los asesinaste a todos? ¿Y cómo?

—Con mi espada, por supuesto.

Baruk retrocedió un paso, impresionado.

—Oh —susurró—. Oh.

—La alianza —recordó Rake antes de apurar la copa.

—Hablaré con la cábala a este respecto —respondió Baruk, que se puso en pie temblando—. Pronto te enviaremos nuestra respuesta. —Observó la espada atada con correas a la espalda del tiste andii—. Dime, si atrapas a esos magos con vida, ¿utilizarás esa espada para acabar con ellos?

—Por supuesto —aseguró Rake, ceñudo.

—En tal caso, tendrás sus cabezas —decidió Baruk, cerrando los ojos y volviéndose.

A su espalda, Rake rompió a reír.

—Tu corazón alberga demasiada compasión, alquimista.

La pálida luz tras la ventana anunciaba el alba. Tan sólo una de las mesas seguía ocupada en el interior de la taberna del Fénix. A ella se sentaban cuatro hombres, uno de ellos dormido en la silla, con la cabeza sobre los restos de la cerveza caliente. Roncaba, y mucho. Los demás jugaban a las cartas, dos de ellos con los ojos inyectados en sangre de puro cansancio; el último estudiaba la mano y hablaba. Y hablaba.

—Y luego también recuerdo aquella vez que salvé la vida de Rallick Nom, al final de la calle de la Víspera. Cuatro, no, cinco corruptos rufianes habían acorralado al chico contra una pared. Apenas se tenía en pie el pobre Rallick, debido al centenar de cuchilladas que tenía en todo el cuerpo. Tuve claro en ese momento que no duraría mucho la riña. Me acerqué a ellos, a esos seis asesinos, por detrás, el viejo Kruppe con fuego en las yemas de los dedos: un hechizo mágico de tremebunda virulencia. Pronuncié las palabras mágicas, y *¡zas!* Seis montoncillos de ceniza a los pies de Rallick. Seis montoncitos de cenizas entre los cuales brillaban las monedas que llevaban sus dueños encima. ¡Ah, ja, ja, ja! ¡Digna recompensa!

Murillio inclinó la elegante y larga melena sobre Azafrán Jovenmano.

—Será posible —susurró—. Que un turno pueda durar tanto como cuando juega Kruppe…

Azafrán sonrió a su amigo.

—No me importa, de veras. Aquí estoy a salvo, y eso es lo que cuenta para mí.

—Una guerra de asesinos… ¡Bah! —exclamó Kruppe, que se reclinó para limpiar su frente con un pañuelo de seda—. Kruppe sigue teniendo sus dudas. Decidme, ¿no

visteis a Rallick Nom aquí antes? Habló largo y tendido con Murillio ahí mismo, eso hizo el muchacho. Tan pancho como siempre, ¿o no?

—Nom se comporta así cada vez que se carga a alguien —replicó Murillio—. ¡Maldita sea, haz el favor de jugar una carta! Tengo algunas citas que atender esta mañana.

—¿Y de qué hablaste con Rallick? —preguntó Azafrán.

Por toda respuesta, Murillio se limitó a encogerse de hombros. Luego continuó mirando fijamente a Kruppe.

—¿Es el turno de Kruppe? —preguntó éste, enarcando sus finísimas cejas.

Azafrán cerró los ojos y se espatarró en la silla.

—Vi a tres asesinos en los tejados, Kruppe. Y los dos que mataron al tercero fueron a por mí, aunque resulta obvio que no soy ningún asesino.

—Bien —dijo Murillio, que reparó en la ropa maltratada del joven ladrón, y en los cortes y roces de su rostro y manos—. Estoy dispuesto a creerte.

—¡Estúpidos! Kruppe comparte su mesa con unos estúpidos. —Kruppe observó al que roncaba—. Y éste de aquí, Coll, es el mayor de ellos. Triste es que sea consciente de ello, de ahí su actual estado, del que podrían deducirse muchas verdades profanas. ¿Citas dices, Murillio? Kruppe no sabía que las damitas de la ciudad amanecieran tan temprano. Después de todo, ¿qué podrían contemplar en el espejo? Kruppe tiembla sólo de pensarlo.

Azafrán masajeó el rasguño que ocultaba su larga mata de pelo castaño. Al dar con él, torció el gesto.

—Vamos, Kruppe —mascculló—. Juega una carta.

—¿Me toca?

—Diría que la conciencia de sí mismos no es algo que se extienda a quienes les toca jugar —comentó secamente Murillio.

Se oyeron pasos en la escalera. Los tres se volvieron para ver a Rallick Nom, que bajaba de la primera planta. El hombre alto de piel oscura parecía descansado. Llevaba la capa de día, de color púrpura, sujeta al cuello con un broche plateado de nácar. Acababa de hacerse sendas trenzas, que de algún modo enmarcaban su rostro estrecho y recién afeitado. Rallick se acercó a la mesa y llevó la mano a la rala melena de Coll. Luego tiró de ella para levantar la cabeza del borracho de los restos de cerveza que empapaban la mesa. Seguidamente, devolvió la cabeza a su lugar y tiró del respaldo de una silla.

—¿Seguís con la partida de anoche?

—Pues claro —respondió Kruppe—. Kruppe tiene a estos dos contra la mismísima pared, ¡a punto de perder hasta sus mismísimas camisas! Me alegra volver a verte, amigo Rallick. Este muchacho de aquí —Kruppe señaló a Azafrán con su mano regordeta, en la que los dedos mariposeaban —, habla incansablemente del peligro de muerte que pende sobre nuestras cabezas. ¡Un auténtico diluvio de sangre! ¿Alguna vez habías escuchado semejantes tonterías, Rallick, amigo de Kruppe?

—Es un rumor como otro cualquiera —respondió Rallick quitándole importancia—. Esta ciudad se erigió sobre rumores.

Azafrán se sintió extrañado. Por lo visto, aquella mañana nadie parecía dispuesto a afrontar las respuestas. Se preguntó de nuevo de qué habrían estado hablando antes el asesino y Murillio; encorvados sobre una mesa tenuemente iluminada en una esquina del salón, a Azafrán le había parecido que conspiraban. No era que no solieran hacerlo, aunque casi siempre Kruppe fuera el instigador.

Murillio se volvió hacia la barra.

—¡Sulty! —llamó—. ¿Estás despierta?

Se oyó un gruñido a modo de respuesta procedente de la barra de madera y luego Sulty se levantó; llevaba el pelo rubio despeinado, y su rostro generoso en carnes tenía si cabe un aspecto aún más rellenito.

—Aja —masculló—. ¿Qué pasa?

—Desayuno para mis amigos, si eres tan amable. —Murillio se puso en pie y repasó la factura de su indumentaria con una mirada crítica y desaprobadora. La camisa corta, teñida de un verde estridente, colgaba de su desgarbada huesa, mustia y con manchas de cerveza. Sus buenos pantalones de cuero se veían muy arrugados. Con un suspiro, Murillio se apartó de la mesa—. Debo darme un baño y cambiarme de ropa. Por lo que respecta a la partida, me rindo consumido por la desesperanza. He llegado a la conclusión de que Kruppe jamás jugará su carta, y que por tanto nos sumirá en un mundo inverosímil, plagado de sus recuerdos y reminiscencias, en lo que potencialmente parece ser que será una eternidad. Buenas noches a todos. —Rallick y él cruzaron una mirada, y Murillio asintió de forma imperceptible.

Azafrán percibió aquella muda comunicación, y de resultas de ello frunció aún más el ceño. En cuanto Murillio se hubo marchado, se volvió a Rallick. El asesino permanecía sentado, pendiente de Coll, con una expresión tan impenetrable como de costumbre.

Sulty se metió en la cocina, y al cabo el salón se llenó del estruendo de los cacharros.

Azafrán arrojó sus cartas al centro de la mesa y se recostó, cerrados los ojos.

—¿Se ha rendido también el muchacho? —preguntó Kruppe.

Azafrán asintió.

—Aja, Kruppe sigue imbatido. —Dejó las cartas y remetió el pañuelo que llevaba alrededor del grueso cuello.

En la mente del ladrón iba en aumento la sospecha de que existía una intriga. Primero, la guerra de los asesinos, luego Rallick y Murillio, que tramaban algo. Al poco, abrió los ojos. Le dolía todo el cuerpo después de la persecución de la noche anterior, pero era consciente de la suerte que había tenido. La imagen de aquellos asesinos altos y negros volvió a él, acompañada de un temblor que lo sacudió. A pesar de todos los peligros que le habían acechado en los tejados la pasada noche, tenía que admitir que había sido muy emocionante. Después de cerrar de un portazo la puerta de la taberna y beber a grandes tragos la cerveza que Sulty le había puesto en la mano, todo su cuerpo había temblado durante largo, largo rato.

Observó a Coll. Éste, Kruppe, Murillio y Rallick… Qué grupo tan extraño: un borracho, un mago obeso de dudosas habilidades, un petimetre y un asesino.

A pesar de todo, eran sus mejores amigos. Sus padres habían perecido a causa de la Plaga Alada cuando él apenas había cumplido los cuatro años. Desde entonces había sido su tío Mammot quien se había encargado de él. El anciano sabio lo hizo lo mejor que pudo, aunque no fue suficiente. Azafrán descubrió en las noches sin luna en los tejados y en las sombras de las calles un mundo más excitante que el que ofrecían los mohosos libros de su tío.

No obstante, a esas alturas se sentía muy solo. Kruppe nunca se desprendía de su máscara de idiota, ni siquiera un instante: a lo largo de todos los años en los que Azafrán había servido como aprendiz del gordo en el arte del robo, jamás lo había visto actuar de otra manera. La vida de Coll parecía centrada única y exclusivamente en un constante rechazo de la sobriedad, por razones que Azafrán

desconocía, aunque sospechaba que, en otros tiempos, Coll había sido alguien. Y ahora Rallick y Murillio le habían excluido de una nueva intriga.

Una imagen se formó en sus pensamientos: el cuerpo de una doncella dormida, en cuya piel se reflejaba la luz de la luna; enfadado consigo mismo, sacudió la cabeza.

Sulty llegó con el desayuno: rebanadas de pan frito en mantequilla, un pedazo de queso de cabra, un tallo de uvas del lugar y una cafetera con el amargo café de Callows. Sirvió primero a Azafrán, que se lo agradeció con un gruñido.

La impaciencia de Kruppe fue en aumento, mientras Sulty servía al joven.

—Menuda impertinencia —dijo el hombre, ajustando los manchados puños de su amplia casaca—. Kruppe se está planteando lanzar un millar de hechizos a la maleducada de Sulty.

—Será mejor que Kruppe no haga tal cosa —advirtió Rallick.

—Oh, no, pues claro que no —se corrigió Kruppe, que se secó la frente con el pañuelo—. Después de todo, un mago de mis destrezas jamás se rebajaría por un simple pinche.

—¿Pinche? —preguntó Sulty; acto seguido se hizo con una rebanada de pan, con la cual golpeó la cabeza de Kruppe—. No te preocupes —dijo mientras se dirigía de vuelta a la barra—. Con un pelo como el tuyo, nadie se dará cuenta.

Kruppe se quitó el pan de la cabeza. Estaba a punto de arrojarlo al suelo, pero cambió de opinión y se humedeció los labios.

—Esta mañana Kruppe se siente magnánimo —dijo antes de que sus labios formaran una generosa sonrisa; colocó el pan en su plato. Se inclinó hacia delante y entrelazó los

dedos gordezuelos—. Kruppe desearía iniciar este ágape con unas uvas, por favor.

Capítulo 7



Veo a un hombre,
agazapado en el fuego,
que me deja frío,
preguntándome qué
hace aquí el muy atrevido,
en mi hoguera agazapado…

Epitafio Gadrobi
Anónimo

En esa ocasión, el sueño de Kruppe lo condujo por la puerta de la Marisma, luego a recorrer el camino del Sur y, finalmente, a tomar a la izquierda el camino del lago Cúter. El cielo había adquirido una desagradable tonalidad entre plateada y verde claro.

—Todo está cambiando —dijo Kruppe, mientras sus pies lo llevaban apresuradamente por el camino polvoriento—. La moneda ha caído en manos de un niño, aunque él no lo sepa. ¿Es para Kruppe este camino de monos? Suerte que el cuerpo perfectamente redondeado de Kruppe sirve de epítome a la perfección en cuanto a la simetría se refiere. Uno no sólo nace con el don del equilibrio, sino que es necesario aprenderlo mediante una práctica ardua. Por supuesto, Kruppe es único en cuanto a que no requiere de práctica alguna… Para absolutamente nada.

Frente a los campos, a su izquierda, en un círculo de árboles jóvenes, un modesto fuego despedía un brumoso fulgor rojizo. La aguda mirada de Kruppe distinguió a una solitaria figura allí sentada que parecía tener las manos envueltas en las llamas.

—Demasiadas piedras bajo los pies como para volverlas sobre este rocoso camino lleno de surcos —protestó—. Kruppe probaría la tierra pelada, que aguarda aún el verdor que acompaña a la estación. Claro que ese fuego parece llamarme.

Mientras caminaba entre dos delgados troncos y se asomaba al claro iluminado, la figura encapuchada se volvió lentamente para estudiarle con su rostro, oculto a la sombra a pesar del fuego. Aunque tenía las manos sobre las llamas, parecían aguantar el calor, y los largos dedos sinuosos se movían con soltura.

—Me encantaría compartir este calor —dijo Kruppe, que acompañó sus palabras de una leve inclinación de cabeza—. Es muy peculiar en los sueños que tiene Kruppe de un tiempo a esta parte.

—Los extraños vagan por ellos —dijo la figura en voz baja y de peculiar acento—. Como yo, por ejemplo. ¿Me has convocado, pues? Hacía mucho que no recorría estas tierras.

—¿Convocado? —preguntó Kruppe, enarcadas las cejas —. No, en absoluto, Kruppe no, pues también es víctima de sus propios sueños. Imagina, después de todo, que Kruppe descansa en este instante bajo suaves sábanas, a salvo en su humilde morada. Mas permíteme, extranjero; tengo frío. No, mejor dicho, estoy helado.

El otro rió entre dientes y le indicó mediante un gesto que se acercara al fuego.

—Busco de nuevo el tacto —dijo—, pero mis manos nada sienten. Ser adorado consiste en compartir el dolor del suplicante. Mucho me temo que ya no quedan seguidores míos.

Kruppe guardó silencio. No le agradaba el tono sombrío de aquel sueño. Puso las manos ante el fuego, pero a pesar de ello poco calor sintió. Un dolor gélido se había hecho un hueco en sus rodillas. Finalmente, observó por encima de las llamas a la figura encapuchada sentada ante él.

—Kruppe cree que eres un dios ancestral. ¿Tienes nombre?

—Me llaman K'rul.

Kruppe dio un respingo. Había acertado en su suposición. Pensar que un dios ancestral se hubiera despertado y adentrado en su sueño hizo correr a toda prisa sus pensamientos, igual que si fueran conejos asustados.

—¿Cómo ha sido que has venido aquí, K'rul? —preguntó con voz temblorosa. De pronto hacía mucho calor. Sacó el pañuelo de la manga y se lo llevó a la frente.

K'rul pareció considerar la respuesta antes de satisfacer la curiosidad de Kruppe, quien percibió un tono de duda en su voz.

—Se ha derramado sangre tras las murallas de esta resplandeciente ciudad, Kruppe, sobre la piedra que tiempo ha fue consagrada a mi nombre. Esto… Esto es nuevo para mí. Hace tiempo reiné en las mentes de muchos mortales, quienes me agasajaron con sangre y huesos. Mucho antes de que se erigieran las primeras torres de piedra a la altura de los caprichos humanos, yo caminé entre los cazadores. —La capucha se movió hacia arriba, y Kruppe sintió el peso de aquella mirada inmortal—. Se ha derramado de nuevo la sangre, aunque eso de por sí no basta. Creo que mi

presencia en este lugar obedece a que debo esperar a aquel que ha de despertar. Aquel a quien conocí hace tiempo, hace mucho tiempo.

Kruppe encajó la noticia como hubiera encajado una mala digestión.

—¿Y qué tienes para Kruppe?

—Un fuego antiguo que te solazará en tiempos de necesidad —respondió el dios ancestral, que se levantó de pronto—. Pero te retengo por nada. Debes buscar a los t'lan imass que liderarán a la mujer. Ellos son quienes se encargan de despertar. Debo prepararme para el combate, creo. Un combate que perderé.

Kruppe abrió los ojos como platos, como si de pronto comprendiera.

—Te están utilizando —aventuró.

—Es posible. En ese caso, los dioses niños han cometido un grave error. Después de todo, perderé una batalla. —Una sonrisa espectral pareció perfilarse en los labios que pronunciaron aquellas palabras, aunque Kruppe no la viera dibujada en su rostro—. Pero no moriré. —K'rul se apartó del fuego—. Sigue jugando, mortal. Todos los dioses mueren a manos de los mortales. Tal es el único final posible para la inmortalidad.

Kruppe no pasó por alto la desilusión del dios ancestral. Sospechaba que en aquellas últimas palabras le había sido revelada una gran verdad, una verdad que le era permitido aprovechar.

—Y Kruppe la aprovechará —susurró.

El dios ancestral había abandonado el círculo de luz para dirigirse hacia el nordeste, a través de los campos. Kruppe observó el fuego, que hacía crepitar la leña con ansia, a pesar de lo cual no la consumía hasta convertirla en cenizas; así había ardido desde que llegara Kruppe, y así,

también, seguía despidiendo la misma intensa luz. Kruppe sintió un escalofrío.

—En manos de un niño —murmuró—. Esta noche, Kruppe está solo en el mundo. Solo.

Una hora antes del alba, Rompecírculos fue relevado de su vigilia en la Barbacana del Déspota. Aquella noche no se había presentado nadie en la puerta. El relámpago jugueteó entre los desiguales picos de las montañas Tahlyn, al norte, mientras descendía a solas por la serpenteante calle Encantos de Anís, en el barrio de la Especia. Ante su mirada, al pie de la ciudad, relucían las aguas de Antelago, y los barcos mercantes provenientes de las lejanas ciudades de Callows, Elingarth y Rencor de Kepler seguían fondeados, como encogidos por los rayos crepusculares en los muelles de piedra iluminados por la luz de gas.

La fresca brisa procedente del lago le trajo el aroma de la lluvia, aunque en lo alto las estrellas brillaban con asombrosa claridad. Se había quitado el tabardo, que llevaba plegado en la bolsa de cuero colgada de uno de sus hombros. Sólo la sencilla espada corta que ceñía en la cadera delataba su condición de soldado, un soldado sin procedencia.

Se había librado de sus deberes oficiales y, mientras descendía hacia el lago, sintió arrinconados todos los años de servicio. Recordaba con gran claridad su niñez en aquellos muelles, a los que se había visto arrastrado por la atracción de los comerciantes extranjeros, quienes dormían en sus coyes como héroes cansados de librar una guerra capital a su regreso. No era infrecuente divisar las galeras de los corsarios embocando la bahía, los metales bruñidos, hundido el casco algunas tracas a causa del botín estibado

en la bodega. Procedían de puertos tan misteriosos como Filman Orras, Fuerte Por Un Medio, Historia del Muerto y Exilio, puertos cuyos nombres llevaban consigo el eco de la aventura para un muchacho que jamás había visto su propia ciudad natal desde el exterior de las murallas que la rodeaban.

Redujo el paso al llegar al pie de la escalera del embarcadero. Los años que mediaban entre él y aquel muchacho desfilaron por su mente, y las imágenes marciales se hicieron cada vez más sombrías. Si buscaba en las muchas encrucijadas a las que había llegado en el pasado, veía cielos cargados de tormenta, tierras desastradas y azotadas por el viento. Las fuerzas de la edad y de la experiencia trabajaban en ese momento sobre todos aquellos recuerdos, y no importaba las decisiones que hubiera tomado, ya que todas le parecían desesperadas, condenadas de antemano.

¿Sólo los jóvenes conocen la desesperación?, se preguntó mientras se sentaba en una piedra del muelle. Ante él resplandecían las aguas negras de la bahía. A tres varas de profundidad, la costa rocosa quedaba sumida en tinieblas, y el brillo del cristal roto y de la loza guiñaba un ojo como parecen hacer las estrellas.

Se volvió un poco a la derecha. Recorrió con la mirada la loma de la colina hasta la cumbre, en la cual se alzaba el rechoncho bulto del Pabellón de la Majestad. *Nunca quieras abarcar demasiado.* Era una lección sencilla de la vida que había aprendido hacía tiempo en la cubierta incendiada de un corsario, cuyo casco tragaba mar mientras andaba a la deriva frente a las fortificaciones de una ciudad llamada Mandíbula Rota. Orgullo, llamarían los estudiosos al violento final de los corsarios.

Nunca quieras abarcar demasiado. Sus ojos seguían pendientes del Pabellón de la Majestad. El atolladero que había resultado del asesinato del concejal Lim aún se libraba entre aquellas paredes. El concejo corría en círculos, desperdiciando unas horas preciosas en la especulación y el cotilleo, horas que debieron dedicarse a asuntos de Estado. Turban Orr, arrancada su victoria en la votación en el último momento, había arrojado a sus sabuesos en todas direcciones, buscando a los espías que estaba seguro de que se habían infiltrado en su nido. El concejal no era precisamente estúpido.

En lo alto, una bandada de gaviotas voló hacia el lago, clamando al frío cielo nocturno. Aspiró con fuerza y dirigió con cierto esfuerzo la mirada hacia la colina de la Majestad.

Era tarde para preocuparse por abarcar demasiado. Desde el día en que el agente de la Anguila se acercó a él, su futuro había quedado sellado; algunos lo habrían considerado traición. Y quizá al fin y al cabo se trataba de una traición. ¿Quién podía decir lo que pretendía la Anguila? Incluso su principal agente, su contacto, profesaba una total ignorancia al respecto de los planes de su señor.

Volvió a centrar sus pensamientos en Turban Orr. Se había enfrentado a un hombre astuto y poderoso. Su única defensa contra Orr era el anonimato. No duraría.

Aguardó al agente de la Anguila sentado en el muelle. Le entregaría en mano un mensaje para la Anguila. ¿Qué cambiaría tras la entrega de la misiva? ¿Era erróneo por su parte buscar ayuda, poner en peligro la fragilidad del anonimato que tanta fuerza interior le daba, que endurecía su decisión? A pesar de todo, enfrentarse en un duelo de ingenio a Turban Orr… En fin, no creía ser capaz de hacerlo sin ayuda.

Sacó del jubón un pergamino. Se encontraba en una encrucijada, eso sí lo reconocía. En respuesta a su temor desmedido, había escrito la petición de ayuda en aquel pergamino.

Resultaría fácil rendirse en ese momento. Sopesó el liviano pergamino en la mano; apenas pesaba, y sentía al tacto la difusa capa de aceite, la rugosa textura del cordel que lo mantenía enrollado. Sería fácil, y también desesperado.

Levantó la cabeza. El cielo empezaba a palidecer, y el viento del lago se ungía de la inercia del día. Llegaría la lluvia del norte como solía suceder a esas alturas del año. Limpiaría la ciudad con su aliento especiado, refrescante. Desató la cuerda del pergamino y lo desenrolló.

Tan fácil.

Con ademanes lentos y deliberados, el hombre hizo añicos el pergamino. Dejó que el viento se llevara los restos, que se dispersaron arrastrados a la playa del lago, aún cubierta por las sombras. Luego las olas los arrastraron lago adentro, hasta convertirlos en puntos sobre las turgentes olas, igual que si fueran motas de cenizas.

En un rincón de la mente creyó oír el eco metálico que hacía una moneda al girar sobre sí misma. Pensó que era un sonido triste.

Al cabo abandonó el muelle. El agente de la Anguila, durante el paseo matutino, observaría a su paso la ausencia del contacto y, sencillamente, seguiría su camino.

Al recorrer la calle Antelago, la cumbre de la colina de la Majestad menguó a su espalda. A su paso surgieron los primeros comerciantes de seda, que colocaban sus productos en el amplio paseo adoquinado. Entre las sedas que alcanzó a reconocer, estaban las prendas teñidas de lavanda de Illem, los amarillos claros de Setta y Lest —dos

ciudades que el Vidente Painita se había anexionado al sudeste de allí el pasado mes—, así como las atrevidas prendas de Sarrokalle. Poca cosa, pues todo el comercio procedente del norte había terminado tras la invasión de Malaz.

Dejó atrás el lago a la entrada del bosque Fragranté y se adentró en la ciudad. Cuatro calles más allá le esperaba su solitaria habitación, situada en el segundo piso de una propiedad decadente, gris y silenciosa con la llegada del alba, su débil y arqueada puerta cerrada con picaporte. En esa habitación no había lugar para los recuerdos; nada que pudiera identificarle a los ojos de un mago, o que pudiera revelar al cazador de espías detalle alguno acerca de su propia vida. En esa habitación era un hombre anónimo, incluso para sí mismo.

Dama Simtal caminaba arriba y abajo. Aquellos últimos días habían mermado mucho el depósito de oro que tantos esfuerzos le había costado ganar, y todo para apaciguar las aguas. La esposa de Lim, la muy zorra, no había dejado que el luto se interpusiera a su avaricia. Apenas dos días vestida de negro y, después, a los paseos del brazo de ese petimetre de Murillio, emperifollada como el pastel de un banquete.

Las cejas perfiladas de Simtal se arquearon levemente. Murillio... Ese joven tenía gracia para dejarse ver. Pensándolo bien, quizá valdría la pena cultivar su amistad.

Dejó de caminar y se volvió al hombre que yacía tumbado en la cama.

—De modo que no has descubierto nada —dijo con una leve nota de desprecio, para después preguntarse si el concejal habría reparado en ello.

Turban Orr, con el antebrazo cubierto de cicatrices sobre la frente, no se inmutó al replicar:

—Ya te lo he dicho. No se conoce la procedencia del virote envenenado, Simtal. ¡Veneno, diantre! ¿Qué asesino utiliza veneno en estos tiempos? Vorcan los tiene tan tachonados de magia, que cualquier otro método se antoja obsoleto.

—Divagas —dijo ella, satisfecha al comprobar que el otro no había reparado en su descuido.

—Ya te dije que Lim estaba envuelto en más de una… aventura. Lo más probable es que el asesinato no tenga nada que ver contigo. Pudo haber sucedido en cualquier otro balcón, pero fue en el tuyo.

Dama Simtal se cruzó de brazos.

—No creo en las coincidencias, Turban. Dime, ¿fue una coincidencia que su muerte acabara con tu mayoría la noche antes de celebrarse la votación? —El concejal torció el gesto; Simtal comprendió que aquello le había dolido. Sonrió y se acercó al lecho. Allí se sentó y, tras extender su mano, procedió a acariciar el muslo de Orr—. Por cierto, ¿lo has controlado últimamente?

—¿A quién? ¿A él?

Simtal arrugó el entrecejo, apartó la mano y se puso en pie.

—A mi despechado favorito, idiota.

Los labios de Turban Orr dibujaron una sonrisa.

—Siempre he cuidado de él por ti, querida. No ha cambiado un ápice en ese aspecto. Aún no ha recuperado la sobriedad desde que lo largaste de una patada en el trasero. —El concejal se incorporó con intención de hacerse con su ropa, que colgaba de uno de los postes de la cama. Luego empezó a vestirse.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Simtal, en un tono más elevado de lo normal.

—¿A ti qué te parece que hago? —Turban se puso los calzones—. Hay un debate en marcha en el Pabellón de la Majestad que requiere de mi influencia.

—¿Para qué? ¿Para doblegar a tu voluntad a otro concejal más?

Turban Orr se puso la camisa de seda sin dejar de sonreír.

—Para eso, y para otras cosas.

Simtal puso los ojos en blanco.

—Oh, claro: el espía. Me había olvidado de él.

—Personalmente, creo que se aprobará la declaración de neutralidad para con Malaz; mañana, quizá, o puede que pasado.

—¡Neutralidad! —rió ella—. Empiezas a creerte tus propios embustes. Tú lo que quieres, Turban Orr, es el poder, el poder absoluto que conllevaría convertirse en Puño Supremo de Malaz. Crees que éste es el primer paso que cimentará tu carrera hacia los brazos de la emperatriz. ¡A costa de la ciudad, aunque eso no te importe una mierda!

Turban miró con desprecio a Simtal.

—Mantente al margen de la política, mujer. Darujhistan caerá ante el Imperio, eso es inevitable. Mejor procurar que sea una ocupación pacífica, antes que violenta.

—¿Pacífica? ¿Acaso ignoras lo que le ha sucedido a la nobleza de Pale? Oh, los cuervos han disfrutado de días enteros de carne fresca, te lo aseguro. Este Imperio devora la carne de la nobleza.

—Lo que sucedió en Pale no es tan simple como tú haces que parezca —replicó Turban—. Hubo un ajuste de cuentas por parte de los moranthianos, una cláusula en el acuerdo

escrito para sellar la alianza. Aquí no ocurrirá eso, ¿y qué más daría si eso sucediera? En lo que a mí concierne, podríamos sacar provecho de ello. —Recuperó su sonrisa torcida—. No me vengas con ese interés súbito por lo que pueda ser de esta ciudad. Lo único que a ti te preocupa eres tú misma. Guárdate la conciencia ciudadana para cuando tengas que fingir ante alguien, Simtal. —Y se abrochó los calzones.

Simtal se acercó al poste de la cama y extendió la mano para tocar el pomo plateado del espadín de Orr.

—Deberías matarlo y acabar de una vez por todas con esto —sugirió.

—Y dale con él. —El concejal rompió a reír al tiempo que se levantaba de la cama—. Tu cerebro trabaja con la misma sutileza de un niño malicioso. —Recogió el arma, que ciñó a la cintura—. Me pregunto cómo lograste arrebatarle algo a ese idiota que tenías por marido, considerando que ambos os halláis en igualdad de condiciones en lo que a la astucia respecta.

—El corazón de un hombre es lo más quebradizo del mundo —dijo Simtal, que sonrió para sus adentros. Se tumbó en la cama, estiró los brazos y arqueó la espalda antes de añadir—: ¿Qué me dices de Engendro de Luna? Aún sigue ahí, suspendida.

Mientras observaba el perfil de su cuerpo, el concejal respondió distraído:

—Aún tenemos que dar con un método de entregarles un mensaje. Hemos acampado a su sombra, y algunos representantes nuestros aguardan en la tienda, pero ese misterioso señor de momento nos ignora.

—Quizá haya muerto —sugirió Simtal, que se relajó con un suspiro—. Puede que Luna esté ahí quieta porque no

queda nadie dentro con vida. ¿Se os había pasado eso por la cabeza, querido concejal?

—Sí, ya lo habíamos pensado. ¿Te veré esta noche?

—Lo quiero muerto —dijo Simtal.

El consejero asió el tirador de la puerta.

—Quizá. ¿Te veré esta noche? —repitió.

—Quizá.

Turban Orr abrió la puerta y salió de la habitación.

Tumbada en la cama, dama Simtal lanzó un suspiro. Sus pensamientos se centraron en cierto dandi, cuya pérdida para una desconsolada viuda constituiría un delicioso golpe.

Murillio sorbió un trago de vino.

—Los detalles son imprecisos —dijo torciendo el gesto cuando el alcohol mordió su paladar.

Abajo, en la calle, un elegante carruaje pintado traqueteó al pasar, arrastrado por tres caballos blancos con riendas negras. El conductor iba envuelto en una túnica negra, cubierta la cabeza con una capucha. Los caballos sacudieron la cabeza, con las orejas hacia atrás, medio enloquecidos del esfuerzo, pero el cochero, con sus fuertes manos surcadas de venas, logró mantenerlos a raya. A ambos lados del coche caminaban mujeres de mediana edad. Sobre la cabeza afeitada llevaban tazas de bronce que desprendían un humo aromático.

Murillio se inclinó sobre la barandilla y observó el cortejo.

—Llevan en carro a esa zorra de Fander —dijo—. Si quieres mi opinión, me parece una ceremonia de lo más lúgubre. —Se sentó en el sillón y sonrió a su acompañante levantando la copa—. La diosa loba del invierno acaba de morir con su estación, sobre una alfombra blanca, nada

menos. Y dentro de una semana, con la fiesta de Gedderone se llenarán las calles de flores, que pronto obstruirán los desagües de toda la ciudad.

La joven sonrió, puestos los ojos en su propia copa de vino, que sostenía entre ambas manos como si de una ofrenda se tratara.

—¿A qué detalles te referías? —preguntó ella, dirigiéndole una mirada fugaz.

—¿Detalles?

—Los que acusabas de ser imprecisos —apuntó ella con una sonrisa tímida.

—Ah. —Murillio hizo un gesto con la mano enguantada para quitarle importancia—. La versión de dama Simtal sostenía que el concejal Lim se hallaba de visita, invitado formalmente por ella.

—¿Invitado? ¿Te refieres a la fiesta que organizará con motivo de la víspera de Gedderone?

—Pues claro. Supongo que tu Casa habrá recibido la invitación.

—Oh, sí. ¿Y tú?

—Ay, no —respondió Murillio, sonriendo.

La mujer, pensativa, guardó silencio con los ojos cerrados.

Murillio devolvió la mirada a la calle. Esas cosas, después de todo, actuaban por cuenta propia, y ni siquiera él podía imaginar el paso o la velocidad a la que discurrían los pensamientos de una mujer, sobre todo en lo relativo al sexo. Aquél era, casi con toda seguridad, un juego de favores, el favorito de Murillio, que siempre jugaba hasta las últimas consecuencias. Nunca decepcionarlas, ésa era la clave. El secreto más bien guardado es aquel que nunca se marchita con la edad.

Había pocas mesas ocupadas en la terraza, puesto que los parroquianos del establecimiento preferían el perfumado comedor que guardaba el interior. Murillio se sentía cómodo en el ajetreo de la calle, y sabía que su invitada compartía su mismo parecer, al menos en ese caso. Con todo el ruido que había, existían escasas probabilidades de que alguien pudiera escucharles.

Al pasear sin rumbo la mirada por la calle de las Joyas de Morul, dio un respigo e irguió la espalda, abiertos, muy abiertos los ojos cuando vio una figura de pie en un umbral cercano. Rebulló en la silla y dejó caer la mano izquierda bajo la barandilla de piedra, apartándola de la vista de la dama. Luego la sacudió con fuerza, mirando a la figura.

La sonrisa de Rallick Nom se hizo más pronunciada. Se apartó del umbral y enfiló la calle, deteniéndose a inspeccionar un conjunto de perlas expuesto sobre una mesa de ébano, frente a una tienda. El propietario dio un paso adelante y, al ver que Rallick seguía por su camino, se relajó.

Murillio lanzó un suspiro, recostado de nuevo, tomando un buen trago de licor. *¡Idiota!* El rostro del hombre, sus manos, sus andares, todo el conjunto revelaba una sola cosa: asesino. Diantre, incluso su vestuario tenía la misma calidez y vitalidad que el uniforme de un verdugo.

Cuando se trataba de sutileza, Rallick Nom era un desastre. Lo cual hacía que aquello fuera aún más extraño, que tan compleja trama hubiera sido urdida por la mente geométrica, rígida, de un asesino. A pesar de ello, fuera cual fuese su origen, era el fruto de un genio.

—¿Te gustaría ir, Murillio? —preguntó la mujer.

Murillio le ofreció la más tierna de sus sonrisas.

—Es una hacienda grande, ¿verdad? —preguntó tras apartar la mirada.

—¿La de dama Simtal? Claro que sí, repleta de habitaciones. —La mujer humedeció uno de sus dedos en el licor, y luego se lo llevó a los labios, introduciéndolo en la boca como si acabara de reparar en algo. Continuó estudiando la copa que sostenía en la otra mano—. Es de suponer que un buen número de las habitaciones destinadas al servicio, aunque carezcan de los lujos más simples, permanezcan vacías durante buena parte de la noche.

Murillio no necesitaba una invitación más evidente. El plan de Rallick dependía de aquel preciso instante, así como de sus consecuencias. Aun así, el adulterio tenía una desventaja. Murillio no deseaba cruzarse en el campo del honor con el marido de aquella mujer. Hizo a un lado aquellos inquietantes pensamientos tomando otro sorbo de vino.

—Me encantaría acudir a la fiesta de la dama, con una condición. —Cruzó la mirada con la de la mujer—. Que me obsequies con el placer de tu compañía esa noche; es decir, durante una o dos horas. —En su ceño se dibujó la preocupación—. Claro que no querría perjudicar las exigencias que de tu compañía tendrá tu marido. —Aquello era, precisamente, lo que sucedería, cosa de la que ambos eran conscientes.

—Por supuesto —respondió la mujer con un inesperado recato—. Eso sería inapropiado. ¿Cuántas invitaciones necesitarás?

—Dos —respondió—. Mejor será que me vean acompañado.

—Sí, mejor será.

Murillio observó su propia copa vacía con cierto pesar. A continuación, lanzó un suspiro.

—Ay, me temo que debo marcharme.

—Admiro lo disciplinado que eres contigo mismo —admitió la mujer.

No lo harás en la víspera de Gedderone, replicó Murillio para sus adentros al levantarse de la silla.

—La dama de la Fortuna me ha sonreído al proporcionarnos esta cita —dijo, inclinándose ante la mujer—. Hasta la víspera, dama Orr.

—Hasta entonces —respondió la mujer del concejal, qué ya parecía haber perdido todo su interés por él—. Adiós.

Murillio se inclinó de nuevo y abandonó la terraza. Entre las mesas, con disimulo, más de un noble le vio marcharse.

La calle de las Joyas de Morul moría en la puerta de la Hoz. Rallick sintió el peso de la mirada de la pareja de guardias asignados a la rampa, un peso que lo siguió mientras cruzaba el pasadizo formado entre las enormes piedras de la muralla de la Tercera Grada. Ocelote le había ordenado hacerse notar, y si bien Murillio era de la opinión de que sólo un ciego le hubiera tomado por otra cosa que no fuera un asesino, Rallick se había tomado la molestia de constatar lo obvio.

Los guardias no hicieron nada, por supuesto. Tener aspecto de ser un asesino no equivalía a serlo. La legislación de la ciudad era muy estricta al respecto. Sabía que quizá descubriría que lo estaban siguiendo mientras recorría las opulentas calles del distrito de las Haciendas, pero le daba lo mismo, de modo que no hizo el menor esfuerzo por despistar a nadie. La nobleza de Darujhistan pagaba una buena suma de dinero para mantener a diario a un montón de espías en las calles. No tenía nada que objetar a que se ganaran el sueldo.

Rallick no sentía la menor simpatía por ellos. No obstante, tampoco compartía el desprecio del pueblo por la nobleza. Después de todo, sus constantes aires de grandeza, los altercados interminables, las disputas e intrigas proporcionaban grandes oportunidades de hacer negocio.

Aquello terminaría cuando se instalara el Imperio de Malaz, eso al menos sospechaba él. En el Imperio, los Gremios de asesinos eran ilegales, y quienes estaban metidos en el negocio acababan reclutados por la Garra, siempre y cuando fueran buenos elementos, mientras que aquellos a los que no se consideraba buenos elementos simplemente desaparecerían. A los nobles no les iba mucho mejor, si los rumores que provenían de Pale eran ciertos. Todo cambiaría cuando el Imperio se apoderara de la ciudad, y Rallick no estaba muy seguro de querer verlo.

Pero daba lo mismo porque aún tenía que lograr algunas cosas. Se preguntó si Murillio habría conseguido hacerse con un par de invitaciones. Todo dependía de ello. Habían discutido largo y tendido al respecto la noche anterior. Murillio prefería a las viudas. El adulterio nunca había sido lo suyo, pero Rallick había insistido hasta lograr que el dandi cediera.

El asesino aún se preguntaba por los reparos de su amigo. Lo primero en lo que pensó fue que Murillio temía la posibilidad de un duelo con Turban Orr.

Pero Murillio no era precisamente inofensivo empuñando la espada ropera. Rallick había practicado con él en lugares solitarios el suficiente número de veces como para sospechar que era un experto, cosa que ni siquiera Turban Orr podía afirmar ser.

No, no era el miedo lo que le hacía tener reparos a Murillio por su parte del plan. Rallick se olía un asunto

moral en juego. Una faceta desconocida de Murillio se revelaba a ojos de Rallick.

Sopesaba las consecuencias cuando su mirada reparó en un rostro familiar entre el gentío. Se detuvo a estudiar los edificios circundantes, y de pronto abrió los ojos como platos al comprender adonde le habían llevado sus pasos. Volcó su atención en la figura familiar que aparecía de vez en cuando al otro lado de la calle, y el asesino entrecerró los ojos, pensativo.

Bajo la cúpula azul y plata que ofrecía el cielo al mediodía, Azafrán caminaba por la calle Antelago, entre el bullicio de los mercaderes y los tenderos. A una docena de calles se alzaban las colinas de la ciudad, tras la muralla de la Tercera Grada. En la colina situada más al este asomaba el campanario de K'rul, en cuyas escalas color de bronce relucía la luz del sol.

Pensó que de algún modo aquella torre desafiaba la fachada del Pabellón de la Majestad, pues miraba sobre las propiedades y los edificios agazapados en las colinas inferiores con ojos ancianos y un rostro repleto de las cicatrices de la historia, un cierto aire cínico a su brillo burlón.

Azafrán no era ajeno a la sardónica reserva que atribuía a la torre con respecto a la ostentación generalizada en la colina de la Majestad, sentimiento que le había contagiado su tío con el paso de los años. Y para arrojar leña a ese fuego, experimentaba una saludable dosis de resentimiento propio de la juventud hacia cualquier cosa que oliera a autoridad. Y aunque pensaba poco en ello, éstos eran los impulsos principales que justificaban sus actividades delictivas. Claro que no comprendía el insulto más sutil e

hiriente que resultaba de sus latrocinios: la invasión y la violación de la intimidad. Una y otra vez, en sus paseos, día y noche, volvía a recordar a la joven durmiendo plácidamente en su cama.

Con el tiempo, Azafrán comprendió que aquella imagen estaba relacionada con absolutamente todo. Había entrado en su dormitorio, un lugar que los pardillos nobles que babeaban a sus pies no soñaban siquiera con ver, un lugar donde ella podía hablar con sus muñecas de trapo de la niñez, cuando la inocencia no sólo era una flor que aguardaba el momento de ser arrancada. Su refugio. Azafrán había acabado con él, lo había echado a perder; había privado a esa joven de su posesión más preciada: la intimidad.

No importaba que fuera hija de los D'Arle, que hubiera nacido en el seno de una familia noble, de sangre pura (linaje que no había tocado jamás la dama de los Mendigos), que dicha sangre fluyera por sus venas durante toda la vida, protegida, escudada de las degradaciones propias del mundo real. Todo aquello no tenía importancia, pues para Azafrán aquel crimen suyo podía compararse al de la violación. Haber irrumpido con tal despreocupación en su mundo…

El joven ladrón tomó la calle Encantos de Anís, abriéndose paso entre la multitud, todo ello mientras en sus pensamientos se desataba un diluvio de recriminaciones por su comportamiento.

En su mente, se tambaleaban los muros del justo ultraje que siempre había sentido. La odiada nobleza le había mostrado un rostro que ahora le perseguía con su belleza, y que le empujaba en un centenar de direcciones inesperadas. Los suaves aromas de las tiendas de especias, que flotaban como nubes de perfume arrastradas por la

cálida brisa, habían acunado un sentimiento inclasificable en su garganta. El griterío de los niños de Daru que jugaban en las calles le hizo sentir añoranza.

Azafrán atravesó puerta Clavillo y entró en Osserc Angosto. Justo enfrente se hallaba la rampa que conducía a las Haciendas. Al acercarse tuvo que apartarse rápidamente a un lado para evitar un carruaje que marchaba a su espalda. No tuvo necesidad de ver el escudo de armas que adornaba el costado del carruaje para reconocer a qué Casa pertenecía. Los caballos tiraron de él sin preocuparse por quién pudieran hallar a su paso. Azafrán se detuvo para observar el paso del carruaje rampa arriba, mientras la gente se arracimaba a ambos lados. Por lo que había oído del concejal Turban Orr, parecía que los caballos del duelista estaban a la altura del desprecio que sentía éste por aquéllos a quienes supuestamente servía.

Para cuando llegó a la hacienda de Orr, el carruaje ya había franqueado la puerta exterior. Cuatro guardias corpulentos volvieron a ocupar sus puestos a ambos lados. El muro se alzaba a su espalda unas cinco varas, coronado por afiladas virutas de hierro herrumbroso sobre arcilla horneada al sol. Había una serie de antorchas de piedra pómez en la pared, colocadas a intervalos de tres o cuatro varas. Azafrán atravesó la puerta, ignorando a los guardias. El muro parecía poseer un grosor superior a una vara, y los ladrillos toscos eran los habituales cuadrados de un tercio de vara. Continuó calle arriba, y luego dobló a la derecha para comprobar el muro que daba al callejón. Una única puerta de servicio, roble embreado, fajada en bronce, puesta en ese tramo de muro, en la esquina más próxima.

Y ni un guardia. Las sombras de la hacienda edificada enfrente constituían un pesado manto sobre el angosto pasadizo. Azafrán se dejó arropar por la húmeda oscuridad.

Llevaba recorrida la mitad del callejón cuando una mano se cerró sobre su boca por la espalda y la afilada hoja de una daga se hundió en un costado sin herirlo. Azafrán quedó inmóvil, luego gruñó cuando la mano tiró de su cara para que se diera la vuelta. Entonces, de pronto, se encontró mirando a unos ojos que no le resultaban desconocidos.

Rallick Nom retiró la daga y dio un paso atrás con el ceño muy, muy fruncido. Azafrán ahogó una exclamación y se humedeció los labios.

—¡Rallick! ¡Por el corazón de Beru, menudo susto me has dado!

—Bien —repuso el asesino al tiempo que se acercaba a él—. Escúchame con atención, Azafrán. No tienes nada que hacer en la hacienda de Orr. Ni siquiera vuelvas a acercarte.

El ladrón se encogió de hombros.

—Se me había ocurrido que quizá…

—Pues borra esa ocurrencia.

—De acuerdo. —Se volvió hacia la franja de luz solar que señalaba la siguiente calle. Sintió a su espalda el peso de la mirada de Rallick, al menos hasta que salió al camino del Traidor. Se paró. A su izquierda ascendía la colina Altashorcas, cuya ladera alfombrada de flores era un arco iris de colores que discurría a ambos lados de los cincuenta y tres peldaños. Las cinco sogas que había en la cima se movían de forma imperceptible a tenor de la brisa, y sus sombras se proyectaban caprichosas y negras por la ladera hasta la calle adoquinada. Hacía mucho tiempo de la última vez que se ahorcó en ellas a un criminal de categoría, al contrario de lo que sucedía en el distrito de Gadrobi, donde era necesario remplazar las sogas de Bajashorcas debido al uso. Curioso contraste aquél, signo de los tensos tiempos que corrían.

De pronto, negó con la cabeza. Evitar el torrente de preguntas suponía un esfuerzo sobrehumano. ¿Le habría seguido Nom? No, era improbable que el asesino hubiera escogido a Orr o a cualquier otra persona que viviera en la hacienda para el asesinato. Sería un contrato arriesgado. Se preguntó quién habría tenido las agallas para ofrecerlo: otro noble, sin duda. Pero el coraje de ofrecer el contrato palidecía en comparación al de Rallick para aceptarlo.

En cualquier caso, el recuerdo de la advertencia del asesino había bastado para acabar de raíz con cualquier intención que pudiera tener de robar en la hacienda de Orr, al menos por el momento. Azafrán hundió las manos en los bolsillos. Mientras caminaba, sus pensamientos se extraviaron en un laberinto de callejones sin salida, y frunció el ceño al reparar en que una de sus manos, hurgando y hurgando en el bolsillo, se había cerrado sobre una moneda.

La sacó. Sí, era la moneda que había hallado la noche de los asesinatos. Rememoró la inexplicable aparición, el rumor metálico a sus pies un instante antes de que el virote arrojado por la ballesta del asesino pasara por encima de su cabeza. A la intensa luz de la mañana, Azafrán la examinó con calma. La primera cara que observó mostraba el perfil de un joven de expresión divertida que llevaba una especie de sombrero blando. Había una inscripción formada por diminutas runas en el borde de la moneda, una inscripción en una lengua que el ladrón no reconoció, pues era muy distinta de la escritura daru cursiva con la que estaba familiarizado.

Azafrán dio la vuelta a la moneda. ¡Qué extraño! Otra cara, ésta perteneciente a una mujer que miraba hacia el lado opuesto al del hombre. En esa cara, la inscripción obedecía a un estilo distinto, inclinada a la izquierda. La

mujer se veía más joven, con facciones similares a las del hombre; su expresión nada tenía que ver con la diversión: al ladrón sus ojos le parecieron fríos e inflexibles.

El metal era antiguo; asomaban algunas vetas de cobre puro y, alrededor de los rostros, tenía picaduras de estaño. Era sorprendentemente pesada, aunque concluyó que su único valor estribaba en su singularidad. Había visto monedas de Callows, Genabackis, Amat El y, en una ocasión, las barras surcadas de Seguleh, pero nada de todo aquello guardaba el menor parecido con esa moneda.

¿De dónde habría caído? ¿La había arrastrado prendida en la ropa? ¿O le habría dado una patada mientras cruzaba el tejado? Quizá había formado parte del tesoro de la joven D'Arle. Azafrán se encogió de hombros; en todo caso, su llegada no podía haber sido más oportuna.

Para entonces, el paseo le había llevado a la puerta oriental. Justo fuera de la muralla de la ciudad, y a lo largo del camino llamado Congoja de Jatem, se amontonaba el puñado de casuchas conocido por el nombre de Congoja, lugar al que se encaminaba el ladrón. La puerta permanecía abierta durante las horas de luz, y una línea de pesados carros repletos de verduras atestaba el estrecho paso. Distinguió al abrirse paso por uno de los lados que entre ellos llegaban los primeros carros de refugiados de Pale, aquellos que habían logrado burlar el asedio durante la batalla, y cruzado la llanura de Rhivi para ascender las colinas Gadrobi y, finalmente, llegar a Congoja de Jatem. Al observar aquellos rostros vio la rabia y la desesperación, templadas por el cansancio. Miraban la ciudad con escepticismo por sus exiguas murallas, conscientes de que no habían hecho sino lograr un poco más de tiempo para huir, demasiado cansados también como para dejar que eso les preocupara.

Inquieto por lo que veía, Azafrán cruzó apresuradamente la puerta y se acercó a la construcción más grande de Congoja, una especie de taberna ambulante de madera. Sobre el dintel de la puerta colgaba un tablón en el que hacía décadas alguien había pintado un carnero con tres patas. El ladrón pensó que nada tenía que ver aquel tablón con el nombre de la taberna, que era Lágrimas de Jabalí. Azafrán, que seguía con la moneda en una mano, entró y se detuvo una vez estuvo dentro del local.

Un puñado de rostros se volvieron para dedicarle una mirada fugaz, antes de devolver su atención a la bebida. En una mesa situada en una esquina oscura del establecimiento, Azafrán reconoció una figura que le resultaba familiar, que tenía las manos levantadas y gesticulaba como un loco. Los labios del ladrón dibujaron una sonrisa y se acercó a la mesa.

—… Entonces Kruppe se ungió de una agilidad tan musitada que pasó desapercibido a todos los de la corona y del cetro del rey de la tapa del sarcófago. Demasiado sacerdote en esta tumba, piensa Kruppe entonces, uno menos sería un alivio para todos menos para el rancio aliento del cadáver del rey, acortado y despertado así su espectro. Muchas veces antes se había enfrentado Kruppe a la ira de un airado y sañudo aparecido en algún pozo perdido de D'rek, canturreando su lista particular de crímenes cometidos en vida y gimiendo lo necesario que era para él devorar mi alma… ¡Bravo! Kruppe siempre se mostró muy escurridizo ante semejante surtido de espíritus y para su enojosa y balbuceante cháchara, que…

Azafrán puso la mano en el húmedo hombro de Kruppe, que volvió su redondo rostro perlado en sudor para observarle.

—¡Ah! —exclamó Kruppe, señalando con la mano a la única persona que compartía su mesa—. ¡Un aprendiz de antaño que ha venido a zalamear como es debido! Azafrán, siéntate donde buenamente puedas. ¡Moza! ¡Una jarra más de tu mejor vino, aprisa!

Azafrán observó al hombre que se sentaba ante Kruppe.

—Tendréis cosas de qué hablar.

La esperanza iluminó el semblante del desconocido, que se levantó como empujado por un resorte invisible.

—Oh, no —protestó—. No pretendo interrumpir. —Paseó fugaz la mirada entre Kruppe y Azafrán—. Además, debo irme, ¡os lo aseguro! Que tengas un buen día, Kruppe. Hasta otro momento, pues. —Inclinó la cabeza y se marchó.

—Ay, ¿qué prisa tendrá, la criatura? —se preguntó Kruppe, alcanzando la jarra de vino que el otro había dejado huérfana—. Vaya, mira esto —dijo a Azafrán, frunciendo el ceño—, sólo se ha bebido una tercera parte. ¡Menudo desperdicio! — Kruppe la apuró de un largo y rápido trago, y luego suspiró—. Evitado el desperdicio, ¡alabado sea Dessembrae!

—¿Era ése tu contacto en el mercado? —preguntó Azafrán tras tomar asiento.

—¡Cielos, no! —Kruppe pareció restarle importancia con el gesto que hizo—. Era un pobre refugiado de Pale, que andaba perdido. Por suerte para él apareció Kruppe, cuya brillante perspicacia le ha hecho…

—Salir derechito por la puerta —terminó Azafrán, riendo.

Kruppe le miró ceñudo.

Llegó la camarera con una garrafilla de barro, llena de un vino que olía a agrio. Kruppe llenó las jarras.

—Y ahora, se pregunta Kruppe, ¿qué querrá este diestro muchacho de éste en tiempos maestro de todas las artes

nefandas? ¿O acaso has triunfado de nuevo y llegas lastrado de botín, buscando un dispendio apropiado y demás?

—Bueno, sí… Es decir, no, no exactamente. —Azafrán miró a su alrededor, y luego se inclinó hacia su interlocutor —. Es por lo de la última vez —susurró—. Te supuse por aquí, vendiendo lo que te traje.

Kruppe se inclinó también hacia el muchacho, hasta que sus rostros estuvieron a escasa distancia.

—¿Lo adquirido a los D'Arle? —susurró a modo de respuesta, subiendo y bajando las cejas.

—¡Exacto! ¿Lo has colocado ya?

Kruppe sacó un pañuelo de la manga y secó el sudor de la frente.

—Con todos estos rumores de una guerra, las rutas comerciales aún parecen extraviadas. De modo que, para responderte te diré que… *Mmm*. Que no, que aún no, admite Kruppe…

—¡Estupendo!

Kruppe se sobresaltó al escuchar el grito del joven, y luego cerró los ojos con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, apenas permitió más de una rendija para mirarle.

—Ah, Kruppe comprende. El muchacho desea que sus posesiones le sean devueltas, de modo que pueda buscar una recompensa más sustancial en otra parte.

—No, claro que no. Bueno, sí, quiero recuperarlas. El caso es que no pretendo colocarlas en otra parte. Vamos, que aún sigo dependiendo de ti para todo lo demás. Es sólo que se trata de un caso especial. —A medida que así hablaba, Azafrán sintió que sus mejillas se cubrían de arrebol hasta tal punto que agradeció la penumbra que reinaba en aquel rincón—. Se trata de un caso especial, Kruppe.

El redondo rostro de Kruppe dibujó una amplia sonrisa.

—Vamos, pues claro, muchacho. ¿Quieres que te los entregue esta noche? Excelente, pues, considera resuelto el asunto. Por favor, dime, ¿qué guardas ahí en tu mano?

Azafrán le miró confundido hasta que recordó.

—Ah, sólo es una moneda —explicó mostrándosela a Kruppe—. La recogí la misma noche que robé en la mansión de los D'Arle. Tiene dos caras, ¿lo ves?

—¿De veras? ¿Podría Kruppe examinar este peculiar objeto más de cerca?

Azafrán accedió a ello y luego se llevó la jarra a los labios.

—Pensaba en que mi próximo golpe podría ser en la hacienda de los Orr —dijo como si no tuviera importancia, con la mirada atenta a la reacción de Kruppe.

—*Mmm*. —Kruppe volvió la moneda en su mano una y otra vez—. Qué mala factura —masculló—. Y mal acuñada. ¿En lo de Orr, dices? Kruppe recomienda precaución. La casa está bien protegida. El metalurgista que fundió ésta debió de acabar ahorcado, y supongo que así fue, o eso cree Kruppe. Cobre negro, nada menos. Estaño del barato, temperaturas demasiado frías. ¿Me haces un favor, Azafrán? Echa un vistazo a la calle desde la puerta. Si ves bambolearse ciudad adentro un vagón rojo y verde de mercader, Kruppe te agradecería mucho la información.

Tras levantarse, Azafrán cruzó la estancia en dirección a la puerta. Una vez en el exterior, miró a su alrededor. No había ningún carromato a la vista, de modo que volvió a entrar en el establecimiento.

—No hay ningún carromato.

—Ah, bueno —dijo Kruppe. Dejó la moneda en la mesa—. No tiene ningún valor, juzga el perspicaz Kruppe. Puedes librarte de ella cuando te venga en gana.

Azafrán cogió la moneda y la deslizó en el interior del bolsillo.

—No, la guardaré. Me da buena suerte.

Kruppe levantó una mirada febril, que pasó desapercibida a Azafrán, más pendiente de la jarra que tenía en las manos. El gordo lanzó un suspiro y miró hacia otro lado.

—Kruppe debe irse de inmediato, si se pretende que esta cita nuestra de la víspera sea fructífera para todas las partes implicadas.

Azafrán apuró el vino.

—Podemos volver juntos.

—Excelente. —Kruppe se levantó quitándose las migas de la pechera—. ¿Vamos, pues? —Azafrán se miraba extrañado la mano—. ¿Hay algo que preocupe al muchacho? —se apresuró a preguntar.

Azafrán rehuyó su mirada con aire culpable, y de nuevo volvió a arrebolarse.

—No —murmuró con los ojos puestos en la mano—. Me habré manchado de cera en alguna parte —explicó. A continuación, frotó la mano en el pantalón y sonrió con timidez—. Vamos.

—Hace un día espléndido para pasear, opina Kruppe, que es sabio en todo.

La ronda de Oroblanco cercaba una torre abandonada con una panoplia de toldos teñidos de vivos colores. Las joyerías, cada una con su correspondiente guardia rondando en el exterior, daban a la calle circular, y los espacios que mediaban entre éstas formaban estrechos pasadizos que discurrían en dirección al patio en ruinas de la torre.

Las diversas historias de muerte y locura que rodeaban la torre del Insinuador y sus alrededores la mantenían vacía y, por encima de todo en las mentes de los joyeros, lejos de convertirse en una probable ruta de aproximación a sus preciosos negocios.

A medida que la tarde se acercaba al crepúsculo, las gentes que paseaban por la ronda fueron retirándose, y los guardias particulares se volvieron más precavidos. Aquí y allí se procedió a cubrir con rejas los escaparates, y en los pocos que permanecieron abiertos se encendieron las antorchas.

Murillio llegó a la ronda por el camino de Tercerafila, y aprovechó para detenerse de vez en cuando a examinar los productos de los tenderos. Murillio iba envuelto en una reluciente capa azul de erial de Malle, consciente de que su alarde de ostentación contribuiría a evitar probables recelos.

Llegó a una tienda en particular, flanqueada a ambos lados por almacenes sin luz. El joyero, de rostro chupado y nariz aguileña, se apoyaba en el mostrador, y sus manos callosas lucían cicatrices grises, parecidas a las pisadas de un cuervo en el fango. Con uno de los dedos tamborileaba una incesante melodía. Murillio se acercó y miró los ojos de escarabajo del hombre.

—¿Es la tienda de Krute de Talient?

—Soy Krute —respondió el joyero con voz rasposa, como descontento con el papel que le había tocado representar en la vida—. No encontrará nada en todo Darujhistan que pueda compararse a las perlas de Talient, engarzadas en oro rojo de las minas de Moap y Fajo. —Se inclinó hacia delante y escupió tras los talones de Murillio, que de forma involuntaria se apartó a un lado.

—¿No ha tenido mucha clientela hoy? —preguntó al tiempo que sacaba un pañuelo de la manga, para llevárselo después a los labios.

—Sólo uno —respondió Krute, mirándole fijamente—. Estuvo examinando un conjunto de joyas de Goaliss, peculiares como leche de dragón, criadas en una roca aún peor. Un centenar de esclavos perdidos por cada piedra, arrancada a la fuerza de venas coléricas. —Krute sacudió los hombros—. Ahí atrás las guardo, para evitar que la tentación salpique de sangre y demás la calle.

—Me parece una buena práctica. ¿Le compró alguna?

La sonrisa torcida de Krute dejó al descubierto las fundas negras que tenía por dientes.

—Una, pero no la mejor. Venga, se las mostraré. —Se acercó a una puerta lateral, que abrió—. Por aquí, sígame.

Murillio entró en la tienda. Negras cortinas cubrían las paredes, y el ambiente olía a rancio, a sudor. Krute le condujo a la trastienda, que como estancia era si cabe más hedionda que la primera. El joyero corrió la cortina entre ambas habitaciones y se encaró a Murillio.

—¡Muévete rápido! Tengo colocado un montón de oro falso y de alhajas en el mostrador. Si algún cliente con buen ojo lo descubre, habrá que buscarse otro agujero. —Dio una patada a la pared del fondo, y un panel giró sobre sus goznes—. Arrástrate por ahí, maldita sea, y dile a Rallick que la Guilda no está muy satisfecha con la generosidad con que comparte nuestros secretos. ¡Vamos!

Murillio se arrodilló y pasó por el portal, arrastrando el peso en las palmas de las manos y en las rodillas, lo cual le costó el disgusto de manchárselas de tierra húmeda. Gruñó enfadado al cerrarse la puerta a su espalda, y luego se puso en pie. Ante él se alzaba la torre del Insinuador, cuyas molduras relucían a la luz moribunda del atardecer. Un

sendero adoquinado invadido por las malas hierbas conducía a la entrada en forma de arco, que carecía de una puerta y estaba envuelta en sombras. En su interior, Murillio no distinguía más que la oscuridad.

Las raíces de los robles chaparros, alineados a lo largo del sendero, se habían abierto paso por los adoquines, a los que había levantado de la tierra, lo cual volvía traicionero el paso. Al cabo, Murillio llegó al portal, entornó los ojos e intentó penetrar la oscuridad.

—¿Rallick? —susurró—. ¿Dónde coño estás?

—Llegas tarde —respondió una voz a su espalda.

Murillio giró sobre sus talones, movimiento al que acompañó la rapidez con que desenvainó la espada ropera con la zurda, para adoptar finalmente la guardia mientras desnudaba con la derecha una daga rompepuntas.

—¡Maldición, Rallick!

El asesino gruñó divertido, atento al extremo afilado de la ropera que hacía unos instantes había pasado muy cerca de su plexo solar.

—Me alegra comprobar que tus reflejos no han dejado de ser lo que eran, amigo mío. Todo ese vino y los bizcochos no parecen haberte perjudicado… mucho.

—Esperaba encontrarte en la torre —dijo Murillio, devolviendo las armas a sus vainas.

—¿Estás loco? —preguntó Rallick al tiempo que abría los ojos como platos—. Ese lugar está encantado.

—¿Quieres decir que no se trata de uno de esos cuentos que os inventáis los asesinos para mantener a la gente lejos de un lugar?

Rallick se dio la vuelta sin responder y avanzó a la terraza que en tiempos se había enseñoreado sobre el jardín. Había algunos bancos de piedra blanca sobre la hierba; se alzaban como los huesos de una bestia inmensa.

Bajo la terraza, Murillio distinguió al reunirse con el asesino un estanque de agua sucia, lleno de algas. Las ranas cantaban, y los mosquitos zumbaban en la oscuridad.

—Hay noches en que los espectros se reúnen en la entrada —explicó Rallick mientras sacudía las hojas muertas de uno de los bancos—. Puedes acercarte a ellos, escuchar sus ruegos y amenazas. Todos quieren salir. —Y se sentó.

Murillio permaneció en pie, con la mirada en la torre.

—¿Y qué me dices del Insinuador? ¿Se encuentra su espectro entre ellos?

—No. El loco duerme ahí dentro, o eso se dice. Los espectros están atrapados en las pesadillas del hechicero, que se aferra a ellos, e incluso el Embozado no puede atraerlos a su frío seno. ¿Quieres saber de dónde proceden esos espectros, Murillio? —sonrió Rallick—. Entra en la torre y lo descubrirás personalmente.

Murillio estaba a punto de entrar en la torre cuando había sido sorprendido por Rallick.

—Gracias por la advertencia —replicó sarcástico recogiendo la capa antes de sentarse.

Rallick hizo lo posible por quitarse de encima a los mosquitos que zumbaban a su alrededor.

—¿Y bien?

—Las tengo —aseguró Murillio—. El sirviente de mayor confianza de dama Orr me las entregó esta tarde. —Del interior de la capa sacó un tubo de bambú atado con una cinta azul—. Dos invitaciones para la fiesta de dama Simtal, tal como prometió.

—Estupendo. —El asesino miró fugazmente a su amigo —. ¿No habrás visto por casualidad a Kruppe arrugar la nariz?

—Aún no. Esta tarde tropecé con él. Parece ser que Azafrán ha hecho algunas peticiones extrañas. Claro que ¿cómo saber cuándo se ha olido algo ese Kruppe? —añadió, ceñudo—. De cualquier modo, no he visto nada que pueda sugerir que ese enano escurridizo sospeche en qué andamos metidos.

—¿A qué te referías cuando has dicho eso de que Azafrán andaba por ahí haciendo peticiones extrañas?

—Es muy curioso, pero cuando esta tarde pasé por la taberna del Fénix, Kruppe hacía entrega al muchacho del botín que había reunido en su último trabajito. A ver, quiero decir que no es posible que Azafrán haya abandonado a Kruppe como intermediario, de modo que quizá esté tramando algo.

—Entró en una hacienda, ¿verdad? ¿En cuál? —preguntó Rallick.

—En la de los D'Arle —respondió Murillio, que acto seguido enarcó ambas cejas—. ¡Por el beso de Gedderone! ¡La damita D'Arle! Esa jovencita insolente a la que están paseando en todas y cada una de las fiestas y reuniones que se organizan en la ciudad, la que deja a su paso el reguero formado por la baba de sus pretendientes. ¡Oh, vaya! Menudo castigo el que ha ido a caerle a nuestro ladronzuelo, que por lo visto prefiere guardar para sí las fruslerías de la damita. De todos los sueños irrealizables que podía concebir el muchacho, diría que ha ido a escoger el peor.

—Quizá —opinó Rallick—. O puede que no. Si habláramos con su tío…

—¿Un codazo en la dirección apropiada? —preguntó Murillio, que mudó la expresión dolida por una de alegría—. Sí, claro. Mammot estará encantado…

—Paciencia —interrumpió Rallick—. Convertir a un inmaduro ladrón en un hombre de posición y conocimientos requerirá más trabajo del que lograría un corazón enamorado.

Murillio arrugó el entrecejo.

—En fin, disculpa si me he dejado llevar por la alegría de salvarle la vida al muchacho.

—Jamás te arrepientas de sentir semejante alegría —sonrió Rallick.

Consciente del tono en que esto último había sido dicho, Murillio suspiró.

—Apenas recuerdo cuándo fue la última vez que tuvimos ilusión por algo —reflexionó en voz alta.

—Pues el camino para lograr uno de nuestros sueños estará teñido de sangre, no lo olvides. Pero, sí, hace mucho tiempo. Me pregunto si Kruppe recuerda aquellos tiempos.

—La memoria de Kruppe se revisa cada hora. Lo único que lo mantiene entero es el temor a ser descubierto.

—¿Descubierto? —preguntó Rallick.

Su amigo parecía muy lejos, pero al poco sonrió.

—Ah, es que me vuelvo suspicaz, nada más. Es escurridizo, así es Kruppe.

Rallick rió entre dientes ante la peculiar construcción sintáctica de Murillio. Luego observó el estanque.

—Sí —admitió al cabo—, él es el escurridizo, de acuerdo. —Se levantó—. Krute querrá cerrar. La ronda duerme a estas alturas.

—Cierto.

Ambos abandonaron la terraza cuando la neblina de gas se extendía a ras de suelo. Al llegar al sendero, Murillio se volvió para mirar la entrada de la torre, preguntándose si podría ver a los farfullantes espectros, pero lo único que vio tras el arco fue un muro de oscuridad. En cierto modo,

consideró aquello más perturbador que cualquier horda de almas extraviadas que pudiera imaginar.

El sol de la mañana penetró por las amplias ventanas del estudio de Baruk, y una brisa cálida barrió la habitación, arrastrando los aromas y ruidos de la calle. El alquimista, vestido aún con el camisón, permanecía sentado en un taburete alto a la mesa donde se hallaban desplegados los mapas. Tenía un pincel en una mano, cuya punta mojaba una y otra vez en un tintero de plata.

Había aguado la tinta roja. La pintura cubría las zonas sometidas al Imperio de Malaz. En total, la mitad del mapa, la norte, cubierta de tinta roja. Una pequeña franja al sur del bosque de Perrogrís señalaba las fuerzas al mando de Caladan Brood, flanqueadas a ambos lados por dos motas, correspondientes a la Guardia Carmesí. El baño rojo rodeaba estos puntos y se extendía a Pale, para terminar en el extremo norte de las montañas Tahlyn.

Los ruidos procedentes de la calle aumentaron, creyó percibir Baruk, cuando se inclinó sobre el mapa para extender la mancha roja hasta el extremo sur. *Menudo estruendo hace esa obra*, pensó al oír el chirrido de manivelas y una voz que aullaba a los transeúntes. El ruido cesó para dar paso a un crujido audible. Baruk dio un salto, y con el codo derecho volcó el tintero. La mancha roja se extendió por toda la superficie del mapa.

Maldijo Baruk mientras se volvía a sentar, atento a la mancha que se extendía hasta cubrir Darujhistan y seguir al sur, a Catlin. Bajó del taburete, se hizo con un trapo para limpiarse las manos, algo agitado por lo que no pudo evitar considerar una especie de señal. Luego recorrió la estancia hasta llegar a la ventana, por la cual se asomó.

Un grupo de trabajadores se afanaba en arrancar de cuajo la misma calle. Dos forzudos esgrimían picos, mientras otros tres formaban una cadena para pasarse los adoquines y amontonarlos en el pavimento. El capataz se encontraba cerca, apoyada la espalda en un carromato, estudiando un pergamino.

—¿Quién está al mando del mantenimiento de los caminos? —se preguntó en voz alta.

Unos suaves golpes en la puerta distrajeron su atención.

—¿Sí?

Su sirviente, Roald, entró en la estancia.

—Ha llegado uno de sus agentes, señor.

—Que espere un poco, Roald —ordenó Baruk tras dirigir una mirada fugaz al mapa.

—Sí, señor. —El sirviente retrocedió un paso, el mismo que había dado para entrar, y cerró la puerta.

El alquimista se acercó a la mesa y enrolló el maltrecho mapa. Desde el corredor llegó el estruendo de un vozarrón, seguido de un murmullo. Baruk deslizó el mapa en un estante y se volvió a la puerta, a tiempo de ver entrar al agente, seguido de cerca por un ceñudo Roald.

Después de señalar mediante un gesto al sirviente que se retirara, Baruk observó al agente, que iba vestido de forma ostentosa.

—Buenos días, Kruppe.

Roald salió y cerró la puerta sin hacer ruido.

—Más que buenos, Baruk, amigo querido de Kruppe. ¡Maravillosos en realidad! ¿Has participado del aire fresco de la mañana?

Baruk dirigió una mirada a la ventana.

—Desdichadamente —respondió— el aire que penetra por mi ventana es más bien algo polvoriento.

Kruppe calló. Volvió a pegar los brazos a los costados, luego hundió una mano en la manga, de cuyo interior sacó su habitual pañuelo, con el que procedió a secarse el sudor de la frente.

—Ah, sí, los trabajadores del camino. Kruppe ha pasado junto a ellos viniendo hacia aquí. Kruppe los tiene por una panda de hombres más bien beligerantes. Chabacanos, claro, pero muy fuertes.

Baruk señaló una silla, invitación que Kruppe aceptó con sonrisa beatífica.

—Menudo día caluroso —protestó con la mirada en la garrafa de vino que descansaba sobre el mantel.

El alquimista se acercó a la ventana y recostó los riñones en el alféizar. Observó atentamente a aquel hombre, preguntándose si lograría algún día atisbar siquiera lo que fuera que ocultara el infantil comportamiento de Kruppe.

—¿Qué has oído por ahí? —preguntó en voz baja.

—¿Que qué ha oído Kruppe? ¡Qué no ha oído, será!

—Me pregunto qué tienes en contra de la brevedad —replicó Baruk, enarcando una ceja.

El otro rebulló en la silla y se secó de nuevo el sudor de la frente.

—¡Qué calor! —Al ver que Baruk endurecía la expresión, añadió—: Veamos, respecto a las noticias. —Se inclinó hacia delante y su tono de voz mudó hasta convertirse en un susurro—: Se rumorea en las esquinas de las tabernas, en los oscuros portales de las húmedas callejuelas, en las nefandas sombras de la noche nocturna, que…

—¡Ve al grano!

—Sí, claro. En fin, Kruppe ha echado el lazo a un rumor. Nada más y nada menos que una guerra de asesinos. La Guilda está sufriendo bajas, al menos eso se dice.

Baruk se volvió a la ventana y observó la calle.

—¿Y los ladrones?

—Los tejados se han vuelto muy concurridos. Se abren gargantas. Los beneficios han caído en picado.

—¿Y Rallick?

—Ha desaparecido —respondió Kruppe, pestañeando—. Kruppe no lo ha visto desde hace unos días.

—¿No tiene un carácter interno esta guerra entre asesinos?

—No.

—¿Y se ha identificado esta nueva facción?

—No.

Abajo, los hombres que trabajaban en la calle parecían pasar más tiempo discutiendo que trabajando. Una guerra de asesinos podía constituir un problema. La Guilda de Vorcan era fuerte, pero el Imperio aún lo era más, si es que aquellos recién llegados pertenecían a la Garra. No obstante, había algo muy raro en todo aquello. En el pasado, la emperatriz aprovechó estos Gremios; a menudo había reclutado a buena parte de sus miembros para que entraran a su servicio. Al alquimista no se le ocurría qué podía motivar aquella guerra, lo que aún resultaba más inquietante que la propia guerra en sí. Al oír ruido a su espalda, recordó la presencia de su agente.

—Ya puedes irte —le dijo al volverse.

Los ojos de Kruppe relampaguearon y Baruk dio un respingo. El gordo se levantó de la silla con cierta agilidad.

—Kruppe tiene más cosas que contar, maese Baruk.

Divertido, el alquimista hizo un gesto a Kruppe para que continuara.

—Ay, la historia es a la par confusa y ardua —obedeció Kruppe mientras se acercaba a Baruk en la ventana. Había desaparecido el pañuelo—. Kruppe sólo es capaz de llegar a conjeturas tan acertadas como cualquier otro hombre de

innumerables talentos. En momentos de ocio, en plenos juegos de azar y similares. En el aura de los Mellizos alcanza a oír un experto, a ver, a oler y a tocar cosas tan insustanciales como el viento. Un pedacito de la dama de la Fortuna, la amarga advertencia que supone la risa del señor. —Kruppe clavó su mirada en el alquimista—, ¿Me sigues?

—Te refieres a Oponn —dijo Baruk en voz baja.

—Puede —respondió Kruppe observando la calle—. Puede que fuera una finta destinada a despistar a un insensato como Kruppe…

¿Insensato? Baruk se sonrió. *Éste no tiene un pelo de insensato.*

—¿Quién sabe? —Kruppe levantó una mano, mostrando en su palma un disco de cera—. Un objeto —continuó en voz baja, con la mirada puesta en él— que pasa sin procedencia, perseguido por muchos que ansían su frío beso, en el que la vida y todo lo que en su interior yace a menudo se convierte en una apuesta. Solo, la corona de un mendigo. En gran número, la locura de un rey. Lastrado con la ruina, aunque la sangre lo limpie con la más leve lluvia, y al siguiente ni rastro de su coste. Es como es, dice Kruppe, sin valor excepto para quienes insisten en ver lo contrario.

Baruk contenía el aliento. Le ardían los pulmones, a pesar de lo cual hizo un esfuerzo por soltar el aire. Las palabras de Kruppe le habían arrastrado a… a un lugar, un atisbo de vastas salas repletas de conocimiento, y la firme, implacable y precisa mano que lo había reunido, que lo había grabado en un pergamino. Una biblioteca, estantes y estantes de madera oscura, tomos encuadernados en cuero brillante, pergaminos que amarilleaban, un escritorio lleno de hoyos y con manchas de tinta… Baruk sintió que apenas había echado un vistazo a aquella estancia. La mente de

Kruppe, el lugar secreto cuya puerta permanecía cerrada a todos excepto a uno.

—Te refieres a una moneda —dijo Baruk, que en su esfuerzo por volver a la realidad centró la mirada en el disco de cera que Kruppe tenía en su mano.

Kruppe crispó los dedos de la mano. Se volvió y depositó el disco de cera en el alféizar de la ventana.

—Examina estos rasgos, maese Baruk. Marca ambos lados de la misma moneda. —De pronto reapareció el pañuelo y Kruppe retrocedió un paso, secándose el sudor de la frente—. ¡Menudo calor hace!

—Sírvete una copa de vino —murmuró Baruk. Cuando el hombrecillo se apartó de su lado, el alquimista abrió su senda. En respuesta a un gesto, el disco de cera se alzó en el aire y se dirigió flotando lentamente ante él, a la altura de sus ojos. Estudió las marcas—. La dama —dijo entre dientes. Dio la vuelta al disco y ante él apareció el señor. De nuevo giró el disco, y Baruk abrió unos ojos como platos al ver que empezaba a girar sobre el canto. Un sonido metálico se instaló en el fondo de su mente. Sintió que su senda resistía una presión que aumentaba con el sonido, y luego su fuente se derrumbó.

A lo lejos, como si se hallara a una gran distancia, oyó la voz de Kruppe.

—Incluso en este rasgo, maese Baruk, sopla el aliento de los Mellizos. Ninguna senda abierta por un mago es capaz de resistir semejante viento.

El disco seguía girando en el aire frente a Baruk como un borrón de color plateado. Una neblina se extendía a su alrededor. Unas gotas cálidas rociaban su rostro, y dio un paso atrás. El fuego azulado parpadeó en la cera derretida, mientras el disco giraba y giraba cada vez más rápido. Al cabo de un instante había desaparecido, y el sonido

metálico y la presión que lo acompañaban cesaron de pronto. El silencio súbito produjo un intenso dolor de cabeza a Baruk. Apoyó una mano temblorosa en el alféizar de la ventana y cerró los ojos.

—¿Quién lleva la moneda, Kruppe? —preguntó con la voz áspera del dolor—. ¿Quién?

De nuevo Kruppe se hallaba a su lado.

—Un muchacho —respondió en un tono que parecía quitarle importancia al hecho—. Un conocido de Kruppe, sin duda, al igual que del resto de tus agentes: Murillio, Rallick y Coll.

—Algo así no puede ser una coincidencia —susurró Baruk, abriendo de nuevo los ojos, mientras hacía un esfuerzo desesperado por sobreponerse al terror que sentía. Oponn había entrado en el gambito, y para semejante poder la vida de una ciudad y de quienes la habitaban no tenía ningún valor—. Reúne a tu grupo. A todos los que me has nombrado. Hace mucho tiempo que sirven a mis intereses, y también deben hacerlo ahora por encima de todas las cosas. ¿Me entiendes?

—Kruppe comunicará tu insistencia. Es probable que Rallick tenga que atender asuntos de la Guilda, mientras que Coll, si cuenta de nuevo con un propósito en la vida, es posible que pueda aguzar la vista y aceptar con la cabeza bien alta esta misión. ¿Maese Baruk? Dime, por cierto, ¿en qué consiste?

—Hay que proteger al portador de la moneda. Vigiladlo, fijaros en quién lo mira cruzado, en quién lo trata con benevolencia. Debo saber si la dama lo tiene, o si es el señor. Ah, Kruppe, y busca a Rallick para esto. Si el señor reclama al portador de la moneda, será necesario contar con las habilidades del asesino.

—Entendido —respondió Kruppe—. Ay, espero que la compasión sonría al pobre Azafrán.

—¿Azafrán? —Baruk arrugó el entrecejo—. Diría que me suena ese nombre.

Kruppe mantuvo una expresión inescrutable.

—En fin. Muy bien, Kruppe. —Se volvió de nuevo a la ventana—. Mantenme informado.

—Como siempre, Baruk, amigo de Kruppe. —Y se inclinó ante él—. Gracias por el vino, que es delicioso.

Baruk oyó que la puerta se abría y luego se cerraba. Observó de nuevo la calle; había logrado controlar su miedo. Oponn tenía mano para arruinar los planes más cuidadosamente trazados. Baruk despreciaba la perspectiva de arriesgarse a entrometerse en sus asuntos. Ya no podía confiar en su habilidad para la predicción, para prepararse ante posibles contingencias, para cuidar de todas y cada una de las posibles variantes y dar con aquella que mejor encajara en sus planes. *Tal como gire la moneda, lo hará la ciudad.*

A todo esto había que añadir la peculiar forma de actuar de la emperatriz. Tendría que ordenar a Roald que le sirviera un poco de ese té relajante. El dolor de cabeza empezaba a debilitarle. Mientras se frotaba las sienes vio por el rabillo del ojo una especie de resplandor rojizo. Levantó las palmas de las manos a la altura de los ojos. Se las había manchado de tinta roja. Se inclinó sobre el alféizar de la ventana. A través de la nube de polvo que habían levantado en la calle se distinguían los tejados de Darujhistan y, más allá, el puerto.

—Y tú, emperatriz —susurró—. Sé que estás aquí, en algún lugar. Puede que tus peones se muevan invisibles, al menos de momento, pero los encontraré. Puedes estar segura de ello, con o sin la jodida suerte de Oponn.

Libro Tercero



La Misión

Lejos danzan las marionetas,
movidas por manos diestras.
Entre ellas tropiezo,
importunado por sus hilos.
Doy dos pasos, trabado,
y maldigo a todos esos estúpidos
por sus insensatas piruetas.
No viviré como ellos,
oh, no, dejadme a mí
circular danza.
Estos inesperados tirones que veis,
por la tumba del Embozado yo os juro,
que son arte en movimiento.

Proverbios del insensato
Theny Bule (n. ?)

Capítulo 8



Entonces renunció
entre hombres y mujeres,
por tierra el sello
en su corrupta purificación.
Allí, en la arena teñida de sangre
derramadas las vidas
del emperador y la Primera Espada.
Ay, trágica traición…
él, de la Vieja Guardia,
comandante del aguzado filo
de la furia imperial,
y así, al renunciar
pero no marcharse,
permaneció en el recuerdo
ante la mirada de ella, la maldición
de la conciencia que no podía soportar.
Se le ofreció un precio,
que miró de reojo al pasar por primera vez,
ignorante, tan poco preparado
al renunciar entre mujeres
y hombres; descubrió a qué había renunciado,
y maldijo que eso mismo pudiera despertar…

Los Abrasapuentes
Toc el Joven

A poco del alba, el cielo lucía un color de hierro, surcado de vetas de herrumbre. El sargento Whiskeyjack permanecía agazapado en un domo de roca viva que había a la entrada de la playa de guijarros, mirando la superficie

calma y brumosa del lago Azur. Lejos, al sur, en la costa opuesta del lago, emergía como en un sueno el fulgor leve que desprendía Darujhistan.

El cruce de montaña realizado durante la noche había sido un infierno, puesto que los quorl toparon con nada menos que tres bancos de nubes negras. Fue un milagro no haber perdido a nadie. Había dejado de llover desde entonces, y soplaba un viento frío y húmedo.

A su espalda oyó el rumor de unos pasos, acompañado por un sonido metálico. Tras volverse, Whiskeyjack se incorporó. Se acercaba Kalam, acompañado por un moranthiano negro. Caminaban con tiento, saltando de roca en roca y cuidando de no resbalar con el musgo que las recubría al pie de la ladera. A su espalda se alzaba un sombrío bosque de pinos, cuyos troncos semejaban barbudos centinelas recortados contra la montaña. El sargento llenó sus pulmones del frío aire matinal.

—Todo en orden —informó Kalam—. Los moranthianos verdes han cumplido como se ordenó, y más. Cabe considerar a Violín y Seto como a dos satisfechos zapadores.

Whiskeyjack enarcó una ceja y se volvió al moranthiano negro.

—Tenía entendido que andabais faltos de municiones.

El rostro de la criatura seguía ensombrecido tras el yelmo. Las palabras que surgieron de él parecían manar de las profundidades de una caverna; eran huecas y reverberaban como el eco.

—Selectivos, Ave que Roba. Nos sois bien conocidos, Abrasapuentes. Pisáis la sombra del enemigo. De nosotros los Moranth nunca os faltará la ayuda.

Sorprendido, Whiskeyjack apartó la mirada; su piel se tensó en las comisuras de los ojos.

—Preguntaste por el sino de uno de los nuestros —continuó—. Un guerrero manco que luchó a tu lado en las calles de Nathilog hace muchos años. Aún está vivo.

El sargento tomó otra bocanada del aire fresco que soplaba del bosque.

—Gracias —dijo.

—Deseamos que la sangre que encuentres la próxima vez en tus manos sea la de tu enemigo, Ave que Roba.

Arrugó el entrecejo, inclinó la cabeza con cierta brusquedad y volvió su atención a Kalam.

—¿Qué más?

El asesino adoptó una expresión impávida.

—Ben el Rápido está listo —respondió.

—Bien. Reúne a los demás. Expondré mi plan.

—¿Tu plan, sargento? —preguntó Kalam haciendo hincapié en el posesivo.

—Mi plan, sí. A partir de ahora, consideraremos anulado el plan concebido por la emperatriz y sus estrategas. Vamos a hacerlo a mi manera. En marcha, cabo.

Tras saludar, Kalam se retiró.

Whiskeyjack descendió de la roca; sus botas se hundieron en el musgo.

—Dime, moranthiano, ¿podría uno de vuestros pelotones negros patrullar esta zona dentro de dos semanas?

El moranthiano volvió la cabeza al lago.

—Tales patrullas no programadas son habituales. Dentro de dos semanas tengo intención de encabezar una personalmente.

Whiskeyjack observó con atención al guerrero de negra armadura que se hallaba a su lado.

—No sé exactamente cómo interpretar eso —dijo, al cabo.

—No somos tan distintos —replicó el guerrero—. A nuestros ojos, las hazañas tienen un valor. Juzgamos. Actuamos sobre los juicios que tomamos. Como en Pale, hermanamos alma con alma.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el sargento.

—Dieciocho mil setecientas treinta y nueve almas partieron en la purga de Pale. Una por cada víctima confirmada moranthiana en la historia de la hostilidad que Pale sostuvo con nuestro pueblo. Alma con alma, Ave que Roba.

Whiskeyjack no supo qué responder a eso. Las siguientes palabras del moranthiano le estremecieron profundamente.

—Hay gusanos en la carne de tu imperio. Pero tal degradación es propia de todos los cuerpos. La infección de tu gente aún no tiene por qué ser fatídica. Puede limpiarse. Los moranthianos tenemos mano en estos asuntos.

—Y ¿cómo, exactamente, pretendéis llevar a cabo esa limpieza? —preguntó Whiskeyjack, que escogió cuidadosamente las palabras. Recordó los carromatos llenos de cadáveres rodar por los sinuosos caminos de Pale, e hizo un esfuerzo por contener un escalofrío.

—Alma con alma —respondió el moranthiano, que de nuevo volcó su atención en la ciudad que se alzaba en la orilla sur—. Nos despedimos por ahora. Dentro de catorce lunas nos encontrarás aquí, Ave que Roba.

Whiskeyjack vio alejarse al moranthiano negro; éste se abrió paso entre la maleza que rodeaba el claro donde le aguardaban sus jinetes. Al cabo de un instante oyó el restallido de las alas, y los quorl se alzaron sobre las copas de 4os árboles. Los moranthianos volaron en círculo sobre su posición, luego viraron al norte, se deslizaron entre los troncos barbudos y remontaron después la ladera.

El sargento se sentó de nuevo en el lecho rocoso, la mirada puesta en el suelo mientras llegaban los miembros de su pelotón, que fueron acuclillándose a su alrededor. Permaneció en silencio, como si no supiera que estaban ahí, fruncido el entrecejo, sumido en la reflexión de la que daba fe el modo en que apretaba los dientes y se marcaba su mandíbula con lenta y rítmica precisión.

—¿Sargento? —preguntó Violín en voz baja.

Sobresaltado, Whiskeyjack levantó la mirada. Tomó una buena bocanada de aire. Todos se hallaban presentes, a excepción de Ben el Rápido. Luego ordenaría a Kalam que fuera a buscar al mago.

—Muy bien. El plan original queda descartado, puesto que su objetivo es lograr que nos maten a todos. No me gusta esa parte, de modo que lo haremos a mi manera y confiaremos en salir de ésta con vida.

—¿No vamos a minar las puertas de la ciudad? —preguntó Violín mirando a Seto.

—No —respondió el sargento—. Daremos un uso mejor a la munición moranthiana. Dos objetivos, dos equipos. Kalam encabezará uno, y con él irán Ben el Rápido y… —titubeó— Lástima. Yo lideraré el otro equipo. La primera tarea consiste en entrar en la ciudad sin ser vistos. Nada de uniformes. ¿Supongo que los verdes cumplieron? —preguntó a Mazo.

El sanador asintió.

—De factura local, todo correcto. Barca de pesca de cuatro remos; debería bastar para cruzar el lago sin problemas. Incluso incluye un par de redes.

—Ya veo que habrá que pescar —dijo Whiskeyjack—. Entrar en puerto sin pesca podría levantar sospechas. ¿Alguno de los presentes ha pescado alguna vez?

Se produjo un silencio que Lástima rompió.

—Yo, hace mucho tiempo.

Whiskeyjack la observó largamente, antes de decir:

—De acuerdo. Coge todo lo que necesites para ello.

Lástima sonrió burlona.

El sargento contuvo un juramento mientras apartaba la mirada y la dirigía a sus dos saboteadores.

—¿De cuánta munición disponéis?

—Dos cajas —respondió Seto al tiempo que se ajustaba el casco de cuero—. Desde las explosivas a las de humo.

—Podríamos hornear un palacio entero —añadió Violín.

—Bien, bien —dijo Whiskeyjack—. De acuerdo, prestad todos atención, o no saldremos de ésta con vida…

En un claro aislado del bosque, Ben el Rápido vertió arena blanca en un círculo y se sentó en medio. Tomó cinco varillas afiladas, que colocó en fila ante sí y hundió a distintas profundidades en la tierra. La varilla del centro, la más alta, se alzaba casi a una vara de altura; las situadas a ambos lados de ésta, a media vara y, finalmente, las exteriores a un palmo del suelo.

El mago desenrolló una aduja de fina cuerda de tripa de una vara de longitud. Tomó un extremo e hizo un nudo, que cerró sobre la varilla del medio, cerca del extremo. Luego estiró la cuerda a la izquierda, enrollándola alrededor de la siguiente varilla, y después cruzó a la derecha para hacer lo propio allí. Finalmente estiró de la cuerda a la varilla situada en el extremo izquierdo, mascullando a un tiempo unas palabras. Dio dos vueltas a la varilla, para después acercar el extremo de la cuerda a la varilla derecha, alrededor de la cual hizo un nudo antes de cortar la cuerda sobrante.

Ben el Rápido, con las manos entrelazadas en el regazo, enderezó la espalda.

—¡Mechones! —Una de las varas exteriores sufrió un leve tirón, luego se dobló un poco y, finalmente, quedó quieta—. ¡Mechones! —llamó de nuevo. Las cinco varas dieron una sacudida. La central se dobló hacia el mago. La cuerda se tensó y un zumbido muy bajo surgió de ella.

El viento fresco que acarició el rostro de Ben el Rápido secó las gruesas gotas de sudor que se habían formado en su frente durante aquellos últimos instantes. Un sonido martilleó en el interior de su cabeza, momento en que se precipitó, o sintió que se precipitaba, por oscuras cavernas cuyas paredes invisibles campanilleaban en sus oídos como el golpeteo de un coro de martillos sobre la roca. Unos destellos de cegadora luz argéntea deslumbraron sus ojos, y el viento pareció tirar de la piel y la carne de su rostro.

En un rincón protegido de su mente mantenía el sentido de la distancia, el control. En aquella calma podía pensar, observar, analizar.

—Mechones —susurró—, has ido demasiado lejos. Demasiado hondo. Esta senda te ha engullido y nunca te escupirá. Estás perdiendo el control, Mechones. —Pero estos pensamientos eran sólo para sí, pues sabía que la marioneta se hallaba muy lejos.

Se vio continuar, girar sobre sí, girar como un torbellino hacia las Cavernas del Caos. Mechones se vio obligado a mirarle, sólo hacia arriba. De pronto se encontró de pie. A sus pies la roca negra parecía girar, quebrada aquí y allí en sus lentas convulsiones por un intenso fulgor rojizo.

Miró a su alrededor y vio que estaba en un palo hecho de roca, que asomaba en ángulo recto, y cuyo extremo puntiagudo distaba tres varas. Al volverse, su mirada siguió el largo del palo a medida que éste se hundía hasta

perderse de vista entre ondulantes nubes amarillas. Ben el Rápido sufrió un repentino acceso de vértigo. Se tambaleó y, entonces, al recuperar el equilibrio, se volvió para encontrar a Mechones montado a horcajadas en el extremo del mástil, con el cuerpo de madera enmugrecido y chamuscado, descosida y deshilachada la ropa que lo cubría.

—Es el mástil de Andii, ¿verdad?

—Medio camino —asintió Mechones con su cabeza redonda—. Ahora ya sabes hasta dónde he llegado, mago. Hasta el mismo pie de la senda, donde el poder encuentra su forma primigenia y todo es posible.

—Sólo que no muy probable —replicó Ben el Rápido sin quitar ojo a la marioneta—. ¿Cómo se siente uno, de pie en mitad de toda la creación, pero incapaz de tocarla, de utilizarla? Es demasiado… ajeno, ¿no te parece? Te consume cada vez que intentas aprehenderlo.

—Ya me impondré —siseó Mechones—. No sabes nada. Nada.

—He estado aquí antes, Mechones —sonrió Ben el Rápido. Observó las nubes de gas formadas a su alrededor deslizarse a merced de vientos encontrados—. Has tenido mucha suerte —dijo—. Aunque son pocas en número, hay criaturas que llaman hogar a estos confines. —Hizo una pausa y se volvió para sonreír a la marioneta—. No gustan de intrusos. ¿Has visto qué les hacen? ¿Qué dejan a su paso? —La sonrisa del mago se hizo más pronunciada al ver que Mechones no pudo evitar dar un respingo—. Veo que sí lo has visto —se limitó a decir.

—Eres mi protector —soltó Mechones—. ¡Estoy ligado a ti, mago! Tuya es la responsabilidad, cosa que no ocultaré si me alcanzan.

Ligado a mí, en efecto. — Ben el Rápido se acuclilló—. Me alegra comprobar que vas recuperando la memoria. Dime, ¿cómo le va a Velajada?

La marioneta apartó la mirada.

—La suya es una difícil recuperación.

—¿Recuperación? —preguntó Ben el Rápido—. ¿De qué?

—El Mastín Yunque dio con mi rastro. —Incómodo, Mechones sorbió de forma ruidosa—. Hubo una refriega.

El mago no podía arrugar más el entrecejo.

—Yunque logró huir, muy malherido por una espada mundana que esgrime ese capitán vuestro —explicó la marioneta tras encogerse de hombros—. Tayschrenn llegó entonces, pero Velajada cayó inconsciente, de modo que su necesidad de obtener respuestas se vio frustrada. Pero en su interior anida el fuego de la suspicacia. Ha despachado a sus sirvientes a recorrer las sendas. Buscan pistas de quién y qué soy. Y el porqué. Tayschrenn sabe que tu pelotón anda de por medio, sabe que intentáis salvar vuestro pellejo. Os quiere muertos a todos, mago. Y respecto a Velajada, quizá confía en que la fiebre la matará, de modo que él no tenga que verse obligado a hacerlo, aunque perdería mucho si muriera sin haber podido interrogarla antes… Sin duda iría en busca de su alma, de las cosas que sabe, hasta el mismo reino del Embozado, pero ella sabe cómo escabullirse.

—Calla un instante —ordenó Ben el Rápido—. Volvamos al principio. ¿Dices que el capitán Paran hirió a Yunque con su espada?

—Eso he dicho —afirmó la marioneta, ceñuda—. Un arma mortal, lo cual no debería ser posible. Es muy probable que lo hiriera de muerte. —La marioneta hizo una pausa, para gruñir a continuación—: No me lo has dicho todo, mago. Hay dioses metidos en esto. Si me mantienes en tal estado de ignorancia, es posible que cualquier día de

éstos me tope con uno de ellos. —Escupió—. Ser tu esclavo ya es una cerdada. ¿Crees que podrías desafiar a un dios para continuar siendo mi dueño? Me llevarían, me zarandearían y puede que entonces… me utilizaran contra ti. —Dio un paso al frente, con un brillo oscuro en la mirada.

Ben el Rápido enarcó una ceja. En su interior, sentía el corazón a punto de salir del pecho. ¿Acaso era posible? ¿No habría percibido algo? ¿Una huella, una pista de la presencia inmortal?

—Una última cosa, mago —murmuró Mechones, que dio otro paso hacia él—. Justo anoche la fiebre de Velajada la hizo hablar. Dijo algo acerca de una moneda. Una moneda que había girado, pero que por fin había caído, rebotado hasta terminar en manos de alguien. Debes hablarme de esa moneda. Debo hacerme con tus pensamientos, mago. —De pronto, la marioneta se detuvo y bajó la mirada hasta el cuchillo que empuñaba. Mechones titubeó, parecía confuso; luego envainó el arma y preguntó—: ¿Qué importancia tiene esa moneda? Ninguna. La muy zorra deliraba… Era más fuerte de lo que había pensado.

Ben el Rápido se sentía paralizado. Era como si la marioneta hubiera olvidado la presencia del mago. Los pensamientos que escuchaba pronunciados de viva voz eran los de Mechones. Comprendió que miraba a través de una ventana rota la perturbada mente de la marioneta. Ahí residía el peligro. El mago contuvo el aliento al continuar Mechones, cuya mirada permanecía clavada en las nubes de sulfuro.

—Yunque debió matarla, debió hacerlo, si no llega a ser por ese idiota entrometido. Menuda ironía que desde ese momento cuide de ella y lleve la mano a la espada cada vez que se me ocurre acercarme. Sabe que le arrebataría la vida en un instante. Pero menuda espada. ¿Qué deidad

andará jugueteando con ese estúpido noble? —siguió diciendo la marioneta hasta que sus palabras se tornaron murmullos ininteligibles.

Ben el Rápido guardó silencio, pues confiaba oírle decir más, aunque lo cierto era que ya había escuchado lo bastante como para que el corazón latiera en su pecho con fuerza. Aquella criatura lunática era impredecible, y lo único que la mantenía bajo control era el tenue dominio, los hilos de poder que había anudado alrededor del cuerpo de madera de Mechones. No obstante, esa clase de locura solía ir acompañada de fuerza, ¿suficiente para deshacerse de los hilos? El mago ya no estaba tan seguro como antes del control que ejercía.

Mechones permanecía en silencio. En sus ojos pintados seguían ardiendo sendas llamaradas negras, el goteo del poder del Caos. Ben el Rápido dio un paso hacia ella.

—Averigua qué trama Tayschrenn —ordenó antes de descargar una fuerte patada. La suela de la bota alcanzó el pecho de Mechones, que salió volando desmañado. Mechones superó el borde y se precipitó al vacío. Su grito de rabia menguó a medida que su diminuta figura desaparecía en aquellas nubes amarillentas.

Ben el Rápido tomó una bocanada de aire cargado. Confiaba que su violenta reacción bastara para poner punto y final a las reflexiones que Mechones había manifestado en voz alta. Aun así, tenía la sensación de que los hilos se tensaban un poco más. Cuanto más desvirtuara esa senda a Mechones, de mayor poder dispondría éste.

El mago sabía qué tenía que hacer. De hecho, había sido el propio Mechones quien se lo había revelado. De todos modos, a Ben el Rápido no le entusiasmaba la idea. El sabor de la bilis subió por su garganta y escupió más allá del

borde. El ambiente hedía a sudor, y entonces reparó en que era su propio sudor. Masculló una maldición.

—Ha llegado el momento de largarse —dijo al tiempo que levantaba los brazos.

El viento regresó con un rugido, y sintió que tiraba hacia arriba de su cuerpo, arriba hacia una caverna, y luego a otra. A medida que las cavernas desfilaban borrosas por su campo de visión, una sola palabra se aferró a sus pensamientos, una palabra que parecía enroscarse como una serpiente alrededor del problema que constituía Mechones.

Ben el Rápido sonrió, pero su sonrisa era más bien consecuencia del terror. La palabra seguía ahí. El nombre, más bien. Yunque. Y gracias a dicho nombre, el terror que atenazaba al mago adquirió un rostro.

Whiskeyjack se levantó en mitad del silencio. Quienes le rodeaban mantenían una expresión grave, la mirada en el suelo o fija en alguna otra parte, cerrados en ocasiones los ojos para sumirse en un lugar particular donde nadaban las más sesudas reflexiones. Lástima era la única excepción, pues miraba con un brillo de aprobación al sargento. Whiskeyjack se preguntó quién le aprobaba desde aquella mirada, y luego sacudió la cabeza, molesto al comprobar que una parte de las sospechas que tenían Ben el Rápido y Kalam se hubiera hecho un hueco en sus propios pensamientos.

Al apartar la mirada, vio acercarse al mago. Ben el Rápido parecía cansado, y su rostro se veía revestido de cierta palidez. Whiskeyjack se volvió a Kalam, y el asesino asintió.

—A ver, con brío todos —dijo—. Vamos a cargar la barca y a prepararlo todo.

Los miembros del pelotón se dirigieron a la orilla, con Mazo a la cabeza.

—El pelotón parece abatido, sargento —comentó Kalam mientras esperaban a que llegara Ben el Rápido—. Violín, Trote y Seto removieron suficiente tierra como para enterrar a todos los muertos del Imperio. Me preocupan. Mazo... Parece llevarlo bien, al menos hasta el momento. Aun así, no sé si realmente Lástima sabrá pescar, pero dudo mucho que los demás podamos salir por nuestro propio pie de una bañera. Y eso que nos disponemos a cruzar un lago que es casi tan ancho como un mar.

Primero Whiskeyjack apretó con fuerza la mandíbula, y después se encogió de hombros como si la cosa no fuera con él.

—Sabes jodidamente bien que detectarían cualquier senda abierta en los alrededores de la ciudad. No tenemos elección, cabo. Habrá que remar. A menos que podamos envergar una vela.

—¿Desde cuándo sabe pescar esa chica? —gruñó Kalam.

—Lo sé —suspiró el sargento—. Parece sacado de la manga, ¿verdad?

—Qué conveniente.

Ben el Rápido alcanzó el domo de roca. Al ver la expresión de su rostro, los otros dos guardaron silencio.

—Estoy a punto de proponer algo que vais a odiar —dijo el mago.

—Escuchémoslo —replicó Whiskeyjack en un tono carente de sentimiento.

Poco rato después, llegaron a la playa de guija; tanto Whiskeyjack como Kalam parecían impresionados. A una docena de varas de la orilla había una barca de pesca. Trote

tiraba de un cabo anudado a la proa y gruñía debido al esfuerzo.

El resto de los miembros del pelotón se apiñaban a un lado, comentando los fútiles esfuerzos de Trote. Violín volvió la mirada y, al ver que Whiskeyjack se acercaba a ellos, palideció.

—¡Trote! —rugió el sargento.

La cara del barghastiano, con los tatuajes azules tan borrosos que era imposible entender lo que decían o representaban, se volvió a Whiskeyjack con los ojos abiertos como platos.

—Suelta ese cabo, soldado.

Kalam resopló divertido a espaldas de Whiskeyjack, que miró a los otros fijamente.

—A ver —dijo ronco—, puesto que alguno de vosotros, idiotas, ha logrado convencer al resto de que lo mejor era cargarlo todo en la barca mientras ésta seguía en tierra, será mejor que echéis una mano para arrastrarla al lago. No, tú no, Trote. Tú embarca y ponte cómodo… Sí, ahí en la popa. —Whiskeyjack hizo una pausa, que aprovechó para estudiar la impávida expresión de Lástima—. De Violín o de Seto podía esperarme esto, pero creí haberte encomendado a ti los preparativos.

Lástima se encogió de hombros.

—¿Podrías envergar una vela?—preguntó el sargento.

—No hay viento.

—¡Ya, pero quizá refresque! —exclamó Whiskeyjack, exasperado.

—Sí —respondió entonces Lástima—. Tenemos lona. Sólo necesitaremos un palo.

—Llévate a Violín y haced uno. A ver, en cuanto a los demás, a arrastrar la barca al agua.

Trote embarcó y tomó asiento en popa. Allí estiró sus largas piernas y apoyó un brazo en la regala. Luego mostró los dientes en lo que podría haber pasado por una sonrisa.

Whiskeyjack se volvió a Kalam y a Ben el Rápido; ambos habían presenciado la escena con la sonrisa torcida.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Puede saberse a qué estáis esperando?

Y dejaron de sonreír.

Capítulo 9



¿Has visto a aquel
que se halla separado,
maldecido en un ritual
que sella a su especie
más allá de la muerte? Hueste
amasada que gira en remolinos
como plaga de polen.
Aparte se halla
el primero entre todos.
Siempre velado en el tiempo,
descastado aun así, solo.
Tú, t'lan imass que vagas
como semilla extraviada.

Balada de Onos T'oolan
Toc el Joven

Toc el Joven se inclinó sobre la perilla y escupió al suelo. Llevaba tres días fuera de Pale, y echaba de menos verse abrigado por las elevadas murallas que rodeaban la ciudad. La llanura de Rhivi se extendía en todas direcciones, cubierta por la hierba ocre que flameaba con la caricia del viento del atardecer, pero que por lo demás carecía de peculiaridades.

Arañó el borde de la herida que le había costado el ojo izquierdo y masculló un juramento. Algo iba mal. Debía de haberse reunido con ella hacía dos días. En aquellos tiempos, nada salía como estaba planeado. Claro que

teniendo en cuenta lo que se decía acerca de que el capitán Paran había desaparecido antes incluso de conocer a Whiskeyjack, o lo que se comentaba acerca del Mastín que había atacado a la última hechicera superviviente del Segundo Ejército (ataque en el cual habían perecido catorce infantes de marina), Toc comprendió que no debía sorprenderle que aquella cita se hubiera torcido también.

El Caos parecía haberse convertido en el signo de los tiempos. Toc se enderezó en la silla. Si bien no había camino alguno que pudiera considerarse tal, las caravanas de los mercaderes habían trazado la ruta de un sendero practicado, que discurría de norte a sur a lo largo del margen occidental. El comercio había cesado desde entonces, pero el paso de generaciones y generaciones de carros y carromatos había dejado su huella. El centro de la llanura servía de hogar a los rhivi, pueblo de gente pequeña y de piel marrón que trasladaba sus rebaños en un ciclo estacional. Aunque no eran belicosos, el Imperio de Malaz los había obligado a implicarse, y ahora luchaban y exploraban como parte de las legiones de tiste andii de Caladan Brood, de modo que lo hacían en contra del Imperio.

Los informes moranthianos situaban a los rhivi lejos, al nordeste, cosa que Toc agradeció. Se sentía muy solo en aquel desolado rincón, aunque en su caso podía considerar la soledad como un mal menor.

Pero por lo visto no estaba solo. A una legua, los cuervos volaban en círculo. Maldijo y destrabó la cimitarra que ceñía alrededor de la cintura. Luego contuvo el impulso de picar espuelas y emprender el galope, y se acomodó a un rápido trote.

Al acercarse, vio hierba aplastada a un lado del sendero de los mercaderes. El graznido de los cuervos era lo único

que rompía la quietud. Habían empezado a alimentarse. Toc tiró de las riendas y permaneció inmóvil en la silla, inclinado sobre la perilla. Ninguno de los cadáveres que vio parecía muy dispuesto a moverse, y las encendidas riñas de los cuervos eran la mejor prueba de que no había supervivientes. No obstante, tenía un mal presentimiento. Había algo en el ambiente, algo a medio camino entre el olor y el sabor.

Aguardó; no estaba seguro de qué estaba esperando, pero se resistía a moverse. De pronto identificó la extrañeza que sentía: era magia. Ahí se había desatado la magia.

—Odio esto —mascculló antes de desmontar.

Los cuervos le hicieron un sitio, no mucho. Ignoró sus graznidos contrariados y se acercó a los cadáveres. Eran doce en total. Ocho llevaban uniforme de la infantería de marina malazana, aunque no eran propios de soldados de reemplazo. Entornó los ojos al reparar en los sellos de plata de los yelmos.

—Jakatakanos —dijo. Élite. Los habían despedazado.

Dirigió la atención a los demás cadáveres y sintió un inesperado temblor fruto del miedo. No era de extrañar que los jakatakanos hubieran encajado semejante paliza. Algo sabía respecto a las marcas de clan entre los barghastianos, de cómo cada partida de caza se identificaba mediante el uso de los tatuajes. Apretó los dientes y extendió la mano para volver hacia él el rostro del salvaje; luego asintió. Pertenecían al clan Ilgres. Antes de que la Guardia Carmesí los reclutara, el territorio al que llamaban su hogar se hallaba a ciento cincuenta leguas al este, entre las montañas situadas al sur de Porule. Lentamente Toc se levantó. Los Ilgres se contaban entre los más fuertes de los que se habían alistado a la Guardia Carmesí en el bosque

de Perrogrís, aunque dicho lugar se hallara a cuatrocientas leguas al norte. ¿Qué los habría llevado hasta aquí?

El hedor de la magia flotó en el aire hasta él; al volverse, reparó enseguida en un cadáver que antes había pasado por alto. Yacía junto a dos palmos de hierba chamuscada.

—Vaya, vaya —dijo—, he aquí la respuesta a mi pregunta.

Un chamán barghastiano era quien había liderado a aquella banda. De algún modo, habían dado con un rastro y aquel chamán había reconocido a qué pertenecía. Toc estudió el cadáver. Tajo de espada en la garganta. El rastro de hechicería era responsabilidad del chamán, que no había tenido que afrontar la oposición de magia alguna. Eso de por sí resultaba extraño, ya que era el chamán quien había muerto, en lugar de aquél a quien había atacado.

—Dicen de ella que es la pesadilla de los magos. —Caminó trazando un lento círculo alrededor del lugar de la matanza, y encontró el rastro sin mayor dificultad.

Algunos de los jakatakanos habían sobrevivido, y a juzgar por las huellas del par de botas más pequeñas, también la persona a la que escoltaban. Por encima de este rastro había media docena de huellas de mocasín. El rastro giraba un poco a poniente desde el sendero de los comerciantes, pero aun así iba en dirección sur.

Toc regresó al caballo, montó y volvió grupas. Sacó de la alforza el arco corto y lo encordó. Después, lo armó con una flecha. Era imposible acercarse a los barghastianos sin ser detectado. En aquella llanura, podrían verle mucho antes de llegar a distancia de tiro de arco, distancia que lamentablemente se había reducido mucho desde que perdiera el ojo. De modo que le estarían esperando, armados con esas dichosas lanzas. Sin embargo, sabía que no tenía otra elección; tan sólo confiaba en llevarse por

delante a uno o dos de ellos, antes de que lograran ensartarlo.

Toc escupió de nuevo, luego aferró las riendas alrededor del antebrazo izquierdo y ajustó el modo en que sujetaba el arco. Quiso rascarse la amplia cicatriz roja que le cruzaba el rostro, pero comprendió que era imposible pues tenía las manos ocupadas. De todos modos, no lograría burlar el picor.

—Vaya —dijo antes de hundir las espuelas en los íjares del caballo.

La solitaria colina que se alzaba ante la Consejera Lorn no era de formación natural. La parte superior de unas piedras, hundidas en su mayor parte, formaba un círculo alrededor de su base. Se preguntó a qué podrían servir de tumba, y luego hizo a un lado sus recelos. Si aquellas piedras tenían el tamaño de las que ella había visto alrededor de los misteriosos túmulos que había a las afueras de Genabaris, entonces ésa en particular tenía miles de años. Se volvió a los dos infantes de marina extenuados que seguían su estela.

—Nos plantaremos aquí. Tú monta la ballesta, quiero que te sitúes en lo alto.

El hombre inclinó la cabeza a modo de respuesta y trastabilló hacia la cima herbosa del montículo. Tanto él como su compañero parecían casi aliviados de que ella hubiera ordenado hacer un alto, aunque supieran que la muerte les aguardaba a unos latidos de corazón.

Lorn observó al otro soldado. Éste había encajado un lanzazo en el hombro izquierdo, y la sangre chorreaba aún por la pechera de la coraza. Lorn era incapaz de comprender cómo había podido tenerse en pie durante la

persecución. Respondió a su mirada con resignación, sin mostrar ni un ápice del dolor que debía de sentir.

—Yo defenderé su flanco izquierdo —dijo cambiando de mano la espada de hoja curva.

Lorn desnudó su propia espada larga y clavó la mirada al norte. Sólo alcanzaba a ver a cuatro de los seis barghastianos que se acercaban lentamente.

—Nos están flanqueando —voceó al ballestero—. Encárgate del de la izquierda.

—No es mi vida la que debe protegerse —gruño el soldado que la acompañaba—. Nos encargaron protegerla, Consejera…

—Cállate —ordenó Lorn—. Cuanto más tiempo pases en pie, mejor protegida estaré —dijo.

El soldado gruñó de nuevo.

Los cuatro barghastianos se detuvieron a distancia de la ballesta. Dos seguían empuñando sus lanzas; los otros empuñaban hachas. Entonces gritó una voz situada a la derecha de Lorn. Esta, al volverse, vio acercarse una lanza y, tras ésta, al barghastiano que la empuñaba.

Lorn se agazapó al tiempo que trazaba con la espada un arco ascendente. El acero mordió el asta de la lanza, pero Lorn ya giraba sobre sí tirando de la espada. La lanza, apartada de su trayectoria, pasó de largo y se hundió en la ladera, a su derecha.

A su espalda oyó al ballestero disparar un virote. Al girarse hacia los cuatro barghastianos que cargaban hacia ellos, oyó un aullido de dolor procedente del lado opuesto del montículo. Por lo visto, el soldado que protegía su flanco izquierdo había olvidado por completo su herida, y ahí estaba, esgrimiendo a dos manos la espada de hoja curva, bien plantados los pies.

—Atenta, Consejera —dijo.

El barghastiano de la derecha lanzó un grito y Lorn se volvió a tiempo de verlo girar sobre sí, alcanzado por un virote.

Los cuatro guerreros que se les acercaban no distaban más de diez pasos. Los dos que empuñaban lanzas se arrojaron a la carga sobre ellos. Lorn no se movió, pues había calculado que quien se le echaba encima fallaría por cuatro palmos. El soldado que luchaba al lado cayó a su izquierda, pero no lo bastante rápido como para evitar la lanza que se le hundió en el muslo derecho. Lo alcanzó con tal fuerza que lo ensartó contra el suelo. A pesar de que el soldado se veía clavado, tan sólo escapó un gruñido de sus labios y levantó la espada para parar el golpe de hacha que el adversario dirigía a su cabeza.

En ese momento, Lorn ya había cerrado sobre el barghastiano que se le echaba encima. El hacha era un arma corta, de modo que la Consejera aprovechó esta ventaja para lanzarse a la estocada, antes de que su oponente lograra reducir distancias. Este quiso interponer el mango forrado en cobre, mas Lorn ya había girado la muñeca para completar la finta y herirlo antes de que el mango del hacha pudiera serle de alguna utilidad. Gracias a la estocada, logró morder el pecho del barghastiano con la punta de la espada larga, que rasgó el peto de cuero como si fuera mantequilla.

Pero este ataque la había dejado en una posición comprometida, y cuando el salvaje cayó hacia delante a punto estuvo de hacerle soltar la espada. Comprometido el equilibrio, Lorn trastabilló un paso, esperando encajar la hoja del hacha. Pero no sucedió. Recuperó el equilibrio, giró sobre sus talones y descubrió que el ballestero, que ahora empuñaba su espada de hoja curva, se había trabado en combate cerrado con el otro barghastiano. Lorn volcó su

atención en el otro soldado, el que había prometido guardar su flanco izquierdo.

Seguía vivo, no sabía cómo pero seguía con vida, aunque se enfrentaba a dos barghastianos. Se las había apañado para arrancar la lanza de la tierra, aunque ahí seguía el arma, en su muslo, del que asomaba parte del asta. El hecho de que aún pudiera moverse, e incluso defender su pellejo, constituía una muestra más que elocuente de la disciplina y adiestramiento que caracterizaban a los jakatakanos.

Lorn se apresuró a trabarse en combate con el barghastiano que se hallaba a la derecha del soldado, el más cercano a ella. En ello estaba cuando una de las hachas superó la guardia del valiente y se hundió en su pecho. Las escamas metálicas se quebraron cuando la hoja del arma desgarró la armadura. El soldado gruñó al tiempo que caía sobre una rodilla y a sus pies se formaba un charco de sangre.

Lorn no estaba en posición de defenderlo, tan sólo pudo asistir horrorizada al movimiento ascendente del hacha, que el barghastiano descargó a continuación sobre la cabeza del soldado. El yelmo cedió y se escuchó el ruido seco que hizo el cuello del soldado al partirse. Cayó de lado, a los pies de Lorn; como ésta iba corriendo, tropezó con él.

Maldijo entre dientes al precipitarse de bruces y topar con el barghastiano que se hallaba ante ella. Aferrada a él, quiso herirle con la espada en la espalda, pero el barghastiano giró sobre sí, cayó a un lado y se apartó. Lorn lanzó un tajo al aire al tiempo que caía. Tuvo la sensación de haberse dislocado el hombro cuando golpeó el duro suelo y perdió la espada.

Ahora, morir es lo único que me queda, pensó al tiempo que giraba sobre su propio cuerpo para situarse boca

arriba.

El barghastiano soltó un gruñido, de pie ante ella, con el hacha en alto.

Lorn se hallaba en una posición óptima para ver la mano esquelética que asomó a la superficie de la tierra, a los pies del barghastiano, a quien aferró del tobillo. El guerrero profirió un grito cuando la mano le partió los huesos. Mientras observaba lo sucedido, se preguntó qué habría sido de los otros dos salvajes. Todo el estruendo del combate parecía haber cesado, aunque el suelo rugía como un trueno.

El barghastiano bajó la mirada a la mano crispada alrededor de su tobillo. Volvió a gritar cuando una espada de sílex de hoja ondulada se hundió entre sus piernas. El hacha cayó de las manos del guerrero cuando éste quiso, desesperado, desviar la trayectoria del arma enemiga retorciendo el cuerpo y tirando de la pierna trabada. Pero fue demasiado tarde. La espada lo ensartó, se hundió en el hueso de la cadera y lo levantó del suelo. Su último chillido se alzó al cielo.

Lorn se puso en pie con cierta dificultad; su brazo derecho colgaba inútil del costado. Identificó el rumor del trueno como perteneciente al galope de un caballo, y se volvió en la dirección de la que provenía. Era un malazano. Al constatarlo, miró a su alrededor. Sus dos guardias habían muerto y dos cadáveres enemigos habían sido asaeteados.

Tomó una bocanada de aire, abrió todo cuanto pudo los pulmones a pesar del dolor que sentía en el pecho y observó a la criatura que había surgido de la tierra. Iba envuelta en pieles raídas y se alzaba sobre el cadáver del guerrero con el tobillo de éste en la mano. La otra mano empuñaba una espada, cuya hoja atravesaba el cuerpo del barghastiano hasta la punta, que asomaba por su cuello.

—Te esperaba hace días —dijo Lorn a la figura.

Esta se volvió para mirarla fijamente, oculto el rostro bajo la sombra proyectada por el visor del yelmo de amarillento hueso. Vio que el yelmo era el cráneo de una bestia cornuda, aunque uno de los cuernos se había roto por la base.

—¡Consejera! —exclamó el jinete al acercarse y desmontar. Se acercó a su lado, con el arco en la mano y la flecha aprestada. Su único ojo reparó primero en Lorn y, satisfecho al parecer al comprobar que la herida no era fatal, se centró en la figura impresionante que los encaraba —. ¡Por el aliento del Embozado! ¡Pero si es un t'lan imass!

Lorn no apartó la mirada del t'lan imass.

—Sabía que estabas cerca. Es lo único que podría justificar que un chamán barghastiano se adentre, acompañado por unos cuantos cazadores escogidos, en esta zona. Debió de recurrir a una senda para llegar hasta aquí. ¿Dónde estabas?

Toc el Joven miró boquiabierto a la Consejera, asombrado por el arrebato. Luego volvió a centrarse en el t'lan imass. La última vez que había visto a uno fue en Siete Ciudades, hacía ocho años y a gran distancia; fue cuando las legiones de los no muertos marcharon a los eriales occidentales, embarcados en una misión de la que ni siquiera la emperatriz pudo averiguar nada. Pero estando como estaba tan cerca, Toc estudió con atención al t'lan imass. No quedaba mucho de él, concluyó. A pesar de la hechicería, trescientos mil años se habían cobrado su precio. La piel, de color avellana y con la textura del cuero, parecía estirada sobre los robustos huesos; en tiempos había cubierto aquel cuerpo, pero ya no era más que una serie de tiras marchitas cuya consistencia no distaba mucho de las raíces de un roble (la musculatura asomaba por

todas partes a través de los jirones de piel). El rostro de la criatura, al menos lo que Toc alcanzó a ver, se caracterizaba por una fuerte mandíbula sin barbilla, pómulos marcados y un imponente mentón. Las cuencas de los ojos eran sendas fosas oscuras.

—Te he hecho una pregunta —insistió Lorn—. ¿Dónde estabas?

Crujió la cabeza cuando el imass se miró la punta de los pies.

—Exploraba —dijo una voz nacida de la piedra y el polvo.

—¿Cómo te llamas, t'lan? —exigió saber Lorn.

—Onos T'oolan, en tiempos del clan Tarad, de Logros T'lan. Fui alumbrado en el otoño del año Sombrío, noveno hijo del clan, madurado como guerrero tras la Sexta Guerra Jaghut…

—Basta —dijo Lorn.

Se dobló debido al cansancio, y Toc se llegó a su lado; se volvió a él y le dijo con el ceño fruncido:

—Te veo serio. —Entonces, sonrieron sus labios—: Pero me alegro de verte.

Toc también sonrió.

—Lo primero es lo primero, Consejera. Un lugar donde puedas descansar. —Ella no protestó cuando la condujo hasta una elevación del terreno cubierta de hierba que había cerca del túmulo, donde la hizo sentarse de rodillas. Volvió la mirada para ver al t'lan imass, que seguía de pie en el mismo lugar en el que había surgido de las profundidades. No obstante, se había vuelto hacia el túmulo, que por lo visto estudiaba con atención—. Debemos inmovilizar ese brazo —dijo Toc a la mujer cansada que permanecía de rodillas ante él—. Me llamo Toc el Joven —se presentó al acuclillarse.

—Conocí a tu padre —dijo la Consejera recuperando la sonrisa—. Era también un gran arquero.

Toc inclinó la cabeza a modo de respuesta.

—También era un buen comandante —continuó Lorn, estudiando al joven que inspeccionaba su brazo herido—. La emperatriz lamentó mucho su muerte…

—No estamos seguros de que haya muerto —la interrumpió Toc, en un tono tan cortante que evitó mirarla con su único ojo, mientras se disponía a quitarle el guantelete de la mano—. Ha desaparecido.

—Sí, desaparecido desde la muerte del emperador —replicó Lorn en voz baja. Cuando le quitó el guantelete y lo dejó en el suelo, la Consejera hizo una mueca de dolor.

—Voy a necesitar unas vendas. —Toc se levantó.

La Consejera lo vio acercarse a uno de los barghastianos muertos. Hasta el momento, ignoraba quién sería su contacto en la Garra, sólo que se trataba del único miembro superviviente de los destacados en las huestes de Dujek. Se preguntó por qué se habría apartado tanto del camino que su padre había seguido. No había nada placentero, nada que pudiera constituir motivo de orgullo en el hecho de formar parte de la Garra. Sólo el placer de la eficacia o infundir temor.

Toc sacó un cuchillo y acercó la hoja a la armadura de cuero curtido, que desabrochó para revelar la vasta camisa de lana que cubría y que procedió a cortar en largas tiras. Luego volvió a su lado con unas cuantas tiras en la mano.

—Ignoraba, Consejera, que te acompañara un imass —dijo cuando se arrodilló a su lado.

—Escogen su propia manera de viajar —repuso Lorn, enojada a juzgar por su tono de voz—. Y aparecen cuando les place. Pero sí, es un elemento importante de mi misión.

—Guardó silencio mientras apretaba los dientes con fuerza y Toc le ponía el brazo en cabestrillo.

—Poco tengo que informar —dijo éste, que a continuación le puso al corriente de la desaparición de Paran, y también de que Whiskeyjack y su pelotón habían partido sin contar con su capitán. Para cuando hubo terminado, había colocado en condiciones el cabestrillo y volvió a ponerse de cuclillas con un suspiro.

—Maldita sea —susurró Lorn—. Ayúdame a ponerme en pie.

Una vez levantada, se tambaleó un poco y puso una mano en su hombro hasta que recuperó el equilibrio.

—Alcánzame la espada —ordenó.

Toc se acercó al lugar que le señalaba. Después de mirar a su alrededor, encontró la espada larga en la hierba, momento en que entrecerró su único ojo al reparar en la herrumbrosa hoja rojiza.

—Una espada de otaralita, Consejera, el mineral que mata la magia.

—Y a los magos —afirmó Lorn, tomando el arma con la mano izquierda y envainándola como pudo.

—Di con el chamán muerto —dijo Toc.

—Bien. La otaralita no supone un misterio para vosotros, los de Siete Ciudades, pero aquí pocos la conocen, y preferiría que siguiera siendo así.

—Entendido. —Toc se volvió a observar al inmóvil imass.

Fue como si Lorn le leyera el pensamiento.

—La otaralita no puede extinguir su magia, créeme porque lo he intentado. Las sendas de los imass son similares a las de los jaghut y los forkrul assail (ligadas a la magia ancestral, sanguínea y de tierra). Esa espada de sílex que empuña jamás se quebrará, y atraviesa el hierro con tanta facilidad como la carne o el hueso.

Estremecido, Toc escupió al suelo.

—No te envidio la compañía, Consejera.

—Pues vas a compartirla durante los próximos días, Toc el Joven —sonrió Lorn—. Nos separa una larga caminata de Pale.

—Seis o siete días —calculó Toc—. Di por sentado que vendrías a caballo.

El suspiro de Lorn no fue precisamente fingido.

—El chamán barghastiano ejerció sus destrezas sobre ellos. Un mal se apoderó de todas las monturas, incluso de mi garañón, al que traje por la senda. —De pronto se ablandaron un poco las facciones de su rostro, lo cual dio a entender a Toc que la Consejera sentía de verdad la pérdida.

Eso le sorprendió. Todo lo que había oído de la Consejera le había servido para pintar el retrato de un monstruo de sangre fría, cuya mano enfundada en un guantelete podía llover del cielo en el momento menos esperado. Quizá existía esa parte de ella, pero esperaba no tener que verla. Claro que, después de todo, ni siquiera se había molestado en asegurarse de que sus soldados estuvieran realmente muertos.

—Puedes montar mi yegua, Consejera —dijo Toc—. No es un caballo de guerra, pero es bastante rápida y resistente.

Caminaron hacia donde había dejado al caballo. Lorn sonrió.

—Es de casta wickana, Toc el Joven —dijo al tiempo que acariciaba el cuello de la yegua—, de modo que déjate de modestias, o tendré que dejar de confiar en ti. Espléndido animal.

Toc la ayudó a montar.

—¿Vamos a dejar al t'lan imass donde está? —preguntó.

—Encontrará su camino —asintió la Consejera—. Ahora daremos a esta yegua la oportunidad de ponerse a prueba. Se dice que la sangre wickana huele igual que el hierro. —Se inclinó sobre la silla y le tendió el brazo izquierdo—. Vamos, monta.

Toc apenas logró ocultar la sorpresa. ¿Compartir la silla con la Consejera del Imperio? La sola idea resultaba tan absurda que estuvo a punto de reírse.

—Puedo caminar, Consejera —dijo con cierta descortesía—. Con tan poco tiempo que perder, mejor será que cabalgues sola y que lo hagas a galope tendido. En cuestión de tres días divisarás las murallas de Pale. Yo puedo correr despacio durante diez horas, entre descanso y descanso.

—No, Toc el Joven. —El tono de Lorn no daba pie a ninguna discusión—. Te necesito en Pale, y necesito saber todo lo que sepas acerca de las legiones de ocupación, Dujek y Tayschrenn. Será preferible llegar unos días tarde a hacerlo sin ninguna preparación. Vamos, acepta mi brazo y no perdamos más tiempo.

Toc obedeció.

Al sentarse en la silla detrás de Lorn, la yegua resopló y dio un rápido paso lateral. Tanto él como la Consejera estuvieron a punto de caerse. Luego, ambos se volvieron para mirar al t'lan imass, de pie detrás de ellos, que levantó la cabeza hacia Lorn.

—El túmulo ha procurado una verdad, Consejera —dijo Onos T'oolan.

Toc sintió que Lorn se envaraba. .

—¿Y cuál es?

—Vamos por el buen camino —respondió el t'lan imass.

Toc intuyó que el camino al que se refería la criatura no tenía nada que ver con el sendero de los mercaderes que conducía al sur, hacia Pale. Dedicó una última mirada al

túmulo cuando Lorn, en silencio, tiró de las riendas para volver grupas. Luego miró a Onos T'oolan. Ninguno parecía muy dispuesto a revelar sus secretos, pero la reacción de Lorn le hizo sentir un escalofrío, y había aumentado también el hormigueo del ojo perdido. Toc masculló una maldición y empezó a rascárselo.

—¿Te pica algo, Toc el Joven? —preguntó Lorn sin volver la mirada.

El agente de la Garra meditó la respuesta.

—Es el precio de ser ciego, Consejera —respondió—. Nada más.

El capitán Paran no podía estarse quieto en la habitación. ¡Aquello era una locura! Sólo sabía que lo estaban ocultando, pero las únicas respuestas a sus preguntas provenían de una hechicera, que guardaba cama debido a una fiebre extraña, y una marioneta feísima cuyos ojos pintados parecían mirarle con fijeza y un odio extraordinario.

Tenía vagos recuerdos que lo acosaban; el tacto frío de la piedra bajo las uñas cuando toda su fuerza fue absorbida de su cuerpo; luego, la neblinosa visión de un perro enorme (¿un Mastín?) en la estancia, un perro que parecía exhalar muerte. Pretendía matar a la mujer, y él se lo había impedido de algún modo, aunque no estaba muy seguro de los detalles.

Tenía la sospecha de que el perro no había muerto, y de que regresaría. La marioneta hacía oídos sordos a sus preguntas, y cuando se dirigía a él era para amenazarle. Por lo visto, aunque la hechicera estaba enferma, su sola presencia, su perpetua presencia, bastaba para impedir que Mechones cumpliera sus amenazas.

¿Dónde estaba Whiskeyjack? ¿Se había marchado sin él el sargento? ¿En qué afectaría eso al plan de la Consejera Lorn?

Dejó de caminar y se volvió a mirar a la hechicera, que yacía tumbada en la cama. Mechones había dicho a Paran que de algún modo logró ocultarle cuando Tayschrenn hizo acto de presencia. El mago supremo había percibido la presencia del perro. Paran no recordaba nada de eso, pero se preguntaba cómo aquella mujer habría logrado hacer nada después de la paliza que recibió. Burlón, Mechones le había explicado que no sabía cómo, pero que ella había recurrido a su senda una última vez; que lo hizo como por instinto. Paran tenía la sensación de que la marioneta se había espantado ante aquella revelación de poder. Mechones parecía desear la muerte de aquella mujer, pero o bien era incapaz de matarla por sí mismo o temía demasiado hacerlo. La criatura masculló algo acerca de unas protecciones que ella había trenzado alrededor de su persona.

A pesar de todo esto, Paran no encontró impedimentos cuando atendió a la hechicera en el punto álgido de la fiebre. Se había declarado la noche anterior, y ahora Paran sentía que su impaciencia estaba a punto de atravesar una especie de portal. La hechicera dormía, pero si no despertaba pronto quizá saliera a buscar a Toc el Joven, siempre y cuando pudiera burlar a Tayschrenn y a todos los oficiales presentes en aquel edificio.

Mientras sus pensamientos discurrían como el agua de los rápidos, Paran clavó una mirada hueca en la hechicera. Lentamente empezó a cobrar conciencia de algo que había pasado por alto. La mujer tenía los ojos abiertos y con ellos lo estudiaba.

Dio medio paso al frente, mas las primeras palabras de ella le hicieron parar en seco.

—He oído caer la moneda, capitán.

Paran palideció. Un eco se abrió paso en su recuerdo.

—¿Una moneda? —preguntó en un hilo de voz—. ¿Una moneda que gira? *Las voces de los dioses, de los muertos, aullidos de los Mastines, todas piezas del desgarrado tapiz de mi memoria.*

—Ya no gira —respondió la mujer. A continuación se incorporó en la cama—. ¿Hasta dónde recuerdas?

—Muy poco —admitió el capitán, sorprendido de sí mismo por decir la verdad—. La marioneta ni siquiera ha querido decirme tu nombre —añadió.

—Velajada. Conozco a… *Mmm*. A Whiskeyjack y a su pelotón. —Cierta cautela pareció velar su mirada somnolienta—. Debía cuidar de ti hasta que te recuperaras.

—Y creo que así lo hiciste —dijo Paran—. Y que luego te devolví el favor, lo que equilibra las cosas, hechicera.

—Así es. ¿Y ahora?

—¿No lo sabes? —preguntó Paran.

Velajada negó con la cabeza.

—Pero esto es ridículo —protestó Paran—. No sé nada de lo que está pasando aquí. Me despierto y descubro que estoy en compañía de una bruja medio muerta y de una marioneta parlanchina; eso sí, de mis nuevos subordinados, ni rastro. ¿Han partido a Darujhistan sin mí?

—La verdad es que no puedo ayudarte mucho si lo que buscas son respuestas —murmuró Velajada—. Lo único que puedo decirte es que el sargento te quería vivo, porque necesita saber quién intentó asesinarte. De hecho, a todos nos gustaría saberlo. —Y guardó silencio, expectante.

Paran estudió su rostro redondo, cuya piel era de una fantasmagórica blancura. Había algo indefinido en ella que

parecía no encajar con aquel físico vulgar, que de hecho lo superaba, de modo que el capitán se encontró respondiendo de un modo que lo sorprendió. Era, comprendió, el rostro de una amiga, y no podía recordar cuándo había sido la última vez que había experimentado algo semejante. Lo desequilibró, y sólo Velajada podía enderezarle. Y eso le hizo sentirse como si cayera en una espiral en la que la hechicera ocupaba el centro. Pero ¿caía de veras? ¿O se trataba más bien de un ascenso? No estaba seguro, y la inseguridad le hizo recelar.

—No recuerdo nada —dijo. Y no era del todo una mentira, aunque con la mirada de la hechicera en el rostro sintió que mentía.

—Creo que eran dos —añadió Paran, a pesar de los recelos—. Recuerdo una conversación, aunque ya estaba muerto. Creo.

—Pero oíste cómo giraba una moneda —dijo Velajada.

—Sí —respondió desconcertado. *Y más cosas… Fui a un lugar de amarilla luz infernal, donde un coro de gemidos, donde la cara de la muerte…*

Velajada asintió como si confirmara una sospecha.

—Intervino un dios, capitán Paran. Te devolvió la vida. Puedes pensar que fue en beneficio tuyo, pero me temo que no se trató precisamente de un gesto altruista. ¿Me sigues?

—Me están utilizando —expresó Paran sin más.

—¿Eso te preocupa?

—No es nada nuevo —mascculló el oficial tras encogerse de hombros.

—Comprendo. Por lo visto Whiskeyjack tenía razón. No solamente eres el nuevo capitán, sino mucho más que eso.

—Eso es cosa mía —replicó Paran, que siguió rehuyendo su mirada hasta que la miró a la cara—. ¿Y cuál es tu papel

en todo esto? Tú me cuidaste. ¿Por qué? Servías a tu dios, ¿no es así?

—Nada de eso —respondió Velajada tras soltar una auténtica risotada—. Tampoco he hecho gran cosa por ti, la verdad. Oponn se encargó de ello.

—¿Oponn? —preguntó Paran, envarado. *Los Mellizos, hermano y hermana, los Mellizos del azar. El señor empuja, la dama tira. ¿Han poblado mis sueños? Voces, la mención a mi… espada.* Permaneció inmóvil un instante, luego se dirigió a la cómoda. Sobre ella descansaba su espada, enfundada en la vaina, y puso la mano en la empuñadura—. La compré hace tres años, aunque la primera vez que la esgrimí fue hace unas noches… contra ese perro.

—¿Recuerdas lo que sucedió?

Hubo algo en el tono de Velajada que le hizo girar sobre sus talones. En sus ojos reconoció el miedo, un miedo que ella no hizo nada por ocultar.

—Le puse un nombre a la espada el día que la compré.

—¿Nombre?

—*Azar*. —Paran sonrió como si aquello fuera una broma pesada.

—Hace tiempo que se urdió esta trama —aseguró Velajada, que antes de lanzar un suspiro cerró los ojos—. Aunque sospecho que ni Oponn pudo imaginar que tu acero arrancaría su primera sangre a un Mastín de Sombra.

—El perro era un Mastín.

—¿Conoces a Mechones? —preguntó Velajada tras asentir.

—Sí.

—Ten cuidado con él —advirtió ella—. El desató una senda de Caos, lo que me provocó esta fiebre. Si las sendas cuentan de veras con una estructura, entonces la de

Mechones es diametralmente opuesta a la mía. Está loco, capitán, y ha prometido matarte.

—¿Qué pinta él en todo esto? —preguntó Paran ciñendo la espada.

—No estoy segura —dijo Velajada.

Aunque su respuesta parecía mentira, Paran no insistió.

—Se acercaba cada noche, para ver cómo andabas —explicó el capitán—. Pero el caso es que estas dos últimas noches no lo he visto.

—¿Cuántos días llevo inconsciente?

—Seis, creo. Me temo que no puedo estar más seguro del paso del tiempo de lo que tú puedas estarlo. —Se dirigió a la puerta—. Lo único que sé, es que no puedo ocultarme aquí toda la vida.

—¡Espera!

—Muy bien —sonrió Paran al volverse a ella—. Dame una razón para que no me marche.

La hechicera titubeó antes de responder

—Aún te necesito aquí —dijo.

—¿Por qué?

—No es a mí a quien teme Mechones —respondió como si dar con las palabras adecuadas le resultara harto difícil —. Sino a ti, a tu espada; eres tú quien me ha mantenido con vida. Mechones vio lo que le hiciste al Mastín.

—Maldición. —Aunque seguía siendo una extraña para él, había logrado conmoverlo con su sinceridad. Intentó contener la compasión que crecía en su interior. Se dijo que la misión tenía prioridad ante cualquier otra consideración, que había pagado ya su deuda con ella (si es que le había debido algo), que no le había dado las razones que sospechaba existían para mantenerlo oculto, lo que sin duda suponía que no confiaba en él. Todo esto se dijo, pero no bastó.

—Si te vas, Mechones me matará —aseguró Velajada.

—¿Y qué me dices de las protecciones mágicas? —preguntó al borde de la desesperación—. Mechones dijo que te habías protegido por medios mágicos.

—¿Crees que se habría plantado ante ti para admitir lo peligroso que eres en realidad? ¿Protecciones? —rió—. Apenas tengo fuerzas para incorporarme. Si intentara abrir mi senda en este estado el poder me consumiría, me reduciría a un montón de ceniza. Mechones no quiere que sepas demasiado acerca de nada. La marioneta mintió.

Incluso aquello sonó como una mentira a medias a oídos de Paran. Sin embargo, bastaba para darle sentido, para justificar el odio que Mechones sentía hacia él, así como el evidente temor de la marioneta. El engaño con mayúsculas provenía de Mechones, no de Velajada, o eso creía, ya que no tenía a qué aferrarse para sostener dicha creencia. Claro que… al menos Velajada era humana. Suspiró.

—Tarde o temprano —dijo librándose de la espada y volviendo a colocarla en la cómoda—, tú y yo tendremos que prescindir de todo este juego de engaños. Ande Oponn de por medio o no, tenemos un enemigo común.

—Gracias. —Velajada suspiró—. ¿Capitán Paran?

—¿Qué? —preguntó al tiempo que la miraba con cautela.

Ella sonrió.

—Es un placer conocerte.

Paran arrugó el entrecejo. Ya estaba otra vez.

—Parece un ejército desdichado —dijo Lorn mientras esperaban frente a la puerta norte de Pale. Uno de los guardias había entrado en la ciudad, en busca de otro caballo, mientras los otros tres permanecían agrupados, cuchicheando a corta distancia.

Toc el Joven había desmontado. Se acercó al caballo y dijo:

—Así es, Consejera. Muy desdichado. De la mano de la disolución de los ejércitos Segundo y Sexto llegaron los cambios en los mandos. Nadie sirve donde lo hacía antes, ni el recluta más novato. Hay pelotones divididos en todas partes. Y ahora circula el rumor de que se retirará en breve a los Abrasapuentes. —Miró de reojo a los tres infantes de marina—. A los de por aquí no les gusta todo eso —concluyó.

Lorn se echó atrás en la silla. El dolor del hombro se había convertido en una punzada continua, y se alegró de que el viaje hubiera concluido, al menos de momento. No habían vuelto a ver al t'lan imass desde el túmulo, aunque a menudo ella percibía su presencia, en la brisa polvorienta, bajo la llanura agrietada. Mientras estuvo en compañía de Toc el Joven, había percibido la furia incesante que bullía en los miembros de las fuerzas malazanas destacadas en aquel continente.

En Pale había diez mil soldados al borde de la revuelta —los espías que había destinado a mezclarse entre ellos habían acabado brutalmente asesinados—, a la espera de una sola orden del Puño Supremo Dujek Unbrazo. Lo cierto, además, era que el mago supremo Tayschrenn no facilitaba las cosas, pues contradecía abiertamente todas las órdenes que Dujek daba a sus oficiales. Pero lo que más preocupaba a la Consejera era aquella confusa historia de que un Mastín de Sombra la había tomado con la única superviviente del cuadro de magos del Segundo Ejército; ahí había un misterio, y tenía la sospecha de que era crucial. Del resto podría encargarse, siempre y cuando tomara las riendas de inmediato.

La Consejera deseaba reunirse con Tayschrenn y con esa hechicera, Velajada. El caso era que el nombre le resultaba familiar, como si despertara un eco en su memoria de cuando era pequeña. A estos indicios huidizos los envolvía el manto del miedo. No obstante, estaba dispuesta a resolverlo llegado el momento.

Se abrió la puerta. Al levantar la mirada, vio al infante de marina con un caballo de la rienda; tenían compañía. Toc el Joven saludó, y lo hizo de forma tan enérgica que Lorn no pudo evitar sospechar de su lealtad. La Consejera desmontó lentamente e inclinó la cabeza para saludar al Puño Supremo Dujek.

Éste parecía haber envejecido doce años desde la última vez que lo vio, trece meses atrás en Genabaris. Una sonrisa tímida se dibujó en los labios de Lorn al comprender la ironía de la situación: el Puño Supremo era un hombre cansado y manco; la Consejera de la emperatriz llevaba el brazo hábil en cabestrillo, y Toc el Joven, último representante de la Garra en Genabackis, era tuerto y tenía quemada la mitad del rostro. Ahí estaban, los representantes de tres de los cuatro poderes del Imperio en el continente, todos ellos con un aspecto lamentable.

Dujek malinterpretó aquella sonrisa y respondió con una propia, torcida.

—Yo también me alegro de verte, Consejera. Supervisaba el reaprovisionamiento cuando este guardia me avisó de tu llegada. —Su mirada se volvió pensativa al estudiarla, y su sonrisa desapareció—. Te buscaré un sanador denuliano, Consejera.

—La hechicería no me afecta, Puño Supremo. Hace tiempo de la última vez que pude servirme de ella, de modo que bastará con un sanador normal. —Entornó los ojos al

mirar a Dujek—. Siempre y cuando no tenga que desenvainar la espada tras las murallas de Pale.

—No te garantizo nada, Consejera —replicó Dujek—. Ven, demos un paseo.

—Gracias por la escolta, soldado —dijo Lorn a Toc el Joven.

Dujek rompió a reír.

—No es necesario, Consejera. Sé quién y qué es Toc el Joven, como la práctica totalidad de mis hombres. Si es tan bueno como Garra que como soldado, harás muy bien en mantenerlo con vida.

—¿A qué te refieres?

Dujek hizo un gesto para invitarla a caminar.

—Me refiero a que su reputación de soldado del Segundo Ejército es lo único que le impide topar con un cuchillo clavado en el cuello. Me refiero a que lo saques de Pale.

—Te veré después —dijo la Consejera a Toc.

Se reunió con Dujek, que había atravesado el enorme arco que servía de entrada a la ciudad; al cabo de unos instantes llegó a su altura. Los soldados atestaban las calles de la ciudad, dirigiendo tanto los carromatos de los mercaderes como los de los propios habitantes. Las pruebas de la mortífera lluvia sufrida por la urbe eran visibles aún en la mayoría de las fachadas, aunque las brigadas de trabajo habían puesto manos a la obra, dirigidas por infantes de marina.

—Se procederá en breve a separar a la nobleza —informó Dujek a su lado—. Tayschrenn quiere hacerlo de forma concienzuda, públicamente.

—Es la política del Imperio —replicó Lorn—. Lo sabes perfectamente, Puño Supremo.

—¿Nueve de cada diez nobles ahorcados, Consejera? ¿Niños incluidos?

—Eso parece excesivo —repuso ella mirándole a la cara.

Dujek guardó silencio un rato, mientras la conducía por la avenida principal y, luego, colina arriba en dirección al cuartel general del Imperio. Muchos rostros se volvieron para mirarlos al pasar, todos ellos inescrutables. Parecía que los ciudadanos de Pale conocían la identidad de Dujek. Lorn intentó percibir la atmósfera que irradiaba su presencia, pero no pudo estar segura de si era temor o respeto. O ambos.

—Mi misión —explicó Lorn cuando se acercaron a un edificio de piedra de tres plantas, cuya entrada estaba vigilada por una docena de atentos infantes de marina— me llevará pronto lejos de la ciudad…

—No quiero detalles, Consejera —la interrumpió Dujek —. Haz lo que debas hacer, y limítate a no interponerte en mi camino.

A pesar de la agresividad de sus palabras, el tono de su voz no era amenazador, sino casi agradable, aunque Lorn sintió que se tensaban todos los músculos de su cuerpo. Aquel hombre estaba al límite, y quien lo había puesto así era Tayschrenn. ¿Qué pretendía el mago supremo? Toda aquella situación olía a pura y simple incompetencia.

—Como iba diciendo —continuó Lorn—, no pasaré mucho tiempo aquí. No obstante, mientras dure mi estancia —y ahí su voz adquirió un matiz duro— me ocuparé de dejar bien claro al mago supremo que su interferencia en el gobierno de la ciudad no será tolerada. Si necesitas respaldo, cuenta con él, Dujek.

Se detuvieron justo frente a la entrada del edificio, y el veterano la miró largamente, como valorando su sinceridad. Sin embargo, sus palabras habrían de sorprenderla.

—Puedo ocuparme de mis problemas, Consejera. Haz lo que quieras, pero que conste que no te pido nada.

—¿Permitirás entonces esa exagerada diezma de la nobleza?

Dujek adoptó una expresión tozuda.

—Las tácticas de combate pueden aplicarse a cualquier situación, Consejera. Y el mago supremo no es un experto en táctica. —Se volvió y la condujo escaleras arriba. Dos guardias abrieron las puertas, que parecían nuevas y estaban fajadas en bronce. El Puño Supremo y la Consejera entraron.

Recorrieron un vestíbulo largo y amplio que contaba con puertas a ambos lados cada tres o cuatro pasos. Los infantes de marina hacían guardia ante todas estas puertas, aprestada el arma. A Lorn no le cabía ninguna duda de que el incidente del Mastín había aumentado el nivel de alerta hasta un grado que rayaba el absurdo. De pronto se le ocurrió algo.

—Puño Supremo, ¿has sufrido algún atentado?

—Cuatro en la última semana, Consejera —respondió divertido—. Uno termina por acostumbrarse a ello. Todos esos infantes de marina se han prestado voluntarios; ni siquiera parecen estar dispuestos a escucharme. Despedazaron de tal modo al último asesino, que ni siquiera fui capaz de distinguir si era hombre o mujer.

—Tienes a muchos soldados originarios de Siete Ciudades en tus huestes, Puño Supremo.

—Ay, sí. Leales hasta la muerte, al menos cuando quieren serlo.

Leales a qué, se preguntó Lorn, y a quién. En los tiempos que corrían, a los reclutas de Siete Ciudades los destinaban a otros frentes. La emperatriz no quería que los soldados de Dujek fueran conscientes de que su tierra natal se hallaba a

punto de levantarse en armas. Tales noticias podrían muy bien inclinar la balanza en Genabackis, lo que a su vez podía incitar a Siete Ciudades. Tanto Lorn como la emperatriz eran muy conscientes de lo peligrosas que se habían vuelto las cosas, y ambas debían andarse con tiento en su empeño de reparar el daño causado. Cada vez resultaba más y más obvio que Tayschrenn suponía una gran amenaza.

Comprendió que necesitaba el apoyo de Dujek más de lo que éste necesitaba del suyo.

Llegaron al extremo del vestíbulo, donde encontraron una imponente puerta doble. Los soldados que hacían guardia a ambos lados de la puerta saludaron al Puño Supremo y, a continuación, la abrieron. Al cruzarlas entraron en una amplia estancia, en cuyo centro destacaba una mesa de madera recia. Mapas, pergaminos, tinta y tarros de pintura poblaban su superficie. Una vez dentro, las puertas fueron cerradas de nuevo.

—Tayschrenn ha sido informado de tu llegada, pero tardará un poco en llegar —la informó Dujek mientras se sentaba en la cabecera de la mesa—. Si tienes alguna duda respecto a los recientes sucesos en Pale, ahora es el momento de plantearla.

Sabía que le estaba dando la oportunidad de recibir respuestas que no provendrían de labios de Tayschrenn. Claro que de ella dependía cuál de ambas versiones iba a aceptar. Lorn empezó a entender el comentario que Dujek había hecho acerca de la táctica.

—De acuerdo, Puño Supremo. Primero los detalles. ¿Has tenido alguna dificultad con los moranthianos?

—Es curioso que lo preguntes —comentó ceñudo—. Se les están subiendo algunas cosas a la cabeza. Tuve que emplearme a fondo para que las legiones doradas, sus

guerreros de élite, lucharan contra Caladan Brood. Por lo visto, lo consideran demasiado honorable como para tenerlo como enemigo. Llegados a ese punto, nuestra alianza estuvo pendiente de un hilo, pero al final marcharon al combate. Pronto despacharé a las legiones negras a reunirse con ellos.

—Tuvimos problemas similares con las verdes y las azules en Genabaris —admitió Lorn—, lo que explica por qué vine por tierra. La emperatriz sugiere que saquemos todo el partido posible a la alianza, dado que no durará.

—No tenemos elección —gruñó Dujek—. ¿De cuántas legiones dispondré en primavera?

Lorn titubeó antes de responder.

—Dos. Y un regimiento de lanceros wickanos. Los wickanos y la Decimoprimera Legión desembarcarán en Nathilog. La Novena lo hará en Nisst y se reunirá con las fuerzas de leva. La emperatriz confía en que los últimos refuerzos bastarán para romper la Guardia Carmesí en el paso del Zorro, y abrirán de ese modo el flanco de Brood.

—Entonces la emperatriz es una insensata —acusó Dujek —. Los reclutas de leva son prácticamente inútiles, Consejera, y el año que viene, por estas fechas, la Guardia Carmesí habrá liberado Nisst, Treet, Gato Tuerto, Porule, Garalt y…

—Conozco la lista —Lorn se levantó de pronto—. Recibirás dos nuevas legiones el próximo año, Puño Supremo. Eso es todo.

Dujek lo meditó unos instantes, con la mirada en el mapa clavado a la superficie de la mesa. Lorn esperó. Sabía que el Puño Supremo estaba pensando en el reordenamiento de tropas, en la evaluación de sus planes para la campaña de la próxima estación, y que se hallaba inmerso en el mundo de los pertrechos y las divisiones, en las cabalas referentes

a los movimientos de Caladan Brood y el comandante de la Guardia Carmesí, el príncipe K'azz.

—Consejera, ¿sería posible invertir el orden de los desembarcos? La Decimoprimera y los lanceros de Wickan desembarcarían en la costa oriental, al sur de Manzana. La Novena en la costa de poniente, para marchar a Tulipanes.

Lorn se acercó a la mesa y estudió atentamente el mapa. *¿Tulipanes? ¿Por qué allí?* No tenía ningún sentido.

—La emperatriz sentirá curiosidad por saber a qué obedece este cambio en tus planes, Puño Supremo.

—Lo que significa que «quizá». —Dujek se rascó la incipiente barba de la mandíbula, y luego asintió—. De acuerdo, Consejera. Primero, los reclutas de leva no podrán mantener el paso del Zorro. La Guardia Carmesí cruzará a las tierras del norte para cuando lleguen nuestros refuerzos. La mayor parte de la zona está constituida por granjas y tierras de pastos. Cuando nos retiremos, cuando llevemos a los de leva de vuelta a Nisst, asolaremos el terreno a nuestro paso. Ni ganado ni grano. Sean cuales sean los suministros que necesite K'azz, tendrá que llevarlos consigo. Veamos, Consejera, cualquier ejército en movimiento, cualquier ejército que hostiga a una hueste en retirada, tiene por fuerza que dejar atrás al tren de suministros, debido a la premura con que debe alcanzar al enemigo y darle el golpe de gracia. Ahí es donde los lanceros wickanos entran en juego.

Los de Wickan eran jinetes de nacimiento. Lorn lo sabía. En un terreno así, resultarían escurridizos, golpearían rápidamente y con mortíferas consecuencias.

—¿Y la Decimoprimera? ¿Dónde se encontraría mientras?

—Un tercio de la legión, estacionada en Nisst. El resto en marchas forzadas hacia el paso del Zorro.

—¿Mientras Caladan Brood permanece al sur del bosque de Perrogrís? No tiene sentido, Puño Supremo.

—Tú misma sugeriste sacar todo el provecho posible de los moranthianos, ¿o no? Bien, desde Tulipanes, los moranthianos y sus quorl llevarán a cabo un transporte masivo. —Dujek entornó la mirada mientras estudiaba el mapa—. Quiero a la Novena al sur del pantano de Perrogrís para cuando lleve mis huestes desde aquí y las sitúe al sur de Brood. Un esfuerzo concertado por parte de las legiones doradas y negras debería empujarlo a sentarse en nuestro regazo, mientras sus aliados, la Guardia Carmesí, se hallan atorados en el lado equivocado del paso del Zorro.

—¿Pretendes transportar una legión entera por el aire?

—¿Quiere la emperatriz ganar esta guerra en vida o no? —Se apartó de la mesa—. Fíjate bien —dijo como asaltado por una duda repentina—, todo podría quedar en nada. Si fuera Brood, yo… —Calló de pronto, y se giró hacia la Consejera—. ¿Las órdenes de transporte serán abolidas?

Lorn lo miró a los ojos. Algo le decía que el Puño Supremo acababa de dar un salto intuitivo que tenía relación con Caladan Brood, y que en lo que a Dujek concernía, podía quedar en nada. También comprendió que no lo compartiría con ella. Volvió a repasar el mapa con la mirada, intentando ver lo que Dujek había visto. Era inútil, ella no era experta en táctica. El esfuerzo de imaginar lo que discurría por la mente de Dujek era ya bastante complicado; pero intentar hacer lo propio con la de Caladan Brood era imposible.

—Tu plan, aunque temerario, queda aceptado en beneficio de la emperatriz, y se satisfará tu petición.

Dujek asintió sin demasiado entusiasmo.

—Una cosa, Puño Supremo, antes de que llegue Tayschrenn. ¿Vino aquí un Mastín de Sombra?

—Sí —respondió—. No estaba en la ciudad en ese momento, pero vi el estropicio que causó esa bestia a su paso. De no haber sido por Velajada, la cosa habría sido mucho peor.

Lorn atisbo el brillo de horror en la mirada de Dujek, y a su mente acudió la escena que había presenciado hacía dos años en el camino de la costa occidental de Itko Kan.

En ese momento, cruzada la mirada, ambos compartieron una sensación muy profunda.

—Esa Velajada —dijo Lorn para ocultar una punzada de dolor— debe de ser una hechicera muy capacitada.

—La única que sobrevivió del cuadro de magos tras el asalto orquestado por Tayschrenn sobre Engendro de Luna —explicó Dujek.

—¿De veras? —Para Lorn, aquello era si cabe más asombroso. Se preguntó si Dujek sospechaba algo, mas sus siguientes palabras despejaron cualquier duda al respecto.

—Ella lo achacó a la suerte, en ambos casos, y es posible que tuviera razón.

—¿Hace mucho que sirve como hechicera de cuadro? —se interesó Lorn.

—Desde que asumí el mando. Puede que ocho o nueve años.

En ese momento, Lorn volvió a tener la sensación de que un puño envolvía su corazón. Tomó asiento de nuevo; Dujek había dado un paso hacia ella, muy preocupado a juzgar por su expresión.

—Tu herida necesita cuidados —dijo con cierta aspereza—. Ya tendría que haber llamado al sanador.

—No, no, estoy bien. Un poco cansada, eso es todo.

—¿Te apetece una copa de vino, Consejera?

Lorn asintió. «Velajada, ¿cómo era posible?» Lo sabría cuando la tuviera delante.

—Nueve años —murmuró—. El Ratón.

—¿Perdón?

Al levantar la mirada, vio a Dujek ante ella. Éste le tendía la copa de vino.

—Nada, nada —respondió mientras aceptaba la copa—. Gracias.

Ambos se volvieron al abrirse la puerta doble. Entró a buen paso Tayschrenn, airado su rostro cuando se encaró a Dujek.

—Maldito seas. Si has tenido algo que ver con esto lo descubriré, eso te lo prometo.

Dujek enarcó una ceja.

—¿Algo que ver en qué, mago supremo? —preguntó con frialdad.

—Acabo de estar en la sala del registro. ¿Un incendio? Pero si ese lugar parece un horno.

Lorn se levantó y se interpuso entre ambos.

—Mago supremo Tayschrenn —dijo solemne, en un hilo de voz y con un deje de peligro en ella—, quizá puedas contarme por qué un incendio en una estancia dedicada a las labores burocráticas es tan importante como para que irrumpas aquí de esta guisa.

Tayschrenn pestañeó varias veces.

—Te ruego que me perdones, Consejera —dijo, tenso—, pero en la sala del registro se encontraba el censo de los habitantes de la ciudad. —Pasó la oscura mirada de Lorn a Dujek—. Donde hubiera podido encontrar los nombres de los miembros de la nobleza de Pale.

—Que lástima —dijo el Puño Supremo—. ¿Has iniciado una investigación al respecto? Por supuesto, puedes considerar a los miembros de mi Estado Mayor a tu entera disposición.

—No será necesario, Puño Supremo. —El mago arrastró las palabras—. ¿A qué iban a dedicarse tus otros espías si acepto la propuesta? —Tayschrenn hizo una pausa, retrocedió un paso y se inclinó ante Lorn—. Saludos, Consejera. Mis disculpas por este reencuentro tan inapropiado…

—Ahórrate las disculpas para después —repuso ella—. Gracias por el vino y la conversación —agradeció a Dujek, consciente del modo en que Tayschrenn se envaraba al oír aquello—. Confío en que podamos disfrutar de una cena formal esta noche.

—Por supuesto, Consejera —aceptó Dujek.

—¿Tendrás la amabilidad de solicitar la presencia de Velajada? —De nuevo, creyó ver por el rabillo del ojo el gesto sorprendido del mago supremo, y observó en los ojos de Dujek una muestra del nuevo respeto con que la miraba, como si reconociera su habilidad en aquel aspecto concreto de la táctica.

—Consejera —interrumpió Tayschrenn—. La hechicera ha estado enferma de resultas de su enfrentamiento con el Mastín de Sombra —se volvió con una sonrisa a Dujek—, que estoy seguro el Puño Supremo te habrá relatado.

No tan detalladamente como hubiera querido, —pensó Lorn— *pero dejemos que Tayschrenn crea lo peor.*

—Me interesa conocer la opinión de un mago respecto a lo sucedido, Tayschrenn —dijo.

—Pues en breve la tendrás.

Dujek se inclinó.

—Me interesaré por la salud de Velajada, Consejera. Si me disculpas, será mejor que me acerque ahora. —Se volvió a Tayschrenn, a quien saludó con una seca inclinación de cabeza.

El mago supremo observó al veterano manco abandonar la estancia, y aguardó a que las puertas se hubieran cerrado.

—Consejera, esta situación es…

—Absurda —le interrumpió Lorn, encendida—. Maldita sea, Tayschrenn, ¿has perdido el juicio? La has tomado con el comandante más cabrón y astuto que el Imperio haya tenido jamás el privilegio de contar en sus filas, y se te está comiendo vivo. —Se volvió a la mesa para llenar de nuevo su copa—. Y te lo mereces.

—Consejera…

—No. Escucha, Tayschrenn. Te hablo en nombre de la emperatriz. Ella aprobó con ciertas reservas que tú encabezaras el asalto a Engendro de Luna, aunque de haber conocido tu manifiesta carencia de sutileza jamás lo habría permitido. ¿De veras nos tomas a todos por idiotas?

—Dujek es sólo un hombre —dijo Tayschrenn.

Lorn tomó un buen trago de vino, y luego dejó la copa y se acarició la frente.

—Dujek no es el enemigo —dijo—. Dujek jamás ha sido el enemigo.

—Fue uno de los hombres de confianza del emperador, Consejera —protestó Tayschrenn.

—Poner en duda su lealtad para con el Imperio es insultante, y precisamente un insulto así bastaría para volverlo en contra. Dujek no sólo es un hombre. Ahora mismo es diez mil hombres, y dentro de un año será veinticinco mil. No cede un palmo cuando le empujas, ¿verdad? No, porque no puede. Cuenta con el respaldo de diez mil soldados, y créeme, cuando éstos se enfaden lo bastante como para devolver el empujón, no habrá modo de que puedas levantarte. En cuanto a Dujek, al final se verá arrastrado por la corriente.

—Entonces es un traidor.

—No. Lo que sucede es que se preocupa por los suyos. Es lo mejor del Imperio. Si se viera obligado a volverse en contra nuestra, Tayschrenn, seríamos nosotros los traidores. ¿Me estoy explicando con claridad?

—Sí, Consejera —respondió el mago supremo, en cuya frente se dibujaron profundas arrugas de preocupación—. Así es. —Levantó la mirada—. Esta labor que me ha ordenado llevar a cabo la emperatriz pesa mucho, Consejera. No me muevo en mi terreno. Sería conveniente que me sustituyeras.

Lorn lo meditó seriamente. Por naturaleza los magos jamás se granjeaban la lealtad. Temor, sí, y el respeto nacido del temor, pero la única cosa que a un mago le costaba comprender y despertar era la lealtad. Aunque en tiempos, hacía mucho, había habido un mago que despertó lealtad: el emperador.

—Mago supremo —dijo finalmente—, todos estamos de acuerdo en algo. La Vieja Guardia debe desaparecer. Todo aquel que formó parte del círculo del emperador y que aún lo recuerde es susceptible de actuar en contra nuestra, ya sea de forma consciente o sin reparar en ello. Dujek es una excepción, y hay un puñado más como él. A ésos no debemos perderlos. Respecto a los otros, tienen que morir. El riesgo estriba en obrar de tal modo que los advirtamos de ello. Si nos manejamos de forma demasiado abierta, podríamos enfrentarnos a un levantamiento de tal magnitud que podría destruir el Imperio.

—Aparte de Dujek y Velajada —dijo Tayschrenn—, hemos limpiado a todos los demás. En cuanto a Whiskeyjack y a su pelotón, que sepas que es todo tuyo, Consejera.

—Con suerte —dijo Lorn, que frunció entonces el entrecejo al ver que el mago supremo se sobresaltaba—.

¿Qué sucede?

—Cada noche, leo con atención la baraja de los Dragones —explicó—. Estoy seguro de que Oponn ha entrado en el mundo de los asuntos mortales. La lectura de Velajada vino a confirmar mis sospechas.

—¿Es una adepta?

—Mucho más de lo que pueda serlo yo —admitió Tayschrenn.

—¿Qué puedes contarme relacionado con la intervención de Oponn?

—Darujhistan —replicó Tayschrenn.

—Temía que ibas a decir eso. —Lorn cerró los ojos—. Necesitamos Darujhistan… desesperadamente. Con ella dispondríamos de toda su riqueza; bastaría con conquistarla para romper el espinazo de todo el continente.

—Lo sé, Consejera. Pero el asunto es aún peor de lo que piensas. También creo que, de algún modo, Whiskeyjack y Velajada están conchabados.

—¿Se sabe algo de lo sucedido al capitán Paran?

—Nada. Alguien lo mantiene oculto, a él o a su cadáver. Me inclino a creer que ha muerto, Consejera, aunque su alma aún ha de pasar por la puerta del Embozado, y eso sólo puede impedirlo un mago.

—¿Velajada?

—Posiblemente —respondió Tayschrenn encogiéndose de hombros—. Tendría que conocer algún detalle acerca del papel que representa el capitán en todo esto.

Titubeó Lorn, que finalmente decidió responder:

—Llevaba a cabo una búsqueda ardua y muy larga.

—Pues puede que encontrara lo que andaba buscando —gruñó Tayschrenn.

—Puede. Dime, ¿cuan capacitada está Velajada?

—Lo bastante como para ser mago supremo —respondió Tayschrenn—. Lo bastante capacitada como para sobrevivir al ataque de un Mastín y rechazarlo, por mucho que me siga pareciendo algo increíble. Incluso yo hubiera tenido muchas dificultades para lograr algo semejante.

—Puede que alguien la ayudara —murmuró Lorn.

—No se me había ocurrido.

—Piénsalo —dijo Lorn—. Pero antes de hacerlo, la emperatriz te conmina a continuar con tus esfuerzos, aunque no contra Dujek. Se te necesita aquí como intermediario, por si fracaso en mi misión en Darujhistan. No te entrometas en lo que atañe a la ocupación de Pale. Es más, debes hacer partícipe a Dujek de los detalles de la intervención de Oponn. Si resulta que un dios ha entrado en la liza, el Puño Supremo tiene derecho a saberlo y a planificar las cosas en consecuencia.

—¿Cómo va uno a planificar nada, si Oponn toma parte en el juego?

—Deja eso en manos de Dujek. ¿Alguna de estas órdenes supone para ti algún problema?

—En confianza, Consejera —respondió Tayschrenn con una sonrisa—. No podría sentirme más aliviado.

—Estupendo. Ahora, necesito un sanador mundano y alojamiento.

—Por supuesto. —Tayschrenn se dirigió a la puerta; antes de abrirla, se detuvo y añadió—: Consejera, me alegra tenerte aquí.

—Gracias, mago supremo. —Cuando éste hubo salido, Lorn se dejó caer en la silla y dejó que su recuerdo se remontara a nueve años atrás, a lo que veía y oía de niña, a una noche en concreto en el Ratón, cuando todas las pesadillas que pudiera concebir la imaginación de una jovencita podían demostrar ser reales. Recordó la sangre,

la sangre que se extendía por todas partes, y los rostros vacíos de su madre, de su padre y de su hermano mayor, en cuyas expresiones entumecidas podía leerse la comprensión de que se habían salvado, de que aquella sangre no les pertenecía. A medida que los recuerdos volvieron a manifestarse como un torbellino en su mente, un nombre montaba los vientos, y murmuraba en el aire como dando un zarpazo en hojas muertas. Lorn separó los labios.

—Velajada —murmuró.

La hechicera había reunido fuerzas para levantarse de la cama. Se encontraba ante la ventana, apoyada y con la mano en el marco, observando la calle atestada de carromatos del ejército. El saqueo sistemático que los oficiales de intendencia denominaban «reaprovisionamiento» estaba en marcha. El desahucio de la nobleza y la clase acomodada— de sus haciendas familiares, donde se había apostado a la oficialidad imperial, de la que ella formaba parte, había concluido hacía días, mientras que las reparaciones en las murallas exteriores, así como las de las puertas hundidas y las labores de limpieza de la «lluvia de Luna» continuaban a buen ritmo.

Se alegró de haberse ahorrado el torrente de cadáveres que llenaron las calles de la ciudad durante la primera fase de limpieza; carro tras carro gruñendo bajo el peso de los cuerpos amontonados, la piel blanca chamuscada por el fuego, abierta por la espada, mordida por las ratas y picoteada por los cuervos; hombres, mujeres, niños… Era una escena que ya había presenciado antes y que no deseaba volver a ver en toda la vida.

La consternación y el terror se habían diluido y se hallaban lejos de su vista. Un mundo cotidiano reaparecía a medida que granjeros y comerciantes salían de sus escondites para responder tanto a las necesidades de los ocupantes como a las de los sometidos a la ocupación. Los sanadores malazanos habían recorrido la ciudad para erradicar la propagación de la peste, así como para tratar males comunes a todo aquel a quien tocaran. Ningún ciudadano sería rechazado. Y los sentimientos emprendieron el largo giro, perfectamente planeado.

Velajada sabía que pronto se produciría la diezma de la nobleza, un castigo que llevaría a la horca a los nobles menos queridos y más avaros. Las ejecuciones serían públicas. Probada táctica que fomentaba el reclutamiento, que aumentaba gracias a la marea de la vil venganza emprendida en un lugar donde todos paseaban regocijados de haber hecho justicia. Una espada en tales manos completaba la conspiración y sumaba a la causa (la causa del Imperio) a todos aquellos nuevos cazadores en la partida de caza que se celebraría por la siguiente víctima.

Así había sido en un centenar de ciudades como aquélla. No importaba lo benévolos que hubieran sido sus anteriores gobernantes, ni generosa su nobleza, pues la palabra del Imperio, cargada por el poder de la fuerza, transformaba el pasado en la peor de todas las tiranías. Triste reflexión sobre el ser humano, amarga lección que si acaso resultaba aún más insoportable por el papel que había representado en ella.

Su mente evocó de nuevo el recuerdo de los Abrasapuentes, extraño contrapunto al prisma de cinismo a través del cual veía todo cuanto la rodeaba. Whiskeyjack, un hombre llevado al límite o, más bien, el límite que cerraba sobre él por todos lados, la desintegración de las

creencias, el fracaso de la fe, un hombre para quien su pelotón era el testamento hecho a la humanidad, el puñado de la única gente que le importaba. Pero seguía adelante, y retrocedía también, retrocedía mucho. A ella le gustaba pensar —mejor dicho: le gustaba creer— que al final él ganaría la mano, y que viviría para ver a sus hombres librarse del Imperio.

Ben el Rápido y Kalam, que asumían enormes responsabilidades para librar parte del peso que su sargento cargaba a hombros. Era el único medio que tenían de quererlo, aunque ninguno de ellos lo expondría jamás en dichos términos. En los demás, exceptuando a Lástima, veía lo mismo, aunque en ellos era la desesperación lo que encontraba tan cautivador, ese ansia infantil por aliviar a Whiskeyjack de todo lo que su grotesco mundo le había impuesto.

Les había correspondido de un modo mucho más profundo de lo que hubiera creído posible, viniendo de un corazón que hacía tiempo consideraba consumido, esparcidas las cenizas en silencioso lamento, un corazón que ningún mago podía permitirse poseer. Velajada reconocía el peligro, lo cual no hacía sino aumentar el atractivo que tenía su compromiso.

Lástima era otro asunto, e hizo un esfuerzo para evitar siquiera pensar en la joven.

Y eso la llevó a Paran. ¿Qué haría con el capitán? En ese momento se hallaba en la estancia, sentado en la cama a su lado, lubricando su espada, *Azar*. No habían hablado mucho desde que ella se había despertado hacía cuatro días, quizá porque existía aún mucho terreno para la desconfianza.

Tal vez fuera ese misterio, esa incertidumbre, lo que les hacía sentirse tan atraídos el uno por el otro. Y la atracción resultaba obvia: incluso en ese momento en que le estaba

dando la espalda, percibía un nexo entre ambos. Ignoraba qué clase de energía crepitaba entre ellos, pero tenía la sensación de que era peligrosa, lo cual aún lo hacía más excitante.

Velajada suspiró. Mechones había aparecido aquella misma mañana, entusiasmado e inquieto por algo. La marioneta no respondió a sus preguntas, pero la hechicera tenía la sospecha de que Mechones había hallado un sendero, una vía que quizá podría llevar a la marioneta lejos de Pale, a Darujhistan.

Perspectiva que no podía sino hacerla feliz.

Se sobresaltó cuando la protección que había erigido ante la puerta cedió. Velajada se volvió a Paran.

—Tenemos visita —dijo.

El capitán se levantó, empuñando a *Azar*.

La hechicera le hizo un gesto con la mano.

—Ya no eres visible, capitán. Nadie podría tampoco captar tu presencia. No hagas ruido y espera aquí. —Se dirigió a la estancia que hacía las veces de recibidor en el preciso momento en que llamaron a la puerta.

Al abrirla, encontró a un joven infante de marina en el corredor.

—¿Qué sucede?

El infante de marina se inclinó ante ella.

—El Puño Supremo Dujek desea interesarse por el estado de su salud, hechicera.

—Estoy mucho mejor —respondió—. Qué amable por su parte. Ahora, si me discul…

—Como ha respondido de la manera en que lo ha hecho —la interrumpió el infante de marina—, debo comunicarle la petición del Puño Supremo de que acuda a la cena que se celebrará esta noche en la casa mayor.

Velajada maldijo para sus adentros. No debió decir la verdad. No obstante, ya era demasiado tarde. Una «petición» de su comandante no era algo que pudiera rechazar.

—Informa al Puño Supremo de que para mí será un honor disfrutar de su compañía durante la cena. —De pronto, tuvo una idea—. ¿Puedo preguntar quién más asistirá?

—El mago supremo Tayschrenn, un mensajero llamado Toc el Joven y la Consejera Lorn.

—¿Está aquí la Consejera Lorn?

—Ha llegado esta misma mañana, hechicera.

Oh, por el aliento del Embozado.

—Comunica mi respuesta —ordenó Velajada, que hizo un esfuerzo para contener un miedo que iba en aumento. Cerró la puerta y luego escuchó los pasos del infante de marina alejarse por el corredor.

—¿Qué sucede? —preguntó Paran bajo el dintel de la puerta.

—Guarda esa espada, capitán. —Se acercó al armario y empezó a revolverlo—. Debo acudir a una cena.

—Una reunión oficial —dijo Paran.

Velajada asintió con aire distraído.

—También asistirá la Consejera Lorn, como si no tuviera suficiente con Tayschrenn.

—De modo que al fin ha llegado —murmuró el capitán.

Paralizada, Velajada se volvió a él muy lentamente.

—La estabas esperando, ¿verdad?

Paran la miró, con ojos azorados.

Velajada comprendió que el capitán no había querido que ella escuchara lo que acababa de murmurar.

—Maldición —susurró—. ¡Trabajas para ella!

Al darle la espalda Paran, fue como si la respondiera. Ella lo miró mientras salía del dormitorio, mientras sus pensamientos se volvían tormenta y furia. Los hilos de la conspiración tamborileaban en su mente. Por lo visto, las sospechas de Ben el Rápido eran acertadas: se había puesto en marcha un plan para acabar con el pelotón. ¿También corría peligro su vida? Tuvo la sensación de que estaba a punto de tomar una decisión. No estaba muy segura de cuál era, pero al menos sus pensamientos discurrían en una dirección concreta, y lo hacían con la inexorable inercia de una avalancha.

Tañía la séptima campanada en una torre lejana cuando Toc el Joven entró en el cuartel general del Imperio.

Enseñó la invitación a otro guardia de mirada suspicaz, que lo dejó pasar como a regañadientes; cruzó el salón principal hasta el comedor. Toc se sentía muy incómodo. Sabía que la Consejera estaba detrás de aquella invitación, y que podía ser tan impredecible y manipuladora como los demás. Más allá de las puertas a las que se acercaba podía encontrar una fosa repleta de víboras hambrientas, aguardando su llegada.

Toc se preguntó si lograría pasar desapercibido y, conociendo el estado de la herida de su rostro, se preguntó melancólico si existiría alguien capaz de pasar desapercibido. Entre sus compañeros de armas las cicatrices apenas resultaban visibles: pocos soldados había en las huestes de Dujek que no lucieran una o tres cicatrices. Los pocos amigos que tenía sencillamente parecían agradecer que siguiera con vida.

En Siete Ciudades, decía la superstición que la pérdida de un ojo conllevaba el nacimiento de una visión interior.

Había tenido ocasión de recordar esa creencia al menos una docena de veces en las últimas dos semanas. No le había sido entregado ningún obsequio secreto en compensación por la pérdida del ojo. Cada dos por tres unos destellos de intensa luz inundaban su mente, aunque tenía la sospecha de que aquello no era sino el recuerdo de lo último que había visto su ojo: el fuego.

Y ahí estaba, a punto de sentarse a la mesa con lo más selecto del Imperio, exceptuando a la propia emperatriz. De pronto, su herida era un estigma. Su presencia a la mesa serviría de testamento a los horrores de la guerra. Toc se envaró ante la puerta que daba al comedor. ¿Le habría invitado la Consejera por ese motivo? Titubeó, mas luego se encogió de hombros sin haber dado con la respuesta y entró en la sala.

Dujek, Tayschrenn y la Consejera se volvieron a una para mirarle. Toc el Joven se inclinó ante ellos.

—Gracias por venir —dijo la Consejera Lorn. Se encontraba entre los dos hombres, cerca del mayor de los fuegos que ardían en la sala, situado en la pared opuesta a la entrada—. Acércate, por favor. Sólo nos queda esperar a un invitado.

Toc se acercó a ellos, menos cohibido quizá, al ver la sonrisa torcida de Dujek. El Puño Supremo dejó la copa de cristal en el mantel y, sin hacer nada por disimularlo, se rascó el muñón del brazo izquierdo.

—Apuesto a que te está volviendo medio loco —dijo el veterano, más sonriente si cabe, señalando con una inclinación de cabeza el rostro de Toc.

—Al menos me rasco a dos manos —replicó Toc.

Dujek soltó una risotada.

—¿Una copa de vino?

—Gracias. —Al aceptar la copa vacía de manos de Dujek, reparó en la mirada de Lorn. Fue a por la jarra que descansaba en una mesa cercana y cruzó la mirada con el mago supremo, aunque Tayschrenn parecía más pendiente del fuego que ardía en la chimenea, detrás de Lorn.

—¿Se ha recuperado tu yegua? —preguntó la Consejera.

—Ya era capaz de hacer el pino la última vez que fui a visitarla —respondió Toc mientras llenaba la copa.

Lorn sonrió algo cohibida, como si no supiera muy bien si se estaba burlando de ella.

—Le he contado que representaste un papel vital a la hora de mantenerme con vida, Toc el Joven, y cómo disparaste cuatro flechas sin bajar del caballo, con las cuales derribaste a cuatro barghastianos.

—No sabía que las últimas dos flechas también corrieran de mi cuenta —dijo, mirándola fijamente. Tomó un sorbo de vino e hizo un esfuerzo para no rascarse la herida.

—También tu padre tenía por costumbre sorprender al prójimo —gruñó Dujek—. A ése sí que lo echo de menos.

—Yo también —admitió Toc con la mirada gacha.

El silencio incómodo que siguió a este intercambio se vio por suerte roto con la llegada del último de los invitados. Toc se volvió al igual que el resto cuando se abrió la puerta. Observó a la mujer que se hallaba bajo el dintel y dio un respingo. ¿Era Velajada? Jamás la había visto llevar nada que no fuera la indumentaria de batalla, y se llevó una sorpresa. *Vaya*—, pensó—, *no está nada mal, si te gustan grandotas, claro.* Y sonrió para sí.

La reacción de Lorn a la entrada de Velajada se hallaba más cerca del grito ahogado que del saludo.

—No es la primera vez que nos vemos, aunque dudo que lo recuerdes —dijo finalmente la Consejera.

—Creo que no me olvidaría de algo así —repuso la hechicera, a la vez sorprendida y cauta.

—No estoy tan segura de ello. En aquel momento, apenas tenía once años.

—Entonces debes confundirme. No suelo frecuentar la compañía de los niños.

—Prendieron fuego al arrabal del Ratón una semana después de que pasaras por ahí, Velajada. —El tono de voz de Lorn envaró a todos los presentes con la fuerza de su rabia controlada—. Los supervivientes, los que tú dejaste atrás, fueron instalados en el Agujero de Mock. Y en esas cavernas pestilentes fue donde murieron mi madre, mi padre y mi hermano.

La sangre pareció abandonar el rostro redondo de Velajada.

Aturdido, Toc miró a los demás. Dujek mantenía una expresión enigmática, aunque se percibía la tormenta en aquellos ojos con los cuales estudiaba a Lorn. En el rostro de Tayschrenn, vuelto éste a la hechicera, parecía haberse encendido una inesperada luz.

—Fue nuestra primera misión —dijo Velajada.

Toc vio que Lorn temblaba y contenía la respiración. Pero cuando habló, su tono de voz le pareció bajo control, y precisas las palabras.

—Exijo una explicación. —Y, encarada al Puño Supremo Dujek, añadió—: Eran reclutas, un cuadro de magos. Se hallaban en Ciudad Malaz, en espera de su nuevo comandante, cuando la Garra emitió un edicto contra la hechicería. Fueron despachados al Casco Viejo, al arrabal del Ratón, para limpiarlo. Se comportaron de manera… —su voz tembló— indiscriminada. —Entonces volcó de nuevo su atención en Velajada—. Esta mujer era uno de esos magos. Hechicera, aquella noche fue la última que pasé en

compañía de mi familia. Al día siguiente fui entregada a la Garra. Las noticias de la muerte de mi familia me fueron ocultadas durante años. Aun así —dijo en un susurro—, recuerdo muy bien aquella noche. Recuerdo la sangre, los chillidos.

Velajada parecía incapaz de hablar. El ambiente en la estancia se había vuelto denso, irrespirable. Finalmente, la hechicera apartó la mirada de la Consejera y dijo a Dujek:

—Puño Supremo, fue nuestra primera misión. Perdimos el control. Al día siguiente renuncié al empleo de oficial y me destinaron a otro ejército. —Recuperó un poco la compostura—. Si la Consejera desea formar un consejo de guerra, no presentaré defensa y aceptaré mi ejecución como justo castigo.

—Eso es aceptable —opinó Lorn, que cerró los dedos de la mano izquierda para asir la empuñadura de la espada, dispuesta a desenvainarla.

—No —intervino el Puño Supremo—. No es aceptable.

—Pareces olvidar mi posición —dijo Lorn al veterano.

—No, no la he olvidado, Consejera, siempre y cuando sea tu voluntad que todos aquellos que hayan cometido crímenes en el Imperio en nombre del emperador sean ejecutados —dio un paso al frente—, entonces debes incluirme a mí. Claro que también estoy convencido de que el mago supremo Tayschrenn, aquí presente, ha hecho asimismo su parte en beneficio del emperador. Y, finalmente, no podemos olvidar a la propia emperatriz. Laseen, después de todo, era la Garra del emperador; de hecho, fue ella quien la creó. Es más, el edicto fue obra suya, y por suerte no duró mucho. —Se volvió a Velajada—. Estuve allí, Velajada. Servía bajo el mando de Whiskeyjack; me enviaron a refrenaros, y lo logré.

—¿Whiskeyjack estaba al mando? —preguntó Velajada, que negaba con la cabeza como si fuera incapaz de creerlo—. Todo esto huele a la jugarreta de un dios.

Dujek se volvió a la Consejera.

—El Imperio tiene su historia, y nosotros tomamos parte en ella.

—En esto —intervino Tayschrenn—, debo coincidir con el Puño Supremo, Consejera.

—No hay ninguna necesidad de hacerlo por la vía oficial —dijo Velajada sin quitar ojo a Lorn—. Te reto a duelo. En beneficio propio recurriré a todas mis destrezas mágicas con tal de destruirte. Tú puedes defenderte con la espada, Consejera.

Toc fue a abrir la boca, pero luego la cerró. Estaba a punto de decirle a Velajada que Lorn llevaba una espada de otaralita, y que un duelo planteado así sería del todo injusto, que ella moriría en unos instantes, cuando la espada devorase hasta el último de sus hechizos. Entonces, comprendió que la hechicera ya sabía todo aquello.

Dujek acercó su rostro a un palmo de Velajada.

—¡Diantre, mujer! ¿Crees que todo depende de las palabras que uno emplee para expresarlo? Ejecución. Duelo. ¡Nada de todo eso importa un rábano! Todo cuanto hace o dice la Consejera, todo, es en beneficio de la emperatriz Laseen. —Y a Lorn—: Estás aquí para dar voz a Laseen, para representar su voluntad, Consejera.

—La mujer llamada Lorn, la mujer que fue en tiempos una niña, que tuvo una familia —dijo por su parte Tayschrenn, con voz melosa, observando a la Consejera con angustia en la mirada—, esa mujer ya no existe. Dejó de existir el día en que se convirtió en Consejera.

Lorn miró a ambos con los ojos abiertos como platos.

Allí de pie, Toc escuchó estas palabras y comprendió que su objeto era servir de ariete contra su voluntad, aplastar su furia, hacer añicos hasta el último vestigio de su identidad. Asistía a la gélida sumisión de la Consejera a la emperatriz. Toc sintió que el corazón latía con fuerza en su pecho. Acababa de presenciar una ejecución. La mujer llamada Lorn se había rebelado, surgida de la turgente bruma del pasado, dispuesta a enderezar un entuerto, a hacer justicia y, de paso, a aprovechar esa última oportunidad que se le brindaba para recuperar las riendas de su vida, pero se lo habían impedido. Y no fueron las palabras de Tayschrenn o de Dujek, sino aquella cosa conocida como «la Consejera».

—Por supuesto —dijo al tiempo que apartaba la mano de la empuñadura de la espada—. Entra, por favor, hechicera Velajada, y cena con nosotros.

El tono llano de su voz advirtió a Toc que ofrecer la invitación no le había costado ni un ápice, lo cual no pudo sino horrorizarlo y estremecerlo en lo más hondo. Un rápido vistazo le mostró una reacción similar por parte de Tayschrenn y Dujek, más disimulada, quizá, en este último.

Velajada parecía muy indispuesta, pero asintió temblorosa en respuesta a la invitación ofrecida por la Consejera.

Toc dio con la jarra y tomó una copa de cristal limpia. Seguidamente, se acercó a la hechicera.

—Soy Toc el Joven —se presentó con una sonrisa—, y tú necesitas un buen trago. —Sirvió la copa hasta el borde y se la ofreció—. A menudo, cuando acampábamos en la marcha, te veía acarreando esa indumentaria de batalla de un lado a otro. Ahora veo por fin qué era lo que ocultaba. Hechicera, eres todo un espectáculo para un ojo necesitado.

Velajada le miró con cierta gratitud.

—No sabía que mi ropa de viaje levantara tanto revuelo —respondió enarcando una ceja.

—Me temo que has servido de inspiración a una especie de chiste recurrente en los soldados del Segundo. Cualquier cosa sorprendente, ya sea una emboscada o una escaramuza inesperada… Bueno, el caso es que siempre se dice que el enemigo había salido de tu indumentaria de viaje, hechicera.

A su espalda, Dujek soltó una risotada.

—Cuántas veces me habré preguntado de dónde había salido esa frase y, maldición, la habré escuchado cientos de veces. Incluso entre mis oficiales.

La atmósfera en la estancia se relajó un poco; si bien aún circulaban las corrientes de tensión, parecían tener por protagonistas a Velajada y al mago supremo Tayschrenn. La hechicera volvía la mirada a Lorn siempre que la Consejera parecía olvidarse de ella, y Toc observó la compasión en los ojos de Velajada, y su respeto hacia ella aumentó de forma considerable. Cualquier otro en su situación hubiera dirigido una mirada a Lorn empañada por el miedo. Cualquier amenaza de tormenta entre Velajada y Tayschrenn parecía el fruto de una diferencia de opinión y de la suspicacia; no parecía algo personal.

Y, de nuevo, Toc pensó que la firme presencia de Dujek podía muy bien servir de balanza. Su padre había hablado mucho de Dujek, del hombre que nunca perdía su toque, ya fuera con los menos poderosos o con los más influyentes. Al tratar con los primeros, siempre procuraba hacer patentes sus propias carencias; con los segundos, tenía un ojo infalible para cortar de raíz cualquier ambición personal con la precisión de un cirujano que sustrae sustancia séptica, para luego poner en su lugar a alguien que tratara la confianza y la honestidad como hechos reconocidos.

Al estudiar la facilidad en el trato que Dujek dispensaba a los allí presentes, incluido él mismo, y después a los sirvientes que traían las bandejas de comida, le sorprendió a Toc comprobar que aquel hombre no había cambiado sustancialmente de aquél a quien Toc el Viejo había llamado amigo. Eso impresionó profundamente a Toc, consciente como era de las presiones que soportaba el Puño Supremo.

En cuanto todos se hubieron sentado y se sirvió el primer plato, fue la Consejera Lorn quien asumió, no obstante, el mando. Dujek renunció a él sin una palabra o un gesto, pues confiaba en que el anterior incidente hubiera terminado en cuanto a lo que a la Consejera concernía.

Lorn se dirigió a Velajada en un tono neutro y peculiar.

—Hechicera, permíteme felicitarte por el modo en que te enfrentaste a un Mastín de Sombra, y por tu pronta recuperación. Sé que Tayschrenn te ha interrogado al respecto del incidente, pero el caso es que me gustaría escucharlo con tus propias palabras.

Velajada dejó la copa y observó fugazmente el plato antes de buscar la mirada firme de la Consejera.

—Tal como el mago supremo debe de haberte contado, resulta obvio que los dioses han entrado en liza. Concretamente, se han visto envueltos en los planes que tiene el Imperio en Darujhistan…

—Creo —interrumpió Toc tras levantarse rápidamente— que deberíais disculparme, ahora que lo que se tratará aquí excede…

—Siéntate, Toc el Joven —ordenó Lorn—. Has acudido a la cena en calidad de representante de la Garra, y como tal tienes la responsabilidad de hablar en su nombre.

—¿De veras?

—Así es.

Toc volvió a sentarse lentamente.

—Por favor, continúa, hechicera.

—Oponn es crucial en esta jugada. La jugada de apertura de los Bufones Mellizos ha levantado un oleaje (estoy segura de que el mago supremo coincidirá conmigo en esto) capaz de despertar la curiosidad de otros dioses.

—Tronosombrío —aventuró Lorn dirigiéndose a Tayschrenn.

El mago supremo asintió.

—Podría esperarse algo así. Yo, sin embargo, no he percibido nada que señale que Tronosombrío haya podido reparar en nosotros, por mucho que investigué con ahínco dicha posibilidad tras el ataque del Mastín.

Lorn exhaló lentamente.

—Continúa, hechicera, te lo ruego.

—La presencia del Mastín fue fruto de un accidente —dijo Velajada, que dedicó una mirada fugaz a Tayschrenn—. Llevaba a cabo una lectura de mi baraja de los Dragones, cuando di con la carta del Mastín. Como nos sucede a todos los adeptos, encontré la imagen animada hasta cierto punto. Cuando volqué sobre ella toda mi atención, sentí como… —se aclaró la garganta antes de continuar— si se abriera un portal, creado enteramente al otro lado de esa carta; desde la propia Casa de Sombra. —Levantó ambas manos y miró fijamente al mago supremo—. ¿Es posible? El reino de Sombra es nuevo entre las casas, y jamás ha mostrado su poder en toda su extensión. En fin, no sé qué sucedería exactamente. El caso es que se abrió un portal, del que surgió el Mastín Yunque.

—Entonces, ¿por qué apareció en plena calle? —preguntó Tayschrenn—. ¿Por qué no lo hizo en tu habitación?

—Puedo especular, si eso es lo que quieres —sonrió Velajada.

—Hazlo, por favor —pidió la Consejera.

—He erigido protecciones mágicas en mi alojamiento —dijo Velajada—. Las más secretas pertenecen al Alto Thyr.

Al oír aquello, Tayschrenn abrió los ojos desmesuradamente.

—Tales protecciones —continuó la hechicera— crean un flujo, una corriente de poder que late como un corazón, un corazón que late muy deprisa. Sospecho que estas protecciones bastaron para rechazar al Mastín lejos de las inmediaciones de mi habitación, puesto que en su estado de transición, a medio camino entre su reino y el nuestro, el Mastín no podía recurrir del todo a sus poderes. En cuanto hubo llegado, sin embargo, pudo, y lo hizo.

—¿Cómo te las apañaste para rechazar a un Mastín de Sombra? —preguntó Tayschrenn.

—Suerte —respondió Velajada, sin titubear. La respuesta quedó flotando en el aire, hasta tal punto que Toc tuvo la impresión de que todos los presentes habían olvidado la cena.

—En otras palabras —dijo lentamente Lorn—, crees que Oponn intervino.

—Eso creo.

—¿Por?

Velajada rompió a reír.

—Si pudiera saberlo, Consejera, sería una mujer muy feliz. Tal como están las cosas —continuó, ya sin tanto humor—, diría que nos están utilizando. El Imperio se ha convertido en un mero peón.

—¿Hay un modo de salir de esta situación? —preguntó Dujek, cuyas últimas palabras se hallaban a medio camino del gruñido, de tal forma que todos dieron un brinco.

—Si lo hay —respondió la hechicera tras encogerse de hombros—, se encuentra en Darujhistan, puesto que es allí donde parece centrarse la estratagema de Oponn. Piénsalo, Puño Supremo, puede que arrastrarnos a Darujhistan sea precisamente lo que pretende lograr Oponn.

Distraído, Toc recostó la espalda y se rascó la herida. Sospechaba que aquello no era todo, aunque no había nada que hiciera concebir dicha sospecha. Se rascó con mayor encono. Velajada podía mostrarse muy elocuente cuando quería; su relato era de una claridad sospechosa. Las mejores mentiras acostumbran a ser las más sencillas. A pesar de ello, nadie más parecía recelar. La hechicera había desviado la atención de su relato para centrarla en las implicaciones que tendría en el futuro. Había procurado que todos vieran más allá de lo que ella se había mostrado capaz, y cuanto más rápido discurrían sus pensamientos, más atrás dejaban las dudas que pudieran haber concebido acerca de ella.

No le quitó ojo mientras estuvo atento a las reacciones de los demás, y fue el único que reparó en el brillo triunfal y aliviado que relució en su mirada cuando finalmente Lorn se pronunció.

—Oponn no es la primera deidad que busca manipular el Imperio de Malaz —dijo la Consejera—, Otros han fracasado, y no han salido precisamente indemnes. Desdichadamente, Oponn no ha aprendido la lección, y tampoco Tronosombrío, de hecho. —Suspiró—. Velajada, sean cuales sean las diferencias que tienes con el mago supremo, es necesario, no, vital, que colaboréis para descubrir los pormenores de la intervención de Oponn. Entretanto, el Puño Supremo Dujek continuará preparando a su legión, tanto para emprender la marcha, como para asegurar nuestra posesión de Pale. En lo que a mí respecta,

debo partir en breve. No os preocupéis que mi misión tiene objetivos idénticos a los vuestros. Una última cosa —dijo volviéndose a Toc—. Deseo escuchar cómo evalúa la Garra las palabras hoy pronunciadas aquí.

El agente la miró sorprendido. Había asumido el papel que ella esperaba de él sin siquiera reparar en ello. Enderezó la espalda y miró a Velajada. Parecía inquieta, se retorcía las manos bajo la mesa. Aguardó a que sus miradas se cruzaran y después se volvió a la Consejera.

—Hasta donde alcanzan sus conocimientos, la hechicera dice la verdad. Sus especulaciones eran auténticas, aunque ando perdido en lo que concierne a las dinámicas de la magia. Quizá el mago supremo Tayschrenn pueda hacer algún comentario al respecto.

Lorn parecía algo decepcionada con la evaluación de Toc, pero asintió de todos modos y dijo:

—Aceptado, entonces. ¿Mago supremo?

—Atinadas —dijo—. La especulación cuenta con una base sólida.

Toc llenó su copa. Se retiró el primer plato prácticamente intacto, pero en cuanto llegó el segundo, todos volcaron la atención en él y cesó la conversación. Toc comió lentamente, evitando la mirada de Velajada, aunque la notaba pendiente de él de vez en cuando. Se preguntó por lo que acababa de hacer: engañar a la Consejera de la emperatriz, al mago supremo y al Puño Supremo, a todos de un plumazo en una actuación que se le antojaba arrojada, si no suicida. Y sus motivos para haber hecho tal cosa no eran muy racionales, lo que aún le perturbaba más.

El Segundo Ejército arrastraba una larga y sangrienta historia. En más ocasiones de las que Toc podía contar, alguien había salvado el pellejo a un compañero por mal que pintara la situación. Y, por lo general, ese alguien había

sido el cuadro de magos. Había estado ahí, en la llanura que se extendía ante Pale, y había visto junto a un millar de compañeros cómo despedazaban al cuadro, superado más allá de toda esperanza. El Segundo no encajaba bien esa clase de pérdidas. Por mucho que fuera una Garra, los rostros que le rodeaban, los rostros que le miraban con esperanza y desesperación y, en ocasiones, resignación ante la fatalidad, esos rostros habían servido de espejo al suyo y habían desafiado abiertamente a la Garra. Los años en la organización en que los sentimientos y la compasión se habían visto sistemáticamente atacados, esos años no habían podido con el día a día, con la realidad que se respiraba en el Segundo Ejército.

Aquella noche, y con esas palabras, Toc había devuelto algo a Velajada, no sólo por ella sino por quienes habían compuesto el cuadro. No importaba si lo había entendido o no, y sabía que ella debía sentirse desconcertada por lo que acababa de decir; pero nada de eso importaba. Lo que había hecho, lo había hecho por sí mismo.

Esto sí es extraño, —pensó al levantarse—. *Mira por dónde, ya no me pica la herida.*

Algo mareada, Velajada se tambaleó al caminar por el corredor en dirección a la puerta de su habitación. Era consciente de que no debía culpar al vino. Con los nervios tan raídos como estaban, aquel excelente néctar le había sabido a agua, y ése era el efecto que le había causado.

La Consejera Lorn había removido en la mente de la hechicera unos recuerdos que había tardado años en sepultar. Para Lorn, aquél fue un suceso crucial. Pero para Velajada, no era sino la primera de una larga serie de pesadillas. A pesar de todo, la había empujado a donde

otros crímenes no la habían llevado, y de resultas de ello se vio asignada al Segundo Ejército, el ejército al que la habían asignado de recluta, para cerrar así el círculo. En todo aquel tiempo había cambiado.

Esa relación, aquellos años de servicio activo, le habían salvado la vida aquella noche. Sabía que Toc el Joven mintió por ella, y la mirada que le había dedicado antes de llevar a cabo su valoración constituyó un mensaje que ella supo entender. Aunque llegó al Segundo Ejército como agente de la Garra, como un espía, ni siquiera todos los años de adiestramiento en aquella organización secreta habían demostrado ser suficientes para aguantar aquel nuevo mundo en el cual se vio inmerso.

Velajada lo entendía perfectamente, dado que a ella le había pasado lo mismo. A la hechicera en un cuadro de magos que había entrado en el arrabal del Ratón hacía tanto tiempo no le importaba nada el prójimo. Incluso su intento por distanciarse de los horrores en los cuales tomó parte había nacido de su deseo de huir, de absolver su propia conciencia. No obstante, el Imperio se lo había negado. Un soldado veterano se acercó a ella al día siguiente de la matanza en el arrabal del Ratón. Viejo, sin nombre, lo habían enviado para convencer a la hechicera de que aún la necesitaban. Recordaba perfectamente sus palabras. «Si sucede algún día que logras dejar atrás la culpa de tu pasado, hechicera, también habrás dejado atrás el alma. Y cuando ésta te encuentre, te matará.» Entonces, en lugar de negar sus necesidades, la destinaron a un ejército veterano, al Quinto, hasta que llegara el momento de que pudiera regresar al Segundo, bajo el mando de Dujek Unbrazo. De este modo se le ofreció una segunda oportunidad.

Velajada se acercó a la puerta, donde se detuvo mientras repasaba el estado de las protecciones mágicas. Todo en orden. Con un suspiro, entró en la habitación, apoyó la espalda en la puerta y la cerró.

El capitán Paran salió del dormitorio con expresión cautelosa y apocada.

—¿No te han arrestado? Vaya, menuda sorpresa.

—Yo también estoy sorprendida.

—Mechones anduvo por aquí —informó Paran—. Me dio instrucciones para que te diera un mensaje.

Velajada observó atentamente a Paran, en busca de un indicio de lo que estaba a punto de entregarle. El capitán rehuyó su mirada y permaneció junto a la puerta del dormitorio.

—¿Y bien? —preguntó la hechicera.

—Primero —respondió Paran, que antes se aclaró la garganta—, me pareció… *mmm…* inquieto. Estaba al corriente de la llegada de la Consejera, y dijo que no estaba sola.

—¿Que no estaba sola? ¿Te explicó a qué se refería?

—Dice que el polvo camina con ella, que la tierra cambia bajo sus botas, y que el viento susurra palabras de escarcha y fuego. —Enarcó ambas cejas—. ¿Significa eso algo para ti? El caso es que yo no tengo idea de lo que habla.

Velajada se acercó a la cómoda, ante la cual procedió a quitarse las pocas joyas que se había puesto para la cena.

—Creo que sí —respondió lentamente—. ¿Dijo alguna cosa más?

—Sí. Dijo que la Consejera y su acompañante partirían pronto de Pale, y que había decidido seguirlos. Hechicera…

Comprendió que Paran libraba una lucha interna, como si se esforzara por reprimir su instinto. Velajada apoyó un

brazo en la cómoda y esperó. Cuando el capitán levantó la mirada, se quedó sin aliento.

—Ibas a decirme algo —dijo, y sintió que su cuerpo respondía como si actuara por propia voluntad. Era imposible malinterpretar la mirada que había visto en sus ojos.

—Sé algo acerca de la misión de la Consejera —dijo—. Se suponía que yo era su contacto en Darujhistan.

Fuera lo que fuese que se había erigido entre ambos, se desintegró al endurecerse la mirada de Velajada, cuyo rostro adquirió una expresión furiosa.

—Se dirige a Darujhistan, ¿me equivoco? Y los dos teníais que supervisar el largamente esperado óbito de los Abrasapuentes. Juntos creíais ser capaces de matar a Whiskeyjack y desintegrar el pelotón una vez cortada la cabeza.

—¡No! —Paran dio un paso al frente, aunque al ver que Velajada extendía la mano, con la palma vuelta hacia él, se quedó paralizado—. Espera —susurró—. Antes de que hagas nada, escúchame.

La senda Thyr emergía de su mano, dispuesta a verse liberada.

—¿Por qué? ¡Maldito sea Oponn por salvarte la vida!

—¡Velajada, por favor!

—Está bien, habla.

Paran retrocedió hasta una silla cercana con las manos en alto; tomó asiento y la miró.

—Mantén ahí esas manos —ordenó Velajada—. Lejos de la espada.

—Desde el principio, ésta ha sido la misión personal de la Consejera. Hace tres años estaba destacado en Itko Kan, en el Estado Mayor. Un día se reunió a todos los soldados disponibles y se ordenó emprender la marcha a un tramo

determinado del camino costero. —A Paran habían empezado a temblarle las manos, y no dejaba de apretar los músculos de la mandíbula—. No creerías lo que vimos allí, Velajada.

—Una matanza —dijo ésta, que recordó la historia de Kalam y de Ben el Rápido—. Todo un escuadrón de caballería.

El rostro de Paran servía de imagen al estupor.

—¿Cómo lo sabes?

—Sigue, capitán —gruñó.

—La Consejera Lorn llegó procedente de la capital y asumió el mando. Supuso que aquella masacre había sido orquestada a modo de… distracción. Empezamos por una pista. Al principio no resultó ser muy clara. Hechicera, ¿puedo bajar los brazos?

—Lentamente, y apóyalos en los brazos de la silla, capitán.

Éste suspiró agradecido y colocó los temblorosos brazos en la silla, tal como ella le había ordenado que hiciera.

—En fin, el caso es que la Consejera decidió que esa niña había sido tomada… poseída por un dios.

—¿Qué dios?

—¡Por favor! Conociendo como conoces los hechos, la naturaleza de aquella matanza, ¿crees que es muy difícil aventurar una suposición? —preguntó Paran, sarcástico—. El escuadrón cayó asesinado por Mastines de Sombra. ¿Me preguntas qué dios? Pues Tronosombrío me viene a la mente. La Consejera cree que Tronosombrío estaba involucrado, aunque el dios que poseyó a esa cría fue la Cuerda, no sé si tiene otro nombre, el patrón de los asesinos, compañero de Tronosombrío.

Velajada bajó el brazo. Había cerrado el acceso a la senda hacía unos instantes, desde que había empezado a

contenerla con tal fuerza que temió no tener fuerzas para resistir mucho más su empuje.

—Encontraste a la niña —afirmó ella.

—¡Sí!

—Se llama Lástima.

—Entonces ya lo sabes —dijo Paran recostándose en la silla—, lo que significa que Whiskeyjack también. ¿Quién más podría habértelo dicho? —La miró a los ojos con expresión inescrutable—. Ahora me siento muy confuso.

—Pues no eres el único —aseguró Velajada—. De modo que todo esto: tu llegada, la visita de la Consejera… ¿Todo tiene que ver con la caza de esa chica? —Negó con la cabeza—. No me basta, capitán, no puede ser sólo por eso.

—Es todo lo que sé, Velajada.

—Te creo —dijo ella—. Dime, ¿cuáles son los detalles de la misión de la Consejera?

—No los conozco —respondió Paran—. No sé cómo, pero yo era a quien debía encontrar, de modo que mi presencia en el pelotón le permitía dar con la niña.

—La Consejera cuenta con muchos talentos —meditó Velajada en voz alta—. Aunque parece la antítesis de la magia, puede muy bien poseer la habilidad de establecer un vínculo contigo, sobre todo si has pasado estos dos últimos años con ella.

—Entonces, ¿por qué no ha irrumpido aún por esa puerta?

Velajada no quitaba ojo a las joyas dispersas en la cómoda.

—Oponn escindió ese vínculo, capitán.

—No me gusta nada la idea de cambiar unos grilletes por otros —refunfuñó Paran.

—Es más que eso —insistió Velajada, más para sí que para el capitán—. A Lorn la acompaña un t'lan imass.

Paran se sobresaltó.

—Las viles insinuaciones de Mechones… —explicó—. Creo que la misión posee dos vertientes. Matar a Lástima, sí, pero también a Whiskeyjack y su pelotón. El t'lan no se habría visto envuelto si el plan de la Consejera sólo te concerniera a ti. Su espada de otaralita es suficiente para destruir a Lástima, y posiblemente también para acabar con la Cuerda, siempre y cuando sea él quien posea a la niña.

—Prefiero pensar que te equivocas —admitió Paran—, Están bajo mis órdenes. Son mi responsabilidad. La Consejera no me la jugaría de ese modo, si…

—¿No? ¿Y por qué no?

El capitán pareció incapaz de responder, aunque en sus ojos relucía el brillo de la tozudez.

Velajada tomó la decisión cuya proximidad había percibido, y hacerlo la dejó fría.

—Mechones se ha marchado demasiado pronto. Demasiado deseaba la marioneta perseguir a la Consejera y a ese t'lan imass. Debe de haber descubierto algo acerca de ellos, acerca de lo que traman.

—¿Quién es el amo de Mechones? —preguntó Paran.

—Ben el Rápido, el mago de Whiskeyjack. —Le miró—. Es de lo mejor que he visto. No el más poderoso, pero sí muy listo. A pesar de ello, si el t'lan imass se les acerca sin estar avisados, no podrán hacer nada. —Hizo una pausa, en la que sostuvo la mirada del capitán—. Debo abandonar Pale —dijo de pronto.

—No te irás sola.

—Sola —insistió Velajada—. Debo encontrar a Whiskeyjack, y si tú me acompañas, Lorn dará contigo.

—Me niego a creer que la Consejera constituya un riesgo para el sargento —dijo Paran—. Dime, ¿podrás acabar con

Lástima? ¿Aun con la ayuda de Ben el Rápido?

La hechicera titubeó.

—No estoy segura de querer hacerlo —respondió lentamente.

—¿Qué?

—La decisión corresponde a Whiskeyjack, capitán. Y no creo que pueda darte una buena razón para convencerte de ello. Simplemente creo que es lo correcto. —A ese respecto, comprendió que se estaba dejando guiar por el instinto, y se hizo la promesa de no traicionarlo.

—Aun así —dijo Paran—, no puedo seguir aquí escondido. ¿Qué voy a comer? ¿Y dónde dormiré?

—Puedo sacarte a la ciudad —propuso Velajada—. Nadie te reconocerá. Tomas una habitación en una fonda y dejas el uniforme en el armario, bien guardadito. Si todo sale bien, estaré de vuelta en dos semanas. Supongo que podrás esperar todo ese tiempo, ¿verdad, capitán?

Paran la miró boquiabierto.

—¿Y qué pasaría si salgo por esa puerta y me presento ante Dujek Unbrazo?

—Pues que el mago supremo Tayschrenn hará trizas tu mente con la magia de la verdad, capitán. Posees el toque de Oponn, y desde esta misma noche Oponn se ha convertido en enemigo declarado del Imperio. Y cuando Tayschrenn haya terminado contigo dejará que te mueras, lo que siempre es preferible a la locura que se apoderaría de ti si te mantuviera con vida. Creo que al menos te hará ese favor. —Velajada se adelantó a los pensamientos de Paran, al añadir—: Quizá Dujek pudiera protegerte, pero en esto Tayschrenn tiene más poder que él. Te has convertido en un instrumento de Oponn, y para Dujek la seguridad de sus soldados tiene preferencia al placer de frustrar a Tayschrenn. De modo que, de hecho, podría muy bien no

protegerte en absoluto. Lo siento, capitán, pero en esto estás solo.

—También lo estaré cuando te vayas, hechicera.

—Lo sé, pero no será para siempre. —Al mirarle, no sólo sintió compasión por él—. Paran —dijo—, no es tan malo. A pesar de la desconfianza mutua que existe entre nosotros, siento también cosas por ti que no sentía por nadie desde… Bueno, desde hace algún tiempo. —Sonrió con tristeza—. No sé qué valor pueda tener lo que acabo de decirte, capitán, pero en todo caso me alegra haberlo hecho.

Paran la miró largamente.

—De acuerdo, Velajada, haré lo que dices. ¿Una fonda? ¿Tienes moneda local?

—No será difícil conseguirla. —Se hundió de hombros—. Lo siento, pero estoy exhausta. —Al volverse hacia el dormitorio, reparó de nuevo en el tablero de la cómoda. Entre la pila de ropa interior vio la baraja de los Dragones. Sería una estupidez no llevar a cabo una lectura, teniendo en cuenta la decisión que había tomado.

—Velajada —dijo Paran muy cerca de ella—, ¿hasta qué punto estás exhausta?

Percibió cierta calidez en aquellas palabras, una calidez que encendió las ascuas que ardían bajo su estómago. Apartó la mirada de la baraja de los Dragones y se volvió al capitán. Aunque no respondió a aquella pregunta, su respuesta era clara. Él la tomó de la mano, sorprendiéndola con un gesto tan inocente. *Es tan joven* —pensó—. *Míralo, ahora me lleva al dormitorio.* Se hubiera reído de no haber sido porque aquel gesto la enterneció.

El falso amanecer jugueteaba en el horizonte cuando la Consejera Lorn guió su montura y la muía de carga a través

de la puerta oriental de Pale. Tal como había dicho Dujek, no había guardias y encontró las puertas abiertas. Quiso que las pocas miradas somnolientas que la habían seguido a su paso por las calles tan sólo sintieran una leve curiosidad. En cualquier caso, vestía una armadura de cuero que no era nada del otro mundo y que carecía de adornos; su rostro quedaba prácticamente oculto a la sombra de la visera del yelmo de bronce. Incluso sus caballos eran de crianza local, recios y mansos, mucho más pequeños que los caballos de guerra malazanos con los que estaba familiarizada, aunque igualmente cómodos a la hora de cabalgar. Parecía improbable que atrajera la atención de nadie. Más de un mercenario desempleado había abandonado Pale desde la llegada del Imperio.

El horizonte al sur era una línea mellada de montañas cubiertas de nieve. Las montañas Tahlyn permanecerían a su derecha durante un tiempo, antes de que la llanura de Rhivi desfilara ante ellos hasta convertirse en la llanura Catlin. Pocas granjas rompían la uniformidad de la llanura a su alrededor, y las que sí lo hacían pertenecían a propietarios de la ciudad. El pueblo rhivi no toleraba el intrusismo, y puesto que todas las rutas comerciales que conducían, y que partían, de Pale cruzaban por el territorio que les pertenecía desde tiempos inmemoriales, los de la ciudad se cuidaban muy mucho de hacerles frente.

Ante su mirada, mientras marchaba a caballo, el alba mostraba su rostro cubierto de vetas rojizas. La lluvia había caído hacía unos días, y el cielo aparecía despejado, azul y plateado, con unas pocas estrellas que titilaban mientras la luz se extendía por el mundo.

Prometía ser un día caluroso. La Consejera aflojó las tiras de cuero que cruzaban sus pechos para airear la delicada cota de malla que ocultaba el cuero. A mediodía

llegaría al primer manantial, donde reabastecería el agua. Pasó la mano por la superficie de uno de los pellejos que colgaban de la silla. La retiró húmeda de la condensación y se humedeció los labios con ella.

La voz que habló a su espalda le hizo dar un brinco tan brusco en la silla que la montura hizo una cabriola y resopló de miedo.

—Caminaré contigo —dijo Onos T'oolan—, por un tiempo.

Lorn miró fijamente al t'lan imass.

—Preferiría que anunciaras de algún modo tu llegada —dijo tensa—, desde cierta distancia.

—Como desees. —Onos T'oolan se hundió en la tierra como si fuera una montaña de polvo.

La Consejera lanzó una maldición. Luego lo vio esperando a unas cien varas adelante, recortada su figura contra el sol naciente. El cielo carmesí parecía haber arrojado sobre el guerrero una llamarada roja. Aquel efecto alteró sus nervios, fue como si observara una escena que de algún modo agitaba recuerdos muy antiguos, recuerdos que se remontaban más allá de su vida. El t'lan imass permaneció inmóvil hasta que Lorn llegó a su altura, momento en que igualó su paso.

La Consejera apretó los muslos y tiró de las riendas hasta que la yegua se calmó.

—¿Siempre tienes que actuar de forma tan literal, Tool? —preguntó.

El guerrero reseco pareció considerar la respuesta y luego asintió.

—Acepto ese nombre. Toda mi historia ha muerto. La existencia empieza de nuevo, y con ella también lo hace mi nuevo nombre. Es adecuado.

—¿Por qué te escogieron para que me acompañaras? —preguntó Lorn.

—En las tierras a poniente y al norte de Siete Ciudades, fui el único de mi clan que sobrevivió a la Vigesimooctava Guerra Jaghut.

—Creía que sólo se habían producido veintisiete guerras —comentó Lorn al tiempo que abría mucho los ojos—. Cuando vuestras legiones nos abandonaron tras conquistar Siete Ciudades y marchasteis a vuestros eriales…

—Nuestros invocahuesos percibieron un enclave de supervivientes jaghut —explicó Tool—. Nuestro comandante, Logros T'lan, decidió que debíamos exterminarlos. Y eso hicimos.

—Lo que explica que al volver fuerais tan pocos —concluyó Lorn—. Podríais haber expresado vuestra decisión a la emperatriz. El hecho es que se vio privada de su más poderosa hueste, sin saber cuándo podría volver a disponer de ella.

—No se había garantizado el regreso, Consejera —dijo Tool.

—Ya veo. —Lorn observó a la desharrapada criatura.

—El fin de mi jefe de clan, Kig Aven, fue acompañado por el de toda mi parentela. Puesto que estoy solo, me veo desligado de Logros. El invocahuesos de Kig Aven era Kilava Onass, que se halla perdido desde mucho antes de que el emperador nos despertara.

En el Imperio de Malaz, a los t'lan imass se les conocía también como a la hueste silenciosa. Jamás había conocido a uno tan locuaz como Tool. Quizá tenía algo que ver con el hecho de que se hubiera «desligado». Entre los imass, sólo el comandante Logros hablaba con los humanos con cierta regularidad. En lo concerniente a los invocahuesos, a los chamanes de los imass, éstos se mantenían fuera de la vista. El único que había dado la cara alguna vez fue el llamado Olar Ethil, que permaneció junto al jefe de clan Eitholos Ilm

durante la batalla de Kartool, la cual se convirtió en tal intercambio de hechicería, que habría hecho que Engendro de Luna pareciera un truco de magia infantil.

De cualquier modo, gracias a aquella breve conversación con Tool había aprendido de los imass algo más de lo que figuraba escrito en las crónicas del Imperio. El emperador había sabido mucho más, pero dejar constancia de tales conocimientos no había sido nunca algo propio de él. El que hubiera despertado a los imass había constituido una teoría que los estudiosos habían argüido durante años. Ahora, ya sabía que era cierta. ¿Cuántos secretos le revelaría aquel t'lan imass a lo largo de una conversación normal y corriente?

—Tool —dijo—. ¿Conociste personalmente al emperador?

—Desperté antes de Galad Ketan y después de Onak Shendok y, como todos los t'lan imass, hinqué la rodilla ante el emperador cuando se sentó en el primer trono.

—¿Estaba solo el emperador? —preguntó Lorn.

—No. Lo acompañaba uno llamado Danzante.

—Vaya —susurró Lorn. Danzante había muerto junto al emperador—. ¿Dónde está ese primer trono, Tool?

El guerrero guardó silencio unos instantes, antes de responder.

—A la muerte del emperador, los Logros t'lan imass reunieron mentes (algo raro de ver, y que se hizo por última vez antes de la diáspora), de lo que resultó un vínculo. Consejera, la respuesta a tu pregunta se halla contemplada en ese vínculo. No puedo responderte. Ni yo ni ningún otro Logros t'lan imass o Kron t'lan imass.

—¿Quiénes son los Kron?

—Ya vienen —respondió Tool.

Lorn reparó en que una capa de sudor bañaba su frente. Las legiones de Logros, cuando irrumpieron en escena,

sumaban alrededor de diecinueve mil. Se creía ahora que se habían reducido a catorce mil, y que la mayoría de estas bajas se había producido allende las fronteras imperiales, en aquella última guerra contra los jaghut. ¿Estaban a punto de llegar otros diecinueve mil imass? ¿Qué era lo que había desatado el emperador?

—Tool —preguntó lentamente, casi lamentando su necesidad de insistir en hacerle preguntas—, ¿qué supone la llegada de esos Kron?

—Se acerca el año del tricentésimo milenio —respondió el guerrero.

—¿Y qué sucederá entonces?

—Consejera, es el año en que termina la diáspora.

El gran cuervo llamado Arpía montó los vientos que soplaban a gran altura sobre la llanura de Rhivi. El horizonte adquiría una aureola verde al norte, más consistente a medida que pasaban las horas de vuelo. El cansancio lastraba sus alas, pero el aliento del cielo era fuerte. Y más aún, pues nada podía con la certeza de que aquel mundo se encontraba a punto de sufrir grandes cambios, y aspiró una y otra vez sobre sus vastas reservas de poder mágico.

Si alguna vez se había producido una confluencia de grandes fuerzas, era aquélla, y aquél el lugar. Los dioses descendían para presentar batalla, se modelaban formas de la carne y el hueso, y la sangre de la hechicería bullía con una locura nacida de una inercia imparable. Jamás Arpía se había sentido tan viva.

A estos poderes descubiertos se habían vuelto las miradas. Y a una de estas miradas acudía Arpía, en respuesta a una llamada que le resultaba imposible ignorar.

Lord Anomander Rake no era su único amo, lo que para ella hacía las cosas aún más interesantes. Respecto a sus propias ambiciones, prefería guardárselas. Por el momento, el conocimiento constituía su mayor poder.

Y si había un secreto más atrayente que cualquier otro que pudiera ambicionar, era el que rodeaba al guerrero medio humano llamado Caladan Brood. El deseo de desvelarlo hizo que sus alas recobraran su vigor.

Poco a poco, el bosque de Perrogrís extendía al norte su manto verde.

Capítulo 10



Kallor dijo:

—Hollaba estas tierras cuando los t'lan imass apenas eran unos niños. He mandado ejércitos fuertes por millares. He extendido el fuego de mi ira por los continentes y me he sentado, solo, en tronos. ¿Comprendes qué significa?

—Sí —respondió Caladan Brood—, que nunca aprenderás.

Conversaciones de una guerra
(Kallor, segundo al mando, conversa con el caudillo Caladan Brood). Diálogo anotado por el escolta Hurlochel, del Sexto Ejército

La fonda de Vimkaros se hallaba situada tras la plaza de Eltrosan, en el barrio del Ópalo, en Pale. Hasta ahí llegaba Toc, gracias a que en más de una ocasión había vagabundeado por la ciudad. Pero por vida de que jamás se habría planteado encontrarse ahí a un conocido. A pesar de ello, las instrucciones para aquella misteriosa reunión no podían ser más claras.

Se acercó a la ostentosa estructura con cierta cautela. No vio nada sospechoso. La plaza contaba con el habitual gentío, y también con los puestos de los mercaderes; pocos guardias de Malaz quedaban. La diezma de la nobleza había logrado que la tensión que se respiraba en Pale se

viera cubierta por una quietud y una consternación que la gente llevaba sobre los hombros como un yugo invisible.

Aquellos últimos días los había pasado Toc sin inmiscuirse en nada concreto, y cuando el ánimo se lo había pedido, había alternado con sus compañeros de armas, aunque cada vez el ánimo se mostraba más solitario. Tras la partida de la Consejera y la desaparición de Velajada, Dujek y Tayschrenn se habían dedicado por entero a sus respectivos asuntos. El Puño Supremo reestructuraba Pale y su Quinto Ejército, de reciente formación, mientras el mago supremo buscaba a Velajada, por lo visto sin demasiado éxito.

Toc tenía la sospecha de que aquella paz declarada entre ambos no duraría mucho. Desde la cena, se había esforzado en mantenerse al margen de asuntos oficiales, y había optado por comer con sus compañeros, en lugar de hacerlo con los oficiales, tal como tenía el privilegio de hacer en calidad de agente de la Garra. A su juicio, cuanto menos se hiciera notar mejor.

Se detuvo al entrar en la fonda de Vimkaros. Ante sí tenía un patio al descubierto, con un par de caminitos aislados en un jardín frondoso. Pensó que la fonda había sobrevivido al asedio sin sufrir un solo rasguño. Un pasillo central conducía a la espaciosa barra, tras la cual se hallaba un viejo corpulento que comía uvas. Algunos parroquianos paseaban por los caminitos laterales, entre las plantas, conversando en voz baja.

El mensaje había insistido en que se presentara vestido a la moda del lugar. Quizá por ello Toc llamó poco la atención de los allí presentes al acercarse a la barra.

El anciano inclinó la cabeza al verle y dejó la uva que tenía entre los dedos.

—A su servicio, señor —dijo mientras se limpiaba las manos.

—Tengo entendido que han reservado una mesa a mi nombre —dijo Toc—. Render Kan.

El anciano repasó los nombres escritos en una pizarra.

—Sígame, si es tan amable —dijo con una sonrisa.

Al cabo, Toc se sentó en la mesa en una terraza que daba al patio ajardinado. Su única compañía era una jarra de vino frío de Saltoan, que llegó al mismo tiempo que él, y que degustaba ya servido en copa, mientras con su único ojo observaba a los clientes en el jardín.

Se le acercó un sirviente, que le informó tras inclinarse ante él:

—Amable señor, debo hacerle entrega del siguiente mensaje: un caballero que ha logrado salir de su abismo, aun no siendo consciente de ello, aunque ahora sí lo sea, no tardará en sentarse a su mesa.

Toc arrugó el entrecejo.

—¿Es ése el mensaje?

—En efecto.

—¿Palabra por palabra?

—Palabra por palabra, señor. —De nuevo se inclinó el sirviente, antes de retirarse.

Aumentó la extrañeza de Toc, que se inclinó hacia delante, en tensión. Se volvió a la entrada de la terraza a tiempo de ver llegar al capitán Paran. Vestía como un miembro de la clase acomodada de Pale, iba desarmado y parecía tener buen aspecto. Toc se levantó con una sonrisa torcida.

—Espero no haberte sorprendido demasiado —dijo Paran al llegar. Ambos tomaron asiento y el capitán se sirvió un trago de vino—. ¿Te ha ayudado el mensaje a prepararte?

—No mucho —confesó Toc—. No estoy seguro de cómo recibirte, capitán. ¿Forma esto parte de las instrucciones de la Consejera?

—Ella me cree muerto —respondió Paran—. Y durante un tiempo lo estuve. Dime, Toc el Joven, ¿hablo con un agente de la Garra o con un soldado del Segundo Ejército?

Toc lo miró fijamente con su único ojo, bien abierto.

—Difícil pregunta.

—¿Lo es? —preguntó Paran, que lo observaba con una mirada intensa e inflexible.

Toc titubeó.

—Por el aliento del Embozado, no, ¡en realidad no lo es tanto! —rió—. De acuerdo, capitán, bienvenido seas al difunto Segundo.

Paran rompió a reír también, claramente aliviado.

—Y ahora, cuéntame qué significa eso de que estuviste muerto pero resultó no ser así.

A Paran se le fue de golpe el buen humor. Tomó un sorbo de vino que tragó ruidosamente, sin mirarle.

—Un intento de asesinato —explicó con una mueca—. Habría muerto, de no ser por Mazo y Velajada.

—¿Cómo? ¿El sanador de Whiskeyjack y la hechicera?

Paran asintió.

—Me he estado recuperando de las heridas hasta hace muy poco en las habitaciones de Velajada. Las órdenes de Whiskeyjack estipulan que debo mantener mi existencia en secreto, al menos de momento. Toc —se inclinó hacia delante—, ¿qué sabes de los planes de la Consejera?

Toc examinó el jardín. Velajada lo sabía y había logrado ocultarlo durante la cena. Extraordinario.

—Con eso —dijo— me planteas preguntas de la Garra.

—Así es.

—¿Dónde está Velajada? —Toc se volvió al capitán, a quien sostuvo la mirada.

—De acuerdo —dijo Paran—. Viaja por tierra a Darujhistan. Sabe que un t'lan imass acompaña a la Consejera, y cree que los planes de Lorn incluyen acabar con las vidas de Whiskeyjack y los miembros de su pelotón. Yo no estoy de acuerdo. Mi papel en la misión consistía en vigilar a uno de los miembros del pelotón del sargento, la misma persona que era la única que debía morir. La Consejera me dio el mando después de tres años de servirla. Es una especie de recompensa, y no puedo creer que pueda haberme utilizado a mí también. Ahí tienes todo cuanto sé. ¿Puedes ayudarme, Toc?

—La misión de la Consejera —dijo Toc tras soltar una buena bocanada de aire—, al menos hasta donde alcanza lo que sé, consiste en mucho más que en matar a Lástima. El t'lan imass la acompaña por alguna otra razón. —La expresión de Toc se volvió sombría—. Capitán, los Abrasapuentes tienen los días contados. El nombre de Whiskeyjack es casi sagrado para los soldados que sirven al mando de Dujek. De esto no hubo manera de convencer a la Consejera (de hecho, parecía creer todo lo contrario), pero si el sargento y los Abrasapuentes fueran eliminados, no habría forma de recuperar este ejército porque se amotinaría. Y el Imperio de Malaz tendría que enfrentarse al Puño Supremo Dujek sin contar con un solo comandante capaz de enfrentarse a él de igual a igual. La campaña de Genabackis se desintegraría, y una guerra civil podría muy bien asolar el corazón del Imperio.

—Te creo —dijo Paran, lívido—. Muy bien, has logrado convertir mis dudas en convicciones. Estas no me dejan otra opción.

—¿Y cuál es?

Paran volvió la copa vacía en sus manos.

—Darujhistan —respondió—. Con suerte daré con Velajada, y juntos podremos intentar ponernos en contacto con Whiskeyjack, antes de que lo haga la Consejera. —Miró a Toc—. Evidentemente, la Consejera ya no puede percibir mis idas y venidas. Velajada me prohibió acompañarla, argumentando que Lorn podría detectarme, pero el caso es que dejó caer que mi «muerte» había cortado los lazos establecidos entre yo y la Consejera. Debí de darme cuenta antes, pero ella me… distrajo.

Al recuerdo de Toc acudió la imagen del aspecto que lucía ella aquella noche.

—No me extraña lo más mínimo —aseguró.

—Sí, bueno… En fin —suspiró Paran—, en cualquier caso necesito al menos tres caballos, y provisiones. La Consejera actúa conforme a un itinerario. Hasta ahí, llego. De modo que no viaja con mucha prisa. Debería dar con Velajada en uno o dos días y, juntos, dirigirnos a la falda de las montañas Tahlyn, rodearlas y esquivar a la Consejera.

Mientras Paran le ponía al corriente del plan, Toc había recostado la espalda con media sonrisa en los labios.

—Necesitarás monturas wickanas, capitán, ya que eso que pretendes requiere de caballos mejores que los que monta la Consejera. Veamos, ¿cómo te las apañarás para pasar por las puertas de la ciudad, vestido como alguien de aquí que, sin embargo, monta caballos del Imperio?

Paran parecía sorprendido.

—Tengo la respuesta, capitán —aseguró Toc con una sonrisa—. Te acompañaré. Deja de mi cuenta caballos y provisiones, y te garantizo que saldremos de la ciudad sin que nadie lo sepa.

—Pero…

—He ahí mis condiciones, capitán.

—De acuerdo. Y pensándolo mejor, agradeceré la compañía

—Estupendo —gruñó Toc con la jarra en la mano—. Brindemos pues, a la salud de todo este jodido asunto.

El camino se volvía más y más difícil, y Velajada sintió su primer escalofrío de miedo. Viajaba por una senda de Alto Thyr; ni siquiera Tayschrenn poseía la habilidad de asaltarla, pero el hecho era que la estaban asaltando. No de forma directa. El poder que se oponía era penetrante, capaz de convertir su magia en algo estéril.

La senda se había vuelto angosta, repleta de obstáculos. Había momentos en que se estremecía a su alrededor, momentos en que las negras paredes a ambos lados se combaban como si soportaran una tremenda presión. Avanzaba por un túnel penosamente, incapaz de identificar a qué hedía el aire que respiraba. Tenía el matiz acre del azufre, además de una mohosidad que le recordaba las tumbas exhumadas. Parecía absorber su poder a medida que exhalaba.

Comprendió que no podía continuar. Tendría que entrar en el mundo físico y encontrar un lugar donde descansar. De nuevo maldijo su propia despreocupación. Había olvidado la baraja de los Dragones. Con las cartas, hubiera sabido qué debía esperar. De nuevo tuvo la sospecha de que una fuerza externa había actuado sobre ella para distanciarla de la baraja. La primera distracción provino del capitán Paran, y si bien había sido placentera, no debía olvidar que Paran estaba en manos de Oponn. Después, había experimentado una prisa inaudita por ponerse en marcha, tanto que olvidó la baraja.

Privada de la senda, se encontraría sola en la llanura de Rhivi, sin comida, sin siquiera un lío de ropa de cama. Esa necesidad de emprender el viaje que había experimentado era totalmente opuesta a lo que dictaba el instinto. Cada vez estaba más segura de que se la habían impuesto, de que en cierto modo había bajado las defensas y se había expuesto a tales manipulaciones. Y eso le hizo pensar de nuevo en el capitán Paran, siervo de los caprichos y los deseos de Oponn.

Finalmente, llegó un momento en que no pudo avanzar más. Empezó a retirar el poder que había empeñado, y cerró capa a capa la senda que la envolvía. El suelo bajo sus pies se volvió sólido, alfombrado por una fina capa de hierba ocre, y el cielo adquirió la deslucida tonalidad del crepúsculo. El viento arrastró hasta ella el olor a tierra húmeda y el horizonte se volvió llano a su alrededor, aunque lejos, a su derecha, el sol aún bañaba las montañas Talhyn, cuyos picos relucían como el oro. Justo enfrente se alzaba recortada contra el horizonte una enorme figura, que se volvió hacia ella y lanzó un gruñido de sorpresa.

Velajada retrocedió asustada, y la voz que emergió de la figura primero privó de aire a sus pulmones cuando lanzó un suspiro de alivio, que de inmediato se convirtió en una expresión de terror.

—Velajada —dijo Bellurdan en tono afligido—, Tayschrenn no esperaba que lograras llegar tan lejos. Por eso me adelanté para detectarte a mayor distancia. —El gigante thelomenio levantó ambos brazos para encogerse de hombros de forma teatral y algo infantil. A sus pies se hallaba el saco de arpillera que lo acompañaba a todas partes, aunque el cadáver que había dentro parecía haberse contraído desde la última vez que había tenido ocasión de verlo.

—¿Cómo ha logrado el mago supremo negar mi senda? —preguntó. A rastras del terror llegaron el cansancio y la resignación.

—No hizo tal cosa —respondió Bellurdan—. Simplemente previo que intentarías viajar a Darujhistan y, como tu senda Thyr de nada te sirve en el agua, concluyó que tomarías este camino.

—Entonces, ¿qué le ha sucedido a mi senda?

Bellurdan gruñó, como si le desagradara lo que se disponía a responder.

—El t'lan imass que acompaña a la Consejera ha creado a su alrededor un espacio inerte. Nuestra hechicería se ve devorada por los poderes ancestrales del guerrero. El efecto es acumulativo. Si te propusieras abrir del todo tu senda, terminarías totalmente consumida, Velajada. —El thelomenio dio un paso hacia ella—. El mago supremo me ha dado instrucciones para arrestarte y llevarte ante él.

—¿Y si opongo resistencia?

—En tal caso, debo matarte —respondió Bellurdan, apesadumbrado.

—Comprendo. —Velajada meditó la cuestión unos instantes. Todo su mundo parecía reducirse al presente, y sus recuerdos se volvieron irrelevantes. El corazón le latía en el pecho como la piel de un tambor golpeada con fuerza. Los restos de su pasado, y su único y verdadero sentido de la vida, era la culpa, una culpa injustificada pero sobrecogedora. Levantó una mirada compasiva al thelomenio—. ¿Y dónde están el imass y la Consejera?

—A una jornada al este. El imass ni siquiera ha reparado en nuestra existencia. Ha llegado el momento de que pongamos punto y final a la conversación, Velajada. ¿Me acompañarás?

—Jamás pensé que eras de esos capaces de traicionar a un viejo amigo —dijo con la boca seca.

Bellurdan extendió las manos a los costados y dijo con voz dolida:

—Nunca te traicionaré, Velajada. El mago supremo es nuestro superior, ¿cómo podría considerarse una traición?

—No me refiero a esto —se apresuró en responder Velajada—. En una ocasión, te pregunté si podría hablar contigo. ¿Lo recuerdas? Dijiste que sí, Bellurdan. Sin embargo, ahora me dices que debemos poner punto y final a la conversación. Jamás habría imaginado que no tuvieras palabra.

A la tenue luz, era imposible ver el rostro del thelomenio, pero la angustia de su voz bastó para entender los sentimientos del gigante.

—Lo siento, Velajada. Tienes razón. Te di mi palabra de que volveríamos a hablar. ¿Podríamos hacerlo mientras regresamos a Pale?

—No —replicó Velajada—. Quiero hacerlo ahora.

—Muy bien —aceptó Bellurdan.

—Tengo algunas preguntas —dijo—. Primera, Tayschrenn te envió una temporada a Genabaris, ¿verdad? ¿Allí estuviste investigando unos pergaminos para él?

—En efecto.

—¿Puedo preguntarte qué eran esos pergaminos?

—¿Te parece de vital importancia para que debamos tratarlo en este momento, Velajada?

—Lo es. Sinceramente me ayudaría a tomar una decisión sobre si debo acompañarte o morir aquí.

—Como quieras —respondió Bellurdan tras meditarlo unos instantes—. Entre los archivos recabados de los magos de la ciudad (todos ellos ejecutados, como recordarás), se

hallaron algunos fragmentos copiados de La locura de Gothos, un antiguo libro jaghut…

—Lo conozco —interrumpió Velajada—. Continúa.

—Por ser thelomenio, poseo sangre jaghut, cosa que por supuesto Gothos negaría. El mago supremo me confió el examen de esos escritos. Debía buscar información relacionada con el entierro de un tirano jaghut, un entierro que, de hecho, fue más bien una prisión.

—Espera. —Velajada negó con la cabeza—. Los jaghut no tenían gobierno. ¿A qué te refieres con que era un tirano?

—Uno cuya sangre estaba emponzoñada con la ambición de regir a los demás. Ese tirano jaghut esclavizó la tierra que lo rodeaba, a todos los seres vivos, durante cerca de trescientos años. Los imass de entonces se empeñaron en destruirlo, pero fracasaron. Quedó en manos de otros jaghut procurar la prisión del tirano, ya que dicha criatura les resultaba tan abominable a ellos como a los imass.

Velajada tuvo la sensación de que el corazón estaba a punto de salir de su pecho.

—Bellurdan —fue como si empujara las palabras—, ¿dónde fue sepultado ese tirano?

—Concluí que se encontraba al sur de aquí, en las colinas Gadrobi, justo al este de Darujhistan.

—Oh, Reina de los Sueños. Bellurdan, ¿sabes lo que has hecho?

—He hecho lo que el mago supremo me ha ordenado.

—He ahí el motivo de que el t'lan imass acompañe a la Consejera.

—No entiendo lo que dices, Velajada.

—Maldita sea, ¡estúpido cabrón! ¡Su plan consiste en liberar al tirano! La espada de Lorn es de otaralita…

—No —rugió Bellurdan—. Cómo iban a hacer tal cosa. Lo más probable es que pretendan impedir que otro lo haga.

Sí, eso es lo más probable. Esa es la verdad. Bueno, Velajada, se acabó la conversación.

—No puedo volver —dijo la hechicera—. Debo seguir mi camino. Por favor, no me lo impidas.

—Debemos regresar a Pale —insistió Bellurdan—. Tu duda ha sido satisfecha. Permíteme llevarte de vuelta, para que pueda continuar buscando un lugar apropiado donde enterrar a Escalofrío.

Velajada no tenía otra opción, pero tenía que haber una salida. La conversación le había hecho ganar tiempo, tiempo para recuperarse del esfuerzo que había supuesto viajar por la senda. Volvió a recordar las palabras de Bellurdan: si accedía a su senda Thyr se consumiría incinerada por la influencia reactiva del t'lan imass. Sus ojos repararon en el saco de arpillera que había junto al thelomenio, y vio que de su interior emanaba el leve fulgor de la hechicería. Un hechizo. *Mi propio hechizo.* Lo recordó: un gesto de compasión, un hechizo de… conservación. *¿Será ésta mi salida? Por el aliento del Embozado, ¿acaso es posible?* Pensó en Mechones, en el tránsito de un cuerpo moribundo a un recipiente… sin vida. *Shedenul, apiádate de nosotros…*

La hechicera retrocedió un paso y abrió la senda. El Alto Thyr refulgió a su alrededor. Vio a Bellurdan trastabillar y, luego, plantar los pies. Gritó algo, pero no pudo oírle. Luego cargó sobre ella.

Lamentó el fatídico coraje del thelomenio cuando el fuego ennegreció todo cuanto la rodeaba, al mismo tiempo que abría sus brazos para rodearle con ellos.

Lorn cabalgaba junto a Tool. El t'lan imass miraba a poniente, y la tensión emanaba de él de tal modo que la

Consejera casi tenía la sensación de verla.

—¿Qué es eso? —le preguntó, mientras se volvía al manantial ígneo que se alzaba sobre el horizonte—. Jamás había visto nada igual.

—Ni yo —admitió Tool—, Se encuentra dentro de la barrera que he levantado a nuestro alrededor.

—Pero eso es imposible —dijo la Consejera.

—Sí, al menos es imposible que dure tanto. Su fuente debe de haberse consumido casi de forma instantánea. Aun así… —El t'lan imass guardó silencio.

No hubo ninguna necesidad de que terminara la frase. El pilar de fuego ascendía aún hacia el firmamento, tal como había hecho durante la pasada hora. Las estrellas nadaban en la negrura que lo rodeaba, y la magia formaba remolinos erráticos, como salidos de un pozo sin fondo. El viento arrastraba un olor que había empujado a Lorn a la náusea.

—¿Reconoces la senda, Tool?

—Sendas, Consejera. Tellann, Thyr, Denul, D'riss, Tennes, Thelomen Toblakai, Starvald Demelain…

—¿Starvald Demelain? En el nombre del Embozado, ¿qué diantre es eso?

—Ancestral.

—Pensaba que sólo había tres sendas ancestrales, y no recuerdo haber oído nunca que una de ellas se llame así.

—¿Tres? No, hay muchas, Consejera, todas ellas nacieron de una. Starvald Demelain.

Lorn recogió la capa para envolverse mejor con ella, sin quitar ojo a la columna de fuego.

—¿Quién podría conjurarla?

—Hace mucho… hubo alguien. De quienes lo adoraron no queda nadie, de modo que ya no existe. No tengo respuesta para tu pregunta, Consejera. —El imass

retrocedió cuando el pilar ígneo estalló. Un trueno lejano reverberó hasta el lugar donde se encontraban.

—Desapareció —susurró Lorn.

—Destruido —dijo Tool. El guerrero inclinó la cabeza—. Es extraño, pero la fuente ha quedado destruida. Sin embargo, también ha nacido algo de ella. Lo percibo, es una nueva presencia.

—¿De qué se trata? —preguntó Lorn, que destrabó la espada.

—Nuevo. Huye, —respondió Tool, que acompañó sus palabras con un encogimiento de hombros.

¿Debía preocuparse por ello? Lorn arrugó el entrecejo y se volvió al t'lan imass, pero éste ya se había separado de ella y caminaba a grandes zancadas al lugar donde habían acampado. La Consejera miró de nuevo a poniente. Allí, en el cielo, había una nube que mancillaba las estrellas. Parecía enorme, y sintió un escalofrío.

Había llegado el momento de dormir. El imass haría guardia, de modo que no había motivo para preocuparse por las visitas sorpresa. Aquél había sido un largo día, y había racionado el agua más de la cuenta; se sentía débil, sensación a la que no estaba acostumbrada. Al caminar hacia el campamento, su preocupación se acentuó aún más. Tool, de pie e inmóvil junto a las llamas, le hizo recordar el modo en que se había presentado hacía dos días. La luz que ardía trémula bajo el yelmo de hueso volvió a despertar en lo más hondo de su mente una sensación primitiva, y con ésta un temor irracional a la oscuridad. Se acercó al imass.

—El fuego es vida —susurró. Fue como si aquellas palabras surgieran de las profundidades del instinto.

Tool asintió.

—La vida es fuego —dijo—. Con estas palabras nació el Primer Imperio. El Imperio de Imass, el Imperio de la

Humanidad. —El guerrero se volvió a la Consejera—, Lo has hecho bien, hija mía.

El humo gris que servía de mortaja flotaba inmóvil sobre el bosque de Perrogrís a una docena de leguas al norte de Arpía, cuando inclinó la cola y descendió sobre el ejército acampado en la llanura de Rhivi.

Las tiendas estaban montadas como los rayos de una rueda, que partían de un centro fortificado, cubierto por un imponente dosel que flameaba al capricho de la brisa matinal. Hacia ese centro descendió el gran cuervo. Su mirada recaló en los llaneros rhivi, y también, por el rabillo del ojo, a oriente, donde gualdrapeaban los pendones de la caballería de Catlin, el verde y plateado que identificaba el contingente mercenario que servía en el ejército principal de Caladan Brood. No obstante, la mayor proporción de soldados la formaban los tiste andii, el pueblo de Anomander Rake, moradores de la ciudad que guardaba el interior de Engendro de Luna. Sus figuras altas y vestidas de negro se movían como sombras entre las tiendas.

Los caminos de carros conducían hacia el norte, hasta la linde del bosque. Eran las rutas de suministro a las trincheras que no hacía mucho tiempo que estaban en posesión de los malazanos, y que en ese momento delimitaban la línea del frente de Brood. Los carros conducidos por los rhivi avanzaban para facilitar el infinito flujo de suministros, mientras que otros carromatos regresaban cargados de heridos y muertos, entrando en el campamento como un sombrío caudal.

Arpía graznó. La magia emanaba de la tienda principal hasta teñir el aire polvoriento de un magenta saturado, el color de la senda D'riss, la magia de la tierra. Sentía

livianas las alas y dio un brinco jovial, al tiempo que las batía.

—Ah, la magia —suspiró Arpía. Después de sortear protecciones y trampas, el gran cuervo planeó sobre la tienda y se posó finalmente ante la entrada.

No había ningún guardia apostado en la lona que servía de entrada, cuyo extremo vio atado a un poste cercano. Arpía entró dando saltitos.

Con la excepción de un mamparo de lona en el extremo opuesto, tras el cual colgaba un coy, no había más compartimientos en el interior de la tienda. En mitad de ésta había una recia mesa, en cuya superficie se había grabado al aguafuerte el contorno del terreno perteneciente a la zona. Había dentro un solo hombre, inclinado sobre la mesa, que daba la espalda a la entrada. Un enorme martillo colgaba sobre su ancha espalda; a pesar del tamaño y el peso del arma, se antojaba casi un juguete comparado con la musculatura y hechura de su cuerpo. El poder emanaba en espiral de él, como una serie de ondas almizcladas.

—Retrasos, retrasos —masculló Arpía cuando batió las alas hasta posarse en la superficie de la mesa.

Caladan Brood gruñó, distraído.

—¿Percibiste la tormenta de hechicería de anoche? —preguntó el cuervo.

—¿Que si la percibí? Pudimos verla. Los chamanes rhivi se muestran algo inquietos, pero no tienen respuestas. Hablaremos de eso después, Arpía. Ahora debo pensar.

Arpía levantó el cráneo sobre el mapa.

—El flanco oeste retrocede completamente roto. ¿Quién manda esa turba de barghastianos?

—¿Cuándo los sobrevolaste? —preguntó a su vez Brood.

—Hará dos días. Según vi, sólo un tercio del contingente original seguía con vida.

—Jorrick Lanzafilada es el jefe —respondió Brood, sacudiendo la cabeza—; tiene a su mando un millar de barghastianos, y siete Espadas de la Guardia Carmesí.

—¿Lanzafilada? —Arpía emitió un graznido que muy bien hubiera podido ser una risa—. Muy pagado de sí mismo, ¿no?

—Así es, aunque fueron los barghastianos quienes le pusieron el nombre. Como iba diciendo, cinco legiones doradas de moranthianos cayeron sobre él hará tres días. Jorrick se retiró amparado por la oscuridad de la noche, y perdió a dos tercios de su ejército a oriente y poniente. Según parece, sus barghastianos tienen la rara habilidad de desaparecer allá donde no hay cobertura posible. Ayer su turba despavorida volvió al frente para encarar las legiones doradas. Sus barghastianos se movieron como tenazas. Dos legiones moranthianas fueron exterminadas, y otras tres se retiran al bosque con la mitad de sus suministros esparcida por toda la llanura.

Arpía volvió a levantar la testa.

—¿El plan de Jorrick?

—Jorrick pertenece a la Guardia Carmesí, aunque los barghastianos lo consideren uno de los suyos. Es joven, y por tanto no tiene miedo.

El cuervo estudió el mapa.

—¿Y al este? ¿Quién guarda el paso del Zorro?

—Respecto a eso… —empezó a decir Brood—. Principalmente, reclutas de leva de Stannis situados al otro lado. Los malazanos los consideran un aliado cuando menos poco entusiasta. Veremos el temple de la Guardia Carmesí dentro de doce meses, cuando la siguiente oleada de infantería de marina malazana desembarque en Nisst.

—¿Por qué no avanzar al norte? —preguntó Arpía—. El príncipe K'azz podría liberar las Ciudades Libres durante el invierno.

—El príncipe y yo coincidimos a este respecto —aseguró Brood—. Y seguirá donde está.

—¿Por? —exigió saber Arpía.

—Nuestras tácticas son asunto nuestro —gruñó Brood.

—Cabrón suspicaz —escupió Arpía. Brincó por el borde sur del mapa—. Debería someterse tu bajo vientre a un examen cuidadoso. Nada más que llaneros rhivi entre tú y Pale. Y ahora resulta que hay fuerzas que caminan en la llanura, de las que ni siquiera los rhivi saben nada. Aun así, no pareces preocupado, guerrero, y Arpía se pregunta a qué se debe tal cosa.

—He mantenido contacto con el príncipe K'azz y sus magos, así como con los barghastianos y los chamanes rhivi. Lo que fuera que nació anoche en la llanura no pertenece a nadie. Está solo, asustado. A estas alturas, los rhivi han emprendido ya las tareas de búsqueda. ¿Preocupado? No, no me preocupa eso. El hecho es que hay mucho en juego en el sur.

—Anomander está muy pendiente de todo ello —aseguró Arpía—. La intriga, la maquinación, eso de arrojar cristales rotos al paso de todo el mundo… Jamás lo había visto en mejor forma.

—Basta de vaguedades. ¿Me traes alguna novedad?

—Por supuesto, amo. —Arpía extendió las alas y suspiró. Luego hundió el pico en un ala, picoteó una pulga y se la tragó de forma ruidosa—. Sé quién tiene la moneda que gira.

—¿Quién?

—Un joven, cuya mayor bendición es la ignorancia. La moneda gira y muestra una cara a todo aquel que la

acompaña. Tiene su propio juego, pero confluirá con asuntos de índole mayor, y así los imperceptibles hilos de Oponn encontrarán un eco en esferas que, de otro modo, se mostrarían inmunes a la influencia de los Mellizos.

—¿Qué sabe Rake?

—De esto, muy poco. Pero bien conoces el desprecio que siento por Oponn. Si tuviera la oportunidad, cortaría esos hilos sin pensarlo dos veces.

—Idiota. —Brood lo meditó unos instantes, inmóvil, como una estatua de piedra y hierro, mientras Arpía daba saltitos de un lado a otro de la llanura de Rhivi, y sus garras largas, negras, dispersaban como las piezas de un juego los marcadores y las piezas de madera que representaban las fuerzas en liza—. Sin Oponn de por medio, el poder de Rake no tiene rival actualmente —afirmó—. Flota sobre Darujhistan como una señal luminosa, y seguro que la emperatriz enviará algo para combatirlo. Una batalla así podría…

—Nivelar Darujhistan —gorjeó Arpía—. Envueltas en doce llamas, así arden las Ciudades Libres; cuánta ceniza al viento.

—El desprecio de Rake por todo lo que está por debajo nos ha impedido en más de una ocasión tenernos en pie —dijo Brood. Miró a Arpía y enarcó una de sus lampiñas cejas—. Dispersas mis ejércitos. Estáte quieta.

Arpía dejó de dar saltos sobre la mesa.

—De nuevo —dijo tras lo que pareció un suspiro— Caladan Brood, el gran guerrero, busca el más incruento de los caminos. Rake obtiene esa moneda, arrastra a Oponn y escupe al señor y a la dama en esa adorable espada suya. Imagina el caos que resultaría de ello: una ola capaz de derrocar dioses y anegar imperios. —Apreció la pasión con

que había contagiado su voz, regocijada en su descaro—. Menuda diversión.

—Tranquilo, pájaro —dijo Brood—. El portador de la moneda necesita protección, ahora que Rake ha relegado a sus magos.

—¿Y quién puede haber capaz de medirse a los tiste andii? —preguntó Arpía—. ¿No irás a abandonar tu campaña, llegado a este punto?

Brood mostró los dientes cuando sus labios dibujaron una sonrisa implacable.

—¡Ja! Te pillé, creo. Bien. Vas a tener que restarte méritos, Arpía. Veo que no lo sabes todo. ¿Cómo se siente uno?

—Permitiré cierto grado de tortura por tu parte, Brood —graznó Arpía—, sólo porque respeto tu temple. Pero no abuses de mí. Dime, ¿quién de por aquí podría medirse con los magos de Rake? Esto debo saberlo. Tú y tus secretos.

¿Cómo puedo seguir siendo el fiel siervo de un amo capaz de ocultarme información tan vital?

—¿Qué sabes de la Guardia Carmesí? —preguntó Brood.

—Poca cosa —respondió Arpía—. Es una compañía de mercenarios que cuenta con gran respeto en el ramo. ¿Qué pasa con ellos?

—Mejor será que preguntes a los tiste andii de Rake qué opinión les merecen, cuervo.

Arpía agitó las alas, indignada.

—¿Cuervo? ¡No estoy dispuesta a soportar tales insultos! Me marcho. ¡Vuelvo a Luna, donde urdiré una lista tal de insultos para Caladan Brood como para mancillar todos los reinos!

—Ve pues —dijo Brood, sonriendo—. Lo has hecho bien.

—Si Rake no fuera más cicatero que tú —dijo Arpía mientras daba saltitos en dirección a la entrada—,

emplearía mi habilidad para el espionaje en ti, en lugar de en él.

—Una última cosa, Arpía.

Esta se detuvo en la entrada, donde levantó el cráneo.

El guerrero había volcado de nuevo la atención en el mapa.

—Cuando te encuentres sobre la llanura de Rhivi, lejos, al sur, ve al tanto con cualquier indicio de poder que percibas. Ten cuidado, Arpía. Algo se fragua allí, y apesta.

El graznido de Arpía constituyó su única respuesta. Acto seguido, desapareció.

Brood permaneció inclinado sobre el mapa, cavilando. Estuvo inmóvil largo rato, hasta que por fin se enderezó. Al salir de la tienda buscó el cielo con la mirada. No se veía ni rastro de Arpía. Lanzó un gruñido y se volvió para inspeccionar las tiendas cercanas.

—¡Kallor! ¿Dónde estás?

Un hombre alto, de pelo cano, dobló la esquina de una de las tiendas y se acercó lentamente a Brood.

—Las legiones doradas se han retrasado en el bosque, caudillo —informó con voz áspera, cruzando su exánime mirada de anciano con la de Brood—. Se acerca una tormenta que proviene de las cumbres Laederon. Los quorl de los moranthianos tendrán que quedarse en tierra por un tiempo.

—Voy a dejarte al mando —asintió Brood—. Me acercaré al paso del Zorro.

Kallor pareció sorprenderse ante tales noticias.

—No hace falta que te emociones demasiado —dijo Brood, mirándolo con fijeza—. La gente podría empezar a pensar que no te aburres tanto con esto como finges hacer. Voy a reunirme con el príncipe K'azz.

—¿Qué nueva locura ha perpetrado Jorrick Lanzafilada, si puede saberse?

—Ninguna, al menos que yo sepa —respondió Brood—. Dale un respiro al muchacho, Kallor. La última la salvó bien. Recuerda que también tú fuiste joven.

El veterano se encogió de hombros.

—El mérito del reciente éxito de Jorrick es atribuible, si acaso, a la dama de la Fortuna. Seguro que no es el fruto de su ingenio.

—Eso no voy a discutirlo contigo.

—¿Puedo preguntar qué objeto tiene hablar en persona con K'azz?

Brood miró a su alrededor.

—Por cierto, ¿dónde está mi condenado caballo?

—Probablemente ande por ahí encogido de miedo —respondió secamente Kallor—. Se dice que sus patas se han vuelto más cortas y recias bajo el peso de tu prodigioso cuerpo. No sé si pensar que eso pueda ser posible, pero ¿quién soy yo para discutir con un caballo?

—Necesito algunos de los hombres del príncipe —dijo Brood caminando por uno de los pasadizos que formaban las tiendas—. Para ser más preciso —añadió—, necesito a la Sexta Espada de la Guardia Carmesí.

—De nuevo Rake, ¿verdad, caudillo? —preguntó Kallor tras suspirar—. Mejor será que sigas mi consejo y acabes con él. Vas a lamentar no haberme hecho caso, Brood. —Siguió el paso del jefe con su mirada inane, hasta que éste dobló una esquina y lo perdió de vista—. Considérala mi última advertencia.

La tierra chamuscada crujía bajo los cascos de los caballos. La mirada que lanzó Toc el Joven por encima del

hombro fue respondida por una inclinación de cabeza por parte del capitán Paran. Se encontraban cerca del lugar donde se había alzado la columna de fuego que habían visto la noche anterior.

Tal como había prometido Toc, partir de la ciudad había demostrado ser lo más sencillo del mundo. Nadie se les acercó, y encontraron las puertas abiertas. Sus caballos eran de raza wickana, magros y de largos miembros; aunque encogieron las orejas y pusieron los ojos en blanco, obedecieron a la disciplina de las riendas.

La quietud del mediodía cargaba con el hedor del sulfuro, y una fina capa de ceniza cubría ya a ambos jinetes y a las monturas. En lo alto, el sol era un brillante orbe cobrizo. Toc detuvo su caballo y aguardó a que el capitán llegara a su altura.

Paran se secó el pegajoso sudor de la frente y se ajustó el yelmo. Sentía el peso de la malla del casco sobre sus hombros. Se dirigían hacia el lugar donde se había alzado la columna de fuego. Paran había sentido un miedo intenso la noche anterior: ni él ni Toc habían visto jamás semejante conflagración de hechicería. Aunque habían acampado a leguas de distancia, habían sentido el calor que irradiaba. En aquel momento, mientras se acercaban, lo único que Paran sentía era temor.

Ni él ni Toc cruzaron palabra. Quizá a un centenar de varas al este se alzaba algo parecido a un tocón retorcido, negruzco, que miraba al cielo. En un círculo perfecto a su alrededor, el césped permanecía intacto por espacio de unas cinco varas. Un borrón negro yacía en aquella zona respetada por el fuego, a un lado.

Paran dirigió hacia allí la montura, seguido por Toc, que sacó el arco y se dispuso a encordarlo. Cuando Toc alcanzó

al capitán, Paran vio que su compañero había aprestado una flecha.

Cuanto más se acercaban, menos se parecía a un árbol aquel tocón chamuscado. La extremidad que surgía de él tenía una forma que resultaba familiar. La mirada de Paran se estrechó un poco más, luego maldijo en voz alta y espoleó al caballo. Cerró distancias rápidamente, dejando atrás a un sorprendido Toc.

Al llegar, desmontó y se acercó a grandes pasos hasta lo que no eran sino dos cuerpos, uno de ellos, gigante. Ambos se habían quemado hasta tal punto que era imposible reconocerlos, mas Paran no se hizo ilusiones respecto a la identidad del otro. *Todo lo que se me acerca, todo lo que amo…*

—Velajada —susurró antes de caer de rodillas.

Toc se reunió con él, pero permaneció en la silla, de pie en los estribos, oteando el horizonte. Al cabo, desmontó y se acercó trazando un círculo alrededor de los cadáveres abrazados, hasta detenerse finalmente junto al borrón negro que ambos habían visto en la distancia. Seguidamente, se agachó para inspeccionarlo.

Paran levantó la cabeza e hizo un esfuerzo por mantener la mirada puesta en aquellos cuerpos. La extremidad pertenecía al gigante. El fuego que los había consumido a ambos había ennegrecido buena parte del brazo, aunque la mano tan sólo estaba algo chamuscada. Paran observó los dedos crispados y se preguntó a qué salvación había apelado el gigante, llegado el momento de su muerte. *La libertad que supone la muerte, una libertad que me fue negada. Malditos sean los dioses, malditos todos.* Aturdido, tardó en caer en la cuenta de que Toc lo llamaba.

Supuso un auténtico esfuerzo ponerse en pie. Trastabilló en dirección al lugar donde Toc permanecía acuclillado. En

el suelo, ante él, había un saco de arpillera.

—Unas huellas parten de esto —le informó Toc, algo asustado, con una expresión peculiar en el rostro. Rascó con fuerza la cicatriz, y luego se levantó—. Se dirigen al nordeste.

Paran miraba a su compañero sin comprender.

—¿Huellas?

—Pequeñas, como las de un niño. Sólo que…

—¿Sólo que qué?

—Los pies… están en los huesos —respondió al mirar a los ojos al capitán—. No sé… Aquí sucedió algo horrible, capitán. Me alegra que el rastro se aleje, sea lo que sea.

Paran se volvió a las dos figuras abrazadas. Dio un respingo, cuando una de las manos quemadas estuvo a punto de arañarle la cara de lo cerca que estaba.

—Es Velajada —dijo con voz hueca.

—Lo sé. Lo siento. El otro es el mago supremo thelomenio, Bellurdan. Tiene que ser él. —Toc observó de nuevo el saco de arpillera—. Salió para venir aquí a enterrar a Escalofrío —añadió en voz baja—. No creo que Escalofrío necesite que la entierren.

—Esto lo hizo Tayschrenn —dijo Paran.

Hubo algo en el tono de Paran que hizo que Toc se volviera hacia él.

—Tayschrenn. Y la Consejera. Velajada tenía razón. De otro modo, no la hubieran matado. Sólo que no fue fácil, porque no era de las que toman el camino más fácil. Lorn me la ha arrebatado, igual que me lo ha arrebatado todo en la vida.

—Capitán,..

Sin darse cuenta, Paran llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—Esa zorra despiadada va a pagar por esto, y yo seré quien le pase las cuentas.

—Estupendo —gruñó Toc—. Pero procura no perder la cabeza.

Paran lo miró fijamente.

—Pongámonos en marcha, Toc el Joven.

Toc se volvió a mirar una última vez al nordeste. Con un temblor, se dijo que aquello no había terminado. Hizo una mueca cuando una quemazón intensa se manifestó en la herida del ojo, tras la cicatriz. Por mucho que lo intentó, no hubo forma de librarse de ella. Un fuego informe ardía tras la cuenca vacía del ojo, algo que últimamente había experimentado a menudo. Mascullando una maldición, se dirigió al caballo y se encaramó a la silla.

El capitán había vuelto ya la montura y el caballo de carga hacia el sur. La forma en que encogía la espalda le dijo mucho a Toc el Joven, y se preguntó si no habría cometido un error al acompañarlo.

—En fin —dijo a los dos cuerpos calcinados cuando pasó a su lado con el caballo— lo hecho, hecho está, ¿no?

La llanura se hallaba oculta por la oscuridad. Al volver la mirada a poniente, Arpía pudo divisar aún el sol moribundo. Volaba empujada por los vientos más altos, y el aire a su alrededor no podía ser más gélido. El gran cuervo se había despedido de Caladan Brood hacía dos días. Desde entonces, no había detectado ni rastro de vida en la llanura que sobrevolaba. Incluso los numerosos rebaños de Bhederin, que los rhivi tenían por costumbre seguir, habían desaparecido.

De noche, los sentidos de Arpía eran limitados, aunque era en una oscuridad tan honda como aquélla cuando mejor

detectaba la magia. Mientras caía sobre un ala al sur, escudriñó el terreno con avidez. Otros de su misma raza, en Engendro de Luna, solían patrullar las llanuras por encargo de Anomander Rake. Aún tenía que cruzarse con uno, aunque era sólo cuestión de tiempo. Cuando lo hiciera, preguntaría si habían percibido recientemente la cercanía de una fuente mágica.

Brood no era dado a excederse en sus reacciones. Si algo sucedía ahí abajo que la hiciera salivar, podía ser pasajero, y quería conocerlo antes que nadie.

Un fuego lanzó un destello al cielo, más o menos a una legua de distancia. Relució fugazmente, teñido de verde y azul, para luego desaparecer. Arpía sintió una profunda extrañeza. Se había debido a la hechicería, pero de un tipo que jamás había visto. Mientras barría la zona, el aire que soplaba por encima de ella era cálido y húmedo, con un hedor a osario que le recordó a… plumas quemadas.

Enfrente resonó un graznido entre asustado y colérico. Arpía abrió el pico para responder, pero al poco lo cerró. La llamada provenía de uno de su especie, de eso estaba segura, pero por alguna razón sintió la necesidad de morderse la lengua. Poco después estalló otra bola de fuego, más cerca, lo bastante como para que Arpía vislumbrara que había alcanzado a un gran cuervo.

En ese fugaz instante luminoso pudo ver a media docena de los suyos cambiar el rumbo en pleno vuelo por encima de ella para dirigirse al oeste. Batió con fuerza las alas y se dirigió hacia ellos.

Cuando alcanzó a oír el frenético aleteo de sus alas a su alrededor, Arpía voceó:

—¡Hijos míos! ¡Atended a Arpía! ¡La gran madre ha llegado!

Los cuervos respondieron con alivio y volaron hacia ella. Todos habían empezado a graznar a un tiempo, empeñados en contarle lo que estaba pasando, pero el furioso chitón de Arpía cerró sus picos de golpe.

—He oído entre las vuestras la voz de Arrojado —dijo Arpía—. ¿Me equivoco?

Un macho se deslizó cerca de ella.

—No te equivocas —respondió—. Aquí tienes a Arrojado.

—Vengo del norte, Arrojado. Explícame qué ha ocurrido.

—Confusión —respondió, sarcástico, Arrojado.

Arpía graznó. Sabía reconocer un buen chiste tan bien como cualquiera.

—¡Claro, claro! ¡Continúa, muchacho!

—Antes del crepúsculo, Kin Clip detectó una llamarada de hechicería en tierra, en la llanura. Era extraño el modo en que se percibía, pero estaba claro que acababa de abrirse una senda y que algo había salido a la llanura. Kin Clip me habló de ello y se fue a investigar. La seguí desde lo alto durante su descenso, y así pude ver lo que ella vio. Arpía, me da por pensar que, de nuevo, se ha ejercido el arte del traspaso del alma.

—¿Cómo?

—Aquello que viajaba por tierra y acababa de salir de una senda era una marioneta —explicó Arrojado—, una pequeña marioneta animada, poseedora de un gran poder. Cuando ésta detectó a Clip, le hizo un gesto y estalló en una gran llamarada. Desde entonces, la criatura ha desaparecido en su senda, para luego reaparecer y matar a otro de los nuestros.

—¿Por qué sigues aquí? —preguntó Arpía.

Arrojado graznó a modo de risa.

—Quiero ver adonde se dirige, Arpía. Hasta el momento, parece viajar al sur.

—Muy bien. Ya que lo has confirmado, déjalo y llévate contigo a los demás a Engendro de Luna. Allí, informa a tu amo.

—Como ordenes, Arpía. —Arrojado alabeó y se hundió en la oscuridad. Su voz pudo oírse en la distancia, respondida por un coro de graznidos.

Arpía aguardó. Quería asegurarse de que se hubieran marchado antes de emprender una investigación por su cuenta. ¿Sería aquella marioneta lo que había alumbrado la columna ígnea? No parecía muy probable. ¿Y qué clase de hechicería emplearía para que un gran cuervo fuera incapaz de absorberla? Aquello olía a magia ancestral. La conmutación del alma no era un hechizo corriente, y jamás se había considerado una práctica común en magos, ni siquiera cuando éstos conocían la técnica. Demasiados casos de locura resultaban de la conmutación del alma.

Quizá la marioneta fuera un superviviente de aquella época. Arpía lo meditó largamente. No era probable.

La magia floreció en la llanura para esfumarse a continuación. Una fuerza mágica corría a toda prisa en aquel punto, trenzando hebras de magia mientras huía. *Ahí,* —pensó el gran cuervo— *hallaré la respuesta a mis preguntas. ¿Destruir a los míos? ¿Tan dispuesto estás a desdeñar a Arpía?*

Encogió las alas y cayó como una piedra. El aire silbó a su alrededor. Levantó la penumbra de magia protectora que la encapsulaba, justo cuando la diminuta figura cesó en su marcha y levantó la mirada. Arpía oyó una débil risa maníaca originada en tierra, momento en que la marioneta hizo un gesto.

El poder que envolvió a Arpía fue inmenso, muy superior a cualquier cosa que hubiera imaginado. Sus defensas aguantaron, pero se vio zarandeada, como si la golpearan

por todas partes. Lanzó un graznido de dolor y cayó en espiral. Necesitó de toda su fuerza y voluntad para extender sus alas maltrechas y aprovechar una corriente ascendente de aire. Graznó de nuevo, aunque en esa ocasión fue de rabia y miedo, todo ello mientras ascendía hacia el cielo estrellado. Un fugaz vistazo a tierra le dio a entender que la marioneta había vuelto de nuevo a su senda, puesto que no vio nada mágico.

—Sí —suspiró—. ¡Menudo precio a pagar por el conocimiento! Magia ancestral, la más ancestral de todas. ¿Quién juega con el Caos? Arpía lo ignora. Todo confluye, todo confluye aquí. —Encontró otra corriente de aire y se dirigió al sur. Aquello era algo de lo que debía informar a Anomander Rake, por mucho que Caladan Brood insistiera en que era más conveniente procurar que el tiste andii siguiera en la inopia. Rake tenía mano para más cosas de las que Brood estaba dispuesto a admitir—. La destrucción, por ejemplo. —Arpía rió—. Y la muerte. ¡Es hábil para la muerte!

Ganó velocidad, de modo que no se percató del borrón negro que había en tierra, abajo, ni de la mujer allí acampada. Claro que no había ni rastro de magia allí.

La Consejera Lorn permanecía sentada en el petate, con la mirada en el cielo nocturno.

—Tool, ¿guardará relación lo sucedido con lo que vimos hace dos noches?

—No lo creo, Consejera —respondió el t'lan imass—. Si acaso, esto me atañe más a mí: es hechicería, capaz de ignorar la barrera que he trenzado a nuestro alrededor.

—¿Cómo? —preguntó ella en voz baja.

—Tan sólo existe una posibilidad, Consejera. Es ancestral, una senda perdida hace mucho que ha vuelto a nosotros. Sea quien sea el que la esgrima, debemos dar por sentado que nos está siguiendo, y que tiene un propósito para hacerlo.

Lorn se incorporó. Estiró la espalda y reparó en que le crujía una vértebra.

—¿Tronosombrío?

—No.

—En tal caso, yo no daría por sentado que nos esté siguiendo, Tool. —Se volvió al petate.

Tool la miró y observó en silencio cómo se disponía a dormir.

—Consejera, este cazador parece capaz de burlar mis defensas, y por tanto podría llegar a abrir la senda justo detrás nuestro, en cuanto dé con nosotros.

—No temo la magia —murmuró Lorn—. Déjame dormir.

El t'lan imass guardó silencio, pero continuó observando a la mujer a medida que transcurría la noche. Tool se movió ligeramente cuando el alba asomó al este, y luego volvió a quedar inmóvil.

Con un gruñido, Lorn se puso boca arriba cuando la luz del sol le alcanzó el rostro. Abrió los ojos y pestañeó; de pronto, se quedó inmóvil, paraliza

da. El t'lan imass se encontraba justo sobre ella. A escasa distancia de su garganta, la punta de la espada de sílex del guerrero.

—El éxito —dijo Tool— exige disciplina, Consejera. Anoche presenciamos una manifestación de magia ancestral que tuvo por objetivo a los cuervos. Los cuervos, Consejera, no vuelan de noche. Quizá creas que la combinación de mis destrezas y las tuyas garantizan nuestra seguridad. Pero no suponen ninguna garantía,

Consejera. —El t'lan imass apartó el arma y se hizo a un lado.

Lorn aprovechó para tomar una buena bocanada de aire.

—Despiste —dijo, e hizo una pausa para aclararse la garganta antes de continuar—: que admito, Tool. Gracias por advertirme de mi cada vez mayor complacencia. —Se incorporó—. Dime, ¿no te parece extraño que esta llanura de Rhivi, que supuestamente está vacía, muestre tal actividad?

—Convergencia —replicó Tool—. El poder siempre llama al poder. No es un concepto complicado de entender, aunque se nos escapara a nosotros los imass. —El veterano guerrero inclinó la cabeza hacia la Consejera—. Tal como sucede a nuestros hijos. Los jaghut entendían el peligro. Por eso se evitaban unos a otros, abandonados en soledad, y por ello dejaron que su civilización se redujera a polvo. Los forkul assail lo comprendían muy bien, aunque escogieron tomar otro camino. Lo que resulta extraño, Consejera, es que de estas tres razas fundadoras, sea el legado de ignorancia de los imass el que ha sobrevivido al paso del tiempo.

Lorn observó a Tool.

—¿Eso es lo que tú entiendes por sentido del humor? —preguntó.

El t'lan imass ajustó el yelmo.

—Depende de tu estado de ánimo, Consejera.

Ésta se puso en pie y se acercó a comprobar cómo se encontraban los caballos.

—Cada día te vuelves más raro, Tool —dijo en voz baja, como para sí. A su mente acudió la imagen de lo primero que había visto al abrir los ojos, a la condenada criatura y su espada. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí? ¿Toda la noche?

La Consejera de detuvo a comprobar su hombro. Se curaba rápidamente. Quizá la herida no había sido tan grave como creyó en un primer momento.

Mientras ensillaba su caballo se volvió para mirar a Tool. El guerrero no le quitaba ojo. ¿Qué clase de pensamientos albergaría alguien que había visto desfilar ante sus ojos trescientos mil años? ¿Estaba vivo de veras? Antes de conocer a Tool había considerado a los imass como no muertos y, por tanto, sin alma, animada la carne por una fuerza externa cuya naturaleza desconocía. No obstante, ya no estaba tan segura.

—Dime, Tool, ¿qué ocupa tus pensamientos?

El imass se encogió de hombros antes de responder.

—Pienso en la futilidad, Consejera.

—¿Todos los imass pensáis en la futilidad?

—No. Pocos somos los que pensamos.

—¿Por?

El imass inclinó la cabeza a un lado y la miró fijamente.

—Porque es fútil, Consejera.

—En marcha, Tool. Estamos perdiendo el tiempo.

—Sí, Consejera.

Lorn subió a la silla, preguntándose qué habría querido decir el imass.

Libro Cuarto



Asesinos

Soñé una moneda
de rostro cambiante.
Tal cantidad de caras jóvenes,
tantos sueños costosos...
Y giraba, campanilleaba
alrededor del dorado borde
de un cáliz,
depósito de alhajas.

Vida de los sueños
Bruja Ilbares

Capítulo 11



Cerrada era la noche,
cuando vagabundeaba
mi espíritu, descalzo
tanto a piedra como a tierra,
desmarañado de árbol,
separado de la uña férrea,
pero como la noche misma,
cosa etérea,
despojada de luz.
Así llegué ante ellos,
los constructores que cortan y esculpen
la piedra en la noche,
visión de estrellas y mano magullada.
«¿Qué hay del sol?», pregunté a uno de ellos.
«¿No es su manto de revelación
el calor de la razón
en vuestro empeño por dotar de forma?»
Y respondió uno:
«No hay alma capaz de soportar
los huesos luminosos del sol.
Y la razón mengua
al anochecer, por eso en la noche
damos forma a los túmulos,
para ti y para los de tu especie».
«Disculpa la interrupción», le dije.
«Los muertos nunca interrumpen», respondió el constructor.
«Apenas llegan.»

La piedra del pordiosero
Darujhistan

Otra noche y otro sueño —gimió Kruppe—, apenas hay nada, aparte de estas pobres ascuas, que sirvan de compañía a este viajero. —Extendió las manos ante las llamas eternas y temblorosas que había encendido un dios ancestral. Le pareció un legado muy peculiar, un legado cuya trascendencia no escapó a su atención—. Kruppe abarcaría la envergadura de este hecho, puesto que esta frustración resulta inoportuna y desconocida.

El paisaje que le rodeaba era pura desolación; incluso el terreno arado había desaparecido, y no había ni rastro de casas que su vista abarcara. Se encorvó sobre el solitario fuego en aquel páramo de tundra, donde el aire arrastraba un aliento a hielo putrescente. Al norte y al este el horizonte refulgía verdoso, casi luminiscente a pesar de que la luna no había hecho acto de presencia para desafiar las estrellas. Kruppe jamás había visto tal cosa, aunque no era una imagen ajena a su mente.

—Perturbador, claro, sostiene Kruppe. ¿Tendrán estas visiones del instinto un propósito definido para desplegarse en el presente sueño? Kruppe lo ignora, y de estar en sus manos volvería de buen grado bajo las cálidas sábanas.

Observó el suelo cubierto de liquen y musgo, extrañado ante la peculiar intensidad de los colores. Había oído contar historias acerca de la llanura Espirarroja, tierra situada lejos, al norte, más allá del altiplano de Laederon. ¿Era aquel aspecto propio de la tundra? Siempre había imaginado un paisaje desierto y gris.

—Pero estudia con atención las estrellas del firmamento. Titilan con energía jovial… No, centellean como si mirasen divertidas a quien las contempla. Mientras, la tierra misma insinúa rubores de color rojo, naranja y lavanda.

Kruppe se levantó cuando lo alcanzó el estruendo de un trueno bajo a poniente. En la distancia se movía un rebaño

gigantesco de animales de pelaje castaño. Su aliento dibujaba penachos color plata en el aire, encima y detrás, debido al ímpetu que llevaban; se volvían hacia uno y otro lado como si fueran un solo animal. Los observó un rato. Cuando se acercaron a él vio las vetas rojizas de la piel, y la cornamenta, que bajaba y subía. La tierra tembló a su paso.

—Es así la vida en este mundo, se pregunta Kruppe. ¿Ha vuelto, pues, al mismísimo principio de todo?

—Has vuelto, sí —dijo una voz a su espalda.

—Ah, acércate y comparte mi fuego, por favor —dijo al volverse a una figura encogida, cubierta de pieles tratadas, de ciervo o de algún otro animal parecido. Una cornamenta asomaba del casco con que el hombre se tocaba la cabeza gris, cubierta de piel vellosa. Kruppe inclinó la cabeza—. Ante ti tienes a Kruppe, de Darujhistan.

—Yo soy Pran Chole del clan Cannig Tol, perteneciente a Kron T'lan. —Pran se acercó un paso y se acuclilló ante el fuego—. También soy Zorro Blanco, Kruppe, docto en los senderos del hielo. —Miró a Kruppe y sonrió.

Pran tenía un rostro ancho, pronunciados los huesos bajo la piel tersa y dorada. Sus ojos apenas asomaban por los párpados entornados, pero lo que Kruppe creyó ver de ellos fue su asombroso tono ámbar. Pran extendió sus manos largas y flexibles ante el fuego.

—El fuego es vida, y la vida es fuego. La era del hielo pasa, Kruppe. Largo tiempo hemos morado en este lugar, cazando grandes rebaños, reuniéndonos para hacer la guerra a los jaghut de las tierras del sur, alumbrando y muriendo con la crecida y mengua de las heladas aguas del río.

—Kruppe ha viajado muy lejos, según parece.

—Al principio y al final. Mi especie dio paso a la tuya, Kruppe, aunque las guerras no cesaron. Lo que debemos

daros es la libertad de tales guerras. Los jaghut menguan, incluso se retiran a lugares vedados. Los forkul assail han desaparecido, aunque jamás tuvimos necesidad de combatirlos. Y los k'chain che'malle ya no existen, puesto que el hielo les dedicó palabras mortíferas. —La mirada de Pran volvió al fuego—. Nuestra caza ha supuesto la extinción de las grandes manadas, Kruppe. Nos vemos empujados al sur, lo que no es posible. Somos los t'lan, pero pronto se celebrará la reunión, donde se proclamará el ritual de imass y la elección de los invocahuesos; después, la división de la carne, del mismísimo tiempo. Con la reunión nacerán los t'lan imass y el Primer Imperio.

—Por qué, se pregunta Kruppe, está él aquí.

—He acudido puesto que he sido llamado. Ignoro quién lo ha hecho. Puede que a ti te suceda lo mismo —respondió Pran Chole tras encogerse de hombros.

—Kruppe sueña. Éste es el sueño de Kruppe.

—En tal caso, me siento honrado. —Pran se enderezó—. Se acerca alguien de tu tiempo. Quizá posea las respuestas que buscamos.

Kruppe miró en dirección sur, hacia donde se había vuelto Pran.

—Si no me equivoco, Kruppe la reconoce como una rhivi.

La mujer que se acercaba era de mediana edad e iba cargada con una niña. Su cara redonda de piel oscura poseía unas facciones similares a las de Pran Chole, aunque menos pronunciadas. El miedo relucía febril en su mirada, a pesar de que toda ella emanaba decisión y voluntad. Se acercó al fuego y los observó, sobre todo a Pran Chole.

—T'lan —dijo—, la senda Tellann de los imass de nuestro tiempo ha alumbrado una hija en una confluencia de hechicerías. Su alma vaga extraviada. Su carne es una abominación. Debe tener lugar una conmutación. —Se

volvió a Kruppe y apartó la gruesa túnica que llevaba hasta dejar al descubierto su estómago hinchado. La piel desnuda y estirada se había sometido hacía poco a un tatuaje. La imagen correspondía a un zorro de pelo blanco—. El dios ancestral camina de nuevo, despertado por la sangre derramada en piedra consagrada. K'rul acudió en respuesta a la necesidad de la niña, y ahora nos ayuda en nuestra búsqueda. Se disculpa ante ti, Kruppe, por utilizar el mundo que hay en tus sueños, mas no hay dios cuya influencia alcance este lugar. De algún modo, has logrado que tu alma sea inmune a su influencia.

—La recompensa del cinismo —aseguró Kruppe, inclinándose ante ella.

La mujer sonrió.

—Comprendo —intervino Pran Chole—. Deberías hacer de esta niña, nacida de poderes imass, una soletaken.

—Sí. Es lo mejor que podemos hacer, t'lan. Un ser de forma mutable, que también nosotros conocemos por el nombre de soletaken… Así se hará.

En ese momento, Kruppe se aclaró la garganta.

—Disculpad, por favor, a Kruppe, pero ¿acaso no olvidamos a alguien vital para la consecución de estos planes?

—Ella avanza en dos mundos —respondió la rhivi—. K'rul la guía al nuestro. Sigue asustada, y recae en ti, Kruppe, la tarea de darle la bienvenida.

Kruppe ajustó las mangas de la casaca deshilachada.

—No debería constituir un problema para alguien dotado de los encantos de Kruppe.

—Quizá —admitió la rhivi, ceñuda—. Su carne es una abominación. Quedas advertido.

Kruppe asintió afable, y luego se volvió para mirar a su alrededor. —¿Servirá cualquier dirección? Pran Chole

estalló en carcajadas. —Sugiero el sur —dijo la rhivi.

Kruppe se encogió de hombros y, tras inclinarse ante sus acompañantes, se encaminó al sur. Al cabo de un rato, volvió la mirada y descubrió que el fuego había desaparecido. Se hallaba a solas en el frío de la noche.

La luna llena asomó a oriente y bañó la tierra con su luz plateada. Ante él, la tundra se extendía llana y sin rasgos destacables hasta donde alcanzaba la mirada. Entonces entornó los ojos. Acababa de dibujarse algo, lejano aún, que caminaba con lo que parecía una gran dificultad. Lo vio caer una vez, y luego ponerse en pie de nuevo. A pesar de la luminiscencia, la figura era negra.

Kruppe avanzó. Aún tenía que verlo, y se detuvo cuando apenas los separaban diez varas. La rhivi estaba en lo cierto. Kruppe sacó el pañuelo de seda, con el cual secó el sudor de la frente. La figura había sido una mujer, alta y de pelo negro. Pero esa mujer había muerto hacía tiempo. La piel se había vuelto macilenta, hasta tal punto que adoptaba el matiz de la madera oscura. Quizá lo más espeluznante de ella fueran las extremidades, que parecían cosidas al cuerpo.

—Eh —susurró Kruppe—. A ésta la han descuajeringado en una ocasión.

La mujer levantó la cabeza y clavó unos ojos ciegos en Kruppe. Abrió la boca, mas ninguna palabra surgió de sus labios.

De manera subrepticia, Kruppe hilvanó un hechizo sobre sí, para después mirarla de nuevo. Arrugó el entrecejo. Ella también cargaba a cuestas con un hechizo, un encantamiento de preservación. No obstante, algo le había sucedido al hechizo, algo que lo había transformado.

—¡Moza! —gruñó Kruppe—. Sé que puedes oír lo que digo. —No lo sabía, pero el hecho es que decidió insistir—.

Tu alma se halla atrapada en un cuerpo que no te pertenece. Me llamo Kruppe, y te llevaré a un lugar donde podrán ayudarte. ¡Vamos! —Se volvió y echó a andar. Al cabo de un instante oyó un frufrú a su espalda y sonrió—. ¡Ah!, veo que Kruppe posee ciertos encantos. Es más, también puede mostrarse duro cuando es necesario —susurró.

El fuego reapareció como un faro ante ellos. Kruppe vio a las dos figuras que los esperaban. Los vestigios del hechizo que había trenzado sobre sí hicieron que la rhivi y el t'lan resultaran cegadores a sus ojos, tal era la magnitud de su poder. Kruppe y la mujer llegaron hasta el fuego.

—Gracias, Kruppe. —Pran Chole dio un paso hacia ellos. Estudió a la mujer y asintió lentamente—. Sí, veo con claridad en ella los efectos del imass. Sin embargo, hay también otra cosa… —Miró a la rhivi—. ¿Se dedicó a la hechicería?

—Escúchame, extraviada. —La rhivi se acercó a la mujer—. Eres Velajada, tu hechicería es Thyr. La senda fluye en tu interior, te anima, te protege. —De nuevo abrió su túnica—. Ha llegado el momento de devolverte al mundo.

Velajada retrocedió, recelosa.

—En tu interior se encuentra el pasado —dijo Pran—. Mi mundo. Conoces el presente, y la rhivi te ofrece el futuro. En este lugar todo se funde. La carne que llevas está ungida de un hechizo de preservación, y con tu último aliento abriste la senda a la influencia de Tellann. Y ahora deambulas inmersa en el sueño de un mortal. Kruppe es el agente del cambio. Permítenos ayudarte.

Con un grito mudo, Velajada trastabilló hasta caer en brazos de Pran. La rhivi se apresuró a unirse a ellos.

—Diantre, los sueños de Kruppe han adoptado un tono muy extraño —opinó Kruppe—. Mientras que sus propias

cuitas siguen presentes, una voz lo persigue, y de nuevo debe hacerlos a un lado.

De pronto ahí estaba K'rul, a su lado.

—No tal. No es propio de mí utilizarte sin una justa recompensa. —Kruppe no pide nada. En esto va implícito un regalo, y me alegra formar parte de su creación.

—Aun así. Háblame de tus empeños.

—Rallick y Murillio buscan enmendar un antiguo error —respondió Kruppe tras un suspiro—. Me creen ignorante de sus planes, pero me aprovecharé de éstos para mis propios propósitos. Actúan movidos por el sentimiento de culpa, pero se les necesita.

—Entendido. ¿Y el portador de la moneda?

—Se han emprendido los pasos necesarios para su protección, aunque aún ha de tomar forma. Sé que el Imperio de Malaz está presente en Darujhistan, por el momento de forma encubierta. Buscan…

—Algo que no está claro, Kruppe. Ni siquiera ellos lo saben. Utilízalo en tu beneficio cuando des con ellos. Los aliados pueden provenir de lugares insospechados. Esto te diré: ahora mismo, hay dos que se acercan a la ciudad, uno es un t'lan imass, el otro silencia la magia. Llevan propósitos destructivos, pero ya existen fuerzas en juego que están pendientes de ellos. Averigua quiénes son pero no te enfrentes abiertamente. Son peligrosos. El poder llama el poder, Kruppe. Deja que afronten las consecuencias de sus propias acciones.

—Kruppe no es precisamente estúpido, K'rul. No se opone abiertamente a nadie, y considera que el poder es algo que debe evitarse a cualquier precio.

Mientras conversaban, la mujer rhivi había rodeado a Velajada con sus brazos. Pran Chole se hallaba cerca; tenía los ojos cerrados y sus labios daban forma a palabras

silenciosas. La mujer rhivi acunaba rítmicamente al cuerpo reseco mientras canturreaba en voz baja. El agua empapaba los muslos de la mujer rhivi.

—Vaya —susurró Kruppe—. Se dispone a dar a luz.

De pronto la rhivi arrojó el cuerpo a lo lejos. Cayó como un fardo. Inerte.

La luna colgaba en lo alto, justo sobre sus cabezas, tan intensa su luz que Kruppe se descubrió incapaz de mirarla sin entornar los ojos.

La rhivi se había puesto de cuclillas, y sus movimientos obedecían al esfuerzo, igual que el sudor que le bañaba la frente. Pran Chole permanecía inmóvil, aunque su cuerpo acusaba violentos temblores, que contraían su rostro en una continua mueca de dolor. Tenía los ojos muy abiertos, con un brillo ámbar, clavados en la luna.

—Dios ancestral —dijo en voz baja Kruppe—, ¿hasta qué punto recordará Velajada su vida anterior?

—No se sabe —respondió K'rul—. La conmutación del alma es un asunto delicado. La mujer se consumió en una conflagración. El alma hizo el primer vuelo con las alas del dolor y la violencia. Es más, entró en otro cuerpo devastado que soportaba sus propios traumas. La niña que alumbrará será diferente a todo lo conocido. Su vida es un misterio, Kruppe.

—Teniendo en cuenta la identidad de sus padres —gruñó Kruppe—, por fuerza será excepcional. —De pronto, pensó en algo que le hizo arrugar la expresión—. K'rul, ¿qué me dices del primer bebé que tenía la rhivi?

—No hubo tal, Kruppe. La mujer rhivi estaba preparada de una manera desconocida por el hombre. —Rió entre dientes—. Incluyéndome a mí. —Levantó la cabeza—. Esta hechicería pertenece a la luna, Kruppe.

Siguieron atentos el alumbramiento. Kruppe tuvo la impresión de que aquella noche tenía más horas de oscuridad que cualquier otra noche normal. La luna siguió en lo alto, como si hubiera considerado que aquella posición era de su entero agrado o —reconsideró Kruppe— como si montara guardia sobre ellos.

Entonces, un gritito fue a quebrar la quietud del aire, y la mujer rhivi levantó en brazos a un bebé envuelto en una sustancia plateada.

Mientras Kruppe observaba, la sustancia cayó. La rhivi volvió al bebé y acercó la boca a la altura de la tripa. Allí hincó bien los dientes hasta cortar del todo el cordón umbilical.

Pran Chole se acercó a Kruppe y al dios ancestral. El t'lan parecía exhausto.

—El bebé absorbió de mí más poder del que quería darle —admitió en voz baja.

Kruppe observó con los ojos abiertos como platos a la mujer rhivi, que tumbada acunaba a la recién nacida contra su pecho. La madre tenía el vientre liso, y el tatuaje del zorro blanco había desaparecido.

—Me entristece pensar que pueden pasar veinte años antes de que vea a la mujer en la que se convertirá este bebé —afirmó Pran.

—Lo harás —replicó K'rul en voz baja—, pero no como t'lan. Como un invocahuesos t'lan imass.

Pran lanzó un leve silbido.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Dentro de trescientos mil años, Pran Chole del clan Cannig Tol. Kruppe puso una mano en el brazo de Pran.

—Ya tienes algo en que pensar —dijo.

El t'lan observó a Kruppe un instante, antes de echar hacia atrás la cabeza y romper a reír como nunca lo había

hecho.

Las horas anteriores al sueño de Kruppe habían resultado azarosas, empezando por su reunión con Baruk, que permitió la revelación del portador de la moneda, subrayada por la avispada si bien algo teatral suspensión de la impresión de la moneda en cera, hechizo común que para su sorpresa había salido rana.

Mas poco después de la reunión, cuando las miguillas de la cera, a esas alturas endurecida, daban saltos en el pecho y los brazos de su casaca, Kruppe se detuvo a la entrada de la morada del alquimista. Roald no aparecía por ninguna parte.

—Oh, diantre —gruñó Kruppe mientras se secaba el sudor de la frente—. ¿Por qué habría de resultarle familiar al señor Baruk el nombre de Azafrán? Ah, estúpido Kruppe. Por el tío Mammot, por supuesto. Oh, vaya, eso ha estado cerca, ¡todo podría haberse echado a perder! —Continuó por el recibidor hasta llegar a las escaleras.

El poder de Oponn se había encerado considerablemente. Kruppe sonrió al concebir aquella reflexión tan chistosa; la suya fue una sonrisa distraída. Haría bien en evitar tales contactos. El poder tenía por costumbre disparar sus propias destrezas; ya sentía en su interior la necesidad imperiosa de recurrir a la baraja de los Dragones.

Descendió a buen paso las escaleras y cruzó el salón hasta llegar a la puerta. Roald entró en ese instante, agobiado bajo un sinfín de mundanas provisiones. Kruppe reparó en la capa de polvo que cubría la ropa del anciano.

—Querido Roald, ¡se diría que acabas de sufrir el embate de una tormenta en el desierto! ¿Necesitas de la ayuda de

Kruppe?

—No —gruñó Roald—. Gracias, Kruppe. Puedo apañármelas. ¿Serías tan amable de cerrar la puerta al salir?

—¡Por supuesto, buen Roald! —Kruppe dio una palmada en el hombro al sirviente y entró en el patio. Las puertas que conducían a la calle estaban abiertas, y más allá se alzaba una nube de polvo—. Ah, sí, las obras de la calle —masculló Kruppe.

Sentía un dolor de cabeza localizado entre los ojos, y el sol que brillaba en lo alto no hacía sino empeorarlo. Se hallaba a mitad de camino de las puertas cuando se detuvo.

—¡Las puertas! ¡Kruppe ha olvidado cerrarlas! —Giró sobre sus talones y volvió a la entrada de la hacienda, donde lanzó un suspiro cuando escuchó el leve sonido metálico producido por las puertas al cerrarse. De nuevo se dirigió a la calle, desde la cual alguien lanzó un grito. Siguió a continuación un sonoro estampido que, no obstante, escapó a la atención de Kruppe.

Aquel grito sirvió de anuncio de la tormenta de hechicería que estalló en el interior de su cabeza. Cayó de rodillas y levantó la testa, abiertos los ojos como platos.

—Eso sí ha sido una maldición de Malaz —susurró—. En tal caso, ¿por qué en la mente de Kruppe arde como grabada a fuego la imagen de Casa de Sombra? ¿Quién ronda en este instante las calles de Darujhistan? —se preguntó. *Infinita serie de nudos…*—. Misterios resueltos, más misterios por resolver.

El dolor había cesado. Kruppe se puso en pie y se sacudió el polvo de la ropa.

—Menos mal que la susodicha aflicción ha acontecido lejos de las miradas de seres suspicaces. Todo por una promesa hecha al buen Roald. Mi buen y sabio amigo Roald.

Bienvenido sea el aliento de Oponn para la presente circunstancia, aunque lo manifieste a regañadientes.

Se encaminó a las puertas y echó un vistazo a la calle. Se había volcado un carro cargado de adoquines. Dos hombres discutían acaloradamente para determinar quién era el culpable mientras levantaban el carro y lo llenaban de nuevo.

Kruppe los observó atentamente. Hablaban la lengua daru, aunque para alguien dado a los pequeños detalles, aquel acento… No era el que correspondía.

—¡Oh, diantre! —dijo Kruppe retrocediendo. Ajustó la casaca, llenó de aire los pulmones, abrió la cancela y salió a la calle.

El hombrecillo gordo al que le colgaban las mangas salió por la cancela de la casa y giró a la izquierda. Parecía tener prisa.

El sargento Whiskeyjack secó el sudor de la frente con un antebrazo cubierto de cicatrices, entornados los ojos para protegerlos del intenso sol.

—Ése es, sargento —informó Lástima, a su lado.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy.

Whiskeyjack observó al hombre serpentear entre la multitud.

—¿Qué lo hace tan importante? —preguntó.

—Admito tener cierta inseguridad respecto a la importancia del sujeto. Pero es vital, sargento —respondió Lástima.

Whiskeyjack se mordió el labio, luego se volvió al fondo del carromato donde habían extendido un mapa de la

ciudad, apuntalado con piedras en los extremos para evitar que se enrollara.

—¿Quién habita la hacienda?

—Uno llamado Baruk —respondió Lástima—. Un alquimista. Arrugó el entrecejo. ¿Cómo lo sabía?

—¿Quieres decir que el gordito es Baruk?

—No. Ése trabaja para el alquimista. No es un sirviente. Un espía, quizá. Sus habilidades incluyen el latrocinio, y tiene… talento.

—¿Vidente? —preguntó Whiskeyjack, levantando la mirada.

Lástima arrugó la expresión. El sargento siguió observándola, con cierta sorna, mientras la recluta palidecía. *Maldita sea* —se preguntó—, *¿qué diantre le pasa ahora a la niña?*

—Eso creo —respondió ésta con voz temblorosa.

—De acuerdo. Síguelo.

El sargento apoyó la espalda en el lateral del carromato. Mientras estudiaba a los componentes del pelotón, su expresión se fue ensombreciendo. Trote golpeaba con la pica como si estuviera en el campo de batalla. Las piedras volaban por doquier, y los transeúntes se agachaban al pasar y maldecían en voz alta cuando de nada servía agacharse. Seto y Violín se agazapaban tras una carretilla de mano y cerraban los ojos cada vez que el pico del barghastiano hacía temblar la calle. Mazo se hallaba a poca distancia, dirigiendo a los transeúntes hacia la otra acera. Ya no les hablaba a voz en cuello, puesto que había perdido la voz discutiendo con un anciano que conducía a un burro hundido bajo el peso de un enorme cesto de leña. Los fardos de leña yacían desparramados en el camino (del anciano y su burro, ni rastro), obstáculo ideal para evitar la circulación de vehículos.

Concluyó Whiskeyjack que, con todo, quienes lo acompañaban habían asumido el papel de obreros con una facilidad que no podía dejar de perturbarle.

Seto y Violín habían comprado el carromato y habían cargado los adoquines menos de una hora después de su desembarco a medianoche en un muelle público de Antelago. Temía preguntar cómo lo habían logrado exactamente. No obstante, se ajustaba perfectamente al plan. Algo bullía en su mente pero no hizo caso. Era un soldado y un soldado se limitaba a cumplir órdenes. Cuando llegara el momento, estallaría el caos en todas las encrucijadas principales de la ciudad.

—Minarlo no será fácil —había señalado Violín—, de modo que lo haremos delante de todo el mundo. Reparaciones del pavimento.

Whiskeyjack sacudió la cabeza. Tal como había predicho Violín, nadie les había formulado ninguna pregunta al respecto. Continuaban abriendo las calles de la ciudad para reemplazar los antiguos adoquines por munición moranthiana, embutida en contenedores de barro. ¿Acaso iba a ser todo tan sencillo?

Volvió a pensar en Lástima. No era probable. Ben el Rápido y Kalam habían logrado convencerlo por fin de que era mejor que ejecutaran su parte de la misión sin ella de por medio. La recluta seguía con ellos, con la mirada huidiza, siempre al acecho, pero sin ofrecerles nada que resultara de ayuda. Tuvo que admitir que sintió cierto alivio tras enviarla en pos del hombrecillo gordo.

¿Qué había empujado a esa jovencita de diecisiete años a la vorágine de la guerra? No podía entenderlo. No había forma de ver más allá de su juventud, de la frialdad, de aquella fachada de fría asesina que revestía su mirada de pez. Por mucho que dijera al pelotón que era tan humana

como cualquiera de ellos, aumentaban las dudas cada vez que se planteaba una nueva pregunta para la que no hallaba respuesta. No sabía prácticamente nada acerca de ella. La noticia de que podía gobernar una barca de pesca había constituido una auténtica sorpresa. Y ahí en Darujhistan, la muchacha se comportaba como si se hubiera criado en un pueblo pesquero. Tenía una actitud natural, una cierta seguridad en sí misma más propia de los miembros de las clases acomodadas. Esa actitud la acompañaba a todas partes.

¿Acaso hablaba como una chica de diecisiete años? No, más bien parecía adecuarse a la opinión de Ben el Rápido, lo que resultaba cuando menos irritante. ¿Cómo, si no, podía lograr que la imagen de la muchacha encajara con la mujer fría e implacable a quien había visto torturar a aquellos prisioneros en las afueras de Nathilog? La miraría y una parte de sí mismo diría: *Joven, no es desagradable a la vista, con una confianza que la dota de cierto magnetismo*. Mientras, la otra parte de su mente cerraría la boca: *¿Joven?* Entonces rompería a reír, contrito. *¡Oh, no, esa moza no! Es vieja. Ésa ya paseaba a la rojiza luz de la luna en los albores del tiempo. Su rostro pertenece a lo impenetrable; te mira a los ojos, Whiskeyjack, y tú jamás sabrás qué pensamientos oculta esa mirada.*

Era consciente del sudor que corría por su rostro y cuello. Paparruchas. Esa parte de su pensamiento se dejaba llevar por el terror; tomaba lo desconocido y daba forma, ciego en su desesperación, a un semblante que pudiera reconocer. *La desesperanza*, se dijo, *siempre exige una dirección, un sentido. Encuentra la dirección y la desesperanza se diluirá.*

Claro que no era tan fácil. La desesperación que sentía no tenía forma. No sólo obedecía a Lástima, ni a esa guerra

interminable, ni siquiera a la traición que anidaba en el Imperio. No tenía dónde buscar respuestas, y estaba harto de hacer preguntas.

Cuando observó a Lástima en Perrogrís, la fuente de su temor provenía del descubrimiento de aquello en lo que se estaba convirtiendo: una asesina carente de remordimiento, escudada en la inhumanidad del frío acero, libre de la necesidad de hacer preguntas, de buscar respuestas, de dar forma a una vida razonable, isla en mitad de un mar ensangrentado.

En la iracunda mirada de aquella niña había visto la amargura que teñía su alma. El reflejo fue inmaculado, sin impurezas que desafiaran a la verdad de lo que había visto.

El sudor que descendía por su espina dorsal, bajo el jubón, era cálido a pesar del frío que atenazaba al sargento. Whiskeyjack se llevó la mano temblorosa a la frente. En los días y las noches que se avecinaban, moriría gente debido a sus órdenes. Había estado pensando en ello como la culminación de su cuidadosa y meticulosa planificación: el éxito derivado del cálculo de las pérdidas propias con respecto a las del enemigo. La ciudad, con su ajetreada muchedumbre, las vidas grandes o pequeñas, cobardes o valientes, no era más que el tablero de un juego que únicamente se jugaba en aras del beneficio ajeno. Había hecho planes como si nada de sí mismo corriera peligro. Y sus amigos podían morir (por fin los llamaba por lo que eran), y también los amigos de otros, los hijos e hijas y los padres. La lista de vidas rotas se antojaba interminable.

Whiskeyjack recostó con fuerza la espalda en el costado del carromato, en un esfuerzo por dejar de devanarse los sesos. Con cierta desesperación, levantó la mirada. Vio a un hombre en la ventana de la segunda planta de la hacienda. Los observaba. Tenía las manos rojas.

El sargento apartó la mirada. Se mordió el carrillo hasta sentir una punzada de dolor, seguida del amargo sabor de la sangre. *Concéntrate* —se dijo—. *Apártate del precipicio. Concéntrate o morirás. Y no sólo tú, sino también el pelotón. Confían en que los sacarás de esto con vida. No puedes descuidar que debes ganarte esa confianza.* Llenó de aire los pulmones, se volvió a un lado y escupió un esputo de sangre.

—Ahí va —dijo mirando el adoquín teñido de rojo—. Qué fácil resulta mirarlo, ¿verdad?

Oyó pasos y, al volverse, vio llegar a Seto y Violín. Ambos parecían angustiados.

—¿Todo bien, sargento? —preguntó Violín. Tras los saboteadores se acercó Mazo, que no apartaba la mirada del rostro lívido y sudoroso de Whiskeyjack.

—Nos estamos retrasando más de lo previsto. ¿Cuánto falta? Con la faz cubierta de polvillo y sudor, ambos cruzaron la mirada.

—Tres horitas —respondió Seto.

—Hemos decidido plantar siete minas —comunicó Violín —. Cuatro chisposas, dos fogosas y una maldiciente.

—¿Bastarán para derrumbar algunos de estos edificios? —preguntó Whiskeyjack rehuyendo la mirada de Mazo.

—Pues claro. No hay mejor modo de bloquear una encrucijada. —Violín sonrió a su compañero.

—¿Hay alguno en concreto que quieras derribar? —preguntó Seto.

—La hacienda que tienes a tu espalda pertenece a un alquimista.

—Vale —respondió Seto—. Bastará con eso para iluminar todo el cielo.

—Tenéis dos horas y media. Después nos reuniremos en el cruce de la colina de la Majestad.

—¿Otro dolor de cabeza? —preguntó Mazo en voz baja adelantándose a los zapadores.

Whiskeyjack cerró los ojos y se limitó a inclinar la cabeza. El sanador levantó la mano y repasó con las yemas de los dedos la frente del sargento.

—Vamos a rebajarlo un poco —dijo.

—Me lo sé de memoria, Mazo. —El sargento sonrió con tristeza—. Incluso dices las mismas palabras. —Un frío letargo abrazó sus pensamientos.

Mazo apartó la mano; a juzgar por su expresión estaba agotado.

—Cuando tengamos tiempo encontraré la fuente de ese dolor de cabeza, Whiskeyjack.

—Eso —sonrió el sargento—: cuando tengamos tiempo.

—Confío en que Kal y el Rápido estén bien —dijo Mazo, volviéndose a observar el tráfico de la calle—. ¿Has despachado a Lástima?

—Sí. Estamos solos. Saben dónde encontrarnos, los tres lo saben. —El hombre de las manos rojas seguía en la ventana, aunque parecía más atento a los tejados. Una nube de polvo se levantó entre ambos y Whiskeyjack volvió la atención al mapa de la ciudad, donde todas las encrucijadas principales, los cuarteles y la colina de la Majestad aparecían señaladas con un círculo rojo—.

—Mazo.

—¿Sargento?

—He vuelto a morderme el carrillo.

El sanador se acercó, de nuevo con la mano en alto.

Azafrán Jovenmano caminaba hacia el sur por el paseo de Trallit. Las primeras señales de las inminentes celebraciones de Gedderone se manifestaban ya. Enseñas

pintadas colgaban sobre las calles de los cables de tender la ropa, las flores dibujadas y las tiras de corteza decoraban las puertas, y manojos de malas hierbas colgaban clavados en las paredes de cada esquina.

Gentes venidas de más allá de los muros de la ciudad llenaban las calles. Pastores gadrobi, mercaderes rhivi, tejedoras catlin, una muchedumbre de gente chillona, inquieta y sudorosa. Los olores animales se mezclaban con los humanos hasta tal punto que el hedor de las callejuelas resultaba insoportable, lo que a su vez abarrotaba aún más las vías principales de paso.

En el pasado, a Azafrán le regocijaron mucho aquellas celebraciones; se abría paso entre la multitud a medianoche y llenaba su propio bolsillo a costa del ajeno. Durante las fiestas, desaparecían las preocupaciones derivadas de las campañas que desplegaba al norte el Imperio de Malaz. Al menos lo hacía por un tiempo. Su tío siempre sonreía al constatarlo; decía que el cambio de estación ponía en perspectiva los actos de la humanidad. «Los actos fútiles, infantiles —solía apostillar—, de una especie mortal, estrecha de miras, Azafrán, que es incapaz de hacer nada por detener el gran ciclo vital.»

Rememoró las palabras de Mammot de camino a casa. Siempre había considerado a su tío un anciano sabio, si bien algo ineficaz. Cada vez más, no obstante, se descubría perturbado por las observaciones de Mammot.

Celebrar el rito de la primavera de Gedderone no debería servir de excusa para evitar las presiones diarias. Tampoco era una escapatoria inocua, sino un medio de retrasar lo probable y volverlo inevitable. *Podemos bailar todo el año en las calles* —pensó ceñudo—, *durante un millar de ciclos vitales, y con la misma certeza del paso de las estaciones el Imperio de Malaz irrumpirá por la puerta.*

Pondrán punto y final al baile a punta de espada; son emprendedores, un pueblo disciplinado, impacientes ante cualquier gasto inútil de energía… Y cortos de miras.

Llegó a la casa. Entró tras saludar con una inclinación de cabeza a la anciana que fumaba en pipa sentada en los escalones de la entrada. El recibidor estaba vacío. Supuso que la turba de niños que solía encontrar ahí debía de estar jugando en las calles. El murmullo doméstico se filtraba por las puertas cerradas. Subió la quejumbrosa escalera hasta llegar a la primera planta.

Ante la puerta de Mammot flotaba el monito alado del erudito. Tiraba de la correa desesperadamente. Ignoró a Azafrán hasta que el joven lo apartó de un manotazo, momento en que se puso a chillar mientras volaba en círculos alrededor de su cabeza.

—Ya estamos molestando otra vez, ¿eh? —Azafrán agitó la mano cuando la criatura se posó en su pelo y tiró de él con las diminutas manitas de un ser humano—. Basta ya, *Moby* —dijo más ablandado al tiempo que abría la puerta.

Encontró a Mammot preparando un té.

—¿Te apetece un té, Azafrán? —preguntó su tío sin volverse siquiera—. Respecto a ese monstruito que seguramente andará posado en tu cabeza, dile que hoy ya he terminado con él.

Moby aspiró indignado y revoloteó hacia el escritorio del sabio, donde al posarse de panza arrojó los papeles al suelo. Luego gorjeó.

Mammot se volvió con la bandeja y lanzó un suspiro.

—Pareces cansado, muchacho —dijo fijando una mirada acuosa en Azafrán.

—Sí. Cansado y de mal humor —confirmó su sobrino al tiempo que se dejaba caer sobre el sillón menos destartalado de los dos que había en la estancia.

—El té que he preparado obrará el efecto de costumbre. —Mammot sonrió.

—Puede que sí, puede que no.

Mammot apoyó la bandeja en una mesita que había entre ambos sillones. Luego tomó asiento con un quejido.

—Como sabes, tengo mis escrúpulos con respecto a tu profesión, Azafrán, puesto que cuestiono cualquier clase de derecho, incluido el de la propiedad. Incluso los privilegios exigen de una responsabilidad, como siempre digo, y el de la propiedad requiere que el propietario se responsabilice de proteger aquello que considera propio. Mi única preocupación, por supuesto, estriba en los riesgos que por fuerza debes asumir. —Se inclinó para servir el té—. Muchacho, un ladrón debe estar seguro de algo, de su concentración. Las distracciones son muy peligrosas.

Azafrán se volvió a mirar a su tío.

—¿Qué has estado escribiendo durante estos años? —preguntó inesperadamente, señalando el escritorio.

Sorprendido, Mammot tomó la taza y se recostó.

—¡Bravo! ¿Veo que de pronto sientes un interés sincero por la educación? Ya iba siendo hora. Tal como he dicho antes, Azafrán, tienes inteligencia de sobra para llegar lejos. Puede que no sea más que un humilde hombre de letras, pero mi palabra servirá para abrirte más de una puerta en la ciudad. Ni siquiera el concejo quedaría fuera de tu alcance, si escoges tomar esa dirección. Disciplina, muchacho, el mismo requisito del que has necesitado para convertirte en un excelente ladrón.

La mirada de Azafrán se iluminó con un brillo que tuvo algo de ladino.

—¿Cuánto tardaría en darme a conocer en ese ámbito? —preguntó en voz baja.

—Veamos, claro está que lo que importa es el aprendizaje —dijo Mammot. —Claro, claro. —En la mente de Azafrán, no obstante, se dibujó la silueta de una doncella dormida.

—Si estudiaras a tiempo completo —respondió Mammot tras apurar el té—, y con tu ardor juvenil, yo diría que un año, quizá más, quizá menos. ¿Acaso tienes prisa?

—No, sólo ardor juvenil, supongo. De cualquier modo, no me has respondido. ¿Qué escribes, tío?

—Ah. —Mammot volvió la mirada al escritorio, enarcando una ceja a *Moby*, que acababa de abrir un tintero, cuyo contenido bebía a grandes tragos—. La historia de Darujhistan —respondió—. Acabo de empezar el quinto volumen, que empieza en el reinado de Ektalm, penúltimo de los reyes tiranos.

—¿Quién? —preguntó Azafrán.

Mammot se sirvió más té mientras una sonrisa se extendía en su rostro. —Usurpó el trono a Letastte y fue sucedido por su hija, Sandenay, que ocasionó el alzamiento y, con éste, el fin de la época de los tiranos.

—Ah, sí.

—Azafrán, si de veras vas en serio, la historia de Darujhistan constituye la primera de tus lecciones, lo cual no supone que tengas que empezar por el quinto volumen, sino que lo hagas por el principio.

—Nacida de un rumor —asintió Azafrán.

El chillido de *Moby* dio paso a una tos. Mammot lo miró de reojo antes de devolver la atención a Azafrán.

—Sí, muchacho —confirmó sin que su faz revelara nada —. Darujhistan nació de un rumor. —Titubeó—. ¿Has oído eso en alguna otra parte? ¿Hace poco?

—Alguien lo mencionó —respondió Azafrán sin darle mucha importancia—. Aunque no recuerdo quién. —De

hecho sí lo recordaba, pues había sido Rallick Nom, el asesino.

—¿Sabes qué significa?

Azafrán sacudió la cabeza.

—Tómate el té, muchacho. —El anciano aprovechó el silencio para ordenar sus pensamientos—. En los años tempranos de este reino, tres grandes pueblos lucharon por el dominio; ninguno de éstos podía considerarse humano, tal como nosotros entendemos el término. Los primeros en ceder fueron los forkrul assail o los krussail, tal como se los conoce ahora. No fue por debilidad, sino… En fin, por desinterés. Los dos restantes guerrearon sin pausa ni descanso. Con el tiempo uno de ellos cedió, puesto que era una raza de individuos que tanto guerreaban entre sí como contra los enemigos de su raza. Se llamaban jaghut, aunque el término ha degenerado en nuestra época hasta adoptar la forma jagh o shurl. No desaparecieron del todo, pero perdieron la guerra. Se dice que algunos jaghut sobreviven hoy en día, aunque, por suerte, no en Genabackis.

»De modo que Darujhistan nació de un rumor —continuó Mammot, rodeando la taza de té con ambas manos—. Entre las tribus indígenas gadrobi, que moraban en las colinas, pervivió la leyenda de la existencia de un túmulo jaghut en algún lugar más allá de las colinas. Los jaghut poseían una magia poderosa, eran creadores de sendas secretas y objetos de poder. Con el paso del tiempo, la leyenda gadrobi se extendió allende las colinas, hacia el norte de Genabackis y al sur de Catlin, a reinos que desde entonces se han convertido en polvo tanto a oriente como a occidente. Sea como fuere, llegaron buscadores a las colinas, al principio un puñado, luego hordas, tribus enteras dirigidas por chamanes y hechiceros sedientos de poder. Cada cima se vio surcada por trincheras y fosos. Entre los campamentos y

las chabolas, gracias a los millares de buscadores de tesoros que llegaban cada primavera, nació una ciudad.

—Darujhistan —dijo Azafrán.

—Sí. Nunca encontraron el túmulo, y el rumor hace tiempo que se ha marchitado. Pocos lo conocen en estos tiempos, y quienes lo hacen dedican su tiempo a asuntos más provechosos que la búsqueda de un tesoro.

—¿Por?

—Rara vez algo de construcción jaghut ha aparecido en mano humana, aunque haya sucedido, y siempre que lo ha hecho las consecuencias han sido catastróficas. —El anciano arrugó aún más el entrecejo—. Existe una lección evidente en todo esto, siempre y cuando uno quiera verla.

—Los krussail desaparecieron —concluyó Azafrán al cabo de unos instantes de meditarlo— y los jaghut fueron derrotados. ¿Qué le sucedió al tercer pueblo? ¿A los vencedores? ¿Por qué no habitan la ciudad en nuestro lugar?

Mammot abrió la boca para responder, pero se contuvo y pareció reconsiderarlo.

Azafrán entornó los ojos. Se preguntó qué había estado a punto de revelarle Mammot y por qué razón había escogido no hacerlo. Mammot dejó la taza en la mesita.

—Nadie está seguro de lo que les sucedió, Azafrán, o de cómo se convirtieron en lo que son hoy. Existen, bueno, de algún modo lo hacen, y todos los que se han enfrentado al Imperio de Malaz los conocen por el nombre de t'lan imass.

Lástima se abrió paso entre la multitud en su empeño por no perder de vista al hombrecillo gordo. No era que resultase difícil seguirlo, pero la joven capeaba una

tormenta en la mente, tormenta que había estallado cuando el sargento Whiskeyjack pronunció la palabra «vidente».

Sintió como si algo oscuro y compacto acabara de abrirse en su cerebro nada más oír la palabra. La masa oscura combatía ya todo cuanto la rodeaba. Aunque en un principio había percibido su fuerza irrefrenable, ya se desvanecía. Fuera lo que fuese lo que la combatía, estaba ganando la batalla. Aun así creyó oír, débilmente, el llanto de un niño.

—Soy Cotillion —murmuró—. Patrón de los asesinos, por todos conocido como la Cuerda de Sombra. —El llanto se hizo más y más lejano—. La vidente ha muerto.

En un rincón de la mente se alzó una protesta; otro rincón, no obstante, formuló en cambio una pregunta: «¿Qué vidente?»

—Estoy dentro pero separado. Estoy junto a Tronosombrío, que tiene por nombre Ammanas, señor de Sombra. Aquí estoy, la mano de la muerte. —Lástima sonrió, reafirmada su personalidad. Fuera lo que fuese lo que había desafiado el control que ejercía sobre sí misma había desaparecido ya, ido, enterrado en lo más hondo. El lujo del llanto, de la ira, del temor no le pertenecían y jamás le habían pertenecido.

Tomó aire, volcados sus sentidos en la labor que tenía entre manos. El hombrecillo gordo era peligroso. Aún tenía que descubrir cuánto y por qué, pero cada vez que lo veía entre la multitud todos sus poderes se volvían atentos. *Todo lo que supone un peligro* —se dijo— *debe perecer.*

Bajo la muralla de Segundafila, en Antelago, el mercado situado en el paseo de la Sal disfrutaba del habitual bullicio. El asfixiante calor, concentrado a lo largo del día en las

revueltas avenidas y callejuelas, vivía su punto más álgido. Los mercaderes sudorosos y agotados proferían maldiciones a los competidores en su eterna disputa por atraer la atención de los clientes. Se producían riñas cada poco rato, aquí y allá, y la multitud separaba a los contendientes a empellones antes de que llegara la malhumorada guardia.

Agachados en las esteras de hierba, los llaneros rhivi alababan con su habitual e interminable sonsonete las exquisiteces de la carne de caballo. En los cruces, los pastores gadrobi permanecían junto a los postes, rodeados de cabras y ovejas, mientras que otros empujaban los carros de madera cargados de quesos y cántaros de barro llenos de leche fermentada. Los pescadores daru caminaban con espetones de pescado ahumado que agitaban en lo alto para ahuyentar a las moscas. Las tejedoras catlin se sentaban tras las ruecas (estando de pie les llegarían a la cintura), remachadas con pernos de una tela teñida de vivos colores. Los granjeros gredfalanos se erguían en sus carromatos, dispuestos a vender el amargo fruto de la estación a la multitud, mientras sus hijos se aferraban a los fardos de leña como si fueran monos. Hombres y mujeres de oscuras túnicas procedentes de Callows entonaban las oraciones propias del millar de sectas de D'rek con el icono propio de cada una en alto.

Kruppe descendió por la calle del mercado con cierto garbo, agitando los brazos como si fuera una marioneta. Tal movimiento, no obstante, no obedecía a su manera de andar, pero sí disimulaba los gestos que servían de requisito al hechizo. En su faceta de ladrón, los gustos de Kruppe no podían ser más sencillos: robaba comida, sobre todo fruta y dulces, y era para satisfacer tales gustos del

paladar por lo que había ido perfeccionando sus habilidades mágicas.

Mientras caminaba, el caótico baile de sus brazos siguió el compás de las manzanas que volaban de los cestos, de los pastelillos que saltaban de las bandejas, de los dulces cubiertos de chocolate fundido, que atrapaba al vuelo de los cestos. Todas estas viandas se movían con una inaudita fluidez; eran borrones en el aire empeñados en esquivar a los demás. En el interior de las generosas mangas de la casaca había practicado todo tipo de bolsillos, grandes y pequeños. Todo lo que caía en manos de Kruppe desaparecía en sus mangas, guardado en el bolsillo del tamaño correspondiente. Siguió caminando este conocedor de las delicias de un centenar de culturas, y lo hizo con la expresión de quien ha saciado un voraz apetito dibujada en su cara redonda.

Al cabo, después de seguir una ruta larga y tortuosa, Kruppe llegó a la taberna del Fénix. Hizo una pausa al llegar al primer peldaño de la escala, donde conversó con un matón sentado en uno de los peldaños. De una de las mangas sacó una bola de miel azucarada. Dio un mordisco al dulce, empujó la puerta y desapareció en el interior del local.

A media manzana de distancia, Lástima se pegó a la pared de una propiedad y se cruzó de brazos. El hombrecillo gordo era un misterio. Había visto lo bastante de su peculiar danza para comprender que se trataba de un adepto. Aun así se sentía confusa, ya que la mente que se ocultaba tras aquella fachada apuntaba a una capacidad mucho mayor que la mostrada. Tal sospecha no hizo sino confirmar que se trataba de una criatura peligrosísima.

Observó la taberna con atención desde el lugar donde se encontraba. El matón parecía escudriñar a todos los parroquianos, pero no detectaba ningún indicio que pudiera delatar que se trataba de un antro de ladrones. Las conversaciones eran siempre breves, por lo general saludos. De todos modos, tenía intención de entrar en la taberna. Era el tipo de lugar al que Whiskeyjack enviaría a Kalam y a Ben el Rápido para que buscasen a un puñado de ladrones, brazos fuertes y asesinos. Nadie le había contado por qué razón el sargento quería dar con un lugar así. El mago y Kalam sospechaban de ella, y percibía que habían compartido sus argumentos con Whiskeyjack. A ser posible, la mantendrían al margen de todo, cosa que ella no estaba dispuesta a permitir.

Se apartó de la pared, cruzó la calle y se acercó a la taberna del Fénix. En lo alto, el anochecer había extendido su manto sobre la tarde, y olía a lluvia. Al acercarse a la escalera, el matón centró su atención en ella.

—De modo que sigues a Kruppe, ¿eh? —dijo con una sonrisa—. Las mujeres no deberían andar por ahí con espadas. Espero que no quieras entrar. ¿Con una espada? ¡Uy, uy! No sin escolta, al menos.

Lástima dio un paso atrás. Miró a un lado y otro de la calle. El transeúnte más cercano se hallaba a una manzana de distancia y se dirigía en dirección contraria. Agarró con las manos los bordes del capote y se envolvió con él.

—Déjame pasar —dijo en voz baja. ¿Cómo diantre la habría descubierto el gordito?

—Vamos a ver si nos entendemos… —dijo el matón—. ¿Qué te parece si nos acercamos al callejón, tú dejas la espada y yo me muestro amable contigo? De otro modo, las cosas se pondrán muy feas, y ¿qué tendría de divertido… ?

Lástima movió la zurda a la velocidad del rayo. Una daga centelleó entre ambos. La hoja atravesó el ojo derecho del tipo y, luego, el cerebro. El matón cayó hacia atrás sobre la barandilla de la escalera hasta dar como un saco de patatas junto a los peldaños. Lástima se acercó a él y recuperó la daga. Hizo una pausa, se ajustó el tahalí del que pendía la espada ropera; finalmente, vigiló de nuevo la calle. Al ver que no había nadie en las inmediaciones, se encaminó a la puerta y entró en el local.

Antes de que pudiera dar un segundo paso se detuvo al topar con un muchacho que colgaba boca abajo. Dos mujeronas se turnaban para zarandearlo de un lado a otro. Cada vez que el joven intentaba alcanzar la cuerda atada a los tobillos, se ganaba un coscorrón en la cabeza. Una de las mujeres sonrió a Lástima.

—¡Vaya, mira qué tenemos aquí! —exclamó la mujer, aferrando el brazo de Lástima cuando ésta quiso pasar por su lado. Lástima dedicó a la mujer una mirada gélida.

—¿Qué?

La otra se acercó con tufo a cerveza en el aliento.

—Si te metes en líos —susurró—, sólo tienes que preguntar por Irilta y Meese. Somos nosotras, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Lástima se apartó de la mujer. Ya había visto al hombrecillo gordo… ¿Cómo lo había llamado el matón? Kruppe. Estaba sentado a una mesa cerca de la pared opuesta, junto al patio. A través de la densa clientela, Lástima distinguió que había un hueco en la barra; un buen lugar desde el cual podría vigilarlo. Se abrió paso.

Puesto que Kruppe conocía su existencia, decidió no hacer el menor esfuerzo por ocultar su presencia. A menudo, eso era precisamente el tipo de presión que bastaba para doblegar la voluntad de un hombre. *En la*

guerra de la paciencia, sonrió Lástima para sus adentros, *el mortal siempre juega con desventaja.*

Azafrán dobló la esquina y se acercó a la taberna del Fénix. El rumbo que Mammot había trazado para él resultaba sobrecogedor, puesto que la educación se extendía más allá de los libros, hasta la etiqueta en las maneras de la corte, las funciones de los diversos funcionarios, el conocimiento de las grandes familias, las manías de determinados dignatarios. Sin embargo, se había hecho la firme promesa de seguir adelante. Su objetivo era lograr algún día plantarse ante la damita de los D'Arle, y que lo presentaran formalmente.

Hubo algo en su interior que se burló de semejante idea. Ahí estaba Azafrán, el estudioso, la sofisticada y joven promesa, el ladrón. Era demasiado absurdo. Aun así, estaba emperrado, era férrea su resolución y no tardaría en conseguirlo. Hasta ese momento, sin embargo, tenía otros asuntos que resolver, cosas que necesitaba compensar.

Al subir la escalera de la taberna, le pareció ver una sombra bajo la barandilla. Con sumo cuidado, Azafrán se acercó a ella.

Mientras Lástima se acercaba a la barra, se abrió la puerta de la taberna de par en par. La recluta se volvió, al igual que los demás, y vio a un joven de pelo negro bajo el dintel.

—¡Han asesinado a Chert! —gritó el hombre—. ¡Lo han acuchillado!

Media docena de parroquianos se arrojaron hacia la puerta, apartaron a un lado al joven y salieron por la

puerta.

Lástima se volvió de nuevo a la barra. Al ver que la tabernera la miraba, pidió:

—Gredfalana, por favor, y en jarra de estaño.

La mujer a la que Irilta había llamado Meese apareció junto a Lástima golpeando con sus fornidos brazos la barra, al tiempo que se inclinaba sobre ella.

—Atiende a la dama, Scurve —gruñó Meese—. Tiene buen gusto. Meese acercó aún más el rostro al de Lástima. —Buen gusto en todo. Chert era un cerdo.

Lástima se enderezó y deslizó lentamente las manos a la espalda, tras la capa.

—So, muchacha —dijo Meese en voz baja—, que no vamos a reñir por un pelele. En este lugar, uno cuida de sí mismo antes que nada, y te aseguro que no quiero terminar con un cuchillo en el ojo. Dijimos que cuidaríamos de ti, ¿o no?

Llegó la bebida, tal como la había pedido. Lástima levantó una mano y tomó la jarra del asa.

—No te conviene cuidar de mí, Meese —replicó en voz baja.

Una tercera persona llegó junto a Meese, al otro lado. Lástima comprobó que se trataba del joven del pelo negro azabache. Estaba pálido hasta las cachas.

—Maldición, Meese —silbó—. Menuda mierda de día llevo hoy.

Meese soltó una sonora carcajada y pasó uno de sus brazos por encima de los hombros del atribulado muchacho.

—Scurve, sírvenos un par de esas jarras de gredfalana. Aquí nuestro Azafrán se ha ganado lo mejor de Darujhistan. —De nuevo Meese se volvió hacia Lástima—. La próxima

vez —le susurró— será mejor que no vayas por ahí dándotelas de buena crianza. No aquí, al menos.

Lástima bebió ceñuda de la jarra. Pedir la bebida más cara de la ciudad había sido un desliz. Tomó un buen sorbo.

—*Mmm* —alabó—. Es estupenda.

Una sonrisa torcida se extendió en el rostro de Meese.

—A la dama le gusta lo mejor.

Azafrán se inclinó hacia ellas y dirigió a Lástima una sonrisa cansada pero cálida. En el exterior se oyeron los cuernos de la guardia. Scurve sirvió las dos bebidas.

Lástima reparó en que Azafrán la repasaba con la mirada. La sonrisa del joven adquirió un punto de tensión y empalideció aún más. Al servirle la jarra, Azafrán apartó la mirada y la tomó.

—Será mejor que la pagues antes de bebértela, Azafrán —masculló Scurve—. En eso empiezas a parecerte a Kruppe.

Azafrán hundió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas. Cuando intentaba contarlas, algunas se deslizaron entre sus dedos y cayeron en la barra. De estas tres monedas, dos protestaron con su voz metálica antes de quedar inmóviles. La tercera moneda se puso a girar, y siguió girando. Las miradas de Lástima, Scurve y Meese se vieron atraídas por esta moneda. Azafrán extendió la mano para atraparla. Luego titubeó. La moneda seguía girando, sin que su inercia se hubiera visto afectada lo más mínimo.

Lástima contempló la moneda, consciente de los ecos de poder que martilleaban su cerebro como las olas del océano se golpean unas a otras. En su interior, de pronto, se alzó una súplica. Scurve lanzó un grito cuando la moneda patinó por la superficie de la barra, dio un bote hasta levantar un palmo de ésta y, finalmente, cayó inmóvil delante de Azafrán.

Nadie pronunció una palabra. Más allá de aquel pequeño círculo, nadie había presenciado lo sucedido.

Azafrán recogió la moneda.

—Ésta no —dijo con voz ronca.

—Bien —respondió Scurve, en un tono similar, mientras extendía sus temblorosas manos para recoger las otras monedas que Azafrán había dejado en la barra.

Bajo el mostrador, Lástima frotó con la mano la empuñadura y la vaina de la daga. La retiró húmeda. De modo que Azafrán había reparado en la sangre. Tendría que matarlo. Aunque al pensarlo mejor supo que no debía.

—¡Azafrán, muchacho! —voceó alguien desde corredor.

Meese se volvió en esa dirección.

—El balbuceante pez en persona —masculló—. Kruppe te llama, jovencito.

Azafrán resopló tras devolver la moneda al bolsillo.

—Nos vemos, Meese —se despidió al hacerse con la jarra.

De modo que había encontrado al hombre de Oponn. Así de fácil. Por lo visto estaba relacionado con Kruppe. Parecía demasiado sencillo, y eso le hizo sospechar.

—Un chico muy agradable —comentó Meese—. Irilta y yo… le echamos un ojo, ¿no?

Lástima se inclinó sobre la barra con la mirada en la jarra que tenía en la mano. Tendría que jugar sus cartas con sumo cuidado. El arranque de magia Sombra, que había surgido en respuesta a la influencia de la moneda, había sido instintivo.

—Eso mismo, Meese —respondió—. Y no os preocupéis por nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Meese suspiró—. Por ahora mejor tirarnos a lo barato. ¿Scurve? Cerveza daru, si eres tan amable. En jarra de loza, si tienes.

Contra la muralla de Segundafila, en la parte que daba a Antelago, se hallaba el bar de Quip, refugio habitual de marinos y pescadores. Las paredes del bar estaban talladas en piedra arenisca, y con el tiempo todo el edificio se había inclinado hacia atrás, como si deseara apartarse de la calle. Quip se apoyaba en la muralla de Segundafila, al igual que las chabolas colindantes, construidas en su mayor parte de madera que había flotado a la deriva y de la tablonería arrastrada a la orilla desde los naufragios que se producían en el arrecife del Topo.

El crepúsculo bañó Darujhistan con una lluvia fina, mientras la bruma gateaba desde el lago por toda la costa. A lo lejos centelleaba el relámpago, tan lejos que el trueno era mudo.

Kalam salió del bar de Quip cuando el Caragris de turno acercó la cerilla a la cercana lámpara de gas, justo tras abrir la llave de cobre. La lámpara se encendió con una llamarada azul que pronto se encogió. Kalam se detuvo a la salida del bar para observar al extraño hombre vestido de gris, que se alejó calle arriba. Lo vio detenerse ante la última de las chabolas que lindaba con un corte irregular de la muralla, y perderse luego en su interior.

Ben el Rápido aguardaba sentado en plena calle con las piernas cruzadas.

—¿Ha habido suerte?

—No —respondió Kalam—. La Guilda se ha ocultado en su madriguera. No tengo ni idea de por qué. —Se acercó a la pared y tomó asiento en el petate. Luego recostó la espalda en la piedra vieja, vuelto hacia su compañero—. ¿Crees posible que el concejo de la ciudad haya tomado medidas para acabar con los asesinos del lugar?

—¿Te refieres a si se habrán adelantado, en previsión de que pudiéramos entablar contacto con ellos? —preguntó a su vez el mago, cuyos ojos lanzaron un destello en la oscuridad.

—No creo que sean tan idiotas. —Kalam apartó la mirada—. Deben saber que así actúa Malaz. Ofrece un contrato al Gremio que no pueda rechazar y, luego, se sienta a observar cómo caen derrocados los regentes, igual que moscas decapitadas. Whiskeyjack sugirió el plan. Dujek le dio el visto bueno. Esos dos hacían lo que el antiguo emperador. Apuesto a que el viejo está partiéndose de risa en el infierno, Ben.

—Desapacible imagen —tembló el mago.

—Todo queda en la teoría, no obstante, a menos que encontremos a los asesinos del lugar —continuó Kalam con un encogimiento de hombros—. Estén donde estén, no es en el barrio de Antelago, eso te lo aseguro. El único nombre que me ha parecido rodeado de algún misterio es la Anguila. Según parece no se trata de un asesino, sino de otra cosa.

—¿Y ahora? —preguntó Ben el Rápido—. ¿Al distrito Gadrobi?

—No. Ahí sólo encontraremos a un puñado de granjeros y ganaderos. Diantre, basta con pensar en cómo huele ese lugar para tacharlo de la lista. Probaremos en Daru, mañana por la mañana. —Kalam titubeó—. ¿Cómo llevas lo tuyo?

Ben el Rápido inclinó la cabeza. La respuesta surgió de los labios en forma de susurro imperceptible.

—Casi está listo.

—Whiskeyjack estuvo a punto de ahogarse cuando atendió tu propuesta. Y yo también. Te adentrarás en la boca del lobo, Ben. ¿Estás seguro de que es necesario?

—No. —Ben el Rápido levantó la mirada—. Personalmente, preferiría poder dejarlo todo atrás y echar a correr lo más lejos posible. Del Imperio, de Darujhistan, de la guerra. Pero intenta convencer de ello al sargento. Le debe lealtad a un ideal, y un ideal es lo más difícil de abandonar.

—Honor, integridad, toda esa costosa basura —admitió Kalam.

—Actuamos de este modo porque es nuestra única vía. La locura de Mechones nos compromete, pero aún podemos sacarle provecho, al menos una última vez. El poder atrae el poder, y con suerte el fallecimiento de Mechones obtendrá precisamente ese efecto. Cuantos más Ascendientes podamos atraer a la refriega, mejor.

—Y yo que creía que debíamos evitarlo, Ben.

—¿Qué me vas a contar? —La sonrisa del mago adquirió un punto de tensión—. Ahora mismo, cuanta más confusión y más caos podamos conjugar, mejor para nosotros.

—¿Y si Tayschrenn se entera?

—En tal caso moriremos mucho antes de lo previsto. —El mago sonrió entonces de oreja a oreja—. Así están las cosas.

—Así están. —Kalam soltó una risotada ronca, breve.

—El sol se ha puesto por el horizonte. Ha llegado la hora de empezar.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó el asesino.

—No, quiero que en esta ocasión sigas donde estás. Si no vuelvo, toma mi cadáver y quémalo hasta que no queden más que las cenizas. Espárcelas a los cuatro vientos y maldice mi estampa con toda tu alma.

Kalam guardó silencio.

—¿Cuánto tiempo debo esperar? —preguntó al cabo.

—Hasta el amanecer. Comprenderás que algo así sólo se lo pediría a mi mejor amigo.

—Lo comprendo. Vamos, anda, ponte a ello, maldita sea.

Ben el Rápido llevó a cabo una serie de gestos. Un círculo de fuego surgió de la tierra, alrededor del mago. Éste cerró los ojos.

Para Kalam, su amigo parecía deshincharse un poco, como si algo esencial para la vida hubiera desaparecido. El cuello de Ben el Rápido emitió un crujido cuando clavó la barbilla en el pecho, se hundió de hombros y emitió un largo suspiro. El fuego centelleó antes de convertirse en un fulgor tenue inscrito en la tierra.

Kalam cambió de postura. En aquel hondo silencio, esperó.

Murillio, pálido, regresó a la mesa y tomó asiento.

—Alguien va a encargarse del cuerpo —informó al tiempo que sacudía la cabeza—. Sea quien sea el que haya asesinado a Chert, se trata de un profesional con muy mala saña. Le ha atravesado el ojo…

—¡Basta! —protestó Kruppe, levantadas las manos—. Resulta que Kruppe está comiendo, querido Murillio, y Kruppe posee un estómago delicado.

—Chert era un estúpido —continuó Murillio haciendo caso omiso de Kruppe—, pero no creo que mereciera tanta inquina.

Azafrán no dijo nada. Había visto la sangre en la daga de aquella mujer de pelo negro.

—¿Quién sabe? —Kruppe enarcó ambas cejas—. Quizá presenciara un horror espantoso. Quizá lo aplastaran como aplasta el hombre al mísero ratón.

Azafrán miró a su alrededor. Reparó de nuevo en la mujer, que seguía junto a Meese, de pie en la barra. Vestía armadura de cuero y ceñía una espada ropera sin adornos; le recordó cuando una vez de pequeño vio pasar una tropa de mercenarios por la ciudad. Se acordó de que se hacían llamar la Guardia Carmesí: quinientos hombres y mujeres sin siquiera una hebilla que reflejara la luz del sol.

Siguió observándola. Parecía una mercenaria, una asesina para quien el hecho de matar ya no significaba nada. ¿Qué habría hecho Chert para terminar con un cuchillo en el ojo?

Azafrán apartó la mirada, a tiempo de ver entrar a Rallick Nom en la taberna. El asesino se acercó a la mesa, sin reparar en la forma en que los parroquianos se apartaban a su paso.

Coll lo interceptó antes de que llegara a la mesa. Le dio una palmada en la espalda y se inclinó sobre él como hacen los borrachos.

—¡Nom, maldito hijo de perra!

Rallick rodeó el hombro del corpulento Coll y, juntos, llegaron a la mesa.

—¡Hola, queridos compañeros! —saludó Kruppe levantando la mirada—. Kruppe os convida a tomar parte en nuestra comandita. —Señaló con ambos brazos sendas sillas vacías y se recostó en el respaldo—. Para poneros al día de nuestros dramáticos quehaceres, el bueno de Azafrán ha estado mirando las musarañas mientras Murillio y Kruppe discutían las últimas habladurías que circulan entre ratones callejeros.

Coll siguió de pie, tambaleándose, mientras arrugaba la frente. Rallick se sentó y estiró el brazo hacia la jarra de cerveza.

—¿A qué habladurías te refieres? —preguntó el asesino.

—A ese rumor de que ahora somos aliados de Engendro de Luna —respondió Murillio.

—Menuda tontería —dijo Kruppe—. ¿Has visto algo que sugiera la posibilidad de que haya sucedido tal cosa?

—Luna no se ha alejado —sonrió Murillio—. ¿O sí? Por si eso no fuera suficiente, ahí tienes también la tienda que el concejo ha montado justo debajo de Luna.

—Tío Mammot me ha dicho que los concejales no han recibido ninguna respuesta de quienquiera que more en Engendro de Luna.

—Típico —afirmó Murillio, que entornó brevemente los ojos al mirar a Rallick.

—¿Quién vive ahí? —preguntó Azafrán.

Coll tuvo que apoyar las manos en la mesa para aguantarse derecho. Acercó su rostro sonrojado a Azafrán y gritó:

—¡Cinco dragones negros!

En las sendas del Caos, Ben el Rápido sabía de los innumerables pasajes mudables que desembocaban en puertas. Aunque las llamaba puertas, lo cierto era que se trataba de barreras creadas allá donde se tocaban las sendas, una amalgama de energía tan sólida como el basalto. El caos reptaba en todos los reinos con dedos nudosos que sangraban poder, las puertas endurecían las heridas en la carne de otros mundos, en las otras vías de la magia.

El mago había concentrado toda su destreza en tales puertas. En el interior de los Dominios del Caos había aprendido los modos de dar forma a su energía. Había descubierto métodos de alterar la composición de las barreras, de percibir lo que se ocultaba al otro lado. Cada

senda mágica poseía un olor, cada reino una textura, y si bien nunca tomaba la misma senda dos veces, dominaba el modo de dar siempre con la que buscaba.

Viajó por una de esas vías, un camino hecho de la nada, cercado por las paredes propias de la senda, retorcido y lleno de contradicciones. En un camino descubrió que aunque su voluntad lo llevaba hacia delante, sus pasos lo hacían hacia atrás; había llegado a una esquina, seguida de otra, de otra y de una más, todas en la misma dirección.

Sabía que era el poder de su mente el responsable de abrir los caminos, pero éstos observaban sus propias reglas, o quizá le pertenecieran sin él saberlo. Fuera la fuente que fuese, era la locura personificada.

Finalmente dio con la puerta que buscaba. La barrera no parecía ser más que basta pizarra gris. Flotando sobre ella, Ben el Rápido susurró una orden y su espíritu adoptó la forma de su propio cuerpo. Permaneció un instante de pie, inmóvil, dominando el temblor que poseía a su espectro, luego dio un paso hacia la puerta y la palpó.

Los bordes eran duros y cálidos al tacto. Hacia el centro se volvía ardiente y blanda. La superficie perdió lentamente la opacidad ante el tacto del mago, hasta adoptar poco a poco la textura de la obsidiana. Ben el Rápido cerró los ojos.

Jamás había intentado franquear aquella puerta. Ni siquiera estaba seguro de poder hacerlo. Y si sobrevivía más allá, ¿acaso podría regresar? Al otro lado surgía amenazadora su última y más difícil preocupación: estaba a punto de entrar en un reino al que no era bienvenido.

—Soy rumbo —dijo en voz baja, abiertos los ojos. Se inclinó con más fuerza en la barrera—. Soy el poder de la voluntad en este lugar que respeta esto y sólo esto. —Se inclinó aún más—. Soy el tacto de la senda. Nada es inmune al Caos, ningún lugar lo es. —Sintió que la puerta

empezaba a ceder. Extendió una mano hacia atrás para contener la presión creciente—. ¡Si pudiera pasar! —siseó. De pronto, con un estallido seco, se deslizó hacia el interior, rodeado su cuerpo de energía.

El mago trastabilló en terreno abrupto. Recuperó el equilibrio y miró a su alrededor. Se hallaba en un erial; a su izquierda, el horizonte estaba copado de colinas bajas. Por encima de su cabeza se dibujaba un cielo color mercurio, con nubes enjutas diseminadas que se movían al unísono, negras como una noche sin estrellas.

Ben el Rápido se sentó con las piernas cruzadas y las manos en el regazo.

—Tronosombrío —dijo—. Señor de Sombra, he venido a tu reino. ¿Me recibirás del modo en que un anfitrión agasaja a quien acude de visita en son de paz?

La respuesta llegó procedente de las colinas. Era el aullido de los Mastines.

Capítulo 12



Recorre conmigo
el camino del Ladrón.
Escucha en el suelo
su canción.
Cuán claro es su tono
en el traspiés,
mientras te canta en dos.

Canto de Apsalar
Drisbin (n. 1135)

Al tiempo que se pellizcaba una ceja, Kruppe se sentó dispuesto a leer en el estudio de Mammot.

> …y en el Advenimiento fue tullido el dios, y así encadenado en el lugar. En el Advenimiento muchas tierras quedaron anegadas por los puños del dios, y las cosas nacieron y las cosas fueron liberadas. Encadenado y mutilado estaba este dios…

Kruppe levantó la mirada del antiguo volumen y puso los ojos en blanco.

—¡Brevedad, Kruppe ruega brevedad! —Y devolvió la atención al manuscrito.

> …y cultivó precaución en la revelación de sus poderes. El dios mutilado cultivó la precaución, pero no lo suficiente, porque los poderes de la tierra le encontraron al fin. Encadenado estaba el dios tullido, y encadenado al final fue destruido. Y muchos acudieron para conseguirlo al erial que encarceló al dios tullido. El Embozado, gris peregrino de Muerte, se hallaba entre los allí reunidos, al igual que Dessembrae, por aquel entonces guerrero del Embozado (aunque fue ahí, en ese tiempo, cuando Dessembrae cortó las ataduras del Embozado). También entre los allí reunidos se hallaban…

Kruppe gruñó y se abanicó con las páginas. La lista parecía interminable, minuciosa hasta el absurdo. Entre la relación de los asistentes en parte esperaba encontrar el nombre de su abuela. Finalmente, tres páginas después, halló los nombres que buscaba.

> …y entre quienes acudieron procedentes de los cielos abovedados de plata, los tiste andii, moradores de Oscuridad en el lugar anterior a Luz, un total de cinco dragones negros, y en su compañía navegaba Silanah, la de alas rojas, que moraba entre los tiste andii en su Colmillo de Oscuridad, que descendió de los cielos abovedados de plata.

Kruppe murmuró para sí. Un Colmillo de Oscuridad que descendió… ¿Engendro de Luna? ¿Morada de cinco dragones negros y de un dragón rojo? Un escalofrío recorrió su espina dorsal. ¿Cómo había llegado Coll a esa misma conclusión? En verdad no siempre estaba borracho,

pero incluso antes, cuando se mostraba altivo, nunca le había parecido un sabio.

En tal caso, ¿quién había hablado por sus labios empapados en vino?

—Eso —suspiró Kruppe— tendrá que esperar la debida respuesta. La importancia, sin embargo, de lo que Coll gritó yace en lo que tiene de verdad, y en cómo se relaciona con la actual situación. —Cerró el libro y se puso en pie. Oyó pasos a su espalda.

—Te he traído un té de menta —dijo el anciano que entró en la diminuta estancia—. ¿Te ha resultado beneficioso el *Compendio de los reinos* de Alladart?

—Beneficioso, sí —respondió Kruppe mientras tomaba agradecido la taza—. Kruppe ha descubierto el valor del lenguaje moderno. Tales diatribas interminables en esos sabios de la Antigüedad suponen una maldición, que Kruppe agradece saber extinta en nuestros tiempos.

—Ja, ja, ja —rió el anciano, tosiendo levemente y apartando la mirada—. En fin, ¿te importa si te pregunto cuál es el objeto de tu investigación?

—En absoluto, Mammot —respondió Kruppe. En las comisuras de los ojos se le formaron arrugas imperceptibles —. Quería encontrar alguna alusión a mi abuela.

Mammot arrugó el entrecejo y asintió.

—Comprendo. En fin, en tal caso no voy a preguntar si has tenido suerte.

—No, por favor, no lo hagas —respondió Kruppe—. La suerte es una compañera de viaje tan temible en estos tiempos, tal como están de torcidas las cosas… Pero te agradezco que comprendas la necesidad de Kruppe de mostrarse circunspecto.

—De nada, de nada. No pretendía… Es decir, sí. Es la curiosidad, compréndelo. Curiosidad intelectual.

Kruppe sonrió con inocencia y sorbió un trago de té.

—En fin —dijo Mammot—, ¿quieres que volvamos al salón y nos solacemos al calor del fuego?

Caminaron en dirección a otra estancia. En cuanto estuvieron sentados, Kruppe estiró las piernas y se recostó en el sillón. —¿Cómo progresa tu escritura? —preguntó.

—Lentamente —respondió Mammot—, tal como era de esperar, claro.

Parecía que Mammot pensaba en algo, de modo que Kruppe aguardó a que el anciano continuara. Transcurrieron unos instantes de silencio, tras los cuales el tío de Azafrán se aclaró la garganta y prosiguió:

—¿Has visto mucho últimamente a mi querido sobrino?

Kruppe arrugó la frente.

—Hace tiempo —dijo—, Kruppe hizo una promesa a alguien, quien respondía a la identidad del tío de un joven muchacho que descubrió en las calles un patio de recreo de lo más emocionante. Sí, el muchacho soñaba con duelos a espada y oscuras hazañas acometidas en los callejones en aras de princesas embozadas, o de algo por el estilo…

Mammot asentía con los ojos cerrados.

—…Y Kruppe ha mantenido concienzudamente dicha promesa, puesto que también él quiere al muchacho. Y como sucede con cualquier empresa, la supervivencia se mide en la destreza, y así Kruppe ha hecho un hueco al muchacho bajo su ala de seda, no sin cierto éxito, ¿me equivoco?

Mammot sonrió.

—De modo que para responder a la pregunta formulada por su tío, Kruppe responde que sí, que ha visto al muchacho.

Mammot se inclinó hacia delante y clavó en Kruppe una intensa mirada.

—¿Nada peculiar en sus actividades? Me refiero a si te ha hecho preguntas o peticiones extrañas.

Kruppe entornó los ojos y antes de responder tomó otro sorbo de té.

—En resumen, sí. Por ejemplo, pidió la devolución de un refinado surtido de joyas que adquirió hace nada, aludiendo motivos personales. Eso dijo, al menos. Razones personales. Kruppe se extrañó entonces, y de hecho se extraña ahora, mas la sinceridad de su expresión… , no, mejor dicho, la intensa sinceridad, a Kruppe le pareció encomiable.

—¡Completamente de acuerdo! ¿Creerás que Azafrán ha expresado interés por recibir una educación formal? No lo entiendo. Ese muchacho anda obsesionado con algo, seguro.

—En tal caso, quizá Kruppe deba resolver este rompecabezas.

—Gracias —dijo Mammot, aliviado—. Preferiría saber de dónde proviene. Tal ambición, y tan súbita… Me temo que no tardará en apagarse. No obstante, si pudiéramos alimentarla…

—Por supuesto —coincidió Kruppe—. Después de todo, la vida ofrece mucho más que el modesto latrocinio.

El rostro de Mammot dibujó una sonrisa torcida.

—Vaya, Kruppe, me sorprende oír esas palabras de tu boca.

—Tales comentarios vale más que queden entre tú y Kruppe. En todo caso, creo que Murillio sabe algo respecto a este asunto. Diría que insinuó algo mientras cenábamos esta noche en la taberna del Fénix.

—¿Sigue bien Murillio? —se interesó Mammot.

—La red que largamos a los pies del muchacho permanece intacta —explicó Kruppe con una sonrisa—. Rallick Nom se ha tomado la responsabilidad muy a pecho.

Diría que ve algo de su propia juventud perdida en Azafrán. Su lealtad queda fuera de toda duda y, como bien sabes, es de los que honran las deudas con un brío que haría palidecer a los demás. Exceptuando a Kruppe, por supuesto. Pero ¿es sangre lo que circula por sus venas? A veces uno debe dudarlo.

Mammot había adoptado una mirada vidriosa.

Kruppe se puso tensó. El ambiente destilaba magia. Se inclinó para estudiar a su anfitrión, sentado ante él. Alguien se estaba comunicando con Mammot, y la senda que vibraba en ese momento en la estancia no resultaba ajena a Kruppe.

Se recostó en el sillón, dispuesto a esperar. Al cabo, Mammot se puso en pie.

—Debo reanudar algunas investigaciones —dijo—. En lo que a ti respecta, Kruppe, maese Baruk desea hablar contigo de inmediato.

—Creí percibir la presencia del alquimista —admitió Kruppe, que se levantó con un leve gruñido—. Ah, los rigores de estas condenadas noches nos instan a seguir adelante. Hasta más tarde, Mammot.

—Adiós —se despidió el sabio, que cruzó la estancia con el entrecejo arrugado. Seguidamente, entró en la misma salita donde Kruppe había permanecido largo rato.

Kruppe, por su parte, ajustó los pliegues de la capa. No sabía qué era lo que sucedía, pero había bastado para que Mammot faltara a su sentido de la hospitalidad, y eso de por sí apuntaba a que algo malo había sucedido.

—En fin —murmuró—, en ese caso más vale no hacer esperar a Baruk. Al menos —se corrigió mientras se dirigía hacia la puerta—, no por mucho tiempo. El decoro exige que Kruppe mantenga el sentido de la dignidad. Andará a buen paso, sí. Pero debe andar, puesto que Kruppe necesita

tiempo para pensar, para planear, para intrigar, para adelantarse a los acontecimientos, también para desandar algunas de sus reflexiones, para saltar hacia delante con otras, para hacer todo cuanto sea necesario. Antes que nada, Kruppe debe discernir la naturaleza de la mujer que lo siguió, la misma que mató a Chert, la que reparó en que Azafrán había visto sangre en su arma y que, nada más llegar, había identificado en el garbo de Rallick Nom a un asesino. Podría ser la clave de todas las cosas, aún más, puesto que la moneda le había enseñado la cara, aunque sólo fuera por un instante. Kruppe cree que eso nos será devuelto, para bien o para mal. —Se paró a mirar a su alrededor, pestañeando sin cesar—. Como mínimo —masculló—, Kruppe debería abandonar la habitación de Mammot. —Echó un vistazo a la estancia en la que había entrado el sabio. De su interior surgía el rumor de las páginas que el tío de Azafrán pasaba con rapidez. Kruppe suspiró aliviado y luego se marchó.

Arpía encrespó las alas chamuscadas y dio unos saltitos algo inquieta. ¿Dónde se había metido el alquimista? Tenía que atender un millar de cosas antes de que terminara la noche, aunque en verdad no podía pensar en ninguna de ellas. A pesar de todo, no le gustaba que la hicieran esperar.

Se abrió la puerta del estudio y Baruk entró, enfundándose la túnica en su enorme corpachón.

—Mis disculpas, Arpía, me hallaba indispuesto.

Arpía graznó. La hechicería emanaba de él y lo rodeaba como una nube densa de perfume.

—Mi señor lord Anomander Rake me ha ordenado ponerte al corriente de todo lo que le expliqué tras mis

aventuras en la llanura de Rhivi —dijo sin más preámbulos.

Baruk se acercó al lugar donde el gran cuervo anadeaba en la mesa de mapas. Allí, el alquimista frunció el entrecejo.

—Te han herido.

—Sobre todo el orgullo. Escucha, pues, mi historia.

Baruk enarcó una ceja. Grave era el humor de la vieja Arpía. Guardó silencio y ella empezó su relato.

—Una pequeña marioneta se acerca procedente del norte, una creación de transmutación del alma, generada gracias a la senda del Caos. Posee un poder inmenso, retorcido, maligno incluso para los grandes cuervos. Ha matado a muchos de los míos, entrando y saliendo de la senda. Lo cierto es que le complacía hacerlo. —Arpía chasqueó el pico en un gesto de rabia, antes de continuar—. Persigue un poder al que no podría acercarme, y sea cual sea éste, la marioneta se dirige hacia las colinas Gadrobi, en lo cual estamos de acuerdo mi señor y yo. El poder busca algo que se halla en esas colinas, pero nosotros no somos de estas tierras. Por ello te traemos estas nuevas, alquimista. Dos fuerzas convergen en las colinas Gadrobi. Mi señor te pide que averigües por qué.

El rostro de Baruk había perdido todo rastro de color. Se volvió lentamente y se acercó a una silla. Al sentarse, acercó las manos a la cara y cerró los ojos. El Imperio de Malaz buscaba algo que no podía controlar, algo enterrado en las colinas Gadrobi. Que una u otra fuerza fuera capaz de liberarlo ya era arena de otro costal. Buscar no era lo mismo que encontrar, y encontrar no equivalía a salirse con la suya.

Arpía lanzó un silbido impaciente.

—¿Qué hay enterrado allí, alquimista?

—Un tirano jaghut encerrado por los propios jaghut. Generaciones de estudiosos y hechiceros han querido

encontrar ese túmulo. Nadie ha logrado dar con una sola pista. —Baruk levantó la mirada, con el rostro marcado por la preocupación—. Sé de un hombre, aquí en Darujhistan, que ha reunido todo el conocimiento disponible acerca de esta tumba. Debo entrevistarme con él. No obstante, puedo ofrecer a tu señor lo que te diré a continuación. Hay una piedra en las colinas Gadrobi… Conozco bien su ubicación. Es casi invisible, sólo asoma en el suelo la erosionada punta, quizá mida un palmo. Los otras dos varas se hallan bajo tierra. Pueden apreciarse restos de hoyos y fosas excavadas a su alrededor, todo ello para nada. Si bien la piedra señala el punto inicial, no constituye la entrada al túmulo.

—Entonces, ¿dónde encontrar la entrada?

—Eso no voy a decírtelo. En cuanto hable con mi colega, quizá pueda darte más detalles. Quizá no. Pero el medio por el cual puede accederse al túmulo debe permanecer en secreto.

—¡Eso no nos sirve de nada! Mi amo…

—Es extraordinariamente poderoso —interrumpió Baruk—. Sus intenciones distan de ser claras, Arpía, por mucho que podamos ser aliados. Lo que yace bajo el túmulo podría destruir una ciudad. Esta ciudad. No permitiré que algo así caiga en manos de Rake. Tendrás la ubicación de la piedra, puesto que es allí donde se acercan quienes buscan el túmulo. Tengo una pregunta que hacerte, Arpía. Se trata de la marioneta: ¿estás segura de que persigue ese gran poder?

Arpía asintió.

—Rastrea. Se oculta cuando es necesario. Das por sentado que ambos poderes pertenecen a los de Malaz. ¿Por qué?

—Primero, porque quieren Darujhistan —respondió Baruk tras lanzar un gruñido—. Harán lo que sea necesario

para apoderarse de la ciudad. Tienen acceso a ingentes bibliotecas en las tierras que han conquistado. El túmulo jaghut no constituye un secreto por sí mismo. Segundo, has dicho que ambos poderes venían del norte. Sólo pueden venir de Malaz. Disto mucho de saber por qué uno se oculta del otro, aunque no dudo de que existirán facciones enfrentadas en el Imperio. Cualquier entidad política tan considerable como ésa alberga la discordia. Sea como fuere, constituyen una amenaza directa a Darujhistan y, por extensión, a los deseos de tu amo de impedir que el Imperio de Malaz pueda conquistarnos. Siempre y cuando demos por sentado que se trata de intereses de los de Malaz.

—Te mantendremos informado de las actividades que tengan lugar en la llanura de Rhivi. Mi señor decidirá si debe interceptar a esos poderes antes de que alcancen las colinas Gadrobi. —Arpía clavó un ojo en Baruk. Era obvio que estaba molesta—. Ha obtenido poca ayuda de sus aliados. Confío en que se ponga remedio a esto la próxima vez que hablemos.

El alquimista se encogió de hombros.

—Mi primera reunión con Anomander Rake ha constituido mi única reunión con él. La ayuda exige de una comunicación fluida. —Endureció el tono—. Informa a tu amo de que también nosotros compartimos su actual insatisfacción.

—Mi señor ha estado muy ocupado —replicó Arpía aleteando hacia el alféizar.

Baruk observó al ave mientras ésta se disponía a alzar el vuelo.

—¿Ocupado? —preguntó molesto—. ¿Por qué motivo?

—Todo a su tiempo, alquimista —graznó Arpía. Un instante después ya se había marchado.

Baruk maldijo, y con gesto enojado cerró la ventana y echó el cerrojo a los postigos. Hacerlo por medio de la magia y a distancia no era tan satisfactorio como físicamente. Con un gruñido, se levantó y se acercó a la repisa de la chimenea. Se sirvió una copa de vino. Hacía menos de media hora había conjurado un demonio. No era un conjuro demasiado ambicioso: necesitaba un espía, no un asesino. Algo le decía que habría de conjurar criaturas mucho más mortíferas en un futuro cercano. Frunció el entrecejo, luego tomó un sorbo de vino.

—Mammot —susurró mientras accedía a la senda—, te necesito. Sonrió al materializarse una imagen en la cabeza. Una estancia modesta con una chimenea de piedra. Sentado en el sillón, enfrente, vio a Kruppe.

—Estupendo. Os necesito a ambos.

El Mastín que se acercó a Ben el Rápido era ancho y pesado, de pelaje amarillento. Mientras se acercaba al mago, éste vio que también tenía los ojos blancuzcos. La criatura carecía de pupilas. Se detuvo a poca distancia y se sentó.

—Eres la Mastín a quien llaman Ciega. —Ben el Rápido inclinó la cabeza—. Pareja de Baran y madre de Yunque. No vengo a hacer daño. Querría hablar con tu amo.

Escuchó un gruñido a su lado. Lentamente, volvió la cabeza y bajó la mirada. A menos de dos palmos de su pierna derecha se encontraba otro Mastín, cuyo pelaje tenía manchas pardas y negras, con el cuerpo descarnado, lleno de cicatrices y la mirada fija en Ciega.

—Baran —saludó. Otro gruñido respondió al de Baran, proveniente esta vez de la retaguardia del mago. Al volverse vio a un tercer Mastín a una vara de distancia. Era

negro y de piel brillante. Mantenía clavados los ojos rojos en él—. Y Shan —constató en voz baja. De nuevo se volvió a Ciega—. ¿Habéis dado con vuestra presa o vais a escoltarme?

Baran se incorporó en silencio a su lado, con los hombros a la altura del pecho del mago. Ciega se incorporó y luego trotó a su izquierda. Se detuvo y volvió la mirada. Ben el Rápido oyó sendos gruñidos a su espalda.

Alrededor de ellos mudaba lentamente el terreno: los detalles se fundían en sombras salidas de la nada y reaparecían sutilmente alterados. En lo que el mago creyó el horizonte, un bosque gris trepó por una colina hasta lo que podía ser una muralla. Esa muralla sustituía el cielo o quizá fuera el cielo, pero a Ben el Rápido se le antojaba demasiado cercana, por muchas leguas que distara del bosque. De nada le sirvió mirar hacia arriba, pues no pudo confirmar ni rebatir esa sensación de que el reino estaba bordeado de una muralla mágica que también parecía hallarse demasiado cerca, casi al alcance de la mano. Negras nubes montaban los vientos que soplaban encima de su cabeza y confundían su percepción de las cosas, lo mareaban.

Otro Mastín se unió a los demás. Éste, un macho, tenía el pelaje gris oscuro, un ojo azul, el otro amarillo. Aunque no se acercó, Ben el Rápido creyó ver que era el más grande de todos ellos, y sus movimientos apuntaban a que estaba dotado de una velocidad mortífera. Lo conocía por el nombre de Doan, primer nacido del líder de la manada, Cruz, y de su primera pareja, Pallick.

Doan trotó junto a Ciega un rato, y luego, cuando llegaron a la cresta de una pequeña elevación, se adelantó al grupo. Al coronar la cima, Ben el Rápido vio adónde se dirigían. Suspiró. Igual que la imagen grabada en el altar

en los templos dedicados a Tronosombrío, Fortalezasombría se erigía en la llanura como un enorme trozo de cristal negro, fracturado en planos curvos, rizado en ocasiones, con algunos cantos blancos, brillantes, como pulidos. La superficie mayor que tenían delante (una muralla, supuso) estaba salpicada de manchas, deslustrada, como una corteza, la superficie ajada de la obsidiana.

No había ventanas como tales, aunque muchas de las superficies resbaladizas eran medio traslúcidas, y de su interior parecía surgir un fulgor. Que Ben el Rápido pudiera ver, no había puerta ni entrada ni puente levadizo.

Llegaron, y el mago, sorprendido, lanzó una exclamación cuando Ciega se adentró en la piedra y desapareció. Titubeó, pero al ver que Boran se acercaba para empujarle, Ben el Rápido se adelantó. Se aproximó a la piedra salpicada de manchas, extendió las manos y dio un paso al frente. No sintió nada al atravesar sin esfuerzo alguno la piedra, para desembocar en un vestíbulo que parecía propio de una mansión.

Desnudo, el corredor discurría en línea recta por espacio de unas diez varas hasta una puerta doble. Ciega y Doan se sentaron a ambos lados de esas puertas, que se abrieron como dotadas de vida propia.

Ben el Rápido entró en la sala. El techo de la cámara remataba en forma de cúpula. Frente a él se alzaba un sencillo trono de obsidiana erigido sobre una tarima. En el suelo tosco no había alfombra alguna, y las paredes también estaban desnudas, a excepción de las antorchas que colgaban a intervalos de tres varas. Ben el Rápido contó cuarenta en total, pero la tenue luz parecía en constante lucha contra las entrometidas sombras.

Al principio creyó vacío el trono, pero al acercarse vio la figura que lo ocupaba. Parecía compuesta de sombras casi

translúcidas, de forma vagamente humana, embozada para impedir que ni siquiera el brillo de sus ojos pudiera escapar. Aun así, Ben el Rápido pudo sentir la atención del dios centrada en él, y a duras penas logró contener un escalofrío.

Habló Tronosombrío, con voz calma y clara.

—Shan me cuenta que conoces el nombre de mis Mastines.

Ben el Rápido se detuvo ante la tarima e inclinó la cabeza.

—En tiempos serví de acólito en tu templo, señor.

El dios guardó silencio un rato. Al cabo, dijo:

—¿Te parece sensato admitir tal cosa, mago? ¿Acaso miro con aprecio a quienes me sirvieron en el pasado y terminaron por abandonar mis enseñanzas? Cuéntame. Me gustaría saber qué enseñan mis clérigos.

—Emprender el camino de Sombra y abandonarlo supone granjearse la recompensa de la Cuerda.

—¿A qué te refieres?

—Pues que estoy condenado a ser asesinado, ejecución que cualquiera que siga tus enseñanzas podría llevar a cabo, señor.

—Aun así has acudido a mí, mago. Ben el Rápido volvió a inclinarse.

—Querría hacer un trato, señor.

El dios soltó una risilla desapacible y levantó la mano.

—No, querido Shan. No ataques.

Ben el Rápido se puso tenso. El Mastín negro dio dos vueltas a su alrededor y subió a la tarima. Allí se tumbó a los pies del dios, de cara al mago.

—¿Sabes por qué acabo de salvar tu vida, mago?

—Lo sé, señor.

—Shan quiere que me lo cuentes —insistió el dios.

Ben el Rápido cruzó la mirada con el Mastín.

—Tronosombrío adora los tratos.

El dios lanzó un suspiro y recostó la espalda.

—Acólito, sí. Bien, mago, habla mientras puedas.

—Debo empezar por una pregunta, señor.

—Hazla.

—¿Sigue Yunque con vida?

Los ojos de Shan relampaguearon y se incorporó a medias antes de que su cabeza topara con la mano del dios.

—A eso llamo yo toda una pregunta —admitió Tronosombrío—. Has logrado algo de lo que pocos, ay, serían capaces. Mago, siento espoleada la curiosidad. De modo que voy a responderte: sí, Yunque sobrevive. Continúa, te lo ruego.

—Señor, yo te entregaría a quien tanto ha ofendido a tu Mastín.

—¿Cómo? Pertenece a Oponn.

—No me refiero a él, sino a aquel que condujo a Yunque a esa estancia. Al que pretendió apoderarse del alma de Yunque, el que se habría salido con la suya de no haber sido por la herramienta mortal de Oponn.

—¿A cambio de qué?

Ben el Rápido maldijo para sus adentros. No pudo extraer información alguna del tono de voz del dios, y eso complicaba las cosas más de lo que había esperado.

—Mi vida, señor. Deseo que la recompensa ofrecida por la Cuerda sea retirada.

—¿Algo más?

—Sí. —Titubeó antes de continuar—. Deseo escoger el momento y el lugar, señor. De otro modo, aquel de quien hablo escapará a las garras de tus Mastines en los confines del Caos. Sólo yo puedo impedírselo. Por tanto, esto debe formar parte del trato. Todo cuanto debes hacer es tener

listos a los Mastines. Te avisaré en el momento adecuado, y te facilitaré la ubicación exacta de la criatura. El resto correrá a cargo de tus Mastines.

—Lo has planeado bien, mago —concedió Tronosombrío —. A estas alturas, no se me ha ocurrido ningún modo de mataros a ambos, a la criatura y a ti. Te felicito. ¿Cómo te has propuesto avisarme? No creo que quieras entrar de nuevo en mi reino.

—Señor, me pondré en contacto contigo. Eso te lo garantizo, pero no puedo decirte nada más al respecto.

—¿Y si empeñara mi poder en lograrlo, mago? Si me propusiera arrancarte lo que sea que guardas en ese frágil cerebro tuyo, ¿cómo ibas a impedírmelo?

—Para contestar a eso, señor, debes antes responder a mi propuesta.

Shan gruñó; en esa ocasión el dios no hizo ademán alguno de contenerse.

Ben el Rápido se apresuró a añadir:

—Dado que buscas traicionarme a la menor oportunidad, puesto que buscarás un punto débil en mi plan, presupuesto todo esto, necesito tu palabra de que corresponderás a tu parte del trato si todo lo demás te fallara, señor. Dame eso y responderé a tu última pregunta.

Tronosombrío se mantuvo en silencio por espacio de varios latidos de corazón.

—En fin —murmuró finalmente—. Tu astucia es admirable, mago. Me asombra y, debo admitirlo, me encanta este duelo. Lo único que lamento es que abandonaras la senda de Sombra, porque habrías llegado muy lejos. De acuerdo, tienes mi palabra. Los Mastines estarán listos. Veamos, ¿por qué no habría de abrir tu cerebro aquí y ahora, mago?

—La respuesta que buscas, señor, está en tus propias palabras.

—Ben el Rápido levantó los brazos—. Hubiera llegado lejos, Tronosombrío, sirviéndote. —Abrió la senda—. Pero no me tendrás, señor, porque no puedes tenerme. —Ben el Rápido susurró su palabra de retorno, una palabra nacida del Caos. El poder lo envolvió y sintió como si una mano gigante se cerrara a su alrededor. Al atraerlo hacia sí, hacia la senda, oyó el grito de Tronosombrío.

—¡Eres tú! ¡Delat! ¡Eres tú, gusano, el que cambia de forma! —Ben el Rápido sonrió. Lo había logrado. Ya estaba fuera de su alcance. Lo había logrado… Había vuelto a hacerlo.

Kruppe fue conducido al estudio de Baruk sin los retrasos con los que tanto gustaba desconcertar. Algo decepcionado, tomó asiento y se secó el sudor de la frente con el pañuelo.

—Te has tomado tu tiempo —le reprendió Baruk al entrar—. En fin, olvídalo. ¿Tienes noticias?

Kruppe extendió el pañuelo en su regazo y procedió a doblarlo cuidadosamente.

—Continuamos protegiendo al portador de la moneda, tal como se nos ordenó. Respecto a la presencia de infiltrados de Malaz, aún no ha habido suerte. —Era una mentira como la copa de un pino, pero necesaria—. Debo transmitirte un mensaje —continuó—, que procede de una fuente inusual. Lo cierto es que no pudo ser más peculiar el modo en que fue comunicado a Kruppe.

—Ahórrate los preámbulos.

Kruppe torció el gesto. Baruk estaba de un humor de perros.

—Es un mensaje dirigido a ti, señor. —Terminó de doblar el pañuelo y levantó la mirada—. Proviene de la Anguila.

Baruk se enderezó. Luego arrugó el entrecejo y la luz desapareció de sus ojos.

—¿Por qué no? —murmuró—. Ése siempre conoce a mis agentes. —Su mirada se aclaró al mirar a Kruppe—. Estoy esperando, —gruñó.

—¡Por supuesto! —Kruppe agitó de nuevo el pañuelo para secarse la frente—. «Mira a la calle y encontrarás a quienes andas buscando.» Ahí lo tienes, nada más. Se lo dijo a Kruppe el niño más pequeño que haya podido ver… —Dejó de agitar el pañuelo y negó con la cabeza. No, Baruk jamás creería semejante exageración, sobre todo teniendo en cuenta el humor que gastaba—. En todo caso era un niño muy pequeño.

Baruk se incorporó con la mirada fija en las ascuas de la chimenea, las manos a la espalda, los dedos alrededor de un anillo grande de plata.

—Dime, Kruppe —preguntó lentamente—, ¿qué sabes tú de esa Anguila?

—Poco, admite Kruppe. ¿Hombre o mujer? Lo ignora. ¿Origen? Misterio. ¿Designios? Perpetuar un statu quo que se define por la aversión a la tiranía. Al menos eso dice. ¿Influencias? Amplias, aunque despreciemos nueve de cada diez rumores relacionados con la Anguila, sus agentes deben de contarse a cientos. Fieles todos al cometido de proteger Darujhistan. Se dice que el concejal Turban Orr les da caza, convencido de que han arruinado todos sus planes. Puede ser que en verdad lo hayan hecho, algo por lo que todos deberíamos sentirnos aliviados.

Baruk parecía todo menos aliviado. Kruppe casi creyó oír el crujido de sus dientes. Al cabo, el alquimista se volvió a Kruppe e inclinó la cabeza.

—Tengo un encargo. Para llevarlo a buen puerto, tendrás que reunir a Murillio, Rallick y Coll. Y llévate contigo al portador de la moneda, para mantenerlo a salvo.

Kruppe enarcó las cejas.

—¿Fuera de la ciudad?

—Sí. El portador de la moneda es fundamental; mantenlo fuera del alcance de todo el mundo. En lo que respecta a la misión, te dedicarás a observar. Nada más. ¿Me entiendes, Kruppe? Hacer cualquier otra cosa supondría correr el riesgo de que el portador de la moneda caiga en las manos equivocadas. Mientras sirva de instrumento a Oponn, también constituye el medio por el cual otro Ascendiente podría alcanzar a Oponn. Lo último que necesitamos es que los dioses entren en liza en el plano mortal.

Kruppe se aclaró la garganta.

—¿Qué debemos observar, señor?

—No estoy seguro. Posiblemente una partida extranjera empeñada en cavar agujeros por todas partes.

—¿Cómo los que hacen las… reparaciones del camino? —preguntó Kruppe tras dar un respingo.

El alquimista lo miró ceñudo.

—Te voy a enviar a las colinas Gadrobi. Quédate ahí hasta que llegue alguien o me ponga en contacto contigo para darte más instrucciones. Si aparece alguien, Kruppe, debes permanecer oculto. Evita a cualquier precio delatar tu presencia; recurre a tu senda si es necesario.

—Nadie dará con Kruppe y sus leales y valientes compañeros —aseguró Kruppe, sonriendo, mientras sus dedos mariposeaban.

—Estupendo. En tal caso, eso es todo.

Sorprendido, Kruppe se levantó.

—¿Cuándo debemos partir, señor?

—Pronto. Te lo haré saber con un día de antelación. ¿Te parece tiempo suficiente?

—Sí, amigo Baruk. Kruppe lo considera más que suficiente. Rallick parece temporalmente indispuesto, pero con suerte estará disponible.

—Llévatelo si puedes. Si la influencia del portador de la moneda se volviera en nuestra contra, el asesino tiene órdenes de matar al muchacho. ¿Tienes la certeza de que entiende esa orden?

—Hemos hablado de ella —admitió Kruppe.

Baruk inclinó la testa y guardó silencio.

Kruppe esperó un instante, luego se fue sin decir más.

Menos de una hora después de que el alma de Ben el Rápido abandonara el cuerpo, sentado en el suelo de la choza, y emprendiera su viaje al reino de Sombra, volvió a la vida. Con los ojos rojos del cansancio nacido de la implacable tensión, Kalam se puso en pie y aguardó a que su amigo volviera en sí.

El asesino cerró ambas manos alrededor de los cuchillos largos, como medida de seguridad. Si algo había poseído a Ben el Rápido, fuera lo que fuese lo que lo controlara, podía anunciar su irrupción en ese mundo atacando a quienquiera que encontrara a su alcance. Kalam contuvo el aliento.

Se abrieron los ojos del mago, y el brillo volvió de la mano de la conciencia. Vio a Kalam y sonrió.

—¿Ya? —preguntó el asesino tras exhalar el aire—. ¿Lo has logrado?

—Sí, en todos los aspectos. Parece increíble, ¿verdad?

Kalam no pudo contener una amplia sonrisa. Dio un paso al frente y ayudó a Ben el Rápido a ponerse en pie. El mago

se apoyó en él, no menos sonriente.

—Descubrió quién era cuando me iba. —La sonrisa de Ben el Rápido se hizo si cabe más pronunciada—. Debiste de oírlo gritar.

—¿Sorprendido? ¿Cuántos clérigos supremos queman las túnicas de su vestimenta?

—No los suficientes, si de veras te interesa mi opinión. Sin templos ni clérigos las costosas pullas de los dioses no afectarían al reino mortal. Sería como vivir en un paraíso, ¿no crees, amigo mío?

—Quizá —dijo una voz proveniente del umbral. Ambos se volvieron para encontrar a Lástima de pie en la entrada, con la capa medio echada sobre el delgado cuerpo. Estaba empapada por la lluvia, y hasta ese momento Kalam no reparó en que la lluvia se filtraba por las goteras de la choza. El asesino se apartó de Ben el Rápido para desembarazar las manos.

—¿Qué haces aquí? —dijo en tono de exigencia.

—¿Sueñas con el paraíso, mago? Me encantaría haber escuchado toda la conversación.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Ben el Rápido. Lástima entró en la choza y se quitó la capucha.

—He encontrado a un asesino —respondió—. Lo he seguido. Está en un lugar llamado la taberna del Fénix, en el distrito Daru. ¿Estás interesado? —preguntó dirigiéndoles una mirada perdida.

—Quiero respuestas —dijo Kalam en voz baja.

Ben el Rápido recostó la espalda en la pared para dejar espacio al asesino y preparar los hechizos si era necesario, aunque lo cierto era que apenas tenía fuerzas para recurrir a la senda en ese momento. Se percató de que tampoco Kalam parecía muy dispuesto a reñir, lo cual sin duda no le impediría actuar. En ese momento era cuando Kalam

resultaba más peligroso, y el tono bajo con que había hablado era más elocuente que las palabras dichas.

Lástima sostuvo con mirada de pez los ojos de Kalam.

—Me ha enviado el sargento…

—Mientes —interrumpió Kalam sin alterarse—. Whiskeyjack no sabe dónde estamos.

—De acuerdo. He percibido tu poder, mago. Posee una sintonía muy peculiar.

Ben el Rápido parecía aturdido.

—Pero si he trenzado un escudo alrededor del lugar —dijo.

—Sí. Soy la primera en sorprenderme, mago. Por lo general soy incapaz de dar contigo, pero parece ser que han aparecido unas fisuras… Ben el Rápido lo meditó un instante.

—¿Fisuras? —Decidió que no era la palabra adecuada, pero Lástima no lo sabía. Había dado con ellos porque era lo que ellos sospechaban que era, un peón de la Cuerda. El reino de Sombra había estado unido, por breve y tenuemente que fuera esa conexión, a su propio ser. No obstante, sólo un servidor de Sombra poseía la percepción necesaria para detectar ese nexo. El mago se situó junto a Kalam y apoyó una mano en su hombro.

Kalam se volvió a él con cierto sobresalto.

—Tiene razón. Han aparecido fisuras, Kalam. Diría que tiene un talento natural para la magia. Vamos, amigo mío, que la muchacha ha encontrado aquello que estábamos buscando. Pongámonos en marcha.

Lástima volvió a cubrirse con la capucha.

—Yo no os acompaño —informó—. Lo reconoceréis nada más verlo. Sospecho que pone un gran empeño en anunciar su profesión a los cuatro vientos. Quizá la Guilda se os adelante. Sea como fuere, buscad en la taberna del Fénix.

—¿Se puede saber en qué coño andas metida? —preguntó Kalam de malos modos.

—Voy a hacer un encargo del sargento. —Lástima les dio la espalda y salió de la choza.

Kalam soltó una exhalación.

—Ha resultado ser quien creíamos que era —corroboró Ben el Rápido—. Hasta aquí, bien.

—En otras palabras —gruñó el asesino—, si la hubiera atacado ahora ya sería hombre muerto.

—Exacto. Nos encargaremos de ella cuando llegue el momento. Pero por ahora la necesitamos. Kalam asintió.

—¿A la taberna del Fénix?

—Eso mismo. Y nada más cruzar la puerta lo primero que pienso hacer es tomar un trago.

—Me parece perfecto —sonrió Ben el Rápido.

Rallick levantó la mirada cuando el hombretón entró en la taberna. Su piel negra delataba un origen sureño, lo que de por sí no era inusual. Lo que atrajo la atención de Rallick, no obstante, fueron los cuchillos de hoja larga, empuñadura de hueso y pomo de plata que ceñía bajo el amplio cinto. Esas armas no eran precisamente del sur; grabado en el pomo reconoció una cuadrícula que todos en el negocio sabían que era la marca del asesino.

El hombre entró pavoneándose en la sala como si fuera el propietario del lugar, y ninguno de los parroquianos habituales a los que golpeó con el hombro parecieron muy por la labor de discutírselo. Finalmente llegó a la barra y pidió un trago.

Rallick estudió el poso de su propia jarra. Saltaba a la vista que aquel hombre quería hacerse notar, sobre todo

por alguien como Rallick Nom, por un asesino de la Guilda. ¿Con qué objeto? Aquello no encajaba.

Ocelote, el líder del clan, estaba convencido, al igual que todos los miembros de la Guilda, de que las Garras del Imperio habían llegado a la ciudad y les habían declarado la guerra. Rallick no estaba tan seguro de ello. Aquel hombre de la barra podía tan fácilmente provenir de Siete Ciudades como tratarse de un viajero de Callows. Algo había en él propio del Imperio de Malaz. ¿Sería una Garra? Si así era, ¿por qué se mostraba?

Hasta el momento, el enemigo no había dejado ninguna pista, ni siquiera un solo testigo, de su identidad. El descaro que observaba no parecía propio, o quizá señalara un cambio de táctica. ¿La habría desatado la orden de Vorcan de ocultarse?

Las campanas de alarma tañeron en la cabeza de Rallick. Nada de todo aquello tenía sentido.

Murillio se acercó a él.

—¿Algún problema, amigo?

—Asuntos de la Guilda —respondió Rallick—.

—¿Sediento?

—¿Qué voy a hacer? Si es que no tengo voluntad —sonrió Murillio.

Después de dirigir una mirada divertida a Coll, que se hallaba inconsciente y espatarrado en la silla, el asesino se levantó de la mesa. ¿A qué se había referido con todo aquello de los cinco dragones negros? Se abrió paso hasta la barra. Mientras empujaba a los parroquianos que se interponían en su camino, clavó un fuerte codazo en la espalda a un joven. El muchacho ahogó un grito, y luego se escurrió hacia la cocina pasando desapercibido.

Rallick llegó a la barra, llamó la atención de Scurve y pidió otra jarra. Aunque no miró en dirección al extranjero,

supo que éste había reparado en su presencia. No era más que una vaga sensación, pero en su negocio con el tiempo se aprende a confiar en esa clase de sensaciones. Lanzó un suspiro cuando Scurve le entregó la espumeante jarra. En fin, había hecho lo que Ocelote exigía de él, aunque sospechaba que su líder de clan le pediría más.

Volvió a la mesa y conversó con Murillio un rato. También fue sirviéndole la mayor parte de la jarra. Murillio percibió una tensión creciente en Rallick y puso objeciones. Apuró el último trago y se levantó de la silla.

—En fin —dijo—, Kruppe se ha esfumado y Azafrán no aparece. Como Coll sigue muerto en vida, sólo me queda agradecerte la invitación, Rallick. Creo que ha llegado el momento de buscar un lecho caliente. Hasta mañana, pues.

Rallick permaneció sentado un rato, durante el cual dirigió la vista tan sólo una vez al hombre negro apoyado en la barra. Al cabo, se levantó para acercarse a la cocina. Los dos cocineros se miraron cuando pasó por su lado. Rallick los ignoró. Llegó a la puerta, que habían dejado ajustada con la esperanza de disfrutar de la corriente. Al salir, el callejón estaba húmedo pero ya no llovía. De un recoveco situado en la pared de enfrente surgió una figura que le resultaba familiar.

Rallick se acercó a Ocelote.

—Hecho. Tu hombre es el negro grandullón que está en la barra tomando una cerveza. Dos dagas con el pomo grabado. Parece peligroso y no es de los que querría encontrarme en un callejón oscuro. Es todo tuyo, Ocelote.

—¿Sigue ahí dentro? —preguntó éste, arrugando el rostro picado de viruela—. Estupendo. Pues venga, adentro. Asegúrate de que repare en ti. Asegúrate del todo, Nom.

—Ya estoy seguro —protestó cruzado de brazos.

—Vas a tener que sacarlo fuera. Llévalo al corralón de Tarlow, en la zona de carga. —Ocelote hizo una mueca burlona—. Son órdenes de Vorcan, Nom. Y cuando salgas, hazlo por la puerta principal. No cometas errores, y nada de sutilezas.

—Ese hombre es un asesino —objetó Rallick—. Si no me muestro sutil, sabrá que es una trampa y me dejará seco en un latido de corazón.

—Haz lo que ha ordenado Vorcan, Nom. ¡Adentro!

Rallick contempló a su comandante para dejar bien claro que estaba en desacuerdo. Luego volvió a la cocina. Los cocineros le sonrieron pero sólo un instante. Una mirada al rostro de Rallick bastó para que se esfumara cualquier atisbo de humor en el ambiente. Se inclinaron sobre la labor, igual que si el jefe los hubiera abroncado.

Rallick entró de nuevo en el salón de la taberna; allí se quedó inmóvil.

—Maldición —masculló. El hombre negro se había marchado. *¿Y ahora?* Se encogió de hombros—. A la puerta principal. —Y se abrió paso por entre los parroquianos.

En un callejón, a un lado del cual se alzaba una alta pared de piedra, Azafrán se apoyó en los húmedos tabiques de la casa de un mercader y observó con los ojos entornados el perfil de una ventana. Se encontraba en la tercera planta, por detrás de la pared, tras los postigos, la habitación que conocía perfectamente.

Había brillado la luz en su interior a lo largo de las últimas dos horas que él había pasado ahí, pero durante el último rato la estancia había permanecido a oscuras. Entumecido por el cansancio y carcomido por la duda, Azafrán se envolvió con la capa. Se preguntó qué hacía él

ahí, y no lo hizo por primera vez. Toda su decisión parecía haberse esfumado por los canalones, arrastrada por el agua de la lluvia.

¿Había sido la mujer de pelo oscuro de la taberna del Fénix? ¿Podía ella haberle alterado tanto? La sangre de la daga parecía asegurar que lo mataría sin titubear con tal de mantener el secreto a buen resguardo. Quizá era la moneda que giraba lo que le tenía tan confundido. Nada de lo relacionado con el incidente había sido natural.

¿Qué tenía de malo su sueño de que lo presentaran a la doncella de los D'Arle? No tenía nada que ver con la asesina del bar.

—Nada —murmuró para después arrugar el entrecejo. Y ahora no se le ocurría otra cosa que ponerse a hablar solo.

Un pensamiento cruzó su mente y frunció el ceño de forma aún más pronunciada de lo habitual. Todo había empezado a convertirse en una locura la noche en que robó a la doncella. Si se hubiera detenido, si al menos no hubiera mirado su rostro adorable, redondo, suave…

Dejó escapar un gruñido. De cuna alta, ése era el único problema, ¿verdad?

Ahora le parecía tan estúpido, tan absurdo. ¿Cómo había llegado a convencerse de que era posible conocerla? Se estremeció. No tenía importancia. Lo tenía planeado, y había llegado el momento de llevar el plan a buen puerto.

—No puedo creerlo —murmuró al apartarse de la pared y enfilar el callejón. Acarició la bolsa que llevaba colgada de la cintura—. Estoy a punto de devolver el rescate de una dama.

Llegó a la muralla de piedra que buscaba y se dispuso a trepar. Llenó de aire los pulmones. *De acuerdo, vamos allá.*

La piedra estaba húmeda, pero estaba decidido a escalar una montaña si hacía falta. Siguió subiendo y no resbaló ni

titubeó un solo instante en todo el ascenso.

Capítulo 13



Ahí, aquí una araña.
En este rincón, en aquél…
sus tres ojos
andan de puntillas en la oscuridad,
sus ocho patas
recorren mi columna,
imita y se burla de mi paso.

Ahí, aquí una araña,
que todo lo sabe de mí.
En su telaraña toda mi historia está escrita.
En algún lugar de este extraño paraje
aguarda una araña
a que temeroso emprenda la huida…

La conspiración
Ciego Gallan (n. 1078)

En cuanto el asesino de la Guilda abandonó la estancia, Kalam apuró el último trago de cerveza, pagó la consumición y subió la escalera. Desde la barandilla del descansillo estudió a los parroquianos que atestaban el local, y al ver que nadie le prestaba atención recorrió el pasillo y entró en la última habitación de la derecha.

Cerró la puerta con llave. Ben el Rápido permanecía sentado, cruzado de piernas en el suelo, dentro de un círculo de cera azul fundida. El mago se hallaba inclinado hacia delante, desnudo el torso, con los ojos cerrados y

goterones de sudor que discurrían frente abajo. El espacio que lo envolvía parecía brillar, como si lo hubieran barnizado.

Kalam rodeó el círculo de cera hasta llegar a la cama. Asió una bolsa de cuero colgada de un clavo en el poste de la cama y la colocó en la colcha. Tras hurgar en su interior, sacó el mecanismo de un mortero balista. Había añilado las zonas metálicas de la ballesta, y la culata de madera estaba embreada y apagada con arena negra. Kalam, muy despacio, con mucha calma, montó el arma.

Ben el Rápido rompió el silencio a su espalda.

—Hecho. Cuando quieras, amigo mío.

—Se fue por la cocina, pero volverá —dijo Kalam al incorporarse empuñando la ballesta. Colocó la correa y se colgó el arma del hombro. Luego se volvió al mago—. Listo.

Ben el Rápido se levantó también y se secó el sudor de la frente.

—Dos encantamientos. Podrás flotar y controlar la caída. El otro debería proporcionarte la habilidad de distinguir la magia… Al menos, casi toda la magia. Si hay un mago supremo en los alrededores, se nos habrá acabado la suerte.

—¿Y tú? —preguntó Kalam mientras examinaba la aljaba de virotes.

—No podrás verme, sólo distinguirás mi aura —respondió Ben el Rápido con una sonrisa torcida—, pero te acompañaré todo el tiempo.

—Estupendo, espero que no surjan problemas. Estableceremos contacto con la Guilda, ofreceremos el contrato del Imperio, ellos aceptarán y nos librarán de todas las amenazas de peso que puedan salimos al paso en la ciudad. —Se envolvió en la capa negra y se cubrió con la capucha.

—¿Estás seguro de que no sería mejor acercarnos directamente a ese tipo y mostrarle nuestras cartas?

—Así no se hacen las cosas. —Kalam negó con la cabeza—. Lo hemos identificado, y él ha hecho lo propio con nosotros. Probablemente se haya puesto en contacto con su comandante, y a estas horas ya habrán tomado una decisión sobre cómo solucionar el asunto. Nuestro hombre tendría que conducirnos al lugar de reunión.

—¿No estaremos a punto de adentrarnos en una trampa?

—Más o menos, sí. Pero antes de tenderla, querrán saber qué es lo que queremos de ellos. En cuanto se pongan las cartas sobre la mesa, dudo de que al líder de la Guilda le interese acabar con nosotros. ¿Preparado?

Ben el Rápido señaló a Kalam con la mano y murmuró unas palabras en un tono de voz imperceptible.

De pronto, Kalam se sintió liviano. Envolvió su piel una frescura que se extendió por todo el cuerpo. Ante sus ojos, la silueta de Ben el Rápido se cubrió de un manto verde azulado, que emanaban los dedos largos del mago.

—Los tengo —dijo el asesino sonriendo—. Dos viejos amigos.

—Sí —suspiró Ben el Rápido—, aquí estamos otra vez, con la misma historia. —Miró a los ojos de su amigo—. El Embozado nos pisa los talones, Kal. Últimamente, siento su resuello en la nuca.

—Pues no eres el único. —Kalam se volvió a la ventana—. En ocasiones —dijo sin más— tengo la sensación de que nuestro Imperio se ha propuesto matarnos. —Se acercó a la ventana, abrió los postigos hacia dentro y apoyó ambas manos en el alféizar.

Ben el Rápido se acercó a su lado y le puso una mano en el hombro. Ambos contemplaron la oscuridad,

compartiendo por un instante aquel desapacible presentimiento.

—Hemos visto demasiadas cosas —reflexionó en voz baja el mago.

—Por el aliento del Embozado —gruñó Kalam—, ¿tienes la menor idea de qué diantre hacemos aquí?

—Puede que si el Imperio obtiene lo que busca, o sea, Darujhistan, nos dejen marchar.

—Claro, pero ¿quién convencerá al sargento para desertar del Imperio?

—Le demostraremos que no hay muchas opciones que digamos. Kalam se encaramó al alféizar.

—Me alegro de no pertenecer ya a la Garra. Sólo somos soldados, ¿verdad? A su espalda, Ben el Rápido se llevó la mano al pecho y desapareció. Su voz incorpórea tenía un matiz divertido.

—Verdad. Ya no más juegos de capa y espada para el bueno de Kalam. El asesino giró el rostro hacia la pared y procedió a subir al tejado.

—Claro, nunca me gustaron.

—Se acabaron los asesinatos —dijo a su espalda la voz de Ben el Rápido.

—Y el espionaje —añadió Kalam al llegar al alero.

—Y los hechizos asquerosos.

Una vez se hubo encaramado al tejado, Kalam permaneció inmóvil.

—Y las cuchilladas por la espalda —dijo en un susurro. Se sentó y observó los tejados colindantes. No vio nada; no había nadie agazapado, ni brillantes auras mágicas.

—Gracias a los dioses —susurró Ben el Rápido encima de él.

—Gracias a los dioses —repitió Kalam, como un eco, antes de asomarse por el alero. Abajo, una fuente de luz

señalaba la entrada de la taberna—. Encárgate de la puerta trasera. Yo vigilaré ésta.

—Como quie…

—Ahí está —lo interrumpió Kalam en un susurro—. ¿Sigues aquí? Observaron la figura de Rallick Nom, embozado, cruzar al otro lado de la calle y desaparecer en un callejón.

—Yo lo sigo —dijo Ben el Rápido.

Un fulgor azulado envolvió al mago. Se elevó en el aire y cruzó flotando la calle sin dilación, aunque cuando llegó al callejón frenó un poco la marcha. Kalam se puso en pie y recorrió silenciosamente el borde del tejado. Al llegar al extremo, observó el tejado del edificio contiguo y saltó.

Cayó lentamente, como si se zambullera en el agua, y aterrizó sin hacer un solo ruido. A su derecha, recorriendo una línea paralela, distinguió el aura mágica de Ben el Rápido. Kalam cruzó el tejado hasta el siguiente edificio. Su hombre se dirigía a los muelles.

Kalam siguió la luz que como un faro despedía Ben el Rápido. Se desplazó de tejado en tejado, saltando a veces, aunque en otras ocasiones se vio forzado a trepar. Kalam carecía de sutileza. Allá donde otros empleaban la delicadeza, él recurría a la fuerza de sus fuertes brazos y piernas. Era un asesino inverosímil, pero había aprendido a sacar provecho de sus dotes.

Se acercaron a la zona portuaria. Los edificios poseían una sola planta, eran espaciosos, y las calles estaban tenuemente iluminadas a excepción de las puertas dobles de los almacenes, donde había algún que otro vigilante. El aire de la noche arrastraba el olor del pescado y el alcantarillado.

Finalmente, Ben el Rápido se detuvo, flotando sobre el patio de un almacén. Luego se acercó a Kalam, que le

aguardaba en el alero de una cámara de compensación, un edificio cercano de dos plantas.

—Parece que es ahí —informó Ben el Rápido flotando a una vara de Kalam—. ¿Y ahora?

—Quiero tener una buena línea de visión de ese patio.

—Sígueme.

Ben el Rápido lo condujo a otro edificio. Su hombre estaba visible, agazapado en el tejado de un almacén, atento al patio del mismo.

—Kal, ¿hay algo en esto que te huela mal?

—Diantre, no. Esto me huele como un jodido rosal. No descuides tu posición, amigo mío.

—De acuerdo.

Rallick Nom permanecía tumbado en el tejado, por cuyo borde asomaba la cabeza. Ante sus ojos se extendía el patio del almacén, vacío y gris. Las sombras resultaban impenetrables. El sudor discurría por todo su rostro.

—¿Puede verte? —preguntó la voz de Ocelote surgida de las sombras.

—Sí.

—¿Y permanece inmóvil?

—No. Escucha, estoy seguro de que hay más de uno. Me hubiera dado cuenta si alguien me hubiese seguido, y nadie lo ha hecho. Esto apesta a magia, Ocelote, y sabes qué opinión me merece la magia.

—Maldita sea, Nom. Si te decidieras a utilizar eso que te dimos, ahora estarías entre los mejores de nosotros. Pero a la puerta del Embozado con ello. Tenemos vigilantes, y a menos que se trate de un mago extraordinario detectaremos su magia. Admítelo —continuó Ocelote, cuya

voz se riñó de malicia—, es mejor que tú. Te ha seguido todo el camino, y lo ha hecho sin ayuda.

—¿Y ahora? —preguntó Rallick.

Ocelote rió entre dientes.

—Mientras tú y yo hablamos, estamos estrechando el cerco. Tú ya has cumplido, Nom. Esta noche concluirá la guerra de asesinos. En unos instantes, podrás volver a tu casa.

Por encima de la ciudad había un demonio que batía sus correosas alas, mientras sus ojos de reptil observaban los tejados con una visión capaz de detectar la magia con la misma facilidad que detectaba el calor. Aunque el demonio no era mayor que un perro, tenía un inmenso poder, muy cercano al del hombre que lo había invocado y subyugado aquella misma noche. Distinguió en el tejado dos auras, cerca, muy cerca; una pertenecía a un hombre a quien habían ungido de hechizos, y otra a un mago, un mago excelente. En un círculo desigual demarcado por los tejados colindantes, vio que varios hombres y mujeres los acorralaban, delatados algunos por el calor que desprendían sus cuerpos, delatados otros por los objetos que portaban, impregnados de magia.

Hasta entonces, el demonio cabalgaba los altos vientos nocturnos hastiado y molesto con su señor. Un simple encargo de observación ¡para quien disfrutaba de tamaño poder! Se apoderó de él la sed de sangre. De haber sido menos poderoso su señor, lo bastante como para romper los lazos y abatirse sobre los tejados, la noche se hubiera teñido de rojo.

El demonio pensaba en esas cosas con la mirada clavada en la escena que se desarrollaba en la superficie cuando el

tacón de una bota fue a estrellarse en la nuca de su redonda cabecita. La criatura, poseída por la rabia, dio un tumbo y se volvió hacia el atacante.

Al cabo de un instante, luchaba por salvar su vida. La figura que acechaba al demonio poseía un aura mágica invisible. Las energías de ambos se trabaron en combate, envolviéndose como tentáculos. El demonio se defendió del dolor lacerante que lo paralizaba, mientras la figura redoblaba sus esfuerzos. Un frío abrasador copó el cráneo del demonio, un frío ajeno al poder que lo caracterizaba, tan ajeno que el demonio no halló el medio de contrarrestarlo.

Ambos se precipitaron lentamente al vacío, luchando en un silencio sepulcral, armados de fuerzas invisibles a los habitantes de la ciudad; mientras, a su alrededor, otras figuras descendieron hacia el almacén con las capas extendidas como las velas de un barco, la culata de la ballesta apoyada en el hombro, el rostro embozado y la mirada en la superficie, ocultas las facciones bajo negras máscaras. Eran once en total, que pasaron de largo al demonio y a quien lo había atacado. Ninguno de los otros prestó la menor atención, y al reparar en ello por un instante el demonio experimentó una sensación que jamás había tenido. Miedo.

Sus pensamientos pasaron de concentrarse en el combate a la pura y simple supervivencia, y por ello se libró de las garras del enemigo. Soltó un chillido agudo y batió sus alas para remontar el vuelo.

La figura no lo siguió; en lugar de ello, se unió a sus compañeros en su mudo descenso sobre la ciudad.

Los doce asesinos embozados se abatieron sobre el círculo que hombres y mujeres formaban en la superficie,

apuntaron cuidadosamente con las ballestas y dieron comienzo a la carnicería.

Kalam contempló al asesino que permanecía tumbado, mirando hacia el patio, y se preguntó qué debía hacer a continuación. ¿Esperarían a que fuera él quien contactara con ellos? Se le escapó un gruñido. Algo iba mal. Lo sentía claramente.

—Maldita sea, Ben. ¡Salgamos de aquí!

—¡Espera! —exclamó la voz incorpórea de Ben el Rápido —. Mierda, no —añadió a continuación, en voz baja.

Ante Kalam, dos formas brillantes cayeron sobre el tejado de abajo, justo detrás del hombre al que habían estado siguiendo.

—Pero ¿qué coño es… ?

Sintió entonces un leve temblor en los adoquines en los que apoyaba las palmas de las manos. Al volverse, Kalam oyó el zumbido de un virote que pasó a escasos palmos de él. Reparó en la presencia de una figura arrodillada y embozada a unas diez varas de distancia. Después de fallar en aquel primer disparo, la figura echó a correr hacia él. Otra se posó a espaldas de la primera, cerca del extremo opuesto del tejado.

Kalam corrió a toda prisa y se precipitó por el borde del tejado.

Ben el Rápido flotó sobre él. El hechizo que había empleado para desviar la trayectoria del virote era propio de un gran mago, y estaba seguro de que los asaltantes no habían reparado en su presencia. Observó a la figura que detenía el paso y se acercaba con cautela al borde del tejado por el que había desaparecido Kalam. Brillaron las hojas de las dagas que empuñaban sus manos enguantadas

cuando el asesino llegó al borde y se acuclilló. Ben el Rápido contuvo el aliento al mismo tiempo que la figura estiraba el cuello.

Kalam no había llegado demasiado lejos. Se aferraba a las tejas. Cuando el torso superior del atacante se recortó en su campo de visión, ocultando la luz de las estrellas que titilaban en el firmamento, se impulsó con la fuerza de un brazo y agarró al otro del cuello con todo su vigor. Kalam tiró del asesino, al mismo tiempo que levantaba la rodilla. El rostro del embozado produjo un chasquido seco al estamparse en la rodilla del antiguo miembro de la Garra. Kalam, sin soltar la teja a la que se aferraba con la otra mano, sacudió el cuerpo del otro y lo arrojó girando sobre sí mismo hacia abajo, a la calle.

Jadeaba. Volvió a ganar el tejado. En la otra punta vio dar vueltas al segundo asesino. Con un gruñido, Kalam se puso en pie y corrió hacia la sombra.

El asesino desconocido retrocedió un paso, sorprendido, luego bajó la mano y desapareció.

Kalam se detuvo y se agachó, con los brazos a los costados.

—La veo —susurró Ben el Rápido.

Con un siseo, Kalam dio un giro completo y, luego, se deslizó a un lado, dando la espalda al borde del tejado.

—Yo no.

—Está invirtiendo energía para evitarlo —explicó Ben el Rápido—. La estoy perdiendo. Espera, Kal. —El mago guardó silencio.

El cuello de Kalam despedía un crujido cada vez que oía algo. Crispaba los puños y respiraba con cierto sosiego. Espera. Un rumor bajo surgió de su pecho. ¿Esperar a qué? ¿A que un cuchillo le atravesara la garganta?

De pronto la noche estalló en un estruendo de fuego y ruido. El atacante se plantó ante Kalam, dirigiéndole una estocada al pecho. Humo y chispas llovieron sobre ella, pero se movió sin que parecieran afectarle. Kalam se apartó a un lado, en un intento por evitar la hoja de la daga. Ésta se hundió en su camisa, por debajo de las costillas, se hundió luego en su carne y se deslizó de lado hacia el costado más cercano. Sintió el regusto de la sangre al tiempo que hundía el puño en el plexo solar de la mujer. Ésta ahogó un grito, cayó hacia atrás la daga que empuñaba en la mano derecha y lanzó un chorro de sangre. Kalam se abalanzó sobre ella con un gruñido desafiante y, haciendo caso omiso del arma de la mujer, volvió a golpearla en el pecho. Se oyó el crujido de las costillas. Con la otra mano abierta, le golpeó la frente. La asesina cayó espatarrada e hizo un ruido seco sobre el tejado, donde su cuerpo quedó inmóvil.

Kalam hincó una rodilla en el suelo, tomando el aire a grandes bocanadas.

—¡Dijiste que esperara, maldita sea! ¿Qué coño te pasa, Ben? —hundió un jirón de la camisa en la caja torácica—. ¿Ben?

No hubo respuesta. Enderezado, se giró para observar los tejados cercanos. Había cuerpos por todas partes. El tejado del almacén, donde había visto aterrizar a dos sombras tras el hombre al que habían seguido, estaba vacío. Lanzó un leve gruñido e hincó la otra rodilla.

Al lanzarle la mujer aquella estocada creyó oír algo entre los fuegos y los demás ruidos. Un estruendo, no, dos estruendos, muy cercanos, seguidos. Un intercambio mágico. Contuvo el aliento. ¿Había un tercer asesino? ¿Un mago? Ben el Rápido había herido a aquél, pero algún otro había alcanzado a Ben el Rápido.

—Por el Embozado —susurró mientras miraba colérico a su alrededor.

La primera noción de peligro que sintió Rallick fue el golpe agudo que lo alcanzó entre los omóplatos. Le quitó el aliento de los pulmones y, con él, la capacidad de reaccionar. Le dolía la espalda, y comprendió que había sido alcanzado por un virote, mas la armadura brigantiana que llevaba bajo la camisa había amortiguado el impacto. Cierto que la punta del virote había mordido el hierro hasta atravesarlo, pero no se había hundido en la carne. A pesar del modo en que la sangre latía en su oído, pudo oír el leve rumor de unos pasos que se le acercaban por detrás.

Abajo, procedente de las sombras, escuchó la voz de Ocelote.

—¿Nom? ¿Qué pasa?

A su espalda, los pasos detuvieron su andadura y oyó el crujido metálico de la ballesta de nuevo amartillada. Rallick recuperó el aliento. Dicha recuperación trajo de la mano la desaparición del entumecimiento temporal que se había apoderado de su cuerpo. Sus propias armas yacían a su lado, dispuestas, y decidió esperar.

—Nom.

Oyó un paso detrás, a la izquierda. Con un solo gesto, Rallick se puso boca arriba, asió su propia ballesta, se incorporó y disparó. El asesino, situado a menos de seis varas de distancia, se vio empujado por la fuerza del virote y soltó el arma.

Rallick se apartó a un lado, pues sólo veía al otro agresor como una vaga sombra escudada tras el compañero. La sombra se agachó y abrió fuego con su propia ballesta. El virote alcanzó a Rallick bajo el hombro derecho, rebotó

rozándole la cabeza y se perdió finalmente en la negrura de la noche. El golpe le inutilizó la diestra. Se puso en pie como pudo, y la hoja del cuchillo despidió un fulgor azulado cuando lo desenvainó.

Por su parte, el asesino dio un mesurado paso al frente, pero luego retrocedió hasta el borde del tejado y se descolgó.

—Por el aliento del Embozado —dijo Ocelote a la espalda de Rallick. Al volverse, no vio a nadie—. Distinguió mi magia —explicó Ocelote—. Hiciste un gran trabajo con el primero, Nom. Quizá podamos descubrir por fin quiénes son.

—No lo creo —replicó Rallick, cuya mirada reposaba en el cuerpo inmóvil. En ese momento, observó que lo recubría un fulgor incandescente.

Cuando el cadáver desapareció, Ocelote lanzó una maldición.

—Debe de tratarse de una especie de hechizo de retirada —aventuró. De pronto, el líder de su clan apareció ante Rallick. Torció el gesto para dibujar una mueca mientras miraba con ferocidad a su alrededor—. Tendimos una trampa y terminamos cayendo en ella.

Rallick no respondió. Giró la cintura, arrancó el virote de la espalda y lo arrojó a un lado. Habían tendido la trampa para luego caer en ella, cierto, pero tenía la completa seguridad de que el hombre que los había seguido no tenía nada que ver con aquellos recién llegados. Al volverse, miró hacia el tejado donde había visto por última vez al hombre negro. Vio un instante lo que le pareció un fulgor rojo y amarillo, seguido de sendos truenos amortiguados. En ese instante, Rallick distinguió una figura recortada sobre el alero del tejado, luchando a la defensiva de un ataque frontal. El destello se extinguió, y a su paso tan sólo quedó la oscuridad.

—Hechicería —susurró Ocelote—. De la poderosa, por cierto. Vamos, salgamos de aquí.

Se marcharon sin mayores demoras hacia el patio del almacén.

Una vez reconocidos, Lástima dio fácilmente con el hombrecillo gordo y el portador de la moneda. Aunque había tenido la intención de seguir al tal Kruppe después de dejar a Kalam y a Ben el Rápido en la choza, hubo algo que la atrajo hacia el muchacho. Una sospecha, quizá, la sensación de que sus actividades eran, al menos por el momento, más importantes que los paseos sin rumbo de Kruppe.

El portador de la moneda era el último representante de la influencia de Oponn, y la pieza más vital que el dios había puesto en juego. Hasta entonces, ella misma se había encargado de eliminar a otras piezas importantes, hombres como el capitán Paran, que había sido el edecán de la Consejera y, por extensión, había estado al servicio de la propia emperatriz. Por no mencionar a aquel líder de la Garra en Pale, a quien había tenido que estrangular. En su camino a los Abrasapuentes, muchos otros también habían caído, aunque sólo los necesarios.

Era consciente de que el muchacho tenía que caer, aunque algo en su interior parecía contradecir esa conclusión, una parte de su persona que ni siquiera era capaz de reconocer. Había sido poseída, convertida en asesina hacía dos años en un camino costero. El cuerpo en el que se alojaba resultaba conveniente, desligado por los sucesos de una vida dramática (un cuerpo de niña, cuya mente no tenía parangón con el inmenso poder que la había tomado y destruido).

¿Pero de veras había logrado destruirla? ¿Qué había sacudido en su interior la visión de aquella moneda? ¿Y qué voz era aquella que en ocasiones se pronunciaba con tanto poder y voluntad en su interior? La había oído antes, por ejemplo cuando Whiskeyjack murmuró la palabra «vidente».

Se esforzó en recordar si había conocido a algún o alguna vidente en los últimos dos años, pero lo cierto es que no recordaba haber tenido relación con nadie del ramo.

Se cubrió los hombros con la capa. Dar con el muchacho había resultado fácil, pero descubrir qué era lo que éste tramaba ya era otro asunto. A juzgar por las apariencias, no parecía ser más que un vulgar robo. Azafrán se había situado en el callejón, desde donde había observado la ventana iluminada de la tercera planta de una mansión, a la espera de que se apagara la luz. Envuelta en las sombras sobrenaturales como estaba Lástima, no la había visto al escalar la pared resbaladiza en la que ella recostaba la espalda. El ladrón había trepado por la pared con una agilidad pasmosa.

Tras perderlo de vista, Lástima buscó otro punto de observación que le permitiera disfrutar de una visión privilegiada del balcón de la habitación y la puerta corrediza. Eso supuso entrar en el jardín de la propiedad, aunque sólo encontró a un guardia patrullando el terreno. Lo mató como si nada y se situó tras un árbol, desde donde vigiló el balcón.

Azafrán ya había llegado, abierto la cerradura y penetrado en el interior de la habitación. Lástima tuvo que admitir que era bastante bueno. Pero ¿qué ladrón permanecía media hora en la estancia donde estaba robando? Más de media hora. No había oído dar la alarma, ni encenderse luz alguna tras las numerosas ventanas de la

mansión, ni ninguna otra señal que pudiera indicar que algo se había torcido. ¿Qué diantre haría Azafrán ahí dentro?

Lástima se enderezó. La hechicería se había manifestado de pronto en otra parte de Darujhistan, y su aroma le resultaba de sobra conocido. Titubeó, incapaz de decidirse. ¿Dejar a su aire al muchacho e ir a investigar aquella nueva y mortífera emanación? ¿O seguir donde estaba, hasta que Azafrán abandonara la mansión o fuera descubierto?

Entonces vio algo tras las puertas corredizas del balcón que puso punto y final a su indecisión.

El sudor empañaba el rostro de Azafrán; tanto era así que tuvo que secarse repetidas veces los ojos. Había superado las nuevas medidas de seguridad hasta llegar al interior —la del balcón, por ejemplo, o la del picaporte— y ahora caminaba de puntillas hacia el tocador. Una vez allí, se quedó paralizado, incapaz de moverse. *Seré idiota, pero ¿qué hago yo aquí?*

Prestó atención a la suave y regular respiración que oía a su espalda, *como aliento de dragón*, pensó; estaba seguro de que podía sentirlo en la nuca. Azafrán levantó la mirada y arrugó el entrecejo al ver la imagen que devolvía el espejo. ¿Qué le estaba pasando? Si no salía de ahí pronto… Empezó a sacar lo que llevaba en la bolsa. Cuando terminó, volvió a mirarse en el espejo, sólo que… Había otro rostro ahí, una carita redonda que lo observaba desde la cama.

—Puesto que te has propuesto devolvérmelo —dijo la chica—, preferiría que lo colocaras como estaba. El maquillaje va a la izquierda del espejo —continuó en un susurro—. El cepillo para el pelo, a la derecha. ¿Has traído los pendientes? Si es así, déjalos en el tocador.

—No te muevas —gruñó Azafrán cayendo en la cuenta de que no llevaba cubierto el rostro—. Te lo he devuelto todo y ahora me marcharé. ¿Entendido?

La muchacha se cubrió con las sábanas y se movió hacia el pie de la cama.

—De nada sirven las amenazas, ladrón —dijo ella—. Lo único que debo hacer es gritar para que el maestro de armas de mi padre se presente aquí en unos latidos de corazón. ¿Estarías dispuesto a cruzar tu daga con su espada corta?

—No —admitió Azafrán—. Antes le rajaría la garganta con ella. Contigo como rehén, interponiéndote entre mi persona y el guardia, ¿crees que me atacaría? No es muy probable.

La muchacha palideció.

—Por ladrón te cortarían la mano. Pero por secuestrar a una hija de la nobleza te ahorcarían.

Azafrán se encogió de hombros. Echó un vistazo al balcón, calibrando lo rápido que podría llegar para luego encaramarse al tejado. Ese alambre que habían puesto era un fastidio.

—Quédate donde estás —ordenó la muchacha—. Voy a encender la luz.

—¿Para? —preguntó Azafrán, inquieto.

—Pues para verte mejor —respondió ella un instante antes de que la luz que despedía la linterna que reposaba en el regazo de ella iluminara la estancia.

Azafrán frunció el ceño. No había reparado en la linterna, tan a su alcance. Por lo visto, la muchacha se había propuesto arruinar sus planes a medida que éstos se le ocurrían.

—¿Y para qué quieres verme mejor? —espetó—. Llama a esos malditos guardias y haz que me arresten. Venga,

acabemos de una vez. —Sacó el turbante de seda de la camisa y lo dejó en una mesilla—. Esto era lo último.

La muchacha observó el turbante y se encogió de hombros.

—Eso debía de formar parte de mi vestido para la fiesta —dijo—. Pero ya tengo uno más bonito.

—¿Qué quieres de mí? —susurró él.

El miedo asomó un momento a la expresión de la damita, que al instante compuso una sonrisa.

—Me gustaría saber por qué un ladrón que se ha llevado todas mis joyas quiere devolverlas. No es algo que acostumbren a hacer los ladrones.

—Y hacen bien —murmuró él, más para sí que para que lo escuchara ella. Dio un paso hacia la cama, pero se detuvo al ver que ella se echaba hacia atrás con los ojos abiertos como platos. Azafrán levantó la mano—. Lo siento, no quería asustarte. Sólo… quería verte mejor. Eso es todo.

—¿Por qué?

Lo cierto era que no sabía qué responder. Después de todo, no podía decirle que se había enamorado locamente de ella.

—¿Cómo te llamas? —balbuceó.

—Cáliz D'Arle. ¿Y tú? Cáliz.

—Por supuesto —dijo—. No podías tener otro nombre. ¿Que cómo me llamo? No es asunto tuyo. Que yo sepa, los ladrones no se presentan a sus víctimas.

—¿Víctima? —preguntó ella, enarcando ambas cejas—. Pero yo ya no soy tu víctima, ¿o sí? Eso queda olvidado desde que me has devuelto mis cosas. Yo diría —continuó con cierto recato— que estás más o menos obligado a decirme tu nombre, sobre todo considerando lo que estás haciendo. Tú debes de ser de ese tipo de personas que se

toman muy en serio las obligaciones, por peculiares que puedan parecer.

Azafrán arrugó el entrecejo al oír aquello. ¿De qué estaba hablando? ¿Qué sabía ella del modo en que él se tomaba las obligaciones? ¿Y por qué había dado en el clavo?

—Mi nombre. —Suspiró dándose por vencido—. Me llamo Azafrán Jovenmano. Y tú eres la hija de los D'Arle de clase alta ante cuya puerta hacen cola todos esos pretendientes, ansiosos por serte presentados. Pero un día me verás a mí en esa cola, Cáliz, y sólo tú sabrás dónde me viste por última vez. Será una presentación formal, y te traeré un regalo como mandan las buenas maneras. —La contempló, horrorizado de oír aquellas palabras.

Ella sostuvo su mirada con la emoción a flor de piel, una emoción que él no podía comprender, y acto seguido se echó a reír. De inmediato se tapó la boca con la mano y luego dio un salto hacia el pie de la cama.

—Será mejor que te marches, Azafrán. Me habrán oído. ¡Rápido, y ten cuidado con el alambre!

Azafrán se acercó inexpresivo a las puertas corredizas del balcón. Aquella risa había coronado la cúspide de todos sus sueños. Se sintió muerto por dentro, excepto por la risilla cínica que muy bien pudo salir de él a juzgar por la mirada extrañada que ella le dedicaba en ese momento. Se le habían caído las sábanas y volvía a estar desnuda. Aunque se sentía como un mero observador, se asombró al pensar que ella ni siquiera parecía haber reparado en ese hecho.

Se oyó una voz al otro lado de la puerta del descansillo. No pudo distinguirla.

—¡Huye, insensato! —susurró la muchacha.

En el interior de su cabeza se dispararon todas las alarmas posibles. De algún modo, le debilitaban. Tenía que

moverse y hacerlo rápido. Azafrán salvó el alambre y abrió la puerta. Se detuvo un instante para mirarla de nuevo, y sonrió al ver que ella se cubría con las sábanas hasta el cuello. En fin, al menos se había llevado eso.

Llamaron a la puerta.

Azafrán salió al balcón y se encaramó a la barandilla. Echó un vistazo fugaz abajo, al jardín, y estuvo a punto de caer. El guardia había desaparecido. En su lugar vio a una mujer y, aunque estaba embozada, hubo algo en ella que le permitió reconocerla. Era la de la barra, y le miraba sin tapujos, clavando en él aquellos ojos oscuros que le mordían por dentro.

La puerta de la habitación se abrió de par en par y Azafrán se zarandeó. *¡Maldita mujer! ¡Malditas las dos!* Se aferró al alero y se impulsó hacia él hasta perderse de vista.

Kalam se agazapó inmóvil en mitad del tejado, con un cuchillo en cada mano. A su alrededor reinaba un silencio total, y el aire de la noche parecía contenido, cargado. Pasó un largo rato. A veces llegaba a convencerse de su soledad, de que Ben el Rápido y el otro mago habían abandonado el tejado, que se perseguían de un lado a otro en el cielo o abajo, por callejones y calles, o en algún otro tejado. Pero entonces oía algo, una exhalación, el frufrú de la ropa, o un soplo de viento que le acariciaba la mejilla en aquella noche de calma chicha.

Entonces, ante sus ojos, la oscuridad se quebró. Dos formas se dibujaron flotando sobre el tejado. El asesino había encontrado a Ben el Rápido, a quien había atacado con un proyectil ígneo que pareció aturdir al mago. Luego acortó la distancia que los separaba.

Kalam se arrojó hacia ambos para impedírselo. Ben el Rápido desapareció de nuevo y reapareció al cabo de un suspiro a espaldas del asesino. El destello azul del poder crepitaba en las manos del mago y alcanzó en la espalda a aquel asesino capaz de esgrimir la magia. La ropa se prendió fuego y el hombre dio tumbos en mitad del aire.

Ben el Rápido se volvió a Kalam.

—¡Vamos, no te quedes ahí quieto!

Kalam echó a correr mientras su amigo lo seguía volando. Cuando alcanzaron el extremo del tejado, se dio la vuelta para echar un postrer vistazo. El mago asesino había logrado de algún modo apagar las llamas que cubrían la ropa y recuperaba también el equilibrio. En el otro extremo, aparecieron dos de sus compañeros.

—Salta —dijo Ben el Rápido—. Yo los entretendré.

—¿Cómo? —quiso saber Kalam tambaleándose en el borde.

Ben el Rápido se limitó a sacar un frasquito. Giró en el aire y lo arrojó sobre ellos.

Kalam maldijo entre dientes y saltó.

El frasquito cayó sobre el tejado y se hizo añicos. Más allá, los tres asesinos se detuvieron en seco. Ben el Rápido siguió donde estaba, con la mirada en el humo blanco que se alzaba de los pedazos de cristal. Tomó forma una figura a partir del humo, cada vez más y más grande. Parecía insustancial; era como si el propio humo tejiera una forma más abultada en unos lugares más que otros. Lo único visible en su interior eran los ojos: dos rendijas negras, que el humo volvió hacia Ben el Rápido.

—Tú no eres el amo Tayschrenn —dijo con voz de niño.

—Así es —admitió Ben el Rápido—, pero pertenezco a los suyos. Tú sirves al Imperio. —Señaló al frente—. Ahí tienes

a tres enemigos del Imperio, demonio. Tiste andii que han acudido a este lugar para oponerse al Imperio de Malaz.

—Me llamo Perla —dijo en voz baja el demonio korvalahí, que acto seguido se volvió hacia los tres asesinos, quienes se habían dispersado en el extremo opuesto del tejado—. No huyen —constató Perla, no sin cierto tono de sorpresa en la voz.

Ben el Rápido se secó el sudor de la frente. Miró hacia abajo. Apenas distinguía ya a Kalam, una silueta vaga que corría por el callejón.

—Lo sé —respondió a Perla. Esa observación también le inquietaba a él. Bastaba con uno de los korvalahí de Tayschrenn para allanar de un plumazo toda una ciudad.

—Aceptan mi desafío —dijo Perla mirando a Ben el Rápido de nuevo—. ¿Debo apiadarme de ellos?

—No —respondió el mago—. Tú mátalos y acabemos de una vez.

—Después volveré con el amo Tayschrenn.

—Sí.

—¿Cómo te llamas, mago?

—Ben Adaephon Delat —respondió tras titubear.

—Se supone que estás muerto —dijo Perla—. Tu nombre figura en los pergaminos entre aquellos magos supremos que cayeron en manos del Imperio en Siete Ciudades.

Ben el Rápido levantó la mirada.

—Vienen más, Perla. Debes luchar.

El demonio elevó también los ojos al cielo. Sobre ellos se abatían unas figuras brillantes, cinco en una primera oleada, una en la segunda. Esta última irradiaba tal poder que Ben el Rápido retrocedió un paso con la sangre paralizada en las venas. La figura llevaba colgado un objeto largo y estrecho a la espalda.

—Ben Adaephon Delat —dijo Perla con voz quejumbrosa —, mira al que se acerca en último lugar. Me envías a la muerte.

—Lo sé —confesó Ben el Rápido.

—Huye, pues. Los entretendré lo suficiente como para asegurar tu huida, pero no más.

Ben el Rápido descendió hasta perder de vista el tejado. Pero antes Perla habló de nuevo:

—Ben Adaephon Delat, ¿te doy lástima?

—Sí —respondió éste en voz baja cuando se precipitó en la oscuridad.

Rallick caminaba por el centro de la calle. A ambos lados de la amplia calzada se alzaban unas columnas de las cuales colgaban lámparas de gas; éstas dibujaban círculos de luz azulada en los húmedos adoquines. La llovizna había regresado y proporcionaba a todas las superficies una especie de brillo resbaladizo. A su derecha, y más allá, las casas se erigían unas junto a otras a ese lado de la calle, y las blancas cúpulas de Alto Thalanti relucían en la colina recortadas contra el cielo gris oscuro.

El templo se contaba entre los edificios más antiguos de la ciudad; sus cimientos se remontaban dos mil años en el tiempo. Los monjes thalantinos habían llegado, como tantos otros, atraídos por el rumor. Rallick sabía menos de historia que Murillio y Coll. Se creía que uno de los pueblos ancestrales había enterrado en las colinas a uno de sus próceres, un individuo de gran riqueza y poder, pero ignoraba los detalles.

No obstante, aquel rumor había tenido numerosas consecuencias. De no haber sido por los millares de pozos excavados en la tierra, jamás se hubieran hallado las bolsas

de gas. Si bien muchos de aquellos pozos se habían derrumbado u olvidado con el paso de los siglos, otros seguían en pie, conectados unos con otros mediante túneles subterráneos.

En una de las diversas cámaras que hacían del terreno que sustentaba el templo un panal era donde aguardaba Vorcan, la Dama de los Asesinos. Rallick imaginó a Ocelote descendiendo a las profundidades, cargando a hombros la noticia del desastre, lo cual no pudo sino provocarle una sonrisa. No conocía a Vorcan, pero en opinión de Rallick Ocelote era carne de aquellas catacumbas, una más entre las muchas ratas que pasaban bajo sus pies.

Rallick era consciente de que algún día se convertiría en líder del clan, y se encontraría cara a cara con Vorcan abajo, en algún lugar. Se preguntó cómo le cambiaría conocerla, y mientras recorría el camino sus pensamientos no pudieron ser más desagradables.

No tenía otra opción. En otro tiempo, pensó mientras se acercaba a la manzana que ocupaba la taberna del Fénix, hacía mucho, mucho, cuando la vida estaba llena de decisiones que tomar, en que pudo haber escogido otros caminos. Aquellos tiempos pertenecían al pasado, ya no volverían, y el futuro era una negra noche perpetua, un brazo de oscuridad que conducía a la negrura eterna. Con el tiempo conocería a Vorcan y juraría por su vida ser fiel a la Dama de los Asesinos, y eso sería todo, como cerrar la última puerta.

Y la rabia que lo dominaba ante las injusticias que lo rodeaban, la corrupción del mundo, se marchitaría en los penumbrosos túneles que recorrían las entrañas de Darujhistan. En el camino hacia la perfección en los métodos del asesinato, él mismo se convertiría en su última víctima.

Esto, más que cualquier otra cosa, hacía del plan que compartía con Murillio el último acto de humanidad que llevaría a cabo. La traición era el mayor de los crímenes posibles en opinión de Rallick, puesto que tomaba todo cuanto de humano había en una persona para convertirlo en puro dolor. Comparado con eso, el asesinato era cosa fácil: era rápido, y ponía punto y final a la angustia y la desesperación de una vida sin esperanza. Si todo iba como estaba planeado, dama Simtal y aquellos hombres que habían conspirado con ella para traicionar a su marido, lord Coll, morirían. ¿Bastaría con eso para enmendar el error? ¿Serviría para compensar en algo todo el daño sufrido? No, pero podía devolver a un hombre su vida y su esperanza.

Para el propio Rallick, tales lujos pertenecían al pasado. Los había perdido hacía mucho tiempo, y no era el tipo de personas que gustan de remover en las cenizas. No había brasas, ninguna llama podría renacer. La vida pertenecía a otros, y lo único que exigía de ella era el poder de arrebatarla a otros. No reconocería la esperanza ni aunque la tuviera delante. Hacía tiempo que se había convertido en una extraña para él, llevaba demasiado siendo un fantasma.

Al acercarse a la entrada de la taberna, Rallick vio que Azafrán descendía por la calle. Apretó el paso.

—Azafrán —llamó.

El muchacho dio un respingo; luego, al reconocer a Rallick, se detuvo para esperar a que llegara a su altura.

Rallick lo asió del brazo y lo llevó hacia un callejón sin decir una palabra. En cuanto quedaron al amparo de las sombras, apretó aún más la mano, zarandeó a Azafrán y acercó el rostro al suyo.

—Escúchame —susurró con la cara a menos de un palmo de la expresión asombrada que le dedicaba el joven—, esta

noche han asesinado a lo mejor de la Guilda. Esto no es un juego. Ni te acerques a los tejados, ¿me has oído?

Azafrán asintió.

—Y dile a tu tío lo siguiente: hay una Garra en la ciudad.
El muchacho abrió los ojos desmesuradamente.

—Y hay alguien más —continuó Rallick—. Alguien que cayó del cielo y asesinó a todo cuanto tuvo al alcance de la vista.

—¿Quieres que le diga eso a tío Mammot?

—Tú hazlo. Y ahora presta atención, Azafrán. Lo que voy a decirte queda entre nosotros, entre tú y yo, ¿entendido?

Azafrán asintió de nuevo, pálido.

—Si sigues como hasta ahora acabarás muerto. Me importa una mierda lo emocionante que pueda parecerte, porque lo que para ti es emoción para otros es desesperación. Deja de alimentar la sangre vital de la ciudad, muchacho. No hay nada de heroico en desplumar a los demás. ¿Me explico?

—Sí —susurró Azafrán.

Rallick soltó el brazo del muchacho y se apartó de él.

—Y ahora, vete. —Empujó a Azafrán a la calle y observó al joven trastabillar y desaparecer al doblar la esquina. Llenó de aire los pulmones, sorprendido de cómo temblaba cuando fue a desabrocharse la capa.

Murillio surgió de las sombras.

—No creo que sirva de nada, amigo mío, pero ha sido un buen intento. —Puso una mano en el hombro del asesino—. Maese Baruk tiene un encargo para nosotros. Kruppe insiste en que Azafrán nos acompañe.

—¿Que nos acompañe? —preguntó, ceñudo, Rallick—. ¿Vamos a abandonar Darujhistan?

—Me temo que sí.

—Idos sin mí —dijo Rallick—. Di a Baruk que no me encontraste. Todo se halla en una encrucijada crucial, incluido nuestro plan. —¿Ha pasado algo, Nom?

—Habrás escuchado el mensaje que acabo de confiar a Azafrán para su tío.

—Me temo que he llegado tarde. —Murillio negó con la cabeza—. Vi a lo lejos que arrastrabas al muchacho al callejón y me acerqué.

—Bien. Vamos dentro. Ésta es una de esas noches capaces de arrancar la sonrisa al Embozado, amigo mío.

Ambos salieron juntos del callejón. En la calle, frente a la taberna del Fénix, la luz del amanecer avanzaba con lentitud por entre la niebla que alumbraba la persistente lluvia.

En pleno tejado había un fragmento del terreno lleno de ceniza y hueso; crepitaba débilmente y despedía de vez en cuando unas chipas juguetonas. Anomander Rake hundió la espada en la vaina.

—He enviado a doce de vosotros —recordó a la figura envuelta por una capa negra que permanecía de pie a su lado—, y no veo más que a ocho. ¿Qué ha pasado, Serat?

La tiste andii estaba exhausta.

—Nos hemos empleado a fondo, señor.

—Los detalles —pidió con dureza Rake.

—Jekaral tiene el cuello roto, además de tres costillas —obedeció Serat tras lanzar un suspiro—. Boruld tiene la cara hecha un asco, la nariz rota, el pómulo, la mandíbula…

—¿A quién se enfrentaron? —preguntó Rake al tiempo que se volvía exasperado a su teniente—. ¿Acaso la Dama de los Asesinos ha abandonado su escondrijo?

—No, señor. Tanto Jekaral como Boruld cayeron ante el mismo hombre, que no pertenece al Gremio de la ciudad.

—¿Una Garra? —preguntó Rake con un súbito fulgor en la mirada.

—Es posible. Lo acompañaba un mago supremo. El mismo que nos arrojó al korvalahí para que jugáramos con él.

—Esto me huele al Imperio —murmuró Rake mientras observaba el manto de ascuas que empezaba a corroer el tejado—. Diría que se trata de uno de los conjuros de Tayschrenn. —Sonrió con ferocidad—. Lástima haber perturbado su sueño esta noche.

—A Dashtal lo alcanzaron con un virote emponzoñado —prosiguió Serat—. Fue uno de los asesinos de la Guilda. —La mujer titubeó—. Señor, lo dimos todo en la campaña de Brood. Necesitamos descanso. Esta noche se han cometido errores. Algunos de los miembros de la Guilda se nos escaparon de entre los dedos y, de no haber respondido tú a mi petición, hubiéramos sufrido más bajas al enfrentarnos al demonio.

Rake puso los brazos en jarras y contempló el cielo de la mañana. Al cabo de un instante, lanzó un suspiro.

—Ah, Serat. No me creas insensible, pero debemos hacernos con el maestre de la Guilda. Es necesario acabar con su organización. —Hizo una pausa para ver de reojo cómo reaccionaba la teniente—. Ese agente de la Garra con quien os habéis cruzado… ¿Crees posible que hubieran concertado una reunión aquí?

—No, una reunión no —respondió Serat—. Una trampa. Rake asintió.

—Bien. —Su mirada compartió por un instante el tono violeta de los ojos de Serat—. Volved a Engendro de Luna,

pues. Que la sacerdotisa suprema atienda en persona a Jekaral.

Serat inclinó la cabeza.

—Gracias, señor. —Se volvió y dirigió un gesto a sus hombres.

—Ah —recordó Rake, levantando la voz para proyectarla al cuadro de magos asesinos—, una última cosa. Os habéis empleado bien, excepcionalmente bien. Os habéis ganado un descanso: tres días con sus noches para hacer lo que os plazca.

—Lloramos su muerte, señor. —Serat se inclinó de nuevo ante él.

—¿Su muerte?

—El virote envenenado acabó con Dashtal. Ese veneno lo produjo un alquimista, señor. Un sabio de cierta habilidad. Contenía paraltina.

—Comprendo.

—¿Volverás con nosotros?

—No.

La teniente se inclinó por última vez. Todos a una, los ocho tiste andii levantaron las manos y se esfumaron.

Rake observó el manto de ceniza; acababa de corroer del todo el tejado y se perdía en la oscuridad. Procedente de la planta inferior llegó un leve estrépito. Lord Anomander Rake volvió a levantar la mirada al cielo y suspiró.

El sargento Whiskeyjack meció la silla hasta recostar el respaldo en la maltrecha pared. La pequeña y sucia estancia olía a orín y a humedad. Dos solitarias camas con dosel y colchones de arpillera rellenos de paja se alineaban pegadas a la pared, a su izquierda. Las otras tres

mecedoras se hallaban colocadas alrededor de la mesa situada en mitad de la habitación. En la mesa, una lámpara de aceite iluminaba a Violín, Seto y Mazo, que jugaban a las cartas.

Cumplida la labor, habían terminado hacia el anochecer frente al Pabellón de la Majestad. Hasta la alianza con los moranthianos, el saboteador de Malaz no era sino un zapador, un cavatúneles experto también a la hora de quebrar los accesos a las ciudades. La alquimia moranthiana había descubierto al Imperio una gran variedad de explosivos de pólvora, muchos de los cuales detonaban al verse expuestos al aire. Aplicar un ácido de acción lenta bastaba para agujerear las granadas de barro. El sabotaje se había convertido en un arte: hallar la ecuación precisa entre el grosor del barro y la fuerza del ácido era tarea delicada, y pocos eran los que sobrevivían para aprender de sus errores.

En opinión de Whiskeyjack, Seto y Violín eran lamentables como soldados. Tenía que esforzarse para recordar la última vez que los había visto desnudar la espada corta. Los años pasados en campaña les habían hecho extraviar la poca disciplina que había formado parte de su adiestramiento básico. A pesar de ello, en lo tocante al sabotaje no tenían parangón.

Con ojos entornados observó a los tres hombres sentados a la mesa. Había transcurrido un rato desde que uno de ellos dijera una palabra o se moviera. Era uno de los juegos que ideaba Violín, supuso, ya que siempre estaba inventando nuevos juegos, improvisando reglas que le dieran cierta ventaja. A pesar de las interminables discusiones, a Violín nunca le faltaban jugadores.

Cualquier cosa con tal de combatir el aburrimiento, se dijo. Quizá no, pues no sólo se debía al tedio. La ansiosa

espera, sobre todo cuando tiene que ver con los amigos de uno… Que ellos supieran, Ben el Rápido y Kalam podían estar tendidos en cualquier callejón. Eso era lo que hacía de la espera una experiencia tan difícil de sobrellevar.

Whiskeyjack dirigió la mirada a una de las camas, en la cual había extendido la armadura y la espada larga. La herrumbre que manchaba las perjudicadas mallas del plaquín parecían manchas de sangre seca. Faltaba malla en algunos lugares, y en otros se veía muy maltrecha. En los huesos y el cuerpo permanecía imborrable el recuerdo de todo aquel daño: cada corte y cada golpe lo perseguían en forma de dolores; le saludaban a diario, cada mañana, como si llevaran ahí toda la vida. La espada, con la empuñadura envuelta en una tira de cuero, estaba enfundada en la vaina de piel; los correajes y el cinto colgaban del borde de la cama.

Había encontrado esa arma en la primera batalla que libró, en un campo alfombrado de cadáveres. En aquellos tiempos, aún tenía en las botas las manchas de la cantera de su padre, y la promesa de todo un mundo nuevo en los pendones del Imperio que flameaban al viento. La espada había llegado a él reluciente, sin siquiera una mella en la hoja afilada. La había tomado como quien adopta para sí un estandarte.

Whiskeyjack extravió la mirada. Su mente se había adentrado en el terreno gris y pantanoso de la mocedad, de aquel tiempo en que recorría un camino familiar, tiempo perdido ahora, cegado por una pena indecible.

Se abrió la puerta y entró Trote, acompañado de un ventarrón vaporoso. Los ojos oscuros como carbón del barghastiano encontraron los del sargento.

Al poco rato, Whiskeyjack se levantó. Se acercó a la cama y aferró la espada.

En la mesa, los demás continuaron guardando silencio, concentrados en las cartas, y la única muestra de inquietud que dieron se tradujo en el modo en que rebulleron en la silla. Whiskeyjack apartó a Trote y entornó la puerta hasta no dejar más que una rendija, por la cual miró. En la calle, en la boca de un callejón, vio a dos figuras agazapadas, una de ellas (la de mayor constitución) apoyada en la otra.

—Mazo —susurró Whiskeyjack con apremio.

En la mesa, el sanador dedicó una mirada ceñuda a los dos saboteadores y dejó las cartas.

Las dos sombras del callejón cruzaron la calle. Whiskeyjack llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Mazo mientras cambiaba las sábanas de una de las camas.

—Kalam —respondió el sargento. Llegaron a la puerta y el sargento la abrió de par en par para dejarlos pasar; después, la cerró. Hizo un gesto con la cabeza a Trote, que se acercó a la ventana y corrió una punta de la cortina para vigilar la calle.

Kalam estaba muy pálido, con un brazo en el hombro de Ben el Rápido. La camisa gris oscuro del asesino estaba empapada de sangre. Mazo se acercó para ayudar al mago; ambos llevaron a Kalam a la cama. En cuanto el sanador lo hubo tumbado, apartó con un gesto a Ben el Rápido y procedió a desabrochar la camisa de Kalam.

Ben el Rápido dedicó una mirada vencida a Whiskeyjack y tomó asiento en la misma silla que hasta el momento había ocupado Mazo.

—¿A qué jugáis? —preguntó al tiempo que recogía las cartas de Mazo, las cuales inspeccionó ceñudo.

Pero ni Seto ni Violín respondieron.

—Vete a saber —dijo Whiskeyjack, que se acercó a Mazo hasta situarse a su espalda—. Se sientan ahí, callados.

Los labios de Ben el Rápido dibujaron una sonrisa torcida.

—Ah, el juego de la espera, ¿no, Violín? —Se recostó para ponerse cómodo y estiró las piernas.

—Causará baja una temporada —informó el sanador al sargento—. Es una herida limpia, pero ha perdido mucha sangre.

Tras agacharse un poco, Whiskeyjack observó el rostro macilento del asesino. Kalam lo miró a su vez con atención, sin que su mirada se viera nublada.

—Bueno —dijo el sargento—. ¿Qué ha pasado?

—Hubo una riña entre magos ahí fuera —respondió a su espalda Ben el Rápido. Kalam corroboró las palabras del mago con un gesto.

—¿Y? —insistió Whiskeyjack, vuelto hacia el mago.

—La cosa se torció. Tuve que soltar a un demonio del Imperio para que pudiéramos salir de ahí con vida.

Todos en la estancia se quedaron paralizados. En la ventana, Trote se volvió e hizo uno de sus gestos de protección tribales, recorriendo con la yema del dedo los signos trazados en sus mejillas.

—¿Anda suelto por la ciudad? —preguntó Whiskeyjack en voz baja.

—No —respondió el mago—. Ha muerto.

—¿Se puede saber con quién os habéis topado? —preguntó furioso Whiskeyjack levantando ambas manos.

—No estoy del todo seguro. Fuera quien fuese, despachó al demonio en mucho menos de un centenar de latidos de corazón. Oí el grito de agonía cuando no nos habíamos distanciado ni una manzana. Magos asesinos, sargento. Cayeron del cielo. Parecían decididos a borrar del mapa a todo la Guilda de Darujhistan.

Whiskeyjack volvió a la silla; se dejó caer en ella, sin que el quejido que despidió la madera le afectara.

—Del cielo. Tiste andii.

—Sí —murmuró Ben el Rápido—. Eso fue lo que pensamos. La hechicería traía ese aroma a viejo, a oscuro. A frío gélido. Kurald Galain.

—A juzgar por lo que pudimos ver —añadió Kalam—, hicieron un magnífico trabajo. No pudimos entablar contacto, sargento. Aquello era un hervidero.

—De modo que Luna ya trabaja en la zona. —Whiskeyjack descargó un golpe en el brazo de la silla—. Peor aún, el señor de Luna nos ha sacado cierta ventaja. Supuso que intentaríamos contactar con la Guilda, ¿y qué es lo que hace?

—Pues acabar con la Guilda —dijo Kalam—. ¿No os parece que es un poco arrogante?

—Tenga la arrogancia que tenga ese Anomander Rake —continuó Whiskeyjack con una mueca—, lo cierto es que se ha ganado la reputación. Eso se lo reconozco. Me pregunto cuán bueno es el maestre de la Guilda de esta ciudad, si lo será tanto como para derrotar a esos tiste andii. No es muy probable.

—Respecto a lo otro… —añadió Ben el Rápido—. Funcionó.

El sargento observó fijamente al mago unos instantes.

—También nos encontramos a Lástima —informó Kalam, que torció el gesto cuando Mazo le presionó la herida y pronunció unas palabras en voz muy baja.

—¿Cómo? La envié detrás de un gordo que ella consideraba importante. ¿Cómo pudisteis cruzaros con ella?

Ben el Rápido había enarcado ambas cejas.

—De modo que nos dijo la verdad. No sabemos cómo se las ingenió para dar con nosotros, pero nos contó que había encontrado al hombre que andábamos buscando y nos lo entregó.

Mazo levantó la mano. En el lugar donde estaba la herida no quedaba más que una cicatriz de color rosa. Kalam gruñó en señal de agradecimiento y se incorporó.

Whiskeyjack tamborileó en el brazo de la silla.

—De haber sabido quién manejaba los hilos de esta jodida ciudad, nosotros mismos podríamos intentarlo.

—Si empezamos a liquidar a los concejales, quizá salgan a la luz los auténticos gobernantes.

—No es mala idea —admitió el sargento poniéndose en pie—. Trabajemos en ello. Después de sacar a pasear a ese demonio, el señor de Luna sabe que estamos aquí. Habrá que ponerse en marcha.

—Podríamos hacer saltar por los aires el Pabellón de la Majestad —sugirió Violín, que dedicó una sonrisa afectada a Seto.

—¿Tenéis suficiente munición para hacer tal cosa? —preguntó Whiskeyjack.

—Tenemos suficiente para volar una mansión, más o menos. Pero si desenterramos algunas de las minas que plantamos…

—Todo esto es cada vez más absurdo. —Whiskeyjack suspiró—. No, dejemos las cosas como están. —Luego observó con atención la partida de cartas. Por lo visto, requería una total inmovilidad. Guardar las distancias. El sargento entornó los ojos. ¿Acaso intentaban decirle algo?

Tonos anaranjados y amarillos iluminaban el horizonte a oriente y bañaban de un lustre cobrizo los tejados y los

adoquines de la ciudad. Aparte del goteo del agua las calles permanecían en silencio, aunque apenas faltaba un rato para que asomaran los primeros ciudadanos. Los granjeros que habían agotado las reservas de grano, fruta y semillas asirían el carro de mano o subirían al carromato y partirían de la ciudad. Las tiendas de mercancías y los puestos ambulantes abrirían para atender las necesidades de la primera oleada de clientes.

En toda la ciudad de Darujhistan, los Carasgrises se dispusieron a cerrar las válvulas que suministraban gas a las lámparas alineadas en las calles mayores. Se movían en pequeños grupos y se reunían en los cruces para finalmente dispersarse con la primera campanada de la mañana.

Lástima observó a Azafrán bajar la escalera de una casa del vecindario. Se había apostado a media manzana de distancia calle abajo, oculta en unas sombras que a pesar de la creciente luz se negaban a desaparecer.

Un poco antes, había percibido la muerte del demonio imperial como un golpe casi físico, localizado en lo más hondo del pecho. Por lo general, los demonios huían a su reino en cuanto sufrían daños, al menos una cantidad de dolor suficiente para cortar los lazos que los unían a quien los hubiera invocado. Pero el korvalahí no se había liberado ni había huido. Aquél había sido su final, en toda la extensión de la palabra. Una muerte total. Aún recordaba el grito silencioso y desesperado que reverberaba en su cabeza.

Toda la ambivalencia que rodeaba al portador de la moneda había desaparecido. Ahora sabía que lo mataría. Tenía que hacerlo, y pronto. Lo único que debía resolver antes de matarlo era el misterio de sus acciones. ¿Hasta qué punto utilizaba Oponn al muchacho?

Sabía que la había visto en el jardín de los D'Arle, justo antes de escapar por el tejado de la propiedad. Al ver la luz que se encendía tras las puertas corredizas del balcón, decidió que debía continuar siguiendo a Azafrán. La familia D'Arle era poderosa en Darujhistan. Que el muchacho tuviera un lío amoroso clandestino con la hija de los D'Arle quizá era aventurar demasiado, pero ¿qué otra cosa podía pensar? De modo que la pregunta seguía ahí: ¿Obraba Oponn directamente a través del muchacho, con intención de convertirlo en una influencia directa en el concejo de la ciudad? ¿Qué poder, qué influencia poseía en realidad la joven dama?

Tan sólo era cuestión de posición, del posible escándalo. Aun así, ¿qué talla política tenía el concejal Estraysian D'Arle? Lástima comprendió que si bien había descubierto lo suyo acerca del panorama político de Darujhistan, aún no sabía lo suficiente para contrarrestar los movimientos de Oponn. El concejal D'Arle constituía el mayor opositor a la política de Turban Orr en cuanto al asunto de la proclamación de neutralidad, pero ¿qué importancia podía tener ese detalle? Al Imperio de Malaz no podía importarle menos. Pero ¿y si la proclamación no era más que una finta? Quizá lo único que pretendía Turban Orr era poner los cimientos de un golpe de Estado respaldado por el Imperio.

Las respuestas a estas preguntas llegarían lentamente, con el tiempo. Sabía que tenía que ejercer la paciencia. Por supuesto, la paciencia era su mejor cualidad. Había confiado en que bastaría con mostrarse a Azafrán una segunda vez, ahí en el jardín, para que el muchacho sintiera pánico o, al menos, incomodar a Oponn, siempre y cuando el control que ejercía sobre él fuera tan directo.

Lástima había seguido vigilándolo desde las sombras con las que se envolvió cuando aquel asesino llamado Rallick

encomendó una tarea al joven. Se acercó lo bastante como para escuchar la conversación que mantuvo Rallick con Murillio. Por lo visto el joven contaba con gente que lo protegía, tipos raros todos, sobre todo si daba por sentado que el hombrecillo gordo, Kruppe, ejercía de líder del grupo. Al escuchar que se proponían sacar de la ciudad a Azafrán por orden de su «señor» toda aquella situación resultaba aún más intrigante.

Era consciente de que no podía tardar en actuar. Confiaba en que la protección ofrecida por el tal Kruppe y por ese Murillio no le impediría hacerlo. Cierto que Kruppe era más de lo que aparentaba, pero la violencia no parecía precisamente una de sus grandes virtudes.

Mataría a Azafrán fuera de la ciudad. En cuanto hubiera descubierto la naturaleza de su misión y quién era su señor. En definitiva, en cuanto hubiera reunido todas las piezas.

De modo que el sargento Whiskeyjack tendría que esperar un poco más a que regresara Lástima. Sonrió al pensarlo, consciente de lo aliviados que se sentirían todos los miembros del pelotón al ver que no asomaba por ningún lado. Respecto a eso, la amenaza que constituían Ben el Rápido y Kalam… En fin, todo a su tiempo.

La feroz migraña que mortificaba al alquimista Baruk iba en aumento. Fuera cual fuese la presencia que había sido desatada en la ciudad, lo cierto era que había desaparecido. Se sentó en su sillón de lectura, apretando contra la frente y con fuerza el hielo envuelto en tela. Había sido un conjuro. Estaba seguro de ello. Las emanaciones hedían a un ejercicio invocatorio de naturaleza demoníaca. Sin embargo, ahí no acababa todo. Un instante antes de que la

presencia se desvaneciera, Baruk había experimentado un cerco mental que a punto estuvo de dejarlo inconsciente.

Había compartido el grito agónico de la criatura, y su propio chillido reverberó en toda la casa hasta el punto que atrajo la atención de los hombres de armas, que acudieron a su dormitorio dando voces.

Baruk sentía en lo más profundo de su ser una especie de rabia ante la injusticia; era como si le hubieran dañado el alma. Por un instante se había asomado a un mundo poblado por un vacío absoluto, un vacío del que surgían los sonidos, el crujir de las ruedas de un carro, el choque metálico de las cadenas, los gruñidos de millares de almas prisioneras. Entonces desapareció, y de pronto se vio sentado en el sillón, con Roald arrodillado a su lado, con un balde en la mano con hielo traído de la bodega.

Se hallaba sentado en el estudio, a solas, con el hielo en la frente, que le proporcionaba una sensación de gran calidez comparada con la que había invadido su corazón.

Llamaron a la puerta y entró Roald, a cuyo rostro asomaba la preocupación.

—Señor, tiene visita.

—¿De veras ¿A estas horas? —Inquieto, se puso en pie—. ¿Quién es?

—Lord Anomander Rake. —Roald titubeó—. Y otro…

—Que entren —ordenó Baruk, ceñudo.

—Sí, señor.

Entró Rake, que tenía asida de la cerviz a una criatura alada del tamaño de un perro. La criatura forcejeó entre siseos, antes de mirar suplicante a Baruk.

—Esta cosa me ha estado siguiendo hasta aquí —dijo Rake sin más—. ¿Es tuya?

Baruk asintió sobresaltado.

—Ya me parecía. —Rake soltó al demonio, que aleteó por la estancia hasta posarse a los pies del alquimista.

Baruk lo miró. El demonio temblaba.

—Qué noche tan ajetreada —explicó Rake tras sentarse en un sillón y estirar las largas piernas.

Baruk hizo un gesto y el demonio desapareció con un leve sonido burbujeante.

—Había enviado a mi sirviente a una misión —dijo no sin cierta dureza en la voz—. No tenía ni idea de que te verías involucrado. —Se acercó al tiste andii—. ¿Qué hacías en mitad de una guerra entre asesinos?

—¿Y por qué no? —respondió Rake—. Yo fui quien la empezó.

—¿Cómo?

—No conoces a la emperatriz tan bien como yo. —Y sonrió a Baruk.

—Explícate, por favor. —El alquimista se había sonrojado.

—Dime algo, Baruk —dijo Rake, volviéndose al alquimista—. ¿Quién en esta ciudad es más probable que sepa de tu cábala secreta? ¿Y quién podría beneficiarse más si tú desaparecieras? Es más, ¿quién en toda la ciudad puede asesinarte?

Baruk no se apresuró a responder. Caminó lentamente hacia la mesa, donde había desplegado un nuevo mapa coloreado. Se inclinó sobre éste y apoyó las manos en la superficie de la mesa.

—Sospechas que la emperatriz podría andar tras Vorcan —dijo—. Para ofrecerle un contrato.

—Por ti y el resto de los magos supremos —añadió Rake a su espalda—. La emperatriz ha enviado a una Garra a este lugar, no tanto para incordiar a las defensas de la ciudad, sino para establecer contacto con la Dama de los

Asesinos. No estaba seguro del todo pero quería evitar ese contacto.

Baruk no apartó la mirada de la mancha roja pintada en el mapa.

—De modo que despachaste a tus propios asesinos para eliminar al Gremio de un plumazo y hacer que Vorcan se delatara. —Se volvió a Rake—. Y después, ¿qué pretendías? ¿Matarla? ¿Todo por uno de tus pálpitos?

—Esta noche —respondió Rake sin alterarse—, impedimos que la Garra estableciera contacto. Tu demonio te informará de ello. Además, supongo que la muerte de Vorcan y la diezma de los asesinos de la ciudad no te parecerá algo muy negativo, ¿me equivoco?

—Me temo que sí. —Baruk iba de un lado a otro esforzándose por contener la furia que sentía—. Puede ser que no conozca tan bien como tú a la emperatriz, Rake —continuó—, pero sí conozco esta ciudad, mucho mejor de lo que tú lograrás conocerla nunca. —Miró a los ojos al tiste andii—. Para ti, Darujhistan sólo es otro campo de batalla donde librar tu guerra particular con la emperatriz. No te importa un comino si la ciudad sobrevive o no, y así es como has logrado sobrevivir durante tres mil años.

—Ilumíname con tu sapiencia.

—El concejo de la ciudad cumple con una función… vital. Es la maquinaria local. Cierto, el Pabellón de la Majestad es un lugar repleto de mezquindad, corrupción, interminables disputas y, a pesar de ello, también es un lugar donde se acuerda sacar las cosas adelante.

—¿Y qué tiene eso que ver con Vorcan y su panda de asesinos?

—Como sucede con cualquier carro atestado —continuó Baruk—, las ruedas necesitan que alguien las engrase. Sin la opción del asesinato, hace tiempo que las familias nobles

se habrían destruido entre sí, llevándose consigo a toda la ciudad en una guerra civil. Segundo, la eficacia de la Guilda constituye una medida de control para los feudos de sangre, para las disputas y demás. Es la garantía del derramamiento de sangre, un derramamiento de sangre que siempre supone un incordio. Por lo general, es demasiado molesto para las sensibilidades de la nobleza.

—Curioso —admitió Rake—. De todos modos, ¿no crees que Vorcan atendería con los cinco sentidos una oferta hecha por la emperatriz? Después de todo, Laseen ya tiene el precedente de haber entregado el gobierno de una ciudad conquistada a un asesino. De hecho, al menos una tercera parte de los Puños Supremos que la sirven fueron antes asesinos.

—¡No lo has entendido! —exclamó Baruk, cruzado—. No nos has consultado, y eso no se puede tolerar.

—Y tú no me has respondido —reprendió a su vez Rake en voz baja, gélida—. ¿Aceptará Vorcan el contrato? ¿Podrá hacerlo? ¿Acaso es tan buena, Baruk?

El alquimista se volvió de espaldas.

—No lo sé. Ésa es mi respuesta a las tres preguntas.

Rake clavó en el alquimista su mirada perdida.

—Si no fueras más que un alquimista, puede que te creyera.

—¿Y por qué ibas a creerme otra cosa?

—Hay pocas personas que sean capaces de discutir conmigo sin alterarse —respondió Rake, sonriente—. No estoy acostumbrado a que los demás se dirijan a mí como a un igual.

—Son muchos los caminos que llevan a la ascendencia, algunos son más sutiles que otros. —Baruk se acercó a la repisa de la chimenea, tomó una jarra y luego se dirigió a un anaquel tras el escritorio, del que sacó dos copas de

cristal—. Es una hechicera suprema. Todos tenemos defensas mágicas, pero que puedan oponerse a ella… —Llenó de vino ambas copas.

Rake se levantó para reunirse con el alquimista. Aceptó la copa que éste le tendía y la elevó entre ambos.

—Me disculpo por no haberte informado. Lo cierto es que no me pareció importante hacerlo. Hasta esta noche, he actuado en base a teorías, nada más. No me detuve a pensar en las consecuencias que podrían derivar de la desaparición de la Guilda.

Baruk sorbió el vino.

—Dime algo, Anomander Rake. Hubo una presencia esta noche en nuestra ciudad. Un conjurado.

—Era uno de los demonios korvalahí de Tayschrenn —respondió Rake—. Lo invocó un mago de la Garra. —Tomó un largo sorbo del néctar, lo paladeó un instante y lo tragó gustoso—. Se fue.

—¿Se fue? —preguntó Baruk en voz baja—. ¿Adónde?

—Fuera del alcance de Tayschrenn. —Rake tenía una sonrisa en los labios—. Fuera del alcance de nadie.

—Tu espada —dijo Baruk, que contuvo un escalofrío cuando el recuerdo de la visión acudió a su mente. El crujir de las ruedas, el rumor metálico de las cadenas, los gruñidos de un millar de almas extraviadas. Y la oscuridad.

—Oh, sí. Recibí las cabezas de los dos magos de Pale, tal como me prometiste. Admiro tu eficacia, Baruk. ¿Protestaron?

—Les expliqué con todo detalle las opciones —respondió el alquimista, pálido—. No, no protestaron.

La risa suave de Rake logró que a Baruk se le helara la sangre en las venas.

Kruppe se levantó al oír el sonido lejano. El fuego llameaba ante sus ojos, sin dar ya el mismo calor.

—Ah —suspiró—, Kruppe tiene las manos casi insensibles, pero el oído sigue tan agudo como siempre. Escucha ese leve rumor en las mismísimas regiones de su actual sueño. ¿Conoce acaso su procedencia?

—Quizá —dijo a su lado K'rul.

Con un respingo, Kruppe se volvió con las cejas enarcadas.

—Kruppe te creía ido hacía tiempo, Ancestral. No obstante, agradece tu compañía.

El dios embozado inclinó la cabeza.

—Todo va bien con la pequeña Velajada. Los rhivi la protegen y crece llena de confianza, como corresponde a la naturaleza de soletaken. La acoge un poderoso caudillo.

—Excelente. —Kruppe sonrió. De nuevo los sonidos que provenían de la distancia llamaron su atención. Quiso penetrar la oscuridad, pero no vio nada.

—Dime, Kruppe, ¿qué es lo que oyes?

—El paso de un gigantesco carromato o algo por el estilo —respondió ceñudo—. Oigo las ruedas, las cadenas y los gruñidos de los esclavos.

—Se llama *Dragnipur* —aclaró K'rul—. Y es una espada.

—¿Cómo un carromato y los esclavos pueden ser una espada?

—Forjada en la oscuridad, encadena almas a un mundo que existió antes del devenir de la luz. Kruppe, quien la esgrime se encuentra entre vosotros.

A la mente de Kruppe acudió la baraja de los Dragones. Vio la imagen de aquel que era parte hombre, parte dragón, el caballero de la Gran Casa de Oscuridad, también

conocido como hijo de la Oscuridad. Empuñaba en alto una espada negra que dibujaba una estela de cadenas humeantes—. ¿El caballero? ¿En Darujhistan? —preguntó conteniendo un escalofrío de temor.

—En Darujhistan —confirmó K'rul—. O cerca de Darujhistan. Sobre Darujhistan. Su presencia es una losa de poder, y grande es el peligro. —El dios ancestral encaró a Kruppe—. Está aliado con maese Baruk y con la cábala de T'orrud; los gobernantes secretos han encontrado a un aliado de quien tienen tantas razones para guardarse como para confiar. Esta noche, *Dragnipur* probó el alma de un demonio, Kruppe, en tu ciudad. Nunca permanece hambrienta mucho tiempo, y volverá a probar la sangre antes de que esto acabe.

—¿Hay alguien que pueda resistirla? —preguntó Kruppe.

—Nadie pudo cuando fue forjada por primera vez, aunque de eso hace ya mucho tiempo, antes incluso de mis tiempos. No puedo responder por el tiempo presente. Tengo otra información que darte, Kruppe, una información insignificante, me temo.

—Kruppe atiende.

—Se trata del viaje en que maese Baruk te envía a las colinas Gadrobi. La magia ancestral se prepara de nuevo, después de mucho tiempo. Es Tellan, de los imass, pero lo que pretende tocar es Omrose Phellack, magia ancestral jaghut. Kruppe, mantente al margen de su camino. Sobre todo, protege al portador de la moneda. Lo que está a punto de sobrevenir constituye una amenaza tan seria como la que pueda suponer el caballero y su espada; igual de antigua, también. Mira dónde pisas, Kruppe.

—Kruppe siempre mira dónde pisa, Ancestral.

Libro Quinto



Las colinas Gadrobi

Allende estas paredes de piel
se sienta una niña;
ante ella reposa en seda ajada una baraja.
Aún no puede hablar
y las escenas que se suceden a sus ojos
no las había visto en esta vida.
La niña observa una solitaria carta
de nombre Obelisco, piedra gris,
tanto que áspera la siente en su interior.
Obelisco yace sepultado en una loma herbosa,
como nudillo crispado asoma
de la tierra, pasado y futuro.
La niña no entorna los ojos;
los abre, de terror, puesto que se han dibujado
grietas en la piedra de piedras. Sabe, pues,
que la destrucción ha empezado.

Zorraplateada
Escolta Hurlochel,
Sexto Ejército

Capítulo 14



Los vi en las playas,
los profundos abismos de sus miradas
juraban guerra eterna
contra la suspirante calma
de los mares jaghut...

La locura de Gothos
Gothos (n. ?)

Año 907 del Tercer Milenio
Estación de Fanderay en el año de los Cinco Colmillos
Año 1163 del Sueño de Ascua, según el calendario de Malaz
Año de la Reunión, Tellan Arise, según el calendario t'lan imass

A medida que transcurrían los días, la Consejera Lorn recuperaba la agudeza de pensamiento, a la que habían cedido el paso el cansancio y la depresión. Se dio cuenta de lo fácil que era caer en la indiferencia. No sabía cómo tratarlo, lo cual la desequilibraba y le hacía sentirse insegura respecto a su propia eficacia.

Mientras se dibujaba el perfil de las colinas Gadrobi, primero al sur y luego también a poniente, sintió la apremiante necesidad de recuperar su confianza. La misión

se acercaba a una encrucijada vital. El éxito con el túmulo jaghut garantizaría el éxito de casi todo lo demás.

Desde el alba cabalgaba en su empeño por mantener intacto el calendario que se había marcado, tras el lento avance de los primeros días. Ambos caballos andaban necesitados de un buen descanso, de modo que Lorn caminaba ahora por delante de ellos, anudadas las riendas al cinto. A su lado lo hacía Tool.

Aunque el t'lan imass hablaba a menudo cuando le obligaba a hacerlo, y lo hacía de muchas cosas fascinantes, se resistía a los esfuerzos de ella respecto a todo cuanto pudiera ser importante para el Imperio, así como al continuado poder de Laseen. Todo parecía siempre volver a los juramentos que había hecho en la última reunión. Para el imass, algo estaba a punto de suceder. Se preguntaba a menudo si estaría relacionado con la liberación de ese tirano jaghut, lo que sin duda constituía una reflexión inquietante.

Aun así, no estaba dispuesta a permitir que nada hiciera peligrar la misión. En esto era el brazo ejecutor de Laseen, y no actuaba por cuenta propia sino por cuenta de la emperatriz. Dujek y Tayschrenn se lo habían puesto de manifiesto. De modo que no representaba ningún papel en ese asunto, al menos no como Lorn. ¿Cómo iba nadie a hacerla responsable de lo que pudiera suceder?

—En los años que pasé con los humanos —dijo Tool a su lado—, he llegado a recordar el suceder de las emociones en el cuerpo y la expresión. Consejera, hace dos días que te veo ceñuda. ¿Tiene importancia?

—No —replicó ella—, ninguna. —Depurar sus pensamientos de cualquier sentimiento particular jamás le había parecido tan difícil como en ese momento. ¿Sería un efecto secundario de la intervención de Oponn? Quizá Tool

pudiera librarla de esa sensación—. Tool —dijo—, lo que sí es importante, como tú dices, es que no sé lo suficiente acerca de lo que estamos a punto de hacer. Buscamos una piedra, señal de un túmulo. En caso de que podamos encontrarla, ¿por qué nadie pudo lograrlo antes? ¿Por qué tres mil años de búsqueda no han revelado su paradero?

—Daremos con esa piedra —respondió Tool—. Señala el túmulo, cierto, pero el túmulo no está ahí.

La Consejera arrugó aún más el entrecejo.

—Explícate.

El imass guardó silencio un rato. Al cabo, dijo:

—Nací de una senda ancestral, Consejera, a la que se conoce por el nombre de Tellann. Es más que una fuente mágica; también es un tiempo.

—¿Sugieres que el túmulo existe en otra época? ¿Así es como pretendes dar con ella, recurriendo a la senda Tellann?

—No, no hay tiempo paralelo que sea diferente del que conocemos. Ese tiempo ha pasado, ha desaparecido. Es más un asunto de… gusto. Consejera, ¿puedo continuar?

Lorn apretó los labios con fuerza.

—Los jaghut que enterró al tirano nacieron de una senda ancestral distinta. Pero el término «ancestral» sólo tiene sentido al comparar con las sendas de esta época. La Omtose Phellack de los jaghut no es «ancestral» cuando la comparamos con la Tellann. Son lo mismo, comparten un mismo gusto. ¿Me entiendes ahora, Consejera?

—Cabrón paternalista —murmuró ella para sí—. Sí, Tool.

El imass asintió y le crujieron los huesos.

—El túmulo no ha sido hallado antes, precisamente porque es Omtose Phellack. Yace en una senda perdida ahora para el mundo. A pesar de ello, soy Tellann. Mi senda linda con Omtose Phellack. Puedo dar con ella, Consejera.

Cualquier imass podría. Me escogieron porque no tengo clan. Estoy solo en todos los sentidos.

—¿Y por qué iba a ser eso importante? —preguntó Lorn con el estómago en un puño.

—Consejera —dijo Tool mirándola—. Lo que andamos buscando es la liberación de un tirano jaghut. Un ser como ése, de escapar a nuestro control o en caso de desafiar nuestras indicaciones, es muy capaz de destruir este continente. Puede esclavizar a todos los seres vivos que lo habitan, y lo hará si se le permite hacerlo. Si, en lugar de mí, Logros hubiera escogido a un invocahuesos (y si el tirano fuera liberado), ese invocahuesos hubiera sido esclavizado. Un tirano jaghut es peligroso de por sí, pero un tirano jaghut con un invocahuesos imass a su lado es imparable. Desafiarían a los dioses y acabarían con la mayoría de ellos. También, por no pertenecer a un clan, mi esclavitud —en caso de que ésta se produjera— no abarcaría a quienes son de mi sangre.

Lorn contempló al imass. ¿En qué estarían pensando la emperatriz y Tayschrenn? ¿Cómo podían siquiera albergar la esperanza de controlar a esa cosa?

—En resumidas cuentas, Tool, que eres prescindible.

—En efecto, Consejera.

Por tanto, yo también.

—¿Qué detendrá al tirano? —preguntó—. ¿Cómo podemos controlarlo?

—No podemos, Consejera. Ahí reside el riesgo que corremos.

—¿Qué significa eso?

Tool se encogió de hombros con un audible crujir de huesos bajo las pieles raídas.

—El señor de Engendro de Luna, Consejera. No tendrá más remedio que intervenir.

—¿Es capaz de detener al tirano?

—Sí, Consejera. Es capaz, aunque le costará un gran esfuerzo, lo debilitará. Es más, tiene la capacidad de impartir el único castigo capaz de poner en jaque al tirano jaghut. —Un leve fulgor iluminó por un instante las cuencas de sus ojos cuando la miró—. La esclavitud, Consejera.

Lorn se paró en seco.

—¿Quieres decir que el señor de Luna dispondrá de la ayuda del tirano jaghut?

—No, Consejera. La esclavitud llegará de la mano del de Luna, pero no puede decirse que la controle. Verás, sucede que la emperatriz sabe quién es él y qué posee.

—Es un tiste andii. —Lorn asintió—. Un mago supremo.

Tool soltó una risa desapacible.

—Consejera, es Anomander Rake, hijo de la Oscuridad. El que esgrime a *Dragnipur*.

Lorn arrugó el entrecejo.

Tool reparó en su confusión e hizo un esfuerzo por explicarse mejor. —*Dragnipur* es una espada forjada en la edad que precedió a la Luz. Y la Oscuridad, Consejera, es la diosa de los tiste andii.

Al cabo, Lorn recuperó el habla.

—La emperatriz sabe cómo escoger a sus enemigos —reflexionó en voz baja. Fue entonces cuando Tool la alcanzó con otra de sus sorprendentes revelaciones.

—Estoy seguro de que los tiste andii lamentan haber venido a este mundo.

—¿Cómo que vinieron a este mundo? ¿De dónde? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Los tiste andii proceden de Kurald Galain, la senda de Oscuridad. Kurald Galain era un páramo, era virgen. La diosa, su madre, sólo conocía la soledad… —Tool titubeó—.

Es muy probable que esta historia sea una fábula, Consejera.

—Continúa —pidió Lorn—. Por favor.

—En su soledad, la diosa buscó en el interior de sí misma. Así nació Luz. Sus hijos, los tiste andii, lo consideraron una traición. La rechazaron. Algunos cuentan que los expulsó. Otros, que abandonaron el regazo de su madre por elección propia. Si bien los magos tiste andii utilizan aún la senda de Kurald Galain, lo cierto es que no pertenecen a ella. Algunos incluso se han abierto a otra senda, la de Starvald Demelain.

—Te refieres a la primera senda.

Tool asintió.

—¿Y a qué senda pertenecía Starvald Demelain?

—Fue el hogar de los dragones, Consejera.

Murillio se volvió en la silla y detuvo la mula en el camino polvoriento. Miró al frente. Kruppe y Azafrán ya habían alcanzado la encrucijada de Congoja. Se acarició la frente con el delicado raso del guardapolvos y volvió de nuevo la mirada. Vio a Coll inclinarse de nuevo sobre la silla y vomitar el resto del desayuno.

Murillio suspiró. Era una maravilla verlo sobrio, pero que hubiera insistido en acompañarlos rozaba lo milagroso. Murillio se preguntó si Coll sospecharía algo de los planes de Rallick; pero no, de haber albergado la más mínima sospecha no habría tardado en darles un buen puñetazo a los dos.

Había sido el orgullo de Coll el responsable de que su vida se hubiera convertido en un auténtico desastre, y beber no mejoraba precisamente las cosas. Más bien todo lo contrario. Coll incluso había desempolvado la armadura

brigantina, al completo, con espinilleras y grebas de acero. Un espadón colgaba de la cintura, y con la cota de malla y el yelmo parecía un noble caballero. La única excepción era el tono verdoso que había adquirido su cara redonda. También era el único de ellos que había encontrado un caballo, en lugar de las condenadas mulas que Kruppe se había procurado de gorra.

Coll enderezó la espalda en la silla y dedicó una sonrisa cansina a Murillio; luego, espoleó al caballo hasta situarse a su lado. Prosiguieron el viaje sin decir una palabra, llevando las monturas a un galope corto hasta que alcanzaron a los demás.

Como era habitual, Kruppe hablaba de forma ampulosa.

—No más que un puñado de días, asegura Kruppe, inveterado viajero de los eriales que se extienden más allá de la reluciente ciudad de Darujhistan. No hay motivo para tamaña melancolía, muchacho. Considéralo una gran aventura.

Azafrán miró a Murillio y levantó ambas manos en señal de protesta.

—¿Aventura? ¡Ni siquiera sé qué se nos ha perdido aquí! ¿Nadie va a decirme nada al respecto? ¡No puedo creer que aceptara acompañaros!

—Vamos, Azafrán, muchacho —quiso apaciguar Murillio con una sonrisa—. ¿Cuántas veces habrás expresado curiosidad por nuestras constantes entradas y salidas de la ciudad? Pues mira, aquí nos tienes. Todas tus preguntas están a punto de hallar una respuesta.

Azafrán se hundió de hombros.

—Me contasteis que actuabais como agentes de un mercader. ¿Qué mercader? No veo ninguno por aquí. ¿Y dónde están nuestros caballos? ¿Cómo es que Coll es el

único que monta un caballo? ¿Cómo es que nadie me ha dado una espada o algo? ¿Por qué…?

—¡De acuerdo! —rió Murillio, levantando una mano—. ¡Basta, por favor! Somos agentes de un mercader —explicó—. Pero la mercancía que tratamos es muy peculiar.

—Y también es un mercader peculiar, sostiene Kruppe con una cálida sonrisa. Muchacho, somos agentes en busca de información que pueda beneficiar a nuestro patrón, que no es otro que el alquimista supremo Baruk.

—¡Baruk! —exclamó Azafrán—. ¿Y no puede permitirse el lujo de procurarnos unos caballos?

Kruppe se aclaró la garganta.

—Bueno, sí. En fin, la verdad es que se produjo una especie de malentendido entre el honesto y valioso Kruppe y el intrigante y trolero capataz del establo. No obstante, Kruppe recibió toda la recompensa, y ahorró a nuestro buen maese nada menos que once monedas de plata.

—Que nunca verá —murmuró Murillio.

—Respecto a eso de la espada, muchacho —continuó Kruppe—, ¿puede saberse para qué la quieres? Ignora al violento y pálido Coll, con todos sus pertrechos de guerra. Es un gesto de simple afectación. Y la ropera de Murillio no es sino un perifollo más, aunque sin duda él se defenderá aludiendo que todas las joyas y esmeraldas engarzadas en la empuñadura facilitan el equilibrio de tan marcial objeto. —Kruppe dedicó una sonrisa la mar de inocente a Murillio—. Nada de eso, muchacho, los auténticos maestros en la obtención de información no necesitan ungirse de tan torpes equipajes metálicos; es más, los despreciamos.

—De acuerdo —gruñó Azafrán—. ¿Qué clase de información buscamos, pues?

—Todo lo que los cuervos puedan ver desde las alturas —dijo Kruppe elevando la mano—. Otros viajeros, otras

empresas en las colinas Gadrobi, todo ello de utilidad para la necesidad de nuevas que tiene maese Baruk. Observamos sin ser observados. Aprendemos mientras no somos más que un misterio. Ascendemos a la…

—¿Es que no vas a cerrar nunca la boca? —protestó Coll —. ¿Trajimos los pellejos?

Con una sonrisa, Murillio desató de la silla un cántaro envuelto en una redecilla que tendió a Coll.

—Una esponja embutida en una armadura —dijo Kruppe —. Vean al hombre beber de nuestra agua. Enseguida reaparecerá salina y sucia en su macilenta piel. ¿Qué han hecho de ti los venenos? Kruppe tiembla sólo de pensarlo.

Coll hizo caso omiso de sus palabras y tendió el cántaro a Azafrán.

—Cierra el pico, muchacho —dijo—. Te pagan, y muy bien. Con un poco de suerte no habrá ningún problema. Créeme, en este tipo de empresas la inquietud es lo último que uno desea. Aun así —y se volvió a Murillio—, me sentiría mucho mejor si Rallick estuviera con nosotros.

—Claro —protestó Azafrán—, como no soy más que un figurante segundón, ¿no? ¿Crees que no lo sé, Coll? ¿Crees que… ?

—No me digas qué es lo que creo —estalló Coll—. No he dicho en ningún momento que seas un segundón, Azafrán. Eres ladrón, y esa clase de habilidades resultan mucho más útiles que cualquier cosa que yo pueda aportar. Lo mismo va por Murillio. Y en lo que respecta a Kruppe… En fin, sus destrezas no alcanzan más allá de lo que su estómago pueda engullir. Rallick y tú compartís más de lo que creéis, y ésa es la razón de que aquí seas el más cualificado.

—Si exceptuamos la parte pensante, claro —apuntó Kruppe—, que es mi auténtica aportación, aunque no me sorprende que alguien como Coll sea incapaz de apreciar

tales habilidades, que sin duda no podrían resultarle más ajenas.

Coll se inclinó sobre Azafrán.

—Te preguntas por qué llevo esta armadura —susurró de modo que todos le oyeran—. Es porque Kruppe está al mando. Cuando Kruppe lleva las riendas, no me siento seguro a menos que vaya pertrechado para la guerra. Si las cosas se tuercen, muchacho, saldréis con vida. —Enderezó la espalda y miró al frente—. Ya lo he hecho antes, ¿verdad, Kruppe?

—Vaya sarta de acusaciones absurdas —resopló Kruppe.

—¿Y qué se supone que debemos buscar? —preguntó Azafrán.

—Lo sabremos cuando lo veamos —respondió Murillio. Señaló con la cabeza las colinas Gadrobi—. Ahí arriba.

Azafrán guardó silencio un buen rato. Al cabo, entrecerró los ojos.

—Las colinas Gadrobi. ¿Vamos en busca de rumores, Murillio?

Murillio dio un respingo, pero fue Kruppe quien se apresuró a responder.

—Pues claro, muchacho. Rumores de rumores. Aplaudo tu astuta conclusión. Veamos, ¿quién tiene ese cántaro de agua? La sed de Kruppe ha ganado en intensidad.

La partida de Lástima por la puerta de Congoja no tuvo nada de especial; no parecía andar con prisas. Seguir el rastro del portador de la moneda era sencillo, y no requería tener al muchacho al alcance de la vista. Percibía a Azafrán y a Kruppe en compañía de otros dos elementos, en el camino, a una legua más allá de Congoja. No parecían llevar mucha prisa.

No le preocupaba la misión o encargo que pudieran tener, pues seguro que tenía por objeto preservar el bienestar de Darujhistan. Al pensarlo, Lástima tuvo la seguridad de que los hombres que conformaban el grupo eran espías y, con toda probabilidad, buenos espías. El dandi, Murillio, era capaz de moverse en los círculos de la alta sociedad con una gran facilidad combinada con el necesario recato, perfecta amalgama para un espía. Rallick, aunque no los acompañara en aquel encargo, era los ojos y oídos de la Guilda de los asesinos, y por tanto cubría otra base de poder. Kruppe pertenecía al mundo de los ladrones y las clases humildes, donde los rumores nacían como las setas en temporada. El tercer hombre era obviamente un soldado, sin duda servía como brazo armado de la partida.

A un nivel mundano, entonces, era un grupo adecuado para proteger al portador de la moneda, aunque insuficiente para impedir que lo matara, sobre todo si el asesino había quedado atrás.

Aun así, había algo que hurgaba en la mente de Lástima, una sospecha indefinida de que el grupo se encaminaba hacia el peligro, un peligro que también la amenazaba a ella. En cuanto Congoja quedó atrás, Lástima apretó el paso. Nada más llegar al camino, abrió la senda de Sombra y se adentró en los raudos vericuetos que la caracterizaban.

La Consejera no veía nada notable en la colina a la que se acercaban. La cima herbosa se veía empequeñecida por otras que la rodeaban. Había unos matorrales alineados ladera arriba entre piedras movedizas. La cima remataba en un llano redondo, con rocas que asomaban aquí y allá.

En lo alto los cuervos volaban en círculo, a tal altura que no eran más que motas en el húmedo cielo gris. Lorn vio a

Tool adelantarse; el imass escogió un camino firme hacia el pie de la colina. Ella se hundió de hombros en la silla; se sentía vencida por el mundo que la rodeaba. El calor del mediodía menguaba su fortaleza, y la pereza alcanzaba el pensamiento. No era cosa de Oponn, de eso era consciente. Era el temor acuciante que destilaba el ambiente, la sensación de que lo que hacían estaba mal y que constituía un grave error.

Poner a ese tirano jaghut en manos del enemigo del Imperio, confiar en que el tiste andii llamado Anomander Rake pudiera destruirlo, a cambio, eso sí, del alto precio que tendría que pagar, y facilitar de ese modo una vía a la hechicería de Malaz para, a su vez, aniquilar al hijo de la Oscuridad, le parecía ahora una idea descabellada, propia de una ambición absurda.

Tool llegó al pie de la colina y esperó a que la Consejera se reuniera con él. Lorn vio a los pies envueltos en pieles de Tool una roca gris que asomaba un palmo de la superficie.

—Consejera, ésta es la marca del túmulo que buscamos —dijo el imass.

Ella enarcó una ceja.

—Apenas hay tierra aquí —constató—. ¿Quieres decir que esta piedra se ha erosionado hasta alcanzar el tamaño actual?

—La piedra no se ha erosionado —replicó Tool—. Lleva aquí desde antes de que las capas de hielo cubrieran estas tierras. Aquí estuvo cuando la llanura de Rhivi era un mar interior, mucho antes de que las aguas retrocedieran hasta lo que ahora es lago Azur. Consejera, la piedra es, de hecho, más alta que tú y yo juntos, y lo que tú consideras lecho de roca es pizarra.

Lorn se sorprendió al percibir la nota de enfado que teñía la voz de Tool. Desmontó y se dispuso a trabar los

caballos.

—¿Cuánto tiempo permaneceremos aquí?

—Hasta que pase la noche. Con el alba abriré el camino, Consejera.

En lo alto graznaron los cuervos. Lorn inclinó la cabeza y observó las motitas oscuras que sobrevolaban su posición a gran altura. Llevaban días ahí. ¿Tenía eso algo de peculiar? No lo sabía. Se encogió de hombros y desensilló los caballos.

El imass permaneció inmóvil y con la mirada puesta en aquella especie de mojón.

Lorn se dispuso a preparar el campamento. Entre los matorrales encontró madera para hacer un fuego donde poder calentar algo. Estaba seca, deteriorada por la intemperie, y lo más probable era que humeara poco. Aunque no esperaba tener compañía, había hecho de la precaución una costumbre. Antes de que llegara el anochecer, encontró una colina cercana más elevada que las que la rodeaban y subió a la cima. Desde aquella posición, dominaba una vista que abarcaba leguas y leguas en todas direcciones. Las colinas continuaban sucediéndose al sur, y se hundían para dar paso a estepas al sudeste. Al este de ellas se extendía la llanura Catlin, paisaje estéril hasta donde abarcaba su mirada.

Lorn se volvió al norte. Aún podía verse el bosque que habían recorrido hacía unos días; formaba una línea oscura que se espesaba a medida que se acercaba a poniente, a las montañas Thalyn. Se sentó y aguardó a que cayera la noche. Sería entonces cuando más fácil le resultaría divisar otros fuegos.

No importaba que anocheciera, porque hacía el mismo calor asfixiante. Lorn caminó en la cima para estirar las piernas. Encontró restos de antiguas excavaciones,

cicatrices abiertas en la pizarra. Pruebas también del paso de los pastores gadrobi, las cuales se remontaban hasta el tiempo en que elaboraban herramientas de piedra. En la ladera sur de la colina el suelo estaba levantado, no porque hubieran buscado un túmulo, sino una cantera: bajo la pizarra había pedernal, de color marrón, afilado y encostrado de blanco yeso.

Invadida por la curiosidad, Lorn decidió investigar más, de modo que se escurrió en la cavidad. En la base del foso había restos de piedras. Se agazapó y cogió un trozo de pedernal. Era la punta de una lanza, a la que habían dado forma manos expertas.

El eco de aquella muestra del avance técnico se hallaba en la espada de calcedonia de Tool. No necesitaba más pruebas para corroborar las aseveraciones del imass. Los humanos venían de los t'lan imass, y era cierto que habían heredado su mundo.

El Imperio formaba parte de ellos, era una herencia que fluía como sangre por los músculos, los huesos y el cerebro humano. No obstante, tal cosa podía muy bien considerarse como una maldición. ¿Estaban destinados a convertirse algún día en una versión humana de los t'lan imass? ¿Era la guerra lo único? ¿Se inclinarían ante ella para jurarle fidelidad eterna, como si no fueran más que instrumentos portadores de muerte?

Lorn se sentó en la cantera y se recostó en la piedra. Los imass habían librado una guerra de exterminio por espacio de cientos de miles de años. ¿Quiénes o qué habían sido los jaghut? Según Tool, habían abandonado el concepto de gobierno, y vuelto la espalda a imperios, ejércitos, a los ciclos ascendentes y descendentes, al fuego y al renacimiento. Caminaron solos, desdeñaron a los suyos,

separados de la comunidad, de propósitos mayores que ellos mismos.

Ellos, comprendió, no hubieran empezado una guerra.

—Oh, Laseen —murmuró mientras sus ojos se empañaban de lágrimas—. Sé por qué tememos a ese tirano jaghut. Porque él se volvió humano, se volvió como nosotros, esclavizó y destruyó, y lo malo es que lo hizo mejor que nosotros. —Hundió la cabeza en las manos—. Por eso lo tememos.

Entonces guardó silencio y dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas, se escurrieran entre sus dedos, gotearan en las muñecas. Se preguntó quién lloraba en sus ojos. ¿Lorn o Laseen? ¿O era por toda la especie? ¿Acaso importaba? Esas lágrimas ya habían sido derramadas antes, y volverían a serlo… Por otros como ella y también por otros que no se le parecían. Y los vientos las secarían todas.

El capitán Paran se volvió a su compañero de viaje.

—¿Tienes una teoría al respecto? —preguntó señalando al suelo.

Toc el Joven se rascó la cicatriz.

—Maldito sea si lo sé, capitán. —Y contempló el negro y chamuscado cuervo que yacía en el suelo, ante ellos—. He estado contando, eso sí. Es el decimoprimer pájaro quemado que vemos en las últimas tres horas. Y, a menos que estén cubriendo la llanura Rhivi como si se tratara de una especie de alfombra funesta, diría que estamos siguiendo la pista de alguien.

Paran lanzó un gruñido y picó espuelas. Toc lo siguió.

—Y ese alguien… Bueno, no querría cruzarme con él —continuó—. Los cuervos parecen haber explotado de dentro afuera. Diantre, ni siquiera las moscas se acercan.

—En otras palabras —dijo Paran—, hechicería.

Toc miró con ojos entornados las colinas que se alzaban al sur de su posición. Habían encontrado una senda de leñador que atravesaba el bosque Thalyn, gracias al cual habían logrado recortar unos días de viaje. No obstante, en cuanto retomaron la senda de los mercaderes rhivi toparon también con los cuervos, así como con el rastro de un par de caballos y las pisadas de un hombre que calzaba mocasines. De este último grupo de pisadas tan sólo hacía unos días.

—No sé por qué se mueven con tanta parsimonia la Consejera y ese imass —murmuró Toc, repitiendo las palabras que había pronunciado ya una docena de veces desde que despuntara el día—. ¿Crees que no sabe que algo la está siguiendo?

—Es arrogante —admitió Paran, cuya mano libre reposaba en el pomo de la espada—. Y con ese imass acompañándola, ¿por qué iba a preocuparse?

—El poder atrae el poder —dijo Toc, que volvió a rascarse la cicatriz. Al hacerlo desató de nuevo otro destello luminoso en la mente, un destello que cambiaba por momentos. En ocasiones casi le parecía distinguir imágenes, escenas en la luz—. Condenadas sean las supersticiones de Siete Ciudades —gruñó para sí.

—¿Decías algo? —Paran lo miró extrañado.

—No. —El capitán había apretado el paso. Su obsesión los estaba llevando al límite. Incluso con una montura adicional, los caballos estaban a punto de reventar. Y Toc no podía dejar de pensar en qué sucedería cuando alcanzaran a la Consejera. Obviamente, Paran pretendía hacerlo, espoleado por aquel ánimo de venganza que le había hecho olvidar su anterior plan. Muerta Lorn o arruinados sus planes, el mando de Paran quedaría a salvo. Podría reunirse

con Whiskeyjack y el pelotón a su aire. Siempre y cuando éstos siguieran con vida, claro.

A Toc se le ocurrían un millar de defectos en los planes del capitán. El primero de todos era el t'lan imass. ¿Estaría a la altura la espada de Paran? En el pasado, se había recurrido a la hechicería para combatir a los imass con un encono nacido de la desesperación. Pero de nada había servido. El único modo de destruir a un imass era cortarlo en pedazos. Toc no creía que la espada del capitán, por mucho que estuviera tocada por los dioses, pudiera hacerlo, aunque cualquiera intentaba esos días convencer de nada a Paran.

Se detuvieron ante otro cuervo; las plumas las arrastraba el viento, y tenía las entrañas expuestas al sol, brillantes como cerezas. Toc volvió a rascarse la cicatriz, y casi se cayó de la silla cuando una imagen, clara, precisa, irrumpió en su mente. Vio un bulto pequeño moverse a tal velocidad que apenas era un borrón. Los caballos fallaban, y en el cielo se dibujó un rasgón enorme. Sintió una sacudida, como si le hubiera golpeado algo grande y contundente, y el rasgón bostezó, arremolinando la oscuridad que contenía. Toc escuchó el relincho de su propio caballo. Luego desapareció y se encontró de nuevo agarrado con todas sus fuerzas a la perilla.

Paran cabalgaba al frente; no parecía haberse dado cuenta de nada; mantenía la espalda recta y la mirada vuelta hacia el sur.

Toc hizo un esfuerzo por recuperarse, se inclinó y escupió. ¿Qué era lo que acababa de ver? Ese rasgón. ¿Cómo podía el aire abrirse de ese modo? La respuesta se le ocurrió de inmediato: una senda, podría hacerlo una senda al abrirse. Espoleó la montura para alcanzar a Paran.

—Capitán, nos dirigimos a una emboscada.

Paran volvió la cabeza al instante y le dirigió una mirada febril.

—En tal caso, será mejor que te prepares.

Toc abrió la boca para protestar, pero la cerró sin decir una palabra. ¿De qué iba a servir? Descolgó el arco y desembarazó la cimitarra en la vaina; luego puso una flecha en el arco. Miró de reojo a Paran, que había desenvainado la espada y la llevaba desnuda en el regazo.

—Vendrá por mediación de una senda, capitán.

Paran no tuvo necesidad de preguntar a Toc qué le hacía estar tan seguro. Casi parecía furioso.

Toc observó la espada, *Azar*. La luz gris jugueteaba sobre la brillante superficie de la hoja, a la que arrancaba destellos de agua. De algún modo, a Toc también le parecía dispuesta.

Capítulo 15



Éstos son los estribos ensangrentados de cuando los jaghut
montaban sus almas en estruendosa carga,
sin retirada.
Dobles nudos en sordos golpes,
fuerte tamborileo, el torrente de hielo,
una promesa cierta…
Éstos son los jaghut que el crepúsculo combaten
en un campo de piedras quebradas.

Jaghut
Pescador (n. ?)

Ben el Rápido se sentó en la choza, con la espalda apoyada en la antigua muralla. Ante él se alzaban cinco varillas que le unían a Mechones. El hilo que unía las varillas entre sí estaba tenso. Frente al mago, cerca del acceso tapado por una piel, se sentaba Trote.

Kalam no se había recuperado aún lo bastante como para acompañar a Ben el Rápido, o para protegerlo como lo hacía Trote en ese momento. El mago conocía al guerrero barghastiano desde hacía años, había luchado a su lado en más batallas de las que podía recordar, y en más de una ocasión uno le había salvado la vida al otro, y viceversa. A pesar de todo aquello, Ben el Rápido reflexionó sobre el hecho de que en realidad sabía bien poco acerca de Trote. Lo único que conocía, no obstante, bastaba para

tranquilizarle. El barghastiano era un combatiente feroz, tan capacitado con las hachas arrojadizas como lo era con la espada larga que tenía desnuda en el regazo. No conocía el miedo enfrentado a la magia, seguro de los fetiches anudados a sus trenzas, y también en los tatuajes que el chamán de su clan le había practicado.

Teniendo en cuenta la que podía caerles encima, incluso esas protecciones podían serles de utilidad.

El barghastiano contempló al mago con ojos inexpresivos, sin pestañear a la tenue luz.

Ben el Rápido agitó las roscas que tenía entre las manos y se inclinó hacia las varillas.

—Mechones permanece agazapado en su senda —dijo—. No se mueve. Parece estar esperando algo. —Enderezó la espalda y desenvainó la daga, cuya punta hundió en el suelo —. De modo que no nos queda otro remedio que esperar. Y vigilar.

—¿Vigilar qué? —preguntó Trote.

—No te preocupes. —Ben el Rápido lanzó un suspiro—. ¿Tienes ese fragmento del petate?

Trote sacó un retal de la manga. Se acercó al mago dando un rodeo para evitar acercarse a las varillas y se lo tendió.

Ben el Rápido lo colocó a su izquierda. Murmuró unas palabras y pasó la palma de la mano por encima del retal.

—Siéntate —dijo—. Y estate preparado por lo que pueda pasar.

Cerró entonces los ojos, tirando de la senda. Ante él se formó una imagen que le hizo dar un respingo de pura sorpresa.

—¿Cómo? —susurró—. ¿Qué hace Mechones en la llanura de Rhivi?

Paran no sentía nada en la mente, aparte del pálido fuego de la venganza que devoraba todo su cuerpo. Oponn había escogido utilizarle. Y él a su vez había tomado la decisión de utilizar a Oponn, el poder de los Mellizos, ese horripilante recurso destructivo que nacía de la ascendencia. Al igual que los dioses, podía utilizarlo con la misma sangre fría, aunque eso supusiera tirar de los hilos de Oponn hasta verlos gritar y patalear en la llanura, o enfrentarse a lo que fuera que pudiera aguardarles en el camino.

Sintió un susurro de advertencia, que pudo provenir de su mente. Toc el Joven era amigo suyo, quizá era el único amigo que tenía. No estaba protegido por ningún dios, y pocas posibilidades de supervivencia poseía ante lo que estaban a punto de afrontar. ¿Habría de cargar con otra muerte en la conciencia? Paran no quiso pensar en esa posibilidad. Ahí estaba para responder por el asesinato de Velajada. La Consejera le había enseñado el valor de la firmeza. *Y ¿qué fue lo que Velajada te enseñó?*

—Si las cosas se tuercen —dijo—, vete, Toc. Cabalga a Darujhistan. Busca a Whiskeyjack.

El explorador asintió.

—Si caigo…

—Ya te he entendido, capitán.

—Bien.

Se impuso el silencio entre ambos. Lo único que se oía era el ruido seco de los cascos de los caballos y el cálido viento de poniente, que soplaba como la arena que susurra entre la piedra.

La mente de Paran rebosaba previsiones vagas de lo que podía suceder. ¿Les aguardaría la Consejera? Si los

reconocía, no tenía motivos para atacarles. Que ella supiera, el capitán había sido asesinado. Y Toc era un agente de la Garra. No habría emboscada. La Consejera simplemente saldría a terreno abierto para saludarles, sorprendida sin duda por su aparición, pero puede que sin albergar suspicacias.

Y cuando ella se acercara, *Azar* entonaría su canción. Lo haría, y si era necesario se encargarían después del imass. Confiaba en que el imass se marchara cuando la misión se fuera al traste. Sin la Consejera, todo se vendría abajo.

Al menos, eso era lo que esperaba. *Azar* podía ser una espada dotada, pero los t'lan imass eran criaturas ancestrales, nacidas de una hechicería tan antigua que no hacía sino empequeñecer a *Azar*.

Paran sujetaba con fuerza la empuñadura. Le dolía la mano, y el sudor le resbalaba por los dedos. *Azar* no era distinta de otras armas. ¿Acaso esperaba algo más? No recordaba muchos detalles de la última vez que tiró de esa espada, contra el Mastín. Si el arma poseía un poder, ¿no sería capaz de percibirlo? *Azar* era fría al tacto, como si aferrara un fragmento de hielo que se negara a fundirse. Si acaso, empuñar a *Azar* lo hacía sentirse como un novato, todo porque tenía la sensación de emplearla mal.

¿Qué había desatado aquella súbita falta de confianza en sí mismo? *Arrastrar a un Ascendiente a la refriega... , ¿cómo voy a hacerlo? Por supuesto, si Oponn se muestra tan dispuesto como la última vez...* Quizá no fuera sino el fruto de la tensión que surge con la espera de que suceda algo, cualquier cosa. ¿Estaría equivocado Toc? Se volvió al explorador, que se hallaba a su lado, y abrió la boca para hablar.

Pero un crujido ensordecedor se lo impidió. Paran tiró con fuerza de las riendas. El caballo relinchó y reculó. El

aire pareció rasgarse y un viento frío los azotó. El capitán levantó la espada y profirió una maldición. De nuevo el caballo relinchó, aunque en esa ocasión fue por el dolor. Se arrugó bajo él, como si los huesos se le hubieran convertido en polvo. Paran cayó y la espada salió disparada de su mano cuando el suelo se alzó hacia él. Al caer el caballo produjo un ruido similar al de un saco lleno de piedras y lámparas de aceite. Cayó a su lado.

Escuchó el zumbido del arco de Toc, cuya flecha alcanzó algo duro. Paran se hizo a un lado y levantó la mirada.

La marioneta Mechones flotaba sobre el suelo, a unas siete varas de altura. Una segunda flecha se partió en el aire ante la mirada de Paran.

Mechones rió de nuevo al clavar la enajenada mirada en Toc. Acto seguido, hizo un gesto.

Paran lanzó un grito al volverse a Toc, al que una fuerza invisible había arrojado del caballo. El agente de la Garra giró sobre sí en el aire. Una grieta desigual se abrió ante él y, cuando Toc el Joven se vio arrojado a su interior, Paran lanzó un grito de horror impotente. Toc desapareció engullido por un remolino de niebla; la grieta se cerró con un chasquido, y del compañero de Paran no quedó ni rastro.

Mechones descendió lentamente hasta posarse en el suelo. La marioneta se detuvo para arreglarse la ropa y luego se acercó a Paran.

—Me pareció que eras tú —saludó burlón—. ¿No te parece dulce la venganza, capitán? Tendrás una muerte larga, prolongada y muy, muy dolorosa. ¡Imagina cuánto me complace verte así!

Paran empujó con las piernas. El cuerpo de su caballo cayó hacia atrás, liberándolo. Se puso en pie y se lanzó a por la espada, a la que empuñó mientras rodaba por el suelo. Finalmente, recuperó la posición.

Mechones lo observaba divertido.

—Ese arma no es para mí, capitán —le dijo mientras se acercaba a él—. Ni siquiera podría hacerme un corte. ¡De modo que a sollozar tocan! Paran levantó el arma en un gesto desesperado.

Mechones se detuvo e inclinó la cabeza antes de volverse hacia el norte.

—¡Imposible! —exclamó.

Y en ese momento, Paran oyó aquello que tanto había sorprendido a Mechones: era el aullido de los Mastines.

En la choza, Ben el Rápido había observado, aturdido, la emboscada. ¿En qué estaría pensando Paran? ¿Dónde estaba Velajada?

—¡Por la senda del Embozado! —susurró furioso—, hablando de perder el rastro… —Fuera como fuese, todo aquello había sucedido demasiado rápido como para impedir la pérdida del tuerto que acompañaba al capitán.

Abrió los ojos y asió el retal.

—Lástima —susurró—. Lástima, escúchame, ¿quieres? Sé quién eres. Cotillion, patrón de los asesinos, la Cuerda, ¡yo te invoco!

Sintió una presencia que inundó su mente, seguida de una voz de hombre. —Bien hecho, Ben el Rápido.

—Tengo un mensaje para ti, Cuerda —dijo el mago—. Para Tronosombrío. —Sintió una tensión que iba en aumento en su cabeza—. Se ha cerrado un pacto. Los Mastines de tu señor ansían cobrarse venganza. No tengo tiempo para explicártelo ahora, déjaselo a Tronosombrío. Me dispongo a darte la ubicación de aquello que Tronosombrío anda buscando.

Reparó en el tono jocoso de la Cuerda al responder:

—Yo proporciono el nexo, ¿me equivoco? El medio por el cual sigues con vida en todo este asunto. Te felicito, Ben el Rápido. Pocos mortales han sido capaces de evitar el afecto que siente mi señor por el doble juego. Parece ser que lo has burlado. Muy bien, ponme al corriente de esa ubicación. Tronosombrío la recibirá de inmediato.

Ben el Rápido le transmitió la ubicación exacta de Mechones, en la llanura de Rhivi. Confiaba en que los Mastines llegaran a tiempo. Reservaba un montón de preguntas para Paran, y quería que el capitán llegara a ellos con vida, aunque tuvo que admitir que había pocas posibilidades de que lo lograra.

Lo único que le quedaba al mago era impedir que la marioneta pudiera escapar. Sonrió de nuevo. Estaba ansioso por poner manos a la obra.

Onos T'oolan llevaba acuclillado ante la piedra desde el alba. En las horas transcurridas, Lorn había vagabundeado por las colinas cercanas, en liza consigo misma. Sabía con total certeza que lo que estaban haciendo estaba mal, y que sus consecuencias abarcarían más que los ruines esfuerzos de un imperio mundano.

Los t'lan imass actuaban con una perspectiva de milenios y propósitos desconocidos. No obstante, la guerra interminable de los imass se había convertido en la guerra interminable de Lorn. El Imperio de Laseen era una sombra del Primer Imperio. La diferencia estribaba en que los imass llevaban a cabo un genocidio contra otras especies. Malaz mataba a los suyos. La humanidad no había avanzado desde la oscura edad de los imass, más bien había caído en espiral.

El sol brillaba en lo alto. Hacía una hora que había mirado a Tool. El guerrero seguía sin moverse un palmo. Lorn subió a otra colina, alejada ya un tercio de legua del mojón. Esperaba ver en lontananza el lago Azur, a poniente.

Coronó la cima y encontró, a unas diez varas, a unos viajeros montados a caballo. Costaba decidir quién estaba más sorprendido, pero la Consejera tomó la iniciativa y desenvainó la espada mientras se aproximaba a ellos.

Dos, un muchacho y un hombre gordo, iban desarmados. Éstos y otro más, uno que vestía como un dandi y que desenvainaba en ese momento una espada ropera, montaban en mula. Era el último hombre en quien Lorn centraba toda la atención. Iba cubierto de armadura de la cabeza a los pies, montaba a caballo y fue el primero en reaccionar a su movimiento. Con un grito, espoleó la montura y desenvainó una espada bastarda.

Lorn sonrió al gordo que intentaba abrir una senda sin lograrlo. La espada de otaralita se empañó antes de despedir una ráfaga de aire frío. El gordo, con los ojos muy abiertos, quiso recular, pero cayó al suelo polvoriento como un saco de patatas. El muchacho saltó de la mula y se detuvo sin saber qué hacer, si ayudar al hombre gordo o desnudar la daga que ceñía. Cuando vio al de la armadura pasar por su lado, tomó una decisión y se acercó aprisa al lugar donde había caído el gordo. El de la ropera desmontó también y se acercó siguiendo los pasos del guerrero.

Lorn pudo ver todo esto entre pestañeo y pestañeo. Entonces el guerrero se abalanzó sobre ella y esgrimió la espada con una mano en un golpe dirigido a la cabeza.

La Consejera no se molestó en detener la trayectoria de la hoja. En lugar de ello, se apartó delante del caballo y se situó a la izquierda del guerrero, lejos del brazo con que éste esgrimía la bastarda. El caballo reculó. Lorn pasó de

largo y lanzó un tajo en el muslo del hombre, sobre la protección de la armadura. La hoja de otaralita mordió la cota de malla, luego el cuero y después la carne con idéntica facilidad.

El guerrero lanzó un gruñido y se llevó la mano cubierta de malla a la herida, justo en el preciso instante en que el caballo lo arrojaba de la silla.

Lorn lo ignoró y se dispuso a enfrentarse al duelista, intentando desviar la trayectoria de la fina hoja de la ropera con la de su propia espada. Era bueno, se destrabó e intentó colarle una finta. La velocidad de la espada del dandi la desequilibró antes de que pudiera preparar un buen golpe, momento en que el oponente se tiró a la estocada.

Maldijo entre dientes cuando un paso en falso la llevó ante la punta de la ropera, que mordió el tejido de la protección y penetró en su hombro izquierdo. Un intenso dolor reverberó por todo su brazo. Furiosa por la herida, dirigió un tajo a la cabeza del duelista, a quien alcanzó de plano en la frente. De resultas del golpe, el dandi cayó al suelo como una marioneta sin hilos.

Lorn miró de reojo hacia el guerrero, que seguía intentando taponar la herida de la pierna. Luego se volvió hacia el muchacho, a quien encontró junto al gordo, que estaba tumbado en el suelo, inconsciente. Aunque el joven estaba pálido, empuñaba una daga de delgada hoja en la izquierda y un cuchillo más grande en la otra. Al volverse hacia ella, lo hizo con el reproche en la mirada.

De pronto, cruzó por la mente de Lorn que no tenía motivo alguno para atacarlos. Vestía como una mercenaria, y era imposible que hubieran visto al t'lan imass. Con la palabra hubiera podido alcanzar el mismo resultado, y a priori no era de esa clase de personas que recurren a la

violencia sin motivo. Pero ya era tarde para eso, de modo que avanzó lentamente hacia él.

—No queremos hacer ningún daño —dijo el muchacho en lengua daru—. Déjanos.

Lorn titubeó. Aquella sugerencia pareció tomarla por sorpresa. ¿Por qué no? Se enderezó.

—De acuerdo —respondió en la misma lengua—. Ponles un emplasto a los tuyos y largaos.

—Volveremos a Darujhistan —dijo el muchacho, que también parecía sorprendido—. Acamparemos aquí para recuperarnos y nos iremos por la mañana. La Consejera retrocedió.

—En ese caso, saldréis de aquí con vida. Si tomáis cualquier otra decisión, os mataré a todos. ¿Comprendido?

El muchacho asintió.

Lorn retrocedió en dirección norte. Tomaría ese camino un rato, y luego se dirigiría al este, donde esperaba Tool. No tenía ni idea de qué había podido llevar a esos hombres a las colinas, pero no creía que tuviera nada que ver con ella, ni siquiera con el túmulo. Mientras aumentaba la distancia que la separaba de la colina, vio que el muchacho echaba a correr hacia el guerrero. En todo caso, pensó, del grupo no quedaba gran cosa. El duelista no había muerto, pero despertaría con un buen dolor de cabeza. Respecto al guerrero, tenía sus dudas, pero lo cierto era que lo había visto muy ensangrentado. El gordo quizá se hubiera roto el cuello al caer, y como mago no tenía nada que hacer en las inmediaciones. Quedaba el muchacho, ¿y desde cuándo tenía ella motivos para tener miedo de ningún joven?

Lorn apretó el paso.

Después de la asombrosa comunicación de Ben el Rápido, Lástima se había puesto en contacto con Tronosombrío. El señor de Sombra se había enfadado un poco, y después de informar a la Cuerda de que Ben Adaephon Delat había sido sacerdote supremo de Sombra, Lástima descubrió que compartía la furia de Tronosombrío. Aquel hombre pagaría por sus innumerables engaños.

Los Mastines de Tronosombrío estaban dispuestos, y estaba convencida de que en ese preciso momento estrechaban el cerco sobre la presa.

A medida que retomó el viaje por la senda fue encontrando más y más resistencia, una extraña presión a cada paso que daba en dirección este. Finalmente, cedió y emergió en las colinas Gadrobi. Era mediodía, y medía legua al frente cabalgaba el grupo del portador de la moneda. Redujo distancias rápidamente hasta situarse a poco más de cien varas detrás de ellos, envuelta en sombras todo el camino, lo cual cada vez le resultaba más complejo. Eso sólo podía significar una cosa: había un t'lan imass cerca.

¿Hacia qué, o hacia quién, cabalgaba el portador de la moneda? ¿Habría errado Lástima en sus cálculos? ¿Eran agentes del Imperio de Malaz? Esa posibilidad parecía contraria a los intereses de Oponn, pero lo cierto era que no se le ocurría otra alternativa.

Aquél, pensó, iba a ser un día de lo más interesante.

El grupo se hallaba a cincuenta varas, remontando la ladera de una colina. Ganaron la cima y desaparecieron brevemente de su vista. Apretó el paso y oyó el ruido de lucha procedente de la cima, una lucha para la que alguien había desnudado la otaralita.

Sintió rabia en su interior. Tenía un recuerdo relacionado con la otaralita, un recuerdo muy personal. Con suma cautela buscó un punto desde el cual pudiera observar lo que sucedía en la cima.

El combate había sido muy breve, y el grupo del portador de la moneda parecía totalmente derrotado. De hecho, sólo el muchacho seguía en pie frente a una mujer alta y esbelta que esgrimía una espada de otaralita.

Lástima reconoció a la Consejera Lorn. Estaba en mitad de una misión (de lo que no le cupo la menor duda) en representación de su querida emperatriz, una misión que incluía a un t'lan imass, a quien no podía ver pero que no se hallaba muy lejos. Pudo oír la conversación. Si el grupo del muchacho no estaba formado por agentes del Imperio, entonces quizá su jefe en Darujhistan había percibido la presencia del imass y los había enviado a investigar.

Más tarde, averiguaría la naturaleza de la misión de la Consejera. En ese momento, no obstante, había llegado el momento de matar al portador de la moneda. La cercanía del imass aumentaba sus posibilidades de éxito. Ni siquiera los poderes de Oponn podrían superar la influencia de la senda Tellann. Asesinar al muchacho sería fácil. Lástima aguardó y luego sonrió al ver que la Consejera Lorn se retiraba en dirección norte.

En cuestión de unos instantes, tendría en sus manos la moneda de Oponn. Y ese día, un dios podía morir.

En cuanto Lorn se halló lo suficientemente lejos, Azafrán se acercó corriendo al guerrero. Lástima se incorporó con lentitud, y luego se acercó a ellos, garrote en mano y en silencio.

Los Mastines volvieron a aullar, y sus aullidos parecían provenir de todas partes. Mechones se acuclilló, indeciso.

—Vas a tener que esperar un poco para morir, capitán —dijo a Paran—. No tengo intención de permitir que se precipiten las cosas. No, quiero disfrutar de tu muerte.

Sudaba la mano con que empuñaba a *Azar*. Paran se encogió de hombros. Para su sorpresa, lo cierto era que le importaba poco. Si los Mastines llegaban y descubrían que Mechones había desaparecido, probablemente pagarían con él su frustración, y eso sería el punto y final.

—Lamentarás haber dejado escapar esta oportunidad, Mechones. Te esté o no destinada la magia de esta espada, tenía muchas ganas de partirte en dos con ella. ¿Crees que tu magia podía medirse con mi odio? Hubiera sido estupendo probarlo.

—¡Oh, una muestra repentina de coraje! ¿Qué sabrás tú del odio, capitán? Cuando vuelva te demostraré precisamente de qué es capaz el odio. —La figura de madera hizo un gesto, y una grieta se abrió en pleno aire a una docena de pasos exhalando un fétido olor—. Mocoso tozudo —masculló Mechones—. Hasta pronto, capitán. —Y se dirigió corriendo a la grieta.

En la choza, la sonrisa torcida de Ben el Rápido adquirió un tinte de ferocidad. Esgrimió la daga con la mano derecha y, con un único movimiento fluido, cortó los tensos hilos que unían las varillas.

—Adiós, Mechones —siseó.

Paran abrió los ojos desmesuradamente al ver a la marioneta caer de bruces. Al cabo de un instante, Mechones profirió un grito.

—Diría que alguien acaba de cortarte los hilos, Mechones.

Los Mastines se acercaban. No tardarían nada en llegar.

—¡Tu vida, capitán! —exclamó Mechones—. ¡Arrójame a la senda y tu vida te pertenecerá, te lo juro!

Paran se apoyó en la espada sin responder.

—Peón de Oponn —espetó Mechones—. ¡Escupiría sobre ti si pudiera! ¡Escupiría en tu alma!

Tembló la tierra y, de pronto, unas sombras enormes se movieron alrededor de Paran y se cernieron en silencio sobre la inmóvil marioneta. Paran reconoció a Yunque, el Mastín al que había herido. Sintió la espada en sus manos, la cual respondía al desafío con un temblor acucioso que se transmitía a sus brazos. Yunque volvió la cabeza en su dirección al pasar por su lado, y Paran vio la promesa en sus ojos. El capitán sonrió. *Si hay algo capaz de atraer a Oponn, es la lucha que está a punto de empezar.*

Mechones gritó una última vez, y entonces los Mastines se abalanzaron sobre él.

Una gran sombra cruzó la colina. Al levantar la mirada, Paran vio un gran cuervo sobrevolar su posición. El ave graznó enfadada.

—Lo siento —le dijo Paran—, no creo que los restos sean de tu agrado.

Tres Mastines empezaron a desgarrar la madera astillada, lo único que quedaba de Mechones. Los restantes cuatro Mastines, encabezados por Yunque, se volvieron hacia Paran.

El capitán levantó la espada y adoptó la guardia.

—Vamos, adelante. A través de mí llegaréis al dios que me utiliza, aunque sea una vez, dejad que la herramienta se revuelva en manos de Oponn. Vamos, Mastines, tiñamos de sangre esta tierra.

Las criaturas formaron un abanico a su alrededor, con Yunque en medio.

Paran sonrió de oreja a oreja.

Acércate, Yunque. Estoy cansado de que me utilicen, y la muerte ya no me parece tan temible ahora. Acabemos de una vez.

Algo pesado lo aplastó, como si una mano hubiera caído del cielo e intentara hundirlo en la tierra. Los Mastines dieron un respingo. Paran trastabilló, incapaz de respirar, mientras una súbita oscuridad se extendía por el borde de su campo de visión. El suelo gruñó a sus pies, y la hierba amarilla de la llanura se arrugó totalmente. Luego cesó la presión y un aire gélido volvió a llenar sus pulmones. Al percibir su presencia, el capitán giró sobre los talones.

—A un lado —dijo un hombre de piel negra, alto y con el pelo blanco, mientras lo apartaba para encarar a los Mastines. Paran estuvo a punto de soltar la espada. ¿Un tiste andii?

El hombre llevaba un enorme espadón a la espalda. Se situó ante los Mastines, sin hacer ademán de empuñar el arma. Los siete se habían colocado ante él, pero rebullían inquietos observando con cautela al recién llegado.

El tiste andii se volvió a Paran.

—Fuera lo que fuese que hiciste para atraer la atención de los dioses, no fue buena idea —dijo en malazano.

—Nunca aprenderé —replicó Paran.

—En tal caso, somos como dos gotas de agua, mortal —sonrió el tiste andii.

¿Mortal?

Los Mastines se movían con inquietud; gruñían y lanzaban dentelladas al aire. El tiste andii los observó unos instantes, antes de decir:

—Ya está bien de tanto entrometerse. Te estoy viendo, Cruz —dijo a un Mastín de tiñoso pelaje marrón, cubierto de cicatrices y de ojos amarillentos—. Reúne a los tuyos y largaos. Decidle a Tronosombrío que no toleraré su interferencia. La batalla contra Malaz sólo me corresponde a mí. Darujhistan no es para él.

Cruz era el único Mastín que no gruñía. En silencio, sostenía imperturbable la mirada del tiste andii.

—Ya has oído mi advertencia, Cruz. —Lentamente, volvió su atención hacia el capitán—. Yunque te quiere muerto.

—Es el precio que he de pagar por haberme apiadado de él.

El tiste andii enarcó una ceja.

—¿Ves esa cicatriz que tiene?

—Cometiste un error, mortal. Debes terminar lo que empezaste.

—La próxima vez. Y ahora ¿qué?

—De momento, mortal, les atrae más la perspectiva de matarme a mí que a ti.

—¿Y qué posibilidades tienen de lograrlo?

—La respuesta a esa pregunta es evidente. ¿Acaso no has reparado en el tiempo que llevan titubeando, mortal?

Los Mastines atacaron con una rapidez que Paran jamás imaginó. Le dio un vuelco el corazón al ver el torbellino que se abalanzó sobre el tiste andii. Al retroceder el capitán, un puño de oscuridad estalló tras sus ojos, un chasquido de cadenas enormes, un crujir de gigantescas ruedas de madera. Cerró con fuerza los ojos para combatir el dolor lacerante, y al cabo hizo acopio de fuerzas para abrirlos y

ver que el combate había terminado. El tiste andii empuñaba el espadón y por la superficie negra de la hoja resbalaba la sangre, una sangre que bullía y que pronto se tornó ceniza. Dos Mastines yacían inmóviles, uno a cada lado. Un soplo de viento barrió el lugar con un sonido similar al de una exhalación, que hizo temblar la hierba.

Paran vio que uno de los Mastines casi había sido decapitado, mientras que el otro presentaba una profunda herida en el pecho. No parecía una herida mortal, pero los ojos de la criatura, uno azul y el otro amarillo, miraban al cielo sin ver.

Cruz dio un gañido y los otros recularon.

Paran sintió el regusto de la sangre en la boca. Escupió y, al llevarse la mano a la mandíbula, pudo comprobar que le sangraban los oídos. El dolor de cabeza cedía. Levantó la mirada en el preciso instante en que el tiste andii se acercó a él. Lucía la muerte en la mirada, y Paran retrocedió un paso e hizo ademán de levantar la espada, aunque el esfuerzo se cobró todas sus fuerzas. Observó al tiste andii, sin comprender por qué sacudía la cabeza.

—Por un momento, pensé… No, ya no veo nada…

Paran pestañeó para aclarar el velo de lágrimas que le cubrían los ojos; luego se secó las mejillas. Vio que aquellas lágrimas tenían un tono rosáceo.

—Acabas de matar a dos Mastines de Sombra.

—Los otros se retiraron.

—¿Quién eres?

El tiste andii no respondió, pues había devuelto la atención a los Mastines.

A su espalda, una nube de sombra se formaba en el aire, honda y más densa en el centro. Al cabo, se disipó y una figura negra, embozada y traslúcida, ocupó su lugar con las

manos metidas en las mangas. Las sombras dominaban lo que fuera que ocultaba la capucha.

El tiste andii bajó el arma y apoyó la punta en el suelo.

—Se les advirtió, Tronosombrío. Quiero dejar bien clara una cosa. Puede que estés a mi altura, sobre todo si la Cuerda anda cerca. Pero te prometo que será doloroso, y hay quienes querrán vengarme. Tu existencia, Tronosombrío, podría volverse… difícil. Aún no he perdido el temple. Retira la influencia de tu reino de mis asuntos y dejaré las cosas tal como están.

—Nada tengo que ver —respondió Tronosombrío en voz baja—. Mis Mastines encontraron la presa que buscaban. La caza ha terminado. —El dios inclinó la cabeza para observar a las dos criaturas muertas—. Terminado para siempre, al menos para Doan y Ganrod. —Tronosombrío levantó la mirada—. ¿No hay manera de soltarlos?

—Ninguna. Ni para aquellos que puedan buscar venganza.

Un suspiro escapó a la oscuridad que embozaba el rostro del dios.

—Ay, en fin. Como ya he dicho, nada tengo que ver. No obstante, la Cuerda sí.

—Llámalo al orden —ordenó el tiste andii—. Ahora.

—Se llevará un disgusto terrible, Anomander Rake. Sus planes se extienden mucho más allá de Darujhistan, pues pretende alcanzar el mismísimo trono de Malaz.

Anomander Rake… Paran recordó las convicciones de Velajada tras la lectura que hizo de la baraja de los Dragones. *El caballero de la Gran Casa de Oscuridad, hijo de la Oscuridad, el señor de la espada negra y sus mortíferas cadenas. Regente de Engendro de Luna, o eso pensaba ella. Lo vio venir. Este preciso instante, el choque entre Sombra y Oscuridad, la sangre derramada…*

—Libro mis propias batallas —gruñó Rake—. Y prefiero enfrentarme a Laseen por el trono malazano que a un siervo de Sombra, de modo que avísalo.

—Una última cosa —dijo Tronosombrío, a quien se le escapó una risilla—. Que conste que no soy responsable de las acciones que la Cuerda pueda emprender en tu contra.

—Convéncelo de cuál es el camino más sensato a seguir, Tronosombrío —advirtió Rake, en cuyo tono había también un atisbo de humor—. No tengo paciencia para tus juegos. Si me veo hostigado, ya sea por ti, los Mastines o la Cuerda, no haré distinciones. Asaltaré el reino de Sombra, y te conmino a que intentes detenerme.

—Te falta sutileza —reprochó el dios con un suspiro—. De acuerdo. —Hizo una pausa y las sombras empezaron a girar en espiral a su alrededor—. Lo he llamado al orden. De hecho, lo he extraído por la fuerza. El terreno es tuyo de nuevo, Anomander Rake. El Imperio de Malaz es todo tuyo, al igual que Oponn —añadió Tronosombrío.

—¿Oponn? —Rake volvió lentamente la cabeza y de nuevo el capitán tuvo ocasión de mirar sus fríos ojos azules. A Paran se le cayó el alma a los pies. El tiste andii observó la espada de Oponn, y luego miró de nuevo a Tronosombrío—. Ve —dijo—. El asunto queda zanjado.

—Por ahora —advirtió el dios. Acto seguido, levantó las manos y las sombras lo engulleron. Los Mastines supervivientes se agruparon y dejaron a los suyos en el lugar donde yacían muertos. Las sombras adquirieron mayor densidad, se volvieron opacas y devoraron por completo a quienes se habían refugiado en ellas. Cuando se dispersaron, el señor de Sombra y sus Mastines habían desaparecido.

Paran contempló al tiste andii, vuelto a él. Al cabo, el capitán se encogió de hombros.

—¿Eso es todo? —preguntó Rake, algo sorprendido—. ¿No vas a decirme nada? ¿Hablo directamente con Oponn? Me pareció captar una presencia antes, pero cuando busqué con mayor atención… nada. —Rake cambió la espada de mano y levantó la punta—. ¿Te ocultas ahí dentro, Oponn?

—No que yo sepa —respondió Paran—. Parece ser que Oponn me salvó la vida o, más bien, me devolvió a la vida. No tengo idea de por qué lo hizo, pero me han dicho que me he convertido en instrumento de Oponn.

—¿Viajas a Darujhistan?

Paran asintió.

—¿Puedo acercarme? —preguntó Rake envainando el acero.

—¿Por qué no?

El tiste andii se acercó a él y le puso la mano en el pecho. Paran no sintió nada. Rake se apartó.

—Puede ser que Oponn habitara tu interior en el pasado, pero por lo visto los Mellizos se han retirado ya. Veo su huella, pero ningún dios te controla, mortal. —Titubeó—. Te trataron con… poca delicadeza. Si Caladan Brood estuviera aquí podría curar eso. En fin, ya no eres el instrumento de Oponn. —Los ojos del tiste andii siguieron siendo azules, pero se aclararon para reflejar la tonalidad del cielo—. No obstante, tu espada sí lo es.

Se oyó un graznido cerca; al volverse ambos, vieron a un gran cuervo posado en uno de los cadáveres de los Mastines. El animal procedió a picotear un ojo y engullirlo. Paran contuvo una fuerte sensación de náusea.

La enorme ave anadeó hacía ellos.

—La espada de este hombre, señor —dijo el cuervo—, no es el único instrumento de Oponn, me temo.

Paran sacudió la cabeza; lo único que le sorprendía más que aquello era comprobar que nada le sorprendía ya. Envainó la espada.

—Continúa, Arpía —ordenó Rake.

La gran cuervo inclinó la cabeza en dirección a Paran.

—¿Aquí, mi señor?

—Mejor no —respondió Rake frunciendo el ceño. Se volvió de nuevo al capitán, a quien dijo—: Aférrate a esa espada hasta que cambie tu suerte. Cuando eso suceda, y si sigues con vida, rómpela o dásela a tu peor enemigo. —Una sonrisa torcida cruzó por su rostro—. Hasta ahora, diría que tu suerte sigue intacta.

—¿Puedo marcharme? —preguntó Paran. Anomander Rake asintió.

El capitán miró a su alrededor y luego se alejó caminando a buen paso, en busca del caballo.

Poco después, Paran acusó el peso de lo sucedido y cayó de rodillas. Toc había muerto. Lo había arrastrado en aquella insensata búsqueda por la llanura. Elevó la mirada al cielo, pero nada vieron sus ojos. Había llamado enemigo a Mechones. Había hecho de la muerte de la Consejera el mayor objetivo de su vida. Como sí ambos empeños bastaran para justificar la angustia que sentía, como si pudieran compensar el dolor de la pérdida. *El demonio habita en mí.*

Oponn había sido «poco delicado», pero ¿qué había querido decir Rake con eso? *¿Acaso me ha pertenecido alguno de esos pensamientos? Mírame: cada paso que doy parece una búsqueda desesperada por dar con un culpable, con cualquiera excepto yo. He convertido en una excusa el hecho de ser el instrumento de un dios, una justificación*

para no pensar, para reaccionar con simpleza. Y otros han muerto por ello.

Rake también dijo: «Termina lo que empieces». Más tarde tendría que encargarse de sus propios demonios. No habría vuelta atrás. No obstante, había errado al creer que aquello que planeaba pondría punto y final a su dolor. Añadir la sangre de Lorn a las manos manchadas no le ayudaría a lograr lo que tanto ansiaba.

Paran se levantó y recogió las riendas de los caballos supervivientes. Los condujo de vuelta al lugar donde se había desatado todo. El tiste andii había desaparecido, pero los Mastines seguían ahí, bultos negros e inmóviles en la hierba amarilla. Dejó caer las riendas y se acercó a uno. El corte en el pecho aún sangraba. Se acuclilló y acarició el pelaje del animal con la mano. *Mira adónde te lleva el ansia de matar. Por el aliento del Embozado, pero si era un espléndido animal.* Se manchó de sangre. El capitán retrocedió al tacto, pero lo hizo demasiado tarde. Sintió un hormigueo en el brazo y se sumió en la oscuridad, en un lugar donde se oía un rumor de cadenas.

Paran se encontró caminando, y no estaba solo. A través de la oscuridad logró distinguir sombras por doquier, todas ellas cargadas de pesadas cadenas de hierro, encorvadas como si arrastraran un gran peso. El suelo a sus pies era totalmente yermo. Por encima de sus cabezas no había más que oscuridad. Bajo el constante crujir de cadenas había un sonido más hondo que Paran sentía reverberar en la suela de la bota. Solo y desencadenado, cayó hacia la fuente de ese sonido, y pasó junto a otras sombras encadenadas, muchas de las cuales no eran humanas. Apareció una silueta tosca, cabeceando. Era un carromato, tenía un tamaño inverosímil y sus ruedas de madera sobrepasaban

la altura de un hombre. Impulsado por un deseo insaciable de descubrir qué llevaba, Paran se acercó.

Una cadena le azotó el pecho y le hizo caer. Un aullido lacerante resonó sobre él. Las garras tomaron su brazo izquierdo y tiraron de él con intención de clavarlo en el suelo. La cadena le alcanzó en la espalda. Forcejeó mientras sentía el tacto de un hocico frío y húmedo, mientras la bestia descargaba furiosas dentelladas bajo la barbilla. Se abrieron las fauces, se deslizaron alrededor de su cuello y, finalmente, estrecharon el cerco sobre su piel.

Paran yacía totalmente inmóvil, a la espera de que la bestia cerrara las fauces con un último chasquido. En lugar de ello, las apartó. Se encontró mirando los ojos de un Mastín, uno azul, el otro castaño. Un enorme collar de acero le rodeaba el cuello. La bestia se hizo a un lado. La cadena que tenía debajo se tensó, lo cual arrojó a Paran de nuevo al suelo, y en ese momento sintió más que escuchó el gruñido del carromato, inclinado de lado, mientras él se hallaba despatarrado en el camino que había de recorrer una de las ruedas de madera.

Una mano tiró del broche de la capa y lo arrastró fuera de peligro. El capitán se puso rápidamente en pie.

—Cualquier hombre que se haya ganado la clemencia de los Mastines y pasee por aquí desencadenado es alguien con quien merece la pena hablar. Camina conmigo.

La sombra de una capucha ocultaba las facciones del extraño. Era un hombre grandote, vestido con harapos. Después de soltar a Paran, siguió tirando de su cadena.

—Nunca antes se había sometido esta prisión a tan dura prueba —dijo gruñendo. Lanzó luego un silbido cuando el carromato sufrió un nuevo tirón ante los desesperados intentos por escapar de los Mastines—. Me temo que van a volcarlo.

—¿Y si lo logran?

El rostro se volvió hacia él por un instante; en la oscuridad, Paran creyó ver el brillo de la dentadura.

—Pues más nos costará tirar de él.

—¿Dónde estamos?

—En la senda dentro de la espada. ¿Acaso *Dragnipur* no te arrebató la vida?

—De haberlo hecho, ¿no estaría también encadenado?

—Muy cierto. Entonces, ¿qué haces aquí?

—No lo sé —admitió Paran—. Vi a los Mastines caer ante la espada de Rake. Luego toqué la sangre de una de las criaturas muertas.

—Eso explica su confusión. Te creyeron uno de los suyos, al menos al principio. Hiciste bien en rendirte al desafío de ese Mastín.

—Querrás decir que hice bien al asustarme tanto que ni siquiera pudiera moverme.

El extraño rió.

—Como quieras.

—¿Cómo te llamas?

—Los nombres carecen de significado. Rake me mató. Hace mucho. Con eso basta.

Paran guardó silencio. *La eternidad, aquí encadenada, tira por siempre de las cadenas. Y yo voy y le pregunto el nombre. ¿Bastará con una disculpa?*

El carromato dio unos botes tremendos; las ruedas levantaban la tierra. Caían las sombras entre los gemidos y los furiosos aullidos de los Mastines.

—Por el aliento de Gethol —mascculló el extraño—. ¿Acaso no callarán nunca?

—No creo que lo hagan —respondió Paran—. ¿Pueden romperse las cadenas?

—No. Nadie lo ha logrado hasta el momento, y aquí incluso hay dragones. Aunque esos Mastines… —Lanzó un suspiro—. Es asombroso, pero echo de menos la paz que había antes de que llegaran.

—Quizá pueda ayudar.

El extraño rió de nuevo.

—Claro, cómo no, adelante.

Paran se apartó de él y se acercó a los Mastines. No tenía ningún plan. *Pero soy el único desencadenado.* El solo pensamiento lo hizo pararse y sonreír. *Desencadenado. No soy el instrumento de nadie.* Continuó maravillado. Pasó junto a algunas figuras que avanzaban paso a paso, algunas de ellas en silencio, otras mascullando insensateces. Ninguna de ellas levantó la cabeza para mirarlo al pasar. Lo alcanzó el rumor grave de una respiración animal.

—¡Mastines! —voceó—. ¡Yo os ayudaré!

Al cabo, aparecieron en la penumbra. La sangre cubría sus lomos y pechos, la carne hecha jirones, lacerada en los cuellos. Los Mastines temblaron, los músculos asomaban en los costados. Sus ojos, a la altura de los de Paran, sostuvieron su mirada como obnubilados, indefensos en la pena que asfixiaba sus corazones. Extendió un brazo hacia el de los ojos de tonos distintos.

—Voy a examinar el collar, a ver si encuentro una tara.

La bestia caminó a su lado porque no podían dejar de avanzar, ya que el carromato nunca se detenía. Paran se inclinó sobre el Mastín, para examinar el collar en busca de una junta, pero no tenía. En el lugar donde se unía la cadena, el eslabón y el collar parecían una sola pieza. Aunque tenía escasos conocimientos de herrería, pensó que ese punto presentaría cierta debilidad, pero lo cierto era que al tacto parecía todo lo contrario. El hierro ni siquiera presentaba mellas.

Paran repasó la cadena, apartándose del costado del Mastín. Se detuvo al reparar en que la otra bestia observaba todo cuanto hacía, pero enseguida continuó. Desde el animal al carromato había unos setenta brazos de cadena y recorrió con las yemas de los dedos todos y cada uno de los eslabones en busca de un cambio en la solidez del acero, signos de calor, mellas. Pero no había nada. *Nada.* Llegó junto al carromato. La rueda tras la cual caminaba él era de madera sólida, un palmo de grosor, mellada, sí, pero sin ninguna otra peculiaridad. La pared posterior hacía unas seis o siete varas de altura. Las paredes de los costados, hechas de tablones de madera color hueso, mostraban huecos por los que cabía un dedo. Paran dio un respingo al ver los dedos esqueléticos que asomaban por las junturas, dedos que se agitaban sin cesar.

Le llamó la atención la estructura que soportaban los tablones. La madera era negra y relucía, puesto que la habían cubierto de una capa de brea. Los extremos de las cadenas penetraban en ella, incontables, y desaparecían en la madera. Al tacto la estructura parecía sólida, aunque era como si los eslabones de las cadenas la atravesaran. Fuera lo que fuese lo que los tenía sujetos, quedaba más allá de la estructura del carromato. Paran llenó de aire frío y rancio los pulmones y se agachó debajo del carromato.

El través medía unos doce palmos de grosor, y el agua de la condensación goteaba bajo la superficie embreada como una lluvia infinita. En el interior, Paran volvió a encontrar las cadenas, cuyo recorrido continuaba bajo el carromato. Aferró una de ellas y la siguió. Los eslabones se enfriaban al igual que el aire que respiraba. No tardó en soltar la cadena; tenía quemaduras en la mano debido al frío. La lluvia que caía bajo el carromato lo hacía en forma de esquirlas de hielo. Dos pasos más allá, las cadenas se

encontraban y eran engullidas por un pozo suspendido de absoluta oscuridad. El frío surgía del pozo a un ritmo intermitente. Paran no pudo acercarse más.

Maldijo frustrado al situarse justo enfrente del agujero. No tenía ni idea de qué podía hacer a continuación. Aunque lograra romper una cadena, ignoraba cuáles pertenecían a los Mastines. Respecto a los demás… Anomander Rake parecía un ser justo, aunque su justicia pudiera ser fría. Partir una de esas cadenas podía desatar horrores ancestrales sobre los reinos de los vivos. Incluso el extraño con el que había conversado pudo ser un tirano en el pasado, una horrible dominación.

Paran desenvainó a *Azar*. Al asomar la espada de la vaina, se movió libremente en su mano. El capitán sonrió cuando sintió las descargas de terror que la espada transmitía a todo su brazo.

—¡Oponn! ¡Queridos Mellizos! ¡Yo os llamo ahora! ¡Ahora!

El aire tembló. Paran tropezó con alguien que lanzó una sarta de maldiciones. Envainó la espada y se agachó para ayudarlo a ponerse en pie y, al hacerlo, sus dedos se cerraron en un brocado. Puso al dios en pie.

—¿Por qué tú? Yo quería a tu hermana.

—¡Qué locura, mortal! —exclamó furioso el Mellizo—. ¡Invocarme en este lugar! Tan cerca de la reina de Oscuridad, ¡aquí dentro de una espada matadioses!

Paran lo sacudió. Poseído por una furia insensata, el capitán sacudió a un dios. Escuchó el aullido de los Mastines y contuvo un súbito deseo de sumar su voz a los aullidos.

El Mellizo, asomado el terror a sus ojos febriles, arañó a Paran.

—¿Qué…? ¿Qué estás haciendo?

Paran se quedó inmóvil, pues habían llamado su atención dos de las cadenas, que habían aflojado la tensión.

—Se acercan.

El carromato dio un salto y se inclinó como nunca lo había hecho antes. El estruendo del golpe lo llenó todo por completo, con su lluvia de madera y hielo.

—Tienen tu rastro, Mellizo.

El dios lanzó un gritito y atacó a Paran con los puños crispados, le arañó y pataleó, pero el capitán se mantuvo firme.

—No la suerte que tira —dijo escupiendo sangre—. La suerte que… empuja.

El carromato volvió a alzarse y caer, las ruedas se impulsaron en el aire y luego cayeron creando un estruendo que reverberó en el lugar. Paran no tenía tiempo para preguntarse a qué obedecía la furia que lo inundaba, una fuerza suficiente como para contener a un dios. Simplemente se mantuvo imperturbable.

—¡Por favor! —rogó el Mellizo—. ¡Cualquier cosa! ¡Sólo tienes que nombrarlo! Cualquier cosa que obre en mi poder.

—Las cadenas de los Mastines —dijo Paran—. Rómpelas.

—No… ¡No puedo!

El carromato se tambaleó entre los crujidos de las astillas. Paran arrastró al Mellizo cuando se puso de nuevo en marcha.

—Piensa en un modo de hacerlo —dijo—. O los Mastines te alcanzarán.

—No, no estoy seguro, Paran.

—¿Cómo? ¿No estás seguro de qué?

—Ahí dentro —respondió el Mellizo, señalando el agujero oscuro—. Las cadenas permanecen firmes dentro de… , dentro de la senda de Oscuridad, en Kurald Galain. Si

entraran… No sé, no puedo asegurarlo, pero las cadenas podrían desaparecer.

—¿Cómo van a entrar?

—Podría ser que salieran de una pesadilla para adentrarse en otra.

—Peor no será, Mellizo. Acabo de preguntarte cómo.

—Cebo.

—¿Qué?

—Como has dicho, se acercan. Pero, Paran, debes soltarme. Debes acercarme al portal, pero por favor, por lo que más quieras, en el último instante…

—Te suelto. El dios asintió.

—De acuerdo.

Los Mastines golpearon de nuevo el carromato y en esa ocasión lograron meterse por debajo. Sin soltar al Mellizo, Paran giró sobre sí para ver que las bestias se acercaban al trote en la oscuridad. El cautivo lanzó un grito.

Los Mastines saltaron.

Paran soltó al dios, que cayó de bruces al suelo mientras los Mastines pasaban encima de él en mitad del salto. El Mellizo desapareció. Los Mastines desaparecieron también en el portal. Lo hicieron en silencio, y luego no quedó ni rastro de ellos.

Paran se puso en pie cuando la oscuridad parecía extenderse para engullirlo también a él, no con el aliento del olvido, sino con una brisa que arrastraba cierta calidez y abandono.

Al abrir los ojos se encontró a cuatro patas sobre la hierba amarilla de la llanura, junto al lugar manchado de sangre donde había yacido el cadáver del Mastín. Los insectos zumbaban cerca. Le dolía la cabeza cuando se levantó. El cadáver del otro Mastín también había desaparecido. ¿Qué había hecho? ¿Y por qué? De todas las

cosas que el Mellizo había podido ofrecerle… Velajada… Toc el Joven… Claro que traer de vuelta un alma de la puerta del Embozado no era algo que obrara en poder de Oponn. ¿Había liberado a los Mastines? Comprendió que probablemente nunca lo averiguaría.

Trastabilló en dirección a los caballos. Al menos, por un breve espacio de tiempo había estado desencadenado. Había sido liberado, y lo que había hecho había sido por elección propia. *Mi propia elección.*

Se volvió al sur. *Darujhistan y la Consejera me aguardan. Acaba lo que empieces, Paran. Acaba de una vez por todas.*

—Maldito inconveniente —gruñó Coll cuando Azafrán terminó de atar el vendaje—. Era buena —añadió—. Sabía exactamente cómo debía actuar. Diría que ha sido adiestrada. Y muy bien, teniendo en cuenta que vestía como una mercenaria.

—Sigo sin entenderlo —admitió Azafrán, que volvió a acuclillarse. Miró a Murillio y a Kruppe. Ambos seguían inconscientes—. ¿Por qué nos ha atacado? ¿Y por qué no me mató?

Pero Coll no respondió. Seguía sentado, mirando al caballo que pacía la hierba a doce pasos de distancia. Había lanzado ya una docena de maldiciones al animal, y Azafrán sospechaba que su relación había quedado, tal como Kruppe lo hubiera expresado, irreversiblemente comprometida.

—¿Qué es eso? —gruñó Coll.

Azafrán comprendió que el otro se refería a algo situado más allá del caballo y frunció el ceño al volverse.

Lanzó un grito, se incorporó de un salto y desenvainó las dagas. Pero el tacón de la bota topó con una piedra y cayó

despatarrado en el suelo. Se puso de nuevo en pie, con una de las armas desnuda.

—¡Es ella! —gritó—. ¡La mujer de la barra! ¡Es una asesina, Coll!

—Tranquilo, muchacho —dijo éste—. No parece peligrosa, a pesar de la espada que ciñe. Diantre —añadió enderezándose un poco—, si acaso, lo que parece es perdida.

Azafrán contempló a la mujer, que permanecía de pie en un extremo de la cima.

—Por el aliento del Embozado —masculló. Coll tenía razón. Nunca había visto a nadie tan aturdido, tan totalmente perdido. Ella los miraba a su vez, inmóvil como si estuviera a punto de echar a correr en dirección contraria. Carecía de la confianza que había destilado en la taberna del Fénix, era como si nunca la hubiera poseído. Azafrán envainó la daga.

—¿Y qué hacemos ahora, Coll?

—No sé, tranquilízala. Diría que necesita ayuda.

—Pero si asesinó a Chert —confesó Azafrán—. Vi la sangre en su cuchillo.

—No lo dudo, muchacho —respondió Coll, que miraba a la niña con ojos entornados—, pero esa cría no me parece capaz de matar a nadie.

—¿Crees que no lo veo? —preguntó Azafrán—. Me limito a decirte lo que vi. ¡Ya sé que no tiene sentido!

—Bueno, sea como sea está claro que necesita nuestra ayuda. Así que ve a por ella, Azafrán.

El muchacho levantó ambas manos para protestar.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo?

—Vaya si lo sé —respondió Coll con una sonrisa torcida —. Prueba a seducirla.

Azafrán dedicó a su compañero una mirada furibunda y luego se acercó con cuidado a la muchacha. Al verlo, ésta se enderezó y dio un paso atrás.

—¡Cuidado! —advirtió Azafrán, señalando el borde de la cima, que quedaba a espaldas de la niña.

La muchacha vio que estaba al borde de una caída pronunciada. Entonces, por extraño que pudiera parecer, eso la tranquilizó. Dio unos pasos hacia Azafrán, mirándolo a los ojos.

—Así está mejor —murmuró Azafrán—. Todo va bien. ¿Me entiendes? —Se señaló los labios e hizo como que hablaba.

Coll lanzó un gruñido.

La muchacha los sorprendió a ambos hablando en daru.

—Te entiendo —dijo vacilante—. Es curioso. No eres de Malaz y no hablas en malazano. Pero te entiendo. —Frunció el entrecejo—. ¿Cómo?

—¿Malazano? —preguntó Coll—. ¿De dónde eres, niña? Ella lo meditó unos instantes.

—De Itko Kan —respondió.

—Coño. —Coll rompió a reír—. ¿Y qué vendaval te ha traído aquí?

—¿Dónde está mi padre? —preguntó ella, abriendo los ojos desmesuradamente al recordar—. ¿Qué pasó con las redes? Llevaba el bramante, y la vidente, Riggalai la vidente, la bruja de la cera. La recuerdo… Ella… ¡Ella murió! —La muchacha cayó de rodillas—. Murió. Y luego…

La expresión de Coll era severa, pensativa.

—¿Y luego?

—No recuerdo —susurró la niña mirándose las manos—. No recuerdo nada más. —Y rompió a llorar.

—Por las mil tetas de Gedderone —maldijo Coll entre dientes atrayendo a Azafrán con un gesto de la mano—.

Escúchame con atención, muchacho. No nos esperes. Lleva a esta niña a tu tío. Llévasela a Mammot, y rápido.

Azafrán arrugó el entrecejo.

—¿Por qué? No puedo dejaros aquí como si nada, Coll. ¿Quién sabe cuándo despertarán Murillio y Kruppe? ¿Y si vuelve esa mercenaria?

—¿Y qué si lo hace? —preguntó Coll.

Azafrán se sonrojó y apartó la mirada.

—Murillio es un cabrón muy duro, a pesar de todo el perfume que lleva —dijo Coll—. Dentro de nada estará en pie, dispuesto a bailar. Toma a esta niña y llévasela a tu tío, muchacho. Hazme caso, anda.

—Aún no me has dicho por qué.

—Es una corazonada, nada más. —Coll extendió el brazo para ponerlo en el hombro del joven—. A esta niña la poseyeron. Eso creo. Alguien, algo, la trajo aquí, a Darujhistan, y la puso en nuestro camino. La verdad está en el interior de su cabeza, Azafrán, y puede que sea vital. Tu tío conoce a las personas adecuadas, ellos pueden ayudarla, muchacho. Y ahora, ensilla mi caballo. Yo esperaré aquí a que despierten nuestros amigos. Diantre, tampoco puedo caminar. No debería moverme al menos en un par de días. Kruppe y Murillio se encargarán de todo aquí. ¡Vete!

—De acuerdo, Coll —accedió Azafrán tras mirar a la joven—. Volveremos, ambos volveremos a Darujhistan.

—Estupendo —gruñó Coll—. Extiende un petate en el suelo y déjame algo de comida. Luego alejaos de aquí al galope, y si a ese condenado caballo mío le da un soponcio frente a las puertas de la ciudad, pues mejor que mejor. En marcha, muchacho. En marcha.

Capítulo 16



Dessembrae conoce las penas
de nuestras almas.
Camina junto a cada mortal,
nave de lamentos en los fuegos
de la venganza.
Dessembrae conoce las penas
y las compartiría ahora con todos nosotros.

El señor de la Tragedia.
Plegaria del Libro Sagrado.
Canónigo de Kassal

La herida que acusaba Lorn en el hombro izquierdo no era profunda. Sin ayuda mágica, no obstante, debía preocuparse por el riesgo de que se produjera una infección. Volvió al campamento y encontró a Tool en el mismo lugar donde lo había dejado al amanecer.

La Consejera ignoró al imass y buscó la selección de hierbas que llevaba en una de las alforjas. Luego, se sentó y recostó la espalda en la silla, dispuesta a curarse la herida.

Había sido un ataque insensato e innecesario. Habían sucedido demasiadas cosas últimamente, demasiadas ideas confusas, demasiada influencia de la mujer llamada Lorn, que interfería con los deberes contraídos en virtud del cargo de Consejera de la emperatriz. Cometía errores que no hubiera cometido hacía un año.

Tool le había dado más motivos de preocupación de los que podía manejar. Las palabras que el imass le había brindado, como si no tuvieran importancia, la habían alcanzado en lo más hondo y se habían aferrado con fuerza en su interior; no parecían dispuestas a ceder un ápice. Las emociones de la Consejera se enturbiaban, volvían niebla todo cuanto la rodeaba. Hacía tiempo que había abandonado la pena, junto al arrepentimiento. La compasión era anatema para la Consejera. No obstante, ahora todos esos sentimientos la azotaban como el oleaje, empujándola más y más, unas veces hacia un lado, otras hacia otro. Descubrió que se aferraba al título de Consejera y a todo cuanto significaba, como si fuera su único salvoconducto a la cordura, la estabilidad y el control.

Terminó de limpiar la herida tan bien como pudo, luego preparó un emplasto. *Control.* La palabra encontró un eco en sus pensamientos. Era segura. ¿Qué constituía el corazón del Imperio sino el control? ¿Qué motivaba todos los actos de la emperatriz Laseen, todos sus pensamientos? ¿Y qué había habido en el corazón del mismísimo Primer Imperio, las grandes guerras que llevaron a los t'lan imass hasta este tiempo?

Lanzó un suspiro y observó la tierra del suelo. *Es lo mismo que todos buscamos,* se dijo. Desde una joven que lleva bramante al padre, hasta el poder inmortal que la había poseído para utilizarla con sus propios fines. «En la vida aspiramos a ejercer el control, como medio de dar forma al mundo que nos rodea, búsqueda eterna y fútil por el privilegio de ser capaz de predecir la forma que adoptará nuestra existencia.»

El imass, y sus palabras de trescientos mil años, habían dejado en Lorn el poso de la futilidad. Esa sensación la

había abrumado por completo, no podía librarse de ella y amenazaba con sepultarla.

Había perdonado la vida al muchacho, cosa que no sólo le había sorprendido a él, sino también a ella. Lorn sonrió con tristeza. La predicción se había convertido en un privilegio que había perdido. Ya no por todo cuanto la rodeaba, puesto que ni siquiera ella era capaz de intuir el rumbo que tomarían sus acciones, o sus pensamientos.

¿Será ésta la auténtica naturaleza de la emoción?, se preguntó. El gran desafío a la lógica, al control; los caprichos de ser humano. ¿Qué había más allá?

—Consejera.

Lorn dio un respingo y levantó la mirada. Ahí estaba Tool, de pie a su lado. El guerrero tenía una capa de escarcha, que despedía vaho debido al calor.

—Estás herida.

—Fue una escaramuza —dijo de mal humor, casi molesta—. Ya está solucionado. —Presionó el emplasto en la herida y, a continuación, se vendó el hombro. Le costó lo suyo, ya que sólo disponía de una mano.

Tool se arrodilló.

—Te ayudaré, Consejera.

Sorprendida, Lorn observó el rostro muerto del guerrero. No obstante, las palabras que éste pronunció a continuación fueron a despejar cualquier atisbo de compasión en su comportamiento.

—Tenemos poco tiempo, Consejera. La brecha nos aguarda.

Lorn adoptó una expresión indescifrable. Al terminar Tool logró inclinar la cabeza un poco. Las manos curtidas del guerrero, con sus uñas largas, marrones y curvas, hicieron un nudo al vendaje.

—Ayúdame a levantarme —ordenó ella.

Vio que el mojón se había partido cuando el imass la llevó a él. Aparte de ese detalle, todo parecía seguir en el mismo lugar.

—¿Dónde está esa brecha? —preguntó. Tool se detuvo ante unas piedras quebradas.

—Yo te conduciré a ella, Consejera. Sígueme de cerca. Cuando estemos en la tumba, desenvaina la espada. Su efecto será mínimo, pero bastará para aminorar el proceso de recuperación de conciencia del jaghut. Con eso nos bastará para terminar lo que hemos venido a hacer.

Lorn aspiró con fuerza. Se deshizo de las dudas. Ya no había vuelta atrás. Pero ¿cuándo había tenido oportunidad de dar marcha atrás? Comprendió que aquella pregunta era discutible, puesto que habían escogido el rumbo que debía seguir.

—Muy bien —dijo—. Adelante, Tool.

El imass extendió los brazos a ambos lados. La ladera de la colina se tornó borrosa, como si una cortina de arena arrastrada por el viento se hubiera alzado ante ella. Un ventarrón enturbió aquella peculiar niebla. Tool dio un paso hacia ella.

Iba a seguirle, cuando Lorn retrocedió ante el hedor que la envolvió, un apestoso olor a aire emponzoñado por siglos de hechicería latente, de innumerables salvaguardas dispersadas por los poderes Tellann de Tool. Avanzó, no obstante, con la mirada puesta en la espalda ancha y andrajosa del imass.

Entraron en la ladera de la colina. Apareció ante ambos un accidentado corredor que se desdibujaba en la oscuridad. La escarcha recubría los cantos rodados que formaban las paredes y el techo. A medida que fueron adentrándose en su interior, el ambiente se enfrió mucho, carente de olores; en las paredes discurrían gruesas

columnas de hielo verdes y blancas. El suelo, que en la entrada era de tierra congelada, se volvió adoquinado, traicionero a causa del hielo que lo cubría.

A Lorn se le entumecieron el rostro y las extremidades. El penacho blanco que formaba su propio aliento se perdía en la oscuridad. El corredor se estrechó y pudo ver extraños símbolos de color rojo pardo pintados tras el hielo que cubría las paredes. Esos signos despertaron algo en su interior, algo muy hondo, y tuvo la sensación de estar a punto de reconocerlos, pero en cuanto quiso concentrarse en ellos la sensación de familiaridad desapareció.

—Mi pueblo ha visitado antes este lugar —dijo Tool, que redujo un poco el paso para mirar de reojo a la Consejera—. Añadieron sus propias salvaguardas a las de los jaghut que encerraron a ese tirano.

—¿Y qué te parece eso? —preguntó Lorn, irritada.

El imass la contempló en silencio y luego replicó:

—Consejera, creo conocer el nombre de ese tirano jaghut. Ahora me acosa la duda. No deberíamos liberarlo, pero, al igual que tú, me veo obligado a ello.

Lorn se quedó sin aliento.

—Consejera —añadió el imass—. Reconozco la ambivalencia que has estado sintiendo. La comparto. Cuando hayamos terminado con esto, me iré.

—¿Te irás? —preguntó confundida.

—Dentro de esta tumba, y con lo que haremos, daré por concluidas mis promesas solemnes. Ya no me atarán. Tal es el poder residual de ese jaghut durmiente. Y por ello doy las gracias.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Consejera, te ofrezco la posibilidad de acompañarme. Lorn abrió la boca, pero no se le ocurrió nada que decir, de modo que la cerró.

—Te pido que consideres mi oferta, Consejera. Viajaré en busca de una respuesta y daré con ella.

¿Respuesta? ¿A qué?, quiso preguntarle. Algo se lo impidió, un pavor súbito que la inundó con estas palabras: no quieres saberlo. En este asunto, es preferible la ignorancia.

—Sigamos con esto —se limitó a contestar.

Tool reanudó la marcha en la oscuridad.

—¿Cuánto nos va a llevar? —preguntó Lorn poco después.

—¿Te refieres al tiempo? —A juzgar por el tono de voz, aquella pregunta parecía divertirle—. Dentro del túmulo, Consejera, el tiempo no existe. Los jaghut que enterraron a uno de los suyos trajeron una edad de hielo a esta tierra, último sello del túmulo. Consejera, media legua de hielo se alza sobre esta cámara mortuoria. Hemos venido a un tiempo y un lugar anterior al hielo jaghut, antes de la llegada del gran mar interior que los imass llamamos Jhagra Til, antes del paso de incontables edades…

—¿Y cuánto tiempo habrá transcurrido cuando volvamos? —interrumpió Lorn.

—No sabría decirlo, Consejera. —El imass hizo una pausa y se volvió hacia ella. En las cuencas de los ojos ardía una luz fantasmagórica—. Jamás había hecho nada parecido.

A pesar de la repujada armadura de cuero, el hecho de tener a una mujer apretada a la espalda había causado más sudor a Azafrán que el calor de la tarde. Era una mezcla de sensaciones por lo que el corazón golpeaba con tanta fuerza su pecho. Por un lado, el simple hecho de que la niña tenía casi su edad, y además era atractiva, poseía unos

brazos sorprendentemente fuertes con los cuales le rodeaba la cintura y un aliento cálido que él recibía en la nuca.

Por otro, aquella mujer había asesinado a un hombre, y la única razón que se le ocurría para justificar su presencia en las montañas era que había ido ahí con intención de matarle a él. De modo que estaba demasiado tenso como para disfrutar de compartir la silla con ella.

Prácticamente no habían cruzado palabra desde que se despidieron de Coll. Azafrán era consciente de que en cuestión de un día las murallas de Darujhistan se perfilarían en el horizonte. Se preguntó si ella recordaría la ciudad. Entonces, una voz que resonó en su interior parecida a la de Coll le dijo: *¿Y por qué no se lo preguntas, idiota?*. Azafrán frunció el ceño. Ella se le adelantó:

—¿Itko Kan queda lejos de aquí?

Estuvo a punto de romper a reír, pero algo, instintivo quizá, se lo impidió. *Trátala con suavidad*, se dijo.

—No he oído hablar de ese lugar —respondió—. ¿Pertenece al Imperio de Malaz?

—Sí. ¿No estamos en el Imperio?

—No, aún no —gruñó Azafrán, que se hundió de hombros—. Nos encontramos en un continente llamado Genabackis. Los del Imperio de Malaz vienen de los mares de oriente y poniente. Ahora controlan todas las Ciudades Libres al norte, al igual que la confederación de Nathilog.

—Oh —respondió la muchacha en un tono apenas audible—. Entonces, estáis en guerra con el Imperio.

—Más o menos, aunque nunca lo dirías por lo que respecta a Darujhistan.

—¿Es el nombre del pueblo donde vives?

—¿Pueblo? Darujhistan es una ciudad. Es la ciudad más grande y próspera de toda la Tierra.

—Una ciudad —casi exclamó ella, animada y asombrada a partes iguales—. Nunca he estado en una ciudad. Te llamas Azafrán, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabías?

—Así es como te llamó tu amigo el soldado.

—Ah, claro. —¿Por qué el hecho de que ella supiera su nombre le había acelerado tanto el pulso?

—¿No vas a preguntarme mi nombre? —preguntó la mujer en voz baja.

—¿Lo recuerdas?

—No —admitió ella—. Extraño, ¿no te parece?

Hubo cierto patetismo en aquella respuesta, y algo en su interior se fundió, lo cual le hizo enfadarse aún más.

—Pues no creo que pueda ayudarte a ese respecto.

Ella pareció apartarse tras él, al tiempo que relajaba un poco la tensión de los brazos con que se agarraba a su cintura.

—No, no puedes.

De pronto cedió la rabia. Azafrán estaba dispuesto a lanzar un grito de protesta ante el caos que se había desatado en su interior. En lugar de ello, rebulló en la silla, lo cual obligó a la muchacha a abrazarle con más fuerza. *Ah* —sonrió—, *eso está mejor*. Abrió mucho los ojos, sorprendido: *Pero ¿qué estoy diciendo?*

—¿Azafrán?

—¿Qué?

—Ponme un nombre de Darujhistan. Escoge uno. Tu favorito.

—Cáliz —respondió de inmediato—. ¡No, espera! No puede ser Cáliz, ya conozco a una. Tendrás que llamarte de otra forma.

—¿Es tu novia?

—¡No! —Tiró de las riendas y el caballo detuvo su andadura. Azafrán clavó las uñas en las crines, y después cruzó la pierna por el cuello de la montura para saltar al suelo. Una vez ahí pasó las riendas hacia el bocado.

—Quiero caminar —dijo.

—Sí. A mí también me gustaría caminar.

—Bueno, es posible que acabe corriendo.

Ella se volvió a él para mirarlo con expresión preocupada.

—¿Correr? ¿Huyendo de mí, Azafrán?

Éste vio en aquella mirada todo un mundo que se venía abajo. ¿Qué estaba sucediendo? Sintió una desesperada necesidad de averiguarlo, aunque preguntárselo sin tapujos quedaba descartado. No sabía por qué era así, pero así era. Clavó la mirada en el suelo y dio una patada a una roca.

—Lástima —se lamentó—, veo que no hay modo de hacerme entender. Créeme, no pretendía decir eso.

Ella abrió los ojos como platos.

—¡Ése era mi nombre! —exclamó—. Lástima, Azafrán, tú mismo acabas de decirlo.

—¿Qué? —preguntó ceñudo—. ¿Lástima?

—¡Sí! —Apartó la mirada—. Sólo que no siempre ha sido ése mi nombre. No lo creo. No. No fue el nombre que me puso mi padre.

—¿Ése lo recuerdas?

Ella negó con la cabeza y se acarició con la mano el cabello largo y oscuro.

Azafrán echó a andar, y la joven lo siguió a un paso de distancia. El camino serpenteaba por entre las colinas bajas. En una hora llegarían al puente de Catlin. Menguaba el pánico que se había apoderado de él, consumido quizá. Se sentía relajado, lo cual le sorprendía, puesto que no

recordaba la última vez que se había sentido así estando en compañía de una mujer.

Caminaron un rato en silencio. Al frente, el sol se hundía tras un velo dorado, y relucía sobre una línea azul y verde en el horizonte, tras las colinas. Azafrán señaló aquella línea.

—Es el lago Azur. Darujhistan se encuentra en la orilla sur.

—¿Aún no has pensado en mi nombre? —preguntó ella.

—El único que me viene a la mente es el de mi matrona.

—¿El de tu madre? Azafrán rió.

—No, no esa clase de matrona. Me refiero a la Dama de los Ladrones, Apsalar. Sólo que no es bueno adoptar esa clase de nombre, puesto que pertenece a una diosa. ¿Qué te parece Salar?

Ella arrugó la nariz.

—No, me gusta Apsalar. Me quedaré con Apsalar.

—Acabo de decirte…

—Ése es el nombre que quiero —insistió la joven, cuyo rostro se ensombreció.

Oh, oh —pensó Azafrán—. *Será mejor no insistir más.*

—De acuerdo —dijo con un suspiro.

—O sea, que eres ladrón.

—¿Y qué tiene de malo?

Apsalar sonrió.

—Dado mi nuevo nombre, nada en absoluto. Nada de nada, Azafrán. ¿Cuándo acamparemos?

Él se sonrojó. No había pensado en ese detalle.

—Quizá deberíamos continuar —dijo sin demasiada convicción, rehuyendo su mirada.

—Estoy cansada. ¿Por qué no acampamos en ese puente de Catlin?

—Bueno, sólo tenemos un petate. Duerme tú en él, que yo haré guardia.

—¿Toda la noche? ¿Por qué tienes que montar guardia? Azafrán se acercó a ella.

—¿A qué viene tanta pregunta, si puede saberse? —preguntó encendido—. ¡Este lugar es peligroso! ¿No viste que Coll estaba herido? ¿Y cómo saber si la guarnición sigue en su lugar?

—¿Qué guarnición?

Azafrán se maldijo a sí mismo, todo ello evitando mirarla.

—La guarnición que hay al otro lado del puente —respondió—. Aunque el puente es largo, y…

—¡Oh, vamos, Azafrán! —Apsalar rió y hundió el hombro en sus costillas—. Compartiremos el petate. No me importa, siempre y cuando tengas las manos quietas.

Azafrán no le quitó ojo mientras se frotaba las costillas.

Kruppe se volvió hacia Murillio.

—¡Maldición! ¿No puedes azuzar más a ese animal?

La mula hacía honor a su reputación y se negaba a aumentar el paso, que no iba más allá de un andar lento. Murillio sonrió con timidez.

—¿Qué prisa tienes, Kruppe? Ese muchacho es perfectamente capaz de cuidar de sí mismo.

—¡Fue deseo explícito de maese Baruk que lo protegiéramos, y debemos protegerlo!

—No dejas de repetirlo. —Murillio entornó los ojos—. ¿Se trata de un favor a Mammot? ¿De pronto se preocupa el tío del muchacho? ¿Por qué a Baruk le interesa tanto Azafrán? Nos das las órdenes del alquimista, Kruppe, pero sin acompañarlas de las debidas explicaciones.

Kruppe tiró de las riendas.

—Oh, muy bien —dijo—. El motín en las filas empuja la astuta mano de Kruppe. Oponn ha escogido a Azafrán, para cualquier propósito que tan intrigante deidad tenga en mente. Baruk quiere que vigilemos al muchacho y, además, que impidamos que caiga en manos de otros intereses.

Murillio acarició el corte de la frente y contrajo el gesto en una mueca.

—Maldito seas. —Suspiró—. Tendrías que habernos explicado todo esto desde el principio, Kruppe. ¿Lo sabe Rallick?

—Pues claro que no —replicó Kruppe con acritud—. Después de todo está demasiado ocupado, es incapaz de librarse ni siquiera por un momento de sus diversas responsabilidades. Eso explica la ausencia del asesino en este viaje —explicó Kruppe, cuya expresión había adoptado un matiz taimado—. Aunque, ahora que lo pienso, ¿informa Murillio a Kruppe de esos asuntos? Está claro que Murillio sabe mucho más de los quehaceres de Rallick que el pobre e ignorante Kruppe.

Murillio puso los ojos en blanco.

—¿Qué quieres decir?

Kruppe soltó una risilla, luego hincó los talones en los costados de la mula, que retomó el paso. Murillio lo siguió.

—Y por lo que concierne a nuestra actual misión —continuó Kruppe con aire jovial—, que parece un tremendo fracaso, sobre todo por lo que respecta a Coll, es en realidad un asombroso éxito. Maese Baruk debe estar al corriente de las nefandas actividades que tienen por marco las colinas Gadrobi.

—¿Un éxito? ¿De qué diantre estás hablando?

—Querido mío, aunque apenas mantuve la conciencia un instante durante el suceso, era obvio que esa mujer

guerrera poseía una espada de otaralita… Lo que significa, como cualquier niño podría suponer, que viene de Malaz.

Murillio lanzó un silbido.

—Y no se nos ocurre otra cosa que dejar ahí a Coll. ¿Estás loco, Kruppe?

—No tardará en reponerse lo necesario para seguirnos —se excusó Kruppe—. Nuestras prisas abruman cualquier otra posible consideración.

—Exceptuando los tratos cerrados con el capataz de cierto establo —gruñó Murillio—. De modo que hay gente de Malaz en las colinas Gadrobi. ¿Qué hace ella ahí? Y ni se te ocurra responder que no lo sabes. Si no sospecharas nada, no tendrías tanta prisa.

—Sospechas, sí… —admitió Kruppe encogiéndose de hombros—. ¿Recuerdas eso que masculló Azafrán cuando dejamos la encrucijada? ¿Eso de que perseguíamos un rumor o algo así?

—Aguarda —gruñó Murillio—. ¿No me vendrás otra vez con esa leyenda del túmulo? No hay…

—Lo que nosotros creamos es irrelevante, Murillio —le interrumpió Kruppe—. El hecho es que los de Malaz buscan cuanta verdad pueda haber en ese rumor. Y tanto Kruppe como maese Baruk sospechan, por ser de igual inteligencia, que podrían dar con él. De ahí la misión, mi emperifollado amigo. Otaralita en manos de un maestro de la espada del Imperio; un t'lan imass que acecha en los alrededores…

—¿Cómo? —explotó Murillio abriendo los ojos desmesuradamente. Hizo ademán de volver la mula hacia Kruppe, pero la bestia se quejó y no quiso moverse un ápice. Tiró de las riendas maldiciéndola—. Coll hecho pedazos ahí solo, en compañía de una asesina de Malaz y un imass. ¡Tú has perdido el juicio, Kruppe!

—Pero querido Murillio —graznó Kruppe—. ¡Kruppe te creía ansioso, no, desesperado por volver a Darujhistan tan rápido como fuera posible!

Eso detuvo en seco al otro. Se volvió a Kruppe, con expresión sombría.

—Vamos, escúpelo.

—¿Qué debo escupir? —preguntó con las cejas enarcadas.

—No has dejado de hacer insinuaciones de que sabes algo, de modo que si crees que sabes lo que quiera que sea, será mejor que lo sueltes. De otro modo, me daré la vuelta y volveré con Coll. —Al ver que Kruppe volvía raudo la mirada, sonrió—. Ah, querías distraerme, ¿verdad? Bueno, pues no lo conseguirás.

—Sin tener en cuenta qué cerebro ha podido ser el responsable de vuestro plan para devolver a Coll su auténtico título, Kruppe no puede hacer más que aplaudir la iniciativa.

Murillo se quedó sin habla. *Por el nombre del Embozado, ¿cómo se habrá enterado Kruppe de…?*

—Claro que todo eso no tiene mayores consecuencias frente al hecho de Azafrán —continuó Kruppe— y el grave peligro al que se enfrenta. Es más, si esa joven estuvo en verdad poseída, como sospecha Coll, el riesgo es horrible. ¿Era la única cazadora que andaba tras la frágil y desprotegida vida del muchacho? ¿Qué me dices del millar de dioses y demonios que de buena gana azorarían a Oponn a las primeras de cambio? Por tanto, ¿estará dispuesto Murillio, amigo desde antiguo de Azafrán, a abandonar tan insensiblemente al niño a su cruel destino? ¿Es Murillio hombre que sucumbe al pánico, a los «y si…», a una cohorte de pesadillas imaginarias que asoman por entre las sombras de su sobrecogida imaginación…?

—¡De acuerdo, de acuerdo! —aulló Murillio—. Ahora contén la lengua y cabalguemos.

Kruppe asintió bruscamente al escuchar tan sabio comentario.

Al cabo de una hora, cuando el anochecer se cernía en las colinas y a poniente, hacia el sol moribundo, Murillio dio un respingo y lanzó a Kruppe una mirada que se extravió en la oscuridad.

—Maldito sea —susurró—. Dije que no iba a permitir que me distrajera. ¿Y qué es lo primero que hace? Pues distraerme.

—¿Murmura algo Murillio? —preguntó Kruppe.

Murillio se frotó la frente.

—Estoy que me caigo de sueño —respondió—. Busquemos un lugar donde acampar. De cualquier modo, Azafrán y la joven no llegarán a la ciudad antes de mañana. Dudo que corra peligro en el camino, y lo encontraremos sin problemas mañana, antes de que anochezca. De día no tendrán contratiempos. Diantre, después de todo irán derechitos a ver a Mammot, ¿no?

—Kruppe admite también su propio cansancio. Debemos encontrar un lugar donde acampar, y Murillio procurará un fuego, quizá, y luego preparará la cena, mientras Kruppe pondera reflexiones vitales y demás.

—Excelente —suspiró Murillio—. Excelente.

No fue sino hasta un par de días tras su encuentro con el tiste andii y los sucesos ocurridos en el interior de la espada cuando el capitán comprendió que Rake no le había tomado por un soldado de Malaz. De otro modo, estaría muerto. Los descuidos le protegían. Su asesino en Pale debió de haberse asegurado de su muerte, y ahora resultaba que el propio

hijo de la Oscuridad, al salvarle de las fauces de los Mastines, también le había dejado marchar. ¿Existiría una relación en todo aquello? Lo cierto era que olía a la legua a Oponn, aunque Paran no dudaba de la aseveración de Rake.

En tal caso, ¿su suerte dependía de la espada? ¿Todos aquellos caprichos de la fortuna habrían señalado momentos cruciales, momentos que perseguirían a quienes le habían perdonado? Por su propio bien, deseó que no fuera así.

Ya no recorría la senda del Imperio. Había caminado por ese camino ensangrentado y traicionero demasiado tiempo, y no volvería a hacerlo. Jamás. Ante él se erguía la tarea de salvar el pellejo de Whiskeyjack y los miembros del pelotón. Para lograrlo, estaba dispuesto a dar la propia vida, y no lo haría de mala gana.

Algunas cosas sobrevivían a la muerte de un hombre, y quizá existiera una justicia ajena a la mente humana, ajena incluso a los hambrientos ojos de los dioses y las diosas, algo puro, reluciente y decisivo. Algunos sabios, cuyos textos había leído en el tiempo que estuvo estudiando en la capital de Malaz, Unta, exponían lo que a él se le antojaba una idea absurda. La moral no era relativa, decían, ni siquiera existía como tal en el reino de la condición humana. No, consideraban la moral como imperativo de toda vida, una legislación natural que no obedecía a los actos salvajes de los animales ni a las altaneras ambiciones de los seres humanos, sino a otra cosa, a algo inexpugnable.

Una búsqueda más de la certidumbre, pensó Paran. Irguió la espalda en la silla, puesta la mirada en el sendero que serpenteaba ante él por entre las colinas bajas. Recordó haber discutido aquello con la Consejera Lorn, en una época en que ninguno de ellos se veía constreñido por el mundo exterior. «Otra búsqueda de la certidumbre»,

había dicho ella en tono bronco, cínico, poniendo punto y final a la discusión igual que si hubiera clavado un cuchillo en la mesa empapada en vino que los separaba.

Paran tuvo entonces la sospecha, sospecha que mantenía, de que para que tales palabras fueran pronunciadas por una mujer que apenas era mayor que él, no debían más que imitar a las de la emperatriz Laseen. No obstante, ésta tenía derecho a ellas. Lorn, no; al menos, en opinión de Paran. Si había alguien que tuviera derecho a hacer gala de ese cinismo, ésa era la emperatriz Laseen del Imperio de Malaz.

Estaba claro que la Consejera había hecho de sí misma la extensión de Laseen. Pero ¿a qué precio? En una ocasión, sorprendió a la joven que se ocultaba tras la máscara: fue cuando la vio observar el camino alfombrado con los cadáveres de los soldados, en busca de un modo de sortearlos. Lorn, la joven pálida y asustada, había asomado en aquel instante. No recordaba qué motivó el regreso de la máscara, probablemente algo que dijo, algún comentario que hizo para representar también el papel de duro soldado.

Paran suspiró. *Demasiados reproches. Oportunidades perdidas, y con cada una que pasa menos humanos nos volvemos, y más, también, nos hundimos en la pesadilla del poder.*

¿Era irrecuperable su vida? Quiso hallar respuesta a aquella pregunta.

Reparó en que había movimiento al sur; acto seguido escuchó un rumor que surgía del terreno en el que estaba. Se incorporó sobre los estribos. Se estaba formando una nube de polvo lejos, al frente. Tiró de las riendas para que la montura cabalgara a poniente. Al cabo de unos instantes, volvió a tirar de las riendas. La nube de polvo también

asomaba en esa dirección. Maldijo entre dientes y se dirigió a la cresta de una pendiente cercana. Polvo. Polvo por todas partes. *¿Una tormenta? No, el estruendo es demasiado constante.* Cabalgó de vuelta a la llanura y frenó el paso del caballo mientras se preguntaba qué hacer. La nube de polvo se convirtió en un muro. El rumor creció. Paran entrecerró los ojos para protegerlos del polvo. Había unos bultos gigantescos en movimiento, que iban derechos hacia él. En unos instantes se vio rodeado.

Bhederin. Había oído historias acerca de aquellas criaturas peludas que se desplazaban por las llanuras interiores, en manadas que contaban con miles de ellas. A su alrededor, Paran no veía más que el pelaje pardo rojizo y los lomos polvorientos de aquellos animales. No había lugar al que dirigir el caballo, ningún rincón donde refugiarse. Paran se recostó en la silla y aguardó.

Percibió un movimiento brusco por el rabillo del ojo, en el suelo. Quiso volverse, pero un objeto pesado lo alcanzó en el costado derecho y lo arrastró de la silla. Paran cayó en el polvo como un saco de patatas, maldiciendo, forcejeando con unas manos de dedos nudosos, con alguien de pelo negro. Levantó la rodilla y lo golpeó en el estómago. Su adversario cayó a un lado, falto de aire. Paran se puso rápidamente en pie y se encontró frente a un joven envuelto en pieles. El muchacho se incorporó también y fue hacia el capitán.

Paran se apartó y alcanzó de un golpe la sien del atacante, que cayó a un lado inconsciente.

Entonces se oyeron unos gritos agudos que provenían de todas partes. Los bhederin se apartaron, y por los huecos surgieron unas sombras que se acercaron a Paran. Eran los rhivi, enemigos declarados del Imperio, aliados en el norte de Caladan Brood y de la Guardia Carmesí.

Dos guerreros se acercaron al muchacho inconsciente. Lo sujetaron cada uno de un brazo y se lo llevaron a rastras.

La manada se había detenido.

Se acercó otro guerrero, que observó engallado a Paran. Su rostro cubierto de polvo lucía pinturas rojas y negras, cuya trayectoria partía de los pómulos, seguía a la mandíbula y, luego, alrededor de la boca. Llevaba a los anchos hombros una piel de bhederin. Se detuvo a menos de un brazo de distancia de Paran y agarró con los dedos la empuñadura de *Azar*. Paran apartó la mano. El rhivi sonrió, se alejó de él y lanzó un grito agudo, ululante.

Surgieron más por entre los bhederin, armados con lanzas en una mano, agazapados al pasar por los animales, que no les hicieron el menor caso.

Los dos rhivi que se habían llevado al muchacho volvieron para unirse al guerrero, que dirigió unas palabras al de la izquierda. Éste dio un paso hacia Paran. Antes de que el capitán pudiera reaccionar, golpeó con la pierna a Paran en el costado y hundió el hombro en su pecho.

El guerrero cayó sobre él. Paran sintió el frío tacto de la hoja de un cuchillo en la mandíbula cuando le cortaron la correa del yelmo. Se la quitaron de la cabeza y sintió entonces el tacto de los dedos que se crispaban alrededor de un puñado de cabello. Tirando del guerrero, Paran se puso en pie. Ya había tenido suficiente. Una cosa era morir, y otra muy distinta hacerlo sin dignidad. Al tirar el rhivi hacia atrás de su cabello, Paran tanteó las piernas del guerrero, le agarró de los testículos y apretó con fuerza.

El guerrero lanzó un grito y soltó el pelo de Paran. Apareció de nuevo el cuchillo, cerca del rostro del capitán. Cayó a un lado y con la mano libre atrapó la muñeca del cuchillo. De nuevo cerró con fuerza la otra mano. El rhivi

gritó también en esa ocasión, y Paran lo soltó, dio la vuelta sobre sí y, con el hombro protegido por la hombrera de la armadura, golpeó al otro en la cara.

La sangre salpicó como la lluvia en el polvo. El guerrero trastabilló y, finalmente, se desplomó.

Alguien le golpeó la sien con el poste de una lanza. Se volvió por la fuerza del golpe. Una segunda lanza le alcanzó en la cadera con tal fuerza que parecía la coz de un caballo. Paran tuvo la impresión de que su pie izquierdo estaba clavado al suelo.

Paran desenvainó a *Azar*. Casi perdió el arma cuando estalló el zumbido. La levantó y de nuevo la sintió temblar. Medio cegado por el dolor, el sudor y el polvo, Paran tiró el cuerpo hacia atrás y, con ambas manos en la empuñadura, se puso en guardia. La hoja de la espada volvió a temblar, pero la mantuvo agarrada con fuerza.

Silencio. Entre jadeos, pestañeando, Paran levantó la barbilla y miró a su alrededor.

Los rhivi lo tenían rodeado. Nadie se movía. Sus ojos oscuros lo miraban fijamente.

Paran clavó los ojos en el arma, y luego, antes de observar de nuevo a *Azar*, volvió a pasear la mirada alrededor de los guerreros.

De la hoja de la espada surgían tres puntas de lanza como si de las hojas de un árbol se tratara, todas con la punta partida en dos; las astas habían desaparecido, sólo unas astillas de madera blanca asomaban de las puntas de lanza.

El pie, el pie que tenía clavado en el suelo. Alguien había atravesado la bota con una lanza, pero la ancha hoja de acero se había arrugado hasta el punto de hundirse plana sobre el pie. Estaba rodeado de madera astillada. Tampoco

lo habían herido en la cadera, aunque la vaina de *Azar* acusaba una muesca.

El guerrero rhivi a quien había aplastado la cara yacía inmóvil a una vara de distancia. El capitán vio que la montura y los caballos de carga estaban incólumes y no se habían movido. Los otros rhivi habían retrocedido. Abrieron el cerco cuando una figura pequeña se acercó a él.

Era una niña, apenas habría cumplido los cinco años. Los guerreros se apartaron de ella de un modo que parecía reverencial o temeroso, o puede que una mezcla de ambas cosas. Llevaba una piel de antílope atada con una cuerda a la cintura y caminaba descalza.

Tenía un aire familiar: el modo de andar, la pose al plantarse ante él; algo, quizá, en los párpados. El hecho era que Paran se sintió incómodo.

La niña se detuvo a mirarle. Y en su carita redonda lentamente se reprodujo el fruncimiento de ceño que definía en ese momento la expresión del propio Paran. Levantó una mano, como si quisiera tocarle, y luego la bajó. El capitán sintió que no podía apartar los ojos de ella. *Niña, ¿acaso te conozco?*

Seguían en silencio cuando una anciana salió del corro y se acercó a la niña, en cuyo hombro apoyó una mano arrugada. Parecía cansada, irritada también, cuando observó al capitán. La niña le dijo algo en la lengua rápida y musical de los rhivi; lo hizo en un tono sorprendentemente grave para ser tan joven. La anciana se cruzó de brazos, y la niña volvió a hablar, en tono insistente.

Entonces la anciana se dirigió a Paran en lengua daru.

—Cinco lanzas aseguraron que eras nuestro enemigo. —Hizo una pausa—. Cinco lanzas que se equivocaron.

—Tenéis muchas más —dijo Paran.

—Así es, y el dios que favorece a tu espada no cuenta aquí con seguidores.

—Pues acabemos de una vez —gruñó Paran—. Estoy harto de este juego. La muchacha intervino en un tono imperioso que sonaba como hierro que rasca la piedra.

La anciana se volvió hacia ella con visible expresión de sorpresa.

La niña continuó hablando; parecía dar explicaciones. La anciana la escuchó, y luego volvió su mirada oscura y febril al capitán.

—Vienes de Malaz, y los de Malaz han escogido tener por enemigos a los rhivi. ¿Compartes esa elección? Y que sepas que sé reconocer una mentira cuando la escucho.

—Soy de Malaz por nacimiento —respondió Paran—. No tengo interés en tener por enemigo a los rhivi. Preferiría no tener ningún enemigo.

La anciana pestañeó.

—Te ofrece palabras para aliviar tu pena, soldado.

—¿Qué quieren decir?

—Que vivirás.

Paran no acababa de confiar en aquel giro de la fortuna.

—¿Qué palabras tiene que ofrecerme? Si nunca antes la había visto.

—Tampoco ella a ti. No obstante, os conocéis.

—No, no nos conocemos.

La mirada de la anciana adquirió un matiz duro.

—¿Escucharás o no sus palabras? Te ofrece un regalo. ¿Se lo arrojarás a los pies?

—No, supongo que no —respondió él, muy incómodo.

—La niña dice que no tienes por qué afligirte. La mujer que conociste no ha cruzado el arco de las puertas de Muerte. Viajó más allá de las tierras que puedes ver, más allá del espíritu y los sentidos mortales. Ahora ha

regresado. Debes tener paciencia, soldado. La niña te promete que os volveréis a encontrar.

—¿Qué mujer? —preguntó Paran con el corazón en la garganta.

—Aquella que tú crees muerta.

Volvió a mirar a la muchacha. Sintió de nuevo esa sensación de familiaridad, esta vez como un golpe en el pecho que lo empujó un paso atrás.

—No es posible —susurró.

La muchacha retrocedió en una nube de polvo. Entonces, desapareció.

—¡Aguarda!

Se oyó otro grito. La manada se puso en movimiento, cada vez más cerca, tapando a los rhivi. En apenas unos instantes, lo único que Paran pudo ver fueron los lomos de las bestias gigantescas. Pensó en abrirse paso entre ellas, pero comprendió que hacerlo supondría la muerte.

—¡Aguarda! —repitió el capitán. El ruido de centenares, de millares, de cascos resonó en la llanura, y ahogó su voz.

¡Velajada!

Transcurrió más de una hora hasta que la retaguardia de la manada pasó de largo. Cuando la última de las bestias hubo pasado, Paran miró a su alrededor. El viento arrastraba la nube de polvo al este, sobre los montecillos.

Paran montó y de nuevo volvió al caballo al sur. Las colinas Gadrobi se alzaron ante él. *¿Qué has hecho, Velajada?* Recordó a Toc señalando el rastro de las pequeñas huellas que parecían salir de la ceniza, últimos restos de Bellurdan y Velajada. *Por el aliento del Embozado, ¿tú lo planeaste? ¿Y por qué los rhivi? Has renacido, ya tienes cinco años, puede que seis… ¿Sigues siendo mortal,*

mujer? ¿Te has convertido en un Ascendiente? Has encontrado un pueblo, gente extraña y primitiva, ¿con qué objeto? Y cuando volvamos a encontrarnos, ¿qué edad aparentarás tener?

Pensó de nuevo en los rhivi. Conducían la manada hacia el norte, carne suficiente para alimentar… a un ejército en plena marcha. *Caladan Brood va de camino a Pale. No creo que Dujek esté preparado para algo así. El viejo Unbrazo corre peligro.*

Cabalgó durante otras dos horas antes del anochecer. Más allá de las colinas Gadrobi se extendía el lago Azur y la ciudad de Darujhistan. Y dentro de la ciudad, Whiskeyjack y el pelotón. *Y en ese pelotón, la joven a la que llevo tres años preparándome para conocer. El dios que la poseyó… ¿será acaso mi enemigo?*

La pregunta que le enfrió el corazón llegó sin avisar.

Dioses, menudo viaje éste, y eso que esperaba cruzar la llanura sin llamar la atención. Qué tontería. Los sabios y los magos escriben constantemente acerca de convergencias entre montañas, y diría que me hallo en una convergencia, una piedra imán que atrae a los Ascendientes. Y para ponerlos en peligro, según parece. Mi espada Azar *respondió a esas cinco lanzas, a pesar del modo en que traté a uno de los Mellizos. ¿Cómo explicarlo? Lo cierto es que mi causa es sólo mía. No la de la Consejera ni la del Imperio. Dije que prefería no tener enemigos, y la anciana vio la verdad de mis palabras. Por tanto, según parece, son verdad.*

»Sorpresa tras sorpresa, Ganoes Paran. Sigue cabalgando, a ver qué encuentras en tu camino.

El sendero ascendía por la ladera y el capitán espoleó al caballo colina arriba. Al alcanzar la cima, tiró con fuerza de las riendas. El caballo resopló indignado y ladeó la cabeza con la mirada desorbitada. No obstante, la atención de Paran se centraba en otra cosa. Se echó atrás en la silla y destrabó la espada.

Un hombre cubierto con armadura se esforzaba por ponerse en pie tras un modesto fuego. A su espalda había una mula. El hombre trastabilló, apoyando el peso más en una pierna que en otra, y desnudó la espada bastarda que ceñía, en la que a continuación se apoyó mientras observaba al capitán.

Paran azuzó la montura, observando a un lado y otro la zona en la que se hallaban. Por lo visto, el guerrero estaba solo; frenó al caballo cuando apenas los separaban diez varas.

El guerrero se dirigió a él en lengua daru.

—No estoy en condiciones de luchar, pero si quieres pelea, la tendrás.

De nuevo Paran se descubrió agradecido por la insistencia de la Consejera respecto a su educación. Respondió con la misma fluidez con la que hubiera respondido un nativo.

—No. He perdido el hábito. —Aguardó inclinado hacia delante en la silla, y luego sonrió al observar la mula—. ¿Es una mula de guerra?

El otro soltó una risotada.

—Estoy convencido de que cree serlo —respondió más relajado—. Tengo comida de sobra, viajero, si tienes algo de gazuza. El capitán desmontó.

—Me llamo Paran —dijo al sentarse junto al fuego. El otro se acomodó también, con el fuego entre ambos.

—Coll —gruñó al estirar la pierna vendada—, ¿vienes del norte?

—De Genabaris. Hace poco pasé un tiempo en Pale.

—Tienes pinta de mercenario, de oficial. He oído que aquello fue un infierno.

—Llegué un poco tarde —admitió Paran—. Muchos escombros y cadáveres, y por eso me inclino a creer lo que cuentan. —Titubeó antes de añadir—: Corría un rumor en Pale. Decían que Engendro de Luna está ahora en Darujhistan.

Coll gruñó de nuevo al arrojar un puñado de ramas al fuego.

—Así es —respondió. Señaló con un gesto un caldero apoyado en las brasas—. Es caldo, por si traes hambre. Adelante, sírvete.

Paran se dio cuenta de que estaba hambriento. Aceptó el ofrecimiento de Coll muy agradecido. Mientras comía con una cuchara de madera que su anfitrión le prestó, pensó en preguntarle por la herida de la pierna, pero recordó el adiestramiento de la Garra. Cuando uno interpreta el papel de un soldado, debe hacerlo a fondo. Nadie pregunta por lo que resulta obvio. Si alguien te mira a los ojos, finges no verlo y te quejas del mal tiempo. Todo lo importante sucederá en su momento. Los soldados no tienen aspiraciones, la paciencia se convierte en ellos en una virtud, no sólo una virtud, sino una justa, la de la indiferencia. De modo que Paran vació la marmita. Entretanto, Coll aguardó silencioso, azuzando el fuego y añadiendo alguna que otra rama de las que había amontonado a su espalda, aunque era un misterio de dónde había sacado toda esa leña.

Finalmente, Paran se limpió la boca con la manga y frotó la cuchara hasta dejarla tan inmaculada como pudo sin recurrir al agua. Una vez recostado, eructó.

—De modo que te diriges a Darujhistan.

—Así es. ¿Y tú?

—En uno o dos días podré hacerlo, supongo, aunque no puede decirse que ande ansioso de entrar en la ciudad a lomos de una mula.

—En fin —dijo Paran mirando a poniente—. Está a punto de ponerse el sol. ¿Te importa si acampo aquí?

—En absoluto.

El capitán se levantó para atender a los caballos. Pensó en demorarse uno o dos días para que aquel tipo se recuperara un poco, y prestarle luego un caballo. Sería ventajoso entrar en la ciudad acompañado por uno de sus habitantes. Podría darle algunas indicaciones, incluso buscarle un lugar donde alojarse un par de días. No sólo eso, también averiguaría muchas cosas entre tanto ¿Resultaría crucial ese día de retraso? Quizá, pero en ese momento parecía valer la pena. Ató los caballos de Wickan cerca de la mula, y luego llevó la alforja junto al fuego.

—He estado dando vueltas a tu problema —dijo Paran al dejar las alforjas en el suelo y recostarse luego en ellas—. Cabalgaré contigo, y así podrás subirte a mi caballo de carga.

Coll lo miró con cierta desconfianza.

—Una oferta generosa.

Al reparar en la suspicacia con que el otro había acogido la idea, sonrió.

—A los caballos no les vendrá nada mal un día más de descanso, por mencionar un motivo de peso. Además, nunca he estado en Darujhistan, de modo que a cambio de lo que tú consideras generosidad, te abrumaré a preguntas y más

preguntas durante los próximos dos días. Después, recupero mi caballo y cada uno por su lado, de modo que si aquí hay alguien que saldrá ganando, diría que ese alguien soy yo.

—Mejor te aviso ahora, Paran, de que no soy muy hablador.

—Correré el riesgo.

Coll consideró la oferta unos instantes.

—Diablos —dijo—. Estaría loco si la rechazara. No pareces de esos que andan por ahí apuñalando por la espalda. No conozco tu historia, Paran. Si hay algo que quieras reservarte, es asunto tuyo. Pero eso no me impedirá hacerte preguntas. Dependerá de ti decirme o no la verdad.

—Diría que eso es mutuo, ¿no? —respondió Paran—. En fin, ¿quieres que te resuma mi historia? Estupendo, allá va, Coll. Soy un desertor del ejército de Malaz, en cuyas filas serví como capitán. También he trabajado estrechamente con la Garra, y si vuelvo la vista atrás te diré que ahí empezaron los problemas. En fin, lo hecho hecho está. —*Ah, sí, una cosa más: quienes se me acercan suelen acabar muertos*, pensó Paran.

Coll guardó silencio mientras en sus ojos danzaba la luz del fuego.

—Tan desnuda me presentas la verdad, que más bien me planteas un desafío, ¿no crees? —Contempló el fuego, y luego se echó atrás, apoyado en los codos, y presentó el rostro a las estrellas que empezaban a asomar en el firmamento—. Pertenecía a la nobleza de Darujhistan; último hijo de una poderosa familia de rancio abolengo. Mi matrimonio estaba decidido, pero me enamoré de otra, una mujer ambiciosa, aunque yo no supe verlo. —Sonrió con ironía—. De hecho era una zorra, pero mientras que a las demás zorras que he conocido las he visto venir de lejos,

ésta se comportó de un modo tan retorcido como quepa imaginar.

»En fin —continuó—, el caso es que renuncié a mi compromiso y anulé el matrimonio acordado. Creo que mi boda con Aystal acabó con mi padre. Así se llamaba entonces esa zorra, aunque ahora se ha cambiado el nombre. —La risa rasposa se alzó al cielo nocturno—. No tardó mucho. Aún no estoy del todo seguro de los detalles, de cuántos hombres se llevó al catre como pago por su influencia ni cómo lo logró. Lo único que sé es que un día me desperté sin título y sin el apellido de mi familia. La mansión pasó a considerarse de su propiedad, igual que el dinero. Todo era suyo, y ya no me necesitaba.

Entre ambos, las llamas mordían la madera. Paran no dijo nada. Tenía la sensación de que ahí no acababa la historia de aquel hombre, y que en esos momentos hacía un esfuerzo por reunir los detalles.

—Ésa no fue la peor de las traiciones, Paran —prosiguió finalmente mirando al capitán a los ojos—. Oh, no. Sucedió cuando abandoné. No podía luchar contra ella. Y eso que pude haber ganado. —Apretó la mandíbula, único indicio de la angustia que escapaba al control de sí mismo; entonces reanudó el relato con voz neutra, hueca—. Las amistades que conocía desde hacía décadas me rechazaron. Había muerto para todos. Decidieron no escucharme. Pasaban de largo o ni siquiera acudían a la puerta de sus mansiones cuando los visitaba. Estaba muerto, Paran, incluso figuraba así en los registros de la ciudad. De modo que estuve de acuerdo con ellos. Me alejé. Desaparecí. Una cosa es hacer que tus amigos lloren tu muerte en tu cara. Otra muy distinta, traicionar tu propia vida, Paran. Pero como tú bien has dicho lo hecho, hecho está.

El capitán apartó la mirada y entornó los ojos a la oscuridad. ¿A qué obedecía esa necesidad humana, se preguntó, por destruirlo todo?

—Los juegos de la alta sociedad —dijo en voz baja—, que abarcan el mundo. Nací en el seno de la nobleza, igual que tú, Coll. Pero en Malaz tuvimos que enfrentarnos a un rival de nuestra misma altura, el viejo emperador. Nos aplastó una y otra vez, hasta que inclinamos la cerviz como perros apaleados. Apaleados durante años. Claro que sólo era una cuestión de poder, ¿verdad? —preguntó, más para sí que para el hombre con quien compartía el fuego—. No hay lecciones lo bastante importantes para que un noble deba prestarles atención. Vuelvo la vista hacia los años que pasé en compañía tan retorcida y hambrienta de poder y los comparo con la vida que llevo ahora, Coll, y comprendo que aquello no era vida. —Guardó silencio un rato, luego una lenta sonrisa trazó una curva en su boca y volvió la mirada a Coll—. Desde que me alejé del Imperio de Malaz, y corté de una vez por todas los dudosos privilegios de mi sangre noble… , qué diantre, jamás me he sentido tan vivo. Antes no tenía una vida, sólo la pálida sombra de lo que por fin he encontrado. ¿Acaso es esa verdad tan pavorosa para que la rehuyamos con tanto encono?

—No soy el tipo más inteligente del mundo, Paran, y tus reflexiones son demasiado profundas para mí, pero si te he entendido bien, ahí estás, sentado ante un tipo cojo como yo que ya no sabe ni quién es, diciéndole que está más vivo que nunca. Más vivo, más vivo en este momento. Tanto como puedas estarlo. Y que fuera lo que dejaras atrás, no era una vida, ¿me equivoco?

—Dímelo tú, Coll.

El otro torció el gesto y se pasó la mano por el cabello ralo. —El caso es que la quiero recuperar. Quiero

recuperarlo todo. Paran se puso a reír y siguió carcajeándose hasta que tuvo calambres en el estómago.

Coll siguió ahí sentado, mirándole, y poco a poco nació una risa ronca en su pecho. Se volvió para hacerse con más leña y arrojó al fuego todas las ramas que le quedaban.

—En fin, Paran, maldita sea —dijo con esas arrugas que se dibujan alrededor de los ojos de tanto reír—, has surgido del mar como un rayo enviado por un dios. Y lo agradezco. Lo agradezco más de lo que nunca podrías llegar a imaginar.

Paran secó las lágrimas que empañaban sus ojos.

—Por el aliento del Embozado —dijo—. Somos como un par de mulas cargadas de pertrechos de guerra y con ganas de hablar, ¿no te parece?

—Supongo que sí, Paran. Escucha, si hurgas un poco en las alforjas encontrarás un barril de vino de Congoja. Hará una semana que lo vendimiaron.

El capitán se levantó.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que tiene el tiempo contado.

Libro Sexto



La Ciudad del fuego azul

Rumores como banderas ajadas
chasqueadas al viento, que reverberan
abajo, en las calles,
y cuentan la historia de los días que están por venir…
Se dijo que una Anguila se había deslizado a la costa
o no una, sino un millar
bajo una Luna áspera que bien podía estar muerta.
Se susurró que una Garra raspaba lentamente
los adoquines de la ciudad, mientras un dragón
volaba en lo alto, plata y negro sobre el cielo nocturno.
Se escuchó, dicen, el chillido de un demonio moribundo
en los tejados de una noche sangrienta,
mientras el maestro del centenar de manos perdía
un centenar de dagas ante la oscuridad,
y entonces se rumoreó que una dama
disfrazada de alcurnia había ofrecido a falsos invitados
una fiesta memorable…

Rumor nacido
Pescador (n. ?)

Capítulo 17



Pocos pueden ver
la mano oscura
que en lo alto
empuña la esquirla, o
las cadenas melladas,
destinadas a hacerse oír
antes del sonsonete de la muerte.
Pero escucha la rueda
de acólitos y víctimas
que gimen el
nombre del señor
en el oscuro corazón
de Engendro de Luna…

Zorraplateada
Escolta Hurlochel,
Sexto Ejército

Cuando Rallick se acercó a la taberna del Fénix por el callejón, una mujer gordota y hombruna salió de una celdilla oculta en sombras y se interpuso en su camino.

—¿Se te ofrece algo, Meese? —preguntó enarcando una ceja.

—No es momento de pensar en eso. —Y esbozó una sonrisa provocativa—. Hace años que sabes lo que se me ofrece. En fin, vengo a contarte una cosa, Nom. Así que relájate.

Éste se cruzó de brazos, dispuesto a escucharla.

Meese se volvió a mirar al callejón y se acercó un poco más al asesino.

—Hay uno en la taberna… Ha estado preguntando por ti. Por el nombre. Rallick dio un respingo.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó intentando no parecer demasiado interesado.

—Como un soldado sin uniforme —respondió Meese—. No me parece haberlo visto nunca antes por aquí. ¿Quién podrá ser, Nom?

—No sé. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Está sentado a la mesa de Kruppe. En vuestro terreno. ¿Qué te parece eso? Rallick se separó de Meese al dirigirse a la taberna. Cuando ella hizo ademán de seguirle, la detuvo con un gesto.

—Danos un rato, Meese —dijo sin volverse—. ¿Dónde está Irilta?

—Dentro. Buena suerte, Nom.

—La suerte no la regalan —masculló Rallick al doblar la esquina y subir las escaleras.

Se quedó inmóvil al franquear la puerta, atento a los parroquianos. Había algunos extraños, pero no eran los suficientes como para preocuparse. Deslizó la mirada hasta el hombre sentado a la mesa de Kruppe. Casi tuvo que volver a hacerlo, puesto que aquel extraño no podía tener un aspecto más gris. Luego Rallick se acercó directo hacia él, la gente se apartó a su paso, algo en lo que no había reparado nunca. Divertido, observó fijamente al extraño hasta que ambos cruzaron la mirada. El extraño no hizo otra cosa, aparte de tomar la jarra y echar un trago.

Rallick apartó una silla y la situó enfrente.

—Soy Rallick Nom.

Aquella persona emanaba una solidez peculiar, una especie de seguridad en sí misma que de algún modo

resultaba tranquilizadora. Rallick se sintió relajado, a pesar de la precaución que lo caracterizaba. No obstante, las primeras palabras de aquel hombre habrían de cambiar esa sensación.

—La Anguila tiene un mensaje para ti —dijo en voz baja —. De palabra, que sólo debo decirte a ti. Sin embargo, antes de entregarlo, debo ponerte al corriente de un modo que sólo yo puedo hacer. —Hizo una pausa para tomar otro trago de la jarra—. Turban Orr ha contratado otra docena de cazadores. ¿Qué pretenden cazar? Pues a mí, por ejemplo. Tu problema es que cada vez será más difícil alcanzarlo. La Anguila aprueba tus esfuerzos en lo que a dama Simtal respecta. El regreso de Coll es algo deseado por todos quienes valoran la integridad y el honor en el concejo. Si necesitas respuestas, sólo tienes que preguntarme ahora y te responderé.

—No sabía que Murillio tuviera la boca tan grande —dijo Rallick, cuya mirada se había endurecido.

El otro negó con la cabeza.

—Tu compatriota no ha revelado nada. Tampoco lo has hecho tú. Así es la Anguila. Bueno, dime, ¿qué necesitas?

—Nada.

—Bien. —El extraño asintió, como si hubiera esperado esa respuesta y le complaciera recibirla—. A propósito, los esfuerzos de Turban Orr encaminados a la aprobación por parte del concejo de la declaración de neutralidad sufren un impedimento… definitivo. La Anguila desea agradecer tu inconsciente ayuda en ese particular. De todos modos, el concejal anda pendiente de otras vías. Ha sido vigilado de cerca. De ahí que por suerte hayamos descubierto lo que constituye el motivo principal del mensaje que te envía la Anguila. Anoche, bajo la Barbacana del Déspota, Turban Orr se reunió con un representante de la Guilda de

asesinos. No sabemos cómo logró tal cosa, considerando sobre todo las dificultades que tus colegas han tenido que afrontar últimamente. Sea como fuere, Turban Orr ofreció un contrato. —El extraño esperó a ver el asombro reflejado en el rostro de su interlocutor antes de continuar—. Ofrecido por Turban Orr, como acabo de decir, pero no en beneficio propio. Más bien se trata de dama Simtal, que ha decidido que la muerte de Coll tendría que ser tan real en esta vida como ya lo es en el censo.

—¿Quién? —preguntó Rallick con voz rasposa—. ¿Quién era el contacto?

—Todo a su tiempo. Antes, decirte que fue aceptado, puesto que el pago ofrecido es sustancial. Son conscientes de que Coll se halla en estos momentos fuera de Darujhistan. Simplemente aguardarán su vuelta.

—El nombre del asesino.

—Ocelote. —El extraño se levantó—. La Anguila te desea suerte en todas las empresas que emprendas, Rallick Nom. Con esto termina el mensaje. Buenas noches. —Se volvió hacia la salida.

—Aguarda.

—¿Sí?

—Gracias —dijo Rallick.

El extraño sonrió antes de salir de la taberna.

El asesino ocupó el asiento de éste y recostó la espalda en la pared. Hizo un gesto a Sulty, quien tenía una jarra de cerveza esperando. Al acercarse la camarera, Rallick vio que Irilta y Meese la seguían sin prisas. Ambas se sentaron sin mayores preámbulos, cada una con su correspondiente jarra.

—Aún respiramos —dijo Irilta levantando la jarra—. Brindo por ello.

Meese hizo lo propio y ambas tomaron un largo trago.

—¿Alguna noticia de Kruppe y del muchacho? —preguntó Meese.

Rallick negó con la cabeza.

—Puede ser que no esté aquí cuando vuelvan —dijo—. Dile a Murillio que siga adelante si no aparezco, y si surge algún otro… contratiempo. Si eso sucede, dile que los ojos de nuestro hombre permanecen abiertos. —Rallick llenó la jarra, que apuró rápidamente antes de levantarse—. No me deseéis suerte.

—¿Y éxito? —preguntó Meese con la preocupación dibujada en su ancho rostro.

Rallick sacudió la cabeza asintiendo. Acto seguido, abandonó la taberna.

Anomander Rake ocultaba algo. Baruk estaba convencido de ello mientras contemplaba el fuego que ardía en la chimenea. A su derecha había una copa de leche de cabra, y a su izquierda una generosa hogaza tostada de pan daru. ¿Por qué el tiste andii había permitido al imass entrar en el túmulo? Ya había formulado la pregunta al Lord sentado a su espalda, que no parecía inclinado a responder. En lugar de ello, el alquimista tan sólo recibió por parte de Rake un gesto de una suficiencia irritante. Baruk mordió el pan, cuyo crujido resonó entre ambos.

Rake estiró las piernas y lanzó un suspiro.

—Extraña hora para cenar —opinó.

—Últimamente, todas mis horas son extrañas —replicó Baruk con la boca llena. Seguidamente, tomó un sorbo de leche de cabra.

—No tenía ni idea de que tanto el señor de Sombra como Oponn se hubieran involucrado en esto —admitió Rake.

—Tenía indicios por lo que respecta a Oponn —informó Baruk, que sentía el peso de la mirada de Rake—, pero nada definitivo.

Rake resopló a modo de respuesta.

Baruk bebió otro sorbo de leche.

—Tú cuidas de lo tuyo. Yo hago lo mismo.

—A ninguno de nosotros le beneficia —soltó Rake.

El alquimista se volvió para mirar al tiste andii.

—Tus cuervos vieron a esa mujer y al t'lan imass entrar en el túmulo. ¿Aún crees que fracasarán?

—¿Y tú? Creo recordar que ésa era tu postura en este asunto, Baruk. Por muy preocupado que pudiera estar y esté, lo cierto es que no me importa que tengan éxito o no. De cualquier modo, habrá riña. Sospecho que tú creías que existiría un modo de evitarla. Está claro que tu información referente al Imperio de Malaz carece de consistencia. Laseen sólo sabe recurrir a una cosa, a la fuerza. Ignora el poder hasta que éste se desvela, y después lo ataca con todas las armas de que dispone.

—¿Y esperarás a que eso suceda? —preguntó, ceñudo, Baruk—. Así es cómo destruyen todas esas ciudades. Así es cómo mueren millares de personas. ¿Acaso te importa eso, Anomander Rake? Siempre y cuando al final salgas ganando.

Una sonrisa tensa se perfiló en los delgados labios del tiste andii.

—Cabal valoración, Baruk. En este caso, no obstante, Laseen quiere tomar intacta Darujhistan. Me he propuesto impedirlo. Pero destruirla para desafiarla no sería tan fácil. Podría habérmelas apañado hace unas semanas. No, quiero que Darujhistan se mantenga intacta. Pero también deseo que no caiga en manos de Laseen. Eso, alquimista, es la

victoria. —Mantuvo los ojos grises en Baruk—. De otro modo, no te hubiera propuesto una alianza.

—A menos que planearas traicionarme —aventuró el alquimista, ceñudo.

Rake guardó silencio unos instantes, con la mirada en las manos entrelazadas en el regazo.

—Baruk, como sabe cualquier comandante con experiencia, la traición adquiere vida propia. Basta con recurrir a ella una primera vez, contra aliado o enemigo, para que se convierta en una elección legítima para cualquiera que esté bajo tu mando, desde el soldado raso que busca un ascenso hasta tus propios edecanes, guardias u oficiales. Mi pueblo está al corriente de nuestra alianza, alquimista. Si fuera a traicionarte, no duraría mucho en Engendro de Luna. Y no me parecería injusto.

—¿Y quién iba a desafiar, tu poder, Rake? —sonrió Baruk.

—Caladan Brood, por ejemplo —respondió al punto el tiste andii—. Y luego están mis cuatro magos asesinos. Incluso Silanah, que mora en las cavernas de Luna, podría arroparse con el manto de la justicia para emprenderla contra mí. Se me ocurren más nombres, Baruk, muchos más.

—¿De modo que el miedo te mantiene en tu lugar, hijo de la Oscuridad?

—Ese título sólo lo emplean los estúpidos que me creen digno de veneración —replicó ceñudo Rake—. Me desagrada, Baruk, y no quiero volver a escucharlo salido de tu boca. ¿Que si el miedo me mantiene en mi lugar? No. Por más poderoso que sea el miedo, no tiene parangón con aquello que me empuja. El deber. —Los ojos del tiste andii habían adquirido un tono pardo, fijos aún en las manos, cuyas palmas miraban hacia arriba—. Tú tienes un deber

para con tu ciudad, Baruk. Te empuja, te moldea. No soy ajeno a tales cosas. En el interior de Engendro de Luna se encuentran los últimos tiste andii de este mundo. Nos morimos, alquimista. Ninguna empresa parece lo bastante ambiciosa como para devolver a los míos las ganas de vivir. Lo intento, pero jamás la inspiración ha sido uno de mis fuertes. Ni siquiera este Imperio de Malaz podría empujarnos a defendernos a nosotros mismos, al menos mientras queden lugares a los que huir.

»Morimos en este continente. Mejor que sea por la espada. —Deslizó las manos del regazo—. Imagina que tu espíritu muere mientras tu cuerpo sigue con vida. No por espacio de diez años, ni de cincuenta. Sino un cuerpo que sigue con vida quince, veinte mil años…

Rake se levantó del sillón. Observó a un silencioso Baruk, a quien dedicó una sonrisa que le dolió en el alma al alquimista.

—De modo que es el deber lo que me empuja, un deber cuya esencia es el vacío. Es hueco. ¿Bastará para preservar a los tiste andii? ¿Preservarlos, simplemente? ¿Acaso elevo Engendro de Luna a los cielos, donde poder vivir lejos de todo riesgo y amenaza? Entonces, ¿qué es lo que preservo? Una historia, un particular punto de vista. —Se encogió de hombros—. La historia está escrita, Baruk, y el punto de vista de los tiste andii está lleno de desinterés, estoicismo y una desesperación silenciosa y vacía. ¿Vale la pena preservar para el mundo semejantes dádivas? Creo que no.

Baruk no sabía qué responder. Lo que había descrito Anomander Rake quedaba más allá de toda comprensión, aunque aquel angustioso desaliento había conmovido al alquimista.

—Y aun así —dijo—, aquí estás. Aliado de las víctimas del Imperio. ¿Estás solo en esto, Anomander Rake? ¿Aprueba

tu pueblo lo que haces?

—No les importa —respondió Rake—, Aceptan mis órdenes. Me siguen. Sirven a Caladan Brood cuando les pido que lo hagan. Y mueren en el fango y en los bosques de una tierra que no les pertenece, en una guerra ajena, por un pueblo al que aterrorizan.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué lo haces?

Rake respondió con una risotada ronca. Al cabo, sin embargo, desapareció su amarga diversión y dijo:

—¿Hay alguna causa noble que valga la pena defender en estos tiempos? ¿Tiene alguna importancia que la hayamos tomado prestada? Luchamos tan bien como cualquier hombre. Morimos a su lado. Somos mercenarios que en lugar de por dinero luchamos por el alma. Aun así, es una moneda que apenas valoramos. ¿Por qué? No importa por qué. Pero jamás traicionamos a nuestros aliados.

»Sé que estás preocupado porque no hice nada para impedir que el t'lan imass entrara en el túmulo. Creo que el tirano jaghut será liberado, Baruk. Pero mejor ahora, conmigo aquí, a tu lado, que en cualquier otro momento, cuando el jaghut no tenga ningún oponente capaz de plantarle cara. Tomaremos su leyenda y cavaremos una fosa bien honda donde enterrarla, alquimista, y esa amenaza jamás volverá a preocuparte.

Baruk observó al tiste andii.

—¿Tan seguro estás de que serás capaz de acabar con el jaghut?

—No. Pero después de cruzarse con nosotros, tan mermadas tendrá las facultades que dependerá de otros darle la puntilla; de tu cábala, por ejemplo. No podemos tener la completa certeza de nada en esto, Baruk. De hecho, ésa es una de vuestras obsesiones como seres

humanos. Será mejor que aprendáis a aceptarlo. Quizá podamos destruir al tirano jaghut, aunque eso suponga facilitar las cosas a Laseen.

—No te entiendo —confesó Baruk con aire divertido.

—Cuando hayamos acabado con él —explicó Rake tras reír—, estaremos muy lastimados. Entonces vendrán los poderes del Imperio de Malaz. Así que, ya ves, ella gana de un modo u otro. Si hay algo que la tenga preocupada, es la cábala de T'orrud, Baruk. Ella nada sabe de tus destrezas. Ésa es la razón de que sus agentes anden tras esa Vorcan. Que la dama de la Guilda aceptara el contrato resolvería el problema que vosotros representáis.

—Pero hay otros factores a tener en cuenta —aventuró Baruk.

—Oponn —expuso Rake—. He ahí el peligro que salpica a todos los involucrados. ¿Crees que a Oponn le importa una ciudad mortal? ¿Y quienes la habitan? Es el nexo de poder lo que importa a Oponn, el torbellino donde las cosas se ponen feas. ¿Se derramará sangre inmortal? Ésa es la incógnita que los dioses ansían ver despejada.

Baruk observó la copa de leche de cabra.

—En fin, eso al menos hemos logrado evitarlo hasta ahora. —Y tomó un sorbo.

—Te equivocas —replicó Rake—. Forzar la salida de Tronosombrío del juego supuso el primer derramamiento de sangre inmortal.

Baruk estuvo a punto de ahogarse con la leche. Dejó la copa y contempló al tiste andii con los ojos abiertos desmesuradamente.

—¿De quién… ?

—Dos Mastines murieron por mi espada. Creo que eso desequilibró un tanto a Tronosombrío.

Baruk recostó la espalda al tiempo que cerraba los ojos.

—Han subido las apuestas.

—En lo que respecta a Engendro de Luna, alquimista. —Rake volvió al sillón y tomó asiento, y estiró después las piernas ante el calor que desprendía la chimenea—. Veamos, ¿qué más puedes contarme acerca de ese tirano jaghut? Recuerdo haberte oído decir que deseabas consultarlo con una autoridad en la materia.

Baruk abrió los ojos y arrojó la hogaza al fuego.

—Ahí tenemos un problema, Rake. Espero que puedas ayudarme a explicar qué ha sucedido. Por favor —dijo—, sígueme.

Rake volvió a levantarse con un gruñido. Aquella noche no llevaba la espada. A ojos de Baruk, la ancha espalda del señor de Engendro de Luna parecía desnuda, incompleta, aunque agradecía la ausencia del arma.

Condujo a Rake de estancia en estancia, para a continuación descender por la escalera principal hasta las salas del piso inferior. En la primera de estas estancias subterráneas había un camastro donde encontraron a un anciano tumbado. Baruk lo señaló:

—Como ves, parece dormido. Se llama Mammot.

—¿El historiador? —preguntó Rake con una ceja enarcada.

—Y sacerdote supremo de D'rek.

—Eso explica el cinismo de su obra —aclaró Rake con una sonrisa torcida—. «El gusano de otoño engendra una desdichada carnada.»

A Baruk le sorprendió que el tiste andii hubiera leído *Historias*, de Mammot, claro que ¿por qué no? Supuso que una vida capaz de durar veinte mil años necesita del cultivo de aficiones.

—Veo que aquí Mammot tiene el sueño profundo —constató Rake al acercarse a la cama—. ¿Qué lo ha

motivado? —Se acuclilló ante el anciano.

Baruk se reunió con él.

—He ahí lo más extraño. Admito saber muy poco de magia de la Tierra. D'riss es una senda que nunca he explorado. Llamé a Mammot, tal como te dije, y al llegar le pedí que me contara qué sabía del tirano jaghut y del túmulo. Se sentó enseguida y cerró los ojos. Aún ha de abrirlos, y desde entonces no ha pronunciado una sola palabra.

—Veo que se tomó la petición en serio.

—¿A qué te refieres?

—Como suponías, accedió a la senda D'riss. Su intención era la de hallar la respuesta a tu pregunta de un modo… directo. Y ahora hay algo que lo tiene atrapado.

—¿Quieres decir que viajó por la senda al túmulo del tirano jaghut? ¡Será insensato!

—En una concentración de hechicería Tellann, por no mencionar la Omtose Phellack de los jaghut. Además, por si eso fuera poco, tenemos a una mujer con una espada de otaralita. —Rake se cruzó de brazos—. No volverá hasta que tanto el t'lan imass como la otaralita abandonen el túmulo. E incluso entonces, si no se da prisa, el jaghut al despertar podría tomarlo.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal del alquimista.

—¿Tomarlo? ¿Te refieres a poseerlo?

Rake asintió con el rostro grave.

—¿Es un sacerdote supremo? El jaghut lo encontrará de suma utilidad. Por no mencionar el acceso que Mammot proporciona a D'rek. ¿Sabes, Baruk, si ese tirano es capaz de esclavizar a una diosa?

—Lo ignoro —susurró Baruk, mientras el sudor corría por su cara redonda y no quitaba ojo al bulto inmóvil de Mammot—. Dessembrae nos guarde —añadió.

La anciana sentada en la escalera de la casa entrecerró los ojos al mirar el cielo del anochecer, mientras prensaba las hojas secas de Italbe en la pipa de esteatita. En los peldaños de madera, detrás de ella, había un brasero de bronce tapado. De los agujeros practicados en su superficie asomaban bastoncillos de combustión lenta. La anciana sacó un bastoncillo y lo aplicó a la cazoleta de la pipa; luego lo arrojó a la calle.

El hombre que recorría la calle de enfrente reparó en la señal y se pasó la mano por el pelo. Rompecírculos estaba a punto de ser presa del pánico. Eso de mostrarse en plena calle era demasiado arriesgado. Los cazadores de Turban Orr andaban tras él, lo sentía con una certeza pavorosa. Más tarde o más temprano, el concejal recordaría sus numerosos encuentros bajo la Barbacana del Déspota, y al guardia al que encontraba siempre ahí, de pie. Ese bastoncillo del brasero lo comprometía todo.

Dobló una esquina, con lo que se alejó de la anciana, y continuó por espacio de tres manzanas hasta llegar frente a la taberna del Fénix. Había dos mujeres de pie en la puerta riendo una broma privada.

Rompecírculos colgó el pulgar del cinto de la espada y empujó de modo que la punta de la vaina asomara en ángulo hacia el costado. Al pasar por la pared, rozó el remache de bronce contra la superficie de piedra. Luego retiró la mano y siguió caminando hacia Antelago. *En fin, ya está hecho.* Lo único que le quedaba era establecer el último contacto, lo que posiblemente sería redundante, pero seguiría las órdenes de la Anguila. Empezaba a encauzarse la situación. No esperaba vivir mucho más, pero

hasta que llegara el momento de la muerte haría lo que tenía que hacer. ¿Qué más se podía pedir de él?

En la entrada de la taberna del Fénix, Meese hundió el codo en el pecho de Irilta.

—Eso es —murmuró—. Esta vez tú me cubres la espalda. Como de costumbre, vamos.

Antes de responder, Irilta frunció el entrecejo.

—De acuerdo.

Meese bajó las escaleras y encaró la calle. Desanduvo el camino que había tomado Rompecírculos hasta llegar a la casa. Vio a la anciana sentada en el mismo lugar, observando con aire ocioso a los transeúntes. Al cruzar Meese su campo de visión, la anciana se quitó la pipa de la boca y golpeó suavemente la cazoleta contra el tacón. Las ascuas llovieron sobre el empedrado.

Era una señal. Meese se dirigió a la esquina de la manzana, luego giró a la derecha y entró en un callejón tan largo como el edificio. Se abrió una puerta a un tercio del camino y entró en una estancia tenuemente iluminada, en cuyo interior destacaba otra puerta abierta. Había alguien oculto tras la primera puerta, pero no reparó en su presencia. Franqueó la segunda puerta y se encontró en un vestíbulo. Desde ahí no tuvo mayores dificultades en subir los peldaños de la escalera de dos en dos.

Apsalar (o Lástima, como la conocían antes) no se había dejado impresionar mucho por la primera visita a Darujhistan. Por algún motivo, a pesar del nerviosismo y de lo mucho que ansiaba verla, le había resultado familiar.

Decepcionado, Azafrán no había perdido el tiempo en llevarla a casa de su tío en cuanto hubieron confiado al establo el caballo de Coll. El viaje a la ciudad, y después el paseo por sus calles, había constituido, al menos para Azafrán, un cúmulo de confusión. Aquella mujer parecía tener una increíble facilidad para sorprenderle con la guardia baja, y lo único que deseaba era confiarla al regazo de otro y, en resumidas cuentas, librarse de ella de una vez por todas.

Entonces, si eso era realmente lo que deseaba, ¿por qué se sentía tan triste?

Azafrán salió de la biblioteca de Mammot y volvió al salón. *Moby* lanzó un gorjeo y le sacó la lengua roja desde el escritorio de Mammot. Azafrán hizo caso omiso del animal y volvió ante Apsalar, que se había sentado en el mejor de los dos sillones, precisamente el sillón donde él solía sentarse.

—No lo entiendo. Por lo que parece, hace al menos un par de días que ha salido.

—¿Y? ¿Tan raro es? —preguntó Apsalar.

—Sí —gruñó él—. ¿Has dado de comer a *Moby*, tal como te dije?

—¿Uvas? —asintió ella.

—Sí. Qué extraño. Quizá Rallick sepa dónde está.

—¿Quién es Rallick?

—Un amigo mío asesino —respondió Azafrán con aire distraído.

Apsalar se puso en pie como un rayo, con los ojos abiertos como platos.

—¿Pasa algo? —preguntó Azafrán. La joven parecía aterrorizada. Él miró a su alrededor, esperando ver surgir del suelo o de la alacena un demonio, pero la habitación

seguía intacta, aunque un poco más desordenada de lo que era habitual. Por culpa de *Moby*, supuso.

—No estoy segura —dijo ella, que hizo un esfuerzo por tranquilizarse—. Tuve la sensación de que iba a recordar algo, pero al final…

—Oh —dijo Azafrán—. Bueno, quizá podríamos…

Llamaron a la puerta.

Azafrán sonrió al dirigirse hacia ella.

—Probablemente habrá perdido las llaves o algo —dijo.

—Pero si estaba abierto —recordó Apsalar.

—¡Meese! —exclamó Azafrán—. ¿Qué estás… ?

—¡Calla! —susurró la mujerona, que lo empujó para entrar en la habitación. Entonces reparó en la presencia de Apsalar y, volviéndose a Azafrán, dijo—: ¡Me alegro de haberte encontrado, muchacho! ¿No has visto a nadie desde tu vuelta?

—¿Por? No. Estaba a punto de…

—Un mozo de cuadras —dijo Apsalar, que miraba a Meese con el entrecejo arrugado—. ¿Nos conocemos?

—Ha perdido la memoria —explicó Azafrán—. Pero, sí, llevamos al caballo de Coll al establo.

—¿Por? —quiso saber Meese. Entonces, cuando Azafrán se dispuso a explicárselo, dijo—: Es igual, no te preocupes. El del establo no supondrá un problema. ¡Estamos de suerte!

—Maldita sea, Meese —dijo Azafrán—. ¿Qué está ocurriendo?

Ella le miró a los ojos.

—Ese guardia de los D'Arle que mataste la otra noche. El del jardín. Tienen tu nombre y descripción, muchacho. No me preguntes cómo. Pero los D'Arle se han propuesto llevarte al cadalso.

Azafrán se puso pálido. Después, inclinó la cabeza hacia Apsalar. Abrió la boca, luego volvió a cerrarla. No, ella no lo recordaría. Pero debió de ser ella.

Cayó pesadamente en el sillón de Mammot.

—Habrá que esconderte, muchacho —dijo Meese—. A los dos, supongo. Pero no te preocupes, Azafrán, Irilta y yo cuidaremos de ti hasta que tomemos una decisión.

—No puedo creerlo —susurró él contemplando la pared que tenía enfrente—. ¡Maldita sea, me traicionó!

Meese se volvió hacia Apsalar, quien le dijo:

—Es una suposición, pero diría que se trata de una chica llamada Cáliz. Meese cerró los ojos un instante.

—Cáliz D'Arle, el panal al que últimamente acuden todos los zánganos de la corte. —La compasión suavizó sus facciones mientras miraba a Azafrán—. Vaya, muchacho. Así que se trata de eso.

—Ya no.

—Bien. —Meese sonrió—. Por ahora vamos a quedarnos quietecitos aquí hasta que anochezca —propuso mientras se cruzaba de brazos— y, luego, a por los tejados. No te preocupes que nos ocuparemos de todo.

—Me llamo Apsalar —se presentó ésta al levantarse—. Encantada de conocerte, Meese. Y gracias por ayudar a Azafrán.

—Con que Apsalar, ¿eh? —Su sonrisa se hizo más amplia —. En tal caso no creo que los tejados supongan un problema para ti.

—Ningún problema —aseguró la joven; de algún modo, estaba segura de que la mujerona estaba en lo cierto.

—Estupendo. Y ahora, ¿y si buscamos algo de beber?

—Meese, ¿sabes dónde puede haber ido mi tío? —preguntó Azafrán.

—En eso no puedo ayudarte, muchacho. No tengo ni idea.

No estaba muy segura de la anciana sentada en la escalera, pero de la que se encontraba enfrente, agazapada en un portal, la que no quitaba ojo a la casa, de esa habría que encargarse. Por lo visto, el portador de la moneda contaba con cierta protección.

Serat no estaba muy preocupada. Después de su señor, Anomander Rake, era la más mortífera de los tiste andii de Engendro de Luna. Dar con el paje de Oponn no había resultado muy difícil. En cuanto su señor le dio los detalles pertinentes, no tuvo problemas en encontrar la huella mágica de Oponn. Tenía la ventaja de haberse topado antes con ella y con ese mismo muchacho hacía dos semanas, en los tejados. Aquella noche, sus agentes habían perseguido al portador de la moneda, pero lo habían dejado escapar en cuanto entró en la taberna del Fénix. Por orden suya, claro. De haber sospechado lo que ahora sabía, la presencia de Oponn hubiera desaparecido aquella misma noche.

Mala suerte. Serat sonrió para sí y adoptó una postura más cómoda en el tejado. Tenía la sospecha de que se moverían de noche. Respecto a la mujer que se ocultaba en el portal, tendría que eliminarla. Claro que con un conjuro de confusión y la ayuda de las sombras podía suplantar perfectamente a aquella mujer.

La otra, la que se hallaba en el interior en compañía del portador de la moneda, no sospecharía nada. Serat asintió. Eso es. Ésa sería su jugada.

No obstante, de momento, aguardaría. La paciencia siempre tiene su recompensa.

—Bueno —dijo Murillio mientras paseaba la mirada por la multitud—, pues aquí no están. Lo que significa que deben de estar con Mammot. Kruppe aspiró largamente el cálido y húmedo aire.

—Ah, la civilización. Kruppe cree que tu aseveración es correcta, amigo mío. En tal caso, podríamos descansar aquí, beber y cenar durante una o dos horas. —Y de ese modo entró en la taberna del Fénix.

Algunos parroquianos habituales, sentados a la mesa de Kruppe, recogieron las jarras y se apartaron con murmullos de disculpa, sonriendo entre ellos. Kruppe les dedicó una amable inclinación de cabeza y tomó asiento con un suspiro en la silla de costumbre. Murillio, antes de reunirse con Kruppe, pasó por la barra y cruzó unas palabras con Scurve.

Al sacudirse el polvo del camino, Murillio fruncía el ceño por lo descuidado de su aspecto.

—Qué ganas tengo de darme un buen baño —dijo—. Por lo visto Scurve vio a Rallick hará un rato hablando con un extraño. Desde entonces, nadie ha vuelto a verlo.

—Aquí viene la buena de Sulty —avisó Kruppe, a quien no parecían interesarle las idas y venidas de Rallick. Al cabo, servida la jarra de cerveza, Kruppe procedió a limpiar con el pañuelo de seda el borde de la jarra y se sirvió.

—¿No teníamos que informar a Baruk? —preguntó Murillio.

—Todo a su tiempo. Antes debemos recuperarnos de nuestras correrías. ¿Y si Kruppe perdiera la voz en mitad de una frase? ¿Qué pensaría Baruk en tal caso? —Levantó la jarra y tomó un largo trago.

Murillio tamborileaba en la mesa, sin dejar de mirar a los presentes en la taberna. Se puso entonces de pie y llenó la jarra.

—Y ahora que sabes en qué andamos metidos Rallick y yo —dijo—, ¿qué planeas hacer al respecto?

—¿Hacer? ¿Kruppe? —preguntó éste con ambas cejas enarcadas—. Bueno, pues nada en concreto, claro. Ayudaros en su momento o algo así. No hay por qué inquietarse, amigo Murillio. Proceded como habíais planeado. Pensad en el sabio Kruppe como pensaríais en una amable carabina.

—Por el aliento del Embozado —gruñó Murillio, que puso los ojos en blanco—. Ya nos apañamos bastante bien sin tu ayuda. Lo mejor que podrías hacer es mantenerte al margen. No te metas.

—¿Y abandonar a mis amigos a su suerte? ¡Paparruchas!

Murillio apuró la jarra y se levantó.

—Me voy a casa. Por mí puedes ir a informar a Baruk dentro de una semana, si eso es lo que quieres. Y cuando Rallick se entere de que estás al corriente de todos nuestros planes… En fin, Kruppe, que no me gustaría estar en tu pellejo.

Kruppe hizo un gesto para quitar hierro a la situación.

—¿Ves ahí a Sulty? En la bandeja trae la cena de Kruppe. Las feas dagas y el temperamento si cabe más feo de Rallick empalidecen ante el ágape que se avecina. Buenas noches tengas, Murillio. Hasta mañana.

—Buenas noches, Kruppe —se despidió Murillio tras contemplarle unos instantes.

Abandonó la taberna por la puerta de la cocina. En cuanto hubo puesto un pie en el callejón, se le acercó una sombra. Murillio la miró ceñudo. —¿Eres tú, Rallick?

—No —dijo el extraño envuelto en sombras—. No tienes por qué temerme, Murillio. Tengo un mensaje para ti de parte de la Anguila. Puedes llamarme Rompecírculos. —El hombre se acercó a él un poco más—. El mensaje atañe al concejal Turban Orr…

Rallick se desplazó de tejado en tejado en la oscuridad. La necesidad de guardar un absoluto silencio ralentizó la caza considerablemente. No había conversado con Ocelote. Rallick contaba con disponer tan sólo de una oportunidad. Si la dejaba escapar, la hechicera del líder del clan decidiría la riña. A menos…

Rallick hizo una pausa y comprobó el contenido de la bolsita. Años atrás, el alquimista Baruk le había recompensado por resolver un encargo con una bolsita de cuero que contenía un polvillo rojizo. Baruk le había contado que tenía mortíferas propiedades mágicas, pero Rallick se había resistido a confiar en el polvillo. ¿Habría conservado su potencia con el paso del tiempo? ¿Serviría para contrarrestar los poderes de Ocelote? No había forma de saberlo.

Pasó a un tejado más elevado caminando por el borde de una cúpula. A su derecha, abajo, se hallaba la muralla de oriente de la ciudad. El leve fulgor de Congoja se alzaba más allá. El asesino tenía la sospecha de que Ocelote aguardaría la vuelta de Coll en la puerta de Congoja, oculto y a distancia de alcance de la ballesta. Mejor matarlo antes de que entrara en la ciudad.

Pero eso limitaba considerablemente las opciones. Había pocas líneas de visión, y la colina K'rul era la mejor opción. Aun así, Ocelote podía haber recurrido ya a la hechicería, y

encontrarse oculto a la mirada de los curiosos. Rallick podía perfectamente tropezar con él.

Llegó a la parte norte de la cúpula. Ante él se alzaba el templo de K'rul. Desde el campanario, Ocelote disfrutaría de una clara línea de visión de Coll si entraba por la puerta. Rallick sacó la bolsita. Cubriera lo que cubriera el polvillo, sería inmune a la magia. Es más, su efecto comprendería un área. El asesino arrugó el entrecejo. ¿Cómo de grande? ¿Y caducaba? Lo más importante, y eso lo recordaba perfectamente Rallick, era que Baruk le había dicho claramente que no permitiera contacto alguno del polvo con su piel. Le había preguntado si se trataba de un veneno. No, había respondido el alquimista. «Este polvillo cambia a algunas personas. Nadie puede predecir qué naturaleza adoptarán esos cambios, de modo que lo mejor es no arriesgarse, Rallick.»

El sudor se deslizaba por su frente. Pocas posibilidades tenía de dar con Ocelote. La muerte de Coll lo echaría todo a perder; es más, privaría a Rallick de su última esperanza de… ¿De qué? *Humanidad.* El precio del fracaso era muy elevado.

—Justicia —susurró furioso—. Tiene que significar algo. ¡Tiene que hacerlo!

Rallick desató la bolsita. Hurgó en su interior y sacó un pellizco del polvillo. Lo frotó entre los dedos. Era como óxido.

—¿Es esto? —se preguntó. Quizá se había deteriorado. Se encogió de hombros y empezó a frotarse el polvillo en el rostro—. ¿Qué cambios? —masculló—. No siento ningún cambio.

Hurgó en el contenido de la bolsita hasta aprovechar el último grano de polvillo. El forro interior de la bolsita parecía manchado. Tiró del forro hacia fuera y luego lo

arrebujó bajo el cinto. *La caza continúa*, pensó. Ahí mismo, en las inmediaciones, había un asesino apostado y atento al camino de Congoja de Jatem.

—Daré contigo, Ocelote —susurró en la oscuridad con la mirada puesta en el campanario de K'rul—. Y con o sin magia, ni siquiera me oirás acercarme, ni siquiera sentirás mi aliento en tu nuca hasta que sea demasiado tarde. Lo juro.

Y emprendió el ascenso.

Capítulo 18



Esta ciudad azul
oculta bajo el sayo
una mano encubierta
que aferra, como piedra,
una hoja emponzoñada
por Paralt, el de ocho miembros.
Es el mortífero dardo,
trecho de dolor
que marca el postrer aliento.
Desafía esta mano
el tejido de la hechicería,
y sacude los hilos
de la mortífera amenaza de la araña.
Esta mano, que bajo
el sayo de la ciudad azul,
inclina para sí
el manso equilibrio de poder.

La conspiración
Giego Galan (n. 1078)

El sargento Whiskeyjack se acercó a la cama.

—¿Seguro que te encuentras mejor? —preguntó a Kalam. El asesino, con la espalda recostada contra la pared, apartó la mirada de los largos cuchillos cuyas hojas afilaba.

—No tenemos muchas opciones, ¿verdad? —Y continuó afilando las armas. Whiskeyjack parecía cansado debido a la falta de sueño. Ben el Rápido permanecía acuclillado en una

esquina de la salita. Tenía un trozo de tela en las manos y los ojos cerrados.

En la mesa, Violín y Seto habían desmontado la enorme ballesta. Ambos permanecían sentados, limpiando y examinando todas las piezas que la componían, pensando en el combate que les esperaba.

Whiskeyjack compartía la convicción. Cada hora transcurrida atraía un poco más a los muchos cazadores que andaban tras ellos. De éstos era a los tiste andii a quienes más temía. El suyo era un buen pelotón, pero no tanto.

Junto a la ventana se hallaba Trote, apoyado en la pared y con los brazos cruzados. Recostado en esa misma pared dormía Mazo, cuyos ronquidos resonaban en toda la estancia.

El sargento volvió la atención hacia Kalam.

—¿No es demasiado arriesgado?

—No hay motivo para que él se deje ver —explicó el asesino después de asentir—. La última vez los arrasaron. —Se encogió de hombros—. Volveré a intentarlo en la taberna. Como mínimo, habrá allí alguien que repare en mí y avise al Gremio. Si logro hablar con ellos antes de que me maten, tenemos una posibilidad. No es mucho, pero…

—Pero habrá que contentarse con eso —concluyó la frase Whiskeyjack—. Tienes la mañana. Si no apareces —dijo volviéndose a Violín y Seto, quienes cruzaron la mirada con él—, haremos explotar la encrucijada. Causaremos daños, los perjudicaremos.

Ambos saboteadores sonrieron para sí.

El largo silbido de frustración de Ben el Rápido llamó la atención de todos los presentes. El mago había abierto los ojos. Arrojó al suelo el jirón de tela; lo hizo con desprecio.

—Nada bueno, sargento —dijo—. No encuentro a Lástima por ningún lado.

Kalam maldijo entre dientes y hundió los cuchillos en sus respectivas vainas.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Whiskeyjack al mago.

—Lo más probable es que haya muerto —respondió Ben el Rápido. Señaló el retal—. Con eso, es imposible que la Cuerda pueda esconderse de mí. No si aún posee a Lástima.

—Quizá cuando se lo dijiste cayó en la cuenta de a qué te referías —aventuró Violín—. Habrá preferido recoger las ganancias y abandonar el juego.

—La Cuerda no nos teme, Violín —aseguró Ben el Rápido torciendo el gesto—. Vuelve a poner los pies en la tierra, ¿quieres? Si acaso, se nos echa encima. Tronosombrío debe de haberle contado a estas alturas quién soy o, más bien, quién fui. No es asunto de la Cuerda, pero es posible que Tronosombrío insista. A los dioses no les gusta que los engañen. Sobre todo cuando uno se las apaña para hacerlo dos veces. —Se puso en pie y estiró la espalda—. No lo entiendo, sargento. Me siento perdido.

—¿La abandonamos? —preguntó Whiskeyjack.

—Podríamos hacerlo, sí. —Ben el Rápido guardó unos instantes de silencio y caminó hacia él—. Todos deseábamos equivocarnos respecto a ella —dijo—, pero lo que Lástima hacía no tenía nada de humano. En lo que a mí concierne, me alegro.

—Odiaba pensar que ese demonio pudiera ser de carne y hueso —admitió Kalam sentado aún en la cama—, un ser humano de rostro tan gris como el de cualquiera. Sé, Whiskeyjack, que tenías tus motivos para querer que fuera así.

Ben el Rápido se acercó más al sargento.

—Te mantiene cuerdo cada vez que ordenas morir a alguien —dijo—. Eso lo sabemos todos, sargento. Y seríamos los últimos en sugerir que pueda haber otro modo que, quizá, no se te haya ocurrido.

—Vaya, me alegra oír eso —gruñó Whiskeyjack. Paseó la mirada por la estancia y vio a Mazo tan despierto y expectante como el resto—. ¿Alguien más tiene algo que decir?

—Yo —respondió Violín, que se encogió un poco al ver la mirada del sargento—. Bueno, tú mismo acabas de preguntarlo, ¿no?

—Pues venga, escúpelo.

Violín irguió la espalda en la silla y se aclaró la garganta. Seto le dio un codazo en las costillas cuando se disponía a hablar. Después de mirarlo ceñudo, lo intentó de nuevo.

—La cosa está así, sargento. Nosotros no tenemos que dar órdenes, así que es posible que pienses que para nosotros es más fácil. Para nosotros, todos ellos vivían, respiraban. Eran amigos. Cuando mueren, duele. Pero tú no dejas de decirnos que el único modo de evitar enloquecer es mantenerte al margen, distante, para que luego cueste menos, para que cuando tengas que dar órdenes puedas hacerlo sin más, y para que cuando mueran no te duela. Pero, maldita sea, cuando despojas a todo el mundo de la humanidad, también te privas de la tuya. Eso puede volverte loco, tanto como cualquier otra cosa. Es ese dolor lo que a nosotros nos hace seguir adelante, sargento. Y quizá no lleguemos a ningún lado, pero al menos no andamos huyendo todo el tiempo.

Se hizo el silencio en la estancia. Entonces Seto dio un golpe a Violín en un brazo.

—¡Diantre! ¡Pero si ahora va a resultar que tienes cerebro ahí dentro! ¿Cómo te las has apañado para

engañarme todos estos años?

—Sí, será eso —replicó Violín, que puso los ojos en blanco, vuelto a Mazo—, ¿y quién es el que se ha chamuscado el pelo tantas veces que ahora no tiene más remedio que ponerse un casco de cuero, eh?

Mazo rompió a reír, pero ni la risa ni aquellos comentarios lograron disipar la tensión. Todos observaban al sargento. Lentamente. Whiskeyjack estudió con atención a todos los miembros del pelotón. Vio el cariño en sus ojos, la franca oferta de amistad que él había pasado años conteniendo. Todo ese tiempo los había estado apartando de sí, apartando a todo el que se le acercara, lo que no iba a impedir a ninguno de esos cabrones tozudos seguirle a cualquier lado.

Después de todo resultaba que Lástima no era humana. Su convicción de que todo cuanto había hecho cabía dentro de los parámetros de un ser humano parecía tambalearse a la luz de cuanto habían averiguado. Se tambaleaba pero no se derrumbaba. Había visto muchas cosas en la vida. A la luz de la historia de la humanidad lo cierto era que no había recuperado la fe, ni podía alejar el recuerdo de todos los infiernos que vio en la vida.

Aun así, llegaba un momento en que algunas de las cosas a las que había dado la espalda perdían su razón de ser, cuando el constante embate del mundo despojaba su propia insensatez de cualquier motivo al que aferrarse. Estaba, finalmente y al cabo de todos aquellos años, entre amigos. Costaba admitirlo, y comprendió que la perspectiva de hacerlo incluso le impacientaba.

—De acuerdo —gruñó—, ya está bien de tanto hablar. Tenemos trabajo que hacer. ¿Cabo?

—¿Sargento? —respondió Kalam.

—Prepárate. Tienes toda la mañana para restablecer contacto con la Guilda de asesinos. Entre tanto, quiero que todo el mundo tome las armas y les pase un buen paño. Reparad las armaduras. Habrá una inspección, y si encuentro una sola jodida cosa que no me guste, sabréis lo que es vivir en el infierno. ¿Entendido?

—Creo que lo hemos entendido —respondió Mazo, sonriente.

La herida de Coll se había abierto media docena de veces desde que empezaron el viaje, a pesar de la calma con que lo tomaron. Había encontrado un modo de sentarse en la silla, inclinado el peso a un lado, cargado sobre la pierna buena, y desde la mañana la herida no había vuelto a abrirse. Lo incómodo de aquella postura le provocaba calambres y dolores.

Paran reconocía el malhumor cuando lo tenía delante. Aunque eran conscientes de que se había establecido un vínculo entre ambos, cómodo y sin pretensiones, apenas cruzaron palabra mientras la herida de Coll siguió constituyendo una fuente de preocupación.

Toda la pierna izquierda de Coll, desde la cadera —donde la herida le había mordido— hasta el pie, había adquirido un color pardo por la caricia del sol. La sangre seca manchaba las junturas de las placas superiores de la pierna, así como la rodillera. A medida que se hinchaba el muslo, se vieron obligados a cortar el forro de cuero que había bajo la placa.

Se les había negado la ayuda en la guarnición apostada en el puente de Catlin, puesto que el único cirujano destinado allí dormía la mona tras una de sus habituales «malas noches». Sin embargo, les habían proporcionado

vendajes, y eran éstos, empapados ya en sangre, los que en ese momento cubrían la herida.

Circulaba un tránsito escaso en Congoja de Jatem, a pesar de que las murallas quedaban al alcance de la vista. La marea de refugiados procedente del norte había cedido ya, y quienes se acercaban con motivo de los festejos de Gedderone ya se hallaban en la ciudad.

Al acercarse a Congoja, Coll abandonó el estado de sueño inconsciente en el que llevaba sumido las últimas horas. Tenía el rostro blanco como la cera.

—¿Es la puerta de Congoja? —preguntó ronco.

—Eso creo —respondió Paran, puesto que recorrían un camino que llevaba aquel extraño nombre—. ¿Nos permitirán pasar? —preguntó—. ¿Llamarán los guardias a un cirujano?

Coll sacudió la cabeza.

—La taberna del Fénix. Llévame a la taberna del Fénix. —Y volvió a agachar la cabeza.

—De acuerdo, Coll. —Mucho le sorprendería que los guardias les dejaran pasar. Tenía que pensar en algo que contarles, aunque lo cierto era que Coll no había soltado prenda respecto al motivo de la herida—. De veras confío en que encontraremos a alguien en esa taberna del Fénix capaz de curarte —masculló. Su compañero de viaje tenía muy mal aspecto. Paran observó las puertas de la ciudad. Ya había visto lo suficiente como para comprender por qué la emperatriz se había empeñado en conquistarla—. Darujhistan. —Suspiró—. Diantre, pero si pareces una joya.

Rallick ganó un palmo más en su ascenso. Temblaba de puro cansancio. De no haber sido por las sombras que cubrían ese lado del campanario, haría un buen rato que lo

hubieran visto ahí subido. Sin embargo, no podría permanecer oculto mucho más.

En la oscuridad, subir por las escaleras hubiera supuesto un suicidio. Seguro que Ocelote había colocado trampas en todo el recorrido, pues era precavido a la hora de proteger la posición.

Eso si es que lo encontraba ahí arriba, pensó Rallick. De lo contrario, Coll corría peligro. Era imposible saber si habría llegado ya a la ciudad, y el silencio procedente de la parte superior del campanario no indicaba nada. Hizo una pausa para recuperar el resuello y levantó la mirada. Faltaban tres varas, las más duras. Estaba tan cansado que lo único que podía hacer era mantenerse ahí aferrado. No tenía fuerzas para acercarse en silencio. Su única esperanza residía en que Ocelote volcara toda su concentración hacia el este, mientras él ascendía por la cara oeste de la torre del campanario.

Tomó aire y extendió la mano en busca de otro saliente.

Los transeúntes se detenían para observar a Paran y Coll, que se movían lentamente por Congoja en dirección a la puerta. El capitán los ignoró, así como las preguntas que le formularon, y centró su atención en la pareja de guardias apostados en la puerta. Éstos los habían visto ya, y aguardaban a que llegaran a su altura.

Al llegar a la puerta, Paran hizo ademán de seguir avanzando. Uno de los guardias hizo un gesto con la cabeza al otro, que se acercó al caballo del capitán.

—Tu amigo necesita un cirujano —dijo—. Si esperas aquí podemos hacer que venga uno en unos minutos. Paran rechazó la oferta.

—Tenemos que encontrar la taberna del Fénix. Vengo del norte y nunca había estado aquí antes. Mi compañero me pidió que lo llevara a la taberna del Fénix, y ahí es donde pienso llevarlo.

El guardia pareció titubear.

—Me sorprendería que llegara tan lejos. Pero si eso es lo que quieres, lo menos que podemos hacer es proporcionarte una escolta.

Al acercarse también, el otro guardia ahogó una exclamación de sorpresa. Paran contuvo el aliento mientras el otro se acercaba a Coll.

—Yo le conozco —dijo—. Es Coll Jhamin, de la Casa Jhamin. Serví a sus órdenes. ¿Qué ha pasado?

—Y yo que pensaba que el tal Coll la había palmado hacía unos años… —comentó el otro guardia.

—No hagas ni caso del padrón —dijo el compañero—. Te lo aseguro, Vildron, este tipo es Coll.

—Quiere ir a la taberna del Fénix —explicó Paran—. Es lo último que me dijo.

—Pues hagámoslo bien. —Se volvió al otro guardia—. Yo me encargo, Vildron. Tráeme el carro. Seguirá enganchado, ¿no? —El guardia sonrió a Paran—. Gracias por traerlo. Algunos de nosotros conservamos los ojos, y maldecimos lo que susurran esos tipos que enarcan la ceja. Lo pondremos en el carro y así no se moverá tanto.

Paran se relajó.

—Gracias, soldado. —Y miró a la ciudad ahora que la muralla había quedado a su espalda. Justo enfrente tenía una colina chaparra, cuya ladera estaba cubierta de matojos y árboles nudosos. En la cima había un templo que, a juzgar por su aspecto, llevaba abandonado mucho tiempo; en el centro se alzaba una torre cuadrada, rematada por un tejado de tejas de color bronce. Al observar la plataforma

abierta del campanario creyó ver que se movía algo. Fue una impresión fugaz, no obstante, y pestañeó.

Rallick se aupó en la plataforma, donde permaneció tumbado e inmóvil. En cuanto quiso acuclillarse, la piedra lisa de la plataforma rieló. Ahí estaba Ocelote, en efecto, tumbado ante él con la ballesta en las manos, apuntando a algo.

Rallick desenvainó los cuchillos y se acercó a él, mas el cansancio que acusaba le hizo descuidar el sigilo y las suelas de sus botas rascaron la piedra de forma audible.

Ocelote se giró raudo como el rayo, apuntando la ballesta hacia Rallick. El rostro del líder del clan adoptó una expresión furiosa, no exenta de un componente de temor. No perdió el tiempo en palabras y de inmediato disparó el virote cargado en la ballesta.

Rallick se preparó para encajar el proyectil; no sólo estaba seguro de que le iba a alcanzar, sino que, además, probablemente lo arrojaría al vacío por el borde de la plataforma. Un destello rojizo en el pecho le cegó momentáneamente, pero no acusó ningún impacto. Confuso, Rallick se miró el pecho. El proyectil había desaparecido, y al verlo comprendió la verdad. El virote era mágico, creado por medios arcanos para volar sin impedimentos; no obstante, el polvillo mágico de Baruk había funcionado. Mientras pensaba en ello se acercó a Ocelote.

Éste lanzó un juramento y se deshizo de la ballesta. Al llevar la mano al cuchillo, Rallick cayó sobre él. Un gruñido ronco escapó de los labios del líder del clan, cuyos ojos se cerraron con fuerza debido al dolor.

Rallick hundió la daga que empuñaba en la diestra en el pecho de Ocelote. El arma resbaló por la malla que llevaba bajo la camisa. Por lo visto había aprendido la lección de la otra noche, toda esa precaución que el propio Rallick le había recomendado, un consejo que ahora se volvía en su contra. El arma de la izquierda trazó un arco elevado y se hundió bajo el brazo derecho de Ocelote. La punta mordió la carne y luego continuó su andadura en dirección a la axila.

Rallick vio, a escasa distancia de su propio rostro, asomar la punta de la daga por la tela que cubría el hombro derecho de Ocelote, a la que siguió un chorro de sangre. Entonces oyó el ruido producido por una hoja metálica al rascar la piedra.

Con los dientes al descubierto, Ocelote agarró con la mano izquierda el cuello de Rallick, coleta incluida. Tiró de ella con fuerza y la cabeza de Rallick se vio arrastrada por el movimiento. Entonces intentó hundirle los dientes en el cuello.

Ocelote ahogó un grito cuando Rallick le hundió con fuerza la rodilla en la entrepierna. De nuevo le volvió a tirar con fuerza de la coleta, aunque en esa ocasión lo hizo más cerca de la punta.

Rallick oyó aquel sonido metálico e intentó a la desesperada rodar sobre sí hacia la derecha. Por maltrecho que Ocelote tuviera el brazo derecho, le alcanzó con la fuerza suficiente como para hundir los anillos de la cota hasta el pecho. Un pálido fuego encendió la herida. Ocelote recuperó la hoja y, aún con Rallick sujeto por la coleta, echó el brazo atrás para descargar otra puñalada.

Rallick levantó el brazo derecho y, en un único movimiento, se cortó la coleta. Al fin libre, giró sobre sí para

recuperar el uso de la mano izquierda. Ocelote le lanzó un tajo al rostro, que a punto estuvo de herirle.

Con toda la fuerza del brazo izquierdo, Rallick hundió el cuchillo en el estómago de Ocelote. Se quebraron las anillas y la hoja se hundió hasta la empuñadura. El líder del clan dobló el cuerpo sobre la hoja. Profiriendo un gruñido, Rallick se arrojó hacia él y hundió la otra daga en la frente de Ocelote.

Rallick permaneció inmóvil un rato, preguntándose por qué no sentía ningún dolor. Ahora todo dependía de Murillio. Coll sería vengado. Murillio podía encargarse de ello; de hecho, no tenía elección.

El cuerpo de Ocelote pesaba cada vez más, a pesar de la sangre que perdía.

—Siempre me pareció que yo podría con él —masculló. Se apartó del cadáver y quedó tumbado de espaldas en mitad de la plataforma. Esperaba ver el cielo, ver una última vez el azul brillante y profundo. En lugar de ello, se encontró mirando la parte inferior del tejado del campanario, cuyo antiguo arco de piedra estaba atestado de murciélagos. Este detalle se le clavó en la mente mientras sentía la sangre fluir de su pecho. Le pareció ver un sinfín de ojos diminutos que le observaban febriles en la oscuridad.

Como no vio ni rastro de movimiento en el campanario, Paran recorrió con la mirada el paseo que quedaba a su izquierda. Vildron se acercó, sentado en el pescante de un carro tirado por dos caballos. El guardia que esperaba junto al caballo de Coll dijo:

—Échame una mano aquí, ¿quieres? Vamos a bajarlo.

Paran desmontó, dispuesto a echarle una mano. Miró de reojo el rostro de Coll. Seguía encorvado en la silla, inconsciente. *¿Cuánto más aguantará? De ser yo, ya habría muerto*, pensó Paran.

—Después de todo lo que estamos pasando —dijo entre gruñidos cuando lo bajaron de la silla—, mejor será que conserves la vida.

Dando un gruñido, Serat rodó sobre la espalda. El sol caía con fuerza en sus párpados mientras reunía los dispersos fragmentos del recuerdo. La tiste andii estaba a punto de actuar sobre la mujer del callejón. Muerta la mujer, el número total de las personas que protegían al portador de la moneda se reduciría a una. Cuando abandonaran la casa al amparo de la oscuridad, caerían en la trampa que les había tendido.

La maga asesina abrió los ojos al sol de mediodía. Las dagas que había empuñado al agazaparse bajo el borde del tejado descansaban en la superficie de teja, colocadas con sumo cuidado a ambos lados. Sentía un dolor intenso en la nuca. Tanteó la herida y se sentó torciendo el gesto.

El mundo giró sobre sí; finalmente, quedó inmóvil. Serat sentía una mezcla de asombro y enfado. La habían cegado, y quienquiera que lo hubiera hecho era bueno, lo bastante como para sorprender a una maga asesina tiste andii. Lo cual a su vez era preocupante, puesto que aún tenían que enfrentarse a alguien que estuviera a su altura en Darujhistan, con la salvedad de aquellos dos miembros de la Garra con los que se había cruzado la noche de la emboscada. Claro que de haberse tratado de un agente de la Garra, a esas alturas ya estaría muerta.

En lugar de ello, el resultado del ataque parecía más bien encaminado a hacerla sentir ridícula. Dejarla ahí a plena luz del día, con las armas a ambos lados, apuntaba a un sutil y astuto sentido del humor. ¿Oponn? Quizá, aunque rara vez los dioses actuaban de forma tan directa, pues preferían hacerlo por mediación de agentes reclutados entre los mortales.

No obstante, tenía una certeza en todo aquel misterio. Había perdido la oportunidad de matar al portador de la moneda, al menos ese día. La próxima vez, se juró a sí misma, al tiempo que se ponía en pie y accedía a la senda Kurald Galain, sus enemigos secretos la encontrarían preparada para enfrentarse a ellos.

El aire a su alrededor tembló sacudido por la fuerza de la hechicería. Luego, Serat desapareció.

Las motas de polvo colgaban suspendidas en el aire caluroso y cargado que reinaba en la buhardilla de la taberna del Fénix. El techo se alzaba inclinado, vara y media en la pared este, hasta algo más de dos varas en la pared oeste. El sol entraba por las ventanas que había a ambos lados de una estancia alargada y estrecha.

Tanto Azafrán como Apsalar dormían, aunque lo hacían en lados opuestos de la estancia. Sentada en una caja junto a la trampilla, Meese se limpiaba las uñas con un mondadientes de madera. Salir de la habitación de Mazo para recorrer el camino que la separaba del escondrijo de tejado en tejado había resultado pan comido. Demasiado fácil, de hecho. Irilta la informó de que nadie los había seguido por las calles. Y de hecho habían encontrado vacíos los tejados. Era como si les hubieran despejado el camino a seguir.

¿Una muestra más de la pulcritud de la Anguila a la hora de trabajar? Meese gruñó para sí. Quizá. Sin embargo, era más probable que Meese diera demasiada importancia a la incomodidad instintiva que se manifestaba como un esquivo hormigueo en la espalda. Aún a esas alturas sentía el peso de una atenta mirada que los vigilaba, lo que era totalmente imposible, se dijo mirando alrededor de la húmeda buhardilla.

Llamaron suavemente a la trampilla. La puerta se abrió e Irilta asomó la cabeza.

—¿Meese? —susurró.

—Muerta de calor —gruñó—. Dile a Scurve que esto no tardará en ser pasto de las llamas.

Irilta también gruñó al impulsarse por la trampilla hasta la estancia. Cerró la portezuela y se sacudió el polvo de las manos.

—Ha sucedido algo raro ahí abajo —dijo—. Acaba de aparecer un carro con un guardia y un tipo que cargaba a cuestas con Coll. El pobre diablo está a punto de palmarla de un tajo. Lo llevaron a la habitación que tiene Kruppe en la planta inferior. Sulty ha ido a buscar a un matasanos, pero la herida no tiene buena pinta. En absoluto.

Meese entornó los ojos y observó a Azafrán, que seguía dormido.

—¿Qué aspecto tiene el otro? —preguntó.

Irilta sonrió.

—Diría que tiene un revolcón. Asegura haber encontrado a Coll desangrándose en Congoja de Jatem. Coll despertó unos instantes, lo justo para pedirle que lo trajera aquí. Lo tienes ahí abajo, comiendo por tres hombres.

—¿Forastero? —gruñó Meese.

Irilta se acercó a la ventana que daba a la calle.

—Habla en lengua daru como si se hubiera criado aquí, pero dice que viene del norte. De Pale, y antes de Genabaris. Parece un soldado.

—¿Se sabe algo de la Anguila?

—De momento mantendremos aquí al muchacho.

—¿Y la chica?

—Igual.

Meese lanzó un suspiró audible.

—A Azafrán no le gustará seguir aquí encerrado.

Irilta miró al joven, arrebujado y dormido. *¿De veras estará dormido?*, se preguntó.

—No tenemos elección. Me he enterado de que un par de guardias lo esperan en casa de Mammot. Demasiado tarde, claro, pero andan muy cerca. —Irilta quitó un poco de polvo de la ventana y se inclinó hacia ella—. A veces juraría haber visto a alguien o quizá a algo. Luego pestañeo y desaparece.

—Sé a qué te refieres. —Con un crujir de huesos, Meese se puso en pie—. Creo que incluso la Anguila empieza a inquietarse —dijo con una risilla—. Esto se calienta, amiga mía. Se acercan tiempos interesantes.

—Se acercan. Se acercan —asintió Irilta, no muy satisfecha ante semejante perspectiva.

El capitán Paran llenó la jarra por tercera vez. ¿A eso se había referido el tiste andii cuando mencionó qué debía hacer cuando le cambiara la suerte? Desde que había llegado a esa tierra había hecho tres amigos, algo totalmente inesperado y nuevo para él, algo muy valioso, de hecho. Pero la Velajada que había conocido estaba muerta, y su lugar lo había ocupado una… niña. Toc había muerto. Y

a juzgar por cómo estaban las cosas, podía añadir también a Coll a la lista.

Deslizó la yema del dedo por el charquito de cerveza que había en la mesa, dando forma a un río que conducía hasta la juntura de dos tablas, y luego observó ausente cómo la cerveza seguía el recorrido que había trazado hasta desaparecer. Tuvo una sensación de humedad que fue en aumento en la espinilla derecha, sensación que ignoró mientras concentraba la atención en la hendidura. Habían clavado la gruesa madera al igualmente robusto armazón de las patas.

¿Qué era lo que había dicho Rake? Paran se levantó para desabrochar el cinto de la espada. La dejó en la mesa y desenvainó a *Azar*.

Los pocos parroquianos presentes en el establecimiento guardaron silencio y se volvieron para observarle. Tras el mostrador, Scurve asió el garrote.

Pero el capitán no reparó en ninguno de estos detalles. Con la espada en la derecha, hundió la punta en la hendidura y empujó la espada hacia abajo. La hoja se abrió paso poco a poco y se hundió entre los listones de madera hasta la mitad. Entonces, el capitán tomó de nuevo asiento y asió la jarra.

Todo el mundo respiró tranquilo; los confusos parroquianos comentaron lo sucedido.

Paran tomó un largo trago de cerveza sin dejar de mirar ceñudo a *Azar*. ¿Qué había dicho Rake? «Cuando se te acabe la suerte, rompe la espada, o dásela a tu peor enemigo.» *No obstante, dudo de que Oponn la aceptara.* Lo que suponía romperla. La espada le había acompañado durante largo tiempo. Tan sólo en una ocasión la había desenvainado en combate, y había sido para esgrimirla ante el Mastín.

Escuchó la voz vacilante de uno de los tutores de la infancia. El rostro anguloso de aquel hombre surgió de sus pensamientos para acompañar a la voz que decía:

—Aquellos a quienes escogen los dioses, se dice que se separan antes de los demás mortales: por la traición, por arrancar de uno la propia esencia vital. Los dioses se llevarán a todos sus seres queridos, uno a uno, a la muerte. Y a medida que te endureces, a medida que te conviertes en lo que ellos quieren que te conviertas, los dioses sonríen y asienten satisfechos. Cada compañía que rehúyes te acerca más a ellos. Así es como se afila la herramienta, hijo mío, el tira y afloja, y el socorro último que te ofrecen es terminar con tu soledad, el propio aislamiento que ellos mismos te ayudaron a obtener. Nunca llames la atención, muchacho.

¿Habría empezado ese proceso? Paran arrugó el entrecejo. ¿Sería responsable de que Coll perdiera la vida? ¿Habría bastado aquella ilusión de amistad para sellar el destino de aquel hombre?

—Oponn —susurró—, tienes un montón de cosas por las que responder, y responderás por ellas.

Dejó la jarra y se levantó. A continuación, asió la empuñadura de la espada.

Kalam se detuvo a medio camino en las escaleras que conducían a la taberna del Fénix. Maldición, ahí estaba otra vez, esa sensación de ser observado por unos ojos invisibles. La sensación, nacida de su adiestramiento como Garra, le había alcanzado cuatro veces seguidas desde que se hallaba a la vista de la taberna. Aquellas advertencias era lo que le mantenía con vida, aunque en esa ocasión no percibía malicia alguna. Más bien era una divertida

curiosidad, como si quienquiera que le observara supiera perfectamente quién y qué era y, aun así, no le importara lo más mínimo.

Entró en la taberna. En cuanto dio el primer paso en aquella atmósfera cargada, Kalam supo que algo iba mal. Cerró la puerta al entrar y aguardó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. La respiración, los golpes de las jarras al dar en las mesas, los muebles que gemían. De modo que había gente. Entonces, ¿a qué venía ese silencio?

Cuando los grises rincones del local empezaron a dibujarse, vio que quienes lo poblaban le volvían la espalda y observaban a un hombre de pie tras una mesa situada en el extremo de la sala. La luz de la linterna se reflejaba en la espada clavada en la mesa, y el hombre tenía crispada la mano en la empuñadura. Además, era como si ignorara la presencia de todos los presentes.

Kalam dio media docena de pasos hacia un extremo de la barra. Mantuvo los ojos oscuros fijos en el hombre de la espada, mientras fruncía el ceño de su ancha frente. El asesino se detuvo. Se preguntó si obedecía a un peculiar reflejo de la luz.

—No —dijo, sorprendiendo al tabernero situado tras la barra—. No lo es. —Se apartó de la barra y paseó la mirada entre los parroquianos, todos ellos habitantes del lugar. Tendría que arriesgarse.

Una súbita tensión se instaló en el cuello de Kalam, y también en los hombros, cuando se acercó derecho al hombre que estaba a punto de tirar de la espada. El asesino asió una silla vacía de una mesa que encontró a su paso y la colocó con un estampido enfrente del hombre, que lo miró sorprendido.

—Veo que conservas la suerte que te dio el dios, capitán —masculló el asesino en voz muy baja—. Vamos, siéntate.

Confundido y algo asustado, Paran soltó la empuñadura de la espada y tomó asiento.

Kalam se inclinó sobre la superficie de la mesa.

—¿A qué viene todo ese teatro, si puede saberse? —preguntó en un susurro. —¿Quién eres? —preguntó el capitán.

Tras ellos se recuperaron las conversaciones, en cuyos tonos aún se percibía la tensión.

—¿No lo has adivinado? —Kalam sacudió la cabeza—. Cabo Kalam, noveno pelotón de los Abrasapuentes. La última vez que te vi, te recuperabas de un par de cuchilladas mortales.

Paran se abalanzó sobre Kalam, a quien tomó de la camisa. El asesino estaba demasiado sorprendido como para reaccionar, y las palabras del capitán aún lo confundieron más.

—¿Sigue vivo el sanador del pelotón, cabo?

—¿Cómo? ¿Vivo? Claro, ¿por qué no iba a estarlo? ¿Qué… ?

—Cierra la boca —ordenó Paran—. Presta atención, soldado. Tráelo aquí, ahora mismo. No quiero oír una sola pregunta. Te estoy dando una orden directa, cabo. —Soltó al asesino—. ¡Y ahora, ve!

Kalam estuvo a punto de responder con un saludo militar, pero se contuvo a tiempo.

—Como ordenes, señor —susurró.

Paran no apartó la mirada de la espalda del cabo hasta que éste desapareció por la puerta principal. Luego se puso en pie.

—¡Tabernero! —dijo mientras daba vueltas alrededor de la mesa—. Ese hombre de raza negra volverá acompañado

en unos minutos. Llévalos a la habitación de Coll sin perder un instante, ¿me has entendido?

Scurve asintió.

Paran se acercó a la escalera. Al llegar, se giró.

—Y que nadie toque esa espada —ordenó a los presentes. Lo cierto era que nadie parecía muy dispuesto a desafiarle. El capitán subió las escaleras con un gesto de satisfacción.

Ya en el primer piso, recorrió el descansillo hasta llegar a la última puerta de la derecha. Entró sin llamar, y en su interior encontró a Sulty acompañada del cirujano, sentados ambos en la única mesa de la estancia. El cuerpo de Coll, tapado por una manta, permanecía inmóvil en la cama.

—La cosa no marcha bien —dijo el cirujano levantándose de la silla—. La infección está muy avanzada.

—¿Aún respira? —preguntó Paran.

—Sí —respondió el cirujano—. Pero no durará mucho. Si hubiera encajado la herida un poco más abajo en la pierna, quizá podría haberla amputado. Aun así, me temo que el veneno se ha extendido por todo el cuerpo. Lo siento, señor.

—Vete —ordenó Paran.

El cirujano inclinó la cabeza y se dispuso a marcharse.

—¿Qué te debo por tus servicios? —preguntó el capitán. El cirujano miró ceñudo a Sulty.

—¡Oh, nada, señor! He fracasado. —Salió de la estancia cerrando la puerta tras de sí.

Sulty se acercó al capitán, que estaba junto a la cama. Se secó el sudor de la frente y miró a Coll, pero no dijo nada. Unos minutos después, también ella abandonó la habitación, incapaz de quedarse por más tiempo.

Paran encontró un taburete y lo acercó a la cama. Se sentó apoyando los codos en las piernas. Cuando la puerta

se abrió de par en par y se puso en pie, no estaba muy seguro del rato que había pasado ahí sentado observando el suelo cubierto de paja. Un hombre barbudo le observaba bajo el dintel con una mirada gris, dura y fría.

—¿Tú eres Mazo? —preguntó Paran.

El hombre asintió y entró en la habitación. A su espalda apareció Kalam seguido de otro hombre. La mirada de este último recaló en Paran, a quien se acercó rápidamente.

—Soy el sargento Whiskeyjack —dijo en voz baja el hombre barbudo—. Discúlpeme si me muestro demasiado directo, señor, pero ¿se puede saber qué coño hace aquí?

Paran hizo caso omiso de la pregunta y se acercó al sanador. Mazo colocó la mano en las encostradas vendas y levantó la mirada hacia el capitán.

—¿No huele la podredumbre? No hay nada que hacer. —Mazo arrugó el entrecejo y se inclinó sobre Coll—. No, un momento… Diantre, no puedo creerlo. —El sanador sacó una hoja en forma de cuchara de la bolsita y retiró las vendas. Luego procedió a hurgar en la herida con aquella especie de cuchara—. Por la piedad de Shedenul, ¡alguien le aplicó unas hierbas! —Y metió el dedo en la herida.

Coll se movió en la cama, lanzando un quejido.

—Vaya, te he despertado, ¿verdad? —dijo el sanador con la sonrisa torcida—. Bien. —Hundió más el dedo—. El corte alcanzó la mitad del hueso. —Tomó aire sorprendido—. Esas condenadas hierbas emponzoñaron el tuétano. ¿Quién diantre lo trató? —preguntó dirigiendo una mirada acusadora a Paran.

—No lo sé —respondió Paran.

—De acuerdo —dijo Mazo, que apartó la mano y se la limpió en las sábanas—. Atrás todos. Necesito espacio. Un minuto más, capitán, y este hombre habría atravesado la puerta del Embozado. —Aplicó la mano en el pecho de Coll

y cerró los ojos—. Y da gracias de que sea tan bueno como soy.

—¿Capitán?

Paran se acercó a la mesa e hizo un gesto al sargento para que se reuniera con él.

—Antes que nada, ¿se ha puesto en contacto contigo la Consejera Lorn?

La mirada de asombro de Whiskeyjack sirvió de respuesta.

—Ya veo, entonces he llegado a tiempo. —Paran miró a Kalam, que se había situado tras el sargento—. Os han vendido. El plan consistía en tomar esta ciudad, pero también tenía por objetivo procurar vuestra muerte.

Whiskeyjack levantó una mano.

—Un momento, señor. ¿Debo entender que nuestro capitán y Velajada llegaron a esa conclusión?

Paran cerró un instante los ojos.

—Ella… Ha muerto. Estaba persiguiendo a Mechones en la llanura de Rhivi, pero Tayschrenn dio con ella antes. Tenía intención de encontraros y contaros esto que os estoy explicando. Me temo que no podré estar a su altura como aliado en cuanto aparezca la Consejera, pero al menos os podré preparar un poco.

—No me gusta nada la idea de que nos ayude el peón de Oponn —manifestó Kalam.

—Sé, gracias a una autoridad en la materia, que ya no pertenezco a Oponn —replicó Paran—. La espada que habréis visto ahí abajo, sí. El mago de tu pelotón podrá confirmarlo.

—El plan de la Consejera —le recordó Whiskeyjack, que tamborileaba inquieto en la mesa.

—No creo que le cueste nada dar con vosotros. Tiene cierta habilidad en esa materia. Pero me temo que ella no

constituye la mayor amenaza. La acompaña un t'lan imass. Puede que su misión consista únicamente en conducirle hasta vosotros, para que el imass pueda encargarse del resto.

Kalam maldijo entre dientes y echó a andar de un lado a otro tras la silla del sargento.

Whiskeyjack tomó una decisión.

—La bolsa, cabo.

El asesino frunció el ceño y acto seguido se acercó a la puerta para recoger la bolsa de lona reglamentaria de todo sargento. Al volver, la dejó en la mesa.

Tras abrirla, Whiskeyjack sacó de su interior un objeto envuelto en seda color vino. Al desenvolverlo, descubrió un par de huesos amarillentos, pertenecientes a un antebrazo humano. Las articulaciones del codo también estaban envueltas con un alambre de cobre cubierto de una capa verdosa, al igual que los extremos de las muñecas, a las que habían dado forma de mango de cuchillo, del cual asomaba una hoja tallada como una sierra.

—¿Qué es eso? —preguntó el capitán—. Jamás había visto nada parecido.

—Me sorprendería que lo hubieras visto antes —dijo Whiskeyjack tuteándolo por primera vez—. En tiempos del emperador, cada miembro del círculo interno de comandantes militares tenía uno de éstos, botín hallado en una tumba k'chain che'malle. —Asió los huesos con ambas manos—. Fue la razón de buena parte de nuestro éxito, capitán. —Se levantó y clavó la punta en la mesa.

Un destello de luz blanca surgió de los huesos, luego se contrajo en un torbellino que giró como un entramado entre ellos. Paran escuchó una voz que conocía.

—Empezaba a preocuparme, Whiskeyjack —gruñó el Puño Supremo Dujek, —Inevitable —respondió el sargento,

que miró ceñudo a Paran—. Poco hemos tenido de qué informar… hasta ahora. Pero necesito conocer la situación en Pale, Puño Supremo.

—Vaya, quieres ponerte al día antes de darme las malas noticias, ¿eh? Me parece justo —concedió Dujek— Tayschrenn ha estado dando vueltas de un lado a otro. La última vez que lo vi feliz fue cuando Bellurdan murió con Velajada. Dos miembros más de la vieja guardia que desaparecen de un plumazo. Desde entonces, lo único que tiene son preguntas. ¿A qué juega Oponn? Si hubo de veras un enfrentamiento entre el caballero de la Oscuridad y Tronosombrío, si un alma transmutada en una marioneta secuestró, torturó y asesinó a un oficial de la Garra en Nathilog, y qué información le habrá revelado el pobre diablo.

—No sabíamos que Mechones había hecho tal cosa, Puño Supremo.

—Te creo, Whiskeyjack. En todo caso, han quedado al descubierto bastantes de los planes de la emperatriz y, por supuesto, ella parece estar convencida de que el desarme de mi ejército me devolverá a su regazo, a tiempo de darme el mando de las guarniciones de Siete Ciudades y poner un sangriento punto final a la rebelión en ciernes. A ese respecto se equivoca en sus cálculos, porque si hubiera prestado un poco más de atención a los informes de Toc el Joven… En fin, ahora las intenciones de Laseen parecen centrarse en la Consejera Lorn y en Onos T'oolan. Han llegado al túmulo jaghut, Whiskeyjack.

Al reunirse Mazo con ellos, encontró la mirada pétrea de Kalam. Estaba claro que ni siquiera ellos sabían que el sargento estaba tan bien informado. La suspicacia asomó a la superficie de los ojos del asesino, y Paran pensó que, después de todo, todo sucedía como tenía que suceder.

Dujek prosiguió.

—Las legiones negras de Moranth están dispuestas para emprender la marcha; puro teatro, entre otras cosas para salir de la ciudad. Así que dime, amigo mío, ¿qué andamos buscando? El equilibrio del mundo se encuentra ahí, en Darujhistan. Si Lorn y Onos T'oolan logran desatar a ese tirano sobre la ciudad, puedes estar seguro de que tú y tu pelotón formaréis parte de la lista de bajas. Más cerca de casa tienes lo que quieres: estamos preparados para movernos. Tayschrenn desencadenará la serie de acontecimientos en cuanto anuncie la desbandada de los Abrasapuentes, el muy estúpido. De momento, me limito a esperar.

—Puño Supremo —empezó Whiskeyjack—, el capitán Paran lo ha logrado. Lo tengo aquí sentado, ante mí. Dice que Oponn actúa en su espada, no en él. —Cruzó la mirada con la del capitán—. Le creo.

—¿Capitán? —preguntó Dujek.

—¿Sí, Puño Supremo?

—¿Te fue Toc de ayuda?

Paran torció el gesto.

—Dio la vida por esto, Puño Supremo. La marioneta Mechones nos tendió una emboscada y arrojó a Toc a un… Bueno, a algún lugar.

Se hizo un silencio, que Dujek interrumpió con voz ronca.

—Lamento oír eso, capitán. Más de lo que crees. Su padre… En fin, basta. Adelante, Whiskeyjack.

—Aún no hemos logrado establecer contacto con la Guilda de asesinos de Darujhistan, Puño Supremo. Eso sí, hemos minado las encrucijadas. Esta noche pondré a mis hombres al corriente de la situación. La pregunta sigue siendo qué hacemos con el capitán Paran.

—Comprendido —respondió Dujek—. ¿Capitán Paran?

—¿Señor?

—¿Has llegado a alguna conclusión?

—Sí, señor. Eso creo —respondió mirando a Whiskeyjack.

—¿Y bien? ¿Qué decisión piensas tomar, capitán?

Éste se pasó la mano por el pelo y recostó la espalda en la silla.

—Puño Supremo —dijo lentamente—. Tayschrenn asesinó a Velajada. —*Y fracasó, pero ese secreto voy a guardármelo*—. El plan de la Consejera contemplaba traicionarme, y también, probablemente, acabar conmigo en el proceso. No obstante, debo admitir que todo eso no tiene tanta importancia para mí como lo que ha hecho Tayschrenn. —Al levantar la mirada, encontró los ojos de Whiskeyjack fijos en él—. Velajada cuidó de mí, y yo de ella después de lo del Mastín. Eso… —titubeó—, eso significó algo para mí, Puño Supremo. —Se enderezó—. De modo que por lo que veo pretendes desafiar a la emperatriz. Y luego ¿qué? ¿Desafiaremos a los centenares de legiones del Imperio con sus diez millares de hombres? ¿Proclamaremos un reino independiente y aguardaremos a que Laseen nos haga servir de ejemplo? Necesito conocer más detalles, Puño Supremo, antes de decidir si quiero unirme a tu empresa. Personalmente, señor, busco venganza.

—La emperatriz pierde Genabackis, capitán. En eso contamos con el apoyo necesario. Para cuando la infantería de marina de Malaz llegue para reforzar la campaña, ya habrá terminado. La Guardia Carmesí no permitirá el desembarco. Lo más probable es que Nathilog se levante en armas, seguida de Genabaris. La alianza con los moranthianos está a punto de perder fuerza, aunque me temo que no puedo darte detalles a ese respecto.

»Me preguntas por mis planes, capitán. Puede que no tengan sentido, porque no tengo mucho tiempo para explicarme. Pero nos estamos preparando para aceptar a un nuevo jugador en la partida, a alguien completamente ajeno a todo esto; créeme, ese alguien es una mala bestia. Lo conocen como el Vidente Painita, y en este instante prepara sus huestes para emprender la guerra santa. ¿Quieres venganza? Deja que de Tayschrenn se encarguen adversarios más cercanos a él. En cuanto a Lorn, es toda tuya, si puedes con ella, claro. No puedo ofrecerte nada más, capitán. Puedes negarte. Nadie va a matarte si lo haces.

Paran tenía la mirada perdida.

—Querría que se me informara cuando el mago supremo Tayschrenn reciba su merecido. —De acuerdo.

—Muy bien, Puño Supremo. En lo que concierne a la actual situación, no obstante, prefiero que el sargento Whiskeyjack permanezca al mando.

—¿Whiskeyjack? —preguntó Dujek con cierta sorna en el tono de voz.

—De acuerdo —respondió el sargento, que acto seguido sonrió a Paran—. Bienvenido a bordo, capitán.

—¿Ya está? —preguntó Dujek.

—Volveremos a hablar cuando hayamos terminado con esto —dijo Whiskeyjack—. Hasta entonces, Puño Supremo, te deseo suerte. —Suerte, Whiskeyjack.

La urdimbre luminosa se apagó. En cuanto se hubo extinguido del todo, Kalam se encaró con el sargento.

—¡Serás cabrón! ¡Violín me contó que Dujek no estaba por la labor de escuchar nada que oliera a motín! No sólo eso, además el Puño Supremo te pidió que desertaras tras la misión.

Whiskeyjack se encogió de hombros mientras arrancaba de la mesa la punta de aquel peculiar ingenio.

—Las cosas cambian, cabo. Cuando la Consejera dio su palabra de que Dujek recibiría refuerzos el año que viene, resultó obvio que alguien se estaba asegurando de que la campaña genabackeña terminara en una debacle. Ni siquiera Dujek está dispuesto a permitir que suceda tal cosa. Obviamente, habrá que revisar los planes. —Se encaró a Paran, con mirada inflexible—. Lo siento, capitán, pero Lorn tendrá que vivir.

—Pero si el Puño Supremo acaba de…

—La Consejera se dirige a la ciudad, eso si ella y ese imass han logrado liberar al jaghut. El tirano necesitará un motivo para acercarse a Darujhistan, y sólo podemos dar por sentado que, de algún modo, Lorn será dicho motivo. Ella nos encontrará, capitán. En cuanto eso suceda, decidiremos qué vamos a hacer con ella; dependerá de lo que nos diga. Si la desafías abiertamente, te matará. Si es necesario, ella tendrá que morir, pero su desaparición de escena será sutil. ¿Algo de todo esto supone algún problema para ti?

Con una exhalación, Paran respondió:

—¿Podrías explicarme, al menos, por qué seguiste adelante y minaste la ciudad?

—Ahora mismo —respondió Whiskeyjack levantándose—. Pero antes —añadió—, ¿quién es el herido?

—Ya no está herido —apuntó Mazo sonriendo a Paran—. Tan sólo duerme. Paran también se levantó.

—En tal caso, os lo explicaré todo. Dejadme bajar un momento a por la espada. —Se detuvo bajo el dintel de la puerta y se volvió a Whiskeyjack—. Una cosa más, ¿dónde está esa recluta… , Lástima?

—Desaparecida —respondió Kalam—. Sabemos qué es, capitán. ¿Y tú?

—Yo también. —*Pero puede que no sea lo que fue, siempre y cuando confíe en la palabra de Tronosombrío.* Pensó en contarles también esa parte de la historia, pero decidió no hacerlo. Después de todo, no podía estar seguro de nada. Mejor esperar a ver cómo se resolvían las cosas.

La sala mortuoria resultó ser diminuta, una tumba mediocre, cuya baja bóveda era de piedra desnuda. El pasillo que conducía allí era muy estrecho, el techo tenía una altura inferior a la vara y media, y discurría en una leve pendiente. El suelo de la estancia era de tierra compacta y en el centro se alzaba una pared de piedra circular, rematada por un enorme dintel de una sola talla de piedra. En su superficie llana había algunos objetos cubiertos de escarcha.

Tool se acercó a la Consejera.

—El objeto que buscas se llama finnest. En su interior permanecen almacenados los poderes del tirano jaghut. Quizá una descripción más adecuada fuera decir que se trata de una senda Omtose Phellack independiente. Descubrirá que ha desaparecido en cuanto despierte del todo, y entonces se dedicará a buscarla.

Lorn se calentó las manos congeladas con el aliento y luego se acercó lentamente al dintel.

—¿Y mientras obre en mi poder? —preguntó.

—La espada de otaralita debilitará su aura. No por completo. De todos modos, el finnest no deberá permanecer en tu poder mucho tiempo, Consejera.

Ésta observó los objetos repartidos en la superficie de piedra. El imass se reunió con ella. Lorn cogió un cuchillo

envainado, pero enseguida lo soltó. Tool no podía ayudarla en ese momento. Sólo podía confiar en su propia intuición, aguzada por los efectos extraños e impredecibles de la otaralita. Un espejo engarzado en una cornamenta atrajo su atención. La superficie de mica tenía como una rejilla, una telaraña de escarcha que parecía brillar con luz propia. Lo alcanzó con la mano pero titubeó. A su lado, casi perdido entre la helada cristalina, había un objeto redondo, pequeño. Yacía en un pliegue de piel. Lorn frunció el entrecejo y finalmente lo tomó.

Al fundirse la capa de hielo, vio que no era perfectamente redondo. Limpió la superficie negruzca y lo estudió con atención.

—Creo que es una bellota —dijo Tool.

—Y es el finnest. —Recaló su mirada en el montículo de rocas—. Qué extraña decisión.

El imass se encogió de hombros, lo que le hizo crujir los huesos.

—Los jaghut son un pueblo extraño.

—Tool, no eran guerreros, ¿verdad? Me refiero a antes de que tu pueblo se empeñara en destruirlos.

El imass tardó en responder.

—Aun entonces —dijo finalmente—. La clave consistía en hacerlos enfadar, porque entonces lo destruían todo de forma indiscriminada, incluso a los suyos. Lorn cerró los ojos un instante y guardó el finnest en el bolsillo.

—Salgamos de aquí.

—Sí, Consejera. En este preciso instante, el tirano jaghut se despereza.

Capítulo 19



Pero, ¡ay!, alguien murió
aquí. ¿Quién bebe
de esto entonces y ahora,
y agita las cenizas
de tu propia pira?
Hacedor de Caminos, tú
ni siquiera en la juventud
tuviste tanta sed…

Viejo templo
Sivyn Stor (n. 1022)

Esto no está bien, Meese —dijo Azafrán mientras se frotaba las legañas—. No podemos seguir aquí, escondidos para siempre.

—Ya casi ha oscurecido —informó Apsalar desde la ventana. Meese se acuclilló de nuevo para comprobar el cerrojo de la trampilla. —Vamos a volver a trasladaros cuando dé la duodécima campanada. Irilta está abajo ultimando los detalles.

—¿Quién da las órdenes? —preguntó Azafrán en tono de exigencia—. ¿No habéis dado con el tío Mammot?

—Tranquilízate, muchacho. No, no hemos encontrado a tu tío. Y las órdenes provienen de tus protectores. No responderé a ninguna pregunta más acerca de ellos, Azafrán, así que ahorra saliva.

Apsalar cambió de postura junto a la ventana para encarar a Meese. —Tu amiga lleva un buen rato fuera —dijo —. ¿Crees que puede haberle pasado algo?

Meese apartó la mirada. La muchacha no tenía pelos en la lengua. Claro que de eso ya se había dado cuenta Meese cuando la vio por primera vez, el día en que Chert había descubierto eso mismo por la vía más expeditiva posible.

—No estoy segura —admitió al agacharse sobre la trampilla—. Quedaos aquí tranquilitos —ordenó sin quitar ojo a Azafrán—. No me gustaría nada que cometierais una estupidez. ¿Entendido?

El muchacho estaba malhumorado, cruzado de brazos. Observó a Meese mientras ésta abría la puerta de la trampilla y bajaba por la escalera.

—Cerradla cuando salga —dijo— y echad el cerrojo. No abráis a nadie más que a Irilta o a mí. ¿De acuerdo?

—Sí. —Azafrán se acercó a la trampilla y contempló a Meese—. Lo hemos entendido —dijo asiendo el tirador y cerrando con estruendo la trampilla antes de correr el cerrojo.

—Azafrán, ¿se puede saber por qué mataste a un guardia? —le preguntó Apsalar.

Era el primer rato que pasaban a solas desde que entraran en la ciudad. Azafrán apartó la mirada.

—Fue un accidente. No quiero hablar de ello. —Cruzó la estancia hasta la ventana trasera—. Toda esa gente empeñada en protegerme hace que me sienta incómodo —dijo—. Aquí se cuece algo, aparte de todo eso de que me quieran arrestar. Por el aliento del Embozado, la Guilda de los ladrones se encarga de esas cosas, por eso reciben el diez por ciento de todos los trabajos que hago. No, nada de esto tiene sentido, Apsalar. Y ya estoy harto de que todo el

mundo me diga lo que tengo que hacer —añadió mientras abría la ventana.

—¿Nos vamos? —preguntó la joven al acercarse a su lado.

—Puedes apostar por ello. Ya ha anochecido y nos podremos mover por los tejados. —Tiró de la ventana, que se abrió hacia adentro.

—¿Adónde?

—Se me ha ocurrido un estupendo lugar donde ocultarnos. Nadie nos encontrará, ni siquiera mis protectores. En cuanto lleguemos, podré hacer lo que quiera.

Apsalar lo miró con ojos escrutadores.

—¿Qué te propones hacer? —preguntó en voz baja.

Él parecía más concentrado en abrir la ventana.

—Quiero hablar con Cáliz D'Arle —respondió—. Cara a cara.

—Pero si te traicionó, ¿no es cierto?

—No pienses en ello. ¿Piensas quedarte aquí?

—No —dijo sorprendida—. Te acompaño, Azafrán.

El poder de la senda erizaba todo su cuerpo. Serat observó el área una vez más, aun sin ver ni percibir nada. Estaba segura de hallarse a solas. La tiste andii se puso tensa cuando los herrumbrosos goznes de la ventana del ático, a su espalda, despidieron un crujido. Se sabía invisible, de modo que sin pensarlo dos veces se inclinó hacia delante.

El muchacho asomó la cabeza. Echó un vistazo abajo, al callejón, luego a los tejados de enfrente y a los situados a ambos lados. Finalmente, levantó la mirada. Cuando pasó ante ella, sonrió.

No le había costado mucho encontrarlo de nuevo. Su única compañía era una joven cuya aura resultaba inofensiva, asombrosamente inocente. Las otras dos mujeres ya no se hallaban en la buhardilla. Excelente. Todo resultaría mucho más sencillo así. Dio un paso atrás cuando el portador de la moneda salió por la ventana.

Al cabo de un instante, se deslizaba por el tejado.

Serat decidió no perder el tiempo. Cuando el portador de la moneda hizo ademán de ponerse en pie, se abalanzó sobre él.

Su arremetida topó con una mano invisible que se hundió en su pecho con una fuerza increíble. La arrojó hacia atrás en el aire y luego le dio un último revés que la lanzó por el borde del tejado. Sus hechizos de invisibilidad y vuelo no la abandonaron, ni siquiera cuando, aturdida y medio inconsciente, rebotó en una chimenea.

Apsalar asomó por el borde del tejado. Azafrán permanecía agazapado ante ella, empuñando sendas dagas y mirando a su alrededor.

—¿Qué pasa? —susurró ella asustada. Azafrán se relajó lentamente.

—Son los nervios —dijo volviéndose a la muchacha con una sonrisa teñida de arrepentimiento—. Me pareció ver algo; el viento, quizá. Parecía… En fin, no te preocupes. —Volvió a mirar a su alrededor—. Aquí no hay nada. Vamos, anda.

—¿Dónde está ese nuevo escondrijo tuyo? —preguntó Apsalar mientras ganaba el tejado.

Él se volvió al este y señaló las colinas que se alzaban al otro lado de la muralla.

—Ahí —dijo—. En sus mismísimas narices.

Murillio aferró la empuñadura de la espada. Cuanto más tiempo esperaba a Rallick, más se convencía de que Ocelote había matado a su amigo. La única duda era si Coll sobreviviría. Quizá Rallick lo había logrado, quizá había herido a Ocelote lo necesario como para impedir al líder del clan cumplir con su parte del contrato. *Quien no se consuela…*

Se había enterado en la taberna del Fénix, y a cada minuto que transcurría la sencilla habitación en la que se hallaba se volvía más y más pequeña. Si Coll vivía, Murillio se comprometió a asumir el papel de Rallick en el plan. Comprobó la espada ropera. Hacía años de su último duelo, y decían que Turban Orr era el mejor de la ciudad, de modo que tenía pocas posibilidades de sobrevivir.

Recogió la capa y se la ató alrededor del cuello. ¿Quién era ese tal Rompecírculos para comunicarle todas aquellas lamentables noticias? ¿Cómo podía justificar la Anguila verse envuelta en sus intrigas? Murillio abrió los ojos desmesuradamente. ¿Acaso era posible que ese hombrecillo redondo…?

Mascullando, cogió los guantes de piel de ante.

Un ruido procedente de la puerta llamó su atención.

—Serás cabrón, Rallick —dijo tras lanzar un largo suspiro de alivio. Abrió la puerta. Por un instante, creyó vacío el descansillo, luego su mirada recaló en el suelo. Ahí yacía tendido el asesino, empapado en sangre, mirándole con algo parecido a una sonrisa.

—Siento llegar tarde —dijo—. Las piernas no me lo han puesto muy fácil.

Mascullando una maldición, Murillio ayudó a Rallick a entrar en la habitación y a tumbarse en la cama. Volvió a la

puerta, echó un vistazo al descansillo y finalmente corrió el cerrojo.

Rallick se recostó como pudo contra la cabecera de la cama.

—Orr acordó un contrato por Coll…

—Lo sé, lo sé —dijo Murillio. Se arrodilló junto a la cama —. Veamos esa herida.

—Antes necesito quitarme la armadura. Ocelote me dio una cuchillada. Luego lo maté. Coll sigue vivo, al menos que yo sepa. ¿En qué día estamos?

—Sigue siendo el mismo día —respondió Murillio mientras ayudaba a su amigo a quitarse la armadura de placas—. Seguimos fieles al calendario, aunque a juzgar por toda esta sangre diría que no te enfrentarás en duelo a Orr en la fiesta de dama Simtal. Yo me encargaré.

—Es una idea absurda —gruñó Rallick—. Conseguirás que te maten, y Turban Orr se irá de rositas, respaldando a dama Simtal y con el poder suficiente como para impedir que Coll recupere lo que le pertenece.

Murillio no replicó mientras retiraba el acolchado de cuero para airear la herida.

—¿De dónde ha salido toda esa sangre que llevas encima? —preguntó—. No veo nada, aparte de una cicatriz que a juzgar por su aspecto parece haberse cerrado hace una semana.

—¿Cómo? —Rallick tanteó el lugar donde la hoja de Ocelote le había alcanzado. Lo sintió blando y le dolió en los extremos—. Diantre —masculló—. En fin, dame un paño para que pueda limpiar todo el polvillo.

Murillio se acuclilló visiblemente confundido.

—¿Qué polvillo?

—El que tengo en la cara —aclaró Rallick, que miró ceñudo a su amigo. Murillio se acercó a él.

—¡El polvillo de amortiguación mágica de Baruk! —soltó el asesino—. ¿Cómo diantre crees tú que me las he apañado para acabar con Ocelote?

—Tienes la cara limpia, Rallick —replicó Murillio—, pero te traeré el paño si eso te hace feliz. Al menos podremos limpiar los restos de sangre seca.

—Dame un espejo antes —pidió.

Murillio encontró un espejo y permaneció observando a Rallick mientras éste inspeccionaba su lívido reflejo con el ceño fruncido.

—Vaya, esa expresión tuya viene a confirmármelo.

—¿A confirmarte qué? —preguntó el asesino en tono amenazador.

—Pues que eres tú, Rallick —respondió Murillio con un encogimiento de hombros—. Será mejor que descanses un rato. Has perdido mucha sangre. Voy a buscar a la Anguila, a decirle un par de cosas.

—¿Sabes quién es la Anguila?

Murillio se dirigió a la puerta.

—Tengo una corazonada. Si puedes andar, cierra la puerta cuando salga, ¿quieres?

Kruppe se secó el sudor de la frente con un pañuelo que había conocido tiempos mejores.

—Kruppe ha explicado cada detalle como mínimo un millar de veces, maese Baruk —se quejó—. ¿No va a acabar nunca este tormento? Mire por esa ventana. ¡Ha transcurrido un día entero!

El alquimista permanecía sentado, con una mirada ceñuda clavada en sus zapatillas. De vez en cuando movía los dedos de los pies. Era como si hubiera olvidado la

presencia de Kruppe en la estancia, y así había sido durante aquella última hora, por mucho que Kruppe hablara.

—Maese Baruk —insistió Kruppe—, ¿puede retirarse tu leal servidor? Aún no se ha recuperado del horroroso viaje? los eriales de oriente. La mente de Kruppe se ve asediada por una sucesión de imágenes de cordero asado, patatas, cebolla y zanahoria frita, mejillones al ajillo, dátiles, queso, pescadito ahumado y una buena jarra de vino. A semejante estado se ve reducido, pues su mundo tan sólo atiende a los dictámenes del estómago…

—Durante el último año —se pronunció Baruk lentamente— un agente de la Anguila, a quien conozco por el nombre de Rompecírculos, me ha estado proporcionando información vital acerca del concejo de la ciudad.

Kruppe cerró la boca de manera audible.

—Entra dentro de mi capacidad averiguar cuando quiera la identidad del tal Rompecírculos. Dispongo de docenas de misivas escritas de su puño y letra, y me las apañaría sólo con uno de sus pergaminos. —Baruk levantó la mirada, que clavó en la repisa de la chimenea—. Estoy considerando la posibilidad de hacerlo —confesó—. Debo hablar con esa Anguila. Hemos llegado a una encrucijada vital en la vida de Darujhistan, y debo conocer los propósitos de la Anguila. Podríamos aliarnos, compartir toda la información de que disponemos, y quizá salvar la vida de esta ciudad. Quizá.

Kruppe se aclaró la garganta y volvió a secarse el sudor de la frente. Dobló con sumo cuidado el pañuelo apoyado en su regazo y luego lo hundió en la manga.

—Si quieres que transmita ese mensaje —dijo en voz baja—, Kruppe puede hacer ese favor a maese Baruk.

Baruk se volvió tranquilamente hacia Kruppe. —Gracias. ¿Cuándo tendré la respuesta? —Esta noche —respondió Kruppe.

—Excelente. Admito que me resistía a la idea de comprometer al tal Rompecírculos, de modo que tu oferta me parece la mejor. Ya puedes retirarte, Kruppe.

Kruppe inclinó la cabeza y se levantó del sillón. —Hasta esta noche, pues, maese Baruk.

Coll dormía mientras los hombres presentes en la habitación seguían discutiendo. Mazo dijo que podía pasar días enteros durmiendo, pues la puerta del Embozado se había cerrado para él.

Paran se sentía frustrado. Encontraba lagunas en las explicaciones de Whiskeyjack. Los saboteadores habían seguido adelante con el plan de colocar las minas, y Whiskeyjack parecía igual de dispuesto a seguir adelante con el de detonarlas. Es más, los esfuerzos para contactar con la Guilda de asesinos parecían ir encaminados a ofrecer un contrato a los auténticos regentes de Darujhistan. Todo esto no coincidía con la idea que Paran tenía de cómo debía ser una rebelión a gran escala, capaz de contagiar todo un continente. ¿Buscaría Dujek sellar alianzas puntuales?

A medida que el sargento expuso la situación, Paran fue reuniendo información que le permitió empezar a entrever una suerte de entramado. Rompió el silencio que había guardado durante una hora y se dirigió a Whiskeyjack.

—Sigues queriendo perjudicar a Darujhistan, y no dejo de pensar en eso. Ahora creo haber entendido por qué. —Observó la expresión neutra de Whiskeyjack—. Lo que pretendes es abrir esta ciudad como si fuera un melón: caos en las calles y un gobierno decapitado. Todos los prohombres del lugar asomarían para matarse entre sí. ¿Qué nos deja eso? —Paran se inclinó hacia delante con una mirada fría—. Dujek dispone de un ejército de diez mil

soldados a punto de declararse en rebeldía del Imperio. Mantener a tantos hombres es un negocio muy caro. Alojarlos, aún más. Dujek sabe que Pale tiene los días contados. Caladan Brood marcha en este momento por la llanura de Rhivi. ¿Cuán cerca están los moranthianos de abandonar el Imperio a su suerte? Puede que hayan planeado llevar a cabo un movimiento que redunde en su propio interés… Tayschrenn en Pale: puede que el viejo Unbrazo lo maneje, puede que no. ¿Voy muy desencaminado hasta ahora, sargento?

Whiskeyjack se volvió hacia Kalam y luego se encogió de hombros.

—Continúa —dijo a Paran.

—Darujhistan cae presa del pánico. Nadie sabe nada. Dujek entra en la ciudad seguido por un ejército rebelde. Una vez aquí, endereza la situación. En su regazo cae un tesoro sin igual, y va a necesitarlo si quiere plantar batalla a todo cuanto la emperatriz arroje sobre él. De modo que, después de todo, la ciudad acaba conquistada. Me gusta. —Y se recostó en la silla.

—No está mal —admitió Whiskeyjack sonriendo al ver la sorpresa dibujada en los rostros de Mazo y Kalam—. Con una salvedad. Algo —y miró fijamente a Paran— que podría aliviar la sensación que el capitán tiene de que se va a cometer traición, si no su decepción o rabia.

—Sorpréndeme —desafió el joven con una sonrisa torcida.

—De acuerdo, capitán. La verdad es que no nos importa una mierda que la emperatriz vaya a por nosotros. No dispondrá de muchos efectivos, puesto que dentro de unos días Siete Ciudades proclamará su independencia. Todo se precipita, capitán. En todas partes. De modo que ¿por qué íbamos a mantener nuestro ejército? Fíjate en el sur. Algo

se cuece ahí, algo tan feo que empequeñecerá a los imass como si fueran gatitos. Cuando digo que tenemos problemas, no me refiero sólo a Genabackis, me refiero al mundo. Vamos a tener que luchar, capitán, y por eso necesitamos Darujhistan.

—¿Qué pasa al sur? —preguntó Paran, escéptico.

—El Vidente Painita —respondió Kalam, con un tono de temor en la voz—. O sea, que los rumores son ciertos. El Vidente ha proclamado la guerra santa. El genocidio ha empezado.

—Explícaselo —pidió Whiskeyjack al tiempo que se ponía en pie—. A ser posible tenemos que ponernos en contacto con la Guilda. El Embozado sabe que nos hemos mostrado abiertamente en esa condenada taberna. Aunque puede que sea eso lo que pretenden. —Miró a Paran—. Capitán, no creo que la Consejera Lorn sepa que sigues con vida. ¿Y tú, lo sabes?

—No.

—¿Podrías aguardar aquí a que te llamemos? Paran miró de reojo a Kalam y asintió.

—Estupendo. Vamos allá, Mazo.

—Al menos habremos perdido dos días —comentó Lorn, agradecida por el descenso de la temperatura—. Los caballos están sedientos.

Tool permanecía cerca del maltrecho mojón observando a la Consejera, que preparaba los caballos para el viaje a Darujhistan.

—¿Cómo evoluciona la herida, Consejera?

—Casi está curada —respondió—. La otaralita produce ese efecto en mí. —Mi labor ha terminado —dijo el imass—. Si tienes intención de acompañarme después de haber

completado tu misión, aquí me encontrarás durante los próximos diez días. Quiero observar a ese tirano jaghut: aunque él no pueda verme, no interferiré. Todos mis anhelos de éxito te acompañan, Consejera.

Lorn montó y observó desde la silla al imass.

—Te deseo suerte en tu búsqueda, Onos T'oolan.

—Ese nombre ya no me corresponde. Ahora soy Tool.

Ella sonrió, tomó las riendas y espoleó a la montura, que partió seguida del caballo de carga. En cuanto se librara del finnest volcaría sus habilidades en descubrir al portador de la moneda. Hasta el momento, no se había permitido el lujo de pensar en Oponn. Había tenido preocupaciones más inmediatas que atender, como Lástima, por ejemplo.

Sintió una intensa punzada de arrepentimiento al pensar en el capitán Paran. Él hubiera facilitado mucho su labor, posiblemente la hubiera endulzado. Aunque siempre le había parecido demasiado severo, cada vez más amargado, debía admitir que se había sentido atraída por él. Pudo haber resultado algo de ello.

—En fin —suspiró mientras espoleaba al caballo colina arriba—, la muerte nunca forma parte de los planes de nadie.

Los cálculos de Tool le daban dos días de margen, como mucho. Luego el jaghut despertaría del todo y abandonaría el túmulo. Tendría que ocultar el finnest en lugar seguro mucho antes de esa fecha. Ansiaba encontrarse con Lástima, y de forma instintiva rozó con la mano el pomo de la espada. Matar a un sirviente de Sombra, quizá a la mismísima Cuerda. No había palabras para describir lo complacida que se sentiría la emperatriz.

Comprendió que las dudas que la habían acosado, nacidas al amparo de las oscuras alas del conocimiento, permanecían latentes. ¿Consecuencia del tiempo que había

pasado en el túmulo? Era más probable que se debiera a la bellota que guardaba en el bolsillo. Puede que se debiera a ambos factores. *Cuando llegue el momento de entrar en acción, todas las dudas serán descartadas.* Se conocía a sí misma y sabía cómo controlar todo lo que guardaba dentro. Años de entrenamiento, disciplina, lealtad y deber. Las virtudes de un soldado.

Estaba preparada para llevar a cabo la misión, y al comprenderlo desapareció el peso que sentía sobre los hombros. Picó espuelas y el caballo emprendió el galope.

Azafrán estiró la cabeza, con los ojos entornados para penetrar en la oscuridad.

—Arriba del todo —dijo—. Desde allí podremos ver toda la ciudad. Apsalar observó las escaleras con la duda en la mirada. —Está muy oscuro —dijo—. ¿Estás seguro de que esa torre está abandonada? Me refiero a esas historias de fantasmas que contaba mi padre; a los monstruos no muertos que moran en lugares en ruinas. —Miró a su alrededor con los ojos muy abiertos—. Lugares como éste.

—El dios K'rul lleva muerto millares de años —gruñó Azafrán—. Además, aquí nunca viene nadie, de modo que ya me dirás qué iban a hacer todos esos monstruos con tanto tiempo libre. ¿Qué iban a comer? ¡Dime! Menudas tonterías. —Caminó al pie de la escalera de caracol—. Ven, la vista lo vale.

Vio subir a Azafrán y se apresuró tras él antes de perderlo de vista. Lo que al principio parecía una impenetrable oscuridad, pronto adquirió una tonalidad grisácea, y Apsalar se sorprendió al verse capaz de discernir incluso los detalles más nimios. Lo primero que vio fueron los frescos tiznados de hollín de la pared de la

izquierda. Cada panel de piedra tenía una anchura equivalente a un peldaño, y se alzaba unas tres varas, en una sucesión dentada que imitaba el trazado de las escaleras—. Azafrán, hay una historia pintada en esta pared —susurró.

—¡No seas ridícula! —se burló él—. No podrías verte la mano aunque la tuvieras delante de las narices.

¿No?, pensó ella.

—Espera a llegar arriba —continuó él—. A estas alturas, las nubes que vimos antes, las que tapaban la Luna, habrán pasado.

—Los peldaños están como húmedos —constató Apsalar.

—Se habrá filtrado el agua de la lluvia —replicó exasperado.

—No —insistió la muchacha—. Es denso… y pegajoso.

—¿Podrías callarte un rato? Casi hemos llegado.

Salieron a una plataforma bañada por la argéntea luz de la luna. Cerca de una de las paredes bajas, Azafrán vio un hatillo de ropa.

—¿Y eso qué es? —preguntó—. Por lo visto aquí arriba ha acampado alguien.

—¡Un cadáver! —exclamó Apsalar ahogando un grito.

—¿Cómo? —siseó Azafrán—. ¡Otro no! —Se acercó apresuradamente al bulto y se acuclilló junto a él—. ¡Bendito sea Mowri, a este hombre lo han acuchillado en un ojo!

—Ahí hay una ballesta.

—Un asesino —gruñó—. Vi a uno como éste asesinado en este mismo lugar la semana pasada. Hay una guerra de asesinos. Ya se lo dije a Murillio y Kruppe.

—Mira la Luna —dijo Apsalar en voz muy baja desde el otro lado de la plataforma.

Azafrán reprimió un escalofrío. Aún sorprendía esa frialdad en la voz de la muchacha.

—¿Cuál de ellas? —preguntó al levantarse.

—La que brilla, ¿cuál sino?

Azafrán observó atentamente Engendro de Luna, desobedeciendo las indicaciones de Apsalar. Emanaba un leve fulgor rojizo, cosa que no había visto nunca antes. El miedo se instaló en su estómago. Luego abrió los ojos como platos. Cinco enormes formas aladas parecieron surgir de la cara de Luna, en dirección nordeste. Pestañeó y desaparecieron.

—¿Ves los océanos? —preguntó Apsalar.

—¿Qué? —Azafrán se volvió.

—Sus océanos. El mar de Grallin. Es el más extenso. El señor de las Aguas Profundas que vive allí se llama Grallin. Se dedica a cuidar de sus preciosos jardines submarinos. Grallin vendrá un día a nuestro mundo. Reunirá a los escogidos y se los llevará a ese lugar. Y nosotros viviremos en esos jardines, al calor del fuego, y nuestros hijos nadarán como delfines, y seremos felices porque no habrá más guerras ni imperios, ni espadas ni escudos. Oh, Azafrán, será maravilloso, ¿no crees?

Veía el perfil de su figura y la contempló largamente.

—Claro —respondió en voz baja—. ¿Por qué no? —Y entonces, en su fuero interno, se planteó esa misma pregunta, aunque por un motivo diferente. *¿Por qué no?*

Libro Séptimo



La Fiesta

La desolladura de Fander, la Loba de Invierno, señala
el alba de Gedderone. Las sacerdotisas corren
por las calles, con tiras de piel de lobo en las manos.
Se despliegan los pendones. Los olores y ruidos
del mercado se elevan en el aire matinal. Se llevan
máscaras, los ciudadanos olvidan las preocupaciones
y bailan todo el día y toda la noche.
Ha renacido la dama de la Primavera,
y es como si los mismísimos dioses contuvieran el aliento...

Rostros de Darujhistan
Maskral Jemre (n. 1101)

Capítulo 20



Se dice que la sangre de
matrona es como hielo traído a este mundo,
alumbramiento de dragones,
y este río del destino que fluye
y que trajo la luz a la oscuridad, la oscuridad a la luz,
revelando finalmente con fría, fría mirada
a los hijos del caos...

Hijos de T'matha
Heboric

Murillio se preguntó de nuevo por la herida de Rallick. Ya había llegado a la conclusión de que fuera cual fuese el polvillo amortiguador de magia utilizado por el asesino, había sido precisamente esa sustancia la responsable de la curación. Sin embargo, había perdido mucha sangre, y Rallick necesitaría tiempo para recuperar las fuerzas, tiempo del que no disponían. ¿Sería capaz el asesino de acabar con Orr?

En respuesta a esa pregunta, Murillio llevó la mano a la ropera que ceñía al costado. Recorrió la calle desierta, abriéndose paso entre la bruma que, como una capa incandescente, cubría las calles iluminadas por la luz de gas. Faltaban aún dos horas para el alba. Tal como dictaba la costumbre daru, las celebraciones de año nuevo

empezarían al amanecer y se extenderían a lo largo del día, hasta bien entrada la noche.

Caminó por la ciudad silenciosa, como si fuera el último ser vivo en huir de los tumultos del pasado año, como si compartiera el mundo con los fantasmas que se había cobrado el año. Los Cinco Colmillos ocupaban su lugar en el antiguo ciclo, y en su lugar llegaba el año de las Lágrimas de Luna. Murillio se preguntó por los arcanos y oscuros significados de aquellos nombres. Un enorme disco de piedra en el Pabellón de la Majestad señalaba el ciclo de la edad y ponía nombre a cada año, regido por misteriosos mecanismos dinámicos.

De niño creía que la rueda giraba lentamente por medios mágicos a medida que transcurría el año, y que cada año nuevo se alineaba con el amanecer, ya estuviera el cielo cubierto o despejado. Mammot le había explicado en una ocasión que la rueda era, de hecho, una especie de máquina. Darujhistan la recibió hace un millar de años, obsequio de un hombre llamado Icarium. Mammot creía que Icarium tenía sangre jaghut. Según parece montaba un caballo jaghut, y un trell cabalgaba a su lado, lo que en opinión de Mammot constituía una prueba más que suficiente, eso por no mencionar aquella maravillosa rueda, ya que los jaghut eran conocidos por su destreza en ese tipo de creaciones.

Murillio se preguntó por el significado de los nombres que tenían los años. La estrecha relación entre los Cinco Colmillos y las Lágrimas de Luna encerraba una profecía, o eso aseguraban los videntes. Los colmillos del jabalí Tenneroca llevaban por nombre Odio, Amor, Risa, Guerra y Lágrimas. ¿Cuál de los colmillos había resultado determinante durante el año pasado? El título del año entrante servía a modo de respuesta. Murillio se encogió de

hombros. No tenía mucha confianza en la astrología, que siempre juzgaba con cierto escepticismo. ¿Cómo alguien que había vivido hacía un millar de años, fuera jaghut o no, fue capaz de predecir todo aquello?

Aun así, tenía que admitir ciertas dudas. La llegada de Engendro de Luna arrojaba una nueva luz sobre el nombre del año entrante, y sabía que los estudiosos del lugar, sobre todo aquellos que se movían en los círculos de la nobleza, se habían convertido en un grupo inquieto e impaciente. Todo lo contrario de su actitud normal de altivez.

Murillio dobló una esquina al acercarse a la taberna del Fénix y tropezó con un hombre bajito y gordo vestido con una casaca roja. Ambos gruñeron, y las tres cajas enormes que llevaba el otro cayeron entre ambos, y se desperdigó su contenido al caer.

—¡Vaya, Murillio, menuda suerte la de Kruppe! Aquí termina tu búsqueda, en este húmedo y oscuro callejón al que ni siquiera las ratas asoman el hocico. ¿Qué? ¿Sucede algo, buen Murillio?

Éste contempló los objetos diseminados sobre el empedrado. Lentamente, preguntó:

—¿Para qué es todo esto, Kruppe?

Kruppe dio un paso y miró ceñudo las tres máscaras de delicada factura.

—Obsequios, amigo Murillio, ¿qué otra cosa iban a ser? Para ti y para Rallick Nom. Después de todo —añadió dedicándole una sonrisa beatífica—, la fiesta de dama Simtal requiere que dispongáis de la mejor artesanía, de los más sutiles diseños realizados con propósitos irónicos. ¿Crees que el gusto de Kruppe es lo bastante generoso? ¿Temes ser ridiculizado?

—Esta vez no vas a distraerme —gruñó el dandi—. Antes que nada, aquí no hay dos máscaras, sino tres.

—¡Por supuesto! —respondió Kruppe, que se agachó para recoger una de ellas. Sacudió las manchas de barro de la superficie pintada—. Ésta de aquí es la de Kruppe. Buena elección, sostiene Kruppe, no sin cierto aplomo.

—Tú no vas a ir —dijo Murillio.

—¿Cómo? Pues claro que Kruppe irá. ¿Acaso crees que dama Simtal haría acto de presencia, sabiendo que su amigo de toda la vida, Kruppe el Primero, no acudirá a su fiesta? Vaya, se marchitaría de vergüenza.

—¡Pero si ni siquiera la conoces!

—Eso no es relevante para la argumentación de Kruppe, amigo Murillio. Kruppe ha estado relacionado con la existencia de Simtal desde hace muchos años. Tal relación tan sólo se ve favorecida, no, mejorada, por el hecho de que ella no conoce a Kruppe, ni Kruppe la conoce a ella. Y, como postrer argumento, destinado a poner punto y final a esta discusión —y sacó de la manga un pergamino atado con una lazo de seda azul—, he aquí la invitación, firmada por la propia dama Simtal.

Murillio hizo ademán de arrebatársela de las manos, pero Kruppe ya la había devuelto al interior de la manga.

—Rallick te va a matar —dijo Murillio.

—Paparruchas. —Kruppe se puso la máscara—. ¿Cómo iba el muchacho a reconocer a Kruppe?

Murillio observó aquel cuerpo rechoncho, la ajada casaca roja, las bocamangas deshilachadas y los grasientos ricitos de pelo aplastados en la cabeza.

—Olvídalo —dijo con un suspiro.

—Excelente. Y ahora te ruego que aceptes estas dos máscaras, obsequios de vuestro amigo Kruppe. Se ha ahorrado un viaje, y Baruk no tendrá que esperar más a recibir cierto mensaje secreto que no debe ser mencionado. —Devolvió la máscara al interior de la caja y se giró para

contemplar el cielo—. A la residencia del alquimista, pues. Buenas tardes, amigo…

—Aguarda un instante. —Murillio asió a Kruppe del brazo y lo obligó a volverse—. ¿Has visto a Coll?

—Claro. Disfruta de un profundo sueño reparador tras sus aventuras. Lo curaron mágicamente, eso me contó Sulty. Lo hizo un extraño. A Coll lo trajo a la ciudad otro extraño, que no es el mismo, que encontró a un tercer extraño que, a su vez, volvió acompañado de un quinto extraño acompañado por el extraño que curó a Coll. Así son las cosas, amigo Murillio. Sucesos extraños, no lo negarás. Y ahora, Kruppe debe despedirse. Buena suerte, amigo…

—Espera —gruñó Murillio. Se volvió para mirar a su alrededor. La calle seguía vacía cuando se acercó a medio paso de Kruppe—. He llegado a ciertas conclusiones, Kruppe. Rompecírculos se puso en contacto conmigo y eso fue definitivo. Sé quién eres.

—¡Aaaay! —exclamó Kruppe retrocediendo—. ¡En tal caso, no lo negaré! ¡Es cierto, Murillio, Kruppe no es sino dama Simtal, astutamente disfrazada!

—¡No es momento de bromas! Ni de distracciones. Eres la Anguila, Kruppe. Toda esa cháchara, todo esa facha de ratón espantado que gastas tan sólo forma parte del papel, ¿verdad? Tienes a media ciudad en el bolsillo, Anguila.

Con los ojos abiertos desmesuradamente, Kruppe se sacó un pañuelo de la manga y se secó el sudor que le empañaba la frente en forma de auténticos goterones que caían sobre el empedrado, seguido de inmediato por un torrente de agua que salpicó la piedra.

Murillio rompió a reír.

—Ahórrate esos hechizos infantiles, Kruppe. Hace mucho que te conozco, ¿recuerdas? Te he visto antes lanzar encantamientos. Has engañado a todo el mundo, pero a mí

no me engañas. No voy a contarlo por ahí, no tienes que preocuparte por ello. —Sonrió—. Claro que si no lo cantas todo, aquí y ahora, es más que probable que me enfade.

Con un suspiro, Kruppe devolvió el pañuelo al interior de la manga.

—Inapropiado enfado —aseguró agitando una de sus manos, en la que mariposeaban los dedos gordezuelos.

Murillio pestañeó levemente aturdido. Se llevó una mano a la frente y arrugó el entrecejo. ¿De qué diantre estaban hablando? En fin, no podía ser nada importante.

—Gracias por las máscaras, amigo mío. Estoy convencido de que nos serán de mucha utilidad. —Su frente se arrugó aún más. Qué comentario más estúpido acababa de hacer. Ni siquiera estaba enfadado por el hecho de que Kruppe lo hubiera descubierto todo. O porque fuera a acudir a la fiesta. ¡Qué raro!—. Qué bien que Coll se encuentre mejor, ¿verdad? En fin —masculló—, será mejor que vaya a ver cómo anda Rallick.

Kruppe asintió con una sonrisa en los labios.

—Hasta la fiesta, pues, y te deseo todo lo mejor, Murillio, el mejor y más querido amigo de Kruppe.

—Buenas noches —respondió Murillio al tiempo que se volvía para desandar el camino. Notaba cierta falta de sueño; por lo visto, empezaba a acusar las noches que había pasado despierto hasta tarde. Eso sí era un problema—. Claro —murmuró para sí antes de echar a andar.

Cada vez más sombrío, Baruk estudió al tiste andii, que estaba sentado a sus anchas en el sillón situado frente a él.

—No creo que sea buena idea, Rake.

—Si lo he entendido correctamente —dijo el tiste andii, con una ceja enarcada—, la celebración contempla la

posibilidad de llevar puesto un disfraz. ¿Temes acaso que demuestre mi mal gusto?

—No me cabe la menor duda de que tu atuendo será de lo más adecuado —respondió cortante Baruk—. Sobre todo, si escoges el disfraz de caudillo tiste andii para la fiesta. Lo que me preocupa es el concejo. No todos son igual de idiotas.

—Me sorprendería que lo fueran —admitió Rake—. De hecho, me gustaría que me señalaras a los más astutos. No veo cómo ibas a refutar mi sospecha de que hay miembros del concejo decididos a allanar el camino de la emperatriz, por un precio, claro. A cambio de poder, por ejemplo. Los nobles que participan de los tratos comerciales sin duda babean ante la sola idea de abrir el mercado al Imperio. ¿Voy muy desencaminado, Baruk?

—No —admitió hosco el alquimista—. Pero eso lo tenemos bajo control.

—Ah, sí. Lo que me recuerda mi otro motivo para acudir a esa fiesta de dama Simtal. Como dijiste, el poder de la ciudad se reunirá allí. Supongo que eso también incluye a los magos que forman parte de tu cábala de T'orrud.

—Algunos acudirán, sí —admitió Baruk—. Pero debo decirte, Anomander Rake, que tus tejemanejes con la Guilda de asesinos ha hecho que algunos de ellos se muestren reticentes ante nuestra alianza. No verían con buenos ojos tu presencia allí.

Rake respondió con una sonrisa.

—¿Hasta el punto de revelar dicha relación a los astutos miembros del concejo? No lo creo. —Se levantó con suma agilidad—. No, me gustaría asistir a esa fiesta. Mi pueblo no suele disfrutar de dichas celebraciones. Hay veces en que me canso de su adusta forma de ser.

Baruk clavó la mirada en el tiste andii.

—Sospechas que se producirá una convergencia, ¿verdad? Una reunión de poderes, como alfileres metálicos atraídos por un imán.

—Con tanto poder reunido en un mismo lugar, es más que probable, sí —admitió Rake—. Preferiría estar cerca en tales circunstancias. —Sostuvo la mirada de Baruk con ojos cuyo color osciló del verde al ámbar—. Además, si esta gala se ha anunciado tal como sugieres, sabrán de él los agentes que el Imperio tiene en la ciudad. Si pretenden atravesar el corazón de Darujhistan con una daga, no creo que vaya a presentarse una oportunidad mejor.

Baruk apenas logró contener un escalofrío.

—Han contratado más guardias. Si actuara una Garra del Imperio, tendrían que enfrentarse a unos cuantos magos de T'orrud. —Lo consideró unos instantes y, al cabo, sacudió la cabeza y añadió—: De acuerdo, Rake. Simtal te admitirá si te llevo de acompañante. ¿Llevarás un disfraz que resulte efectivo?

—Por supuesto.

Baruk se puso en pie y se acercó a la ventana. El cielo había empezado a clarear.

—Y así empieza —susurró.

—¿Qué empieza? —preguntó Rake, que se había acercado a su lado.

—El año nuevo —respondió el alquimista—. Adiós a los Cinco Colmillos. El amanecer que ves señala el nacimiento del año de las Lágrimas de la Luna.

Anomander Rake dio un respingo.

—Sí, lo sé —dijo Baruk, a quien no había escapado aquel sobresalto—. Una coincidencia inusual, aunque yo le daría poco crédito. Los títulos se establecieron hace un millar de años, por alguien que visitaba estas tierras.

Cuando Rake se pronunció, sus palabras surgieron en forma de furioso susurro.

—Los regalos de Icarium. Reconozco su estilo. Cinco Colmillos, Lágrimas de la Luna, la Rueda también es suyo, ¿verdad?

Baruk ahogó una exclamación de asombro. Tenía en mente una docena de preguntas que hacer, pero el otro continuó hablando:

—En el futuro, te sugiero que prestes atención a los obsequios de Icarium, a todos sin excepción. Un millar de años no es tanto tiempo, alquimista. No tanto. Icarium me visitó por última vez hará ochocientos años, en compañía del trell Mappo y de Osric (u Osserc, tal como lo llamaban los fieles del lugar). —Rake sonrió con cierta amargura—. Creo recordar que Osric y yo discutimos, y sólo Brood pudo separarnos. Era una vieja disputa… —Sus ojos de almendra adoptaron una tonalidad grisácea. Guardó silencio, mientras permanecía sumido en el recuerdo.

Llamaron a la puerta y ambos se volvieron para ver entrar a Roald, que se inclinó ante ellos.

—Maese Baruk, Mammot ha despertado y parece encontrarse perfectamente. Además, su agente Kruppe ha entregado un mensaje verbal. Dice que lamenta no poder entregarlo en persona. ¿Quiere recibirlo ahora?

—Sí —respondió Baruk.

—La Anguila se pondrá en contacto la víspera de este día —repitió Roald tras inclinarse levemente—. En la fiesta de dama Simtal. La Anguila considera fascinante la perspectiva de compartir la información y de cooperar. Eso es todo.

—Excelente. —Baruk parecía muy satisfecho.

—¿Quiere que le traiga a Mammot?

—Si puede andar…

—Así es. Aguarde un instante. —Roald salió.

—Tal como dije —rió el alquimista—, ahí estará todo el mundo, y en este caso todo el mundo parece ser el término más apropiado. —Su sonrisa se hizo aún más pronunciada al ver la expresión intrigada de Rake—, La Anguila, señor mío. Maestro de espías en Darujhistan, el hombre sin rostro.

—Un enmascarado —apuntó el tiste andii.

—Si mis sospechas van bien encaminadas —dijo Baruk—, la máscara no ayudará mucho a la Anguila.

Se abrió de nuevo la puerta y entró Mammot, que por su aspecto rebosaba energía. Saludó a Baruk.

—Retirarse fue más sencillo de lo que esperaba —dijo sin mayores preámbulos. Luego clavó una mirada febril en Anomander Rake y sonrió antes de inclinar la cabeza levemente—. Saludos, señor. He estado esperando este encuentro desde que Baruk nos habló de la oferta de formar una alianza. Rake se volvió a Baruk con una ceja enarcada.

—Mammot forma parte de la cábala de T'orrud —explicó el alquimista, que enseguida se volvió de nuevo al anciano —. Nos tenías muy preocupados, amigo mío, entre otras cosas por la hechicería ancestral que envuelve al túmulo.

—Me vi atrapado un tiempo —admitió Mammot—, pero en los bordes más externos de la influencia de Omtose Phellack. Una atención latente se reveló como el método más eficaz de actuar, puesto que quien dentro se removía no reparó en mí.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó tenso Baruk.

—Dos, quizá tres días. Incluso para un tirano jaghut, supone un esfuerzo tremendo volver a la vida. —Mammot reparó en la repisa—. Oh, ahí está la jarra de vino, como es

costumbre. Espléndido. —Se acercó a la repisa—. ¿Tienes alguna noticia de mi sobrino, por cierto?

—No. ¿Debería? —preguntó ceñudo Baruk—. La última vez que lo vi fue… ¿Hace cinco años?

—*Mmm*. —Mammot estaba encantado con el vino y levantó la copa para mirarlo a contraluz—. En fin, Azafrán ha crecido un poco desde entonces, eso te lo aseguro. Espero que esté bien. La última vez que lo…

—¿Qué? —preguntó de pronto Baruk levantando la mano y dando un paso hacia él—. ¿Azafrán? ¡Azafrán! —El alquimista se rascó la frente—. Oh, ¡qué estúpido he sido!

—Ah, te refieres a ese asunto del portador de la moneda, ¿verdad? —preguntó Mammot, en cuya mirada brillaba la sabiduría.

—¿Lo sabías? —preguntó Baruk, sorprendido.

A un lado, con sus ojos gris carbón atentos a Mammot, Rake dijo en un tono peculiarmente neutro:

—Mammot, disculpa la interrupción. ¿Asistirás a la fiesta de dama Simtal?

—Pues claro.

—Muy bien —dijo Rake, que parecía esperar esa respuesta. Sacó del cinto los guantes de cuero—. Entonces hablaremos.

Baruk no tuvo tiempo de pensar en la súbita despedida de Rake. Fue el primer error que cometió ese día.

Sin dejar de gritar, una mujer con la cabeza afeitada y túnica larga franqueó las puertas a la carrera, con un jirón de pelo castaño ondeándole en la mano. La Consejera Lorn retrocedió para dejar pasar a la sacerdotisa. Se volvió para ver cómo ésta se arrojaba contra la muchedumbre. El festival había superado ya las murallas de Darujhistan, y la

calle mayor de Congoja había sido tomada por el gentío. Allí había pasado la última media hora intentando abrirse paso a empellones hacia las puertas.

Con aire ausente acarició la espada ropera que llevaba colgada al hombro. El viaje al túmulo parecía haber perjudicado el ritmo de curación de la herida, y un dolor lacerante, frío como el hielo que cubría los túneles del interior del túmulo, se había instalado bajo el corte. Al ver a los dos guardias apostados en la puerta, se acercó con cautela.

Sólo uno de ellos pareció prestarle algo de atención, aunque apenas la miró de reojo antes de centrar de nuevo la atención en la muchedumbre de Congoja. Lorn entró en la ciudad sin el menor problema, como una viajera más de las que acudían a disfrutar de los festejos de la primavera.

Ya en el interior, la calle se dividía al pie de una colina chaparra, en cuya cima se alzaba un templo con su torre medio en ruinas. A su derecha, otra colina, coronada por un jardín, a juzgar por la ancha escalera que conducía a la cima, por la que asomaban las copas de los árboles, así como pendones y lazos atados a las ramas o a las lámparas de gas.

Lorn sabía dónde debía buscar; tenía esa capacidad innata e infalible. En cuanto hubo dejado atrás las colinas, pudo ver la muralla interna. El sargento Whiskeyjack y su pelotón se hallaban en algún lugar tras esa muralla, en la parte baja de la ciudad. Lorn continuó a caballo por entre la multitud, con una mano en la cintura, mientras con la otra se aplicaba un suave masaje a la herida.

El guardia de Congoja se apartó de la muralla en la que había estado apoyado y echó lentamente a andar en

círculos. Se detuvo un instante para ajustarse el yelmo y correr la hebilla un agujero.

El otro guardia, un hombre ya veterano, bajito y con las piernas arqueadas, se acercó a él.

—¿Te ponen nervioso esos insensatos? —preguntó con una sonrisa torcida en la que había más agujeros que dientes. El primer guardia se volvió a la puerta.

—Hará un par de años casi tuvimos un motín aquí —comentó.

—Lo recuerdo —dijo el veterano—. Hubo que desencapuchar las alabardas y hacerles algún que otro rasguño. Enseguida se fueron con viento fresco, y no creo que hayan olvidado la lección. Yo en tu lugar no me preocuparía mucho. Éste no es tu puesto habitual, ¿verdad?

—No, sustituyo a un amigo.

—¿Qué turno tienes?

—De medianoche a la tercera campanada en la Barbacana del Déspota —respondió Rompecírculos. Volvió a ajustarse el yelmo con la esperanza de que ciertas miradas discretas hubieran reparado en el gesto. La mujer que había pasado por ahí hacía unos minutos coincidía perfectamente con la descripción de la Anguila. Rompecírculos sabía que no se equivocaba.

Había mirado al guerrero, vestida de mercenaria, intentando disimular las manchas de sangre de la herida del hombro. La mirada escrutadora de él había sido fugaz. Los años de práctica permitían que fuera suficiente. Había encontrado todo aquello que el mensajero de la Anguila le había pedido que buscara.

—Esa guardia es un infierno —dijo el veterano a su lado, antes de volverse a mirar con ojos entornados al parque del Déspota—. Toda la noche ahí plantado, de pinote hasta que llega el alba. —Sacudió la cabeza—. Esos cabrones nos

hacen trabajar duro últimamente, con esas cosas que dicen de que el Imperio ha infiltrado agentes en la ciudad y eso.

—No irá a mejor —admitió Rompecírculos.

—Aún me quedan tres horas aquí; ¿crees que me darán un rato para reunirme con mi esposa y los niños en el festival? —El veterano lanzó un escupitajo—. De ninguna manera. El viejo Berrunte tiene la obligación de seguir vigilando mientras los demás lo pasan en grande en alguna jodida mansión.

Rompecírculos contuvo el aliento y luego suspiró.

—En la de dama Simtal, imagino.

—Esa misma. Esos cabrones de la concejalía, dándoselas de grandeza y envueltos en una nube de apestoso perfume. Y yo aquí, con llagas en los pies, quieto como una estatua.

Ante aquel golpe de suerte, Rompecírculos no pudo evitar sonreír. El siguiente destino de su compañero era, precisamente, el lugar al que la Anguila quería destinarlo. Es más, el veterano no paraba de quejarse debido a ello.

—Necesitan algunas estatuas —dijo—. Hace que se sientan seguros. —Se acercó a Berrunte—. ¿No le has dicho nada al sargento de las llagas?

—¿Y de qué iba a servir? —se quejó Berrunte—. Él se limita a dar órdenes, no tiene por qué escuchar a nadie.

Rompecírculos miró a la calle como si pensara en algo, luego puso la mano en el hombro del otro y lo miró a los ojos.

—Mira, yo no tengo familia. Para mí, el día de hoy no es muy distinto de los demás. Te sustituiré, Berrunte. La próxima vez que quiera disponer de unas horas libres, tú me cubres y listos.

Los ojos del veterano se empañaron de un sincero alivio.

—Nerruse te bendiga —dijo sonriendo de nuevo—. Trato hecho, amigo mío. ¡Vaya, pero si ni siquiera conozco tu

nombre!

Rompecírculos sonrió y se lo dijo.

Con la fiesta en las calles, el interior del bar de Quip estaba prácticamente desierto. La Consejera Lorn se detuvo en el umbral y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra reinante. Llegaron a sus oídos algunas voces, acompañadas por los golpes secos de las cartas de madera.

Entró en una estancia de techo bajo. Una anciana desmelenada la observaba sin interés tras la barra. En la pared opuesta había una mesa, alrededor de la cual vio a tres hombres sentados. El cobre de algunas monedas lanzaba destellos a la luz de las lámparas, entre los charcos de la cerveza que habían derramado en la mesa. Todos ellos tenían las cartas en la mano.

El que estaba recostado en la pared, uno con un casco de cuero, levantó la mirada y reparó en Lorn. Al verla, le hizo un gesto para que ocupara una silla vacía.

—Siéntate, Consejera —dijo—. ¿Quieres unirte a la partida? Lorn pestañeó y de inmediato disimuló la sorpresa con un encogimiento de hombros.

—No juego nunca —replicó al sentarse en la silla.

El hombre sentado examinaba la mano que le había tocado.

—No me refería a eso —dijo.

El que estaba sentado a su izquierda masculló:

—Se refería a un juego distinto, a eso se refería Seto.

Ella se volvió para observarlo fijamente. Estaba en los huesos, era bajito y tenía unas muñecas que causaban impresión.

—¿Y cómo te llamas, soldado? —preguntó en voz baja.

—Soy Violín. Y el que pierde hasta la camisa es Mazo. Te estábamos esperando.

—Eso me ha parecido entender —replicó secamente Lorn recostando la espalda en la silla—. Caballeros, vuestra inteligencia me tiene impresionada. ¿Anda cerca el sargento?

—Haciendo las rondas —respondió Violín—. Debería entrar por la puerta en unos diez minutos, más o menos. Nos alojamos en la habitación del fondo de esta ratonera. Justo contra la muralla.

—Yo y Seto cavamos un túnel bajo esa jodida muralla. Tiene dos varas de grosor en la base, la muy… Da a una casa abandonada en el distrito Daru —sonrió—. Es nuestra puerta trasera.

—Así que sois los saboteadores. ¿Y Mazo? Eres el sanador, ¿no?

Mazo asintió sin dejar de contemplar las cartas.

—Vamos, Violín —dijo—. Es tu juego; a ver con qué nueva regla nos sales. Violín rebulló en la silla.

—El caballero de la Casa de Oscuridad actúa de comodín —explicó—. También es la primera carta enjugarse, a menos que tengas la Virgen de Muerte. Si puedes hacerte con ella, podrás abrir con la mitad del monte y doblar si ganas la mano.

Mazo jugó la Virgen de Muerte. A continuación, arrojó una solitaria moneda de cobre al centro de la mesa. —Vamos a ello. Violín le sirvió otra carta.

—Ahora nosotros apostamos, Seto, dos de cobre por barba y que del Supremo Infierno salga el Heraldo de Muerte.

Lorn observó el desarrollo de aquel extraño juego. Estaban utilizando una baraja de los Dragones. Increíble. Ese tipo, Violín, inventaba las reglas a medida que avanzaba

la partida, y a pesar de ello se sorprendió prestando atención al modo en que las cartas se fundían unas con otras, formando una especie de urdimbre en la mesa. Fruncía las cejas, pensativa.

—Has hecho huir a ese Mastín con el rabo entre las piernas —dijo Violín señalando la última carta jugada en la mesa, junto a Mazo—. El caballero de la Oscuridad anda cerca, lo presiento.

—¿Y qué hay de esa condenada Virgen de Muerte? —refunfuñó el sanador.

—Ha enseñado los dientes. Echa un vistazo; la Cuerda está ahí mismo, ¿o no? —Violín sirvió una nueva carta—. Y ahí está el mismísimo dragón, con la espada humeando, negra como noche sin luna. Eso es lo que ha hecho huir al Mastín.

—Espera un momento —exclamó Seto colocando una carta encima del caballero de la Oscuridad—. Dijiste que el capitán de Luz se alzaba, ¿no? Violín concentró su atención en la urdimbre.

—Tienes razón, Mazo. Cada uno de nosotros suelta dos de cobre automáticamente. Ese capitán ya está bailando en la sombra del caballero…

—Perdonadme —dijo Lorn en voz alta. Los tres se volvieron para mirarla—. ¿Posees el talento, Violín? ¿Puedes utilizar esa baraja?

Violín arrugó el entrecejo.

—Eso no es asunto tuyo, Consejera. Llevamos años jugando y nadie nos ha puesto un solo pero. Si quieres jugar, dilo. Voy a darte la primera carta.

Antes de que ella pudiera poner una excusa, Violín le sirvió una carta descubierta. Ella la observó con atención.

—Vaya, ¿no os parece extraño? —preguntó Violín—. Es el Trono, pero invertido. Nos debes diez de oro a cada uno, la

paga de un año, menuda coincidencia.

Seto resopló.

—También resulta ser la misma cantidad que recibirán nuestras familias cuando se confirme nuestra muerte. Muchas gracias, Violín.

—Toma la moneda y cierra la boca, anda —soltó Violín—, que aún no hemos muerto.

—Yo aún tengo una carta en la mano —constató Mazo. Violín puso los ojos en blanco. —Vamos a verla, pues. El sanador jugó la carta.

—El Orbe —rió Violín—. El Juicio y una visión verdadera que concluyen la partida. ¿Cómo íbamos a saberlo?

Lorn percibió una presencia a su espalda. Se volvió lentamente y tras ella vio a un hombre barbudo que le sostuvo la mirada con ojos grises, deslucidos.

—Soy Whiskeyjack —se presentó—. Buenos días, Consejera, y bienvenida a Darujhistan. —Encontró una silla vacía y la acercó a la mesa, donde se sentó junto a Seto—. Querrás un informe, ¿verdad? Aún estamos intentando establecer contacto con la Guilda de asesinos. Hemos llevado a cabo toda la labor de zapa, y está dispuesta para cuando recibamos la orden. Hasta el momento, hemos perdido a uno de los miembros del pelotón. En otras palabras, hemos tenido una suerte del carajo. Hay un montón de tiste andii en la ciudad pendientes de nosotros.

—¿A quién habéis perdido, sargento? —preguntó Lorn.

—A la recluta. Se llamaba Lástima.

—¿Muerta?

—Lleva días en paradero desconocido.

Lorn apretó la mandíbula para no soltar un juramento.

—¿De modo que no sabes si ha muerto?

—No. ¿Supone eso un problema, Consejera? Sólo era una recluta. Aunque la hubiera atrapado la guardia, poca

cosa podría haberles contado. Además, no hemos oído nada a ese respecto. Es más probable que unos matones hayan dado cuenta de ella en un callejón oscuro, y eso que hemos recorrido un montón de ratoneras para dar con los asesinos de la Guilda. —Se encogió de hombros—. Es un riesgo con el que hay que vivir, nada más.

—Lástima era una espía —explicó Lorn—. Una espía consumada, sargento. No puedes dar por sentado que un matón acabó con ella. No, no ha muerto. Se oculta porque sabe que iremos a por ella. Llevo tres años tras su rastro. Quiero atraparla.

—Si hubiéramos dispuesto antes de esa información —dijo secamente Whiskeyjack—, podría haberse arreglado, Consejera. Pero te la guardaste, de modo que ahora el asunto corre de tu cuenta. —La observó con una mirada acerada—. Nos pongamos o no en contacto con la Guilda, haremos explotar las minas antes del alba y luego saldremos de aquí.

Lorn se levantó.

—Soy la Consejera de la emperatriz, sargento. A partir de este instante, esta misión queda bajo mi mando. Aceptarás mis órdenes. Toda esta independencia vuestra ha terminado, ¿entendido? —Por un instante, creyó ver un brillo triunfal en la mirada del sargento, pero al observarlo de nuevo tan sólo vio la furia que era de esperar.

—Entendido, Consejera —respondió Whiskeyjack—. ¿En qué consisten tus órdenes?

—Lo digo en serio, sargento —advirtió—. No me importa lo mucho que pueda molestarte. Ahora te sugiero que nos retiremos a un lugar más apartado. —Se levantó—. Tus hombres pueden quedarse aquí.

—Por supuesto, Consejera. Disponemos de la habitación del fondo. Por aquí.

Lorn extendió la mano sobre el cubrecama.

—Esto es sangre, sargento. —Y se volvió para mirarle atentamente mientras Whiskeyjack cerraba la puerta.

—Uno de mis hombres tuvo sus más y sus menos con un hechicero asesino tiste andii —explicó—. Se pondrá bien.

—Eso resulta sumamente extraño, sargento. Todos los tiste andii están con Caladan Brood en el norte —dijo con incredulidad—. ¿No pretenderás decir que el mismísimo señor de Engendro de Luna ha podido abandonar su fortaleza? ¿Con qué objeto? ¿Atrapar a los espías de Malaz? No seas ridículo.

—El cabo Kalam y el mago del pelotón sostuvieron una riña en los tejados con al menos media docena de tiste andii —replicó Whiskeyjack, ceñudo—. El hecho de que mis hombres sobrevivieran hace que resulte poco probable la presencia del señor de Luna en las cercanías de la reyerta, ¿no te parece, Consejera? Míralo así: Luna fondea al sur de la ciudad. Su castellano acuerda una alianza con los regentes de Darujhistan, y su primer empeño consiste en acabar con todo la Guilda de asesinos. ¿Por qué razón? Para impedir a la gente como nosotros ponerse en contacto con ellos y ofrecerles un contrato. Hasta este momento, lo cierto es que ha funcionado.

Lorn consideró unos instantes aquellas palabras.

—Si no podemos establecer contacto con la Guilda, ¿por qué no llevamos a cabo nosotros mismos los asesinatos? Antes de… bueno, de caer en desgracia, ese cabo, Kalam, se contaba entre los mejores agentes de la Garra. ¿Por qué no acabamos con los regentes de la ciudad?

El sargento se cruzó de brazos y apoyó el hombro en la pared de la puerta.

—Hemos pensado en ello, Consejera. Vamos un paso por delante de ti. Ahora mismo, uno de mis hombres negocia en nuestro beneficio para que trabajemos como guardias privados para uno de los notables que acudirán esta noche a una fiesta. Se dice que acudirá todo aquel que es alguien en la ciudad; me refiero a concejales, magos supremos y similares. Mis saboteadores tienen suficiente munición sobrante como para hacer que nadie pueda olvidar con facilidad esa fiesta.

Lorn combatía una creciente sensación de frustración. Por mucho que intentaba asumir el control, parecía ser que Whiskeyjack se las había apañado muy bien solo, sobre todo dadas las circunstancias. Tenía la sospecha de que ella no podría haberlo hecho mejor, aunque aún ponía en duda el papel de los supuestos tiste andii.

—¿Por qué motivo iba nadie a contratar a un puñado de extraños como guardias de seguridad? —preguntó finalmente.

—Ah, también habrá soldados de la ciudad. Lo que pasa es que ninguno de ellos es barghastiano —sonrió cínico Whiskeyjack—. Factor excitación, Consejera. Es de esas cosas que hacen babear a la nobleza. «Vaya, un enorme bárbaro tatuado mirándonos con los ojos muy abiertos. Qué emocionante, ¿verdad?» —Se encogió de hombros—. Es arriesgado, pero vale la pena jugársela. A menos, claro está, que se te ocurra una idea mejor, Consejera.

Captó el desafío en el tono de voz. De haberlo pensado antes, se habría dado cuenta de que el título y el poder no iban a intimidarlo. Él había servido junto a Dassem Ultor, y en plena batalla había discutido la táctica con la Espada del Imperio. Por lo visto, degradarlo al empleo de sargento no había bastado para acabar con él, al menos eso era lo que había averiguado tras constatar la reputación de los

Abrasapuentes en Pale. No iba a titubear en cuestionar todas sus órdenes si encontraba un motivo para hacerlo.

—Sólido plan —alabó—. ¿Cómo se llama la hacienda?

—Pertenece a una mujer llamada dama Simtal. No conozco el nombre de la familia, pero todos parecen conocerla. Por lo visto es una auténtica belleza y tiene influencia en el concejo.

—Excelente —dijo Lorn ajustándose el broche de la capa —. Volveré dentro de un par de horas, sargento. Debo atender ciertos asuntos. Asegúrate de que todo esté a punto, incluidos los procedimientos de detonación. Si no os contratan, tendremos que procurarnos un modo de acudir a esa fiesta.

—Consejera.

Ya en la puerta, Lorn se volvió.

Whiskeyjack se dirigió a la pared opuesta y corrió un maltrecho tapiz.

—Este túnel desemboca en otra casa. Desde allí podrás entrar en el distrito Daru.

—No será necesario —respondió ella irritada por el tono condescendiente del suboficial.

En cuanto se hubo marchado, Ben el Rápido salió corriendo del túnel.

—Maldita sea, sargento, has estado a punto de hacerla tropezar conmigo.

—Ni hablar —replicó Whiskeyjack—. De hecho, me he asegurado de que no lo utilizara. ¿Se sabe algo de Kalam?

Ben el Rápido echó a andar por la pequeña estancia.

—Aún no, pero está a punto de perder la paciencia. —Se volvió al sargento—. Y así, ¿crees que lograste engañarla?

—¿Engañarla? —rió Whiskeyjack—. No he podido confundirla más.

—Paran dijo que la Consejera soltaría prenda —comentó Ben el Rápido—. ¿Lo ha hecho?

—No, aún no.

—Se complica la cosa, sargento. Mucho.

Se abrió la otra puerta y Trote entró por ella. Mostraba los dientes afilados en una expresión que podía estar a medio camino entre la sonrisa y la mueca.

—¿Buenas noticias? —preguntó Whiskeyjack. Trote asintió.

A medida que la tarde palideció, Azafrán y Apsalar continuaron aguardando en lo alto de la torre. De vez en cuando asomaban por el borde para observar los festejos. Había un punto frenético en el modo en que se movía la muchedumbre, como si bailara por pura desesperación. A pesar de la alegría por la llegada del año nuevo, la sombra del Imperio de Malaz planeaba sobre la ciudad. Con Engendro de Luna al sur, el lugar de Darujhistan entre ambas fuerzas resultaba obvio a ojos de cualquiera.

—De algún modo, Darujhistan parece más pequeña. Casi insignificante —susurró Azafrán mientras observaba a la gente moverse de un lado a otro como las aguas de un río.

—Pues a mí me parece enorme —replicó Apsalar—. Es una de las ciudades más grandes que he visto —dijo—. Tanto como Unta, creo.

La miró. Últimamente decía cosas raras, que no parecían propias de la hija del pescador de un modesto pueblo pesquero.

—Unta es la capital del Imperio, ¿verdad?

Al arrugar el entrecejo, le pareció más mayor.

—Sí. Aunque ahora que lo pienso nunca he estado allí.

—Entonces ¿cómo sabes lo grande o pequeña que es?

—No sabría decirte, Azafrán.

Posesión. Eso había dicho Coll. Dos conjuntos de recuerdos en una misma mujer, y el conflicto, que a medida que transcurría el tiempo empeoraba más y más. Se preguntó si ya habría aparecido Mammot. Por un instante casi lamentó haberse escapado de Meese e Irilta. Pero de nuevo el flujo de sus pensamientos volvió a lo que se avecinaba. Se sentó en la plataforma y recostó la espalda en el muro bajo. Observó luego el cadáver del asesino. La sangre había oscurecido al ardiente sol. Un reguero de gotas surcaba el suelo en dirección a la escalera. También el asesino del asesino había resultado herido. A pesar de todo, Azafrán no se sentía en peligro ahí arriba, aunque no sabía por qué.

Para tratarse del campanario de un templo abandonado, últimamente aquel lugar había servido de escenario a innumerables sucesos.

—¿Estamos esperando a que anochezca? —preguntó Apsalar.

Azafrán asintió.

—¿Luego iremos a por esa Cáliz?

—Así es. Los D'Arle acudirán a la fiesta de dama Simtal, de eso estoy seguro. La hacienda tiene un jardín enorme, casi podría llamarlo bosque. Llega hasta la pared posterior. Será muy fácil entrar.

—¿No llamarás la atención de los invitados?

—Todo el mundo irá disfrazado, así que yo también: de ladrón. Además, habrá cientos de personas. Quizá tarde una o dos horas, pero la encontraré.

—¿Y qué harás entonces?

—Ya se me ocurrirá algo —respondió Azafrán. Apsalar estiró las piernas y se cruzó de brazos.

—Se supone que yo tendré que esconderme entre los arbustos, ¿no?

—Puede que también hayan invitado a tío Mammot —respondió Azafrán encogiéndose de hombros—. En tal caso no habrá problemas.

—¿Y eso?

—Porque eso es lo que dijo Coll —replicó Azafrán, exasperado. ¿Cómo se supone que iba a decirle que alguien o algo la había poseído durante a saber cuánto tiempo?—. Daremos con un modo para llevarte a casa —explicó—. Eso quieres, ¿no?

Ella asintió lentamente, como si ya no estuviera segura del todo. —Echo de menos a mi padre —se limitó a decir.

A juicio de Azafrán, Apsalar había pronunciado aquellas palabras como si quisiera convencerse a sí misma. La había mirado al llegar a lo alto de la torre, pensando que por qué no, y tenía que admitir que no era mala compañía. A excepción de aquel afán por preguntar, claro. Aunque de haber estado en su misma situación, eso de despertar a millares de leguas de casa… Debía de ser terrible. ¿Se hubiera mantenido él tan íntegro como ella parecía estarlo?

—Estoy bien —dijo ella observándolo—. Es como si algo en mi interior mantuviera las cosas en orden. No puedo explicarme mejor, pero es como una piedra llana y negra. Sólida y cálida. Siempre que empiezo a sentir miedo, me lleva a su interior. Y entonces todo vuelve a estar en su lugar. —Y añadió—: Lo siento, no pretendía decir que tú…

—No te preocupes —dijo él.

En las sombras de la escalera, Serat estudió a las dos figuras que asomaban por la plataforma. Hasta ahí había llegado. Abrió la senda Kurald Galain para trenzar una

urdimbre defensiva a su alrededor. No más enemigos invisibles. Si la querían, tendrían que dar la cara. Y ella los mataría. En lo que al portador de la moneda y la chica respectaba, ¿adónde iban a escapar, subidos como estaban en lo alto de aquella torre?

Desenvainó las dagas y se preparó para el ataque. A lo largo de la escalera, una docena de encantamientos de protección cuidaban de su espalda. Que se acercaran por ahí resultaba imposible.

Dos puntas afiladas entraron en contacto con su carne. Una bajo la barbilla y otra bajo el omóplato izquierdo. La tiste andii permaneció totalmente inmóvil, y entonces escuchó una voz muy cerca del oído, una voz que reconoció.

—Advierte a Rake, Serat. Sólo recibirá una advertencia, y lo mismo va para ti. El portador de la moneda no debe sufrir daños. Ya se ha movido pieza; inténtalo de nuevo y morirás.

—¡Cabrón! —exclamó ella—. La furia de mi señor…

—Será fútil. Ambos sabemos quién envía este mensaje, ¿o no? Y como Rake bien sabe, no está tan lejos como lo estuvo en tiempos. —Se retiró la punta que amenazaba su cuello de modo que pudiera asentir, pero enseguida volvió a notarla—. Bien. Entrega este mensaje; espero que no tengamos que volver a vernos.

—No olvidaremos esto —prometió Serat, que temblaba de rabia. Por toda respuesta escuchó una risilla grave.

—Recuerdos al príncipe, Serat, de parte de nuestro amigo mutuo.

Desapareció la presión de las dagas. Serat exhaló un hondo suspiro y envainó las armas. Acto seguido, masculló un hechizo Kurald Galain y desapareció.

Azafrán dio un respingo al oír un extraño sonido procedente de la escalera. Muy tenso, asió los cuchillos.

—¿Qué pasa? —preguntó Apsalar.

—Shh. Espera. —El corazón le latía con fuerza en el pecho—. Me asusto por nada —se dijo relajando la tensión—. En fin, dentro de poco habremos salido de aquí.

Fue en la edad de un viento que recorría las llanuras herbosas bajo un cielo de estaño, un viento cuya sed acometía cualquier forma de vida, tenaz, implacable como una bestia que no tuviera conciencia de sí misma.

Forcejear a la estela de su madre: ésa fue la primera lección de poder de Raest. En la búsqueda del dominio que moldearía su vida, vio los muchos caminos del viento, la forma sutil con que esculpía la piedra durante cientos e incluso miles de años, y las tormentas que allanaban los bosques, y descubrió que el que más se acercaba a su corazón era el violento poder de la espectral furia del viento.

La madre de Raest había sido la primera en rehuir su deliberada formación de poder. Ella renegó de él en su cara al proclamar la separación de sangre y, por tanto, darle la libertad. No le importaba que el ritual hubiera acabado con ella. No tenía importancia. El que dominara debía aprender cuanto antes que quienes resistían sus órdenes debían ser destruidos. El fracaso no fue su recompensa, sino la de ella.

Mientras que los jaghut temían la comunidad, pues consideraban la sociedad como la cuna de la tiranía, tanto de la carne como del espíritu, y citaban su propia y sangrienta historia como ejemplo, Raest descubrió que

ansiaba disfrutar de ella. El poder que tenía requería de súbditos. La fuerza siempre era relativa, y no podía dominarla sin la compañía de quienes eran dominados.

Al principio quiso subyugar a otros jaghut, pero lo que solía suceder era que acababan huyendo de él, cuando no se veía obligado a matarlos. Tales enfrentamientos tan sólo le proporcionaban una satisfacción pasajera. Raest reunió bestias a su alrededor, a las que doblegó a su voluntad. Pero la naturaleza se marchitaba y perecía estando en cautiverio, lo que suponía una vía para escapar de él que de ningún modo podía controlar. Furioso, convirtió las tierras en eriales, lo que supuso la extinción de innumerables especies. La tierra se resistió y su poder fue inmenso. Pero carecía de dirección y no pudo superar a Raest en su eterna marea. Suyo era el poder, un poder preciso en la destrucción, y de efecto penetrante.

Entonces, a su paso se cruzó el primero de los imass, criaturas que se enfrentaron a su voluntad desafiando la esclavitud y que, aun así, siguieron vivas. Criaturas capaces de albergar una esperanza lastimera e ilimitada. Para Raest no había habido nada que colmara su ansia de dominación tanto como aquellas criaturas, y por cada imass con el que acabó tomó a otro. Su nexo con la naturaleza era mínimo, puesto que los imass también jugaban el juego de la tiranía con sus tierras. No pudieron con él.

Dio forma a una especie de imperio, carente de ciudades pero plagado de los interminables dramas de la sociedad, de sus patéticas victorias y de los inevitables fracasos. La comunidad de esclavos imass medraba en aquel cenagal de la mezquindad. Incluso lograron convencerse a sí mismos de que poseían libertad, una voluntad propia, capaz de forjar su propio destino. Encumbraron a sus campeones y los derrocaron cuando los cubría la mortaja del fracaso.

Discurrían en círculos infinitos que consideraban crecimiento, emergencia, conocimiento. Mientras, por encima de ellos, cual presencia invisible a sus ojos, Raest doblegaba su voluntad. Su mayor alegría era cuando los veía proclamarlo su dios, aunque no le conocían, y cuando construían templos para adorarle u organizaban sacerdocios cuyas actitudes imitaban la tiranía de Raest con tal ironía cósmica que el jaghut no podía sino sacudir la cabeza.

Debió de ser un imperio capaz de perpetuarse milenios, y el día de su muerte debió de decidirlo él mismo, cuando se hubiera cansado de todo. Raest jamás había imaginado que otros jaghut pudieran considerar aberrantes sus actividades, ni que estuvieran dispuestos a arriesgar su propia integridad, su propio poder, a favor de aquellos imass, que no eran más que estúpidas criaturas de corta vida. Pero de todo lo habido y por haber, lo que más sorprendió a Raest fue que cuando los jaghut llegaron, lo hicieron en gran número, en comunidad. Una comunidad cuyo único propósito era destruir su imperio y encerrarlo.

No estaba preparado para ello.

Aprendida la lección, y sin importarle lo que del mundo hubiera podido haber sido desde aquella última vez, Raest estaba preparado para cualquier cosa. Crujieron sus miembros al principio, le dolieron, sintió punzadas. El esfuerzo de salir de la gélida tierra lo incapacitó durante un tiempo, pero finalmente se sintió dispuesto a recorrer el túnel que desembocaba en una nueva tierra.

Preparación. Ya había iniciado los primeros movimientos. Sintió que otros habían acudido a él, que habían liberado los sellos y salvaguardas de la senda Omtose Phellack. Quizá aún vivían quienes le adoraban, fanáticos que habían ansiado procurar su liberación de generación en

generación, y que quizá aguardaran su salida del túmulo en ese preciso momento.

Su prioridad era encontrar el finnest. La mayor parte de su poder estaba almacenado en la semilla, arrancado de él y guardado ahí por los jaghut que lo traicionaron. No lo habían llevado muy lejos, y no había nada que pudieran hacer para impedirle recuperarlo. Omtose Phellack ya no existía en la superficie de la tierra; sentía su ausencia como si fuera un vacío. Ahora ya no había nada capaz de oponerse a él.

Preparación. La piel cuarteada del rostro de Raest dibujó una sonrisa feroz, y al asomar los colmillos inferiores se desprendió la piel seca. El poderoso debía reunir otro poder, subyugarlo a su propia voluntad y después dirigirlo de forma infalible. Sus movimientos habían comenzado.

Chapoteó en el lodo que cubría el suelo fangoso del túmulo. Ante él se alzaba una pared sesgada que señalaba la barrera de la tumba. Más allá de la tierra caliza aguardaba un mundo a la espera de ser esclavizado. A un gesto de Raest, la barrera explotó hacia fuera. La brillante luz del sol centelleó en las nubes de vapor que lo envolvían y sintió la corriente de aire frío, estancado, que como él buscaba la libertad.

El tirano jaghut salió a la luz.

La gran cuervo Arpía sobrevolaba las colinas Gadrobi a merced de los vientos cálidos. El estallido de poder que lanzó al aire toneladas de roca y tierra a un centenar de varas de altura le arrancó un graznido. De inmediato alabeó, dispuesta a poner rumbo a una columna de vapor blanco de la que no apartaba la mirada.

Aquello, se dijo divertida, prometía ser muy interesante.

Un golpe de aire cayó sobre ella. Con un nuevo graznido, en esta ocasión furioso, Arpía se deslizó entre el caprichoso viento. Unas enormes sombras parecían flotar por encima de ella. Su furia se vio superada por una curiosidad inmensa. Batió sus alas y ganó altura de nuevo. En esa clase de asuntos, disponer de un punto de vista apropiado era fundamental. Arpía ascendió aún más, luego inclinó la cabeza y bajó la mirada. A la luz del sol las escamas de los cinco lomos despedían destellos iridiscentes, aunque de los cinco había uno que brillaba como el fuego. El poder de la hechicería recorría en forma de ondas la membrana de sus alas extendidas. Los dragones surcaban silenciosos el paisaje, cerrando sobre la humareda que escupía la tumba del jaghut. Los ojos negros de Arpía se clavaron en el dragón que brillaba rojo.

—*¡Silanah!* —graznó feliz—. *¡Dragnipurake, t'na Draconiaes! ¡Eleint, eleint!* —Había llegado el día de los tiste andii.

Raest salió en una tarde bañada por la preciosa luz del sol. Las colinas de hierba dorada se alzaban sinuosas en todas direcciones, excepto en la que miraba él. Al este, tras una nube de polvo, se extendía una llanura vacía.

El tirano jaghut gruñó. Después de todo, aquello no había cambiado tanto. Levantó los brazos, sintiendo la caricia del viento en los músculos. Llenó de aire fresco, repleto de vida, los pulmones. Jugueteó un poco con su poder, satisfecho al constatar las respuestas atemorizadas que despertaba, respuestas que provenían de la necia vida que había bajo sus pies o que se ocultaba en la hierba, a su alrededor. Pero de la vida más elevada, con mayor concentración de poder, nada percibió. Raest dirigió los

sentidos hacia el suelo, en busca de lo que allí moraba. La tierra y el lecho de roca, la indolente y fundida oscuridad, abajo, más abajo hasta encontrar a la diosa durmiente, joven en comparación con el tirano jaghut.

—¿Debo despertarte? —susurró—. No, aún no. Pero te haré sangrar. —Y crispó en un puño la mano derecha.

Infligió dolor a la diosa al hundir el puño en el lecho de roca, sintió el calor de la sangre, suficiente como para sacudirla, pero no para despertarla.

La línea que al norte dibujaban las colinas se alzaba al cielo. El magma era escupido entre una columna de humo, roca y ceniza. La tierra tembló cuando el estruendo de la erupción le alcanzó como una bofetada de aire caliente. El tirano jaghut sonrió.

Observó el contorno quebrado y respiró el denso aire cargado de sulfuro, antes de darse la vuelta y encaminarse a poniente, hacía la colina más alta que había en esa dirección. El finnest se hallaba más allá, a unos tres días de camino. Consideró la posibilidad de abrir la senda, pero decidió esperar hasta haber ganado la cima de la colina. Desde ese punto privilegiado, podría calcular mejor la ubicación del finnest.

A medio camino colina arriba oyó una risa lejana. Raest se enderezó cuando de pronto el día se apagó a su alrededor. Enfrente de él vio surgir cinco enormes sombras que habían ascendido por la ladera de la colina y que en ese momento desaparecían por la cima. Volvió la luz del sol. El tirano jaghut levantó la mirada al cielo.

Cinco dragones volaban en perfecta formación, inclinada la cabeza para observarlo mientras giraban para dirigirse de vuelta hacia él.

—*Estideein eleint* —susurró en lengua jaghut. Cuatro de ellos eran negros, con las púas plateadas y las alas negras,

dos a cada lado del quinto dragón, rojo éste, dos veces más grande que los otros—. Silanah Alasrojas —masculló con los ojos muy abiertos—. Nacidos de ancestrales y de sangre tiam, lideráis a los soletaken, cuya savia es ajena a este mundo. ¡Os siento! —Levantó los puños al cielo—. Más fríos que el hielo nacido de mano jaghut, oscuros como la ceguera. ¡Yo os siento!

Bajó los brazos.

—No me atosiguéis, *eleint*. No puedo esclavizaros pero os destruiré. Tenedlo en cuenta. Os conduciré al suelo, a todos y cada uno de vosotros, y con mis propias manos os arrancaré el corazón del pecho. —Entornó los ojos, atento ahora a las evoluciones de los cuatro dragones negros—. Soletaken. Me desafiaréis por orden de otro. Lucharéis conmigo sin tener motivos propios. Ah, pero si yo hubiera de mandaros no malgastaría vuestras vidas en vano. Yo os estimaría, soletaken. Os daría causas en las que vale la pena creer, las verdaderas recompensas del poder os mostraría. —Raest frunció el ceño cuando la mofa de los dragones alcanzó su mente—. Así sea.

Los dragones sobrevolaron su posición a baja altura, en silencio, girando de nuevo y desapareciendo tras las colinas hacia el sur. Raest extendió los brazos y desató la senda. La carne se abrió cuando el poder fluyó en su interior. Se desprendió la piel de los brazos como si fuera ceniza. Sintió y oyó las colinas crujir a su alrededor, el quiebro de la piedra, la protesta del risco. Por doquier los horizontes se hicieron borrosos cuando se alzaron columnas de polvo hacia el cielo. Y se volvió hacia el sur.

—¡He aquí mi poder! ¡Venid a mí!

Transcurrió largo rato. Miró ceñudo las colinas que tenía ante sí, luego gritó y se volvió hacia la derecha justo cuando Silanah y los cuatro dragones negros, apenas a tres varas

del suelo, asomaron por la cima de la colina a la que estaba subiendo.

Raest aulló ante el torbellino de poder que lo sacudió, los ojos hundidos, clavados en la mirada negra, vacía y mortífera de Silanah, en aquellos ojos que eran tan grandes como la cabeza del jaghut, mientras el dragón se abatía sobre él con la rapidez de una víbora. Ahí estaba Raest, observando la garganta de la bestia, cuyas fauces abiertas parecían cada vez más y más cerca.

Gritó por segunda vez y descargó todo su poder.

El aire explotó cuando chocaron las sendas. Fragmentos de roca saltaron volando en todas direcciones. Starvald Demelain y Kurald Galain guerrearon con Omtose Phellack en una vorágine de voluntades. La vegetación, la roca y la tierra se tornaron ceniza a su alrededor, y en medio de todo estaba Raest, cuyo poder rugía en su interior. La hechicería de los dragones laceraba su cuerpo y se abría camino hacia la carne marchita.

El tirano jaghut esgrimió el poder como si fuera una hoz. La sangre salpicó el suelo como lluvia macabra. Los dragones chillaron.

Una oleada de fuego incandescente, sólida como un puño crispado, alcanzó a Raest en el costado derecho. Saltó despedido en el aire profiriendo un grito de dolor, para caer en un banco de ceniza. El fuego de Silanah lo arrasó y ennegreció la carne que le quedaba. Pero el tirano se puso en pie; su cuerpo temblaba de forma descontrolada, sacudido por la hechicería que bullía en su mano derecha.

El suelo sufrió una sacudida cuando el poder de Raest cayó sobre Silanah, tras lo cual el dragón bajó dando tumbos por la ladera de la colina. El rugido exultante del tirano se vio interrumpido cuando unas garras del tamaño de un antebrazo le presionaron la espalda; otras garras se

sumaron a las primera e hicieron crujir sus huesos como si fueran leña. Cuando el segundo dragón lo alcanzó, más garras y zarpas agarraron su cuerpo.

El tirano forcejeó indefenso mientras las garras lo levantaban en el aire, dispuestas a despedazarlo. Dislocó su propio hombro con tal de hundir los dedos en una de las escamas. Al contacto, Omtose Phellack recorrió la pata del dragón, destrozó su hueso e hizo brotar la sangre. Raest rió cuando las garras lo soltaron y se vio arrojado al vacío. Al dar contra el suelo le crujieron más huesos pero no importaba. Su poder era absoluto, la nave que lo había llevado tenía poca importancia. Si era necesario, el tirano podía encontrar otros cuerpos, cuerpos a millares.

Se puso de nuevo en pie.

—Y ahora —susurró—, os daré la muerte.

Capítulo 21



Al alumbrar la luz la oscuridad,
trajo ésta ante mi mirada, allá en el campo,
a un puñado de dragones atrapados
como un golpe de viento ante la eterna llama.
En sus ojos vi dibujadas las eras,
mapa mundano, inscrito
en cada una de sus escamas.
La hechicería emanaba de ellos
como aliento de estrellas.
Y supe entonces,
que los dragones venían a nosotros…

Anomandaris
Pescador (n. ?)

Las sombras poblaban la maleza del jardín. La Consejera Lorn abandonó la postura acuclillada y se sacudió la tierra de las manos. —Encuentra una bellota —dijo sonriendo para sí—. Plántala. En algún lugar, más allá de aquel jardín vallado, los sirvientes se gritaban unos a otros mientras ultimaban los preparativos de última hora. Metió la punta de la capa bajo el cinto y, con mucho cuidado, se deslizó entre los troncos de los árboles cubiertos de enredaderas. Al cabo de un instante, distinguió el muro trasero.

Había un callejón más allá, ancho y abarrotado de las hojas caídas de las ramas de los jardines que había al otro lado. Ni la ruta de acceso ni la de salida ofrecían mayores

dificultades. Escaló la pared de piedra y, cuando tuvo que hacerlo, se ayudó de las ramas hasta llegar a la parte alta del muro.

Cayó al otro lado causando un leve crujido de hojas secas en las sombras impenetrables del jardín. Se ajustó la capa y se dirigió al extremo del callejón; allí se inclinó en la esquina, se cruzó de brazos y sonrió a la gente que circulaba de un lado a otro en la calle.

Le quedaban dos cosas por hacer antes de abandonar aquella ciudad. Una de ellas, no obstante, podía revelarse imposible. No percibía ni rastro de la presencia de Lástima. Quizá la mujer había muerto. Dadas las circunstancias, podía ser la única explicación posible.

Observó la marea de gente que pasaba de largo. La locura latente la hacía sentir incómoda, sobre todo porque la guardia del lugar mantenía una distancia prudencial. Se preguntó por la sombra de terror que planeaba en aquellos rostros, y por qué casi todas las caras le resultaban familiares.

Darujhistan la confundía, pues a menudo veía en ella lo mismo que había visto en un centenar de ciudades. Cada una de ellas surgía de su pasado en procesión. El temor y la alegría, la agonía y la risa. Todas las expresiones se mezclaban entre sí. No podía distinguir nada concreto, pues los rostros se volvían inexpresivos; los ruidos eran el rugido de una historia sin sentido.

Lorn se frotó los ojos, luego trastabilló y, con la espalda apoyada en una pared, cayó de cuclillas. *La celebración de la insignificancia. ¿Acaso habremos llegado todos al final?* En cuestión de unas horas, los cruces de la ciudad saltarían por los aires. Cientos de personas morirían al instante, seguidas por millares de ellas. Entre los escombros de piedra y los edificios derrumbados habría rostros, cuyas

expresiones se hallarían en la frontera entre la alegría y el terror. Y de los muertos surgirían voces, gemidos desesperanzados que menguarían con el dolor.

Ya los había oído antes, y había visto también aquellos rostros. Los conocía a todos, así como el timbre de sus voces, los sonidos que servían de espejo a la emoción humana, claros y puros de pensamientos, suspendidos sobre el abismo que los separaba. Se preguntó si aquél sería su legado. *Un día yo estaré entre esos rostros, congelada en la muerte y el asombro.*

Lorn sacudió la cabeza, pero era un esfuerzo vano. Comprendió con cierto rechazo que estaba cediendo. La Consejera cedía, la armadura se resquebrajaba y el lustre había cedido paso a una grandeza jaspeada. Un título tan absurdo como la mujer que lo ostentaba. El rostro de la emperatriz lo había visto antes en alguna parte; era una máscara tras la que alguien ocultaba su mortalidad.

—No sirve de nada ocultarse —susurró mientras observaba ceñuda las hojas secas y las ramas que la rodeaban—. De nada.

Al cabo, volvió a ponerse en pie. Sacudió el polvo de la capa meticulosamente. Para una cosa sí estaba capacitada: para encontrar al portador de la moneda, matarlo, tomar la moneda de Oponn y hacer pagar al dios su intervención en los asuntos del Imperio, de lo cual se encargarían la emperatriz y Tayschrenn.

Aquel asunto requería la concentración. Tenía que fijar los sentidos en una firma particular. Sería su última misión, de eso estaba segura. Pero la cumpliría con éxito. La muerte a manos del fracaso era impensable. Lorn se acercó a la embocadura del callejón. El crepúsculo envolvía a la muchedumbre Lejos, al este, retumbó el trueno, aunque el tiempo era seco, sin rastro de lluvia comprobó las armas.

—La misión de la Consejera está a punto de cumplirse —dijo en voz baja.

Salió a la calle y se fundió con la multitud.

Kruppe se levantó de su mesa en la taberna del Fénix, e intentó abrocharse el último botón del chaleco. Sin lograrlo, relajó el estómago de nuevo y dejó escapar un suspiro En fin, al menos la casaca estaba limpia Ajustó los puños de la camisa nueva y salió del local, que a esas horas estaba prácticamente vacío.

Había pasado aquella última hora sentado a la mesa, sin hacer nada en concreto a ojos de quienes pudieran observarlo, mientras su cabeza urdía una compleja trama, fruto de su talento, trama que le perturbaba mucho que Meese e Irilta hubieran perdido la pista de Azafrán y de la muchacha ponía las cosas en perspectiva, ya que la mayoría de los sirvientes de los dioses, al menos los que lo eran sin saberlo, moría en cuanto dejaba de serles de utilidad La moneda podía jugarse a una sola apuesta, pero tenerla flotando indefinidamente resultaba demasiado peligroso No, Azafrán descubriría que la suerte lo había abandonado cuando más la necesitaba, error que el muchacho pagaría con la vida.

—No, no —había murmurado Kruppe sobre la jarra de cerveza— Kruppe no puede permitir tal cosa —No obstante, la urdimbre de aquella trama se mostraba esquiva. Estaba seguro de que había cubierto todas las amenazas potenciales que hacían referencia al muchacho o, más bien, alguien estaba realizando un gran trabajo protegiendo a Azafrán (tal era lo que demostraba la trama). Albergaba la sospecha de que ese «alguien» no era él mismo, ni ninguno

de sus agentes No tenía más remedio que confiar en la integridad de quienquiera que fuese la parte interesada.

Rompecírculos había vuelto a salirse con la suya, y Kruppe seguía confiando también en que los esfuerzos de Turban Orr encaminados a dar con él resultarían infructuosos. La Anguila sabía cómo proteger a los suyos. De hecho, el retiro de Rompecírculos estaba cerca, aunque sólo fuera por su propia segundad, y Kruppe tenía intención de comunicarle la buena noticia aquella misma noche, en la fiesta de dama Simtal. Después de todos aquellos años, Rompecírculos no merecía menos.

La urdimbre también le había revelado algo que ya sabía su tapadera estaba comprometida, había sido descubierta Los efectos del encantamiento que había utilizado con Murillio no tardarían en desaparecer, y tampoco era necesario perpetuarlos. Después las cosas sucederían como estaba previsto, lo mismo que su encuentro con Baruk.

Si había algo que le daba un respiro en aquel ejercicio de conjeturas y supuestos era el abrupto final de aquella trama. Más allá de aquella noche el futuro estaba en blanco. Obviamente alcanzarían una encrucijada, y todo cambiaría de rumbo en la fiesta de dama Simtal.

Kruppe llegó al distrito de las Haciendas, donde saludó con una inclinación de cabeza al solitario guardia apostado cerca de la rampa. El hombre lo miró ceñudo, aunque no hizo comentario alguno. Estaba previsto que la fiesta empezara en media hora, y Kruppe tenía planeado ser uno de los primeros en llegar. Salivó al pensar en los pastelillos frescos, cubiertos de dulces siropes templados. Sacó la máscara del interior de la casaca y sonrió. Podía suceder que entre todos los asistentes tan sólo el alquimista supremo Baruk reparara en la ironía de la máscara. *Ah, en fin* —suspiró—, *uno es más que suficiente, dado quien es*

ese uno. Después de todo, ¿es Kruppe un hombre avaricioso?

Su estómago rugió a modo de respuesta.

Azafrán aguzó la mirada hacia el este, donde avanzaba la oscuridad. Algo parecido a un relámpago iluminaba fugaz cada dos por tres el contorno de las colinas; parecía acercarse cada vez más. Pero el rumor del trueno, que había empezado aquella tarde y que continuaba, sonaba de un modo extraño, con un tono distinto al bajo que reverberaba en la tierra. Se antojaba casi quebradizo. Las nubes que habían aparecido sobre la colina poseían un fantasmagórico tinte ocre, malsano, y se acercaban a la ciudad.

—¿Cuándo nos iremos? —preguntó Apsalar, apoyada a su lado, en la pared.

El muchacho dio un respingo.

—Ahora. Ya está oscuro.

—¿Azafrán? ¿Qué haremos si Cáliz D'Arle te traiciona por segunda vez?

Apenas alcanzaba a distinguir su rostro en la oscuridad. ¿Lo habría dicho para herirle? Era difícil de decir a juzgar por el tono de voz.

—No hará tal cosa —respondió intentando de algún modo convencerse de ello—. Confía en mí. —Y se volvió a la escalera.

—Ya lo hago.

Azafrán torció el gesto. ¿Por qué ese empeño en fingir que estaba a sus anchas en aquella situación? Por el aliento del Embozado, ni siquiera él confiaría en sí mismo. Claro que no conocía demasiado bien a Cáliz. Tan sólo habían mantenido una conversación que ni siquiera podía

considerarse normal. ¿Y si llamaba a los guardias? Al menos se aseguraría de poner a salvo a Apsalar. Se detuvo y la asió del brazo.

—Escúchame. —El tono de voz se le antojó demasiado áspero, a pesar de lo cual añadió—: Si las cosas se tuercen, ve a la taberna del Fénix, ¿de acuerdo? Busca a Meese, Irilta o a mis amigos Kruppe y Murillio. Cuéntales lo que ha pasado.

—No te preocupes, Azafrán.

—Bien. —Soltó el brazo—. Ojalá tuviéramos una linterna a mano —dijo al dar un paso en la oscuridad con una mano extendida ante él.

—¿Para? —preguntó Apsalar, que pasó de largo por su lado. Le tomó la mano y lo condujo por el terreno—. Yo veo bien. No me sueltes.

Hubiera resultado difícil hacerlo, aun en el supuesto de que hubiera querido soltarse, pensó. Caminar así le hizo sentirse algo incómodo. Notó algunos callos en la manita de ella, lo que le permitió recordar de nuevo de qué era capaz aquella mujer.

Con los ojos muy abiertos, pero sin ver absolutamente nada, Azafrán se dejó guiar escaleras abajo.

El capitán de la guardia de Simtal observó a Whiskeyjack y a sus hombres con evidente desagrado.

—Creía que todos erais barghastianos. —Se acercó a Trote, en cuyo enorme pecho estampó el dedo índice—. Me hiciste creer que todos eran como tú, Niganga.

Trote emitió un gruñido grave, amenazador; el capitán retrocedió un paso con la mano en el pomo de la espada.

—Capitán —intervino Whiskeyjack—, si todos fuéramos barghastianos…

El guardia volvió hacia él el ancho rostro con el ceño fruncido.

—No podrían permitirse el lujo de contratarnos —concluyó el sargento con una sonrisa tensa. Miró a Trote. *¿Niganga? ¡Por el aliento del Embozado!*—. Niganga es mi segundo al mando, capitán. En fin, ¿dónde quiere que nos situemos?

—Más allá de la fuente —respondió el guardia—. De espaldas a ese jardín que… Bueno, necesita de algunos cuidados porque ha crecido tanto que parece un bosque. No queremos que se pierda ningún invitado por ahí, así que tendréis que guiarlos de vuelta con toda la amabilidad del mundo. ¿Queda claro? Y lo de la amabilidad va en serio. Saludad a todo el que se dirija a vosotros, y si surge algún problema me los enviáis. Soy el capitán Stillis. Andaré por ahí pendiente de todo; cualquiera de los guardias de la casa podrá localizarme.

—Entendido, señor —asintió Whiskeyjack. Entonces, se volvió a inspeccionar al pelotón. Violín y Seto se hallaban detrás de Trote, ambos fingiendo buena disposición. Detrás, Mazo y Ben el Rápido formaban junto a la calle, con las cabezas inclinadas, conversando por lo bajo. El sargento los miró con el ceño fruncido, reparando en cómo torcía el gesto el mago cada vez que retumbaba un trueno a lo lejos.

El capitán Stillis se alejó a dar algunas directrices a lo largo y ancho de la hacienda. Whiskeyjack esperó a perderlo de vista y, de inmediato, se acercó a Mazo y a Ben el Rápido.

—¿Qué sucede?

Ben el Rápido parecía asustado.

—El trueno y el relámpago, sargento. Verás, no es fruto de la tormenta; es lo que nos contó Paran.

—Lo que significa que tenemos poco tiempo —dijo Whiskeyjack—. Me pregunto por qué no habrá aparecido ya la Consejera. ¿Qué os parece? ¿Alcanzaríamos a ver el humo que despide la suela de sus botas por lo rápido que se aleja de aquí?

Mazo se encogió de hombros.

—No lo entiendes —dijo Ben el Rápido agitado. Aspiró dos bocanadas de aire y añadió—: Esa criatura de ahí fuera está trabada en combate. Hablamos de hechicerías de las de antes, y se acerca, lo que significa que está ganando. Lo que significa a su vez que…

—Tenemos problemas —concluyó Whiskeyjack—. De acuerdo, de momento actuaremos tal como estaba planeado. Precisamente nos han asignado el lugar donde nos conviene estar. Ben el Rápido, ¿seguro que Kalam y Paran podrán encontrarnos?

El mago gimió.

—Acabo de comunicarles la posición, sargento.

—Estupendo. Pues vamos a ello. A través de la casa y vista al frente.

—Tiene aspecto de necesitar unos cuantos días de sueño —opinó Kalam junto al lecho de Coll.

—Debió de darles algo —insistió Paran tras frotarse los ojos inyectados en sangre—, aunque ellos no lo vieran.

Kalam negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho, capitán, no. Estuvieron muy atentos pero no. El pelotón está limpio. Y ahora, será mejor que nos pongamos en marcha.

Paran se levantó con cierto esfuerzo. Estaba agotado y se sabía una carga para ellos.

—Se presentará en la hacienda —insistió ciñendo la espada a la cadera.

—Es ahí donde entramos nosotros, ¿no? —preguntó Kalam mientras se dirigía a la puerta—. Ella aparece, y entonces nosotros intervenimos para quitarla de en medio, precisamente lo que has querido hacer desde hace tiempo.

—Tal como estoy ahora mismo, no duraré mucho en una riña —dijo Paran al acercarse al asesino—. Considérame un factor sorpresa, lo único que ella no espera encontrar, la única cosa que la detendrá un instante. —Miró a los ojos oscuros de aquel hombre—. Haz que ese instante valga la pena, cabo.

—Entendido, capitán —sonrió Kalam.

Dejaron roncando plácidamente a Coll y descendieron las escaleras que llevaban a la planta principal del bar. Al pasar junto a la barra, Scurve les dirigió una mirada cautelosa.

Kalam profirió una maldición y, con sorprendentes movimientos, alcanzó al tabernero, a quien agarró del cuello de la camisa. Lo arrastró a la mitad de la barra mientras éste no dejaba de chillar, hasta que sus rostros estuvieron a un dedo de distancia.

—Estoy harto de esperar —gruñó el asesino—. Transmite este mensaje al señor de los asesinos. No me importa cómo te las apañes para lograrlo, pero hazlo rápidamente. He aquí el mensaje: la mayor oferta de contrato que habrá recibido en la vida le espera en el muro posterior de la hacienda de dama Simtal. Esta noche. Si el señor de la Guilda merece tal cargo entonces es posible, sólo posible, que la oferta no esté por encima de su capacidad. Entrega este mensaje aunque tengas que vocearlo desde todos los tejados de la ciudad, o cuando volvamos a vernos traeré intenciones homicidas.

A todo esto, Paran miraba al cabo, demasiado agotado como para que le sorprendiera la situación.

—Estamos perdiendo el tiempo —protestó.

Kalam soltó al tabernero, a quien miró fijamente a los ojos.

—Más te vale que no sea así —gruñó cuando, suavemente, lo depositó sobre la barra. Luego arrojó un puñado de monedas de plata junto a Scurve—. Por las molestias —dijo.

Paran hizo un gesto al asesino, que asintió. Ambos salieron de la taberna del Fénix.

—¿Aún cumples las órdenes, cabo?

—Nos dieron instrucciones de hacer esa oferta en nombre de la emperatriz, capitán. Si aceptan el contrato y se llevan a cabo los asesinatos pertinentes, Laseen tendrá que pagar, hayamos desertado o no.

—Dujek y su hueste ocuparán una ciudad destripada por el dinero de la emperatriz. Eso la hará rabiar, Kalam.

—Pues ése es su problema, no el mío —replicó el antiguo miembro de la Garra con una sonrisa torcida.

En las calles, los Carasgrises se movían por el alborotado gentío como espectros silenciosos, encendiendo las lámparas de gas con las mechas de combustión lenta que remataban los palos que empuñaban. Algunos, desinhibidos de tanto beber, los abrazaban y bendecían. Los Carasgrises, encapuchados y anónimos, se limitaban a responder con una inclinación de cabeza y continuaban su camino en cuanto se veían libres. Kalam los contempló extrañado.

—¿Sucede algo, cabo? —le preguntó Paran.

—Tengo una extraña sensación cada vez que veo a uno de esos Carasgrises, algo que tiene que ver con ellos.

El capitán se encogió de hombros.

—Mantienen encendidas las luces. ¿Continuamos?

—Será eso, capitán —dijo Kalam con un suspiro.

El carruaje barnizado y negro, tirado por sementales de pelaje pardo, avanzaba lentamente por las calles. A unas tres varas, a modo de ariete, marchaba la escolta de Baruk en mitad de la vía; a veces, cuando las maldiciones y los gritos no eran suficientes, tenían que desenfundar las espadas, las cuales llevaban envueltas.

En los mullidos confines del carruaje, el estruendo que reinaba en el exterior iba y venía como el rumor del lejano oleaje, amortiguado por los encantamientos trenzados por el alquimista para hacerlos enmudecer. Éste se hallaba sentado con la barbilla gacha, mientras sus ojos, parapetados tras la espesura de las cejas y entornados, estudiaban con atención al tiste andii sentado delante de él. Rake no había pronunciado palabra desde su regreso a la propiedad de Baruk, poco antes de que partiera el carruaje tal como estaba previsto.

A Baruk le dolía la cabeza. La magia sacudía las colinas a oriente, y las ondas que despedía alcanzaban a todos los magos como invisibles puñetazos. Sabía de sobra cuál era la causa. El morador del túmulo se acercaba, y cada paso que daba lo disputaba con los tiste andii de Rake. Por lo visto, las previsiones de Mammot habían sido muy generosas. No disponía de días, sino de apenas unas horas.

Aun así, a pesar de las sendas de salvaguarda, a pesar de que el poder del tirano jaghut era superior al de los magos de Rake, a pesar de que se acercaba el morador del túmulo, implacable en su avance, inexorable, llevando consigo una auténtica tormenta de hechicería Omtose Phellack, el señor de Engendro de Luna permanecía cómodamente sentado en el asiento acolchado del carruaje,

con las piernas estiradas ante sí y las manos enguantadas en el regazo. La máscara que descansaba sobre el terciopelo del asiento era exquisita, aunque un tanto desagradable. En otro momento puede que Baruk se hubiera interesado abiertamente por la pieza, que hubiera apreciado la factura, pero cuando la miraba no podía evitar sentirse suspicaz. Aquella máscara encerraba un secreto, y ese convencimiento se veía reforzado por el silencio del hombre que la llevaba. Pero entre tanto, el secreto eludía a Baruk.

Turban Orr ajustó la máscara de halcón y se detuvo al llegar a la escalera que conducía a la puerta principal de la hacienda. Había oído el rumor de la llegada de otro carruaje. Desde el umbral, a su espalda, oyó después unos pasos.

—Preferiría que permitieras que un sirviente me anunciara tu llegada, concejal —dijo a su espalda dama Simtal—. Permíteme el privilegio de escoltarte al salón. —Y lo tomó del brazo.

—Aguarda —murmuró él, atento a la figura que salía del carruaje—. Es el coche del alquimista —dijo—, pero ése no se parece en nada a Baruk, ¿verdad?

—¡Por Trake desencadenado! —exclamó—. ¿Quién será?

—El acompañante de Baruk —respondió secamente Orr. Dama Simtal le dio un pellizco en el brazo.

—Sé perfectamente que tiene derecho a traer un invitado, concejal. Dime, ¿lo habías visto antes?

—Va enmascarado —dijo negando con la cabeza—. ¿Cómo voy a saberlo?

—Turban, ¿cuántos hombres conoces que midan más de dos varas de alto y lleven un mandoble a la espalda? —

Entrecerró los ojos—. Y el pelo blanco, ¿crees que formará parte de la máscara?

El concejal no respondió. Observó a Baruk salir tras el extraño del carruaje. El alquimista llevaba puesta una máscara sencilla con incrustaciones de plata que sólo le cubría los ojos. Una declaración obvia de que negaba cualquier duplicidad. Turban Orr gruñó, consciente de que sus sospechas acerca del poder e influencia del alquimista eran ciertas. Volvieron a recalar sus ojos en el extraño. Su máscara era la de un dragón negro, realzada con sombras y luces de color plata; de algún modo, hacían que la expresión del dragón pareciera… artera.

—¿Y bien? —preguntó dama Simtal—. ¿Piensas quedarte aquí toda la noche? Y por cierto, ¿dónde está tu querida mujercita?

—Está indispuesta —respondió distraído. La sonrió—. ¿Nos presentamos al invitado del alquimista? ¿Ya te he felicitado por tu atuendo?

—No —dijo ella.

—Ese disfraz de pantera negra resulta muy adecuado para ti.

—Claro que sí —replicó ella cuando Baruk y el invitado de éste tomaban la senda pavimentada que los llevaría hasta ellos. Soltó el brazo del concejal y se acercó al alquimista—. Buenas noches, alquimista Baruk. Bienvenido —añadió al hombre de la máscara negra de dragón—. Asombroso disfraz, ¿nos han presentado?

—Buenas noches, dama Simtal —dijo Baruk, inclinándose—. Concejal Turban Orr. Permitidme que os presente a… —titubeó, aunque el tiste andii había insistido en ello— lord Anomander Rake, visitante de Darujhistan. —El alquimista aguardó para comprobar si el concejal reconocía el nombre.

Turban Orr se inclinó.

—En nombre del concejo de la ciudad te doy la bienvenida, lord Anomander Rake.

Baruk suspiró. Anomander Rake, un nombre conocido por poetas y estudiosos, pero no, por lo visto, por concejales. Orr continuó diciendo:

—Puesto que eres noble, doy por sentado que tienes tierras. —A punto estuvo de retroceder un paso cuando la máscara de dragón, y aquellos ojos azul oscuro, se volvieron para encararlo.

—¿Tierras? Sí, concejal, poseo un título. Sin embargo, mi título es honorífico, me fue dado por el pueblo. —Rake miró por encima del hombro de Orr a la estancia que se abría tras la imponente puerta—. Parece, señora, que la velada ha empezado.

—Por supuesto. —Rió ella—. Vamos, participen de los festejos. Baruk lanzó otro suspiro de alivio.

Murillio tuvo que admitir que la máscara que Kruppe había escogido le sentaba como un guante. Se sorprendió riendo tras la emplumada máscara de pavo real que llevaba, a pesar de la turbación que sentía. Se hallaba de pie cerca de la puerta que conducía al patio y al jardín, con una copa de vino en la mano y la otra metida en el cinto.

Rallick permanecía recostado en la pared, a su lado, cruzado de brazos. Llevaba una máscara de tigre catlin, diseñada para representar a la imagen del dios Trake. Murillio sabía que el asesino apoyaba su peso en la pared más por cansancio que por otra cosa. Se preguntó de nuevo si todo recaería finalmente sobre sus propios hombros. El asesino se enderezó de pronto, con la mirada en la entrada que tenían delante.

Murillio se puso de puntillas para ver bien al gentío. *He ahí un halcón*, se dijo.

—Ése de ahí es Turban Orr. ¿Con quién está? —murmuró.

—Simtal —gruñó Rallick—. Y Baruk, y un hombre monstruosamente alto que lleva una máscara de dragón y que va… armado.

—¿Baruk? —Murillio soltó una risilla nerviosa—. Esperemos que no nos reconozca. Apenas tardaría un instante en atar cabos.

—Qué importa —opinó Rallick—. No podría detenernos.

—Quizá. —Entonces, Murillio estuvo a punto de soltar la copa—. ¡Por los maltrechos pies del Embozado!

—¡Maldita sea! ¡Míralo! Se dirige derecho a ellos —siseó Rallick.

Dama Simtal y Turban Orr se disculparon al dejar a Baruk y a Rake a solas en mitad de la estancia. La gente se movía a su alrededor, saludando algunos a Baruk, pero todos a cierta distancia. Unos cuantos se reunieron alrededor de Simtal en el lugar que ocupaba al pie de la escalera que ascendía en espiral, ansiosos por que la dama respondiera a las preguntas que le hacían sobre Anomander Rake.

Una figura se acercó a Baruk y a su acompañante. Bajito, redondo, con una casaca roja deshilachada, ambas manos pendientes de sendos pastelillos, llevaba una máscara de niño de mejillas sonrosadas y piel blanca, en cuya boca abierta y de labios rojos había rastros de nata y migas. Encontró a su paso más de un obstáculo, y tuvo que abrirse camino por toda la estancia, disculpándose aquí y allá.

Rake reparó en el recién llegado, de quien dijo:

—Parece tener prisa, ¿no crees, Baruk? El alquimista rió por lo bajo.

—Ha trabajado para mí —dijo—, y también yo he trabajado para él. Anomander Rake, saluda a quien todos conocen por el nombre de la Anguila, maestro de espías de Darujhistan.

—¿Bromeas?

—No.

Kruppe llegó, con apenas aliento.

—¡Maese Baruk! —dijo—. Qué sorpresa encontrarte aquí. —Volvió a Rake el rostro infantil—. El pelo tiene un toque exquisito, señor. Exquisito. Me llamo Kruppe, señor. Kruppe el Primero. —Levantó un pastelillo, que se llevó a la boca.

—Te presento a lord Anomander Rake, Kruppe.

Kruppe asintió varias veces, antes de tragar de forma audible.

—¡Pues claro! En tal caso debes de estar acostumbrado a la altanería, señor. Kruppe envidia a quienes son capaces de mirar a los demás por encima del hombro.

—Es fácil dejarse engañar y ver a quienes están por debajo de uno como personas pequeñas e insignificantes —respondió Rake—. Es el riesgo de caer en el descuido, podría decirse.

—Kruppe podría decirlo, siempre y cuando se dé por sentado que el equívoco era intencionado. Pero ¿quién iba a discutir que los del dragón están siempre por encima de la simple humanidad? Kruppe tan sólo puede imaginar la emoción de volar, el gemido de las corrientes altas, los conejos que se escabullen cuando la sombra de uno alcanza a copar su limitada percepción.

—Mi querido Kruppe —suspiró Baruk—, no es más que una máscara.

—Tal es la ironía de la vida —aseguró Kruppe levantando una de las manos, en la que sostenía un pastelillo, por encima de la cabeza—, que uno aprenda a desconfiar de lo que resulta obvio, para sumirse en cambio en la suspicacia y un sinfín de confusas conclusiones. Mas ¿acaso Kruppe se deja engañar? ¿Puede nadar una anguila? ¡Viva! Pues las que parecen fangosas aguas sirven de hogar a Kruppe, cuyos ojos se abren maravillados. —Se inclinó con una floritura, arrojando algunas migas de los pastelillos sobre Rake y Baruk, y acto seguido se alejó sin dejar de hablar—: Se impone una inspección a la cocina. Sospecha Kruppe que…

—Sí, es Anguila —admitió Rake, en tono divertido—. Menuda lección para todos nosotros, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo contigo —murmuró Baruk hundiendo los hombros—. Necesito beber algo. Te traeré una copa. Discúlpame.

Turban Orr permanecía de espaldas a la pared, observando con atención la concurrida estancia. Tenía dificultades para relajarse. La última semana había resultado agotadora. Aún aguardaba confirmación de la Guilda de asesinos de la muerte de Coll. Era poco propio de ellos demorar tanto el cumplimiento de un contrato, y hundir un cuchillo en la espalda de un borracho no debía de ser tan difícil.

La caza del espía en su propia organización había alcanzado un punto muerto, aunque seguía convencido de la existencia de ese hombre o mujer. Una y otra vez, sobre todo desde el asesinato de Lim, había visto contrarrestados

sus movimientos en el concejo por intereses tan difusos que no podía señalar directamente a un culpable. Finalmente, la declaración de neutralidad había quedado en agua de borrajas.

Llegó a esa conclusión aquella misma mañana. Y había actuado en consecuencia. A esas alturas, su mensajero más capacitado y leal cabalgaba por el camino de los comerciantes, pasando quizá en ese preciso instante por las colinas Gadrobi y la tormenta, rumbo a Pale. Al Imperio. Turban Orr sabía que los de Malaz se acercaban. Nadie en Darujhistan sería capaz de detenerlos. Y al señor de Engendro de Luna ya lo habían vencido una vez, en Pale. ¿Por qué iba a ser diferente en esa ocasión? No, había llegado el momento de asegurarse de que su propia posición pudiera sobrevivir a la ocupación imperial. O, mejor aún, obtener un ascenso a modo de recompensa por la ayuda vital que pudiera proporcionar.

Reparó distraído en un guardia apostado a un lado de la escalera de caracol. Por alguna razón le sonaba de algo, no el rostro, sino el modo de montar guardia, la postura, la caída de los hombros. ¿Sería el Pabellón de la Majestad su destino habitual? No, el uniforme correspondía a los regulares, mientras que en el Pabellón de la Majestad servían los soldados de élite. Turban Orr arrugó el entrecejo bajo la máscara de halcón. Luego el guardia ajustó la presión del yelmo y Turban Orr ahogó una exclamación. Apretó la espalda contra la pared, víctima de un súbito temblor. ¡La Barbacana del Déspota! Todas aquellas noches, una tras otra, durante años, ese guardia había presenciado sus encuentros de medianoche con aliados y agentes. Ahí tenía al espía.

Se enderezó, y agarró con la mano el pomo de la espada ropera. No permitiría interrogatorio alguno. Poco le

importaba ofender la sensibilidad de dama Simtal, y menos le importaba aún aquella fiesta. Quería que la venganza fuera rápida e inmediata. No dejaría que nadie se lo impidiera. Turban Orr clavó la mirada en el confiado guardia, a quien se acercó.

Tropezó con un hombro, lo cual le hizo trastabillar. Un hombretón volvió hacia él el rostro cubierto con una máscara de tigre. Orr aguardó a que se disculpara, pero la espera tan sólo rindió el fruto del silencio. Entonces, hizo ademán de pasar por su lado.

Pero el extraño lo aferró del brazo. Turban Orr maldijo entre dientes cuando la mano enguantada vertió el poso de una copa de vino sobre el pecho del concejal.

—¡Idiota! —espetó—. ¡Soy el concejal Turban Orr! Apártate de mi camino.

—Sé quién eres —dijo el otro en voz baja. Orr hundió el pulgar en el pecho del enmascarado. —No te quites esa máscara, para que así pueda encontrarte luego. —Ya ves, yo ni siquiera había reparado en tu máscara —dijo el otro sin la menor inflexión en el tono de voz—. Imagino que me habrá distraído tu narizota. El concejal abrió los ojos como platos.

—Menudas ansias tienes de morir —dijo, bronco—. Yo te ayudaré. —Llevó la mano al pomo de la espada—. En unos minutos, que ahora mismo tengo un nego…

—No soy de los que esperan —dijo Rallick Nom—. Y menos aún a un pavo real que finge ser un hombre. Si tienes estómago para un duelo, batámonos ahora o deja de hacerme perder el tiempo con toda esa cháchara.

Turban Orr, agitado, retrocedió un paso y se enfrentó a él cara a cara.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con voz ronca.

—No eres quien para escucharlo, concejal.

Turban Orr levantó las manos para llamar la atención de los allí presentes.

—¡Escuchadme, amigos míos! ¡Voy a brindaros un inesperado divertimento! —Enmudecieron todos al volverse al concejal, que añadió—: Un insensato ha mancillado mi honor, amigos. ¿Desde cuándo Turban Orr ha permitido tal cosa?

—¡Un duelo! —exclamó alguien entre la multitud. Se alzaron las voces.

—Este hombre, tan valiente como para llevar la máscara de Trake, no tardará en morir —dijo Turban señalando a Rallick Nom—. Miradlo bien ahora, amigos, mientras él os mira a su vez. Y sabed que estáis mirando a un cadáver.

—Basta ya de charlas —protestó Rallick.

El concejal se quitó la máscara, bajo la cual apareció una sonrisa torcida.

—Aunque pudiera matarte un millar de veces, no bastarían para satisfacerme. Es necesario que resolvamos esto de una vez por todas.

También Rallick se quitó la máscara, que arrojó sobre la alfombra de las escaleras. Luego observó a Turban Orr con su mirada oscura e inexpresiva.

—¿Has terminado ya de envanecerte, concejal?

—Desenmascarado, sigues siendo un extraño para mí —dijo Orr, ceñudo—. Sea. Procúrate un segundo. —Una idea cruzó por su mente y se volvió a la multitud para buscar al hombre en quien había pensado. Al fondo encontró la máscara que buscaba, la de un lobo. Escoger a alguien como ayudante en un duelo podía rendir réditos políticos, siempre y cuando el otro aceptara la proposición. Y teniendo en cuenta que estaban en público, sería una estupidez negarse a hacerlo—. En lo que a mí respecta —

dijo en voz alta—, me sentiría honrado si el concejal Estraysian D'Arle accediera a ser mi segundo.

El lobo dio un respingo. A su lado había dos mujeres; una de ellas era una jovencita. La esposa de D'Arle vestía como una mujer de Callows, mientras que la niña había escogido, no sin cierto desparpajo, por no decir desvergüenza, el atuendo mínimo de una doncella guerrera barghastiana. Tanto la esposa como la hija hablaron con Estraysian. Éste dio un paso al frente.

—El honor es mío —dijo, pues era la frase de rigor.

Turban Orr tuvo una sensación de triunfo. Contar a su lado en el duelo con el enemigo más poderoso que tenía en el concejo bastaba para lanzar un mensaje equívoco que haría temblar a la mitad de los concejales allí presentes. Complacido por la solución, se enfrentó de nuevo al desconocido adversario.

—¿Y tu segundo?

El silencio se adueñó de la estancia.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo dama Simtal en voz baja—. Después de todo, soy la anfitriona de esta fiesta y…

—Es tu deber satisfacer a tus invitados —murmuró el hombre que se hallaba ante ella—. Lo cual estoy seguro que puedes hacer, y que lo haces bien.

Ella sonrió mientras se encaminaba a la puerta. La entreabrió un poco y miró por el hueco. Luego se volvió de nuevo hacia el hombre.

—Media hora, quizá —dijo.

El otro se acercó a la cama, en cuya superficie arrojó los guantes de cuero. —Confío que estos treinta minutos sean de lo más satisfactorios, más a medida que transcurran.

Dama Simtal se reunió con él junto a la cama.

—Supongo que no tendrás más remedio que hacer partícipe a la viuda de Lim de las tristes noticias —dijo ella rodeando con sus brazos el cuello del hombre y acercando los labios a su rostro. Sus labios se rozaron y luego le acarició la mandíbula con la punta de la lengua.

—*¿Mmm?* ¿A qué tristes noticias te refieres?

—Oh, pues que has encontrado a una amante más atenta, por supuesto. —Había alcanzado la oreja con la lengua cuando, de pronto, se apartó de él y le escrutó con la mirada—. ¿Has oído eso? —preguntó.

Él volvió a abrazarla y la atrajo hacia sí.

—¿Si he oído qué?

—Eso —dijo—. Menudo silencio se ha hecho en el salón. Será mejor que…

—Habrán salido al jardín —aventuró el hombre en tono tranquilizador—. El tiempo corre, mi dama.

Ella titubeó hasta que cometió el error de dejarle apretar su cuerpo contra el de ella. Dama Simtal abrió mucho los ojos, como alarmada.

—¿Y bien? —preguntó finalmente cuando el ritmo de su respiración experimentó un cambio—, ¿qué haces aún vestido?

—Buena pregunta —gruñó Murillio al caer con ella sobre la cama.

En el silencio que siguió a la pregunta formulada por Turban Orr, Baruk estuvo a punto de ofrecerse. Sabía perfectamente que al hacerlo se descubriría, pero aun así sentía la necesidad de ofrecerse como segundo. Rallick Nom se hallaba presente para enderezar un entuerto. Es más, lo consideraba un amigo más querido para el

alquimista que Kruppe o Murillio, y, a pesar de la profesión que desempeñaba, era un hombre íntegro. Turban Orr, además, era la última fuente de poder de la que bebía dama Simtal. Si Rallick lo mataba, ella también caería.

El regreso de Coll al concejo era algo que deseaban tanto Baruk como sus compañeros magos de la cábala de T'orrud. Por no mencionar que la muerte de Turban Orr supondría un alivio. Había más en juego en aquel duelo de lo que Rallick imaginaba. El alquimista ajustó la túnica y respiró hondo.

Una mano se cerró en su antebrazo y, antes de que Baruk pudiera reaccionar, lord Anomander Rake dio un paso al frente.

—Ofrezco mis servicios como segundo —proclamó en voz alta mirando a Rallick a los ojos.

El asesino no dio muestras de conocer a Baruk, que se hallaba junto a Rake. Se limitó a responder con una inclinación de cabeza.

—Puede que estos dos extraños se conozcan —aventuró burlón Turban Orr.

—No nos habíamos visto antes —aseguró Rake—. No obstante, descubro que comparto con él lo mucho que me desagrada tu charla inocua, concejal. Por tanto, preferiría evitar una discusión interminable acerca de quién será su segundo. ¿Seguimos adelante?

Turban Orr encabezó la comitiva a la terraza, seguido por Estraysian D'Arle. Cuando Baruk se volvió para seguirlos, sintió a su lado un contacto de energías que le resultó familiar. Al volver la cabeza, exclamó:

—¡Por los dioses, Mammot! ¿De dónde diantre has sacado esa horripilante máscara?

El anciano sostuvo su mirada unos instantes.

—Precisa representación de las facciones jaghut, según creo —respondió—. Aunque me parece que los colmillos son un poco cortos.

—¿Has logrado dar con tu sobrino?

—No —respondió Mammot—. Me tiene muy preocupado.

—En fin, confiemos en que la suerte de Oponn sonría al muchacho —gruñó Baruk mientras se dirigían al exterior.

—Confiemos —murmuró Mammot.

Whiskeyjack abrió los ojos como platos al ver que la multitud compuesta por los inquietos invitados abandonaban el salón para reunirse en la terraza. Violín se acercó a su lado.

—Es un duelo, sargento. El tipo de la mancha de vino en la camisa es uno de ellos, un concejal llamado Orr. Nadie sabe quién es el otro. Es ése de ahí, el que va junto al hombretón de la máscara de dragón.

El sargento había permanecido apoyado, con los brazos cruzados, en una de las columnas de mármol que rodeaban la fuente, pero al ver aquella figura alta y enmascarada estovo a punto de caer en la fuente.

—¡Por las pelotas del Embozado! —maldijo—. ¿Acaso no reconoces ese cabello plateado, Violín?

El zapador arrugó el entrecejo.

—Engendro de Luna —continuó Whiskeyjack en un hilo de voz—. Es el mago, el que estaba en ese portal y combatió a Tayschrenn. —Contuvo una impresionante ristra de maldiciones y añadió—: Y no es humano.

—Tiste andii —gruñó Violín—. Ese cabrón nos ha encontrado. Pues la hemos jodido.

—Cállate, anda. —Whiskeyjack se recuperaba del susto —. Procura que los otros cumplan con lo dicho por el

capitán Stillis. De espaldas al bosque y la mano en el arma. ¡Muévete!

Violín echó a correr. El sargento observó al zapador hablando con los del pelotón. ¿Dónde diantre se habrían metido Kalam y Paran? Cruzó la mirada con Ben el Rápido, a quien pidió con un gesto que se acercara.

—Violín nos lo ha contado —dijo Ben el Rápido—. No creo que yo sirva de mucho, sargento. Ese morador del túmulo no ha parado de desatar ondas de terrible poder. Tengo la cabeza a punto de estallar. —Estaba macilento, pero se las apañó para sonreír—. Y mira a tu alrededor. Podrías determinar quiénes son magos por la cara que tienen. Si accediéramos a nuestras sendas, la cosa mejoraría.

—¿Y por qué no lo haces?

El mago volvió a torcer el gesto.

—Ese jaghut podría reparar en nosotros como si fuéramos una antorcha en mitad de la noche. Y primero la emprendería con los más débiles, incluso a esa distancia acabaría con ellos. Después se desataría un infierno.

Whiskeyjack observó cómo los invitados despejaban un espacio en la terraza mientras se alineaban a ambos lados.

—Habla con Seto y Violín —ordenó sin apartar la mirada del tiste andii—. Asegúrate de que tengan algo preparado, por si acaso la situación se nos escapa de las manos. Esta hacienda tendrá que saltar por los aires. Vamos a necesitar la distracción para hacer estallar las minas de los cruces. Hazme una seña cuando lo tengan listo.

—De acuerdo.

Ben el Rápido se alejó, dispuesto a cumplir las órdenes. Whiskeyjack gruñó sorprendido al ver pasar por su lado a un joven vestido de ladrón, incluida la máscara.

—Disculpa —masculló el muchacho, que se dirigió a la multitud.

El sargento lo observó antes de pasear la mirada por el jardín. ¿Cómo diantre habría logrado colarse? Habría jurado que habían inspeccionado el bosque palmo a palmo. Decidió destrabar con discreción la espada de la vaina.

Azafrán no tenía la menor idea de cuál sería el vestido que Cáliz D'Arle luciría en la fiesta, y se había resignado a llevar a cabo una larga búsqueda. Había dejado a Apsalar en el muro posterior de la hacienda, y ahora se sentía culpable. Aun así, pareció tomárselo bien, aunque de un modo que si cabe le había hecho sentir peor. ¿Por qué tenía que ser tan buena en todo?

Apenas prestó atención a lo que hacía la gente, pues buscaba una cabeza que apenas le llegara a la altura del pecho a los demás. Pero finalmente no fue necesario, porque el disfraz de Cáliz D'Arle parecía inexistente.

Azafrán se vio entre dos corpulentos guardias de la hacienda. Enfrente de él, a unas seis varas de distancia, sin que nadie le tapara la vista, se hallaba Cáliz y una mujer mayor que Azafrán supuso sería la madre. Centraban la atención en un hombre de aspecto severo; éste se hallaba en un extremo de un espacio despejado, hablando con otro hombre ocupado en atarse un guante de duelo. Azafrán comprendió lentamente que estaba a punto de celebrarse un combate.

Se escabulló entre los dos guardias y asomó la cabeza para ver al otro duelista. Al principio pensó que se trataba del gigante de la máscara de dragón y el espadón colgado a la espalda. Pero entonces dio con el otro. Era Rallick Nom.

Volvió a centrar la atención en el otro duelista. Le resultaba familiar y dio un suave codazo al guardia de la izquierda.

—¿Ése es el concejal Turban Orr?

—Así es, señor —respondió el guardia con una peculiar tensión en el tono de voz.

Al levantar la mirada, Azafrán vio que el tipo tenía la frente bañada en sudor. Qué extraño.

—¿Y dónde andará dama Simtal? —preguntó como para sí.

—No aparece por ninguna parte —respondió el guardia, obviamente aliviado—. De lo contrario, podría poner fin a esto.

—Bah —dijo—. Rallick ganará.

El guardia le dedicó una mirada penetrante.

—¿Lo conoces?

—Bueno…

Alguien le dio una palmada en la espalda y, al volverse, encontró la máscara de niño de mejillas sonrosadas y sonrisa necia.

—¡Azafrán, muchacho! ¡Qué disfraz más original llevas!

—¿Kruppe?

—¡Lo adivinaste! —respondió Kruppe, cuya máscara de madera se volvió al guardia—. Oh, amable señor, traigo un mensaje para ti. —Kruppe le entregó un pergamino—. Con los mejores deseos de alguien que te admira desde hace mucho.

Azafrán sonrió. Esos guardias eran quienes más suerte tenían con las damas de la nobleza.

Rompecírculos asió el pergamino, que abrió tirando del lazo de seda.

En más de una ocasión había percibido la atención de Turban Orr. Primero en el salón principal, cuando tuvo la impresión de que el concejal iba a acercársele sin más, y

también en ese momento en que los demás discutían sobre quién debía arbitrar el duelo.

Rompecírculos rezó para que Rallick matara a Turban Orr. Sentía su propio miedo correr por todos los poros del cuerpo, y con mano temblorosa leyó el mensaje enviado por la Anguila.

> Ha llegado el momento de que Rompecírculos abandone el servicio activo. El círculo está enmendado, amigo leal. Aunque no has visto nunca a la Anguila, has sido su agente de mayor confianza, de modo que te has ganado el descanso. No pienses que la Anguila prescinde de ti. Tales son los designios de la Anguila. El sello al pie de este documento te proporcionará pasaje a la ciudad de Dhavran, donde leales sirvientes de la Anguila aguardan tu llegada. Han comprado una propiedad y un título legal en tu beneficio. Pronto emprenderás una nueva vida, con sus propios juegos.
>
> Confía en tus nuevos sirvientes, amigo, tanto en este particular, como en los que estén por venir.
>
> Ve, pues, esta misma noche, al muelle del comercio dhavran en Antelago. Busca una barcaza de nombre *Enskalader*. Muestra el sello a cualquier tripulante que encuentres a bordo, pues todos ellos sirven a la Anguila. Ha llegado el momento, Rompecírculos. El círculo está enmendado. Hasta la vista.

Baruk levantó ambas manos, exasperado.

—¡Basta ya! —rugió—. Yo mismo procuraré que se respeten las normas en este duelo, y acepto toda la

responsabilidad. Yo juzgaré quién ha alcanzado la victoria. ¿Ambas partes están de acuerdo?

Turban Orr asintió. Aquello era aún mejor que Estraysian fuera su segundo. El que Baruk le declarara vencedor en el duelo supondría otra victoria más de por sí.

—Acepto.

—Yo también —dijo Rallick envuelto en la capa.

Un viento repentino proveniente del este sacudió las copas de los árboles del jardín. El trueno retumbó en aquel lado de las colinas. Algunos de los presentes cerraron los ojos con fuerza. Turban Orr sonrió al pisar el área despejada para el duelo. Las hojas caídas de los árboles volaron a su alrededor y acabaron por posarse como huesos diminutos.

—Antes de que llueva —dijo.

Los aliados que tenía entre la multitud rieron al oír aquello.

—Claro que podría resultar interesante alargar un poco las cosas —continuó Orr—. Una herida aquí, un corte allá. ¿Debo cortarlo en pedazos lentamente? —Fingió sentirse consternado cuando buena parte de los presentes alzaron la voz para mostrarse de acuerdo—. Mucha sed de sangre traéis vosotros, amigos míos. ¿Deseamos acaso que las damas resbalen en el empedrado en pleno baile? Debemos pensar en nuestra anfitriona… —Por cierto, ¿dónde estaba Simtal? Su imaginación dibujó una imagen a modo de respuesta y arrugó el entrecejo—. No, claro —dijo fríamente—, tendrá que hacerse rápido.

El concejal desenvainó la espada y ajustó en el interior de la cazoleta las tiras de cuero del guante. Repasó las caras de los presentes, buscando incluso a esas alturas algo que pudiera traicionarlos, pues tenía amigos que eran enemigos, y enemigos que serían amigos, un juego que

continuaría después de aquello, aunque ese instante de inspección podía resultar muy revelador. Recordaría todos y cada uno de aquellos rostros más tarde, pues quedarían grabados en su memoria, de modo que pudiera recordarlos a su antojo.

Turban Orr adoptó la guardia. Su adversario se hallaba a algo más de tres varas de distancia, con ambas manos tras la capa. Parecía tranquilo, casi aburrido.

—¿Qué pasa? —preguntó Orr—. ¿Dónde está el arma?

—Estoy preparado —respondió Rallick.

Baruk se colocó a la misma distancia de ambos duelistas, aunque un poco apartado de ellos. Estaba un tanto pálido, como si algo le hubiera sentado mal.

—¿Los segundos tienen algo que comentar? —preguntó en voz baja.

Rake nada respondió.

Estraysian D'Arle se aclaró la garganta.

—Me gustaría dejar bien claro que me opongo a este duelo por ser de lo más trivial. —Contempló a Turban Orr—. Considero la vida del concejal algo irrelevante en el mejor de los casos. Si éste muriera, no habría venganza por parte de la Casa D'Arle. —El hombre alto se volvió a Rallick—. Nada tendrás que temer en ese aspecto.

Rallick inclinó la cabeza.

La sonrisa de Turban Orr se volvió más tensa. El muy cabrón pagaría por ello, se juró a sí mismo. Flexionó las rodillas, dispuesto a lanzarse al ataque en cuanto empezara el duelo.

—Te hemos escuchado, Estraysian D'Arle. —El alquimista levantó un pañuelo y acto seguido lo soltó.

Turban Orr dio un salto y se lanzó a fondo con un único movimiento fluido, tan raudo que había extendido ya el arma antes de que el pañuelo llegara al empedrado. Vio que

su oponente empuñaba un cuchillo de hoja curva, que relampagueó bajo su propia espada y logró contener el ataque. La parada también era una finta, pero Turban Orr reparó en ella y se destrabó, lanzándose después a la estocada, dirigida al pecho del otro. Ni siquiera había tenido tiempo de reparar en el otro cuchillo cuando Rallick volvió el cuerpo de lado y desvió con la derecha la hoja del concejal. Entonces efectuó un paso lateral, momento en que el brazo izquierdo trazó un arco ascendente hasta hundir la hoja del segundo cuchillo en el cuello del político. Rallick remató seguidamente el duelo al hundir el cuchillo curvo en el pecho de Orr.

El concejal trastabilló a un lado, al tiempo que la espada producía un ruido metálico al caer en el empedrado. Se llevó una mano a la herida del cuello, aunque no fue sino un movimiento reflejo, ya que había muerto por la herida en el pecho. Cayó.

Rallick retrocedió, ocultas de nuevo las armas bajo la capa.

—Ni un millar de muertes me hubieran satisfecho tanto como ésta —susurró tan bajo que sólo Rake y Baruk pudieron oírle—. Con ésta arreglo cuentas.

Baruk se acercó a él con intención de decirle algo, pero entonces, a un gesto de Rake, se volvió para ver acercarse a Estraysian D'Arle.

—Podría sospecharse —dijo mirando a Rallick con cierta suspicacia—, dado tu estilo, que acabamos de presenciar un asesinato. Por supuesto, ni siquiera la Guilda de asesinos se aventuraría a cometer un asesinato en público. Por tanto, no tengo otra elección que guardarme mis sospechas y dejar el asunto tal como está. Buenas noches, caballeros. —Les dio la espalda y se alejó.

—Diría que ha sido un combate bastante desigual —comentó Rake, al tiempo que volvía el rostro enmascarado al asesino.

La gente formó un corrillo alrededor del cadáver de Turban Orr. Se oyeron exclamaciones de desaliento.

Baruk reparó en la fría satisfacción que teñía el rostro de Rallick.

—Ya está hecho, Rallick. Vete a casa.

Se acercó a ellos una mujer grandota y redonda, vestida con túnica verde con ribetes de oro. No llevaba máscara, y en su rostro se dibujó una sonrisa franca que dedicó a Baruk.

—Saludos —dijo—. Qué interesante estos tiempos que vivimos, ¿no os parece? —Iba acompañada por un sirviente particular, que la seguía a todas partes con una bandeja en la que reposaba una pipa de agua.

Rallick se apartó con una leve inclinación de cabeza y, luego, se marchó.

Baruk suspiró.

—Saludos, Derudan. Permíteme presentarte a lord Anomander Rake. Señor, te presento a la bruja Derudan.

—Disculpa la máscara —le dijo Rake—. Es preferible a lo que hay debajo. El humo surgía de la nariz de Derudan.

—Mis compatriotas comparten mi creciente desasosiego, ¿verdad? Sentimos la tormenta que se acerca, y si bien Baruk nos consuela, el recelo no desaparece, ¿verdad?

—Si resultara necesario —dijo Rake—, yo mismo atendería este asunto personalmente. Sin embargo, no creo que la mayor amenaza a la que nos enfrentemos sea la que se haya más allá de las murallas de la ciudad. Tengo esa sospecha, bruja, nada más.

—Creo que nos gustaría escuchar esas sospechas tuyas, Rake —declaró Baruk.

El tiste andii titubeó antes de sacudir la cabeza y responder:

—No es conveniente. En este momento se trata de un asunto demasiado delicado para tratarlo. No obstante, de momento me quedaré por aquí.

Derudan hizo un gesto de no querer tomarse en serio el gruñido de protesta de Baruk.

—Cierto, la cábala de T'orrud no está acostumbrada a esta sensación de indefensión, ¿verdad? Cierto también que el peligro acecha, y que cualquiera podría resultar una finta, un señuelo, ¿verdad? La emperatriz es astuta. Por lo que a mí respecta, confirmo la confianza que existe entre nosotros, señor. —Sonrió a Baruk—. Tenemos que hablar. Tú y yo, alquimista —dijo cogiéndole del brazo.

Rake se inclinó ante la mujer.

—Ha sido un placer conocerte, bruja. —La observó mientras se alejaban seguidos por el sirviente.

Kruppe paró a un criado cargado con un montón de deliciosas viandas. Tomó dos puñados al azar y se volvió dispuesto a continuar la conversación que mantenía con Azafrán, pero el muchacho se había esfumado.

La multitud se agolpaba en el patio; algunos parecían trastornados, pero la mayoría simplemente se sentía confusa. ¿Dónde estaba dama Simtal?, se preguntaban. Otros, sonriendo, matizaban la pregunta por un «¿con quién anda?» El afán por elaborar toda suerte de conjeturas se apoderó de los nobles. Éstos volaban en círculos como buitres, esperando a la reputada anfitriona.

Con la sonrisa beatífica tras la máscara de niño, Kruppe levantó los ojos lentamente al balcón desde el que se dominaba el patio, a tiempo de ver pasar una silueta

femenina tras la contraventana. Kruppe se lamió el azúcar de los dedos, todo ello sin dejar de chascar la lengua.

—Hay momentos, murmura Kruppe, en que el celibato nacido de la triste privación se convierte en una dádiva, no, en motivo de gran alivio. Querido Murillio, prepárate para la tormenta.

Simtal apartó dos láminas de la contraventana para mirar el patio.

—Tenías razón —dijo—. Se han retirado a la terraza. Qué raro, con la que va a caer. Debo vestirme. —Volvió a la cama y se dispuso a recoger la ropa, que yacía desperdigada entre las sábanas—. ¿Y tú? ¿Qué me dices, Murillio? —preguntó—. ¿No crees que tu acompañante se estará preguntando dónde te has metido, querido amante?

Murillio se sentó en el borde de la cama y se puso los calzones.

—No lo creo —dijo.

Simtal le dirigió una mirada cargada de curiosidad.

—¿Con quién has venido?

—Ah, con un amigo —respondió mientras abotonaba la camisa—. Dudo que lo conozcas por el nombre.

En ese momento oyeron un ruido procedente del descansillo y se abrió la puerta de la habitación.

Vestida en ropa interior, Simtal soltó un grito de sorpresa cuando sus ojos recalaron en el hombre alto que permanecía de pie bajo el dintel e iba envuelto en la capa.

—¿Cómo te atreves a entrar en mi dormitorio? Vete ahora mismo, o llamaré a…

—Los dos guardias que vigilaban el corredor se han marchado, señora —le informó Rallick Nom entrando en la

habitación y cerrando la puerta tras de sí. El asesino miró a Murillio—. Vístete —ordenó.

—¿Se han marchado? —Simtal se acercó a la cama y se colocó de tal modo que ésta quedara entre ella y Rallick.

—Se ha comprado su lealtad —dijo el asesino—. Lección que no deberías olvidar.

—Me basta con gritar para que otros acudan.

—Pero no lo has hecho porque sientes curiosidad —sonrió Rallick.

—No te atreverás a hacerme daño —dijo Simtal, enderezada—. Turban Orr te encontraría en cualquier parte.

De nuevo el asesino dio un paso hacia ella.

—Sólo he venido a hablar, dama Simtal —dijo—. No te haré daño, por mucho que lo merezcas.

—¿Que lo merezca? Si no he hecho nada. Ni siquiera te conozco.

—Tampoco hizo nada el concejal Lim —replicó Rallick en voz baja—. Y esta noche podría decirse lo mismo de Turban Orr. Ay, ambos pagaron por su ignorancia. Desagradable, pero necesario. —Endureció la mirada, que seguía atenta a la pálida mujer—. Permíteme explicarme. La oferta de Turban Orr de contratar al Gremio de asesinos ha sido cancelada. Coll vive, y su retorno a la casa de sus antepasados es cosa hecha. Estás acabada, dama Simtal. Turban Orr ha muerto.

Se dio la vuelta y salió de la habitación cerrando la puerta.

Murillio se levantó lentamente. Miró a Simtal a los ojos, consciente del terror que había en ellos, un terror que iba en aumento. Privada de los lazos que la unían al poder, su antigua seguridad se vino abajo. La observó mientras la mujer parecía contraerse físicamente, con los hombros

hundidos, las manos en el estómago, arrodillada. Luego no pudo seguir mirándola. Dama Simtal había desaparecido, y no se atrevía a observar de cerca a la criatura que la había sustituido.

Desenvainó la daga ornamental y la arrojó sobre la cama. Sin otra palabra o gesto abandonó la habitación con la certeza de que sería el último hombre que la vería con vida.

Se detuvo en el descansillo.

—Mowri —dijo en voz baja—. No estoy hecho para esto. —Todo el proceso de planificación que los había llevado a ese momento era una cosa, pero llegar a él era otra muy distinta. No había pensado en cómo se sentiría. El afán de justicia tuvo algo que ver, un pálido fuego que no tenía motivos para apartar o hacer a un lado. La justicia lo había seducido y se preguntó qué acababa de perder, se preguntó por todas las muertes que se multiplicaban a su alrededor. La culpa seguía la estela de todas aquellas muertes; tan incontestable era que amenazaba con sepultarle—. Mowri —susurró por segunda vez, más cerca de la plegaria de lo que jamás había estado—. Creo que me he perdido. ¿Me he perdido?

Azafrán dobló una columna de mármol con la mirada puesta en una doncella barghastiana más bien bajita, sentada en el borde de la fuente. Le daban lo mismo los guardias que había en la linde del bosque. Además, ¿era o no un ladrón? Lo cierto era que se les veía muy distraídos.

Esperó a que se presentara la oportunidad, y cuando lo hizo echó a correr, dispuesto a ganar las sombras que reinaban bajo la primera línea de árboles. A su espalda no se produjo ninguna voz de alarma, ni le dieron el alto. Ya al

amparo de la oscuridad, Azafrán se acuclilló. Sí, aún seguía ahí sentada, vuelta en su dirección.

Tomó aire y se puso en pie con un guijarro en cada mano. Esperó, atento a los guardias. Al poco, se presentó una oportunidad. Dio un paso al frente y arrojó uno de los guijarros a la fuente.

Cáliz D'Arle dio un brinco y miró a su alrededor mientras secaba las salpicaduras de agua del rostro maquillado.

Le dio un vuelco el corazón cuando la mirada de ella recaló en él fugazmente, pues la apartó enseguida.

Azafrán la apremió mediante gestos. Era la ocasión de comprobar de qué lado estaba ella. Contuvo la respiración e insistió con los gestos.

Cáliz echó una mirada atrás, al patio; se levantó y se acercó corriendo a él.

—¿Gorlas? —preguntó con los ojos entornados—. ¿Eres tú? ¡Llevo esperándote toda la noche!

Azafrán se quedó paralizado. Entonces, sin pensarlo dos veces, se acercó a ella, le tapó la boca con una mano y, con la otra, logró doblarle el brazo hasta la espalda. Cáliz chilló al tiempo que intentaba morderle la mano, forcejeó también, pero él la arrastró a la oscuridad del jardín.

¿Y ahora, qué?, se preguntó Azafrán mientras tiraba de ella.

Rompecírculos se apoyó en la columna de mármol del salón de la casa. A su espalda, afuera en el patio, los invitados se arracimaban alrededor del cadáver de Turban Orr, discutiendo en voz alta y lanzando vacías amenazas. El aire circulaba cargado en el jardín. Olía a sangre.

Se frotó los ojos, intentando calmar los latidos del corazón. *Se ha acabado. Reina de los Sueños, ya está.*

Ahora podré descansar. Por fin podré descansar. Se irguió lentamente al tiempo que llenaba de aire los pulmones, ajustaba el cinto de la espada y miraba a su alrededor. No se veía al capitán Stillis por ninguna parte, y la estancia estaba prácticamente vacía, a excepción de algunos sirvientes situados en el acceso a las cocinas. Dama Simtal seguía sin aparecer, y la confusión se centraba ahora en el motivo de su ausencia.

Rompecírculos miró una última vez a los invitados que había en el jardín y luego se dirigió a las puertas. Al pasar junto a una larga mesa donde estaban los restos de los pastelillos y las viandas, oyó un leve ronquido. Un paso más allá, en el extremo de la mesa, vio a un hombrecillo redondo, sentado en un antiguo sillón de felpa. La embadurnada máscara de niño ocultaba el rostro de aquel hombre, pero Rompecírculos alcanzó a ver que tenía los ojos cerrados; el ronquido, sonoro y constante, marchaba al compás del pecho, que subía y bajaba.

El guardia titubeó. Entonces, negando con la cabeza, siguió su camino. Tras las puertas, ya a la vista, aguardaban las calles de Darujhistan, la libertad. Ahora que acababa de emprender los primeros pasos en esa dirección, no estaba dispuesto a permitir que nada le detuviera.

Ya he hecho mi parte. Otro desconocido sin nombre que no estuvo dispuesto a huir ante el rostro de la tiranía. Querido Embozado, toma el alma marchita del hombre. Sus sueños han concluido, terminados por el capricho de un asesino. En lo que a mi propia alma respecta, tendrás que esperar un poco más.

Finalmente franqueó las puertas, recibiendo de buena gana la sonrisa que, imparable, se extendió por todo su rostro.

Capítulo 22



¡Cuervos! ¡Grandes cuervos!
Vuestros graznidos condenatorias burlas son
de cuanto acontece
bajo vuestras ennegrecidas alas.

Quebrad el día,
oh, alas de noche,
desgarrad con sombra
esta inocente luz.

¡Cuervos! ¡Grandes cuervos!
Llegan vuestras tamborileantes nubes
de pronto abatidas,
sisean sus afanes:
de ningún lugar
a otro…

Quebrad el día,
oh, alas de noche,
desgarrad con sombra
esta inocente luz.

¡Cuervos! ¡Grandes cuervos!
repiquetean vuestros picos abiertos
desbuchando el sudor
del esforzado desánimo
y del crujir de huesos
prometido para este día.

He visto el lustre
de vuestros ojos, la risa
que rima, la vida que a vuestro
paso no es sino ilusión.
Nos detenemos, contemplamos,

vuestros fríos vientos maldecimos,
que vuestro rumbo os lleva a volar
de nuevo a nuestro alrededor,
de nuevo, ¡oh, por siempre jamás!

Cuervos
Collitt (¿n. 978?)

Raest había alejado de la batalla a dos de los dragones negros. Los otros dos sobrevolaban en círculos su posición, mientras Silanah Alasrojas asomaba y se ocultaba por la colina. El tirano jaghut sabía perfectamente que estaba pagando la pérdida de la inmensa fuerza vital que tenía.

—Y ahora morirá —pronunció con unos labios con la piel hecha jirones. Raest tenía la carne destrozada, arruinada por el sobrecogedor poder de los dragones, poder que surgía de sus mandíbulas en forma de aliento de fuego. Los frágiles y amarillentos huesos estaban astillados, aplastados o simplemente rotos. Lo único que lo mantenía en pie y en movimiento era la senda Omtose Phellack.

En cuanto el finnest cayera en sus manos, reharía por completo su propio cuerpo, que llenaría con todo el vigor de la salud. Estaba cerca de su objetivo. Una última cadena montañosa y las murallas de la ciudad se dibujarían en el horizonte; aquellas fortificaciones serían lo único que se interpondría entre Raest y sus poderes mayores.

La batalla arrasaba las colinas. Aquel mortífero choque de sendas incineraba por completo la zona. Raest rechazó a los dragones. Había escuchado sus gritos de dolor. Entre risas arrojó densas nubes de tierra y piedra al cielo, todo con tal de cegarlos. Incendió el aire en la trayectoria de su vuelo. Llenó de fuego las nubes. Qué bueno era volver a sentirse vivo.

Mientras caminaba, continuó devastando el terreno a su paso. Con un simple gesto había derrumbado un puente de piedra que cruzaba un río ancho y poco profundo. Había una caseta también, y soldados con armas de hierro; extrañas criaturas, más altas que los imass, aunque tuvo la sensación de que no le costaría mucho esfuerzo esclavizarlas. No obstante, a esos hombres en particular prefirió destruirlos para evitar que pudieran distraerlo en la batalla que libraba con los dragones. Había encontrado a otro hombre, montado a caballo y ataviado de forma similar a los otros. Había matado a hombre y bestia, irritado por la intromisión.

Coronado por el fuego crepitante de la propia hechicería, Raest ascendió la ladera de la misma colina tras la cual había desaparecido Silanah hacía unos instantes. Preveía una emboscada, de modo que el tirano jaghut hizo acopio de poder, los puños crispados. Sin embargo, ganó la cima sin que lo molestaran. ¿Cómo habría logrado huir? Estiró el cuello hacia el cielo. No, ahí estaban los dos dragones negros, y entre ellos un gran cuervo.

Raest cruzó la cima y se detuvo cuando el valle surgió ante su mirada. Ahí lo esperaba Silanah, con la piel roja con manchas negras y recientes quemaduras en el pecho. Con las alas plegadas, le observaba desde su posición en el fondo del valle, donde un arroyo dibujaba una especie de herida flanqueada de zarzas con su tortuoso trazado.

El tirano jaghut rompió a reír despiadado. Ahí moriría Silanah. La parte más lejana del valle estaba formada por una cresta baja, y más allá, iluminada en la oscuridad, la ciudad donde encontraría el finnest. Raest se detuvo al verla. Incluso las principales ciudades jaghut de su época se veían empequeñecidas ante la comparación. ¿Y el fulgor

verde azulado que combatía a la oscuridad con tan inquebrantable determinación?

Ahí le aguardaban los misterios, unos misterios que ansiaba descubrir.

—¡Silanah! —voceó—. ¡*Eleint*! ¡Te doy la vida! Huye ahora, Silanah. Sólo me apiadaré una vez. ¡Escúchame, *eleint*!

El dragón rojo lo miró fijamente. Sus ojos de múltiples facetas refulgían como la luz de un faro. No se movió y tampoco respondió.

Raest se acercó a ella, sorprendido al comprobar que el dragón no recurría a la senda. ¿Se rendía? Rió por segunda vez.

Al acercarse, el cielo en lo alto cambió para adoptar un inconstante fulgor de origen ignoto. Abajo, la ciudad desapareció, reemplazada por marismas azotadas por los vientos. La lejana línea desigual de montañas se alzaba imponente, ajena a la mella de los ríos de hielo, reluciente y agreste, joven. Raest detuvo sus pasos. *Es una visión ancestral, una visión que se remonta a los tiempos anteriores a los jaghut. ¿Quién me ha atraído aquí?*

—Oh, vaya, vaya, vaya…

El tirano bajó la mirada para encontrar a un mortal de pie ante él. Raest enarcó una ceja al ver el peculiar modo de vestir que tenía el hombre, la roja casaca raída, los puños manchados de comida, los pantalones dados, teñidos con un tinte que de lo rosa que era parecía inverosímil, por no mencionar las anchas botas de cuero negro que cubrían sus piececillos. El hombre sacó un trozo de tela, con el que se secó el sudor de la frente.

—Querido señor —jadeó sin resuello—, veo que no has envejecido nada bien.

—Algo de los imass hay en ti —replicó Raest con voz ronca—. Incluso el lenguaje que utilizas imita su guturalidad. ¿Has venido a ser aplastado por mi pie? ¿O acaso eres mi primer acólito, dispuesto a obtener la primera recompensa?

—Ay, te equivocas, señor —respondió el otro—. Kruppe, este humilde y débil mortal que se halla ante ti, no se inclina ante nadie, ya sea deidad o jaghut. Tales son los matices de esta nueva era, que seáis objeto de indiferencia, reducidos a la insignificancia en vuestros poderosos conflictos por este Kruppe, con cuyo sueño has tenido la torpeza de tropezar. Kruppe se llega ante ti para que puedas observar su benigno aspecto en estos últimos instantes que sirven de precedente a tu destrucción. Magnánimo es Kruppe, teniendo todo en cuenta. Raest rompió a reír.

—No es la primera vez que rondo los sueños de los mortales. Tú te crees el amo aquí, pero te equivocas. —El tirano levantó la mano, envuelta en un halo de inmenso poder. La hechicería envolvió a Kruppe, emitió un fulgor oscuro y luego desapareció sin dejar rastro alguno del hombrecillo.

—Qué descortés, sostiene Kruppe —dijo una voz a la izquierda de Raest—. Es decepcionante tal precipitación.

El jaghut volvió la mirada hacia él, con los ojos abiertos desmesuradamente.

—¿Qué juego es éste?

El otro sonrió.

—El juego de Kruppe, ¿cuál, si no?

A espaldas de Raest, se produjo un ruido que sirvió de tardía advertencia. Se volvió cuando una enorme espada de sílex se hundió en su hombro izquierdo, la hoja se abrió paso e hizo crujir las costillas, el esternón y la columna. El

golpe hizo caer de costado al tirano. Raest yacía despatarrado, mientras algunos fragmentos de su cuerpo llovían alrededor. Al levantar la mirada vio a un t'lan imass.

La sombra de Kruppe se acercó al rostro de Raest, y el tirano miró los acuosos ojos del mortal.

—No tiene clan, por supuesto. Carece de ataduras, a pesar de lo cual la antigua llamada sigue ejerciendo el mismo efecto en él, muy a su pesar. Imagina su sorpresa cuando lo encontraron. Onos T'oolan, Espada del Primer Imperio, de nuevo es llamado por la sangre que antaño recorrió sus venas, su corazón, su vida de hace mucho, mucho tiempo.

—Extraños sueños los tuyos, mortal —dijo el t'lan imass pronunciándose por primera vez.

—Kruppe es una caja llena de sorpresas que incluso le sorprenden a sí mismo. —Percibo en este llamamiento la mano de un invocahuesos —continuó Onos T'oolan.

—Por supuesto. Creo que se hace llamar Pran Chole del clan Kig Aven, de Kron T'lan Imass.

Raest se levantó del suelo envolviéndose al tiempo de la hechicería necesaria para mantener en su sitio los fragmentos del cuerpo.

—No hay t'lan imass capaz de luchar conmigo —siseó.

—Dudosa aseveración —comentó Kruppe—. Aun así, no está solo en este negocio.

El tirano jaghut enderezó la espalda y vio surgir del arroyo una figura envuelta en negro. Al acercarse la figura, inclinó la cabeza.

—Me recuerdas al Embozado. ¿Vive aún el Peregrino de Muerte? —Frunció el ceño—. Pero, no. Nada percibo de ti. No existes.

—Quizá —respondió la figura con voz de tenor en un tono que podía insinuar cierta pena ante aquella afirmación

—. En tal caso —continuó—, tampoco tú existes. Pertenecemos al pasado, jaghut. —La figura se detuvo a unas cinco varas de distancia de Raest y volvió la cabeza encapuchada en dirección al lugar donde se hallaban los dragones—. Su amo aguarda tu llegada, jaghut, pero su espera es en vano, por lo que deberías estarnos agradecidos. Es capaz de dar un tipo de muerte de la que resulta imposible escapar, aun para una criatura como tú. —Vuelta la cabeza, la oscuridad que cubría la capucha volvió a encarar al tirano—. Aquí mismo, en los confines del sueño de un mortal, pondremos punto y final a tu existencia.

—En esta era no hay nadie capaz de derrotarme —aseguró Raest.

—Qué estúpido eres, Raest —rió la figura—. En esta era incluso un mortal podría acabar contigo. La marea de la esclavitud se ha vuelto del revés. Ahora no hay más esclavos que nosotros, los dioses, y los mortales son nuestros amos, aunque no lo sepan.

—¿Entonces eres un dios? —Raest frunció aún más el entrecejo—. Si es así, no eres más que un niño para mí.

—Hace tiempo fui un dios —respondió el otro—. Adorado bajo el nombre de K'rul, y mi aspecto era el Obelisco. Soy el Hacedor de Sendas. ¿Tiene sentido para ti ese antiguo título?

Raest retrocedió un paso levantando las manos resecas.

—Imposible —dijo en un hilo de voz—. Cruzaste a los Dominios del Caos, volviste a la cuna de tu nacimiento para no regresar jamás entre nosotros…

—Tal como he dicho, ha habido cambios —aseguró K'rul—. No tienes elección, Raest. Onos T'oolan puede destruirte. No entiendes lo que su título de espada puede significar, pero te diré que no tiene parangón en este

mundo. Puedes caer deshonrosamente bajo la espada de un imass, o bien puedes acompañarme, puesto que hay algo en lo que ambos nos parecemos. Nuestro tiempo ha pasado y las puertas del Caos nos aguardan. ¿Qué escoges?

—Nada, Ancestral. —Con una risa rota, el cuerpo de Raest se contrajo y, marchito, cayó al suelo.

K'rul inclinó la cabeza.

—Ha encontrado otro cuerpo.

Kruppe sacó el pañuelo de la bocamanga.

—Diantre —dijo—. Diantre.

A un gesto de Kalam, Paran se agachó. El capitán tenía la boca seca. Había algo raro en aquel jardín. Se preguntó si sencillamente se debía al cansancio. La atmósfera que reinaba en el jardín agudizaba todos sus sentidos. Creyó ver el latido de la oscuridad, y el olor a podrido había llegado a convertirse en hedor.

Kalam echó mano a los cuchillos. Paran se puso tenso, incapaz de ver nada aparte del asesino. Había demasiados árboles, faltaba claridad. A lo lejos temblaba la luz de las lámparas de gas, y la gente se reunía en el patio. Pero la civilización parecía hallarse a miles de leguas de distancia. Ahí, el capitán tenía la sensación de encontrarse en un lugar de gran poder, capaz de respirar lenta y pesadamente por todos los poros.

Kalam hizo un nuevo gesto a Paran para que siguiera donde estaba, y luego desapareció en las sombras que había a su derecha. Agachado, el capitán ocupó el lugar donde el asesino estuvo levantado apenas hacía unos instantes. Delante se abría una especie de claro. No obstante, no podía estar seguro del todo, ni veía nada fuera de lo común. Aun así, la sensación que tenía de que algo iba

mal restallaba en su cabeza. Dio otro paso. Había algo en mitad del claro, una especie de piedra, un altar, ante el cual vio a una mujer pequeña que parecía un espectro en la oscuridad. Le daba la espalda a Paran.

De pronto, Kalam se situó a la espalda de la mujer, armado con sendos cuchillos. A continuación, hizo ademán de atacarla.

La mujer actuó, y lo hizo deprisa, echando atrás el hombro, que hundió en el estómago del asesino. Luego se volvió y clavó la rodilla en la entrepierna de Kalam. Éste, al trastabillar, gritó y finalmente cayó al suelo como un fardo.

Paran tiró de la espada e irrumpió en el claro.

La mujer, al verlo, voceó sorprendida y asustada:

—¡No! ¡Por favor!

El capitán se detuvo al oír la voz de la niña mientras Kalam se incorporaba.

—Maldición, Lástima —gruñó—. No te esperaba. Pensamos que habías muerto, muchacha.

La mujer observó a Paran con cautela mientras éste se acercaba con sumo cuidado.

—Te conozco, ¿verdad? —preguntó a Kalam. Y cuando Paran se acercó, interpuso una mano temblorosa entre ambos y retrocedió un paso—. ¡Yo… yo te maté! —Cayó de rodillas, profiriendo un gemido—. Tuve tu sangre en mis manos. ¡Lo recuerdo!

Paran sintió el fuego de la ira. Levantó la espada y se acercó a ella.

—¡Aguarda! —susurró Kalam—. Aguarda, capitán. Aquí hay algo raro.

Con cierta dificultad, el asesino se puso en pie y se sentó en el bloque de piedra.

—¡No! —pidió la muchacha—. ¿Acaso no lo sientes?

—Yo sí —gruñó Paran, que bajó el arma—. No toques eso, cabo.

—Creí que era el único —dijo éste apartándose de la piedra.

—No es una piedra —aseguró la mujer, cuyo rostro parecía haberse librado de la angustia que lo había contraído hacía unos instantes—. Es madera. —Se levantó vuelta a Kalam—. Y crece.

—¿Me recuerdas, niña? —preguntó Paran.

—Conozco a Kalam —respondió ella, ceñuda, tras negar con la cabeza—. Creo que somos viejos amigos.

El asesino iba a decir algo cuando rompió a toser mientras sacudía la cabeza.

—¿Lo ves? —La mujer señaló el bloque de madera—. Otra vez está creciendo.

Ambos hombres lo observaron con atención. Una bruma ocultaba las aristas trazando espirales hasta desaparecer, y entonces Paran se convenció de que el objeto había aumentado de tamaño.

—Tiene raíces —añadió la mujer.

—¿Cabo? Quédate aquí con la chica. No tardo nada. —Envainó la espada y abandonó el claro. Después de vagabundear por la espesura, llegó a la linde y echó un vistazo al patio atestado de invitados. A su izquierda había una fuente rodeada por una serie de columnas de mármol que distaban una vara unas de otras.

El capitán vio que Whiskeyjack y el pelotón formaban una línea desigual a unas tres varas del borde del jardín, vueltos al patio. Los vio algo tensos. Paran encontró una rama, que rompió en dos.

Al oír el ruido, los seis hombres se volvieron. El capitán señaló a Whiskeyjack y Mazo, para después desaparecer de nuevo entre la espesura de los árboles. El sargento susurró

unas palabras a Ben el Rápido. Luego hizo un gesto al sanador y se adentraron en el bosque.

—Kalam ha encontrado a Lástima, y también otra cosa —informó Paran a Whiskeyjack—. La chica no parece la misma, sargento, y no creo que esté actuando. De pronto recuerda haberme asesinado, pero al poco lo olvida. Y ahora se le ha metido en la cabeza que Kalam es un viejo amigo suyo.

Mazo gruñó. Tras un breve cruce de miradas, Whiskeyjack preguntó:

—¿Y a qué te refieres con que ha encontrado otra cosa?

—No estoy seguro, pero no me gusta nada.

—Bien —suspiró el sargento—. Acompaña al capitán, Mazo. Echa un ojo a Lástima. ¿Ha habido suerte con la Guilda de asesinos? —preguntó a Paran. —No.

—Pues habrá que moverse pronto —dijo Whiskeyjack—. Soltaremos a Violín y a Seto. Tráete a Kalam cuando regreses, Mazo. Tenemos que hablar.

Rallick encontró vía libre y cruzó el salón en dirección a las puertas principales. Algunos volvieron el rostro hacia él, la conversación decayó, aunque al pasar él de largo siguieron hablando. El asesino sentía un profundo cansancio, que no sólo podía deberse a la sangre de una herida ya sanada. El mal que acusaba era más bien emocional.

Se detuvo al ver levantarse de un sillón a Kruppe, con la máscara colgando de la mano gordezuela. Tenía el rostro empapado en sudor y el temor se reflejaba en la expresión de su rostro.

—Haces bien en tener miedo —le dijo Rallick al acercarse—. Si llego a saber que estabas aquí…

—¡Calla! —ordenó Kruppe—. ¡Kruppe debe pensar!

El asesino lo miró ceñudo pero nada dijo. Nunca antes había visto a Kruppe prescindir de su sempiterna afabilidad, y verlo tan inquieto causó en Rallick mayor desasosiego.

—Sigue tu camino, amigo mío —dijo entonces Kruppe, cuyo tono de voz le pareció cuando menos peculiar—. Tu destino te aguarda. Es más, parece ser que este nuevo mundo está más que surtido para Raest, sin importar qué carne pueda vestir.

Rallick frunció aún más el ceño. *Está bebido, sin duda.* Suspiró, le dio la espalda y volvió a pensar en lo que había logrado aquella noche. Dejó atrás a Kruppe. *Y ahora ¿qué?*, se preguntó. Había empleado tanto tiempo en preparar ese momento… Todo su pensamiento parecía embotado por el éxito. La obsesión de Rallick por enderezar aquel entuerto en cierto modo no había sido sino su empeño por asumir el papel que el propio Coll debió de haber representado. Había servido de instrumento a la voluntad de Coll, deseoso de que éste recuperase la fe en sí mismo.

Pero ¿y si no lo hacía? Aún más ceñudo, Rallick atajó aquella pregunta antes de que pudiera conducir al hilo de su pensamiento a hallar una respuesta. Tal como había dicho Baruk, llegó el momento de volver a casa.

En ésas estaba cuando una mujer que llevaba una máscara plateada le puso la mano en el brazo.

Rallick, sobresaltado por aquel contacto, se volvió para mirarla. Una larga mata de pelo castaño enmarcaba su máscara sin facciones; las rendijas que tenía por ojos no delataban detalle alguno de lo que ocultaban. La mujer se le acercó.

—Durante un tiempo he sentido curiosidad —dijo en voz baja—. No obstante, ahora veo que debí observarte

personalmente, Rallick Nom. La muerte de Ocelote podría haberse evitado.

—Vorcan.

Ella inclinó levemente la cabeza.

—Ocelote era un estúpido —acusó Rallick—. Si el contrato de Orr fue aprobado por la Guilda, me someteré al castigo que sea de rigor.

Ella nada respondió. Rallick aguardó a que se pronunciara.

—Eres hombre de pocas palabras, Rallick Nom.

El silencio fue la única respuesta.

—Dices aguardar el castigo, como si ya te hubieras resignado a morir —dijo ella con una leve risa. Dirigió la mirada al patio, donde la gente seguía apiñada—. El concejal Turban Orr tenía magia protectora, que de nada le sirvió. Es curioso. —Pareció calibrar algo, luego asintió—. Necesitamos de tus habilidades, Rallick Nom. Acompáñame.

Rallick pestañeó. Luego, al verla dirigirse al jardín que había en la parte posterior de la casa, la siguió.

Azafrán mantuvo la mano en la boca de Cáliz mientras se sentaba a horcajadas sobre ella. Con la otra mano se quitó la máscara de ladrón. Al reconocerle, ella lo miró sorprendida:

—Si gritas lo lamentarás —advirtió Azafrán con voz ronca.

Se las había apañado para arrastrarla a unas tres varas de la linde, antes de que le pusiera la zancadilla. Forcejearon en el suelo, pero finalmente él ganó la batalla.

—Sólo quiero hablar contigo —dijo Azafrán—. No voy a hacerte daño, Cáliz, te lo prometo. A menos que intentes algo, claro. Ahora voy a apartar la mano. Por favor, no

grites. —Quiso interpretar la expresión de su mirada, pero lo único que vio fue el miedo. Avergonzado, apartó la mano.

Ella no gritó, y al cabo de un instante Azafrán casi deseó que lo hubiera hecho.

—¡Maldito seas, ladrón! ¡Cuando mi padre te atrape hará que te despellejen vivo! Eso si Gorlas no da antes contigo. Hazme algo y te pondrá a hervir a fuego lento…

Azafrán volvió a taparle la boca con la mano. ¿Despellejarlo? ¿Hervirlo a fuego lento?

—¿Y quién es Gorlas? —preguntó con los ojos muy abiertos—. ¿Un amigo tuyo aficionado a la cocina? ¡De modo que me traicionaste!

Ella lo miró fijamente, y Azafrán volvió a apartar la mano.

—No te traicioné —respondió—. ¿De qué estás hablando?

—De lo del guardia asesinado. Yo no fui, pero…

—Pues claro que no. Padre contrató a un vidente. Fue una mujer la que mató al guardia, una sirviente de la Cuerda. El vidente estaba tan aterrado que ni siquiera quiso esperar a que mi padre le pagara. Y ahora levántate, ladrón.

La dejó incorporarse en el suelo mientras contemplaba los árboles.

—Entonces, ¿no me traicionaste? ¿Y qué me dices de Meese? ¿Los guardias en casa de tío Mammot? ¿La caza?

Cáliz se puso en pie y sacudió las hojas secas de la capa de piel.

—¿De qué estás hablando? Debo volver. Gorlas me estará buscando. Es el primogénito de la Casa Tholius; se está formando para convertirse en un maestro duelista. Si te ve conmigo, tendrás problemas.

—¡Aguarda! Escucha, Cáliz. Olvida a ese idiota de Corlas. Dentro de un año mi tío nos presentará formalmente. Mammot es un escritor famoso.

Cáliz puso los ojos en blanco.

—Pon los pies en el suelo de una vez, ¿quieres? ¿Escritor? Será uno de esos ancianos con los dedos manchados de tinta, que cada dos por tres tropieza con la pared. ¿Cuenta su Casa con influencias? La Casa Tholius tiene poder, influencia, vamos, todo lo necesario. Además, Gorlas me ama.

—Pero es que yo… —Calló, apartando la mirada. ¿Era cierto? No. ¿Tenía eso alguna importancia? ¿Qué quería de ella?

—Además, ¿qué quieres tú de mí? —preguntó precisamente Cáliz.

Él se miraba la punta de los pies. Finalmente, levantó la barbilla.

—¿Compañía? —preguntó apocado—. ¿Amistad? ¿Qué estoy diciendo? ¡Soy un ladrón! ¡Se supone que me dedico a robar a mujeres como tú!

—En eso tienes razón. ¿Por qué fingir otra cosa? —De pronto se endulzó su expresión—. Azafrán, no voy a traicionarte. Será nuestro secreto.

Por un brevísimo instante, se sintió como un niño al que la amable matrona acaricia y consuela, y lo cierto era que le gustaba.

—Antes de que llegaras tú no conocía a ningún ladrón callejero auténtico —añadió ella sonriente.

Aquella sensación tan placentera se vio sustituida por un acceso de rabia.

—Por el aliento del Embozado, no —se burló—, ¿real? Tú no sabes qué es real, Cáliz. Jamás te has manchado de sangre las manos. Nunca has visto morir a un hombre. Pero

así son las cosas, ¿no es cierto? Ya nos ocuparemos los demás del trabajo sucio, al que estamos acostumbrados.

—Esta noche he visto morir a un hombre —replicó Cáliz en voz baja—. Y no quiero volver a hacerlo. Si eso es lo que entiendes por «real», entonces no lo quiero para nada. Es todo tuyo, Azafrán. Adiós. —Y se alejó.

Azafrán observó su espalda, su pelo trenzado, mientras aquellas palabras hacían eco en su mente.

De pronto se sintió agotado y se volvió al jardín. Confiaba en que Apsalar siguiera en el mismo lugar donde la había dejado. Lo último que quería ahora era tener que buscarla. Y así se adentró en la espesura.

Mazo retrocedió al dar el primer paso en el claro. Paran lo asió del brazo y le miró a los ojos.

El sanador sacudió la cabeza.

—No voy a acercarme más, señor. No sé qué es lo que mora en ese claro, pero su naturaleza es contraria a mi senda Denul. Y me… mira con… apetito. —Se secó el sudor de la frente y tomó aire—. Será mejor que traigáis aquí a la chica.

Paran soltó el brazo y se adentró en el claro. El bloque de madera había alcanzado ya el tamaño de una mesa, veteado de gruesas raíces retorcidas, moteado en los costados de vastos agujeros cuadrados. El terreno que lo rodeaba parecía empapado en sangre.

—Cabo —susurró—, envía a la chica con Mazo.

Kalam le puso la mano en el hombro a Lástima.

—Tranquila, moza —le dijo en un tono similar al que emplearía un tío con su sobrina—. Ahora ve allá. Dentro de nada nos reuniremos con vosotros.

—Sí. —Lástima sonrió y se dirigió al lugar donde aguardaba Mazo.

—No la había visto sonreír en la vida —dijo Kalam frotándose la barba de tres días—. Y es una verdadera pena.

Junto a Paran observó cómo Mazo hablaba en voz baja con la muchacha, antes de dar un paso hacia ella y ponerle la mano en la frente.

Paran inclinó la cabeza.

—Ha cesado la tormenta.

—Sí. Espero que eso signifique lo que nos gustaría que significara.

—Alguien lo ha hecho. Y, cabo, comparto vuestras esperanzas—. Lamentablemente, pocas esperanzas tenía el capitán al respecto. Había algo en marcha. Suspiró—. Aún no ha tocado ni la duodécima campanada. Cuesta creerlo.

—Nos espera una larga noche —comentó el asesino, que dejó muy claro que también él carecía de optimismo. Luego gruñó. Mazo había lanzado un grito de sorpresa. El sanador apartó la mano e hizo señas a Paran y Kalam—. Ve tú —dijo el asesino.

El capitán, algo confuso, miró ceñudo al hombre de raza negra. Luego se acercó al lugar donde se encontraban el sanador y Lástima. La muchacha tenía los ojos cerrados, parecía como en trance.

Mazo se mostró directo.

—Ya no está poseída —dijo.

—Lo que suponía —respondió Paran, atento a la joven.

—Pero hay algo más —continuó el sanador—. Ahora alberga a otro ahí dentro, señor.

Paran enarcó las cejas.

—Alguien que estuvo ahí todo el tiempo. Se me escapa cómo pudo sobrevivir a la presencia de la Cuerda. Y ahora

me enfrento a un dilema.

—Explícate.

Mazo se agachó y se puso a garabatear en el suelo con una ramita.

—Ese alguien ha estado protegiendo la mente de la muchacha, actuando como el filtro de un alquimista. En estos dos últimos años, Lástima ha hecho cosas que, de recordar una sola de ellas, le hubieran hecho perder la razón. Esa presencia combate sus recuerdos en este preciso momento, pero necesita ayuda, porque no es tan fuerte como lo fue en tiempos. Se muere.

—¿Deberíamos ofrecer esa ayuda de la que hablas? —preguntó Paran al tiempo que se acuclillaba a su lado.

—No estoy seguro. Verás, capitán, no sé qué planes tiene. No sé qué pretende, no puedo leer la trama que intenta llevar a cabo. Pongamos que la ayudo y que lo único que quiere es tener el control absoluto: la muchacha acabaría poseída otra vez.

—¿Crees que la presencia que ha protegido a Lástima de la Cuerda sólo lo ha hecho para ocupar su lugar a las primeras de cambio?

—Podríamos decirlo así —respondió Mazo—, y no tiene mucho sentido. Lo que me frena es pensar que esa presencia quiera entregarse de forma tan desinteresada. Su cuerpo y la carne han muerto. Si suelta a la muchacha, no tendrá adónde ir, señor. Quizá sea un ser querido, un familiar o algo por el estilo. Alguien que desea sacrificarse a sí misma totalmente. Cabe esa posibilidad.

—¿A sí misma? ¿Es una mujer?

—Fue una mujer —puntualizó el barghastiano—. Aunque ahora, que me aspen si sé qué es. Lo único que percibo es la tristeza. —El sanador miró a Paran a los ojos—. Es lo más triste que he visto en la vida, señor.

Paran estudió unos instantes el rostro de Mazo y luego se levantó.

—No voy a darte ninguna orden de cómo debes proceder, sanador.

—¿Pero?

—Pero, por si sirve de algo, te diría que lo hicieras. Dale cuanto necesite, para que pueda hacer lo que quiere hacer.

Mazo resopló, se deshizo de la rama y se puso en pie.

—Eso es también lo que me dicta el instinto, señor. Gracias.

Les llegó la voz alta y clara de Kalam:

—Hasta ahí habéis llegado. Ahora quiero veros las caras.

Ambos se volvieron para ver a Kalam vuelto al trecho de bosque que se extendía a la izquierda. Paran aferró el brazo del sanador y lo arrastró a las sombras. Mazo, a su vez, tiró de Lástima.

Dos figuras salieron al claro. Un hombre y una mujer.

Azafrán se acercó, oculto por la espesura del terreno. Para tratarse del jardín de una hacienda, la vegetación era muy abundante. Las voces que había escuchado mientras buscaba a Apsalar resultaron pertenecer a dos hombres y a una mujer que llevaba una máscara plateada. Los tres observaban una especie de tocón que había en mitad del claro. Azafrán exhaló lentamente. Rallick Nom era uno de los hombres.

—Hay un mal en esto —dijo la mujer, que retrocedió ante el tocón—. Un ansia.

El hombretón de raza negra que se hallaba a su lado gruñó.

—No te lo discutiré, dama de la Guilda. Sea lo que sea, no es de Malaz.

El ladrón abrió los ojos como platos. *¿Espías de Malaz? ¿Dama de la Guilda? ¡Vorcan!* Como si fuera impermeable a todo aquello tan extraño que la rodeaba, la mujer se volvió a Rallick.

—¿En qué medida te afecta esto, Rallick?

—No me afecta —respondió.

—En tal caso, acércate.

El asesino se encogió de hombros y se acercó al tocón marchito. El filtro borroso que lo cubría pareció ceder, se definieron los contornos del objeto y Vorcan se relajó.

—Pareces perjudicar sus actividades, Rallick. Qué curioso.

—Polvillo de otaralita —gruñó.

—¿Cómo?

—Me froté la piel con ese polvillo. Vorcan lo miró con los ojos muy abiertos. El otro hombre se volvió a Rallick.

—Te recuerdo, asesino. De nuestra riña la primera vez que quisimos ponernos en contacto con vosotros. La noche de la emboscada que cayó del cielo. Rallick asintió.

—En fin —continuó el de Malaz—. Me sorprende que salieras con vida de aquello.

—Este hombre tiene un don para la sorpresa —dijo Vorcan—. Excelente, cabo Kalam de los Abrasapuentes, tu petición de una audiencia me llegó y te la he concedido. Antes de que empecemos, no obstante, agradecería que el resto de tus compañeros se reunieran con nosotros. —Se volvió a los árboles de la derecha.

A Azafrán la cabeza le iba de un lado a otro. ¿Abrasapuentes? A punto estaba de estallarle cuando vio salir a otros dos hombres de las sombras, acompañados de Apsalar. Parecía drogada y tenía los ojos cerrados.

—Dama de la Guilda —dijo uno de los hombres—, soy el capitán Paran del noveno pelotón. —Tomó aire antes de

añadir—: A este respecto, no obstante, el cabo Kalam habla en nombre del Imperio.

—En tal caso, la audiencia ha empezado. —Vorcan se volvió al hombre de raza negra.

—Ambos sabemos que el concejo de la ciudad no constituye la base de poder real de Darujhistan. Y puesto que vosotros los de la Guilda tampoco la constituís, hemos llegado a la conclusión de que los magos de la ciudad operan en secreto y mantienen el statu quo intacto, que es lo que más conviene a sus propios intereses. Podríamos optar por matar a todos los magos de Darujhistan, pero eso nos llevaría demasiado y podría torcerse. En lugar de ello, dama de la Guilda, el Imperio de Malaz ofrece un contrato por los verdaderos regentes de Darujhistan. Cien mil jakatas de oro. Por cada uno. Es más, la emperatriz ofrece el control de la ciudad, acompañado del título de Puño Supremo, así como todos los privilegios que ello conlleva. —Se cruzó de brazos.

Vorcan guardó silencio.

—¿Desea la emperatriz Laseen pagarme novecientos mil jakatas?

—Si ése es el número, sí —confirmó Kalam.

—La cábala de T'orrud es un grupo poderoso, cabo. Pero antes de que pueda responder, me gustaría saber de la criatura que se acerca por el este. —Su expresión se volvió tensa—. Cinco dragones se opusieron a él por un tiempo, supongo que salidos de Engendro de Luna. Doy por sentado que maese Baruk y su cábala han firmado un pacto con el hijo de la Oscuridad.

Aunque Kalam pareció aturdido, se recuperó al instante.

—Dama de la Guilda, la criatura que se acerca no es consecuencia de ninguna acción nuestra. Hubiéramos aplaudido si hubiera muerto a manos del hijo de la

Oscuridad. En lo que concierne a la pregunta implícita en tus palabras, doy por sentado que la alianza entre los tiste andii y la cábala quedaría anulada con la muerte de los miembros de la cábala. No pretendemos que pongas fin a la vida del señor de Engendro de Luna.

—Dama de la Guilda —intervino Paran tras aclararse la garganta—, Engendro de Luna y el Imperio de Malaz ya se han enfrentado antes. A juzgar por lo visto hasta ahora, es más probable que el hijo de la Oscuridad se retire antes que enfrentarse a nosotros él solo.

—Ya veo —dijo Vorcan—. Cabo Kalam, no deseo malograr las vidas de mis asesinos en semejante empeño. Sólo un asesino que al mismo tiempo fuera mago supremo podría albergar la esperanza de cumplir con éxito el encargo, de mediar el tiste andii de por medio. Por tanto, si ésas son las condiciones, acepto el contrato. Llevaré a cabo los asesinatos. Y ahora, por lo que respecta al pago…

—Entregado por senda al cumplimiento del mismo —se adelantó Kalam—. Seguramente ya lo sabrás, pero la emperatriz fue en tiempos una asesina. Se aviene de forma estricta a las normas de conducta. Pagará el oro. También el título y la regencia de Darujhistan los concederá sin titubear.

—Acepto, cabo Kalam. —Vorcan se volvió a Rallick—. Empezaremos de inmediato. Rallick Nom, la tarea que voy a encomendarte es de vital importancia. He considerado tus peculiares habilidades para impedir el crecimiento de esta cosa rara —dijo señalando con la mano al tocón—. Mi instinto me dice que no debe permitirse que siga creciendo. Tú te quedarás aquí y mantendrás paralizado el crecimiento.

—¿Cuánto tiempo? —gruñó él.

—Hasta mi regreso. A esas alturas pondré a prueba sus defensas. Ah, una cosa más: las actividades de Ocelote no contaban con el beneplácito de la Guilda. Ejecutarlo coincide con lo que la Guilda entiende por un justo castigo por sus acciones. Gracias, Rallick Nom. La Guilda está complacido.

Rallick se acercó al extraño tocón y se sentó en él.

—Hasta luego —dijo Vorcan, que salió del claro.

Azafrán observó a los tres espías de Malaz reunirse para cuchichear. Entonces, uno de ellos asió a Apsalar del brazo y la condujo al bosque, en dirección al muro trasero. Los otros dos, el capitán Paran y el cabo Kalam, miraron de reojo a Rallick.

Éste apoyaba la barbilla en ambas manos, con los codos en las rodillas y la mirada ausente en el suelo.

Kalam lanzó un suspiro y sacudió la cabeza. Al cabo, ambos se fueron en dirección al patio.

Azafrán no sabía qué hacer. Por un lado, quería salir al claro y enfrentarse a Rallick. ¿Asesinar a los magos? ¿Entregar Darujhistan a los de Malaz? ¿Cómo estaba dispuesto a permitir tales cosas? Pero no se movió, porque en su interior alumbró también el temor; lo cierto era que no conocía de nada a aquel hombre. ¿Le escucharía? ¿O respondería a Azafrán poniéndole un cuchillo en el pescuezo? En verdad, Azafrán no estaba muy por la labor de asumir según qué riesgos.

Rallick había permanecido inmóvil durante el rato en que el joven pensaba qué hacer. Entonces se levantó, vuelto directamente al lugar donde se ocultaba el ladrón.

Éste gruñó.

Rallick le hizo un gesto para que se acercara y, lentamente, Azafrán obedeció.

—Sabes esconderte —admitió Rallick—. Aunque has tenido suerte de que Vorcan llevara puesta esa máscara, porque mucho no podía ver por ella. ¿Lo has oído todo?

Azafrán asintió, puesta la mirada en aquello que a distancia había considerado un tocón. Parecía más bien una casita de madera. Los agujeros de los costados parecían ventanas. Al contrario que Vorcan, no percibía un ansia, sino más bien cierto apremio o frustración.

—Antes de que me acuses, Azafrán, quiero que me escuches con atención.

El ladrón apartó los ojos del bloque de madera.

—Te escucho.

—Puede ser que Baruk siga en la fiesta. Debes encontrarlo y contarle exactamente lo que ha pasado. Dile que Vorcan es una hechicera suprema y que los matará a todos, a menos que se unan para defenderse. —El asesino puso una mano en el hombro de Azafrán—. Y si Baruk se ha marchado a casa, busca a Mammot. Lo vi por aquí no hace mucho rato. Lleva una máscara de jabalí.

—¿Tío Mammot? Pero si…

—Es sacerdote supremo de D'riss, Azafrán, y miembro de la cábala de T'orrud. Vamos, date prisa. No hay un minuto que perder.

—¿Y tú qué? ¿Piensas quedarte aquí, Rallick? ¿Sentado en ese… tocón? El asesino apretó la mano en el hombro.

—Vorcan decía la verdad, muchacho. No sé muy bien qué es, pero está claro que lo puedo controlar. Baruk necesita saber qué está sucediendo en este claro. Confío más en su percepción que en la de Vorcan, pero por ahora haré caso de lo que dice ella.

Azafrán se resistió un instante pensando en Apsalar. Le habían hecho algo, de eso estaba seguro, y si le habían hecho daño les haría pagar por ello. Pero… ¿Tío Mammot?

¿Planeaba Vorcan asesinar a su tío? El ladrón miró con dureza a Rallick.

—Dalo por hecho —dijo.

En ese instante, un rugido de rabia y agonía proveniente del patio hizo temblar las copas de los árboles. El bloque de madera respondió con una erupción de intenso fuego amarillo, sus raíces se retorcieron e inflaron como si fueran dedos.

Rallick empujó con fuerza a Azafrán, se volvió y se sentó en el bloque. El fuego cesó y se abrieron unas grietas en el suelo que se extendieron en todas direcciones.

—¡Vete! —gritó Rallick.

El corazón latía con fuerza en su pecho cuando el ladrón echó a correr a la hacienda de dama Simtal.

Baruk extendió la mano para tirar con fuerza de la cuerda de la campana. Oyó la voz del cochero, sentado en el pescante, y el carruaje se detuvo.

—Algo acaba de pasar —dijo en un susurró a Rake—. ¡Nos hemos marchado demasiado pronto, diantre! —Se deslizó al asiento de la ventanilla y abrió los postigos.

—Un momento, alquimista —pidió Rake—. Será el tirano. Pero está debilitado y han quedado allí magos suficientes para hacerle frente. —Abrió la boca con la intención de añadir algo, pero volvió a cerrarla. Sus ojos adquirieron un matiz azul mientras estudiaba la expresión del alquimista—. Baruk, vuelve a tu casa —dijo con tranquilidad—. Prepárate para el siguiente movimiento del Imperio, ya verás que no habrá que esperar mucho a que se produzca.

Mientras, Baruk observaba fijamente al tiste andii.

—Dime qué está pasando —pidió enfadado—. ¿Vas a desafiar al tirano o no? Rake arrojó la máscara al suelo y se

llevó la mano al broche de la capa.

—Si es necesario, lo haré.

Afuera golpeaban con el puño el carruaje, y se oían voces y demás muestras del jolgorio que se vivía en las calles. Las gentes que los rodeaban empujaban el carruaje de un lado a otro, como meciéndolo. El festejo se acercaba a la duodécima campanada, la Hora de la Ascensión en que la dama de la Primavera subió al cielo a recibir a la Luna.

—Entre tanto, es necesario despejar las calles de la ciudad —continuó Rake—. Imagino que entre tus prioridades se contará minimizar en lo posible el número de muertos.

—¿Es esto todo lo que me ofreces, Rake? —Baruk señaló la ventanilla—. ¿Despejar las calles? En nombre del Embozado, ¿cómo se supone que voy a hacer tal cosa? ¡Habrá trescientas mil personas en Darujhistan, y hoy todo el mundo ha salido a la calle!

El tiste andii abrió la puerta que tenía más a mano.

—Déjalo de mi cuenta. Necesito encontrar un punto elevado, alquimista. ¿Alguna sugerencia?

Tan grande era la frustración de Baruk, que tuvo que esforzarse por contener las ganas que tenía de emprenderla contra Anomander Rake.

—El campanario de K'rul —dijo—. Una torre cuadrada, cerca de la puerta de Congoja.

Rake asomó al exterior del carruaje.

—Hablaremos de nuevo en tu casa —dijo al asomar el cuerpo al exterior—. Tú y tus magos debéis prepararos. —Miró a la muchedumbre, y durante unos instantes guardó silencio como si quisiera captar la esencia que respiraba el ambiente—. ¿A qué distancia está ese campanario?

—A unos trescientos pasos. ¿No te habrás propuesto ir a pie?

—Así es. Aún no estoy preparado para revelar mi senda.

—¿Y cómo… ? —Baruk guardó silencio al ver que Anomander Rake estaba a punto de responder a la pregunta.

Rake sacaba una cabeza al más alto de la alborotada multitud cuando desenvainó la espada.

—Si en algo valoráis vuestra alma —rugió el hijo de la Oscuridad—, ¡Abridme paso! —En alto, al despertar la espada, la hoja gruñó y despidió volutas de humo. Un horripilante rumor de crujir de ruedas llenó por completo la zona, seguido de cerca por un coro de gemidos de honda desesperanza. La muchedumbre se echó atrás al paso de Anomander Rake, totalmente olvidados de los festejos.

—¡Que los dioses nos amparen! —susurró Baruk.

Había empezado de forma inocente. Ben el Rápido y Whiskeyjack se hallaban cerca de la fuente, y los sirvientes iban de un lado a otro, como si, a pesar del derramamiento de sangre y la ausencia de la anfitriona, la vivacidad de la fiesta volviera a encenderse con la cercanía de la duodécima campanada. Al cabo, se reunió con ellos el capitán Paran.

—Nos hemos entrevistado con la dama de la Guilda —informó—. Ha aceptado el contrato.

—¿Qué sería de nosotros si no existiera la avaricia? —gruñó Whiskeyjack.

—Acabo de darme cuenta de que me ha desaparecido el dolor de cabeza. Me veo tentado de acceder a la senda, sargento. A ver qué puedo averiguar. Whiskeyjack no lo pensó dos veces.

—Adelante —dijo.

Ben el Rápido retrocedió un paso hasta ponerse a la sombra de una columna de mármol.

Ante ellos, un anciano que llevaba una máscara espantosa se acercó a la línea que formaban los hombres de Whiskeyjack. Seguidamente, una mujer rolliza con una pipa de agua se acercó a su vez al anciano. Un sirviente la seguía a media vara de distancia. La mujer dejaba a su paso una estela de humo, detalle que el sargento pudo apreciar mientras ella llamaba la atención del anciano.

Al cabo de un instante, la noche se había quebrado en una marea de energía que fluía como un arroyo de agua entre Whiskeyjack y Paran, para acabar alcanzando al anciano en el pecho. El sargento tenía la espada en la mano al volverse para encontrar a su mago, envuelto en magia, que lo apartó a un lado en su carrera hacia la mujer.

—No —voceó Ben el Rápido—. ¡Mantente apartado de él!

También había desnudado la espada, cuya hoja temblaba de horror. Luego echó a correr.

Un rugido brutal de rabia sacudió el ambiente cuando el anciano, con la máscara destrozada, giró sobre sí. Los ojos ardientes dieron con la mujer y arrojó una mano hacia ella. La onda de poder que fluía por todo su cuerpo era gris pizarra y el aire crepitaba a su paso.

Whiskeyjack, paralizado, observó sin apenas poder creer lo que veía cómo el cuerpo de Ben el Rápido era arrojado contra el de la mujer. Ambos chocaron con el sirviente, y los tres cayeron al suelo como fardos. El flujo de energía abrió un hueco en el aturdido gentío formado por los invitados y calcinó todo aquello que tocó. Allí donde había habido un hombre o una mujer hacía un instante, no había nada más que ceniza blanca. El ataque se extendió, alcanzando de algún modo a unos y otros, a todo cuanto había a la vista. Los árboles se desintegraron, la piedra y el mármol

explotaron como la lava de los volcanes en forma de nubes de polvo. La gente murió, algunos vieron cómo los miembros de su cuerpo sencillamente se hacían polvillo, y la sangre salpicaba a chorros el suelo al caer de rodillas. Salió disparó un rayo de energía que iluminó como un relámpago el cielo nocturno, para luego despedir una especie de luz mortecina desde el interior de una nube espesa. Otro alcanzó la hacienda con gran estruendo. Un tercer rayo se abrió paso hacia Paran cuando éste cerraba la distancia que lo separaba del anciano. El poder mordió la espada, y ésta y Paran desaparecieron sin dejar rastro.

El sargento había dado medio paso al frente cuando recibió un fortísimo golpetazo en el hombro. A causa del golpe giró sobre sí y se torció la rodilla derecha al caer.

Sintió el crujido del hueso al partirse; luego, el modo en que se rasgó la carne y la piel cuando cayó empujado por todo su peso. La espada hizo un fuerte ruido metálico al dar en el suelo. Todo su mundo se había visto reducido al dolor, pero aun así logró liberar la pierna atrapada y ponerse en pie como buenamente pudo, gracias a que la columna de mármol cargó con la mitad del peso.

Al cabo de un instante, unas manos lo sujetaron de la capa.

—¡Ya te tengo! —gruñó Violín.

Whiskeyjack lanzó un grito de dolor cuando el zapador lo arrastró por el empedrado. Luego la oscuridad lo envolvió y perdió el conocimiento.

Ben el Rápido se vio sepultado en carne; por un instante fue incapaz de respirar. Al cabo, las manos de la mujer se apoyaron en unos hombros y se alzó. La mujer se puso a gritar al anciano.

—¡Mammot! ¡*Anikaleth araest*!

Ben el Rápido abrió los ojos como platos al percibir la descarga de poder que bullía en el cuerpo de ella. De pronto se extendió un intenso olor a arcilla.

—¡*Araest*! —voceó ella cuando arrojó todo aquel poder.

Ben el Rápido oyó el grito de dolor de Mammot.

—¡Cuidado, mago! —dijo la mujer—. Está poseído por un jaghut.

—Lo sé —gruñó girándose boca abajo y poniéndose en pie. Echó un vistazo y vio de reojo a Mammot, que seguía en el suelo agitando la mano. La mirada del mago recaló un instante en el lugar donde había estado Whiskeyjack. Las columnas que rodeaban la fuente estaban derruidas, y del sargento no había ni rastro. De hecho, pensó, no veía a nadie del pelotón. En el patio los cadáveres habían formado pilas grotescas. Nadie se movía. Todos los demás habían huido.

—Mammot se recupera —dijo la mujer, desesperada—. No me queda nada, mago. Dime que vas a poder hacer algo. Ben el Rápido la miró fijamente.

Tras tropezar, Paran resbaló por una superficie arcillosa hasta dar con unos juncos. La tormenta sacudía el cielo. Se puso en pie. Sentía la espada *Azar* cálida al tacto; parecía gemir. Un lago de aguas poco profundas se extendía a su izquierda, hasta terminar en una ribera lejana que irradiaba una luz verde. A su derecha la marisma se ponía por el horizonte. Hacía fresco; el aire arrastraba un olor dulzón.

Paran suspiró. Contempló la tormenta. Los rayos sesgados se enfrentaban unos a otros, las nubes negras, cargadas de lluvia, parecían retorcerse agónicas. Se volvió de pronto al oír un restallido a su derecha. A un millar de

pasos había aparecido algo. El capitán entornó los ojos. La cosa se levantaba sobre el pantano como un árbol capaz de moverse, nudoso y negro, tirando de las raíces que lo aferraban y que iban de un lado a otro. Apareció otra figura que bailó a su alrededor; esgrimía una espada con la hoja mellada de color marrón. Esta figura parecía retirarse, más a medida que la otra la azotaba con ondas de poder. Ambas se acercaban al lugar desde donde Paran las observaba.

Oyó un extraño borboteo, que lo obligó a volverse.

—¡Por el aliento del Embozado!

Una casa se alzaba en el lago. La hierba y el barro del pantano se deslizaban por las castigadas paredes de piedra. Había un enorme y oscuro portal de piedra que bostezaba bruma. La segunda planta de la construcción se antojaba deforme, y la piedra cortada se había erosionado en determinados puntos hasta dejar al descubierto los cimientos de madera.

Otra explosión hizo que volviera de nuevo la atención a los que se enfrentaban. Se hallaban mucho más cerca que antes; Paran alcanzó a ver con claridad a la figura que esgrimía una espada a dos manos. Era un t'lan imass. A pesar de la tremenda destreza con que manejaba la espada de calcedonia, se veía obligado a retroceder. El oponente era una criatura delgada y alta, cuya piel parecía la corteza de un roble. Dos colmillos brillantes asomaban por la mandíbula, y gritaba de rabia. Golpeó de nuevo al t'lan imass, a quien arrojó rodando a quince pasos de distancia hasta ir a caer casi a los pies del propio Paran.

El capitán se encontró contemplando unos ojos sin vida.

—El azath no está preparado aún, mortal —dijo el t'lan imass—. Es demasiado joven, carece de fuerza para aprisionar aquello que ha dado la vida, el finnest. Cuando el tirano huyó, yo busqué su poder. —Intentó levantarse, pero

no lo logró—. Defiende el azath, pues el finnest quiere destruirlo.

Paran levantó la mirada a la aparición que se le acercaba. *¿Defenderlo? ¿De qué?* Alguien tomó la elección por él. El finnest rugió y, con una oleada de poder, se arrojó sobre él. El capitán tiró de *Azar* para defenderse.

La hoja de la espada atravesó la energía. Sin verse afectado, el poder la ignoró para llegar a Paran. Cegado, lanzó un grito cuando acusó un frío amargo en todo el cuerpo, un frío que hizo temblar sus pensamientos, la percepción de sí mismo. Una mano invisible se cernió sobre su alma. *¡Mío!* —reverberó aquella palabra en su mente, triunfal y repleta de una alegría primitiva—. *Eres mío.*

Paran soltó a *Azar* y cayó de rodillas. La mano aferraba su alma crispada como un puño. Tan sólo podía obedecer. No obstante, algunos fragmentos de conciencia lograron atravesar la barrera. *Soy una herramienta, nada más. Todo cuanto he hecho, todo a lo que he sobrevivido, para llegar a esto.*

En lo más hondo de la conciencia oyó una voz; se repetía una y otra vez, cada vez más alto. Un aullido. La gelidez que se había apoderado de la sangre y que parecía fluir por todo su cuerpo empezó a quebrarse. Destellos de calor, bestial y desafiante, combatieron el frío. Echó atrás la cabeza cuando el aullido ascendió a su garganta. Al lanzarlo, el finnest trastabilló.

¡La sangre de un Mastín! Sangre indomable. Paran se arrojó sobre el finnest. Sintió un intenso dolor en los músculos cuando una fuerza imparable fluyó por ellos. *¡Cómo te atreves!* Y golpeó a la criatura, empujándola al suelo, apaleando la carne de roble con los puños, hundiendo los dientes en la corteza de su rostro. El finnest intentó deshacerse de él, pero no lo logró. Lanzó un grito

sacudiendo las extremidades, y Paran empezó a hacerlo literalmente trizas.

Una mano agarró el broche de la capa y tiró de él. Paran intentó girarse para atravesar a la criatura que lo aferraba. El t'lan imass lo sacudió.

—¡Basta!

El capitán pestañeó.

—¡Quieto! No puedes destruir el finnest. Pero lo has entretenido lo suficiente. Ahora lo tomará el azath. ¿Comprendes?

Paran se desplomó cuando cedieron las llamas que lo encendían por dentro. Al observar al finnest, vio que las raíces surgían del húmedo suelo para envolver la maltrecha aparición y, después, arrastrar al cautivo al barro. Al cabo de un instante, el finnest había desaparecido.

El t'lan imass soltó a Paran y retrocedió un paso. Luego lo observó largamente.

Paran escupió sangre y esquirlas de la dentadura; después, secó sus labios con el dorso de la mano y se agachó para recuperar a *Azar*.

—Maldita suerte caprichosa —masculló envainando el arma—. ¿Tienes algo que decir, imass?

—Que estás muy lejos de casa, mortal.

Paran reapareció poco después trastabillando, medio cegado en el patio para, finalmente, caer al suelo como un fardo. Ben el Rápido lo miró ceñudo. *En nombre del Embozado, ¿qué le habrá sucedido a éste?*

Mammot soltó un juramento jaghut en un tono que parecían habérselo arrancado de las entrañas. El anciano se puso de nuevo en pie, temblando de rabia, y posó la mirada que ocultaba la máscara en el mago.

—¡Despertad en mí las siete! —rugió Ben el Rápido; entonces gritó cuando las siete sendas se abrieron en él. Su grito de agonía recorrió las ondas de poder, que inundaron el patio.

El jaghut hizo ademán de taparse el rostro con los brazos cuando las ondas lo alcanzaron. El cuerpo de Mammot acusó el furioso embate del poder. La piel se hizo jirones, igual que la carne, que se prendió fuego. Cayó de rodillas mientras un torbellino de poder se ensañaba con él. Mammot gimió levantando un puño que no era sino hueso chamuscado. Ante un gesto del puño, una de las sendas de Ben el Rápido se cerró de pronto. Al poco, el puño se abrió de nuevo.

—Estoy acabado —se lamentó Ben el Rápido.

Derudan tiró de la capa del mago para llamar su atención.

—¡Mago! ¡Escúchame!

Otra senda se echó a perder. Ben el Rápido negó con la cabeza.

—Acabado.

—¡Escucha! Mira a ése de ahí, ¿qué hace? Ben el Rápido levantó la mirada.

—¡Por el aliento del Embozado! —voceó. A una docena de pasos vio acuclillado a Seto, cuya cabeza y hombros eran lo único que asomaba por detrás de un banco. Los ojos del zapador destilaban un brillo maníaco que el mago reconoció; iba armado con una ballesta, con la que apuntaba a Mammot.

Seto lanzó un grito.

El mago también gritó cuando se arrojó sobre la mujer por segunda vez. En pleno vuelo oyó el estampido de la ballesta pesada al disparar. Fue entonces cuando Ben el Rápido cerró los ojos y dio de nuevo contra la mujer.

Arpía sobrevoló en círculos la llanura donde había avistado al tirano jaghut. No había llegado ni a cincuenta pasos de Silanah cuando desapareció. No se había desplazado por la senda, sino que se esfumó de una manera total, absoluta y, por ello, mucho más fascinante y enigmática.

Había sido una noche gloriosa, una batalla digna de ser recordada, excepto por el final. Arpía era consciente de que su presencia se requería en otra parte, pero se resistía a abandonar aquel lugar.

—Terribles energías he presenciado —rió—. ¡Me río de semejante desperdicio, de la insensatez! ¡Ah, y ahora son las preguntas lo único que me espera, lo único!

Levantó la cabeza hacia el cielo. Los dos soletaken tiste andii de su amo seguían en lo alto. Nadie quería marcharse antes de que se revelara la verdad del destino del tirano jaghut. Se habían ganado el derecho a presenciarlo, aunque Arpía empezaba a sospechar que tales respuestas nunca llegarían.

Silanah profirió un grito agudo y se levantó del suelo mientras se formaba la senda que servía de cuna al vuelo, una especie de vapor. El dragón rojo volvió la cabeza a poniente y lanzó un segundo grito.

Con el aleteo de las alas, Arpía controló el descenso y evitó posarse en el suelo chamuscado. Al ganar de nuevo altura, pudo ver lo que había visto Silanah. Arpía lanzó un graznido de pura alegría y también de sorpresa.

—¡Ya llega, ya llega!

Al cerrar los ojos, Ben el Rápido cerró el acceso a la última de sus sendas. La mujer lo rodeó con los brazos y, con un gruñido, cayó empujada por la inercia del mago. La explosión arrancó el aire de sus pulmones. Saltaron las piedras que había bajo ellos y un relámpago de fuego y cascos llenó por completo el mundo. Luego, todo fue silencio.

Ben el Rápido se sentó. Miró al lugar donde había estado de pie Mammot. Las losas del suelo habían desaparecido, y un enorme agujero humeante las sustituía cerca de la fuente. Al anciano no se le veía por ninguna parte.

—Querido mago —murmuró bajo él la mujer—. ¿Seguimos con vida?

Ben el Rápido le dirigió una mirada.

—Habías cerrado la senda. Muy lista.

—Sí, estaba cerrada, pero no por voluntad propia. ¿Por qué lista?

—La munición moranthiana es un armamento normal, bruja. Las sendas abiertas atraen la fuerza de la explosión. Ese tirano ha muerto, está aniquilado.

Entonces Seto se llegó a su lado; traía el casco de cuero destrozado y presentaba quemaduras en un lado del rostro.

—¿Estáis bien? —preguntó sin aliento. El mago le lanzó un puñetazo.

—¡Energúmeno! ¿Cuántas veces tendré que repetir… ?

—Bueno, está muerto, ¿no? —replicó Seto, dolido—. Ahora no es más que un agujero humeante en el suelo, así es como hay que manejar a los magos, ¿me equivoco?

Vieron al capitán Paran incorporarse tembloroso en el patio. Echó un vistazo a su alrededor hasta reparar en el mago.

—¿Y Whiskeyjack? —preguntó.

—En el bosque —respondió Seto. Paran se encaminó a paso lento hacia el bosque.

—De mucho nos ha servido —se quejó Seto en voz baja.

—¡Ben!

Al volverse, el mago vio acercarse a Kalam. El asesino sorteó el borde del cráter.

—Ahí abajo se mueve algo —advirtió.

Ben el Rápido se levantó pálido como la cera y ayudó a la bruja a incorporarse.

Ambos se acercaron al cráter.

—Es imposible —susurró el mago. En el fondo del agujero se incorporaba algo con forma humana—. Estamos muertos. O algo peor.

El ruido del jardín atrajo entonces su atención. Los tres se quedaron paralizados al ver que unas extrañas raíces surgían de la vegetación y serpenteaban en dirección al cráter.

El jaghut poseído se enderezó extendiendo los brazos grises.

Las raíces se enroscaron alrededor de la criatura. Ésta lanzó un chillido de terror.

—¡*Azath edieirmarn*! ¡No! ¡Ya tenéis mi finnest, así que dejadme! ¡Por favor! —Las raíces gatearon por todo su cuerpo hasta cubrirlo. El poder Omtose Phellack se retorció en un esfuerzo por escapar, pero de nada sirvió. Las raíces tiraron de la aparición, y luego lo arrastraron gritando por el jardín.

—¿¡Azath!? —susurró Ben el Rápido—. ¿Aquí?

—Juraría que no he visto ninguno —comentó Derudan, lívida—. Se dice que intervienen…

—Allá donde el poder desencadenado amenaza la vida —concluyó el mago.

—Sé dónde es —afirmó Kalam—. Ben el Rápido, ¿logrará escapar el jaghut?

—No.

—De modo que eso está resuelto. ¿Qué me dices del azath? Ben el Rápido se encogió de hombros.

—Déjalo, Kalam.

—Debo irme —se apresuró a decir Derudan—. Gracias de nuevo por salvarme dos veces la vida.

La vieron alejarse a toda prisa.

—Mazo está atendiendo al sargento —les informó Violín tras acercarse al lugar donde estaban, al tiempo que cerraba el enorme petate que llevaba—. Venga, vamos —dijo propinando un codazo a Seto—. Hay que volar una ciudad entera.

—¿Está herido Whiskeyjack? —preguntó Ben el Rápido.

—Tiene la pierna rota —respondió Violín—. Pinta mal.

Todos se volvieron al oír el grito de sorpresa de Derudan, que se había dirigido al otro lado de la fuente. Por lo visto acababa de tropezar con un joven vestido de negro, que debía de haberse ocultado tras el muro bajo de piedra que rodeaba la fuente. El muchacho se escabulló como un conejo, dio un salto a la fuente y echó a correr hacia la hacienda.

—¿Habrá oído algo? —preguntó Violín.

—Nada que pueda entender —respondió Ben el Rápido recordando la conversación—. ¿Tú y Seto vais a hacer lo vuestro?

—Arriba y más allá —sonrió Violín.

Ambos zapadores comprobaron el equipo una vez más y luego volvieron al patio.

Entre tanto, Kalam seguía vigilando el cráter. Estaba surcado de antiguas cañerías de cobre, de las que surgía el agua. Por algún motivo, recordó fugazmente a los

Carasgrises. El asesino se sentó de cuclillas al reparar en una tubería de la que no salía agua. Olisqueó el aire, se tumbó boca abajo en el suelo y extendió la mano para colocarla sobre el extremo roto de la tubería.

—Osserc —jadeó—. ¿Adónde han ido? —preguntó a Ben el Rápido tras ponerse en pie.

—¿Quiénes? —preguntó a su vez el mago.

—¡Los zapadores, maldita sea! ¿Quién si no?

—Por tu izquierda —respondió Ben el Rápido, intrigado —. Por la hacienda.

—Al muro posterior, soldado —ordenó el asesino—. Busca a los demás, que Paran tome el mando. Dile que salgan de aquí. Encontrad un sitio que conozca y allí me reuniré con vosotros.

—¿Adónde vas?

—A por los zapadores. —Kalam se secó el sudor de la frente—. Salid de esta ciudad en cuanto podáis, Ben el Rápido. —Reparó en que el asesino revelaba miedo en la mirada—. Leed la letra pequeña. Hemos minado todas las encrucijadas principales. Donde están las válvulas. ¿Es que no lo entiendes? —Al hablar, agitaba ambos brazos—. ¡Los Carasgrises! ¡El gas, Ben, el gas!

Kalam cruzó el patio a la carrera. Al cabo, penetró en la hacienda.

Ben el Rápido le vio marcharse. ¿El gas? De pronto, abrió los ojos desmesuradamente.

—Vamos a acabar todos arriba y más allá —susurró—. ¡Toda la maldita ciudad!

Capítulo 23



Se dijo
que entonces fue cuando volvió la hoja hacia ella
para hurtar la magia
de la vida.

Llamada a la Sombra
Felisin (n.1146)

Exhausto, Paran se abrió paso entre los matojos. Finalmente, se agachó a la sombra de un árbol, y el mundo cambió. Las fauces se cernieron sobre su hombro izquierdo, los dientes mordieron la cota de mallas y lo levantaron del suelo. Una oleada de fuerza invisible lo arrojó volando por el aire. Cayó con fuerza, se puso de rodillas y levantó la mirada a tiempo de ver a un Mastín caer de nuevo sobre él. Paran no sentía el brazo izquierdo; tiró en vano de la espada cuando el Mastín despegó la mandíbula que acto seguido se clavó en su pecho. La cota de malla protestó, las anillas saltaron, la carne sufrió y la sangre brotó cuando el Mastín levantó de nuevo a Paran.

El capitán colgaba de las fauces de aquella bestia gigantesca. Sintió que *Azar* se deslizaba por la vaina, pero el peso era demasiado para él. El Mastín no tardó en sacudirlo. La sangre salpicó el suelo. Luego, lo dejó caer y retrocedió; casi parecía desconcertado. Se lamentó,

empezó a dar pasos atrás y adelante, con los ojos puestos una y otra vez en el capitán.

El dolor inundó a Paran por oleadas, cada una más intensa que la anterior. Le temblaban los miembros de forma incontrolada y apenas podía respirar.

—Por lo visto, Cruz ha encontrado a alguien con quien desahogarse —dijo una voz. Paran pestañeó, abrió los ojos y vio de pie a su lado a un hombre cubierto con una capucha negra—. Pero se ha mostrado demasiado impaciente, por lo que no tengo más remedio que disculparme. Es evidente que los Mastines tienen algunas cuentas que saldar contigo. —El hombre miró ceñudo a Cruz—. Es más, hay algo relacionado contigo que lo ha confundido… ¿Afinidad? Vaya, vaya, ¿cómo puede ser?

—Tú, fuiste tú —acusó Paran mientras perdía la sensibilidad en todo el cuerpo— el que poseyó a la niña…

El hombre encaró al capitán.

—Sí, soy Cotillion. Tronosombrío lamenta haberte dejado en la puerta del Embozado, al precio de dos Mastines. ¿Te das cuenta de que ningún hombre, mortal o Ascendiente, había matado jamás a un Mastín?

¿Salvé sus almas? ¿Serviría de algo contarlo? No, casi sería como rogar. Paran miró a Cruz. *¿Afinidad?*

—¿Qué quieres de mí? —preguntó a Cotillion—. ¿Mi muerte? En ese caso bastará con que me dejes aquí, que poco falta.

—Debiste dejar que nos ocupáramos de nuestros asuntos, capitán, puesto que ahora tú también desprecias a la emperatriz.

—Lo que le hiciste a esa muchacha…

—Lo que le hice fue piadoso. La utilicé, sí, pero ella no lo sabía. ¿Acaso puede decirse lo mismo de ti? Dime, ¿es mejor o peor saber que te están utilizando?

Paran nada respondió.

—Puedo devolver a la muchacha todos esos recuerdos, si eso es lo que quieres. Los recuerdos de todo lo que hice, de lo que hizo mientras estuvo poseída por mí…

—No.

Cotillion asintió.

Paran pudo sentir de nuevo el dolor, y ello le sorprendió. Había perdido tanta sangre que a esas alturas ya esperaba estar inconsciente. En lugar de ello volvió a sentir dolor, un dolor incesante, insoportable. Tosió.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —Cotillion parecía sorprendido—. Ahora, vuelta a empezar.

—¿Otra muchacha como ella?

—No, eso se torció.

—Le robaste la vida.

—Pues ahora la ha recuperado —replicó la Cuerda mirándole con dureza—. Veo que aún ciñes a *Azar*, de modo que no puede decirse lo mismo de ti.

Paran volvió la cabeza y vio el arma a un brazo de distancia.

—Cuando la suerte me dé la espalda —masculló. *Y la espalda me la ha dado.* Descubrió que podía mover el brazo izquierdo, y que el dolor del pecho era menos insistente que antes.

—Para entonces será demasiado tarde, capitán —rió secamente Cotillion al oír las palabras de Paran—. Apostarías a que la dama aún te sonríe. Has abandonado la sabiduría que pudiste tener en el pasado. Tal es el poder de los Mellizos.

—Me estoy curando —dijo Paran.

—Así es. Tal como he dicho, Cruz se ha precipitado.

El capitán se levantó lenta y cautelosamente. La armadura de mallas estaba despedazada, pero debajo pudo ver la ardiente llama de la herida recién curada.

—No… No te entiendo, Cotillion o Tronosombrío.

—No estás solo en eso. En fin, en lo que a *Azar* respecta… Paran miró el arma.

—Tuya es, si la quieres.

—Ah. —Cotillion sonrió, acercándose a tomarla—. Sospechaba que habías cambiado de inclinaciones, capitán. El mundo es tan complejo, ¿verdad? Dime, ¿te apenan quienes te utilizaron?

Paran cerró los ojos. Tuvo la impresión de quitarse un tremendo peso de encima. Recordó el modo en que el finnest había aferrado su alma. Elevó la mirada al Mastín. En los ojos de Cruz creyó ver algo que casi le resultaba… blando.

—No.

—Qué rápidamente vuelve a uno la sabiduría en cuanto se rompen los lazos —constató Cotillion—. Ahora voy a devolverte, capitán, con esta última advertencia que te hago: procura pasar desapercibido. Ah, y la próxima vez que veas un Mastín, huye.

El aire envolvió de oscuridad a Paran. Pestañeó, vio que los árboles de la hacienda se dibujaban de nuevo ante su mirada y pensó: *Me pregunto si huiré de él, o… con él.*

—¿Capitán? —Era la voz de Mazo—. En nombre del Embozado, ¿dónde te habías metido?

—No, en nombre del Embozado, no, Mazo —dijo Paran al tiempo que se sentaba en el suelo—. Aquí estoy, en las sombras.

El sanador se acercó corriendo a él.

—Tenemos problemas por todas partes. Pareces…

—Adelante, suéltalo —gruñó el capitán al ponerse en pie.

—Por el aliento del Embozado, ¿qué te ha mordido de esa manera, señor?

—Voy por Lorn. Los que salgamos con vida de ésta nos vemos en la taberna del Fénix, ¿entendido?

—Sí, señor.

Paran se dio la vuelta para marcharse.

—¿Capitán?

—¿Sí?

—No te comportes con ella como un caballero, señor. Paran se alejó.

Azafrán no podía olvidar lo que había presenciado; lo veía de nuevo en la mente con una claridad diáfana. Volvía a rememorarlo una y otra vez mientras intentaba apartar ese recuerdo de la mente, con sus pensamientos empañados de pánico y desesperación.

Tío Mammot había muerto. En la mente del joven una voz firme y lejana le decía que aquel hombre que había llevado el rostro de Mammot no era el mismo que conocía de toda la vida, y que lo que finalmente se habían llevado a rastras aquellas raíces era otra cosa, un ente horrible. La voz no dejaba de repetirlo y, tras las imágenes que desfilaban ante sus ojos sin que pudiera librarse de ellas, la oía hablar más alto o más bajo.

El salón de la mansión de dama Simtal estaba abandonado, y los atavíos y los adornos de la fiesta yacían desperdigados por doquier, igual que las manchas y salpicaduras de sangre. Los muertos y aquellos a quienes Mammot había herido se los habían llevado los guardias; todos los sirvientes habían huido.

Azafrán corrió por la sala hasta la puerta principal, que halló abierta. Más allá, la luz de las antorchas bañaba de un

fulgor azulado las losas del caminito que conducía a las puertas de la hacienda, abiertas también de par en par. El ladrón recorrió velozmente el camino. Al acercarse, se detuvo al percibir algo extraño en las calles.

Al igual que la hacienda de dama Simtal, la calle estaba completamente vacía, alfombrada también de pendones y banderas. El viento seco soplaba a rachas para hacerlos volar por la calzada. El aire estaba cargado, tanto que respirarlo resultaba asfixiante.

Azafrán salió a la calle. En ambas direcciones, al menos que él alcanzara a ver, no había un solo juerguista, y el silencio se imponía sobre todas las cosas. El viento lo acarició; primero procedente de una dirección, luego de la opuesta, como si buscara una salida. Un olor como a osario llenó de pronto las calles.

De nuevo acudió a su mente la muerte de Mammot. Se sintió totalmente solo, aunque las palabras de Rallick le servían de guía. Hacía unos días, el asesino lo había aferrado del cuello de la camisa. Había acusado a Azafrán de participar del sangriento festín de la ciudad. Quería refutar aquellas palabras, sobre todo ahora. Darujhistan era importante. Era su hogar, y por tanto era importante.

Se volvió en dirección a la hacienda de Baruk. Al menos con las calles vacías no tardaría mucho en llegar. Echó a correr.

El viento soplaba en su contra. La oscuridad acechaba sobre las lámparas de gas que había en las calles. Azafrán se detuvo de pronto en una esquina. Había oído algo. Inclinó la cabeza, contuvo el aliento y prestó atención. Ahí estaba de nuevo: pájaros, cientos de ellos a juzgar por el ruido, murmuraban, cloqueaban, graznaban. Entre el olor a osario creyó percibir el rancio hedor de los nidos. Frunció el ceño, pensativo, y levantó la mirada.

Un grito se le escapó de los labios y se agachó de forma instintiva. Por encima de su cabeza, tapando el cielo cubierto de estrellas, había una especie de techo de piedra negra jaspeada; colgaba a tan baja altura que parecía estar apenas a una vara de los techos de los edificios más elevados. La observó unos instantes, hasta que tuvo que apartar la mirada debido a la sensación de mareo que lo invadió. Era como si girara lentamente. En los boquetes que caracterizaban la superficie, en los cráteres y fosos, había entrevisto la incesante agitación de los cuervos que allí anidaban, manchas recortadas contra el fondo.

Ahí estaba Engendro de Luna, dispuesta a limpiar las calles, a silenciar el festival del renacimiento. ¿Qué podía suponer aquello? Azafrán no tenía la menor idea, pero Baruk sí lo sabría. Por supuesto.

El ladrón echó de nuevo a correr, y sus mocasines apenas susurraron en el pavimento.

Kruppe llenó de aire los pulmones, mientras con mirada febril repasaba los restos que habían sido apresuradamente abandonados en la cocina.

—Así es como funcionan siempre las cosas. —Suspiró dándose palmaditas en el estómago—. Una y otra vez se hacen realidad los sueños de Kruppe. De acuerdo, a la trama aún le queda espacio para definirse, pero percibe Kruppe que todo va bien en el mundo, lo que no hace sino constatar la visión del botín que ahora dispone ante su renovado apetito. Después de todo, los rigores de la carne exigen una satisfacción.

Exhaló un suspiro de satisfacción.

—Sólo cabe esperar el girar de una moneda. Entre tanto, por supuesto, a disfrutar de un excelente ágape

tocan.

Desde el callejón situado frente a las puertas de la hacienda de dama Simtal, la Consejera Lorn había visto salir al portador de la moneda. Una lenta sonrisa de satisfacción se había dibujado en sus labios. Encontrar al muchacho había sido una cosa, pero no tenía la menor intención de entrar de nuevo en el jardín donde había enterrado al finnest.

Poco antes, había percibido la muerte del tirano jaghut. ¿Se había visto involucrado en la batalla el señor de Luna? Confió en que así fuera. Había tenido la esperanza de que el tirano jaghut llegara a la ciudad, quizá incluso de que recuperara el finnest, para que pudiera desafiar al hijo de la Oscuridad como a un igual. Al verlo en perspectiva, no obstante, comprendió que el de Luna jamás hubiera permitido tal cosa.

Eso significaba que Whiskeyjack seguía con vida. En fin, ya llegaría el momento de solucionar ese detalle, en cuanto la ciudad cayera en manos de la emperatriz y de Tayschrenn. Quizá entonces no tuvieran necesidad de disimular sus esfuerzos: podrían convertir su arresto en un espectáculo público. Con semejante golpe de efecto, ni siquiera Dujek podría desafiarlos.

Había visto al portador de la moneda echar a correr por la calle, sin percatarse siquiera de lo cerca que flotaba en el aire Engendro de Luna. Al cabo de un instante, Lorn lo siguió. Con el portador de la moneda en sus manos, la emperatriz doblegaría a Oponn.

Como la voz de un ahogado, honda en su mente, llegó una pregunta cargada de desesperación. *¿Qué hay de tus*

dudas? ¿Dónde está la mujer que desafió a Tayschrenn en Pale? ¿Tanto has cambiado? ¿Tanto has perdido?

La Consejera sacudió la cabeza, en un intento por deshacerse de aquellos quejidos lastimeros. Era la mano derecha de la emperatriz. La mujer llamada Lorn había muerto, llevaba años muerta y seguiría muerta por siempre. Ahora la Consejera se movía por las hondas sombras de una ciudad sometida al miedo. La Consejera era un arma. La hoja podía morder o podía partirse en dos. En el pasado quizá pudo considerar lo segundo como una especie de muerte. Ahora, no era sino la fatalidad de la guerra, una mella en la factura del arma.

Se detuvo para pegarse a un muro cuando vio al portador de la moneda pararse en una esquina, consciente por fin de lo que flotaba en el cielo. Consideró la posibilidad de atacarlo en ese momento, aprovechando la confusión y el hecho de que estaba aterrado. Pero entonces echó de nuevo a correr.

La Consejera se agachó. Había llegado el momento de ver qué resultaba del gambito de Tayschrenn. Con un poco de suerte, el tirano jaghut había logrado dañar al señor de Luna. Sacó un frasquito de la camisa y sostuvo el cristal al contraluz del fulgor que despedía la lámpara de gas. Tras agitarlo, el contenido del recipiente formó un torbellino en el interior, como humo embotellado.

Tras levantarse, arrojó el frasquito a la calle. Fue a dar con una pared de piedra y se hizo añicos. Un humo rojizo trazó una columna en espiral ascendiendo lentamente al tiempo que tomaba forma.

—Ya conoces tu objetivo, señor de los Galayn. Cosecha el éxito y tuya será la libertad.

Desenvainó la espada y cerró brevemente los ojos para ubicar por un instante al portador de la moneda. Aunque

era rápido, ella lo era más. La Consejera sonrió de nuevo. En unos instantes, la moneda le pertenecería.

Cuando se movió, lo hizo con tal rapidez que no había ojo humano capaz de seguirla, ni siquiera el ojo de un señor de los Galayn a quien hubieran liberado en el plano material.

En el interior del estudio, Baruk apoyaba la barbilla en las manos. Había acusado la muerte de Mammot como una cuchillada en el corazón, de modo que aún sentía un dolor lacerante. Estaba solo en la estancia, pues había ordenado retirarse a Roald.

Rake lo había sospechado desde un principio. Se había negado a hablar de ello por haberlo considerado un asunto demasiado delicado. El alquimista no tuvo más remedio que admitir que el tiste andii estaba en lo cierto. ¿Le hubiera creído? Sin duda, el poder que poseía a Mammot le había protegido y evitado ser detectado. Rake supuso que Baruk se enfadaría ante semejante sugerencia de lo que iba a pasar, y había optado, con buen juicio y cierta dosis de compasión, por no decir nada.

Mammot había muerto, claro que cuando murió lo hizo como tirano jaghut. ¿Había sido el propio Rake el responsable de la muerte de su mejor amigo? En tal caso, no había recurrido a la espada, otro gesto de buena voluntad no sólo hacia Mammot, sino también hacia el propio Baruk; si acaso, el alquimista había percibido una especie de alivio en el grito agónico de Mammot.

Una tos en la puerta evitó que siguiera por esa línea de pensamiento. Baruk se levantó y, al volverse, exclamó:

—¡Bruja Derudan!

Estaba pálida, y la sonrisa que le ofreció fue muy fugaz.

—Pensé en ti nada más morir Mammot. Aquí estoy —dijo ella al acercarse al sillón que había junto al fuego y colocar la pipa de agua y la bandeja en el suelo, a su lado—. Mi sirviente ha decidido tomarse libre el resto de la tarde. —Sacó la cazoleta y volcó la ceniza que contenía en la chimenea, que estaba apagada—. Ay, estos mundanos afanes… —Y se lamentó con un suspiro.

Al principio, Baruk lamentó la intromisión. Prefería llorar a solas la muerte de su amigo. Sin embargo, mientras la observaba, la dócil elegancia de sus movimientos hizo que cambiara de opinión. Su senda era Tennes, antigua y ligada a los ciclos de las estaciones; entre el puñado de deidades a las que podía invocar estaba Tenneroca, el Jabalí de Cinco Colmillos. El mayor poder de Derudan (el que compartía, al menos) era el colmillo llamado Amor. Se reprendió a sí mismo por lo que había tardado en comprender que su presencia allí se debía al afán de hacerle un regalo.

Derudan colocó de nuevo la cazoleta, que llenó de hierba de pipa. La rodeó con la mano y el contenido brilló encendido por un calor repentino. Al cabo de un instante, la bruja se recostó en el sillón y aspiró con fuerza de la boquilla.

Baruk se dirigió al otro sillón.

—Rake cree que todo esto no ha terminado aún —dijo al sentarse.

—Fui testigo del final de Mammot, ¿verdad? Me enfrenté a él… ayudada por un mago extraordinario. La carne que fue de Mammot quedó destruida por un explosivo moranthiano. El espíritu jaghut sobrevivió, pero de él se apoderó un… azath. —Y le observó con sus ojos de pesados párpados.

—¿Azath? ¿Aquí en Darujhistan?

—Claro, tan misteriosos conjuros, conocidos por su ansia de magos, impondrán a nuestros esfuerzos… cierta precaución, ¿verdad?

—¿Dónde fue invocado?

—En el jardín de la hacienda Simtal. ¿Acaso no he mencionado también la existencia de un explosivo moranthiano? La fiesta de dama Simtal contó con invitados muy curiosos, ¿verdad?

—¿De Malaz?

—Dos veces me salvó la vida un mago con el que hablé, capaz de beber de las siete sendas.

—¿Siete? —preguntó Baruk asombrado—. Por el aliento del Embozado, ¿acaso es eso posible?

—Si traen malas intenciones, tal desafío tendrá que recaer en el hijo de la Oscuridad.

Ambos dieron un respingo cuando el poder se manifestó cerca, muy cerca de ahí. El alquimista se había puesto en pie, con los puños crispados.

—Un demonio desatado —susurró.

—Yo también lo he percibido —admitió Derudan, lívida—. De gran poder.

—Un señor de los Demonios —asintió Baruk—. Esto era lo que aguardaba Rake.

Derudan abrió los ojos desmesuradamente y apartó la boquilla de la pipa antes de preguntar:

—¿Será capaz de derrotar a semejante criatura? Es el hijo de la Oscuridad, pero ¿habrá percibido su poder?

—No lo sé —respondió Baruk—. Si no lo ha hecho, la ciudad está condenada.

En ese momento acusaron otra punzada de dolor, seguida de otra más. La bruja y el alquimista cruzaron la mirada, pues sabían a qué se debían. Dos miembros de la cábala acababan de sufrir una muerte violenta.

—Parald —susurró ella, asustada.

—Y Tholis —dijo Baruk—. Ha empezado, y maldito sea Rake por estar en lo cierto.

Ella lo miró sin saber qué decir.

—Vorcan —aclaró Baruk, torcido el gesto.

De pie en las tejas de bronce del tejado del campanario, Anomander Rake torció la cabeza y miró a su alrededor. Sus ojos adquirieron paulatinamente un tono más oscuro hasta volverse negros. El viento, que tiraba de su largo pelo plateado y de la capa gris, emitía un lamento hueco, extraviado. Levantó la mirada para ver a Engendro de Luna desplazarse a poniente. Acusaba el dolor, igual que si las heridas recibidas en Pale hubieran encontrado un hueco en su propio cuerpo. El remordimiento cruzó fugazmente por su afilado rostro.

El aire le abofeteó en el mismo instante en que oyó con claridad el sonido del batir de alas. Rake sonrió.

—Silanah —dijo con voz apenas audible, consciente de que ella le escucharía. El dragón rojo se deslizó entre ambas torres e inclinó el ala para acercarse adonde estaba él—. Sé que percibes la presencia del señor de los Demonios, Silanah. Vas a ayudarme en este asunto. Lo sé, lo sé. —Sacudió la cabeza—. Vuelve a Engendro de Luna, querida amiga. Esta batalla es mía. Tú has cumplido ya con tu parte. Pero escúchame: si cayera, venga mi muerte.

Silanah sobrevoló su posición con un imperceptible lamento.

—Ve a casa —susurró Rake.

El dragón rojo volvió a lamentarse; luego, viró a poniente y desapareció en la oscuridad.

Rake percibió una presencia ahí, a su lado, y al volverse vio que un hombre encapuchado compartía con él la visión del aspecto que ofrecía la ciudad.

—Qué imprudente es aparecer sin ser anunciado —murmuró Rake. El otro suspiró.

—Las piedras que hay a tus pies, señor, han sido de nuevo santificadas. He renacido.

—No hay lugar en el mundo para un dios ancestral, créeme —aseguró Rake.

—Lo sé. —K'rul asintió—. Tenía planeado volver a los Dominios del Caos, acompañado por un tirano jaghut. Pero, ¡ay!, temo que se me escapó.

—Halló una prisión en otra parte.

—Eso me alivia.

Ambos guardaron silencio unos instantes, hasta que de nuevo K'rul suspiró.

—Estoy perdido. En este mundo. En esta época.

—Pues no eres el único que siente tal cosa, Ancestral —gruñó Rake.

—¿Debo seguir tus pasos, señor? ¿Buscar nuevas batallas, nuevos juegos a los que jugar en compañía de los Ascendientes? ¿Se ve recompensado tu espíritu por tales esfuerzos?

—A veces —respondió Rake con voz queda—. Pero, por lo general, no.

El Embozado encaró al tiste andii.

—¿Entonces?

—No conozco otra vida.

—Carezco de medios para ayudarte esta noche, Anomander Rake. Me he manifestado en este lugar santo, y también en los sueños de un mortal, pero en ninguna otra parte.

—En tal caso, haré cuanto pueda para evitar que tu templo salga perjudicado —dijo Rake.

K'rul inclinó la cabeza y desapareció.

De nuevo a solas, Rake volvió la atención a la calle. Llegó la aparición. Se detuvo a olisquear el aire, luego empezó a cambiar, a virar de algún modo. Un señor de los Galayn, un soletaken.

—Bueno, también yo lo soy —gruñó el señor de Engendro de Luna. El tiste andii extendió los brazos y se elevó en el aire. La magia Kurald Galain lo envolvía como un torbellino, tornaba invisible su ropa, su enorme espada, y lo llevaba hacia la silueta a la que ascendía. El viraje de ésta fue suave y elegante cuando desplegó las alas negras de los hombros. La carne y el hueso mudaron sus dimensiones, cambiaron de forma.

Al elevarse más y más, con la mirada puesta en las estrellas, Anomander Rake se convirtió en un dragón negro de crin gris, capaz de empequeñecer con su tamaño a la propia Silanah. Relucían argénteos sus ojos, y se dilataban las rendijas verticales de las pupilas. El aliento trazaba penachos de humo, y el batir de las alas era como el rumor del músculo y el hueso. El pecho se hinchó para tomar el aire seco y frío. El poder llenaba todo su ser.

Rake ascendió más y más hasta superar el solitario banco de nubes que cubría la ciudad. Cuando finalmente se dejó llevar por la corriente, miró abajo, a la ciudad que brillaba como una moneda de cobre en el fondo de un estanque cristalino.

La hechicería flameaba de vez en cuando. La localizó principalmente en el distrito de las Haciendas, y comprendió que esas manifestaciones comportaban la muerte. Pensó en el mensaje entregado por Serat, cortesía de un estúpido mago al que había creído a un millar de

leguas de distancia. ¿Se debía aquella magia a la labor de estos inoportunos intrusos? Rugió frustrado: ya se ocuparía de ellos más tarde. Ahora, ante él, la batalla. La emperatriz y el Imperio habían vuelto a desafiarle, empeñados de nuevo en poner a prueba sus fuerzas. En todas las ocasiones anteriores se había retirado, reacio a comprometer la posición. *De acuerdo, emperatriz, se me ha acabado la paciencia.*

La membrana de las alas se tensó, las articulaciones crujieron cuando llenó de aire los pulmones. Colgó prácticamente inmóvil en el cielo, estudiando la extensa ciudad que tenía debajo. Luego, tras plegar las alas, el hijo de la Oscuridad y señor de Engendro de Luna cayó a plomo.

Kalam conocía la ruta que seguirían los zapadores para hacer detonar los explosivos. Corrió por las calles vacías. ¿Qué importaba que Engendro de Luna pudiera estar sobre ellos, como dispuesta a abatirse sobre la ciudad y arrancar de raíz cualquier vestigio de vida? Eso a Violín y a Seto les importaba un rábano, porque tenían un trabajo que hacer.

El asesino maldijo entre dientes hasta el último de sus tozudos huesos. ¿Por qué no echaban a correr, como había hecho todo el que estaba en su sano juicio? Llegó a una esquina y tomó el cruce que había en diagonal. Delante, al final de la calle, se alzaba la colina de la Majestad. Al llegar a la esquina, estuvo a punto de tropezar con los dos zapadores. Violín se escabulló a un lado, mientras Seto lo hacía al otro; corrían como si no le hubieran reconocido, con el terror en la mirada.

Kalam estiró ambos brazos y los asió de las respectivas capuchas de la capa.

Luego gruñó dolorido cuando ambos tiraron de ellas y estuvieron a punto de arrojarlo al suelo.

—¡Malditos cabrones! —gritó—. ¡Parad!

—¡Es Kalam! —advirtió Seto.

Al volverse, Kalam vio la hoja de una espada corta a escasa distancia de su rostro; la empuñaba Violín, pálido y con los ojos abiertos como platos.

—Aparta esa chatarra —ordenó el asesino—. ¿Quieres que sufra una infección?

—¡Vámonos de aquí! —susurró Seto—. ¡Olvídate de las condenadas minas! ¡Olvídalo todo!

Sin soltarlos de las capas, Kalam los sacudió un poco.

—Calmaos. ¿Qué es lo que pasa?

Violín gimió mientras señalaba calle arriba.

Al volverse en esa dirección, Kalam dio un respingo.

Una criatura de tres varas de altura caminaba pesadamente en mitad del camino, encogida de hombros, envueltos en una capa reluciente con capucha. Colgaba del cinto de piel de dragón una enorme hacha de dos manos, cuyo mango era tan largo como alto era Kalam. En el rostro rechoncho de la criatura distinguió las rendijas que tenía por ojos.

—¡Oh, por la puerta del Embozado! —masculló el asesino —. Nada más y nada menos que el querido amigo de Tayschrenn. —Apartó a los dos zapadores de un empujón—. Moveos. Volved a la hacienda de Simtal. —Ninguno de ellos planteó objeción alguna, y al cabo corrían calle abajo tan rápido como podían. Kalam se agachó en una esquina y aguardó a que el señor de los Galayn apareciera ante su mirada. Cuando lo hizo, se puso lívido—. Soletaken.

El Galayn asumía una forma más adecuada para emprender la destrucción. El dragón marrón se detuvo, con

las alas rozando los edificios que había a ambos lados. Sus pasos hacían temblar el empedrado.

Kalam observó a la criatura mientras las extremidades de ésta se tensaban y se elevaba envuelta de poder. La oscuridad la engulló.

—Por el aliento del Embozado —dijo—. Ahora sí que van a ponerse feas las cosas. —Se giró y corrió tras los zapadores.

El portador de la moneda llegó a una calle delimitada por los muros de las haciendas. Frenó el paso, atento a los edificios a medida que pasaba junto a éstos.

La Consejera sabía que había llegado el momento. Antes de que el muchacho tuviera ocasión de escabullirse en el interior de cualquiera de esas mansiones, donde pudiera encontrar protección. Aferró la empuñadura de la espada y siguió caminando en silencio, apenas a cinco varas de distancia de él.

Llenó de aire los pulmones y se arrojó sobre él, con la hoja de la espada extendida.

Al oír el rumor metálico del metal a su espalda, Azafrán se apartó a un lado. Cayó sobre el costado, giró sobre sí en el suelo y se puso de nuevo en pie. Lanzó un grito de sorpresa al ver que la misma mujer que había herido a Coll en las colinas se había trabado en combate con un hombre alto, ancho de hombros, armado con dos cimitarras.

El ladrón observó boquiabierto el intercambio. Por muy buena que aquella mujer demostró ser en su duelo con Coll, lo cierto era que en ese momento retrocedía ante el incesante embate de su adversario. Ambos se movían tan

rápido que Azafrán ni siquiera alcanzaba a ver los bloqueos, ni tampoco las armas, pero a medida que prestaba atención lo que sí distinguía eran las heridas infligidas a la mujer, los brazos, las piernas y el pecho salpicados de sangre, así como la expresión de ella, teñida de una completa incredulidad.

—Es bueno, ¿no te parece? —comentó entonces una voz a su espalda.

Al volverse, Azafrán vio a un hombre alto y delgado, vestido con un abrigo gris y carmesí, que llevaba una mano metida en el bolsillo. Entonces le señaló con el hacha que empuñaba con la otra mano y sonrió.

—¿Vas a alguna parte, muchacho? ¿A ponerte a salvo, quizá?

Azafrán asintió.

—Pues te escoltaré —se ofreció el otro, más sonriente—. Y no te preocupes, que también estás cubierto por lo que pudiera venir de los tejados. Cowl anda por ahí arriba, maldita sea su piel de serpiente. Pero es mago poderoso. He oído que Serat estaba furiosa. En fin, vamos pues.

Azafrán dejó que le asiera el brazo y lo condujera lejos del duelo. El ladrón echó un vistazo por encima del hombro. La mujer intentaba destrabarse; le colgaba el brazo izquierdo, inútil, brillante a la luz de gas. Su adversario seguía en la brecha sin dejar de presionarla, silencioso como un fantasma.

—No te preocupes —le dijo el hombre que lo escoltaba—. Ése es el cabo Penas. Vive para esto.

—¿Ca… cabo?

—Te hemos estado cubriendo la espalda, portador de la moneda. —Se llevó la otra mano al cuello, en donde reveló un broche—. Soy Dedos, asignado a la Sexta Espada de la

Guardia Carmesí. Te estamos protegiendo, chico, por cortesía del príncipe K'azz y de Caladan Brood.

Azafrán abrió los ojos como platos.

—¿Portador de la moneda? ¿Qué significa eso? Creo que os habéis equivocado de hombre.

Dedos rió secamente.

—Supusimos que andabas por ahí, caminando a ciegas, muchacho. Era la única explicación. Hay otra gente que intenta protegerte, te lo digo para que lo sepas. Llevas una moneda en el bolsillo que seguramente tiene dos caras, ¿me equivoco? —Sonrió al ver la expresión de sorpresa del ladrón—. Es la moneda de Oponn. Has servido a un dios y ni siquiera lo sabías. ¿Cómo has notado que andabas de suerte últimamente? —Y volvió a reírse. Azafrán se detuvo ante unas puertas.

—¿Es aquí? —preguntó Dedos, que echó un vistazo a la mansión que se alzaba tras el muro del recinto—. En fin, si es ahí donde vive un poderoso mago, dentro estarás a salvo —dijo soltándole el brazo—. Buena suerte, muchacho. Y lo digo en serio. Pero presta atención, si se te acaba la suerte, mejor será que te deshagas de esa moneda, ¿me has oído?

—Gracias, señor —respondió el joven, confuso.

—De nada, de nada. —Dedos volvió a hundir las manos en los bolsillos—. Y ahora, ve y entra de una vez.

La Consejera se destrabó tras encajar un tajo en el hombro derecho. Echó a correr, a pesar del modo que la sangre abandonaba su cuerpo. El otro no la persiguió.

¡Qué estúpida había sido, por no contar con que el portador de la moneda disfrutaría de cierta protección! Pero ¿quiénes eran? Nunca antes se había enfrentado a semejante espadachín, y lo más sorprendente era que no

luchaba con la ayuda de la magia. Por una vez, la espada de otaralita y su propia destreza se habían mostrado insuficientes.

Trastabilló medio cegada calle abajo antes de doblar una esquina. Por el rabillo del ojo alcanzó a ver un movimiento rápido. La Consejera apoyó la espalda en la pared y levantó de nuevo la espada.

Una mujer grandota la observaba intrigada.

—Diría que estás a punto de caer.

—Déjame en paz —dijo Lorn sin aliento.

—Eso no va a ser posible —replicó Meese—. Te venimos siguiendo desde que Rompecírculos te marcó en la puerta. La Anguila dice que tienes cuentas pendientes, señora. Y hemos venido a cobrarlas.

En cuanto la mujer hubo dicho esto, la Consejera percibió otra presencia, situada justo a su izquierda. Lanzó un grito al tiempo que giraba sobre sí para adoptar una postura defensiva y ofrecer un perfil bajo, y en el grito no pudo evitar traslucir cierta frustración y desespero. *¡Menudo desperdicio!* —maldijo—. *No, así no.*

En el preciso instante en que asimilaba ese hecho, ambas mujeres la atacaron. Detuvo la hoja que amenazaba la zurda, pero tan sólo pudo observar con horror que la mujer que había hablado empuñaba dos armas, y que ambas hojas se le lanzaban al pecho.

La Consejera gritó de rabia cuando las armas la atravesaron. La espada que empuñaba cayó en el empedrado, produciendo un ruido metálico. Lorn cayó, apoyada en el muro, deslizándose por él.

—¿Quién? —logró decir, sin saber muy bien a qué venía tanto empeño—. ¿Quién?

Todo su rostro hecho angustia, encogidas las comisuras de los labios mientras se cerraban sus ojos, repitió:

—¿Quién? ¿Quién… es… esa… Anguila?

—Vámonos, Meese —dijo la mujer, que hizo caso omiso del cadáver que había a sus pies.

Paran la encontró despatarrada en el pegajoso empedrado de la embocadura de un callejón. Algo lo había llevado a ese lugar, el vestigio, quizá, del nexo que los había mantenido ligados el uno al otro. La espada descansaba a su lado, la empuñadura teñida de sangre, la hoja mellada. El capitán se acuclilló junto a ella.

—Peleaste duro, a juzgar por lo que veo —susurró.

La vio abrir los ojos. Le miró largamente hasta que al final le reconoció.

—Capitán Ganoes.

—Consejera.

—Me han matado.

—¿Quién?

Lorn compuso una sonrisa teñida de sangre.

—No lo sé. Dos mujeres. Parecían… ladronas. Matonas. ¿Ves la… ironía, Ganoes Paran?

Él asintió, los labios prietos.

—Nada de… gloriosos finales… para la Consejera. Si llegas a venir unos minutos antes…

El capitán no dijo una palabra. La observó mientras la vida la abandonaba, incapaz de sentir nada. *Mala suerte por haberme conocido, Consejera. Lo lamento por eso.* Luego recogió la espada de otaralita y la envainó en su propia funda.

Por encima de él hablaron dos voces al unísono.

—Le diste nuestra espada.

Al levantarse, se encontró ante Oponn.

—La Cuerda me la quitó, para ser más preciso.

Los Mellizos no podían ocultar su temor. Observaban a Paran con cierto ruego en la mirada.

—Cotillion te perdonó —dijo la hermana—; los Mastines también. ¿Por qué?

Paran se encogió de hombros.

—¿Culpáis al cuchillo o a la mano que lo empuña?

—Tronosombrío nunca juega limpio —gimió el hermano abrazándose a sí mismo.

—Tanto tú como Cotillion utilizáis a los mortales —dijo el capitán, que enseñó los dientes—, y pagasteis por ello. ¿Qué queréis de mí? ¿Piedad? ¿Ayuda?

—Esa espada de otaralita… —empezó a decir la hermana.

—Jamás se empleará para haceros el trabajo sucio —concluyó Paran—. Será mejor que huyáis, Oponn. Imagino a Cotillion entregando la espada *Azar* a Tronosombrío, y a ambos planear cómo van a utilizarla.

Los Bufones Mellizos del azar dieron un respingo.

Paran puso la mano en la empuñadura pegajosa de la espada.

—Ahora, o tendré que pagar el favor de Cotillion.

Los dioses desaparecieron.

El capitán se volvió de nuevo a Lorn.

Sin la armadura, no le pareció que pesara mucho en sus brazos.

El aire rugía alrededor de Anomander Rake cuando cayó a plomo, pero no produjo otro sonido, pues caía envuelto en la senda. Abajo, trazando lentos círculos alrededor de Darujhistan, se hallaba el dragón de piel marrón, rival en tamaño a Rake, así como en poder.

Pero era tan estúpido que había salido a cazarle en plena calle.

Rake extendió con sumo cuidado las alas y descendió en ángulo sobre el señor de los Galayn, con las garras extendidas. Se dejó envolver por el aire que lo rodeaba, preparando la descarga de poder. Era Kurald Galain, tiste andii, y la Oscuridad era su morada.

El señor de los Galayn se hallaba justo debajo de él, creciendo con pasmosa rapidez. Rake abrió la boca y echó atrás la cabeza cuando cerró la mandíbula alrededor de una pared de aire. Este chasquido sirvió de advertencia al dragón marrón, que levantó la mirada.

Mas fue una advertencia tardía.

Capítulo 24



Soy la Casa
que encarcela en mi nacimiento
corazones demoníacos,
tan encerrados en cada una de las salas.
Algunos temblorosos, encrudecidos.
Antigüedad.
Y estas raíces de piedra
esparcidas por las más hondas grietas
en el suelo reseco
sostienen por siempre el sueño
del fruto, ah, peregrinos
venid a mi puerta,
y moríos de hambre…

Azath (ii.iii)
Adaephon (n.?)

El patio que se extendía al franquear las puertas estaba vacío. Azafrán lo cruzó a la carrera, preguntándose si no sería demasiado tarde. Subió la escalera y llegó al tirador de la puerta. Una descarga de energía lo empujó hacia atrás.

Aturdido, el ladrón se encontró sentado al pie de las escaleras. En la puerta, un imperceptible fulgor rojizo se apagó paulatinamente. Era un hechizo de salvaguarda.

—¡Por el Embozado! —maldijo al ponerse en pie. Había tropezado en anteriores ocasiones con obstáculos

semejantes en las haciendas de la clase acomodada, y no había forma de sortearlas.

Azafrán maldijo de nuevo y echó a correr hacia las puertas. Salió a la calle y miró a su alrededor; no vio a nadie. Si los de la Guardia Carmesí seguían protegiéndole, no se dejaban ver.

Cabía la posibilidad, aunque muy remota, de que la entrada al jardín de la hacienda de Baruk no estuviera protegida por la magia. Recorrió la calle y dobló la primera esquina a la derecha. Tenía que trepar por el muro, aunque tal cosa no suponía un obstáculo para él.

Llegó al final del callejón, lo cruzó y se detuvo al otro lado. Vio que era un muro alto. Tendría que tomar carrerilla. Azafrán corrió por la calle, intentando contener el aliento. ¿Qué sentido tenía hacer todo aquello? Después de todo, ¿acaso Baruk era incapaz de cuidar de sí mismo? ¿No era un mago supremo, y no le había hablado Dedos de las defensas mágicas del alquimista?

Titubeó, ceñudo ante la pared que se alzaba ante sus ojos.

En ese momento se oyó un grito en el cielo capaz de sacudir los cimientos de los edificios. Azafrán se pegó al muro al ver que una criatura monstruosa caía iluminada por la luz de gas. Llenó la calle por completo al caer a unas veinte varas de donde se encontraba el ladrón. De resultas del golpe, Azafrán cayó al suelo bajo una llovizna de piedras.

Agachó la cabeza para protegerse de las piedras y, luego, cuando la lluvia cesó, se puso de nuevo en pie.

Un dragón, cuyas alas se veían dañadas y salpicadas de manchas de sangre, recuperó rápidamente el pie en la calle, ladeando la enorme cabeza en forma de corazón primero a un lado y luego a otro. En los flancos marrones le

faltaban escamas; era donde lo habían herido. El cuello y los hombros brillaban ensangrentados.

Azafrán reparó en que el muro de Baruk había desaparecido completamente. Los tocones asomaban de la tierra humeante. Un patio elevado señalaba la entrada posterior a la hacienda del alquimista. Dos estatuas habían sufrido también a causa del dragón, y sus piezas rotas yacían desparramadas ante las puertas.

El dragón parecía aturdido. Azafrán permaneció inmóvil. Había llegado el momento de moverse. Incrédulo ante su propia temeridad, el ladrón echó a correr hacia la calle que estaba tras la criatura, confiando en ganar la protección del jardín. Mantenía la atención puesta en el dragón, aunque sus pensamientos confiaran más en la moneda de la suerte que llevaba en el bolsillo.

Entonces, ante sus ojos, la criatura cambió de forma, despidiendo un fulgor cegador. Azafrán redujo el paso, luego se paró, incapaz de apartar la mirada. El corazón le latía con fuerza en el interior del pecho, tanto que parecía querer escapar. Cada vez que exhalaba le dolía. Su suerte, se dijo aterrorizado, había terminado.

El fulgor se desvaneció lentamente, y vio en la calle a un hombre gigante, embozado y cubierto con una capa.

Azafrán intentó moverse, pero el cuerpo no le obedecía. Al volverse el demonio, se abrieron sus ojos más y más. Sacó el monstruo un hacha del cinto. Sopesó el arma y dijo con voz cavernosa:

—¿Qué sentido tiene continuar con esto? —preguntó—. La emperatriz te permite escapar, señor. De nuevo te concede clemencia. Acéptala y márchate.

—Buena idea —susurró el ladrón. Entonces, frunció el entrecejo al ver que el demonio miraba más allá de donde él se encontraba.

Un hombre habló a su espalda.

—No vamos a seguir huyendo, Galayn.

Alguien puso una mano en el hombro de Azafrán y rompió el hechizo de inmovilidad que lo tenía atrapado. Azafrán se agachó a un lado y, tras escabullirse, levantó la mirada hacia unos ojos cambiantes de color añil que destacaban en un ancho rostro de piel negra.

—Ve, mortal —dijo el hombre de la melena plateada desenvainando el mandoble que colgaba entre sus omóplatos. La hoja negra casi parecía invisible, como si absorbiera toda la luz que hallaba a su paso.

—¡Te vi en la fiesta! —balbuceó Azafrán.

El hombre pestañeó, como si lo viera por primera vez.

—Portador de la moneda, nada has de temer —dijo con la sonrisa torcida—. Brood me ha convencido de que debo respetar tu vida, al menos de momento. Ve, hijo. —Volvió a clavar la mirada en el señor de Galayn—. Esto va a estar reñido.

—Conozco esa arma —dijo el demonio—. Es *Dragnipurake*. Y huelo el hedor de Tiama en ti, señor. En ti hay más de ella que de sangre tiste andii.

Azafrán recostó la espalda en lo que le pareció que eran los restos del muro de Baruk.

El demonio Galayn sonrió, enseñando los caninos, largos y curvos.

—La emperatriz recompensará tus servicios, señor. Sólo tienes que decir sí y podrá evitarse esta batalla.

Anomander Rake dio un paso hacia él.

—En guardia, Galayn.

El demonio atacó con un rugido espantoso, el hacha silbó al cortar el aire, envuelta la hoja en fuego azulado.

Rake trazó un círculo con la espada, bloqueó el hacha y se sumó a la inercia. Al pasar de largo la hoja doble, el tiste

andii cayó sobre su oponente, echada atrás la espada, el pomo en la cadera. Con suma rapidez extendió la hoja. El demonio se agachó y, soltando una mano del mango del hacha, se esforzó por atrapar a Rake por el cuello. El tiste andii lo evitó al interponer el hombro.

Rake cayó con fuerza en el empedrado.

Entonces atacó el demonio, con el arma por encima de la cabeza.

Rake recuperó pie a tiempo de parar de nuevo la trayectoria del hacha con la hoja de la espada. El entrechocar del acero hizo temblar aire y suelo. El hacha del demonio relampagueó con intensa luz blanca, una luz que fluyó como el agua de una cascada. La espada de Rake, sumida en la oscuridad, parecía devorar las oleadas de luz que la alcanzaban.

Las losas de piedra que había bajo Azafrán temblaron como si se hubieran convertido en barro. Arriba en el cielo, las estrellas se movieron en espiral. Una fuerte sensación de náusea hizo que Azafrán cayera de rodillas.

Rake pasó al ataque, a lanzarse al tajo del arma negra que esgrimía. Al principio el demonio mantuvo el tipo, respondiendo a los furiosos ataques del contrincante con parada y respuesta del metal, luego cedió un paso, y otro. Rake redobló esfuerzos sin dar cuartel alguno.

—Por el pesar de la Madre —rugió entre golpe y golpe— se alumbró la luz. Para su pesar… tardó en comprender… su corrupción. Galayn… eres la víctima involuntaria… para el castigo… tan tardío.

El demonio cedió a los golpes; intentaba pararlos todos, y ya no contraatacaba. La luz que despedía el hacha había cedido también, se volvía tímida y la oscuridad la envolvía cada vez más. Con un quejido, el demonio se arrojó contra Rake. Al caer sobre el tiste andii, Azafrán vio una estela

negra que surgía de la espalda del demonio y mordía la capa. El hacha saltó volando de las manos de la criatura, y la luz y el fuego que despedía se extinguieron al dar contra el suelo.

Con un chillido de horror, el demonio extendió las garras hacia la espada y se dejó atravesar por ella. Volutas de humo negro surgieron del arma y lo envolvieron. El humo dibujó torbellinos en el aire, se convirtió en cadenas, cadenas que se tensaron. El Galayn lanzó un grito de angustia.

Rake se puso de nuevo en pie y hundió la espada en el pecho del demonio hasta dar con el hueso. El demonio cayó de rodillas, con sus ojos negros clavados en los de Rake.

Las estrellas volvieron a quedar inmóviles; las losas de piedra a los pies del ladrón dejaron de moverse, aunque combadas y torcidas. Azafrán tragó saliva, con los ojos atentos al demonio. Parecía venirse abajo mientras las cadenas de humo negro se volvían más y más tensas, atrayendo a la criatura hacia la espada. Finalmente lo hizo de espaldas, y Rake hundió la punta de la espada hasta tocar el empedrado tras atravesar al demonio de parte a parte. El tiste andii cargó parte del peso de su propio cuerpo en la empuñadura, y Azafrán reparó en las manchas de sangre que tenía Rake en la ropa que cubría su hombro, donde le había alcanzado la mortífera caricia del demonio. Fatigado, el tiste andii se volvió al ladrón.

—Rápido —dijo ronco—. El alquimista corre peligro. Ahora no puedo protegerlo. Aprisa, portador de la moneda. ¡Corre!

Azafrán se dio la vuelta y echó a correr.

La muerte de Travale, tercero de la cábala, reverberaba aún en sus pensamientos. La bruja Derudan había inscrito un círculo de ceniza en el suelo, en mitad de la estancia. Con ayuda de Baruk, colocó en su interior los dos sillones de felpa, y ahí se había sentado, a fumar la pipa, mientras sus ojos oscuros no perdían detalle de las idas y venidas de Baruk.

Éste no estaba convencido de si debía o no entrar en el círculo de protección. Si bien ahí dentro estarían a salvo, rodeados por alta hechicería Tennes, no podrían contraatacar si Vorcan hacía acto de presencia. Es más, ciertos elementos eran capaces de penetrar las defensas de la magia. Sin ir más lejos, la otaralita, un mineral en forma de polvillo de las colinas Tanno de Siete Ciudades. Era poco probable que Vorcan dispusiera de ese material, dado que era hechicera suprema, pero a Baruk no le convenía verse en una posición en que no pudiera echar mano de la senda para defenderse de la asesina.

—Los de la cábala que han muerto —dijo lentamente Derudan—... eran tozudos, estaban convencidos de ser invencibles. Sin duda caminaron de un lado a otro, a la espera de la inminente llegada de su asesino.

Baruk se detuvo a responder, pero fue interrumpido por un grito inhumano y perfectamente audible, procedente del exterior. A ese grito siguió un golpe que hizo temblar los cristales de la ventana. El alquimista hizo ademán de dirigirse a la puerta.

—¡Aguarda! —voceó Derudan desde el círculo—. No quieras satisfacer la curiosidad, Baruk, pues seguro que Vorcan querrá aprovecharse de ella, ¿verdad?

—Se ha quebrado una salvaguarda —replicó Baruk—. Mis defensas han caído.

—Mayor razón para la cautela —advirtió Derudan—. Amigo, te lo ruego, reúnete aquí conmigo.

—Muy bien —suspiró Baruk, que se acercó a ella. La corriente de aire le alcanzó la mejilla izquierda. Derudan lanzó un grito de advertencia, al mismo tiempo que el alquimista se volvía a la puerta.

Vorcan, cuyos guantes relucían envueltos en una luz rojiza, se dirigió directamente a Baruk. Este levantó los brazos, plenamente consciente de que no llegaría a tiempo. En ese instante, sin embargo, irrumpió en la estancia otra figura, que surgió de la oscuridad para detener a la experta asesina con una lluvia de golpes. Vorcan retrocedió y luego golpeó al atacante.

Un grito agónico reverberó en la estancia. Baruk reparó en que quien lo había protegido era una mujer tiste andii. Se hizo a un lado cuando ella pasó de largo para caer primero al suelo y, luego, contra la pared, donde quedó inmóvil. El alquimista se volvió hacia Vorcan y vio que en una de sus manos había dejado de brillar la luz roja.

Con un gesto del brazo escupió toda la violencia de la hechicería, que adoptó la forma de un relámpago amarillo. Vorcan susurró un contrahechizo y la luz del relámpago fue enmudecida por una bruma rojiza que no tardó en desaparecer. A continuación, Vorcan dio un paso hacia él.

Baruk oyó a lo lejos que la bruja Derudan le voceaba algo. Pero eran los ojos de la maestra del asesinato lo que le retenía, unos ojos capaces de destilar veneno. La facilidad con que había negado su poder revelaba que también era una hechicera consumada. Comprendió con claridad que lo único que podía hacer era aguardar a que le llegara la muerte.

Pero Baruk oyó un gruñido a su espalda, seguido por una exclamación ahogada de Vorcan. La empuñadura de una daga asomaba por el pecho de la asesina. Ceñuda, acercó la mano hacia ella, para arrancarla y arrojarla a un lado.

—Es todo cuanto… puedo hacer —oyó el alquimista que decía la mujer tiste andii desde el suelo—. Mis disculpas, señor.

Derudan apareció tras Vorcan. Cuando levantaba las manos y procedía a iniciar un encantamiento, Vorcan se dio la vuelta y algo que sostenía en la mano salió volando. La bruja gruñó y luego se desplomó en el suelo.

La angustia inundó por completo a Baruk. Con un mudo rugido, se arrojó sobre Vorcan. Ésta rió y se apartó a un lado, intentando tocarle con la mano que relucía. El alquimista se apartó, comprometido el equilibrio, pero logró evitar el mortífero tacto del guante; luego, trastabilló hacia atrás. Oyó de nuevo aquella risa, a su espalda.

A unas tres varas de Baruk se hallaba la puerta. El alquimista abrió unos ojos como platos al ver que estaba abierta. Vio allí a un joven, agazapado, con sendos objetos contundentes en las manos.

Esperaba sentir el contacto con Vorcan en cualquier momento, de modo que Baruk se arrojó al suelo. Vio al muchacho erguirse al mismo tiempo y extender el brazo derecho seguido del izquierdo. Al caer el alquimista, dos ladrillos pasaron volando por encima de su cabeza. Oyó que golpeaban a la mujer que estaba a su espalda; uno de ellos, de hecho, produjo un crujido. Un destello rojizo acompañó a ese sonido.

Al dar en el suelo, Baruk sintió que perdía todo el aire de los pulmones. Transcurrieron unos instantes agónicos mientras intentaba llenarlos de nuevo. Rodó hasta situarse boca arriba. Vio a Vorcan inmóvil a sus pies. El rostro del

muchacho apareció entonces ante su mirada; tenía la frente bañada en sudor, y lo miraba ceñudo y preocupado.

—¿Alquimista Baruk? —preguntó.

El otro asintió.

—Estás vivo —suspiró el muchacho antes de sonreír—. Estupendo. Rallick me ha enviado a avisarte.

—La bruja —dijo Baruk al levantarse del suelo. La señaló —. Atiéndela, rápido.

Sintió que recuperaba fuerzas mientras observaba al joven acuclillarse junto a Derudan.

—Respira —informó Azafrán—. Tiene clavado una especie de cuchillo, parece que destila una especie de jugo. —Extendió la mano para tocarlo.

—¡No! —gritó Baruk. Asustado, Azafrán dio un respingo.

—Veneno —dijo el alquimista, que se puso en pie—. Ayúdame a acercarme a su lado, pronto. —Al cabo, se arrodilló junto a Derudan. Bastó un rápido vistazo para calibrar el alcance de sus sospechas. Una sustancia pegajosa cubría la hoja—. Paraltina blanca —dijo.

—Eso es de una araña, ¿no?

—Tus conocimientos me sorprenden, muchacho —alabó Baruk mientras ponía una mano en Derudan—. Por suerte, en esta casa hay un antídoto. —Mascculló unas palabras, que precedieron a la aparición de un vial en su mano.

—Rallick me dijo que no había antídoto para la paraltina blanca.

—No es una información que yo vaya pregonando por ahí. —Baruk descorchó el vial y vertió el contenido en la garganta de la bruja, lo que la hizo toser. Cuando la respiración de Derudan recuperó la normalidad, Baruk se recostó, vuelto a Azafrán—. Parece que conoces bien a Rallick. ¿Cómo te llamas?

—Azafrán. Mammot era mi tío, señor. Lo vi morir.

Derudan pestañeó rápidamente hasta abrir por fin los ojos. Sonrió algo aturdida.

—Lo que veo me place —dijo en voz baja—, ¿verdad?

—Sí, amiga mía —respondió Baruk con una sonrisa—. Pero no puedo afirmar haber derrotado a Vorcan. Tal mérito recae por completo en Azafrán, sobrino de Mammot.

Derudan encaró al muchacho.

—Ah, estuve a punto de tropezar contigo esta noche. —La sonrisa desapareció de su rostro—. Siento lo de Mammot, hijo.

—Yo también —respondió él.

Baruk se levantó. Lanzó una maldición al ver que el cadáver de Vorcan había desaparecido.

—¡Ha huido! —se apresuró a acercarse a la mujer tiste andii y se agachó para examinarla. Estaba muerta—. Pronto sabré tu nombre —susurró—, y no lo olvidaré.

—¡Tengo que irme! —anunció Azafrán.

Baruk se preguntó a qué venía el repentino pánico que había asomado a los ojos del muchacho.

—Es decir, si todo está en orden aquí —puntualizó.

—Creo que sí —respondió el alquimista—. Azafrán, agradezco mucho la habilidad que tienes a la hora de arrojar ladrillos.

El joven se dirigió a la puerta. Allí se detuvo, y luego arrojó una moneda al aire. La atrapó y sonrió tenso.

—Ha sido cosa de la suerte, supongo.

Y se fue.

El capitán Paran permanecía sentado junto al lecho de Coll.

—Sigue dormido —dijo mirando a Whiskeyjack—. Proceda.

Kalam y los dos zapadores habían llegado apenas hacía unos minutos. Hasta el momento, pensó el suboficial, no habían sufrido bajas, aunque la armadura del capitán estaba hecha unos zorros y la mirada de su rostro al entrar en la habitación, con el cadáver de Lorn en brazos, advirtió a Whiskeyjack de que no debía sondear demasiado el estado de ánimo de Paran. El cadáver de la Consejera, inmóvil, pálida, ocupaba una segunda cama. Una extraña sonrisa curvaba sus labios inertes.

El sargento estudió a todos los presentes en la pequeña estancia, aquellos rostros que conocía tan bien y que lo observaban a su vez, esperando. Su mirada sostuvo la de Lástima, o Apsalar, tal como se hacía llamar ahora. No sabía qué le había hecho Mazo, pero era una mujer completamente distinta a la que había conocido. Menos y, de algún modo, mucho más. Incluso Mazo no estaba del todo seguro de lo que había hecho. Ciertos recuerdos y conocimientos habían sido liberados, y con ellos un conocimiento brutal. El dolor asomaba a la mirada de la mujer, un dolor cimentado en años de horror; no obstante, parecía tenerlo bajo control. Había encontrado un modo, una fuerza, para vivir con lo que había hecho. Sus únicas palabras al encontrarse fueron: «Quiero volver a casa, sargento.»

No tenía objeción alguna que hacer al respecto, aunque se preguntaba cómo planeaba ella cruzar dos continentes y el océano que los separaba. Whiskeyjack extendió la mano hacia el paquete con huesos de antebrazo que descansaba en la mesa.

—Sí, señor —dijo en respuesta a la orden de Paran.

El sudor y la tensión podían respirarse en el ambiente. Whiskeyjack titubeó. Había tenido lugar una batalla en las calles de Darujhistan, y Ben el Rápido había confirmado la

muerte del señor de los Galayn. De hecho, el mago de raza negra aún parecía conmocionado. El sargento suspiró al masajear la pierna recién curada; luego hundió en la mesa la punta del antebrazo.

El contacto se estableció de inmediato. La voz grave del Puño Supremo Dujek llenó la estancia.

—¡Ya era hora, Whiskeyjack! No te molestes en contarme lo del señor de los Galayn, que Tayschrenn ha caído inconsciente o algo así. Todos los que estábamos en el cuartel general pudimos oír su grito. De modo que Anomander Rake pudo con esa bestia. En fin, ¿qué más tienes que contarme?

Whiskeyjack miró a Paran; éste asintió con deferencia.

—La jugada de la Consejera Lorn ha fracasado —dijo el sargento—. Ha muerto. Tenemos aquí mismo su cadáver. Las encrucijadas siguen minadas, pero no hemos hecho explosionar la artillería, Puño Supremo, porque es más que probable que alcanzara las bolsas de gas que hay bajo la ciudad y nos convirtiéramos todos en ceniza. —Tomó aire antes de continuar, acusando una punzada en la pierna. Mazo había hecho todo lo posible, que había sido mucho, pero no le había curado del todo la herida, lo que le hacía sentirse frágil—. De modo que vamos a retirarnos, Puño Supremo.

Dujek guardó silencio, que al cabo rompió con un gruñido.

—Problemas, Whiskeyjack. Primero, estamos a punto de perder Pale. Tal como sospechaba, Caladan Brood ha dejado a la Guardia Carmesí cubriendo el norte, y marchó aquí con sus tiste andii. También trae con él a los rhivi, y a los barghastianos de Jorrick, que acaban de merendarse a las legiones doradas de los moranthianos. Segundo, y aún peor. —Todos oyeron cómo el Puño Supremo tragaba saliva

—. Es muy posible que no falte ni una semana para que Siete Ciudades se declare en rebeldía. La emperatriz lo sabe. Algunos agentes de la Garra de Genabaris llegaron hará media hora buscando a Tayschrenn. Mi gente se les adelantó. Whiskeyjack, llevaba un mensaje de puño y letra de la emperatriz dirigido a Tayschrenn. Acabo de ser declarado rebelde por el Imperio. Ya es oficial, y Tayschrenn debía efectuar mi arresto y ejecución. Amigo mío, estamos solos.

Reinaba el silencio en la habitación. Whiskeyjack cerró los ojos un instante.

—Entendido, Puño Supremo. En ese caso, ¿cuándo marchamos?

—Parece que las legiones negras de Moranth están de nuestro lado, no me preguntes por qué. En fin, mañana por la noche tengo que entrevistarme con Caladan Brood y Kallor. Sospecho que tras la entrevista las cosas se decantarán de un lado o de otro. O bien nos deja marchar, o bien acaba con nosotros en la toma de Pale. Todo depende de lo que sepa acerca del Vidente Painita.

—En un par de días debemos reunimos con algunos elementos de las legiones negras de Moranth, Puño Supremo. Me pregunto cuánto elucubrarían sobre cuándo se dispuso este encuentro. En fin, el caso es que nos llevarán dondequiera que estés, sea donde sea.

—No —replicó Dujek—. Aquí podríamos estar bajo asedio. Los de Moranth os desembarcarán en la llanura Catlin. Sus órdenes son muy claras al respecto, pero si quieres puedes intentar darles contraórdenes.

El sargento hizo una mueca. No era muy probable que sirviera de nada.

—Pues será a la llanura Catlin. Aunque eso nos impedirá reunimos contigo antes.

El fulgor que envolvía los huesos tembló un instante y escucharon un estampido. Violín rió. Dujek acababa de dar un golpetazo a la mesa al finalizar la conversación.

Whiskeyjack lanzó al zapador una mirada furiosa.

—¿Capitán Paran? —aulló Dujek.

—Aquí me tienes, Puño Supremo —respondió Paran dando un paso al frente. —Lo que me dispongo a decir va dirigido a Whiskeyjack, pero quiero que tú también lo oigas, capitán.

—Te escucho.

—Sargento, si quieres formar parte de mi ejército, será mejor que vayas acostumbrándote al nuevo orden. Primero, voy a poner a los Abrasapuentes bajo el mando del capitán Paran. Segundo, ya no serás sargento, Whiskeyjack, sino mi segundo al mando, lo cual conlleva ciertas responsabilidades. No quiero verte cerca de Pale. Y sabes que sé lo que me digo. ¿Capitán Paran?

—¿Sí?

—El pelotón de Whiskeyjack se ha ganado el derecho a licenciarse, ¿entendido? Si cualquiera de ellos elige reengancharse a los Abrasapuentes, por mí perfecto. Pero no quiero que haya recriminaciones de ningún tipo si cualquiera de ellos decidiera lo contrario. Confío en haber hablado con claridad.

—Sí, Puño Supremo.

—Y dado que Whiskeyjack acaba de terminar una misión y aún no se le ha asignado otra —continuó Dujek—, no va a tener más remedio que venirse conmigo, capitán.

Paran sonrió.

—De acuerdo.

—En fin, los de la legión negra de Moranth estarán al corriente de la situación para cuando os recojan, así que id con ellos.

—Sí, Puño Supremo. Dujek gruñó.

—¿Alguna pregunta, Whiskeyjack?

—No —respondió el canoso veterano con cierto malhumor.

—Perfecto pues. Con un poco de suerte, hablaremos dentro de poco. El fulgor de los huesos se apagó.

El capitán Paran se volvió hacia los soldados. Contempló todos y cada uno de los rostros. *Tenían que estar bajo mi mando. No podría haber encontrado nada mejor.*

—Muy bien —dijo, hosco—, ¿quién está dispuesto a declararse en rebeldía y sumarse a los rebeldes de Dujek?

Trote fue el primero en levantarse, con una sonrisa fiera en la que enseñaba toda la dentadura. Lo siguió Ben el Rápido, Seto y Mazo.

Se produjo un silencio estrepitoso cuando Kalam hizo un gesto a Violín y se aclaró la garganta.

—Estamos con vosotros, sólo que no os acompañaremos. Yo y Violín, al menos.

—¿Podrías explicarnos a qué te refieres? —pidió Paran.

Pero fue Apsalar quien habló, lo que sorprendió a todos los presentes.

—No les resulta fácil, capitán. Y debo admitir que no estoy segura de saber lo que quieren, pero me acompañarán. De vuelta al Imperio. A casa.

Violín se encogió de hombros y, al levantarse, encaró a Whiskeyjack.

—Creemos que se lo debemos a la chica, señor —dijo. Acto seguido se volvió al capitán—. Y ya hemos tomado la decisión, señor, pero volveremos, a ser posible.

Divertido, Whiskeyjack hizo un esfuerzo por ponerse en pie. Al volverse para mirar a Paran, abrió unos ojos como platos. Ahí estaba Coll, incorporado en la cama.

—*Mmm* —dijo Whiskeyjack señalándolo.

La tensión pudo cortarse con un cuchillo cuando, uno tras otro, todos los presentes se volvieron hacia Coll. Paran se acercó a él con una expresión de sincero alivio.

—¡Coll! Cuánto me… —De pronto calló, y luego añadió con voz más neutra—: Veo que llevas un rato despierto.

Coll paseó la mirada por los huesos clavados aún en la mesa.

—Lo he escuchado todo —admitió—. Dime, Paran, ¿estos soldados tuyos van a necesitar ayuda para salir de Darujhistan?

Rallick permanecía en la oscuridad, bajo los árboles del borde del claro. Por lo visto, su capacidad para frenar los efectos de la magia se había demostrado insuficiente. Lo había apartado del tocón una fuerza que parecía una mano gigante, la mano de un dios, segura, poderosa e inquebrantable. Había observado con asombro cómo la urdimbre de raíces se extendía sin trabas por todo el claro, en dirección al patio. Había oído el grito, luego regresaron las raíces con algo atrapado, una aparición con forma de hombre, que las raíces se llevaron sin más al fondo de la tierra.

Rallick había experimentado una peculiar sensación próxima a la euforia. Sabía con una certeza inexplicable que lo que ahí crecía tenía la razón y actuaba movido por la justicia.

Era nuevo, joven. A esas alturas, ahí de pie, observándolo, veía las ondas que transmitían los temblores, producidas bajo las capas angulares de la superficie geométrica. Hacía menos de una hora apenas era un tocón, ahora era una casa. Una puerta enorme aguardaba envuelta en sombras bajo el arco que formaba una rama.

Las enredaderas sellaban las contraventanas. Un balcón colgaba en lo alto, a la izquierda de la puerta, engalanado con hojas y trepadoras. Conducía a una especie de torre que se alzaba sobre la segunda planta cubierta de ripias hasta la nudosa cima. Otra torre señalaba la parte frontal derecha de la casa; era más ancha y carecía de ventanas, y su techo llano estaba bordeado de merlones desiguales. Sospechaba que ese techo era una especie de terraza, a la que se accedía por medio de una trampilla de algún tipo.

El claro que rodeaba a la edificación también había sufrido cambios. Se había formado algún que otro montículo, como si el patio de la casa fuera un cementerio. Arboles jóvenes cercaban cada montículo cuadrilongo; crecían como si un viento invisible los apartara de la tierra herbosa. Las raíces habían arrastrado a la aparición al interior de uno de esos montículos.

Estaba en su derecho y actuaba con justicia. Estos conceptos reverberaron en la mente del asesino, cargados de un atractivo que transmitía una tranquilidad total a su corazón. Casi creyó sentir una afinidad con aquella casa recién nacida, como si lo conociera y lo aceptara.

La sabía vacía. Era otra cosa que sabía sin nada que lo indicara.

Rallick siguió observando cómo crecían las líneas de la casa, cada vez más definidas. Un olor a humedad, como a tierra removida, invadía el lugar. El asesino se sentía en paz.

Al cabo de un instante, oyó el rumor de las hojas a su espalda y se volvió para ver que Vorcan salía trastabillando de la espesura. Tenía el rostro manchado de sangre debido a un corte en la frente, y estuvo a punto de desmayarse en los brazos de Rallick.

—Tiste andii —dijo en un hilo de voz—. Me siguen. A la caza. ¡Quieren vengar un asesinato!

Rallick se volvió a la espesura. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad que reinaba en el claro, lograron reparar en el sigiloso movimiento que se producía entre los árboles, y que cada vez se acercaba más. Titubeó, con la mujer inconsciente en sus brazos. Luego se agachó, cargó a Vorcan a hombros, se dio la vuelta y echó a correr hacia la casa.

Sabía que la puerta se abriría para dejarle entrar, y así fue. Más allá había una antesala oscura y una entrada en arco que conducía a un salón que iba de parte a parte. Una ráfaga de aire dulce y cálido acarició a Rallick, que entró sin pensarlo dos veces.

Korlat, hermana de sangre de Serat, redujo el paso al acercarse a la peculiar casa. La puerta se había cerrado tras la presa. Llegó al borde del claro y se acuclilló. Sus compañeros en aquella partida de caza se reunieron lentamente a su alrededor.

—Korlat, ¿has convocado a Rake? —preguntó Horult tras maldecir entre dientes.

—Conozco desde hace mucho estas creaciones —respondió—. La casa mortuoria de Ciudad Malaz, Casaodhan en Siete Ciudades… *Azath edieimarn*, Pilares de la inocencia… Esta puerta no se abrirá para que podamos pasar.

—Pues cuando ellos quisieron entrar, sí se abrieron —dijo Horult.

—Hay un precedente. El azath escoge a los suyos. Así sucedió con la casa mortuoria. Escogió a dos hombres, uno

que sería el emperador; otro que lo acompañaría. Kellanved y Danzante.

—Percibo su poder —susurró Orfantal—. Nuestro señor podría destruirlo, ahora, mientras aún es joven.

—Sí —se mostró de acuerdo Korlat—. Podría. —Guardó silencio unos instantes y luego se levantó—. Soy hermana de sangre de los caídos —dijo.

—Eres hermana de sangre —entonaron los otros.

—La búsqueda de venganza ha terminado —dijo Korlat—. Nuestro señor no será llamado. Dejad que se recupere. El azath no será tocado, puesto que es recién nacido, un niño. —Sus ojos de color castaño claro observaron lentamente a quienes la acompañaban—. La reina de Oscuridad habló así de Luz cuando nació: «Es nueva, y lo que es nuevo es inocente, y lo que es inocente es precioso. Observa a esta hija del portento y aprende lo que es el respeto.»

Orfantal arrugó el entrecejo.

—Así sobrevivió Luz, y así terminó destruida Oscuridad, vencida la pureza, y del mismo modo pretendes que nos dejemos engañar, igual que le sucedió a nuestra reina. Luz se corrompió y destruyó nuestro mundo, Korlat, ¿o acaso lo has olvidado?

La sonrisa de Korlat estaba impregnada de tristeza.

—Alégrate por esos fallos, querida hermana, puesto que el de nuestra reina era la esperanza, y también lo es el mío. Ahora debemos marcharnos.

Con expresión benigna, Kruppe vio acercarse a Azafrán. Caminaba exhausto tras haber pasado buena parte de la noche corriendo de un lado a otro. Kruppe dio un codazo a

Murillio y mariposearon los dedos en dirección al joven ladrón.

—El muchacho vuelve con una prisa indebida, pero temo las tristes noticias que Kruppe debe dar.

—Ha tenido una noche de perros —explicó Murillio. Se apoyó en el muro que rodeaba la hacienda de Simtal. Las calles seguían vacías, y los ciudadanos asustados y aturdidos tras los horrores de aquella noche.

Kruppe señaló a Engendro de Luna, que distaba una legua a poniente, lejos de las murallas que guardaban la ciudad.

—Menudo armatoste. No obstante, Kruppe se complace al ver que ha optado por partir. Imagínate, estando ella incluso las estrellas se apagaron, no había nada a excepción de la temida oscuridad.

—Necesito un trago —murmuró Murillio.

—Excelente idea —opinó Kruppe—. ¿Esperamos al muchacho?

La espera no fue larga. Azafrán los reconoció y dejó de correr como un loco.

—¡El Imperio ha raptado a Apsalar! —gritó—. ¡Necesito ayuda! —Se detuvo por fin ante Murillio—. Y Rallick sigue en el jardín…

—*Shh, shh*. Tranquilo, muchacho. Kruppe conoce la ubicación de Apsalar. Respecto a Rallick, en fin… —Encaró la calle y sacudió los brazos—. ¡Disfruta de la brisa nocturna, Azafrán! ¡Ha empezado el año nuevo! Ven, demos un paseo los tres, ¡amos de Darujhistan! —Y tomándolos del brazo hizo ademán de empujarlos.

—Rallick ha desaparecido —dijo Murillio tras lanzar un suspiro—. Y ahora, en el jardín de Coll, hay una casa extraordinaria.

—Ah, cuánto han podido revelar tus palabras con tan sólo una frase. —Kruppe se inclinó sobre Azafrán—. Sin embargo, qué duda cabe de que la preocupación secreta de este muchacho concierne al destino de cierta bella joven, cuya vida fue salvada en última instancia por un noble vástago de nombre Gorlas. Salvada, sostiene Kruppe, de una tonelada de piedra en forma de pared. Fue heroico; tanto que la moza a punto estuvo de desmayarse de alegría.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Azafrán—. ¿A quién salvaron?

—Creo, querido Kruppe, amo de Darujhistan, que te refieres a la bella damisela equivocada —resopló Murillio.

—Y de bella, nada —afirmó Azafrán.

—Sólo tienes que preguntarle a los dioses, muchacho, y ellos te dirán que la vida no es precisamente bella. Y ahora, me gustaría saber si estás interesado en saber cómo ha sido para que la hacienda de dama Simtal se haya convertido esta noche en la hacienda de Coll. ¿O acaso tu mente está tan volcada en ese enamoramiento tuyo como para que ni los destinos de tus amigos más cercanos, incluido Kruppe, no te interesen lo más mínimo?

Azafrán se engalló.

—¡Pues claro que me interesan!

—En tal caso, la historia empieza, como siempre, con Kruppe…

—Así habló la Anguila —gruñó Murillio.

Epílogo



He visto nacer un rumor
envuelto en el misterio,
abandonado bajo el sol
en las colinas Gadrobi.

Donde las ovejas se dispersan
a los vientos de lobos lastrados,
y los pastores han huido
del susurro de las arenas.

Y pestañea a la luz,
corazón endurecido de piedra,
mientras la sombra de las puertas de Ningunaparte
se desliza bajo la ventisca del hogar.

He visto nacer este rumor:
cien mil cazadores de corazones
en una ciudad bañada de luz azul…

Rumor nacido (I. iiv)
Pescador (n. ?)

El sol iluminó la bruma hasta convertirla en un escudo blanco sobre el lago. En la costa, un barco pesquero se balanceaba a merced de las olas. Ya desamarrado, apenas faltaban unos instantes para que dejara atrás la playa de guijarro.

Mazo ayudó a Whiskeyjack a subir a una elevación de roca que había en la playa, donde tomó asiento. La mirada

del sanador titubeó al recalar en la persona de Ben el Rápido, de pie y encorvado, vuelto hacia el lago. Siguió la mirada del mago. El sol caía sobre el basalto de Engendro de Luna, que colgaba sobre el horizonte.

—Lleva rumbo sur —gruñó Mazo—. Me pregunto qué supondrá eso. Whiskeyjack entornó los ojos para evitar que el sol pudiera deslumbrarle. Luego empezó a masajearse las sienes.

—¿Más dolores de cabeza? —preguntó Mazo.

—Últimamente no son tan fuertes —dijo el sargento.

—Es la pierna lo que me preocupa —murmuró el sanador—. Debo trabajar un poco más en ella, y tú deberías tomarte unos días de descanso.

—En cuanto tenga un momento —sonrió Whiskeyjack.

—Esperaremos hasta entonces —respondió Mazo con un suspiro.

—¡Ya vienen! —voceó Seto desde una posición elevada.

El sanador ayudó a Whiskeyjack a ponerse en pie.

—Diantre —susurró—. Podría haber sido mucho peor, ¿verdad, sargento?

—Tres bajas no está tan mal, teniendo en cuenta lo sucedido —admitió Whiskeyjack mirando el lago.

Una expresión de dolor asomó al rostro de Mazo. No dijo nada.

—Pongámonos en marcha —gruñó Whiskeyjack—. El capitán Paran odia la falta de puntualidad. Y quizá los moranthianos traigan buenas noticias. Eso supondría toda una novedad, ¿verdad?

Ben el Rápido observó desde la playa cómo Mazo ayudaba al sargento a subir la loma. Se preguntaba si había llegado la hora. Para mantenerse vivo en el negocio, nadie podía permitirse el lujo de un desliz. Los mejores planes eran los que se efectuaban dentro de otros planes, y cuando

había que engañar, pues era mejor engañar a lo grande. Mantener la otra mano oculta era lo más complicado.

El mago sintió una punzada de arrepentimiento. No, aún no había llegado la hora. Mejor que el viejo descansara un poco. Hizo un esfuerzo por ponerse en marcha. No estaba dispuesto a volver la vista atrás, no solía ser buena idea. La trama estaba urdida.

—Ya verás cómo se pone Whiskeyjack cuando se entere de esto —susurró para sí.

El capitán Paran escuchó a los demás en la playa, pero no hizo ademán de reunirse con ellos. Aún no. Su roce con los Ascendientes parecía haberle conferido una nueva sensibilidad, o quizá fuera debido a la espada de otaralita que ceñía a la cadera. Podía sentirla. Ya estaba en plena adolescencia, gordita como sabía que sería, sonriendo con los ojos de espesos párpados. Si parecía dormida mientras observaba el cielo al amanecer.

Volveré a ti, le había prometido. Cuando este Vidente Painita y su maldita guerra santa sean aplastadas, volveré a tu lado, Velajada.

Lo sé.

Aquella voz no le pertenecía. ¿O sí? Esperó un poco, y luego otro poco. ¿Velajada?. Tan sólo el silencio respondió. *Ah, mi imaginación, nada más. Mira que pensar que podrías haber tomado de tu antigua vida lo que sentías por mí, dar con tales sentimientos y recuperarlos. Qué estúpido soy.*

Se levantó. Estaba junto a la tumba de Lorn, con un montón de rocas apiladas, y sacudió las ramitas y las agujas de pino que tenía en la ropa. *Mírame: fui agente de la*

Consejera, y ahora, finalmente, soldado. Con una sonrisa, se acercó al pelotón.

En tal caso, tendré que esperar a que llegue un soldado.

Paran se detuvo en seco; luego, sonriendo, continuó avanzando hacia los otros.

—Vaya —susurró—. Eso no ha sido cosa de mi imaginación.

El mercante navegó muy cerca de la costa sur, rumbo a Dhavran y a la embocadura del río. Kalam permanecía apoyado en la regala, la mirada al norte, en la desigual línea que marcaba el horizonte, con sus montañas nevadas. Cerca de él había otro pasajero, poco inclinado a hablar.

Las únicas voces que llegaban a oídos del asesino eran las de Apsalar y Azafrán. Parecían emocionadas, jugueteaban una con la otra en una danza sutil que aún tenía que hallar palabras que la acompañaran. Un amago de sonrisa se dibujó en los labios de Kalam. Hacía tanto tiempo que no oía semejante inocencia.

Al cabo, Azafrán apareció junto a él, con el demonio familiar de tío Mammot posado en el hombro.

—Dice Coll que Unta, la capital del Imperio, es tan grande como Darujhistan. ¿Es así?

—Puede. Es mucho más fea. —Kalam se encogió de hombros—. Aunque no es probable que tengamos ocasión de visitarla. Itko Kan se encuentra en la costa sur, mientras que Unta está en la bahía de Kartool, en la costa nordeste. ¿Ya echas de menos Darujhistan?

La pena empañó el rostro juvenil de Azafrán mientras contemplaba el oleaje.

—No, sólo a algunos que he dejado allí —respondió.

El asesino gruñó.

—Sé cómo te sientes, Azafrán. Diantre, fíjate en Violín; ahí lo tienes, triste como si le hubieran cortado un brazo y una pierna.

—Apsalar aún no puede creer que te estés tomando tantas molestias por ella. Recuerda que no era muy popular en el pelotón.

—No, la que no era popular era la otra, no ésta. Ésta es la hija de un pescador de un pueblucho de cuatro chozas. Y está muy lejos de casa.

—Es más que eso —murmuró Azafrán. Tenía una moneda en la mano, y jugaba con ella, distraído.

Kalam dedicó al muchacho una mirada atenta.

—Efectivamente —dijo.

Azafrán asintió afable. Sostuvo en alto la moneda y examinó el rostro grabado en una de sus caras.

—¿Crees en la suerte, Kalam?

—No —respondió el asesino.

—Yo tampoco. —Azafrán sonrió feliz. Acto seguido, arrojó al aire la moneda. Ambos la vieron caer al mar, refulgir al sol un instante y, luego, desaparecer bajo las olas.

Cerca de la proa, Rompecírculos inclinó la cabeza. La Anguila estaría encantada con las noticias, por no mencionar el alivio que sentiría. Volvió a centrar la atención en poniente, y se preguntó cómo sería la vida cuando dejara de ser una persona anónima.

Glosario

Títulos y Grupos

Abrasapuentes Legendaria división de élite encuadrada en el Segundo Ejército de Malaz.

Caudillo Nombre por el que se conoce a Caladan Brood.

Guardia Carmesí Famosa compañía mercenaria comandada por un príncipe depuesto.

Kron t'lan imass Nombre que reciben los clanes que están bajo el mando de Kron.

La Garra Organización secreta del Imperio de Malaz que tuvo como jefe (cargo al que se denomina «la Garra») a Laseen, antes llamada Torva.

Logros t'lan imass Nombre que reciben los clanes que están bajo el mando de Logros.

Primera Espada del Imperio Propio de Malaz y los t'lan imass, título que hace referencia al campeón imperial.

Puño Gobernador militar en el Imperio de Malaz.

Puño Supremo Comandante de las huestes de una campaña de Malaz.

Vidente Painita Misterioso profeta que rige las tierras situadas al sur de Darujhistan.

Pueblos (humanos y no humanos)

Barghastianos (no humanos) Sociedad nómada rural formada por guerreros.

Daru Grupo cultural que vive en ciudades situadas al norte de Genabackis.

Forkrul assail (no humanos) Pueblo mítico extinto. Es una de las cuatro razas fundadoras.

Gadrobi Grupo de cultura indígena que habita en el centro de Genabackis.

Genabarii Grupo cultural (y lengua) situado en el noroeste de Genabackis.

Jaghut (no humanos) Pueblo mítico extinto. Otra de las cuatro razas fundadoras.

K'chain che'malle (no humanos) Pueblo mítico extinto. La tercera de las cuatro razas fundadoras.

Moranthianos (no humanos) Civilización de estructura militarizada, que habita el bosque de las Nubes.

Rhivi Sociedad de pastores nómadas que habita las llanuras centrales de Genabackis.

T'lan imass La cuarta de las cuatro razas fundadoras, y la única inmortal.

Tiste andii (no humanos) Raza ancestral.

Trell (no humanos) Sociedad de guerreros nómadas, en transición al sedentarismo.

Ascendientes

Apsalar Dama de los Ladrones.

Ascua Dama de la Tierra, la Diosa Dormida.

Beru Señor de las Tormentas.

Caladan Brood Caudillo.

Cotillion/La Cuerda El Asesino de la Gran Casa de Sombra.

D'rek Gusano del Otoño (a veces conocida como Reina de la En-fermedad).

Dessembrae Señor de la Tragedia.

El Dios Mutilado Rey de las Cadenas.

El Embozado Soberano de la Gran Casa de Muerte.

Fanderay La loba de invierno.

Fener El jabalí (véase también Tenneroca).

Gedderon Dama de la Primavera y del Renacimiento.

Grandes cuervos Cuervos sustentados por la magia.

Hijo de la Oscuridad, señor de Luna, Anomander Rake Caballero de la Gran Casa de Oscuridad.

Jhess Reina del Entramado.

K'rul Dios ancestral.

Kallor Rey Supremo.

Mastines (de la Gran Casa de Sombra).

Mowri Dama de los Mendigos, Esclavos y Siervos.

Nerruse Dama de los Mares Calmos y los Vientos Frescos.

Oponn Los Bufones, Mellizos del Azar.

Osserc Señor del Firmamento.

Reina de los Sueños Soberana de la Gran Casa de Vida.

Shedenul/Soliel Dama de la Salud.

Soliel Dama de la Curación.

Tenneroca/Fener Jabalí de Cinco Colmillos.

Togg (véase Fanderay) El lobo de invierno.

Trake/Treach El tigre del verano y la batalla.

Treach Héroe Primero.

Tronosombrío/Ammanas Rey de la Gran Casa de Sombra.

El Mundo de la Hechicería

Sendas accesibles a los humanos

Denul Senda de la curación.
D'riss Senda de la piedra.
La senda de El Embozado Senda de la muerte.
Meanas Senda de la Sombra y la Ilusión.
Ruse Senda de la mar.
Rashan Senda de la Oscuridad.
Serc Senda del firmamento.
Tennes Senda de la tierra.
Thyr Senda de la Luz.

Sendas Ancestrales

Kurald Galain Senda tiste andii de la oscuridad.
Omtose Phellack La senda jaghut.
Starvald Demelain Senda tiam, la primera senda.
Tellann Senda t'lan imass.

La Baraja de los Dragones, compuesta por Los Fatid (y los Ascendientes relacionados)

Gran Casa de Vida
El Rey
La Reina (Soberana de los Sueños)
El Campeón
El Sacerdote
El Heraldo
El Soldado
La Tejedora
El Constructor

La Virgen

Gran Casa de Muerte

El Rey (el Embozado)
La Reina
El Caballero (en otros tiempos, Dassem Ultor)
Los Magos
El Heraldo
El Soldado
La Hilandera
El Constructor
La Virgen

Gran Casa de Luz

El Rey
La Reina
El Campeón
El Sacerdote
El Capitán
El Soldado
La Costurera
El Constructor
La Doncella

Gran Casa de Oscuridad

El Rey
La Reina
El Caballero (hijo de la Oscuridad)
Los Magos
El Capitán
El Soldado
La Tejedora
El Constructor
La Esposa

Gran Casa de Sombra

El Rey (Tronosombrío/Ammanas)

La Reina
El Asesino (La Cuerda/Cotillion)
Los Magos
Los Mastines

Neutrales

Oponn (Bufones de la fortuna, también conocidos como Mellizos del azar)
El Obelisco (Ascua)
La Corona
El Cetro
El Orbe
El Trono

Azar Espada consagrada a Oponn.

D'ivers Una orden superior de seres dados a cambiar de forma

Dragnipur Espada empuñada por Anomander Rake

Finnest Objeto utilizado por un jaghut como repositorio de poder

Invocahuesos Chamán de los t'lan imass.

La cábala de T'orrud Cabala de Darujhistan.

Los Reyes Tiranos Antiguos regentes de Darujhistan

Otaralita Mineral rojizo capaz de disipar la magia, extraído de las colinas de Tanno, en Siete Ciudades.

Sendas del Caos Sendas miasmáticas que se extienden entre las demás.

Soletaken Orden de seres dados a cambiar de forma.

Topónimos

Abismo del Buscador Nombre con que los malazanos conocen el océano Memngalle.

Altiplano de Laederon La tundra que se extiende al norte de Genabackis.

Arrabal del Ratón Barrio de mala reputación en Ciudad Malaz.

Bosque de las Nubes Hogar de los moranthianos, situado en la costa noroeste de Genabackis.

Bosque de Perronegro En el continente de Genabackis se extiende este gran bosque boreal en un lecho de roca, que fue lugar de grandes batallas entre el Imperio de Malaz y las huestes de Caladan Brood y la Guardia Carmesí durante las primeras campañas.

Ciudad Malaz Ciudad isla, hogar del emperador que fundó el Imperio de Malaz.

Ciudades Libres Alianza comercial de ciudades estado situadas al norte de Genabackis, todas excepto una de ellas han sido conquistadas por el Imperio de Malaz.

Colinas Gadrobi Cadena montañosa al este de Darujhistan, escasamente habitada en la actualidad, aunque en tiempos sirvió de morada a los pueblos gadrobi.

Cumbres de Laederon La tundra que se extiende al norte de Genabackis.

Darujhistan Legendaria ciudad de Genabackis, la más grande e influyente urbe de las Ciudades Libres, se encuentra situada en la costa sur del lago Azur, y está habitada principalmente por daru y gadrobi; es la única ciudad conocida que recurre al gas natural como fuente de energía.

Dhavran Una ciudad del oeste de Darujhistan

Dominio Painita Emergente imperio al sureste de Genabackis, regido por el Vidente Painita.

Engendro de Luna Montaña flotante de basalto negro, cuyo interior alberga una ciudad, morada del hijo de la Oscuridad y de los tiste andii.

Fortaleza de Mock Plaza fuerte que se alza en Ciudad Malaz y que sirvió de escenario al asesinato del emperador y de Danzante.

Garalt Ciudad libre genabackeña.

Gato Tuerto Ciudad libre de Genabackis.

Genabaris Imponente ciudad ocupada por Malaz, situada en la costa noroeste de Genabackis, principal punto de desembarco de tropas durante las campañas.

Gerrom Modesto pueblo rural en Itko Kan.

Imperio de Malaz Imperio que se originó en la isla de Malaz, frente a la costa del continente de Quon Tali. El fundador fue el emperador Kellanved y Danzante, su secuaz, los cuales fueron posteriormente asesinados por Laseen, la actual emperatriz. El Imperio comprende Quon Tali, el subcontinente de Falar, Siete Ciudades y las costas al norte de Genabackis. Algunas invasiones anexionan los continentes de Stratem y Korel.

Itko Kan Provincia del continente de Quon Tali, en el Imperio de Malaz.

Kan Capital de Itko Kan.

Lest Ciudad estado en el este de Darujhistan.

Llanura de Rhivi Llanuras centrales en el norte de Genabackis.

Manzana Ciudad libre de Genabackis.

Montañas de Moranth Cadena montañosa que circunda el bosque de las Nubes.

Montañas Tahlyn Cadena montañosa en la cara norte del lago Azur.

Mott Ciudad de Genabackis.

Nathilog Ciudad ocupada por Malaz al noroeste de Genabackis.

Nisst Ciudad libre de Genabackis.

Océano Meningalle Así denominan los genabackeños el Abismo del Buscador.

Pale Ciudad libre de Genabackis, conquistada recientemente por el Imperio de Malaz.

Perrogrís Ciudad de Genabackis.

Porule Ciudad libre de Genabackis.

Quon Tali Continente donde se originó el Imperio de Malaz.

Setta Ciudad situada en la costa oriental de Genabackis.

Tulipanes Ciudad libre de Genabackis.

Unta Capital del Imperio de Malaz, en Quon Tali.

Darujhistan y alrededores

Bar de Quip Bar destartalado situado en el distrito Antelago.

Barbacana del Déspota Antiguo edificio superviviente de la Edad de los Tiranos.

Congoja de Jatem Camino oriental.

Congoja Zona marginal que bordea Congoja de Jatem.

El Palacio Viejo (Pabellón de la Majestad) Actual sede del concejo.

Las Haciendas Propiedades de la nobleza de Darujhistan.

Taberna del Fénix Negocio del distrito Daru muy frecuentado.

Templo/Campanario de K'rul Templo abandonado en el distrito Noble.

Torre del Insinuador La torre abandonada de un hechicero, situada en el distrito Noble.

hola



STEVEN ERIKSON nació en Toronro, Canadá, en 1959. Estudió Antropología y Arqueología antes de matricularse en una escuela de escritura.

Desde que empezara a escribir en 1993, ha firmado algunas novelas con su nombre, **Steven Lundin**, pero ha conocido el éxito bajo su seudónimo, gracias a la saga de fantasía 'Malaz: El libro de los caídos', calificada como la obra de fantasía más importante desde 'Canción de hielo y fuego' de **George R. R. Martin**.

El mundo de Malaz surgió de las mentes de Steven Erikson y del también escritor **Ian Cameron Esslemont**. En un principio, lo idearon para que fuera el escenario de un juego de rol. En 1991, Erikson plasmó su primera historia de 'Malaz: El libro de los caídos' en un guión, pero no cuajó, y derivó finalmente en *Los jardines de la Luna*, ya que el libro era el soporte más adecuado para el extenso universo de fantasía que había creado.

Cuando, a finales de los años noventa, el libros alió al mercado británico, generó tal expectativa entre los editores que Transworld, una de las ramas de Random House, llegó a dar el mayor adelanto pagado hasta el momento por una serie de fantasía.

Erikson no es un autor convencional, y lo demuestra rompiendo los estereotipos del género: sus personajes no se ajustan a los tópicos asociados a sus roles, la trama no sigue una estructura lineal, sino que empieza en el medio de la acción, y ha sido alabado por tener el valor de matar a algunos de sus personajes principales, rompiendo con el tópico de que el «bueno» siempre debe salir airoso aun de las situaciones más inverosímiles.

BIBLIOGRAFÍA

Como Steven Erikson

Malaz: El libro de los caídos

1999 — Gardens of the Moon. *Los jardines de la Luna*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº74, 2009

2000 — Deadhouse Gates. *Las puertas de las Casa de la Muerte*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº78, 2010

2001 — Memories of Ice. *Memorias del hielo*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº82, 2010

2002 — House of Chains. *La Casa de Cadenas*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº87, 2011

2004 — Midnight Tides. Próximamente en La Factoría de Ideas

2005 — The Bonehunters

2007 — Reaper's Gale

2008 — Toll the Hounds

2009 — Dust of Dreams

2010 — The Crippled God.

Bauchelain and Korbal Broach

2002 — Blood Follows

2004 — The Healthy Dead.

2007 — Bauchelain and Korbal Broach: The Collected Stories Volume One.

2007 — The Lees of Laughter's End

Novelas cortas

2002 — Blood Follows
2007 — The Lees of Laughter's End
2004 — The Healthy Dead.

Estas novelas cortas están listadas en el orden en el que el autor ha pensado que deben ser leídas, no en el orden en el que fueron publicadas.

Como Steven Lundin

Novelas

1993 — Stolen Voices
1998 — This River Awakens
2004 — Fishin' with Grandma Matchie
2004 — When She's gone

Relatos y novelas cortas

1991 — A Ruin of Feathers
1998 — Revolvo and Other Canadian Tales